

**Conferencias libre-cambistas : discursos
pronunciados en el Ateneo Científico y Literario de
Madrid, por varios individuos de la Asociación
para la Reforma de los Aranceles de Aduanas en el
curso de 1862 á 1863.**

Madrid : Imprenta de Manuel Galiano, 1863.

Signatura: FEV-AV-M-00673

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

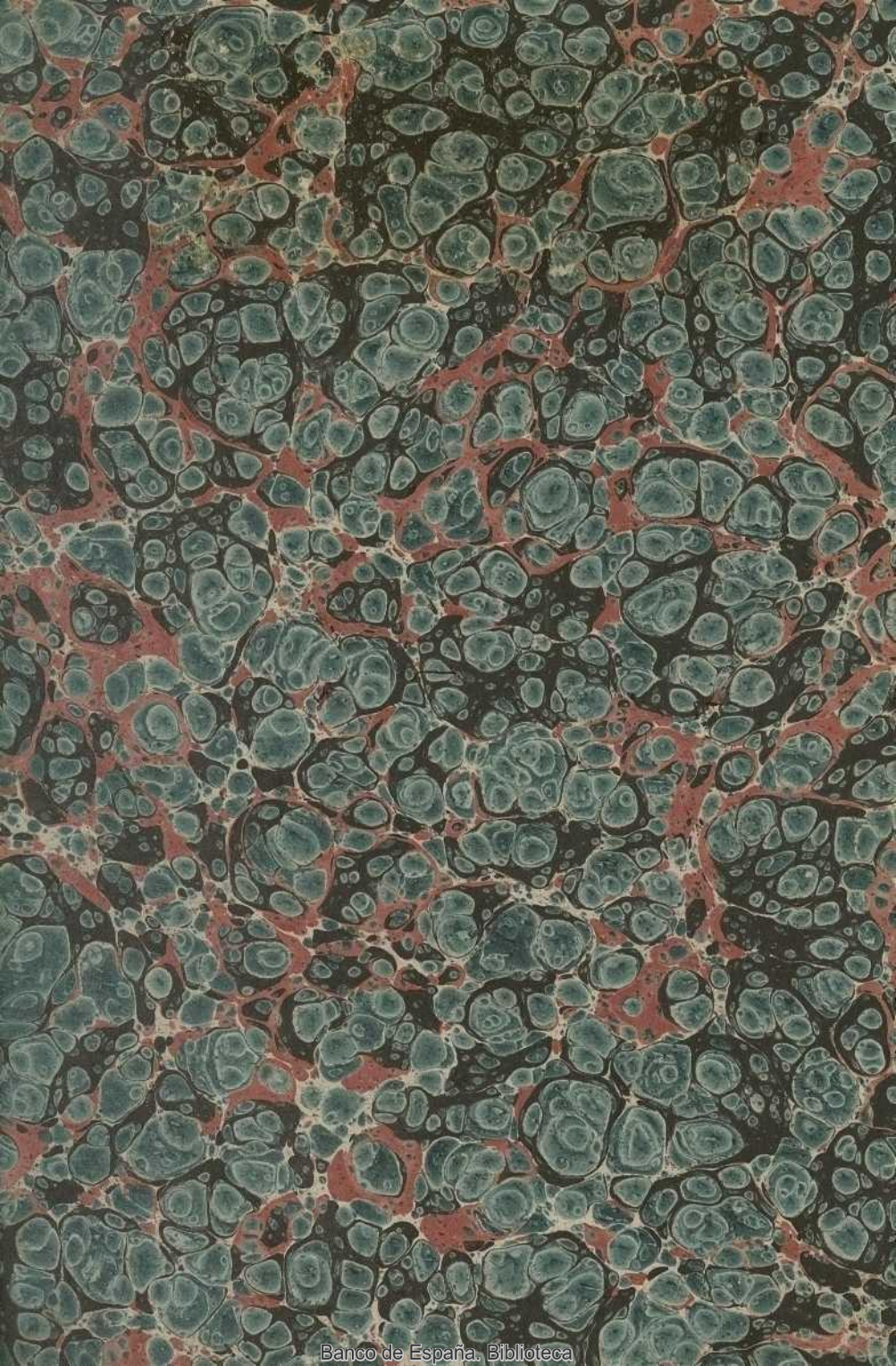


PEDRO DE GUTOLONGO.



Ex libris
Jesús Rodríguez Salmones

LIBRERIA
MOYA Y PLAZA
Carretas 8
Madrid.



2138

C. B: 60000000 112646

FEV-AU-N-00673

CONFERENCIAS LIBRE-CAMBISTAS.

CONFERENCIAS

LIBRE-CAMBISTAS.

DISCURSOS

PRELIMINARES

EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CONFERENCIAS LIBRE-CAMBISTAS

1891

VARIOS DISCURSOS EN LA ASOCIACIÓN

EN LA REFORMA DE LOS ANALES DE AGRICULTURA

DE AGRICULTURA DE 1892 A 1893

MADRID

1891

IMPRESA DE MANUEL GARCÍA

Calle de los Angeles, 2

CONFERENCIAS LIBRE-CAMBISTAS.

DISCURSOS

pronunciados

EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO
DE MADRID,

POR

VARIOS INDIVIDUOS DE LA ASOCIACION
PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS,
en el curso de 1862 á 1863.

MADRID,

1863.

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
plaza de los Ministerios, 2.



PRÓLOGO.

Si este libro acertara á caer en manos de quien no tuviese el menor antecedente de las circunstancias que le han dado origen, ciertamente que sentiria desfavorable impresion al echar la vista á una obra, en que encontrara artículos diferentes y hasta cierto punto inconexos, debidos á la pluma de diferentes autores procedentes de diversas y aun opuestas opiniones políticas.

Por eso se hace indispensable en el presente caso seguir la costumbre, no siempre útil ni aun conveniente, de estampar á manera de prólogo, advertencia ó prefacio, algunas líneas, que aclaren y sirvan de guia al que nos honra dedicando á la lectura de este trabajo algunos momentos de recogimiento y meditacion.

Recuerden, pues, los que no lo ignoran, y quienes lo ignoren sepan que en 1859, la Sociedad libre de Economía política, establecida años antes en Madrid, deseosa de impulsar de alguna manera más eficaz y positiva que con privadas y científicas discusiones, el planteamiento en nuestro país de la reforma arancelaria, que consideraba como más trascendental y fecunda para labrar la prospe-

ridad y desarrollo de la riqueza, acordó crear una Asociacion, para que por medio de la prensa y más aún promoviendo reuniones públicas, en que la buena doctrina se propalara y pusiera á prueba con la discusion y la lucha de opuestas opiniones, se procurara despertar la atencion pública del profundo letargo en que yacia, aguijoneándola para estimular al Gobierno con tan poderoso acicate, á seguir el impulso que todas las naciones ilustradas de Europa han dado últimamente á esta provechosa clase de reformas.

Creóse la Asociacion, y siguiendo el espíritu y encargo de la Sociedad fundadora, tratóse de quitarle todo carácter de exclusivismo y parcialidad : impartióse por el contrario la cooperacion y el auxilio, para tan patriótica empresa, de personas respetables y dignas de las diferentes comuniones políticas, puesto que tan evidente y clara es la doctrina que se trataba de sostener y propagar, que bajo cualquiera de los diferentes y aun opuestos puntos de vista considerada, siempre aparecia justa, provechosa y evidentemente útil, añadiéndose esta no pequeña, á las demás circunstancias que la abonaban.

Instalóse con tales elementos la Asociacion, promovándose públicas reuniones en la Bolsa, y ciertamente que no tienen nada por qué arrepentirse y sí mucho de qué vanagloriarse, los individuos de la Asociacion, que importaron en España esta desconocida y utilísima costumbre ; puesto que, á pesar de la novedad y carencia absoluta de hábitos semejantes, el pueblo de Madrid ha dado tales pruebas de sensatez y de cordura, que, no obstante haber estado abiertas las puertas y accesible el salon á toda clase de personas sin excepcion alguna, no ha tenido su presidente que hacer uso de la espontáneamente consentida autoridad

destituida de todo linaje de carácter oficial, porque ni el menor desman, ni el más ligero exceso le han dado ocasion para emplearla en medio de las más acaloradas y alguna vez empeñadas y reñidas discusiones.

Pero si bien los *meetings* merecieron notable predileccion del público, aumentado y favorecido hasta con la presencia de personas del bello sexo que desde una galería alta presenciaban las reuniones; si bien este público cada vez más numeroso y apasionado, llenaba el salon y estimulaba con estrepitosos aplausos á los oradores libre-cambistas, mostrando así sus simpatías hácia la opinion que sustentaban, todavía observó la Asociacion que existia otra no despreciable y más bien muy importante clase de personas, cuya presencia se echaba de menos en aquel sitio. Porque en efecto, la novedad del caso, la falta de costumbre, la repugnancia de concurrir á un sitio de donde nadie era excluido infundian á ciertas gentes excesivamente tímidas, recelo de posibles demasías y retraimiento á encontrarse en una reunion en la cual no existia más garantía de orden, que la privada autoridad de un presidente por ella elegido, ó más bien la cordura y prudencia de los concurrentes.

Tratóse pues de buscar esta parte de público donde quiera que se encontrase, procurando llamar su atencion hácia las saludables doctrinas económicas, en el sitio y dentro de las condiciones de su particular aficion.

Ninguno más á propósito que el Ateneo científico y literario; corporacion distinguida, centro quizá el más ilustrado de la córte; asociacion numerosa y escogida de personas notables por su saber ó por su amor á las ciencias y las artes, y foco de donde irradiaba á la sociedad madrileña el fuego de la más avanzada y provechosa ilustracion.

Allí, pues, resolvieron los individuos de la Asociacion para la reforma de los aranceles sentar tambien sus reales y hacer una nueva campaña por medio de conferencias semanales, en que se trataran detenidamente los diferentes puntos de la ciencia económica en que el libre-cambio se apoya.

Si afectuosa habia sido la acogida que encontró la Asociacion en el salon de la Bolsa, calorosa y más que benévola fué la que le concedió el Ateneo, cuya espaciosa cátedra se llenaba con los numerosos é ilustrados socios agrupados con afan en el aunque espacioso insuficiente recinto, para escuchar, con profunda atencion y religioso silencio, las conferencias de los defensores del libre-cambio, que se atraieron generalmente entusiastas muestras de adhesion y de aplauso.

Y hé aquí lo que constituye la presente publicacion. Excitados por diferentes personas para poner al alcance del público aquellos trabajos, hemos accedido á dejarlos á disposicion del editor, que se ha encargado de la publicacion estampando por ahora estos renglones, para explicacion á los que carecian de los antecedentes de la obra y disculpa para los que sabiéndolos, censuraran su falta de homogeneidad; y como entre las pruebas de esta ha de llamar quizá la atencion de alguno la reconvencion ó censura á los individuos de la Asociacion, que del discurso del Sr. Castelar se desprende, preciso ha de ser decir sobre ello algunas aunque pocas palabras.

Asegura nuestro jóven orador, que no vaciló en aceptar el puesto que en la Asociacion se le ofrecia para defender la libertad económica, sólo porque de libertad se trataba, sin pararse á considerar *si algunos la desconocen en sus fundamentos, si otros la niegan en sus lógicas conse-*

cuencias, si hay quien la haya abandonado en la hora suprema en que más necesitaba de su auxilio.

A tan vaga reconvencion, dirémos sólo, ¿era este el momento oportuno de lanzarla al público? Cuando el señor Castelar, como individuo de la junta directiva, había tenido tres años para exponer su cargo en ocasion en que hubiera podido recibir contestacion cumplida, ¿era generoso hacer tales insinuaciones desde la cátedra con que le habian brindado con cariñosa simpatía las personas inculpadas?

Pero la reconvencion procede de un error de nuestro elocuente amigo, ó al menos de una manera de ver diferente de uno y otros. Opina el Sr. Castelar que no se debe predicar, ni difundir, ni aspirar al triunfo de una especie de libertad sin procurarlas todas, ó más bien que nada se conseguirá en la libertad económica, si no se ha conseguido y asegurado la libertad política.

La Sociedad de Economía política y la Asociacion, opinan de una manera enteramente contraria á esta. Creen que si la libertad económica no se hubiese de obtener hasta conseguir la libertad política, tal como el Sr. Castelar la comprende, tardaria infinitamente más en conseguirse, que reclamándola sola y aislada; sin perjuicio de trabajar en otros terrenos por el logro de otras manifestaciones de la libertad, juzgan que existiendo conformidad en las personas más distinguidas y notables de todos los partidos políticos en que debe plantearse desde luego en España la reforma arancelaria y muchas y muy opuestas opiniones entre estos mismos adalides de las diferentes parcialidades sobre la oportunidad y la extension, sobre el cuándo, el cuánto y el cómo de otras reformas de carácter político que desea el Sr. Castelar, convenia aprove-

char aquello en que esta conformidad facilitaba el adelantamiento, postergando lo demás que por la divergencia ofrecia mayores dificultades. Y ¡cosa notable! para opinar así tuvieron los individuos de la liga economista los mismos idénticos motivos que para pronunciarse en opuesto sentido aduce el Sr. Castelar, á saber, el ejemplo de la Liga inglesa. ¿Cómo ha podido olvidar el ilustre orador demócrata lo acaecido en Inglaterra al tratarse la misma idéntica cuestion de conducta suscitada allí entre radicales y economistas?

Recuerde el Sr. Castelar la historia de aquella gloriosa campaña, y encontrará que en 4 de Julio de 1844 se celebró en Northampton un gran meeting, en el cual, cartistas y libre-cambistas hicieron un esfuerzo supremo para resolver cada uno en su sentido la misma cuestion propuesta hoy por el Sr. Castelar.

COBDEN sometió á la resolucion de la junta la proposicion siguiente: *Que la ley de cereales y todas las leyes que restringen el comercio son injustas y deben revocarse.* Y O'CONNOR, jefe de los radicales cartistas, presentó la siguiente enmienda:

Los habitantes de Northampton son de parecer que todas las modificaciones á las leyes de cereales y todas las reformas comerciales deben aplazarse, hasta que la Carta del pueblo haya llegado á ser la base de la Constitucion del pueblo inglés.

Empeñadísima fué, como el caso lo exigia, la discusion; distinguidos oradores sostuvieron las opuestas proposiciones; pero la de COBDEN fué aprobada por una inmensa mayoría.

La liga libre-cambista inglesa hizo lo mismo que en imitacion suya ha ejecutado la española; siguió la predi-

cacion económica prescindiendo de la política. Y ¿qué ha probado la experiencia en aquel caso? Que las leyes de cereales fueron revocadas muy luego; que la reforma económica en Inglaterra está casi concluida, pues ha conseguido despues de aquel otros muchos triunfos, y que la aspiracion de O'CONNOR, á pesar de tratarse de un país tan avanzado y tan práctico como la Inglaterra, se encuentra hoy como al tiempo de presentar aquel ilustre patricio su enmienda.

En vista de este resultado, los hombres más avanzados de la Asociacion española, tan censurados por el Sr. Castelar, no vacilaron en imitar el ejemplo del célebre COBDEN y hasta ahora no tienen motivo de arrepentirse de su resolucion.

Por último, en un arranque, sin duda impremeditado é hijo del calor de la improvisacion se escapó al Sr. Castelar decir que habia sentido un *retramiento casi invencible de la liga economista*, manifestando que *si en aquel sitio se encontraba, no habia sido por su iniciativa*.

En esto último tiene mucha razon el Sr. CASTELAR; la Asociacion, que buscó para que la ayudaran en su difícil y patriótica empresa á las personas que en todos los partidos encontró amantes de las doctrinas, á cuya realizacion aspiraba, ¿cómo no habia de desear contar entre sus campeones á un orador tan justamente reputado y simpático y tan poseido de la verdad y conveniencia de aquellas? La Asociacion, lejos de ocultarlo, se vanagloria de haber conseguido del Sr. Castelar, rogándoselo muy encarecidamente, que emplease su elocuente palabra en pro de la escuela libre-cambista mirada por él *como los albores del nuevo dia que asoma en el Oriente* y en contra de la proteccionista *una de las sombras de la noche que á más andar se va.....*

Y ciertamente que, á pesar de los desdenes y de las censuras del Sr. CASTELAR, no tiene la Asociacion por qué arrepentirse de su conducta en esta parte, porque al ilustre orador le ha sucedido lo que al célebre poeta se atribuye en aquellos versos famosos :

*Juro, juro, pater, nunquam componere versus,
Et quod audebam dicere versus erat.*

Así, el Sr. CASTELAR, á pesar de su retraimiento, ha hecho una de las más bellas apologías del libre-cambio, y la Asociacion menos acre y más justa que su ilustrado impugnador, le rinde en estos renglones el tributo más sincero de su gratitud y admiracion á su elocuencia. Y con esto creemos que debe terminar esta advertencia ó prólogo.

Luis Maria Pastor.

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE

LA LIBERTAD DE COMERCIO

Y NECESIDAD DE SU PLANTEAMIENTO EN ESPAÑA,

POR

Don Antonio Alcalá Galiano.

SEÑORES :

Apartado durante largo tiempo de este sitio, donde he experimentado fuertes emociones de placer, donde he pasado días tan felices, donde tanto he gozado por espacio de bastantes años; vuelvo, en union con algunos compañeros, como suelen volver los ancianos, apoyado en el báculo de la vejez, á presentarme en él para abogar por un principio sano, útil y beneficioso; vengo á tratar un asunto diferente de los que hasta ahora he tratado; vengo á refrenar la imaginacion que, aunque debería estar cascada por causa de mis años, todavía quiere volar y continuamente se me escapa mucho más de lo necesario; vengo á emplear un lenguaje, no precisamente científico, porque yo no soy hombre de ciencia, en el sentido concreto de la palabra, pero sí desnudo de todo artificio literario, y más didáctico que galano, y más preciso y enderezado á la razon que fluido y halagüeño para la fantasia. Vengo, señores, á hablaros de Economía política, de esa ciencia tan cultivada en Europa, y que ha adquirido ya bastantes enemigos, enemigos débiles, es verdad,



que poseídos de un grande entusiasmo moral, invocan segun creen máximas ciertas, hablan de ella como de una ciencia grosera que sólo trata de la produccion de la riqueza y no de su reparticion. Si bien es verdad que no siempre se ocupa la Economía política en tratar de la reparticion de la riqueza, tambien lo es que ha habido economistas que han tratado con especialidad de esta reparticion, y por otra parte, el considerar la Economía política de este modo es un punto de vista grosero que, bajo la apariencia del bien general, esconde villanas pasiones y ruines ideas, condenadas ya por todos los hombres que sólo desean el bien y prosperidad de las naciones, sin tener en cuenta el interés particular de unos cuantos. (*Muy bien.*)

Dando pues por sentado que el estudio de la Economía política es útil, necesario y beneficioso para todos los pueblos en general, vamos, para nuestro particular intento, á ocuparnos en uno de sus ramos que más inmediatamente debe llamar nuestra atencion, y es el facilitar el cambio de manera tal, que todas las naciones, así como los individuos de cada una de ellas, disfruten de sus ventajas que bajo el sistema protector sólo se concretan á unos pocos, pero que bajo el del libre-cambio se hacen extensivas á todos.

Las doctrinas del libre-cambio tienen, señores, una falta: la de ser triviales. Parece la cosa más sencilla del mundo, que es mejor comprar barato que caro (es un principio que pareceria una Perogrullada), y sin embargo, los proteccionistas pretenden á toda costa convencernos de lo contrario, es decir, de que es mejor y más ventajoso comprar caro que barato.

No cabe duda alguna, como dijo muy bien Adan Smith, que el trabajo debe dividirse, porque de esta manera, dedicado el hombre á aquella parte de industria que le es más propia, logra ventajas mayores. Pero hé aquí que ante una cosa tan clara, tan convincente, tan indisputable, se levanta el partido proteccionista y exclama: «es verdad que el trabajo debe dividirse, pero únicamente cuando se trata de un pueblo ó de una provincia con otra; que si se trata de dos naciones diferentes, el negocio es ya distinto.» De manera, señores, que, segun esta doctrina, parece que no es útil la division del trabajo desde el momento en que los trabajadores hablan diferente len-

gua. Era menester que los que así piensan, nos explicasen qué particular virtud encierran las fronteras de un país, para hacer falso y pernicioso el principio que es exacto y sano tratándose de los individuos de un solo pueblo. Hay más; supongamos que dos naciones están en guerra y que al cabo de algun tiempo estas dos naciones forman una sola. Antes de que esto sucediese los intereses de ambas naciones eran encontrados, no era posible entre ellas la division del trabajo, y despues cuando ya forman una sola nacion, estos intereses son unos mismos, y por lo tanto es conveniente la division del trabajo; es decir, que lo que no ha sido conveniente, cuando las naciones eran diferentes, llega á ser útil por la simple circunstancia de formar un solo cuerpo. Pongamos otro ejemplo. Si uno tuviese un campo pequeño que le produjese lino, y otro tuviese otro campo que le produjese trigo, lo más racional seria que el que tiene lino cultivase únicamente esta materia y le diese al otro una parte, y que el que tiene trigo se dedicase exclusivamente á su cultivo y diese una parte de él en cambio del lino que el otro le proporciona. Pero si el que posee el campo de lino le repartiese y dejase una pequeña parte para el cultivo del trigo, y el que tiene la tierra de pan llevar dejase otra pequeña parte para cultivar el lino, entonces la produccion se perjudicaria: y ¿por qué? Precisamente porque allí se tocaria el resultado de la proteccion que impide el libre-cambio de los productos, pues sólo en este caso es cuando el hombre se dedica á diferentes cultivos.

Pues bien: nosotros que somos triviales, porque somos libre-cambistas, porque profesamos una doctrina que no tiene sérios contradictores; nosotros que, por una conviccion profunda y por un no menos profundo sentimiento, abogamos por el libre-cambio, queremos que la division del trabajo se respete en todas partes, queremos que el comercio sea libre, que no se oponga obstáculo alguno á aquel que quiere vender sus productos. Sí, señores: esto es lo que queremos, porque lo dictan la razon y la justicia.

Pero se nos dice: «ese extranjero que trae las telas de su nacion y se lleva en cambio nuestro dinero, ese hombre que vuelve á su patria á gozar tranquilamente de lo nuestro, ese hombre debe ser objeto del aborrecimiento más vivo, debe-

mos impedirle con todas nuestras fuerzas que nos engañe y haga tantas ganancias.» Señores: lo mismo, enteramente lo mismo nos sucede con el carnicero y el sastre; el carnicero, ese monstruo de horror, nos saca con mucha astucia el dinero y nos da en cambio lo que necesitamos para el sustento; y el no menos insidioso sastre (*risas*) camina á enriquecerse tambien; y ¿lo veis? hasta levanta casas con nuestro dinero, dejándonos en cambio un surtido completo de pantalones y levitas. (*Grandes aplausos.*) En todas partes, cuando vamos á comprar una cosa, corriendo de tienda en tienda, no pensamos en si el tendero es más ó menos amigo nuestro, no pensamos en si es liberal ó carlista, en si tiene ideas moderadas ó las tiene progresistas; lo que queremos es *encontrar el mejor género, todo lo más barato posible* (*Bien, bien*) y se lo compramos á aquel que nos proporciona estas ventajas, aunque sea nuestro enemigo ó profese ideas contrarias á las nuestras. Sin embargo, tratándose de naciones pensamos de muy diferente manera; decimos que los ingleses tienen malas intenciones, que sólo procuran engañarnos para enriquecerse; que los franceses, á fuerza de astucia, quieren encajarnos sus sederías, y que los alemanes... ¡Oh! los alemanes son tambien unos pícaros, porque nos venden su quincalla y se llevan en cambio buenos pesos duros. (*Risas.*)

Las cosas consideradas sencillamente en sus principios presentan otro aspecto muy distinto de cuando se las considera en relacion con otro objeto; y por eso se dice que no hay cosa peor que la lógica, pues tomando un principio lógico se camina al absurdo; lo cual es verdad hasta cierto punto, pero no porque la lógica sea falsa, sino porque hay varios principios que caminan paralelos y yerra quien sigue uno de ellos, debiendo seguirlos todos. Esto puede aplicarse á las doctrinas del libre cambio como á todas las que caminan paralelas, y es error comun seguir un principio, hasta sus consecuencias sin reparar en otros que á la par deben ser atendidos. Así, por ejemplo, puede haber razones políticas en una ocasion, desfavorables al libre-cambio; pueden los fabricantes hacerse poderosos; y entonces puede un principio bueno producir malos efectos; puede llegar á haber disturbios, anarquías y hasta una guerra civil; pero *no será porque el principio sea malo*, sino porque ciertas consideraciones im-

piden poner en práctica el principio. Hay intereses creados á los cuales es preciso guardar ciertas consideraciones, aunque no llegue á tanto su poder, que puedan crear un obstáculo para que el gobierno obre con entera libertad; lo cual prueba que el gobierno debe considerar la opinion pública, cuando trata de hacer una reforma en la nacion. Estas consideraciones no tienen nada que ver con la verdad del libre-cambio. Lo propio de un ministro de Hacienda es considerar bien las cosas en la teórica, para que los hombres que han de hacer las aplicaciones vayan haciéndolas conforme á los buenos principios de verdad y justicia. Las leyes, y sobre todo las leyes económicas, son tanto mejores cuanto más persuadido está de su bondad el pueblo á que se aplican.

Triste es decir que en España ha habido mucha ignorancia en este punto. Apenas se estudiaba la Economía política, y aún cuando la obra de Smith fué vertida al castellano poco tiempo despues de publicada, sin embargo, fuéron muy pocos los que se dedicaron á su estudio, imbuidos como estaban en la idea de que los extranjeros eran una calamidad para la riqueza de la nacion; y so pretexto de proteger esta riqueza, los nobles afectos que deben hervir en el pecho de todo ciudadano honrado eran movidos en odio contra los extraños.

Yo preguntaria á los proteccionistas, contra quién va dirigida la proteccion. Porque, señores, cuando uno es protegido, es muy natural que sepa de qué contrario, y sobre todo quién es el que sale realmente perjudicado con la proteccion. Yo sé, por ejemplo, que el techo de una habitacion cualquiera me protege del sol y del agua, así como la capa que llevo encima sirve para protegerme contra el frio. Pues bien, sepamos de quién ó contra quién se ejerce la llamada proteccion industrial. Se ejerce, señores, *no contra los extranjeros*, como se quiere suponer, *sino contra los consumidores*; y si bien es verdad que al que vende el producto protegido se le hace un beneficio, á mí que soy consumidor, se me perjudica notablemente, se me quita una parte de mi dinero que podria emplear en otra cosa. Quiero comprar pan barato, porque necesito comprarlo, porque mi capital no alcanza á comprarlo caro y se me dice: «no, no lo compres barato, no te conviene comprarlo barato, debes comprarlo caro, es con-

veniente que lo compres caro.» Y ¿por qué? pregunto yo. ¿Por qué me conviene comprar el pan caro? «Porque en este momento se está protegiendo la agricultura española en perjuicio de los extranjeros.» ¡Buen medio de proteccion, señores! ¡Se protege la agricultura española, es cierto, pero se protege, repito, no contra los extranjeros, sino contra *otros españoles* que son muchísimo más numerosos que los protegidos! ¡Se protege la agricultura española contra la verdadera mayoría de la nacion española! (*Bien, muy bien.*) Lo mismo que se dice del pan, puede decirse de una vara de percal. Yo tengo necesidad de comprar este percal barato, y sin embargo me lo venden caro. ¿Porqué? «Porque es menester proteger al español contra el inglés.» Pues qué, ¿soy yo inglés acaso? ¿no soy español y á pesar de serlo se me perjudica? No hay duda de que el mismo que me dice esto se quejaria si fuese protegido de la misma manera que lo soy yo, pero todo se salva diciendo que es una proteccion para la industria nacional. Acostumbrémonos, señores, acostumbrémonos, (porque es preciso aplicar el epíteto *nacional* á otras cosas que son nacionales tambien) acostumbrémonos á aplicarlo al consumo. ¿No es nacional el consumo? Pues si lo es, yo os digo, que la proteccion se verifica contra una cosa nacional. (*Aplausos.*)

Pero la proteccion no obra solamente contra el consumidor, sino tambien contra otras muchas personas. El que tiene vinos y aceites no puede temer la competencia directa al tiempo de venderlos; y nótese que estos artículos son nacionales, nada tienen de extranjeros, huelen á rancio español, y por cierto que el aceite bastante. (*Risas.*) Pues bien, señores, al cosechero se le dice: «puedes sacar de España tus productos, eso es muy bueno, es muy útil, los venderás muy bien.» Y las manufacturas, ¿pueden venir á España? «No, eso no, seria una calamidad para la industria.» Pero, ¿por qué no se me han de poder dar manufacturas? ¿pues no es un bien que saque este aceite y le venda fuera? «Sí, un bien es, y grande; pero esto de que entren géneros extranjeros es un mal.» ¿Para quién es este mal? ¿para el consumidor? ¿para el cosechero? No, señores, para el fabricante.

Esta es la teoría del libre-cambio en sus rudimentos; y ¿acaso esta teoría es funesta en la práctica? Podria serlo hace algunos años, cuando la experiencia no hubiese venido á demostrar,

que los buenos principios tienen siempre buenas consecuencias, y por más que se quiera variar su curso, volverán á ocupar el noble y elevado puesto que han conquistado. Durante mucho tiempo se estaba diciendo que un país rico, activo é industrial se guardaba muy bien de dejar libre entrada á los géneros extranjeros, aunque predominasen en él las ideas libre-cambistas. En Inglaterra habia dos escuelas, una proteccionista y otra libre-cambista; la que primero dominó fué la proteccionista, que, merced á sus malas consecuencias y á los perjuicios que con ella se causaban á la nacion, hizo que la otra empezase á hacer grandes conquistas en la opinion pública. Tambien allí durante larguísimo tiempo fué muy mal mirada la Economía política, triunfaron las doctrinas prohibitivas, y se consideró el libre-cambio como un mal funestísimo para Inglaterra; pero llegó un momento en que hubo hambre, y esta vez el hambre fué muy buen consejero para la nacion, pues movió á todos sus habitantes á aplicar el libre-cambio en el país donde precisamente parecia más difícil su planteamiento, porque allí la labranza no permite que se haga la produccion sino á mucha costa. Así es que la libertad de comercio de cereales fué muy combatida por una poderosa aristocracia que sostenia que, bajo la ciega influencia de la libertad de importacion de granos, se arruinarían los labradores ingleses. Desatendiéronse estas consideraciones, y la libertad se estableció. ¿Cuáles fueron sus resultados? La agricultura inglesa prosperó, como no podia menos de prosperar bajo el benéfico influjo de la libertad; la riqueza se aumentó considerablemente, y las clases pobres, esas clases que se hallaban rodeadas de miseria, bien pronto se vieron en una situacion desahogada.

La libertad, pues, aplicada á cualquier ramo de industria, producirá entre nosotros, como entre todas las demás naciones, los mismos efectos.

Dicen empero algunos: «esta palabra libertad es altamente temible. ¡Cuán fácil es que la libertad degenera en licencia! Estos principios del libre-cambio que pretenden ser tan útiles, envuelven ciertos peligros, que no sólo existen en los puntos relativos al comercio, sino en otros mucho más graves. Mirad sino quiénes son los que aconsejan su utilidad, y vereis que todos son

cabezas calientes, jóvenes sin experiencia, que á la sombra de la libertad comercial, quieren hacer triunfar principios de otra índole mucho más peligrosa.» Este es uno de los principales argumentos que presentan nuestros adversarios para seducir á personas medrosas y poco iniciadas en la verdadera utilidad del libre-cambio. La persona que tiene el honor de ocupar esta silla, va á probar que todo esto es falso, que no es más que una inocente venganza de nuestros enemigos.

Tened entendido, señores, que si nos damos la mano en este sitio, y defendemos con entusiasmo nuestras ideas, es porque un principio de justicia y utilidad nos une; y si en los que no se nos presentan claros existen ideas diversas, en todos los de utilidad general en que está interesado el bien comun, caminaremos siempre unidos, y pelearémos con valor bajo una misma bandera, bajo la bandera de la justicia, bajo la bandera de la libertad. (*Grandes aplausos.*) No teman, pues, ni aún los más medrosos: léjos de envolver los peligros que se les atribuye, las ideas del libre-cambio son altamente provechosas para la sociedad; sirven para evitar, ó cuando menos contribuir á evitar la revolucion. Señores, no hay mayor enemigo del hombre que la pobreza, y si algunas veces va acompañada de virtudes, la regla general es que le pervierta. No es verdad que el bien material no esté enlazado con el bien moral; y si nuestros principios contribuyen á disminuir la pobreza, es claro que contribuímos asimismo á apartar al hombre del crimen, desviándole del espinoso camino en que la miseria podría hacerle entrar.

Ahora se adopte el principio político de que todo debe hacerse para el pueblo y nada por el pueblo (idea bonapartista muy celebrada en sus tiempos), ahora se siente el contrario que es más útil que se haga todo por el pueblo, y todo para el pueblo, ahora se proclame la doctrina que sostiene que todo debe hacerse para el pueblo, y por la parte de él, que tiene más conocimiento del verdadero interés general, la verdad es que en estos tres principios debe haber un punto en que todos concurren, y es que el bien del pueblo debe ser un objeto constante de predileccion para los gobiernos. Si el pueblo es menor de edad y necesita tutela, su tutor debe ser un hombre honrado; si necesita curador, debe elegirse un hombre que se in-

terese por el bienestar del pueblo: si necesita un consejero, es menester que reúna las condiciones necesarias de ilustracion y honradez, y le guie por la verdadera senda de la virtud; y si el pueblo quiere gobernarse á si mismo, es preciso que conozca sus verdaderos intereses, y adopte un plan de conducta en armonia con ellos. En todos estos casos, sólo debe tenerse en cuenta el interés general, y para conseguirlo, conviene predicar sanas doctrinas, y no los principios terribles del comunismo ni los del socialismo, que en sus varios ramos siempre pretende que el Estado sea el cobrador y repartidor de la riqueza pública. Los principios de esta naturaleza no pueden tener enemigo mayor que el libre-cambio.

En el año 1848 en que, á consecuencia de grandes acontecimientos políticos, se hallaba conmovida toda la Europa, en que se caian los gobiernos absolutos de Austria y de Prusia, en que hervian fuertes pasiones en Francia é Italia, tranquila Inglaterra descansaba en su apacible lecho de libertad, aunque con algun peligro, y preguntando algunos: «aquí que hay tanta libertad, aquí donde todas las instituciones son libres ¿no hay nada que temer? ¿no hay que temer que esas instituciones se desplomen y causen la ruina de toda la nacion?» No, respondieron los buenos patricios ingleses: nosotros no tememos esos desastres, porque nuestra nacion sabe bastante Economía política para aplicar sus leyes con acierto á todas las necesidades; y eso que, en medio de su grandeza y de su creciente prosperidad, hay aquí todavía un pueblo bastante pobre al lado de muchos ricos. Pero esta desigualdad de condiciones se hermana con la igualdad ante la ley, y el conocimiento de estos principios fué lo que salvó á Inglaterra de la gran catástrofe que amenazó á casi todos los pueblos de Europa. ¡Ay de Inglaterra si Roberto Peel no hubiese abierto libremente todos sus puertos para la introduccion de granos extranjeros y proclamado el gran principio de la libertad de comercio! Esta libertad no era una cosa aérea, no consistia en la concesion de derechos políticos más ó menos latos, sino que era una cosa práctica y su aplicacion no causó ninguno de esos inconvenientes que los proteccionistas le atribuyen; al contrario, la libertad de comercio produjo ventajas inmensas. Hé aquí otro de los grandes beneficios que lleva consi-

go el libre-cambio: el dar una buena inteligencia á la palabra libertad, comprendiendo bien su significado! ¡Libertad! Señores, todos los hombres debemos mirar con entusiasmo, con profundo respeto esta palabra, porque es una palabra santa y hermosa. Dios dotó al hombre de la facultad de tener libre albedrío, y ante esta facultad el hombre se engrandece, y se engrandece porque Dios se la ha dado y lo que da Dios, nunca dejará de ser justo, de ser beneficioso, de ser santo y sagrado. (*Aplausos.*)

Si bien la libertad política es interpretada de diferente modo, segun las opiniones particulares de cada uno, si bien no puede darse de ella una definicion en abstracto, sin embargo, la palabra en sí encierra mucho mérito y es engendradora de nobles afectos y de altos pensamientos. Para saber si la libertad tiene ó no inconvenientes, póngase en una piedra de toque, ensáyese, y se verán las ventajas que nos proporciona; aplicada á la idea de no poner trabas á la industria del hombre, sino dejarle que trabaje como crea más conveniente y bajo su responsabilidad. Entonces la libertad no puede; es imposible que pueda producir malos resultados. Esta es entre otras muchas, una de las cosas que recomienda con especialidad la doctrina que vamos á promulgar en este sitio. No se trata de ideas quiméricas, por más que así lo quieran suponer algunos. No, pueblo de consumidores; ojalá estuvierais todos delante, ojalá tuviera yo á mi lado á ese número tan considerable de consumidores perjudicados con el vicioso sistema de la proteccion. Se trata de llevar la luz á vuestros ojos eclipsados por el velo de las tinieblas, se os va á poner velas encendidas, donde hasta ahora no habeis hallado más que oscuridad, se van á iluminar esas negras sombras que os rodean, para que veais clara la verdad y juzgueis á la luz del día de la bondad de nuestros principios, (*bien, muy bien*); se os va á manifestar cuáles son vuestros verdaderos intereses, destruyendo las preocupaciones que os envuelven, y de este modo la verdad ocupará el lugar que le corresponde. Dejad de pensar de hoy más en nacionales y extranjeros, amad vuestra patria que es lo único que os interesa, separad de vuestra mente esta cuestion de nacionalidad; y si no las eparais, considerad si el bien de vuestra patria no está en la

vida de la nacion vecina, si el espiritu de patriotismo está acaso reñido con el de la amistad, si el hombre que vive con tranquilidad cerca de su vecino es un sér abominable, y considerad por último que el bien y prosperidad de vuestra patria está enlazado con el bien y prosperidad de las naciones extranjeras. (*Repetidos aplausos.*)

Señores, los que han de seguirme en este lugar, casi todos jóvenes ilustrados, con la sola excepcion de un personaje que ha ocupado una silla ministerial y que, al par que hombre de ciencia es hombre de negocios; los que han de seguirme, repito, en estas reuniones, entrarán en explicaciones más extensas que yo sobre el mismo asunto de la libertad de comercio. Ellos irán uno por uno, instruyéndoos en todos los secretos de la ciencia económica, que tambien han cultivado más que yo; ellos os irán explicando sus verdaderos principios y al mismo tiempo irán abatiendo uno por uno los altos castillos en que se atrincheran los proteccionistas; ellos irán poco á poco manifestando las partes flacas del sistema que combatimos y las partes fuertes de aquel porque abogamos. Pero desde luego puedo asegurar que si atendeis á estas lecciones, no quedará ningun género de duda en punto á lo que en nuestros principios parece cuestionable; aunque á decir verdad, nuestros adversarios son tan flacos en razones, presentan tan débiles argumentos, que no puede comprenderse cómo su sistema domina en estos tiempos de grandes adelantamientos, sino por aquella inclinacion que tiene el hombre de bien á tener apego aun á las mismas sabandijas que le comen, resistiéndose á limpiarse y á peinarse. (*Risas.*) Nuestras lecciones, digo, llevarán á vuestra imaginacion una conviccion completa de nuestros principios; y cuidado, señores, que esto es muy necesario, pues las reformas, si no van acompañadas y más bien precedidas por un convencimiento general, suelen fracasar al instante mismo de haberlas planteado. Triste cosa es una reforma anticipada; por muy buena que sea, siempre amenaza peligro; pero esto no sucederá entre nosotros. No pasará mucho tiempo sin que tengan todos un convencimiento profundo de la utilidad de nuestros principios. El gremio de los defensores del libre tráfico contra el proteccionismo, pequeño en sus principios, va siendo ya muy considerable: corto en fuerzas ya no lo es,

se ha hecho un gigante robusto; débil, no lo es más que lo era el célebre Cobden al tiempo de empezar su cruzada; infatigable lo es; entusiasmo tiene todo el que se necesita para seguir adelante en su camino. Lleva además la ventaja de que no aboga por sí. No quiero yo decir con esto que el hombre abogando por sí, no abogue por la razón y por la justicia; pero al cabo siempre es de notar que al oír tan buenas razones en boca de una persona cualquiera, preguntais: «¿quién es ese que habla?» Un fabricante de sombreros. «Y ¿ese otro?» Ese es otro fabricante que con más ardid y maña que el de sombreros, no quiere hablar de lo que fabrica, habla de otra cosa, para que no se le conozcan sus intenciones. «Pues ¿y aquel otro que hace tantos gestos y está tan acalorado?» Aquel es un fabricante de lienzos. «Y ¿qué dice? ¿por qué causa aboga?» Por la protección de la agricultura. «¡De la agricultura! Pues ¿qué interés...?» ¿Qué interés, señores, qué interés? El mismo interés que tenían los personajes de cierta comedia: pásame los trigos que yo te pasaré los lienzos y los algodones. (*Risas y grandes aplausos.*)

Este otro á quien oís hablar con tanto celo, no está interesado en que se le proteja tal ó cual artículo; ¿pues qué quiere? El no tiene industria alguna, pero es un buen español lleno de celo y patriotismo y pretende que los extranjeros no vengán á nuestro país á llevarse nuestros productos, á *saquearnos*, señores. Esta es la palabra que se usa, sin advertir que el que saquea no suele dejar rastro ni señal del botín que se lleva, cuando el extranjero tiene forzosamente que dejarnos grandes valores en cambio de los que exporta.

Sucede con el proteccionismo lo mismo que con las epidemias. Se declara una epidemia en un pueblo y algunos que pretenden asegurar que las epidemias no son contagiosas, dicen: «este pueblo estaba sano, Fulano fué el primer acometido del mal, pero este hombre no ha tratado con nadie que pudiera habérselo comunicado;» mas si se fuese indagando la causa de todo, se vería que habia existido comunicacion. Así, señores, los proteccionistas desinteresados á quienes me refiero, han tenido malos maestros que los han descaminado haciéndoles invocar unos intereses que no son suyos, sino de los mismos que se los han hecho invocar.

Pero, dicen los proteccionistas: «Nosotros somos tan libre-cambistas como vosotros, deseamos tambien la felicidad de nuestra patria; pero no ha llegado todavia el tiempo de poner en planta vuestro sistema: nosotros trabajamos en tal ó cual cosa, no pedimos más sino que sigais comprándonos nuestros artículos durante algunos años al precio que nos acomode; pero cuando llegue el dia de que los podamos vender tan baratos como el extranjero, entonces podrán entrar libremente.» ¡Bonito argumento, señores! Me estoy muriendo de sed y no me quereis alargar un vaso de agua que me dará la vida, y cuando ya no tengo necesidad de él, me decís: «toma, ahí tienes agua, hár-tate.»

Hay, sin embargo, otra consideracion que hacer: con el giro que de dia en dia van tomando las cosas de este mundo, es preciso que nos preparemos á recibir los adelantos que la naturaleza nos envia. Porque, ¿no estamos fabricando caminos de hierro por donde se camina con una velocidad pasmosa? ¿No tenemos los alambres eléctricos que nos comunican instantáneamente las noticias? Pues bien; todas estas novedades nos manifiestan que la sociedad marcha adelante sin que nadie sea capaz de detenerla; las distancias se borran y desaparecen, y las fronteras de todos los países se abrirán con una fuerza tan considerable, que ya no será posible volverlas á cerrar. ¿Y se cree que pueda subsistir esa fuerte barrera levantada por unos pocos con grave perjuicio de muchos? No, no puede ser; resignense los proteccionistas y esperen tranquilamente el plazo para ellos fatal que les ha de llegar algun dia; no crean que sus perniciosas doctrinas han de imperar eternamente; para ello seria menester que la sociedad se detuviese, y no es fácil que la sociedad se detenga; que la naturaleza caminase por distinto rumbo del que ha tomado, y no es fácil que la naturaleza varíe de rumbo; que el espíritu que caracteriza el anhelo de progreso en la humanidad retrocediese, y es imposible que este espíritu retroceda. No: nada de esto es fácil, nada de esto es posible, así como tampoco es fácil y posible que lo que cae hácia abajo, tome de pronto otra direccion y se dirija hácia arriba. (*Estrepitosos aplausos.*)

Pues bien, señores, si el mundo se prepara á recibir con entusiasmo estos principios, si perfeccionándose ahora llega á co-

nocer sus verdaderos intereses, es preciso tambien que desaparezcan ciertas instituciones creadas para favorecer las ideas proteccionistas. Confieso que no soy enemigo de las contribuciones indirectas, pero si estas contribuciones tienen que desaparecer, entonces las aduanas que son indispensables cuando se trata de cobrar únicamente derechos para el fisco, tambien desaparecerán en el concepto de no poner trabas á las comunicaciones entre los pueblos. Hoy mismo es tal el interés que tiene el hombre en comunicarse con sus semejantes, que lo hace aún á riesgo del azote de las epidemias, y ¿habrá de conservarse el orden de cosas existente por el bien de unos pocos fabricantes y con grave perjuicio de muchos que no lo son? ¿Habrà de tolerarse que subsista por mucho tiempo esto de poner trabas á las comunicaciones de los hombres con los hombres y de los pueblos con los pueblos, despues de haber brillado la aurora de la paz en todos los países? ¿No se ve que si tenemos encima este nublado no es más que una cosa pasajera, que con el exceso del mal nacerà el exceso del remedio, que con las alternativas que tienen las cosas de este mundo, el instinto que nos llevaba á las guerras nos ha de conducir á la eterna paz, y que entonces llegará la época en que las naciones conozcan que lo que es provechoso para una es tambien provechoso para otra? Viva-mos en paz y armonía con nuestros vecinos y no vecinos, sin hacer caso de esos principios que establecen que son antagonistas los intereses de los pueblos. Pues qué: las naciones que se consideran como un cuerpo, y como un cuerpo tan real como los cuerpos mismos ¿no deben tener entre sí las mismas relaciones que tienen los hombres? Cuando se van comunicando los productos literarios ¿se habrá de impedir que se comuniquen los demás productos? Esto no puede durar así mucho tiempo; la sociedad entera clama por una reforma radical, y esta reforma se hará. En vano intentarán oponerse los proteccionistas, sus clamores serán ahogados por la voz del pueblo, que convencido de la utilidad de nuestros principios, dará el último adios á las rancias ideas protectoras.

Me he contentado, señores, con enunciar ideas generales, con ver cuáles son las prácticas adonde se encamina la tésis que he tomado; otros me seguirán con mucho más acierto en estas cues-

tiones económicas, y os convencerán más y más de la bondad de nuestro sistema. De todos modos, de aquí no puede menos de nacer un gran elemento de vida para lo porvenir; porque las semillas que arrojemos en este lugar, por fuerza habrán de producir buenos frutos. Una consideración más me alienta á creerlo así. Ha habido quien ha tratado de impedir que estas lecciones que ningún peligro envuelven, y que de ninguna manera pueden encerrar ó excitar malas pasiones, ha habido, repito, quien ha tratado de impedir que fuesen pronunciadas. Los mismos que creían que estábamos muertos se han convencido de lo contrario al vernos llenos de vida, y han tratado de ahogarnos para después decir que habíamos muerto de muerte natural. Se dijo que estas reuniones eran impropias de este sitio, se dijo, y por cierto en un papel que tiene algún mérito, pero en un artículo que tiene muy poco (*grandes risas*), en un papel que se llama *La Verdad Económica*, como si fuese dado al hombre fallar tan magistralmente, ó como si hubiese más de un Padre Santo (*risas*); se dijo, repito, en este papel que se llama *La Verdad*, y que precisamente es todo lo contrario, que estas reuniones tenían grandes peligros, porque trabajamos en pro de las ideas democráticas. Ya he hablado de este punto, y por lo tanto no volveré á él; pero no deja de ser una cosa singular, que los que pretenden que no hablemos, busquen su apoyo en calumnias tan groseras. Por lo demás, peligros envuelven estas reuniones y peligros grandes, inminentes, pero solamente para vosotros, para los que medrais á costa del bien público. (*Bien, muy bien.*)

Mucho puede, señores, el interés egoísta; mucho puede la ignorancia. El interés se desconoce á sí mismo. ¡Cuántos honrados padres de familia con mujer é hijos, á quienes mantienen con productos que les da una fábrica, cuántos llenos de amor á su familia y á su patria llegan á alucinarse hasta el punto de exclamar: «de tales principios, ¿cómo han de nacer buenas consecuencias? ¿Cómo he de ser yo buen padre si no trabajo?» ¡Cuántos alucinados por este principio piden el daño general, aunque con pensamientos y afectos dignos de alabanza! ¡Cuántos, creyendo que se van á arruinar, no ven que están arruinando hace tiempo á los demás!

De ahí nace esa atmósfera especial que se ha creado en cier-

tas provincias, particularmente conocidas por su grande laboriosidad. ¿Cómo es posible que en esas provincias se crea que es interés de todos el que predomine el sistema protector? No todos los catalanes, por ejemplo, tienen interés en la protección á favor de los fabricantes. También en Cataluña son más los consumidores que los productores. Por otra parte, si como se dice, va adelantando considerablemente la industria catalana, ¿qué tiene que temer del libre-cambio? Los que son activos y diligentes convénzanse de que el libre-cambio es el mayor estímulo para el trabajo, y de que este es más fijo, es más seguro, es más permanente cuando se apoya en la competencia, y huye de las veleidades y caprichos del proteccionismo.

Que en vez de maldecir á Inglaterra, se miren constantemente en su espejo. Inglaterra que temia que su industria agrícola desapareciese, se convenció de que nada habia que temer, al considerar los grandes adelantamientos que merced á esta medida experimentó la agricultura. Los abonos se multiplicaron; los hombres se dedicaron á mejorar los campos; los intereses agrícolas se despertaron de repente, y así como antes la Inglaterra habia descuidado sus campos, convierte á ellos toda su atención, resultando de aquí lo que no podia menos de resultar: en vez de detrimento favor; en vez de disminucion aumento.

La libertad bien entendida, así como es una palabra seductora por la noble idea que representa, es además útil y benéfica por los grandes bienes que produce. He tratado, pues, señores, de aplicarla al gran principio de los cambios, porque es principio de todo punto necesario. ¡Ojalá que al acabarse estas conferencias haya muchas conversiones, y sobre todo, tenga muchos neófitos la Economía política! Casi todos entre las turbas eran hasta ahora, no herejes, sino hombres incrédulos, ajenos á las nociones económicas. Lleguen nuestras ideas hasta ellos, y nuestro triunfo es seguro. Hay que temer alguna resistencia, pero esta es la señal del bien que vamos á producir. El letargo es uno de los síntomas más temibles; el enfermo que se queja horriblemente de su mal, está mejor que aquel que no siente el mal que le devora. Pues bien, señores, el pueblo español, la generalidad del pueblo español, apenas habia oido hablar de la doctrina que nosotros predicamos. Oiga ahora lo que le decimos.

En hora buena los intereses bastardos logren poner obstáculos en nuestro camino. Santa causa es la que defendemos : el bien general nos guía : valientes campeones pelean bajo la bandera que hoy han puesto en mis manos, y digna y noblemente sabrán tremolarla, así el que pretende dar al Poder gran fuerza y autoridad, como el que intenta mermar sus atribuciones, tirando unos y otros á la aplicacion de la justicia y á proporcionar á todo interés legítimo igual seguridad, que es en lo que consiste la proteccion verdadera, la universal, la provechosa. (*Aplausos generales y prolongados.*)

PRINCIPIOS FILOSÓFICOS

en que se funda el sistema

DE LA LIBERTAD DE COMERCIO,

POR

D. Francisco de Paula Canalejas.

SEÑORES :

Al unir mi desautorizada voz á las elocuentes y autorizadísimas que en este recinto han demostrado la bondad, verdad y conveniencia del libre-cambio, no me guía otro propósito, ni me mueve otro impulso, que el de contribuir á empresa tan meritoria, siquiera sea en debido acatamiento al deber imperioso, que nos ordena concurrir á la realizacion de ideas que han de purificarnos de ese pecado mortal de la proteccion en que todos nacimos, libertándonos de la servidumbre del monopolio.

Habeis escuchado ya en varias ocasiones, el atestado del buen sentido, de la observacion, de la ciencia económica, de la historia mercantil, de la estadística, é interrogadas todas estas leyes de la vida, todas estas ciencias, todas, sin excepcion, sin dudas ni ambages declararon, que la libertad de cambio es precepto natural y ley fecunda en provechos y grandezas para los pueblos y naciones que la rindan culto. Y para que ninguna duda subsista, para que no queden murmuraciones allá en el fondo del convencimiento, para que no se repita se rehuye el exámen de

estos problemas en el terreno del derecho, para que no se nos inculpe como materialistas, y trate de empíricos, ya que tan de moda andan tales inculpaciones, discutiremos en el terreno filosófico, á que siempre se nos cita y nunca se acude, y si, consultada la ciencia madre, la filosofía, el resultado de la averiguación es el mismo que aquel que produjo el estudio de las ciencias anteriormente enumeradas, entonces ó el conocimiento y el razonar son recurso inútil y estéril, tratándose de ciertas gentes, ó convendrán en que es cierta, evidente y demostrable la verdad, bondad y conveniencia del libre-cambio.

Señores: Todos habeis escuchado negaciones más ó menos atrevidas respecto á la ciencia económica: todos habeis escuchado, con cuánto calor y empeño se niega su carácter de ciencia, porque negado este carácter, destruidas sus leyes, las deducciones de la ciencia económica serán mero opinar individual, y por lo tanto cosa de poco momento. Entre nosotros, allá en donde con más interesado afán se inquieren los medios de combate, contra el libre-cambio, han resonado una y otra vez estas negaciones. Preguntan unos: ¿cuál es la relacion que guarda esta ciencia con las demás ciencias morales? ¿Cuáles sus principios? ¿Cuál su evidencia? Y discurriendo sobre estos puntos, fulminan á manera de encendidos anatemas, acusaciones de cantores de los goces sensuales, y yo no sé cuántas cosas más no menos graves, y no siempre tan limpiamente dichas.

Quizá pudiéramos detener en este grado la impugnación, preguntando á los censores cuál era su criterio, y si lo enunciaban (que lo dudo) mostrarles que ni era ley ni criterio; pero hagamos caso omiso de este punto, demos por bien hechas estas acusaciones y abordemos de frente y sin reticencia ni soslayeo el tema que se nos propone. ¡Ojalá encuentre esta franqueza y buena fe imitadores en las filas de los proteccionistas!

Es una verdad, que no necesita mayor demostración que su simple enunciado, que las ciencias, como las diferentes ramas de un árbol, se entroncan en otra primera, que á todas reparte sávia, ó sea verdad y certeza, puesto que esta primera y principal ciencia arraiga en el seno mismo de la verdad y de su conocimiento. Llamáronla sus antiguos por antonomasia la *ciencia* á esta fundamental, y desde entonces sus dictados han sido las

leyes de las ciencias particulares, las que erraron si la filosofía fué errónea y vivieron en el absurdo cuando el absurdo enseñóse de la filosofía. Reconocido este hecho histórico, pugnan hoy los escritores, por enlazar, sistematizándolo, todo el conocimiento humano, y por agrupar en torno del pensar filosófico, el pensar y conocer que corresponde á cada una de las ciencias particulares.

Así como el derecho interrogó á la filosofía, la interrogaron á su vez las demás ciencias morales y políticas, reconociendo que no serian dignas de ostentar título tan valioso como es el de la ciencia, si no concertaban sus métodos y sus doctrinas con las doctrinas y métodos, que la filosofía declaraba por más excelentes por lo ciertos y verdaderos. Pudieron en buen hora los sabios de pasadas centurias, emanciparse de la teología y fundar su estudio con entera independencia de lo que entonces apellidábase ciencia divina; pero no han podido ni es fácil que alcancen á emanciparle de la filosofía, por la sencilla razon de que no podrán, tratándose de ciencia ó de verdad humana, emanciparse de la que declara qué es el pensamiento y cuál la verdad que piensa el hombre.

En este movimiento general del espíritu moderno, no es de extrañar que todas las ciencias no hayan reconocido al mismo tiempo la ley interna, que las avecindaba á la filosofía: que es muy propio del flaco entendimiento humano, no llegar á la verdad sino despues de dolorosos ensayos y repetidas tentativas. La Economía política, nacida bajo el signo y tutela de escuelas enemigas y contrarias á la filosofía, creció como pura ciencia de observacion y experimento, y á lo sumo para el análisis de la produccion, pidió á la psicología sensualista, el conocimiento del hombre y la enumeracion de sus necesidades.

Con muy distinta tendencia se presenta hoy, y con principios diferentes campea en la controversia que sus soluciones suscitan. Hija primogénita del derecho, basa sus teorías en las doctrinas y preceptos de esta ciencia, y discurriendo en el terreno puramente científico razona, á la manera del jurisconsulto, y pide el reconocimiento de lo justo, y como lo justo es siempre lo más conveniente, comprueba este aserto con la estadística y la historia que deponen en su abono. ¿Cuál es el destino de la huma-

nidad? pregunta el derecho á la filosofía. Su destino no es otro, que el de realizar, es decir, traer á la vida, al hecho, toda su esencia, ó lo que es lo mismo, todas sus propiedades, el conjunto de sus atributos, y bajo esta doctrina, el jurisconsulto proclama la teoría de los derechos del hombre; porque estos derechos son las fórmulas que expresan lo que *es* en su esencia el hombre, y manifiestan lo que *debe ser*. Para realizar su fin, para que se actualicen sus derechos, para que estos derechos sean una verdad real y *sean* en la vida entidades y fuerza, es preciso que se respete el medio único, que el hombre tiene para realizarlos; este medio es la *libertad*. Por esta razón las diferentes ciencias que se ocupan del hombre, declaran que la libertad es una condición esencial, para cumplir el destino humano, y que así en política como en moral, el hombre ha de estar dotado de libertad, para que sus actos sean verdaderamente suyos, y su obra merezca aplauso ó castigo.

La ciencia económica no es infiel á estos principios; y el estudio de los fenómenos que son de su jurisdicción, lo inicia sosteniendo que no hay derecho contra el derecho, y que el hombre es y debe ser libre. El derecho que pueda ser negado sin que la justicia se cubra el rostro, no es derecho, la libertad que pueda ser negada, sin que la conciencia clame, no es libertad.

Sabe la Economía política, que no es de su incumbencia definir el derecho, ni demostrar la libertad: recibe estas luces de la filosofía y de la ciencia del derecho, y las coloca como criterio y faro en un seno, y las consigna como principio fundamental en sus prolegómenos. Sin estas verdades iniciales, en todo estudio político ó social, será imposible la Economía política, como lo sería el derecho, como no existiría la moral. ¿Cómo, tratándose de hechos en que la humanidad es la protagonista, podríamos prescindir de consignar que es capaz de derechos y que es libre por su esencia, por sus atributos primeros y característicos? ¿Cómo podríamos suponer que existe dentro ó fuera de la humanidad, potestad ó fuerza, que alcance á mudar estos derechos ó á escarnecer esa libertad limitándola? Dentro de la humanidad, lo que existe será ella misma, y ella misma no puede cambiar ni transformar su naturaleza. Fuera de la humanidad y superior á ella, sólo *es* Dios, y Dios es el que la

creó, dotándola de tales condiciones, é imponiéndole como ley moral el deber de cumplir el destino que se encierra en la misma naturaleza humana. Por Dios y en Dios, es y está el ideal de justicia y de verdad, que debe tender á realizar la humanidad en la infinitud del tiempo.

Así se enlaza la ciencia económica con la filosofía y con el derecho, y en este punto aparece, cuando de una manera general se estudia á la humanidad. Vive la ciencia económica con la sustancia de las ideas y leyes generales, que son patrimonio de la filosofía y del derecho, y dentro de su reino ó esfera propia, no hace otra cosa que aplicar las ideas y leyes que la filosofía y el derecho demuestran.

Antes de demostrar que tiene asimismo campo propio la ciencia económica, no será excusado advertir, que ocupando en la enciclopedia general de la ciencia el lugar que le hemos asignado, su criterio y su ley es la ley y el criterio general y sustantivo que sirve á la filosofía y al derecho, y por lo tanto calumnian á la doctrina económica los que la motejan de individualista y anárquica. Si la demostracion de sus verdades para que sea más clara é imprima más honda huella en el auditorio, la han hecho en momentos de controversia, muy distinguidos escritores, bajo el punto de vista individual, esta manera de exponer era sólo un término de abreviacion, que daba por supuesto, lo que se afirmaba respecto al individuo, como afirmado respecto al género humano. Pero ya que molesta á nuestros contradictores, que se deduzca y demuestre la justicia del libre-cambio, por el derecho que asiste á todo individuo de comprar donde le plazca y de vender donde le sea de más provecho, consideraremos no el individuo sino el hombre, no á este ó aquel hombre sino á la humanidad.

El resultado de la deduccion será el mismo, porque no erraron los antiguos doctores, que denominaban al hombre *microcosmos*, mundo abreviado. En su sér y en su esencia encuéntranse todas las ideas y leyes universales, y el hombre demuestra con su mera existencia, que esa ley de armonía que se invoca es tan real, que sólo dada su realidad, es posible la existencia del hombre.

La humanidad, dotada de derechos y libre, porque tiene de-

rechos, y teniendo derechos porque Dios le impuso un destino que es su ley moral, que es su deber, tal es el actor y el personaje y protagonista cuya actividad, cuyas creaciones son el objeto de la ciencia económica. Y lo que la ciencia económica estudia de ese protagonista, no es su esencia, su naturaleza, su vida, ó su destino, que estos son objeto de las demás ciencias antropológicas, sino que estudia lo que es útil á la humanidad para cumplir su destino sobre la tierra.

No significa otra cosa esta idea de utilidad que una relacion de medio á fin. Llámense útiles aquellos objetos que con menor empleo de fuerza y mayor economía de tiempo, sirven más ventajosamente á la realizacion de un fin cualquiera; y por lo tanto, al decir que la Economía política estudia lo útil, no queremos significar otra cosa, sino que la Economía política es la ciencia, que indaga los medios más provechosos para que el hombre cumpla su destino en la vida humana. Este destino, que el hombre debe cumplir en la vida terrena, sabe la Economía política que es una faz del destino general humano, y por lo tanto del destino moral, y sabe en consecuencia que el objeto de su estudio no es la investigacion de lo más útil á este ó aquel individuo, á esta ó aquella clase, á esta ó aquella raza, sino lo más útil al hombre, á la humanidad.

Sabe asimismo que lo *útil* al hombre no es sólo lo que recrea y deleita, sino que útil es asimismo lo que fortalece su espíritu, lo que aguijonea su actividad, lo que economiza fuerza y tiempo en el trabajo; porque como hombre, como compuesto de espíritu y naturaleza, lo provechoso bajo cualquiera de los mencionados conceptos al espíritu ó al cuerpo, es útil al hombre, porque no hay un provecho material que no sea un beneficio espiritual, así como no existe un goce espiritual que no redunde en bienandanza del cuerpo. Purificar y ennoblecer la vida fisiológica, es ocasionar un más alto desarrollo de la vida del espíritu: embellecer la existencia terrena, es despertar con mayor fuerza la aspiracion espiritual del hombre, abrir nuevos sentidos á su cuerpo para que sienta con mayor vivacidad lo que le rodea, es reanimar en el hombre las fuerzas vivas del espíritu, para que se levante á más altas contemplaciones de perfeccion y de virtud.

Sabe asimismo, que dirigir y aconsejar la actividad, en pos de lo útil, es repetir bajo una forma práctica un precepto religioso, es hacer más y más posible la realización del destino humano, y es así, porque la ciencia económica no ignora que el destino humano es infinito, que el tiempo del vivir es insuficiente aún para conocer las virtualidades que dentro de nosotros existen, cuanto más para realizarlas, y que por lo tanto precisa indagar de qué manera podemos adelantar más en la realización del destino de la humanidad.

Así concurre la ciencia económica con la filosofía y el derecho, á llenar de espíritu religioso la vida, á enseñarnos por do quiera deberes, que es preciso cumplir, á mostrarnos un sendero infinito que es preciso recorrer. Y si la religion y la filosofía declaran que el *trabajo*, el empleo de la actividad es ley y deber sacratísimo para el hombre, y que este trabajo ha de ser digno y encaminado á honesto fin, la ciencia económica completa la enseñanza y la aplica indagando las leyes de ese trabajo, y señalando lo *útil* como fin propio de la actividad aplicada.

Tan estrecho como es el consorcio de las ideas de lo verdadero, lo bueno, lo justo y lo útil, tan íntimo es el maridaje y fraternidad entre el derecho, la filosofía, la moral y la Economía política. Cada una de esas ideas señala el campo que es propio á cada ciencia, y como hemos visto, no existe la menor diferencia y hostilidad entre unas y otras. ¿Y cómo existir si todas ellas reconocen un fundamento comun y todas ellas existen y son reales, porque es eminentemente real el primer principio de la ciencia, que es Dios?

A boca llena merecerán el dictámen de inmorales, los que busquen sólo la *utilidad* de una pasión ó de un afecto; lo útil á una clase ó á una raza, lo conveniente en el día de hoy y en la hora que trascurre á este ó aquel individuo; pero no puede designarse con tal epíteto al que busca lo *útil* á la humanidad entera, y á la humanidad considerada como armonía de cuerpo y espíritu, y á la humanidad considerada al través de todas las edades y de todas las civilizaciones, considerada en lo real y permanente, no en lo fugaz y momentáneo de la raza, la casta, la nacionalidad ó la clase. Pecan por lo tanto gravemente con-

tra la moral y contra la lógica, los que pretenden constituir una ciencia con el análisis de lo más útil á este ó aquel fragmento geográfico, ó llámese nacion, á este ó aquel período histórico, porque la ciencia, si ha de ser digna de este sagrado nombre, ha de poseer su objeto con absoluta y completa independencia de tiempo, lo ha de abrazar en su verdad real, constitutiva, y lo ha de comprender en su generalidad. Por esta causa no existe, no puede existir una Economía política nacional, ni de siglo, sino que ha de abrazar la Economía política como hace el derecho, á la humanidad, en su concepto universal, porque sólo de esta manera pueden ser generales sus principios y universales sus leyes.

La ciencia económica, por lo mismo que es ciencia, que tiene por objeto propio el trabajo de la humanidad, ha de obedecer á este precepto, y no puede entrar por lo tanto en contubernio con intereses ó móviles, que no sean los generales y permanentes de la humanidad. Si no sucediera así, faltaria á una de las primeras condiciones de toda ciencia.

Esta es ley lógica que no negarán los proteccionistas. El objeto de toda ciencia es un sér, considerado en toda su generalidad, en todo cuanto sea. La física y la química, lo mismo que el derecho y la moral, de la misma manera que las matemáticas y la mecánica, estudian la fuerza, ó los cuerpos, ó la cantidad, lo justo ó lo bueno, en toda la generalidad y universalidad de su sér, noción ó concepto, sin que nunca se le haya ocurrido á ningún químico, sostener que su teoría atomística, así como sus fórmulas, se limitan á las combinaciones binarias ó ternarias que se efectúen en los crisoles de Alemania ó de Francia, ni nunca jamás haya imaginado ningún matemático ni ningún lógico, que el binomio de Newton ó la teoría del silogismo es propia sólo de las razas sajonas ó latinas.

De la misma manera el economista, al considerar la actividad del hombre, como objeto de su estudio, no considera á la humanidad limitada por ninguno de los accidentes que caen dentro del tiempo y del espacio, sino que la considera en toda la general universalidad de su concepto ó noción, para que las leyes que descubre sean verdaderas, permanentes y eternas en cuanto exista el sér que las expresa ó revela con su existencia.

Comenzar de otra manera el estudio de la Economía política, es faltar á una ley lógica, desconociendo lo que es el estudio científico; es amañar desde su inicio una vana y ridícula caricatura de ciencia para cohonestar ó defender á su sombra lo que debe ser herido é infamado por la verdad, único contenido y único fin del saber y de la ciencia.

Hemos reconocido y demostrado, que lo útil para el cumplimiento del destino terreno de la humanidad, es el objeto de la Economía política, y esta utilidad ha de ofrecerse en el *hecho humano*, es decir, en el efecto de la actividad del hombre. En este obrar del hombre, en esta actividad que se aplica al mundo exterior, debe dominar el carácter de la actividad racional, porque de otra manera, desmentiríamos la idea de libertad que estampa la Economía política, como fundamento de sus decisiones, y esta es la razón de aquel principio económico que declara, que la humanidad es libre, y por lo tanto, debe ser su obrar según es el *sér* que obra, soberanamente libre. El individuo, como determinación interior de la idea general de la humanidad, es libre en su obrar en la esfera individual, como es libre la humanidad en su ancha esfera. Cada uno dentro de su derecho es libre; su libertad cesará sólo donde cese su derecho, y su derecho cesará donde falte su naturaleza. Donde no exista derecho, no existirá libertad, así como sería ilusoria una libertad que no fuera medio de obrar de ningún derecho.

¿Pero el derecho individual podrá oponerse al derecho de la humanidad? Esta pregunta equivale á preguntar si en la serie $1 = \frac{1}{2} + \frac{1}{4} + \frac{1}{8} + \frac{1}{16} + \frac{1}{32}$, etc., podrá el quebrado $\frac{1}{16}$ oponerse como igual en cantidad al entero. Contenido en la humanidad, pero eternamente determinado, el individuo no puede nunca oponerse á la humanidad, ni ser contradictorio de la humanidad, porque lo útil á la humanidad, es lo que á él es útil, porque él está en la humanidad. Sólo en el caso en que pudiéramos concebir un quebrado que no estuviera contenido en un entero, un caso particular de la caída de un cuerpo que no estuviera dado en la ley general de gravedad, un individuo que no estuviera en la humanidad, podríamos plantear el problema de las colisiones entre el derecho humano y el derecho individual. Hasta que tal caso se presente, es ocioso y estéril fingir

cuestiones que no son reales y que recuerdan las hipótesis escolásticas, en que ejercitaban su ingenio los doctores de los siglos medios.

De la misma manera, es inútil hablar de la colisión de los derechos individuales entre sí: que hay colisiones nadie lo niega, lo que sí niego es que haya colisiones de derechos. El derecho nace concreto en la determinada naturaleza humana, y no es más extenso ni más general que la generalidad y extensión que tenga la humana naturaleza, que es su raíz y su asiento. Considerado dentro de estos límites propios el derecho de los individuos, no puede haber colisiones entre derechos individuales; lo que habrá es ataques ó agresiones de la sinrazón contra el derecho, en cuyo caso, la ley no hace ni debe hacer más que integrar al sujeto del derecho que se ve vulnerado en su personalidad legal.

Esta doctrina que es hija del buen sentido basta para probar que son inciertos é infundados los ataques que se dirigen á la ciencia económica, motejándola de individualista y de enemiga de toda sociedad y todo derecho social. La Economía política, si de algo peca, es por exceso contrario, porque no distingue entre derecho social y derecho individual, sabiendo que lo afirmado del primero se afirma del particular, dentro del círculo que es propio de la individualidad.

Si la humanidad obra, y esta obra es libre, los efectos de su actividad no han de ser de peor condición que la causa, sino que hemos de encontrar en los efectos lo que como carácter distintivo hemos reconocido en el agente ó en la causa. El trabajo humano es libre, y es libre porque es medio general de realizar el destino que como ley divina preside á la existencia de la criatura; si no fuera libre el trabajo, el cumplimiento del destino sería imposible, ó sustituiríamos á la ley natural ó divina un deleznable propósito de este ó aquel dictador, que arrastraría al hombre por distinto sendero que aquel que abrió el Creador al linaje humano, torciéndose así todas las leyes providenciales que nos rigen.

La humanidad es activa; tiene el deber de realizar su destino, realizando su esencia, así en su faz espiritual como en la natural ó corpórea, y por lo tanto, puede aplicar al exterior su

actividad, puede influir y obrar sobre la naturaleza que le rodea, y la aplicacion de su actividad á la naturaleza que le rodea es fecunda, porque la humanidad puede conocerla y sentirla, porque es de ella misma, y siendo de ella misma, es asimismo superior á la naturaleza.

La humanidad no se basta á sí misma; es un sér de armonía, y reúne en sí una doble esencia; espiritual la una, corpórea la otra. Sus leyes, como sus facultades, participan de esta doble naturaleza, y de ambas necesita para que el desarrollo de su sér sea armónico. Por eso vive unido por su cuerpo á la naturaleza que la rodea, y obedece sus atracciones y se somete á sus mandatos; por eso vive unido á la naturaleza, al mundo, á la tierra, que no es un mero pedestal, sino que es algo que lo integra, que lo completa, y algo de que necesita para su existencia y crecimiento. La naturaleza tiene respecto al hombre derechos maternales, porque de su limo le formó, y con sus frutos lo sustenta; por eso el hombre la ama y la embellece y la santifica con su trabajo como muestra de amor y respeto filial. La naturaleza y la humanidad se completan mutuamente; la una no es concebible sin la otra, y entre ambos séres existe una dichosísima armonía, que las ciencias fisiológicas, cada vez, revelan con mayor luz.

Esta armonía que podríamos llamar preestablecida por Dios, es causa de que el hombre encuentre habitable así la zona tórrida como la frígida, así los continentes como las islas, y es causa de que las condiciones ó aptitudes del hombre se modifiquen segun exigen los obstáculos que hay que vencer en los desiertos de Sahara ó en las montañosas y áridas comarcas de la Noruega. Pero en todas estas regiones y en cada una de ellas, colocó la provida naturaleza ricos veneros de produccion mineral aquí, como es vegetal allá, como la convirtió en industrial en otra parte, el ingenio humano. Pero limitada la produccion á cortas clases, recompensó con la abundancia su escasa variedad, indicando con este sobrante, que otra parte de la humanidad la necesita, que á su vez estará sobrado de distintos productos. Y dentro de la naturaleza nada existe aislado, las vías de comunicacion están por do quiera, sólo que el hombre tarda en verlas; el Océano convida á traspasar sobre sus espaldas á los navegantes de uno

al otro polo, y ahora acabamos de descubrir esa vía férrea, que nos reúne á las más apartadas regiones y que señalamos con ténue alambre tendido en el espacio.

Todo para todos, dice la naturaleza en su produccion; y el hombre, unido á ella y siendo su inteligencia, se encarga de hacer llover sobre todos los hombres lo producido en países, cuya existencia ignoran los mismos que se deleitan con sus flores y sus frutos.

Estas dos ideas humanidad y naturaleza, son los dos polos de la ciencia económica. La humanidad es un sér, un todo organizado, un cuerpo, que penetra y vivifica á la naturaleza, transformándola y enaltecéndola en otro producto, que es compuesto de naturaleza y humanidad, puesto que participa de la materia y del espíritu, que deja su efígie en la forma, disposicion ó cálculo de áquella fuerza ó sustancia natural.

Y la naturaleza á su vez es otro sér orgánico, una totalidad de fuerzas equilibradas, que recibe como cariñosa esposa al amado y le abre sus brazos, mostrándole los tesoros que esconde su fecundo seno, tesoros que sólo para la humanidad tienen precio y valor, tesoros que aumentan en valor y precio segun aumentan las necesidades con el progreso de la cultura. Tan varia como se muestra la humanidad en la combinacion de sus facultades, tan variada se muestra la naturaleza en la de sus fuerzas; tan bella y armónica como se muestra la humanidad en la generalidad y espontaneidad de su vida, tan bella y armónica se muestra la naturaleza en la magnífica totalidad de sus leyes y fenómenos.

Siendo así la humanidad como la naturaleza, séres orgánicos, existe entre sus partes toda la relacion que se descubre entre los miembros de un organismo, teniendo cada uno de estos miembros una especial función que desempeñar, como sucede con los pulmones ó con el corazon en el organismo humano; pero concurriendo toda esta función especial de los miembros ú órganos, á constituir la función total de la naturaleza ó de la humanidad, en la diferente esfera que les es propia y adecuada. Esta ley es comun á todo organismo, y abraza por lo tanto así á la naturaleza como á la humanidad, y como hemos sentado que un armónico paralelismo existe entre la naturaleza y el espíritu, es evi-

dente que cada parte ú órgano de la humanidad, guardará relacion con la parte ó porcion de la naturaleza, que le sirve de morada y de complemento.

Basten estas sencillas indicaciones que la índole de esta conferencia me impide desenvolver y explicar, pero que sirven para demostrar el enlace y relacion de la Economía con las demás ciencias y que declaran que las leyes que en su seno se establecen, están dadas en los dos séres, naturaleza y humanidad, que constituyen el objeto de su estudio. Como todas las demás ciencias, la económica no *inventa*, no *crea* leyes, puramente imaginadas, sino que las *descubre* y las *señala* cuando una bien seguida deduccion las hace patentes, rodeadas del esplendor de la verdad.

Continuando en esta sencilla deduccion que hemos comenzado, advertimos que si el obrar de la humanidad, aplicado al exterior no es estéril, debe producir, y lo producido, la produccion, tiene utilidad, y esta utilidad no es otra cosa que la relacion que encierra el objeto producido al fin del hombre, y como este fin no ha de cumplirlo este y aquel individuo sino la humanidad entera, la utilidad es una ley universal, que brilla con luz igual á los ojos de todos los hombres. Y como lo que la ciencia económica estudia no es el obrar del individuo, sino el obrar de la humanidad, y como sabe que la humanidad está repartida en un planeta, que cuenta con distintos climas y con diferentes constituciones geológicas y son por lo tanto diferentes los elementos materiales de que se sirve, y como sabe que al producir se produce pensando en lo *útil* á la humanidad y no en lo necesario mediatamente al productor, formula estas observaciones con el nombre de ley general *del cambio*, que es universal, como las anteriores de trabajo y distribucion del trabajo y como la siguiente de valor y crédito que constituyen las categorías de la ciencia económica.

Detengámonos un momento á considerar este génesis de las leyes económicas. Yo no sé si en alguna de las ciencias morales, que tanto se enaltecen, se encuentra una sistematizacion de verdades, más íntima y estrecha que esta que nos ofrece la ciencia económica. Del obrar humano, del trabajo, ley y deber universal, se deducen por sí, dadas las condiciones de este trabajo,

la *division del trabajo, el cambio y el valor*. Trabaja la humanidad para realizar su destino y cumplir la ley moral y trabaja para toda la humanidad, y cada individuo humano crea en la localidad en que plugo á la Providencia colocarlo, todo lo que puede crearse con los elementos de aquella localidad, que sea útil á la especie humana, muy seguro de que los de localidad distinta obrando de la misma manera, porque la ley á que obedecen es universal, crearán lo que á ellos les sea útil y por lo tanto necesario. Las variedades de la naturaleza, la gradacion del calor en los diferentes puntos, la vecindad y alejamiento de los mares, los rios y las fuentes, y los meteoros medidos y proporcionados, establecen esta bella variedad de la naturaleza, que se expresa en distintos climas, en flores diferentes y en la geográfica distribucion de los animales sobre la haz de la tierra. Aquí los frutos y los caldos que exigen vida y calor en el suelo, allá las maderas y los hierros que requieren una vida natural lenta y ordenada, acullá los linos y los cáñamos, y en otras regiones las sedas y metales. Y de la misma manera estas razas cultivan con aptitud especial frutos y semillas, y benefician caldos y vinos, en tanto que otras siguen lentamente en las entrañas de la tierra los crecimientos del carbon mineral, ó los veneros de preciosísimos metales.

Pero la humanidad entera necesita los productos de la naturaleza entera, los del Norte y del Mediodía, del Oriente y del Ocaso, lo que los miseros chinos filigranan y lo que arrancan los mineros sajones, la rica mies de Crimea y el deleitoso Chipre, el algodon de los Estados Unidos y los cueros de las salvajes ganaderías de la América meridional. Y es así, porque creciendo la humanidad por el progreso de su vida, crece asimismo y se ensancha la idea del deber que ha de cumplir, y si el deber que ha de cumplir crece, deben aumentarse y crecer los medios de que dispone para su cumplimiento.

No es la Economía la que crea esas necesidades que es preciso satisfacer; el aumento de la vida humana las suscita, y la Economía sólo mira el modo de satisfacerlas, puesto que son *necesidades*, es decir, medios que el hombre *necesita* para cumplir con el deber que le está impuesto.

Así la division del trabajo nace de la variedad de la natura-

leza, de la variedad de las razas dentro del género humano, de la variedad de las tribus dentro de las razas, de la variedad de los individuos dentro de las tribus y de las diferentes aptitudes de los individuos comparados los unos con los otros; pero todas estas variedades de aptitudes, naciones, razas, climas y continentes, forman el todo de la producción humana, necesaria como elemento y medio de existencia á la humanidad entera. Por eso el hombre ve satisfechas sus necesidades con el trabajo del hombre, porque el productor produce para la humanidad entera, no para esta ó aquella tribu ó nacionalidad, no para este ó aquel individuo.

¿A quién le es necesario el producto del hombre? A la humanidad entera; y para que pueda aprovechar su múltiple y variada producción, existe una ley universal, la de cambio, que es causa de que se permuten los productos, trocándose el que tiene utilidad para una necesidad determinada, con el que la tiene para otra distinta, apreciando el sujeto que siente esta necesidad, lo perentorio y provechoso del producto que se ofrece á la vista, para calcular qué debe ofrecer á fin de conseguir utilizarlo. De esta manera se realiza aquella máxima cristiana, de todos para uno y uno para todos.

El cambio como ley universal, engendra el valor como otra ley tan extensa como el cambio, y una y otra se refieren al destino humano que es preciso cumplir, porque una y otra hacen posible que los medios que la naturaleza da y que el hombre perfecciona, sirvan y aprovechen á la humanidad entera.

Y esta ley genérica de cambio, engendra variedades específicas que no son otra cosa que la manifestación de la ley, en grandes hechos ó fenómenos humanos. El crédito es el cambio, expresado en el valor que nace, al ponerse frente á frente dos hombres, dos actividades, dos productos, el uno en su estado virtual, el otro ya realizado. La sociedad nos ofrece esta nueva manifestación de la ley de cambio, y la ciencia económica al estudiar las relaciones de la humanidad consigo misma, después de haber estudiado las relaciones del hombre con la naturaleza, la registra cuidadosamente en sus páginas.

La humanidad no vive sólo en el espacio, sino que vive en el tiempo, y su vida histórica es fuente fecunda en leyes que

aprovecha la ciencia económica, haciendo que se auxilie y ayude no sólo la humanidad que vive en un siglo dado, sino la de hoy con la de ayer, y la de mañana con la de hoy, utilizando así fuerzas que aún están en lo futuro y existencias que ya descansan en la tumba.

No me incumbe ir más allá; no es mi intento hacer una exposición de la ciencia económica; intentaba sólo demostrar que la ley de cambio era ley universal y natural, y creo que lo he conseguido. La libertad del cambio es el resumen de las leyes que hemos expuesto; tiene la firme y ancha base que he indicado; descansa en lo que es eterno en el mundo moral, y en la esencia de la humanidad y de la naturaleza. Si negamos esta ley, es preciso fingir hombres sin mirar lo que es el hombre, es forzoso imaginar á los habitantes de esta ó aquella comarca, viviendo en una edad parecida á aquella que elocuentemente pintaba D. Quijote á los cabreros. En tanto que continúe aquella edad y aquellos siglos dichosos, fantaseados por los poetas, las leyes universales no se manifestarán, porque la vida humana se encontrará en un período embrionario, y la naturaleza del hombre quedará como aletargada en tan deleitosa y paradisiaca existencia. Pero cuando las necesidades estéticas y las intelectuales con las morales se despierten, cuando el hombre tenga que satisfacerlas, cuando caigan los dorados muros del paraíso y aparezcan los infinitos espacios de la vida, entonces el hombre llamará al hombre, y los lazos intelectuales y los morales crearán los económicos, y será preciso que así como el maestro economiza al discípulo porción preciosa de la vida, empleada en fatigosos estudios, otro le economice el duro aprendizaje de construir buques, porque ya no dispone de tiempo, que el suyo lo empleó en el aprendizaje necesario para cultivar la tierra. Obligar al hombre á que sea el productor de cuanto consuma, es un absurdo; porque es imposible que engendre la rica variedad de productos que necesita; y como las naciones no son más que grandes individualidades, se incurre en idéntico absurdo al suponer que ha de ser cada nacionalidad la productora de todo cuanto consuma.

Si las necesidades no fueran eternas y esencialmente vivas, si las necesidades aparecieran sólo á la voz de los productores de

un país, podria aceptarse tal doctrina; pero no sucede así, dada la vitalidad y anhelo constante del hombre por lo óptimo, y dadas las relaciones del hombre con el hombre, de la humanidad consigo misma, que engendra de continuo más altas necesidades y cada vez más imperiosas. Es la necesidad, la demanda, como masa de agua aherrojada que ruge contra las compuertas que la aprisionan, y es así porque es una parte de la humanidad aislada, que no encontrará su nivel hasta que se la deje ir á buscar su complemento, la oferta, que es aquella otra humanidad que vivia tambien aislada y suspirando tambien por amistad y comercio.

¿Quién ha concedido derecho para mutilar lo que es un sér orgánico, un todo armónico? En la historia universal, en la ciencia, en las letras, ¿no se completan las nacionalidades, no se armonizan las creaciones literarias y científicas, eslabonándose sus esfuerzos, tomando la ciencia, una, donde otra generacion la deja, ó completando aquella nacion lo que esta dejó sólo como enunciado, porque otra idea con mayor vehemencia la llamaba? Pues si tal sucede en la ciencia y en el arte, no debe suceder cosa distinta al trabajo de la humanidad.

¡Amputar un miembro á la humanidad, y obligar á este miembro sangriento y palpitante á que realice las funciones todas del cuerpo, del organismo completo, es un delirio que toca en lo absurdo al par que en lo ridículo! El miembro ó nacionalidad fundionará segun su índole, segun su naturaleza, segun los medios de que disponga. Su produccion será la que se dé en su suelo, la que fecunden sus aguas, la que bendiga su sol; pero no aquella produccion que necesita otro suelo, más ó menos agua, más ó menos sol.

Para obligar á una region dada á que produzca, cuanto las necesidades demanden, es forzoso obligar al hombre á volver la espalda al destino moral, que sobre él pesa; es obligarle á cometer el despilfarro moral de gastar su actividad ó su energía y su tiempo, en crear lo que más pronto y mejor podria obtener ya creado, pudiendo así emplear su tiempo y su actividad en trabajo más útil, que le permitiria realizar más y más su esencia, en lo que consiste el cumplimiento de su destino.

¡Cuán mezquinos se nos aparecen estos soñadores de utopias,

que intentan corregir este maravilloso concierto de las armonías naturales que nos rodean! En esta impía empresa de sustituir un orden artificial al natural, un interés mezquino y pasajero al interés permanente de la humanidad, nuestros contradictores cierran los ojos al hecho, á lo real y constante, y se dan á sutilezas y alambicamientos, que no es necesario refutar, sino que basta señalarlos con el dedo, para que la verdad quede desagraviada.

No encontrando en la esfera científica una verdad que contradiga los principios sentados, no encontrando una doctrina que disculpe su descreimiento respecto al destino unitario que la humanidad ha de cumplir, no encontrando cosa que sirva para contradecir el apotegma de que ese destino se ha de cumplir mediante el empleo de su actividad, no atreviéndose á contradecir el dogma de que el hombre es libre, y por último no osando negar la diversidad con que aparecen dotadas las distintas regiones del globo, recurren á yo no sé qué creaciones históricas, que viven un día y que cambian como la superficie del mar agitada por encontrados vientos, en la superficie de la historia, creyendo que esas nacionalidades que ellos proclaman, encierran el alma de su doctrina y entrañan un interés, que es más alto que el humano, y una verdad superior á la verdad incondicional de la ciencia.

Yo no necesito refutar este error; en su misma raíz queda refutado en las consideraciones que anteceden. Las nacionalidades son entidades históricas, que son necesarias dentro de una edad ó período histórico; pero que están dentro de la vida general humana y que se conciertan en unidad armónica, de tal modo, que las oposiciones que engendran son siempre relativas, nunca permanentes ni constantes. Son recursos dramáticos de esta gran tragedia de la historia; pero nunca crean oposiciones absolutas ni hostilidades permanentes, que contradigan las leyes generales humanas.

Yo lo digo con toda sinceridad: no encuentro ni se me alcanza otro medio de contradecir las enseñanzas que mis amigos, con generoso esfuerzo, uno y otro día propagan, que el de negar toda ley permanente y sustancial en la vida, y sostener á la manera de algun sofista moderno, que Dios, y bondad y derecho, así como verdad y belleza, son puras apariciones históricas, que cambian y se transforman como las costumbres y los apetitos,

sin que signifiquen otra cosa que la vaga idealidad de la fantasía, con que el hombre distrae sus torturas y padecimientos. Sólo el ateísmo científico puede procurar armas de combate á los proteccionistas; pero yo confío, ¡qué confiar! yo sé, que no acudirán á semejante extremo, porque al par de nosotros, reverencian y acatan estas leyes primeras de la inteligencia que nos enseñan el lazo constante que nos une á Dios y nos revelan la asistencia constante de la divinidad en la vida, sublimando y enaltecendo la naturaleza humana.

No se me esconde, que las verdades no aparecen de una vez, ni surgen como Minerva, del seno de la ciencia; pero hagamos converger la filosofía como la historia, el derecho como la Economía, á la demostración de la libertad humana; reunamos como en un magnífico coro, el canto que cada una de esas ciencias alza á la libertad; consagremos con este espíritu liberal, óleo sagrado de la ciencia contemporánea, todas las deducciones y pesquisas racionales, y no se hará esperar el día en que gozando del provecho que el mundo de las ideas procura, nos maravillemos de haber considerado como enconada y perturbadora enemiga, lo que es la natural manera de sér, de cuanto lanzó á la vida la Omnipotencia, creadora del que Es la infinita bondad y la absoluta sabiduría. — He dicho. (*Aplausos generales y prolongados.*)

PRINCIPIOS ECONÓMICO-POLÍTICOS

en que se funda el sistema

DE LA LIBERTAD DE COMERCIO,

POR

D. Benigno Carballo Vangüemert.

SEÑORES :

Antes de entrar en el desarrollo de mi tesis, permitidme que os diga algunas palabras, debidas en justicia al sitio en que me siento y á la concurrencia que me escucha. Dedicado hace algun tiempo al profesorado público, afiliado en la Liga española para la propagacion de la libertad comercial, y dado por aficion y por deber á los estudios economistas, no es esta la primera ocasion que hablo delante de un público ilustrado y numeroso; y sin embargo, debo confesar á fuer de sincero, que nunca he sentido pesar sobre mí la dificultad y el embarazo que pesan esta noche. Es que hablo en el Ateneo de Madrid; es que me presento en una sociedad justamente reputada como la primera sociedad literaria en España; es que vengo al palenque en donde han dado sus pruebas las primeras celebridades literarias, científicas y oratorias de nuestro país; es, señores, que hablo en presencia del público, que una y otra hora, uno y otro dia, cultiva el pensamiento con la más afanosa solicitud.

Yo no puedo apartar de mí la idea de que voy á someterme á una ruda prueba, á exponerme á una severa crítica, que será severa porque tiene derecho de serlo, y sobre todo, es

imposible que yo olvide en este instante que fué el Sr. Alcalá Galiano, una de nuestras glorias clásicas en la oratoria, el que abrió hace algunos días estas *Conferencias libre-cambistas*; el Sr. Alcalá Galiano, cuya elocuencia tantas y tantas veces sentida, aplaudida por todos los medios imaginables, así en este como en otros teatros del buen decir, vais á comparar con la palabra mía, descolorida, flaca de fuerzas, despojada de antecedentes y de autoridad. Traed á la memoria lo que este ilustre orador os dijo, lo castizo de su lenguaje, lo oportuno de su improvisación y la crítica llena de ocurrente y delicada gracia con que sacó á la vergüenza pública la vieja y decadente idea proteccionista, y decidme si á tan buenos principios no corresponde una continuación más levantada y menos modesta que la que yo puedo proporcionaros.

Sin embargo, señores, rodeado de circunstancias tan desfavorables y atormentado por recuerdos como los que os acabo de indicar, hay una consideración que me da fuerzas. Pertenezco á la Liga, estoy afiliado á la causa de la libertad comercial, la he defendido de palabra, la he defendido por escrito; debo defenderla una y cien veces más, debo continuar ofreciéndole la pobre ofrenda de mis fuerzas, debo, en suma, como soldado de una milicia, cumplir esta noche mi consigna libre-cambista. (*Bien, bien.*)

No vengo aquí á haceros un discurso ni á sustentar una opinión determinada en debate contradictorio y en presencia de un adversario: vengo á explicaros una lección, á desenvolveros un tema, á demostraros y presentaros el fundamento económico político de la libertad de los cambios. Mi tarea es la tarea del expositor.

Yo no sé, señores, en estos momentos cuál es el fundamento, la base científica en que se apoya la libertad de los cambios; no la quiero saber, y lo que es más extraño, es que supongo que tampoco vosotros la sabeis, pero por lo mismo que no la sé, que no la conozco, me propongo buscarla y os invito para que me acompañéis en una exploración por el campo de las ideas economistas.

Comienzo.

Echando una mirada hácia este medio social en que vivimos,

lo primero que se presenta á vuestra vista es el hombre, el individuo, el elemento simple, la molécula, si puedo así explicarme, de la sociedad: el individuo gravado con la carga de las *necesidades* y favorecido con el recurso de las *facultades*; el individuo con exigencias respecto de su parte material, con aspiraciones en el corazon, con vacios en la inteligencia, con secretos de naturaleza que han de cumplirse necesariamente; el individuo que á semejanza de las plantas que atraen del suelo y de la atmósfera jugos nutritivos que llevan la vida á sus tallos y á sus hojas, necesita extraer del medio en que vive sustancias materiales para su cuerpo, ideas para su inteligencia, sentimientos para su corazon; el individuo que al lado de esta pesada carga y de este gravámen impuesto por la naturaleza tiene un poderoso medio en el poder de sus facultades. Si, señores, en el poder de sus facultades, palanca con que se han obrado y obran todos los días verdaderos milagros, instrumento á favor del cual el sér humano se ha extendido sobre la tierra y ha dejado por do quiera impreso el sello de su actividad, ora cambiando y modificando de varias maneras y por variados modos todas ó casi todas las sustancias, ora descendiendo á las entrañas del planeta que habita, ora atravesando los mares, horadando las montañas y visitando las más próximas como las más apartadas regiones, ora, en fin, fabricando, por decirlo así, con sus propias manos las artes, la industria, las ciencias, la civilizacion.

¿Qué estado, qué situacion será la que convenga más al individuo, y dentro de la cual le sea dable desarrollar su actividad y satisfacer sus exigencias de naturaleza? ¿En qué estado, en qué situacion tendrá su cumplimiento la ley del trabajo?

Supongámosle en la vida del aislamiento. Es, por ejemplo, el indio bravo que vaga por las montañas mejicanas, es un habitante de la Australia, pertenece á alguna de las islas del archipiélago filipino ó á alguna de esas tribus salvajes que vagan por los arenosos desiertos africanos; es, si quereis, un nuevo Robinson en una isla desierta: solo ha de vivir, solo ha de peregrinar por la tierra, solo, enteramente solo ha de hacer la jornada de su vida.

¡Qué situacion la suya! ¡Qué condicion la suya! ¡Qué felicidad la suya! El ejercicio de su actividad se reduce á la explo-

racion de un corto espacio de territorio; caza y pesca, trepa á las copas de los árboles para procurarse algunas frutas silvestres; su morada es pobre choza de troncos y de ramas fabricada, sus vestidos pieles, sus adornos plumas, apenas alcanza á satisfacer sus más groseros apetitos. El caudal de sus ideas está reducido al conocimiento imperfecto de algunos fenómenos naturales como son el salir [y ponerse el sol, el caer de los cuerpos, el llevar los rios su curso tranquilo ó precipitado, el nacer y el morir: fenómenos que conoce tan sólo como hechos existentes, pero sin pensar ni sospechar que puedan tener otra explicacion. Apenas hay deseos en su voluntad, puesto que no le es dado querer, no pudiendo ó no sabiendo pensar, la pobreza, y de este modo marcha en perfecto paralelismo con la de su inteligencia. El mundo para él no pasa más allá de la sierra que se desarrolla ó extiende á su vista, ó más allá del horizonte que le ofrece la mar, cuyas playas recorre; nunca una idea grande en su inteligencia, ni una aspiracion levantada en su corazon: desnudo de ideas, privado de medios que secunden su trabajo, y reducido á la satisfaccion de sus apetitos más groseros, se arrastra como un reptil, alcanzando ó llevando una existencia desgraciada.

Ciertamente, señores, que no es este su estado natural, que no se cumple aquí la ley de su destino, que no es el hombre en circunstancias tales lo que la naturaleza ha querido que sea. El estado que le conviene, la situacion adecuada á su naturaleza debe estar en otra parte. En otra parte pues debemos buscarla.

Reparad que las facultades humanas no se manifiestan del mismo modo en todos los individuos. Nosotros les damos ciertos nombres en el estudio de la psicologia, y las denominamos inteligencia, razon, imaginacion, voluntad, etc., ó les aplicamos otras denominaciones; pero en la manera de manifestarse, de emplearse, de exteriorizarse, si puedo hablar así, revelan y descubren en cada hombre una tendencia diferente. El lenguaje vulgar llama á esta tendencia *vocacion*, voz de la naturaleza, sentimiento innato, fuerza ó impulso secreto que nos lleva por distintos senderos en la vida. Nosotros la llamaremos simplemente *aptitud*, y diremos que son tan numerosas las aptitudes como los individuos, que así como no hay en el mundo exterior dos objetos exactamente iguales, ni dos hojas de un mismo árbol completa-

mente idénticas, no hay dos aptitudes que sean exactamente las mismas. Y si tan marcadas y características diferencias separan y distinguen la personalidad de cada individuo, cuando dirijais la mirada al conjunto de los seres humanos, notareis que esos agrupamientos conocidos con el nombre de comarcas, países ó naciones, tienen tambien las suyas, dándose á conocer unas y otras con caractéres perfectamente determinados; notareis, digo, que hay *aptitudes nacionales* como hay *aptitudes individuales*; que así como no se confunde la novela inglesa con la novela francesa, así como el mismo pensamiento desarrollado por el escritor alemán no afecta la misma forma que desarrollado por el escritor de España ó de Italia, así el producto de la industria de un país, aún tratándose de aquellos que puedan competir en perfeccion, tiene algo que revela su origen y procedencia, algo que es como un espejo en que se refleja la fisonomía del país, algo que traducido significa: España, Portugal, Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Estados-Unidos.

A esta variedad y desigualdad de las aptitudes acompaña la reparticion por parte de la naturaleza de los agentes con que se cunda el poder del hombre y coopera á la produccion de la riqueza. La Providencia ha querido que, al lado de estériles llanuras, se encuentren escabrosas y difíciles montañas, que unas comarcas estén favorecidas con una gran riqueza vegetal y otras con una gran riqueza mineral ó animal, que las unas sean islas, las otras penínsulas y las otras continentes, que cada region tenga su constitucion geológica particular, que los vegetales y minerales estén repartidos segun los climas y la latitud de los pueblos, que ciertas zonas estén envueltas por una atmósfera de calor y de luz y otras por el frio y la oscuridad: en una palabra, la Providencia ha querido que haya tambien *aptitudes locales*.

Ahora bien, señores, aptitudes individuales por una parte, aptitudes nacionales por otra, y reparticion desigual y distinta de los agentes de naturaleza además, hé aquí un rico conjunto de buenos y sólidos materiales para levantar el edificio de un gran sistema. ¿Quién sabe si en este sistema encontrará el hombre el estado que le conviene, el que está indicado en los elementos constitutivos de su sér? ¿Quién sabe si aquí encontrará la ocasion de desarrollarse como actividad? ¿Quién sabe?...

Toda vez, dice un individuo, que yo no puedo ni debo vivir en el aislamiento y necesito del auxilio y cooperacion de mis hermanos los demás hombres, formemos todos una gran asociacion: mi conciencia me dice que yo soy propio para la vida de las ideas, para la investigacion de la verdad, para las grandes cuestiones que interesan á mi destino: *soy filósofo, quiero ser filósofo*. Y otro dice: tengo una senda señalada, he venido al mundo para seguirla, á mi me gusta la vida de la fantasía, me place apartarme alguna vez del mundo de la realidad y elevarme á la contemplacion de cosas y de seres más perfectos que los que conozco y trato en la escena social; *he nacido poeta, quiero ser poeta*. Y un tercero dice: yo soy hombre práctico, nada para mí de teorías, ni de altas investigaciones, yo quiero moverme aquí abajo en este mundo de la industria y de la produccion, quiero seguir el movimiento de las mercaderías, acompañarlas en su entrada y salida, comparar sus precios de produccion y de venta, calcular los beneficios; he nacido para los negocios: *soy comerciante, quiero ser comerciante*. Y un cuarto dice: á mi me place hacer un estudio fisiológico y anatómico de la sociedad, averiguar la forma propia para la gobernacion de las naciones, y cual otro jinete tomar en mis manos las riendas para conducir á los hombres por el camino de su bienestar: *yo soy hombre político, quiero ser político*. Y á este tenor, cada cual va escogiendo aquella profesion que responde mejor á la voz secreta de su naturaleza, limitando y encerrando el ejercicio de su actividad dentro de una esfera pequeña, y abandonando en manos de los demás hombres el cuidado de desempeñar las demás carreras y profesiones.

Así se forma un gran sistema, una vastísima série, una progresion casi infinita cuyos términos son las industrias, carreras y oficios que el hombre sigue, y se nos presenta un fenómeno económico político de grandísima importancia, fenómeno cuyo valor no apreciamos bastante, porque nacidos y formados bajo su influencia, nos ha llegado á ser muy familiar: este fenómeno se llama *division del trabajo*. Consideradle en su magnífico conjunto, representaos el mundo como un gran taller, figuraos que asistís á sus operaciones y á su mecanismo y que al lado de los trabajos de la caza, pesca, explotacion mineral, agricultura, fa-

bricacion y comercio, de esos trabajos que tienen por objeto imprimir en la materia el sello de la actividad del hombre, figuran los del médico, abogado, hombre público, filósofo, naturalista, químico, físico, literato, poeta, pintor, escultor, etc., y os deslumbrará con sus magníficas proporciones y con su imponente grandeza. Y si de las grandes industrias descendéis á las familias, especies y clases distintas en que se diversifica y desenvuelve cada una, llegareis á formaros más cabal idea de este hecho economista, y casi apurareis los recursos del Diccionario para expresar tantas y tantas industrias fabriles, tantos y tantos géneros de comercio, tantas y tantas empresas, hasta llegar al trabajo del pobre obrero que pasa su vida en el taller sin hacer durante ella otra cosa que mover la lanzadera ó hacer cabezas de alfileres.

Es pues este un gran sistema; pero por lo mismo que es sistema, por lo mismo que es vasta red, que es progresion casi infinita, es menester que haya union entre sus partes, que haya nudos y mallas entre sus hilos, que haya razon entre sus términos: en otro caso sus diversas partes no serian más que unidades sueltas y no formarían asociacion ni sistema.

Hé aquí otro fenómeno económico político tan importante como el primero, hermano del primero, que nace al mismo tiempo que nace aquel, que lo completa y que unido á él viene á formar uno solo. Hablo del *cambio*, hablo de la razon de la série ó de la progresion; camino, si me permitís que así me explique, que va de productor á productor, de comarca á comarca, de nacion á nacion, de continente á continente; vínculo que une una empresa á otra empresa, una carrera á otra carrera, una profesion á otra profesion, una industria á otra industria; el nudo, la malla de la gran red social.

Creo, señores, que he encontrado lo que me proponía buscar, el fundamento económico político de la libertad comercial. Está en el cambio y en la division del trabajo, y si no lo veis claro en este momento, yo procuraré penetrar un poco más en nuestra exploracion.

La Economía política está toda encerrada dentro de estos dos fenómenos: la vasta série de los principios economistas está aquí para el economista el sistema que os he bosquejado es la socie

dad. Vosotros encontrareis entre los hombres relaciones morales ó relaciones de otra especie, lo cual os proporcionará otro estudio y otro distinto aspecto del hecho social; pero en orden á industria, á actividad, á relaciones de trabajo, ú organismo económico-político-social, todo gira sobre los dos polos que os he indicado. Yo bien sé que hay Economía política en el hombre aislado, puesto que hay trabajo y produccion aisladas, pero el hecho economista en su manifestacion social está todo aquí.

Prosigamos adelante.

He encontrado ya el estado que conviene al hombre, porque se adapta á las leyes de su naturaleza: encerrado en el estrecho círculo que le señala la division del trabajo, y unido á los demás hombres por el lazo del cambio, puede ciertamente desarrollarse y perfeccionarse. El conocimiento de su industria ó de su arte, y las ideas teóricas que le proporcionarán las ciencias que á la misma industria se refieran, le dará ocasion para perfeccionarla: los demás hombres le ayudarán en su empresa, el uno le procurará el establecimiento de crédito, el otro el establecimiento de enseñanza, los otros caminos y comunicaciones, y para su tranquilidad, para que goce sosegadamente el fruto de su trabajo, habrá otra institucion, el Estado, que á cambio de una parte mínima de su riqueza, le dará justicia, orden, respeto á su persona, á sus derechos y á su propiedad. Para que el sistema sea más completo, la cooperacion no se limitará á la de los demás hombres contemporáneos, pues tambien vendrán en su ayuda las generaciones que han pasado, con el tesoro de grandes recursos que va recogiendo y conservando la civilizacion.

¿Quereis, señores, que las ruedas de este vasto organismo funcionen con regularidad, que el movimiento no se perturbe, que la produccion tenga un curso ordenado y progresivo, que el individuo y que los pueblos encuentren en este sistema lo que necesitan para su desarrollo y bienestar? Pues entonces concededle, otorgadle lo que seguramente está en estos momentos en vuestro pensamiento, aquello cuyo nombre asoma ya á vuestros labios: la libertad.

La libertad del trabajo en fuerza de la cual cada uno pueda ejercer una profesion ó muchas, segun el impulso de su vocacion, dirigir y encaminar á su placer el empleo de sus fuerzas;

y la libertad de los cambios en cuya virtud podamos cada uno de nosotros calcular y disponer mejor de nuestros medios de accion, y los individuos y las naciones dedicar sus actividades y sus capitales á industrias verdaderamente naturales, propias: la libertad de los cambios que hace que en la gran progresion de que os he hablado cada término ocupe su lugar, que establece una gran armonía y que se traduce por esta fórmula:—*Yo trabajo para todos, pero todos trabajan tambien para mi.*

¿Queréis por la inversa que todo se paralice, que el mecanismo no funcione ó funcione mal, que las aptitudes no se desarrollen, que reinen é imperen la miseria y la pobreza? Entonces no concedais libertad á la industria, ó concededsela en dosis homeopáticas; encerrad las industrias en invernaderos, declarad incompatibilidades, cread monopolios, fabricad reglamentos, y aceptad esas tres creaciones que yo no sé si dijera que son creaciones de tiempos bárbaros: la aduana, el arancel y el carabinero. (*Risas y aplausos.*)

Una consecuencia deduzco yo, señores, de lo que acabo de deciros; la ley del cambio es la condicionalidad, porque dadas diversas condiciones en los individuos y en los pueblos, el cambio tiene razon de sér; porque dadas desiguales condiciones, hay desigualdad y variedad de riquezas que pueden trocarse entre sí. Pero admitidas condiciones iguales para todos, de tal manera que pueblos é individuos tengan las mismas, el cambio no se concibe ni se explica, pues no se ve su necesidad y su posibilidad. Mas de esta consecuencia se deduce lógicamente otra, y es que para que las condiciones sean verdad y la ley de condicionalidad se cumpla, es absolutamente necesario que el cambio sea libre. Suprimid la libertad y suprimis el cambio. (*Muy bien.*)

Yo no conozco un principio más fácilmente demostrable que el de la libertad del trabajo y de los cambios. Está como á la flor de las consideraciones economistas. La Filosofia lo proclama como un derecho humano, y una parte integrante de nuestra personalidad; la Economía política como una condicion necesaria de desarrollo industrial; los primeros economistas, aquellos pensadores del tiempo de Luis XV y Luis XVI en Francia, á quienes la humanidad debe las primeros ensayos teóricos de ciencia económico-política, lo formularon en los dos célebres aforismos: — *dejad*

hacer, dejad pasar, — Turgot, aquel distinguido y renombrado ministro que con su espíritu liberal y reformador se adelantó á la misma revolucion, lo consideró como la propiedad más santa, sagrada é imprescriptible del hombre, y los economistas de hoy la dan el carácter de una verdad axiomática. Apenas se levanta en el seno de las Academias y corporaciones de ciencias morales y políticas una voz en Europa que defienda el sistema contrario. Recordad los Congresos internacionales celebrados estos últimos años en Europa, el de Bélgica, el de Suiza, los de Inglaterra, y decidme cuántos oradores usaron de la palabra para sustentar ese sistema de funesta memoria y más funesta influencia, impropriamente titulado sistema protector.

Lo que es el cambio de individuo á individuo, eso es de pueblo á pueblo, de nacion á nacion, de continente á continente. Si el aislamiento, si el encontrarse el individuo abandonado por entero á sus fuerzas y recursos, es para él una situacion desventajosa, tan desventajosa que apenas le permite satisfacer sus apetitos más groseros; así tambien encerrar la actividad de un país dentro de su propio territorio, es colocarle en una situacion parecida de aislamiento; él realizará muchos más fines y dará cima á muchas más altas empresas, toda vez que su industria está desenvuelta bajo la cooperacion de muchos cientos de individuos; pero estos fines y empresas serán inferiores á lo que pudiera realizar en la asociacion con los demás pueblos. Para individuos y naciones lo que conviene es que la esfera del cambio se extienda, que la esfera de la produccion y del comercio se dilaten. Y hé aquí porque incurren en contradiccion aquellos que admitiendo la libertad comercial en el interior, la rechazan para las relaciones internacionales. Esto, señores, es lo mismo que decir:—Lo que reconocemos como verdadero y bueno entre las cuarenta y nueve provincias que forman la nacion española y entre los tantos departamentos que constituyen la nacion francesa, no lo seria entre las provincias y departamentos al mismo tiempo.—Esto equivaldria á decir:—Lo que es saludable, lo que es bueno de este lado y del otro lado de los Pirineos, considerándolos separadamente, no lo seria considerándolos en conjunto.—¿Qué dirian, señores, el dia en que por un golpe de fortuna de esos que el tiempo oculta á la prevision humana, los límites de la

nacion española se extendieran hasta los Alpes, ó, por la inversa, los límites de la nacion francesa llegaran hasta las costas del Portugal? ¿Dividirian entonces la nacion en dos secciones, libre cada una de ellas en lo que al cambio concierne, pero separadas por el aduanero y el arancel? ¿Harian dos naciones distintas de una misma para los efectos económicos? El libre-cambio internacional ¿no quedaria entonces convertido en libre-cambio interior?

La lógica es inflexible. Es preciso, ó destruir todas las condiciones y matar el cambio en su origen, obligando á los seres humanos á vivir en el estado de barbarie, reducida y obligada la pobre humanidad, económica é industrialmente hablando, á no ser más que suma de unidades sueltas, sin lazos ni relaciones que las unan, ó dejar al cambio su camino abierto y expedito. O proteccion ó libertad.

No insistiré más sobre este punto. Creo que he encontrado y que vosotros habeis encontrado conmigo el fundamento económico-político de la libertad de comercio. Este fundamento está en la ley del trabajo, en la naturaleza misma del cambio, en el sistema general de relaciones de cambio, y de trabajo entre los hombres. Pero debo aprovechar este momento para rectificar ó corregir una falta de lenguaje que se comete frecuentemente, que da lugar á equivocaciones, é introduce cierta confusion en las ideas. Yo he oido decir muchas veces: —Libre-cambista, tú eres el abogado de los consumidores, que son los más; la causa del consumo te está encomendada. — Proteccionista, tú abogas por el productor, tú estás encargado de la defensa de los ricos y de los menos.—Esto es un error, un grave error, nacido de no haber hecho un detenido análisis del fenómeno del cambio. El libre-cambista es al mismo tiempo abogado del productor y del consumidor, del pobre y del rico, de los más y de los menos, porque si la libertad es favorable al consumidor, tiene que serlo al mismo tiempo al productor, y si lo es al productor, tiene que serlo al consumidor, pues todo hombre tiene á la vez el doble carácter de productor y consumidor.

Lo que hay de cierto y es conveniente explicar, es que la esfera de la produccion individual, es muy distinta de la esfera del consumo individual. Voy á detenerme aqui algunos instantes, y con esto encontrareis una nueva faz del sistema gene-

ral que os he explicado y quedará más firme en vosotros la idea de la libertad comercial.

La primera, la esfera de la produccion, es para el individuo estrecha, reducida, pequeña, comparativamente con la segunda vasta, ancha, dilatadísima. Es esto un resultado necesario del sistema general de la division del trabajo y del cambio. Concretada la esfera de accion para cada uno de nosotros, no abarcando el conjunto de todas las industrias, hábiles para una sola especie de riquezas, pertenecemos á una sola carrera.—No soy más que escritor, y en la vasta carrera del escritor tal vez soy únicamente *novelista*, ó únicamente *periodista*, sin extenderme á tantas especialidades como tiene la actividad del hombre en este ramo.—Soy médico, y no me dedico al tratamiento de todas las enfermedades; pues soy simplemente *oculista*.—Soy abogado, y en vez de abarcar toda clase de pleitos, me consagro á las causas criminales ó á los pleitos de mayorazgos, pues soy solamente *criminalista* ó *mayorazquista*.—Pertenezco al profesorado público, y en la vasta extension que me ofrece el campo de las ideas, profeso únicamente los estudios *filosóficos* ó los estudios *economistas*.—Soy comerciante, y en mis almacenes no se ven amontonadas toda clase de mercaderías, pues comercio tan sólo en *géneros coloniales*.—Y á medida que la nacion es más rica, de mayor poblacion* y más industrial, el teatro ó el círculo en que se mueve el productor es más estrecho.

Por el contrario, si yo he tenido la fortuna de nacer en un país rico y civilizado, que es en donde el sistema está más desenvuelto, puedo estar seguro de que para mí trabaja casi la humanidad entera. No hay una aptitud individual, una aptitud nacional, y un privilegio de suelo ó de clima de que yo no participe en mi calidad de consumidor; y si la industria inglesa tiene el privilegio de la solidez y de la duracion, y si la industria francesa tiene el de la forma y del gusto, y si la India, si la China poseen ciertos secretos de fabricacion, y si determinadas comarcas de la América ó de la Europa producen frutos de exquisita calidad, todo esto me alcanza á mí, de todo esto disfruto y participo, todo esto es para el regalo de mi mesa, para el ornato de mi habitacion, para el lujo de mi persona. Vivo en el Occidente de Europa, y apenas el escritor aleman ha vertido en el

libro un pensamiento nuevo, apenas el artista italiano ha trasladado al lienzo ó al papel una magnífica creacion de pintura ó de música, apenas un invento sale á la luz del día, y el ingenio humano hace una preciosa adquisicion; apenas sucede todo esto, cuando yo lo puedo estudiar, apreciar, disfrutar y saborear, porque en mi calidad de consumidor tengo asiento en el banquete de la civilizacion. (*Aplausos.*) Para mí, para cada uno de nosotros trabaja el agricultor, el fabricante, el comerciante, el abogado, el médico, el hombre público, el poeta, el pintor y la cantatriz; trabajan de consuno el hombre y la naturaleza. Tan grande es, tan vasta, tan dilatada la esfera del consumo.

Y sin embargo, estas dos esferas se equilibran, porque todo lo que consumo lo adquiero por medio de lo que produzco, porque la fórmula del cambio es, como os he dicho: — Yo trabajo para todos, pero todos trabajan tambien para mí. — Si pues la libertad me favorece en mi calidad de productor, proporcionándome el mejor empleo de mis fuerzas y de mis capitales, me favorecerá al mismo tiempo, en mi calidad de consumidor, porque me dará mayores y más abundantes recursos para extender el número de mis goces y satisfacciones, para hacerme más dulce y más grata la vida. Si me favorece la libertad en cuantoso y consumidor, porque la abundancia, la competencia y la baratura ponen á mi alcance los productos y las mercancías á más bajo precio, por esto mismo me favorecerá, en cuanto productor, puesto que toda economía de gastos en mi consumo, se traduce en un acrecentamiento de fuerzas productivas.

Volviendo el argumento diré: ¿Es verdad que la proteccion me perjudica en mi carácter de productor? Pues entonces me perjudicará en mi carácter de consumidor, pues seré más pobre, podré extender menos mis goces y satisfacciones. ¿Es cierto que me perjudica en mi calidad de consumidor? Pues entonces me perjudicará tambien en mi carácter de productor, pues el aumento de mis gastos en el consumo se convertirá en una disminucion de mis fuerzas en la produccion.

Estas verdades son evidentes. Hace muy pocos meses que los fabricantes de papel en España levantaron el grito de alarma, poniendo como suele decirse la voz en las estrellas: se consideraban al borde del abismo, y demandaban gracia, favor,

proteccion á la industria española papelera y á los 300 millones empleados por ella como capital. Pero es el caso que los consumidores de papel, los editores, los periodistas, los escritores decian al mismo tiempo: — Si concedéis la gracia, si otorgais el favor, nos perjudicareis y nos matareis, porque obligados por razon de la carestia de la primera materia á fijar en 20 el precio de suscripcion que fijábamos en 40, quedarán reducidos á la mitad ó á la tercera parte el número de nuestros suscritores. — No tendremos salida para nuestros periódicos, no tendremos salida para nuestros libros. — Desoid el ruego y atendednos á nosotros, á nosotros que nada pedimos, á nosotros que queremos tan sólo que esa industria viva como la nuestra á la luz del dia, dentro de la ley de la competencia, con existencia propia, y no con una existencia prestada. (*Bien, bien.*)

Y mientras que esto decian el escritor y el editor, cada consumidor de periódicos podria decir: — Yo compro hoy por 20 la suscripcion que antes me costaba 40, por 40 el libro que antes me costaba 20, y recibo un grave perjuicio en mi calidad de productor, porque esos 40 ó esos 20 que se arrancan injustamente de mi bolsillo para llevarlos al del fabricante agraciado, se traducen en el jornal de un obrero más, que trabajaria en mi fábrica, ó de un peon que cultivaria mi tierra. — Y no hay lector que no pudiera decir otro tanto, puesto que cada lector seria productor de algo. No fatigaré por más tiempo vuestra atencion, señores, porque creo haberos demostrado ya cuál es el fundamento ó la razon económico-política de la libertad de los cambios. Á otro distinguidísimo compañero ha tocado el sustentar en nombre de la filosofia la misma tesis que yo he sustentado esta noche, y por ello se habrá afirmado más en vosotros la creencia de que la causa cuyo estandarte hemos enarbolado es la causa de la justicia y al mismo tiempo de la conveniencia para las naciones.

La libertad, señores, conviene á todos y favorece á todos. Es la ley del sistema. Permite que el cambio sea verdad entre los individuos de un pueblo, los pueblos de una provincia y las provincias de una nacion; permite que lo sea entre las naciones de un mismo continente, entre los continentes entre sí, y por tanto entre todas las comarcas en que se divide el globo. Ella da á cada industria y á cada productor, al trabajo, al capital y á la natura-

leza su colocacion propia y natural; ella encadena en un gran sistema todas las carreras y profesiones humanas; ella hace de todas las naciones una sola nacion y de todos los mercados un solo mercado; ella asocia é identifica de tal manera á los pueblos en la comunidad de intereses, que lo que es favorable para los unos, es favorable para los demás. Todavía no está completamente realizada en el mundo la teoría de la libertad, y ya podeis apreciar sus grandes efectos. La guerra de Crimea, la revolucion italiana, la contienda de los Estados Unidos, provocan crisis en todas las naciones; la paz y la tranquilidad hacen sentir por do quiera sus saludables influencias; el grito de dolor arrancado á una nacion se trasmite á todas como el eco de los valles; el progreso de una industria, el adelantamiento de una ciencia ó de un arte, es favorable á las demás industrias, ciencias ó artes. Todo lo cual demuestra una verdad, que es como la síntesis del libre-cambio, que la ciencia es *una*, que la industria es *una*, que la civilizacion es *una*, que la solidaridad es la gran ley de la Economía política. (*Aplausos prolongados.*)

EXÁMEN

DEL

SISTEMA LLAMADO PROTECTOR,

BAJO EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO.

POR

D. Gabriel Rodriguez.

SEÑORES:

No creia yo, cuando, por las exigencias de mi posicion actual, que no me permiten residir habitualmente en Madrid, me vi obligado á renunciar por este año á la honra de ocupar un puesto entre los profesores del Ateneo, que habia de tener en este mismo año una ocasion de dirigiros la palabra.

La resolucion tomada por mis amigos y compañeros de la Asociacion para la reforma arancelaria con el beneplácito de la junta directiva del Ateneo, de explicar aqui una série de conferencias, en las que han tenido á bien señalarme un puesto, me proporciona esta ocasion, que aprovecho con el mayor placer, porque lo tengo siempre en presentarme á un público que tantas pruebas me tiene dadas de su benevolencia; por más que vaya siempre este placer acompañado de una, y no pequeña, dosis de temor y de desconfianza de mis fuerzas.

La conferencia que voy á tener el honor de explicar, viene realmente atrasada, y está fuera del lugar que se le señaló en el programa aprobado por la Asociacion. Mi ausencia de Madrid

me impidió explicarla á su tiempo, y habria quizás renunciado á ella, sin la insistencia de mis compañeros de Sociedad, que han creido que tarde y todo, podria no ser inoportuno é inútil lo que yo dijese. Les doy las gracias por la inmerecida confianza que hacen de mí, como se las doy por el tema que me señalaron, y que, entre todos los que comprende el programa, es indudablemente el más de mi gusto. ¿Qué tarea podian, con efecto, imponerme que me fuera más agradable que la de combatir una vez más el sistema anti-económico, llamado por irrisión y escarnio seguramente, protector de la industria? ¿Qué podian hacer por mí, que me fuera más agradable, que colocarme frente á frente de nuevo con ese antiguo conocido, con ese enemigo íntimo, cuya destruccion ha sido y es el sueño de mi vida?

Porque es de advertir, señores, y voy á deciros esto en confianza, que es tal mi antipatía hácia el sistema protector; es tal el aborrecimiento que le profeso; es tanto y tan vivo el deseo que tengo de verlo execrado y anatematizado por la opinion pública, que he llegado á adquirir entre muchos de mis adversarios, y hasta entre algunos de mis amigos y compañeros, la reputacion de maniático en este asunto. Mi idea fija en las cuestiones sociales, segun ellos, es el proteccionismo; en todas partes lo veo, en todas partes lo combato, aprovechando todas las ocasiones y aún cogiéndolas, como se dice vulgarmente, por los cabellos.

Esto que de mí se dice, es verdad; pero en mi concepto, si yo veo en todas partes al sistema protector; si en todas partes, y á propósito de todas las cuestiones sociales lo combato, no es por una aberracion de mi inteligencia; no es por una pasion, por una enfermedad anti-proteccionista, sino porque este sistema está realmente en todas partes; porque en todas las cuestiones del órden social se presenta la idea proteccionista en apoyo de las doctrinas contrarias á las que yo profeso; es, porque el fundamento de todos los errores, de todos los absurdos, de todas las injusticias está en el error proteccionista, en ese mismo error que sirve de base á la llamada proteccion industrial, y que da origen al privilegio, al monopolio, á las restricciones industriales de todos géneros, y (concretándonos al objeto que se propone la Asociacion) que da origen á esa institucion incompatible

con el espíritu de nuestro siglo, que lleva el nombre de Aduana.

Y en efecto, señores, ¿qué se quiere decir con la palabra protección aplicada á la intervención que hoy tiene el Estado en el establecimiento y en la marcha de las industrias? ¿Cómo se explica esta intervención, y las restricciones por cuyo medio se realiza, sino por el principio de que el Estado tiene el derecho de cohibir la espontaneidad, de limitar la libertad de los individuos, para proteger los intereses colectivos contra los errores que en el uso de esa libertad, podría el individuo cometer? ¿No se dice para justificar, por ejemplo, la aduana, con sus altos aranceles y sus prohibiciones, que la libertad de los cambios, podría dar por resultado que los individuos hiciesen transacciones perjudiciales para la riqueza y la utilidad general del país? Y esto ¿no es reconocer un derecho en el Estado, de limitar y reglamentar la libertad, de mutilar la personalidad del hombre, siempre que en provecho de la colectividad lo crea conveniente, y confiar al Estado la misión de trazar al ciudadano una pauta, una regla á que haya de ajustarse para que de su acción libre no resulten daños á la sociedad?

Pues bien, esa misma idea, ese mismo principio es el que sirve y se emplea para justificar las restricciones, las mutilaciones, que se imponen á la personalidad humana en todos los órdenes sociales; esa misma idea, ese mismo principio sirven para justificar la limitación y hasta la completa anulación de la libertad religiosa, de la libertad política, de la científica, de todas las ramas, en fin, de la libertad humana, que es una, y de la que todas estas libertades no son sino diversas manifestaciones, con la misma raíz, con el mismo origen, fundadas en el mismo principio, que es la personalidad del hombre. Para proteger á la sociedad contra la libertad en materias religiosas, se establecen las religiones oficiales del Estado, y se prohíbe profesar y hasta creer más que una sola y determinada doctrina y se establece la censura previa, y se conceden privilegios, y se encienden las hogueras de la Inquisición; y aquí teneis el proteccionismo religioso, el peor, quizá, de todos los proteccionismos. Para proteger á la sociedad contra los errores de la libertad en materias políticas, se limita el derecho de intervenir en los negocios públicos y se crean también privilegios, y también se establece la

censura; y aquí teneis el proteccionismo político. Para proteger á la sociedad contra los extravíos de la inteligencia en materias científicas, se destruye la libertad de enseñanza, y se crean las academias, y las escuelas y hasta las ciencias oficiales, y se prohíbe aprender á unos, enseñar á otros, fuera de las condiciones por la ley establecidas. Para proteger á la sociedad se obliga al ciudadano á que se muera, si no quiere que le asistan en sus enfermedades los que están investidos por el Estado del privilegio de curar, y abandone sus derechos de propiedad si no quiere acudir á los que tienen el privilegio de defenderlos, y duerma al raso, ó no viva nunca en casa propia, si no quiere valerse de los que poseen el título de arquitectos; para proteger á la sociedad, en fin, y no prolongaríamos esta enumeracion, que seria interminable, se reglamenta y constituye todo en monopolio: la religion, el arte, la ciencia, la accion política, como se reglamenta y se constituye en monopolio la produccion y el cambio y todo lo que es empleo de la actividad humana.

Y no me seria difícil, si el objeto de estas conferencias me lo permitiera, demostraros que en todos los órdenes sociales, en el religioso, como en el político, como en el artístico, existen aduanas y aranceles, y vistas y carabineros, que no se diferencian de los que hay en el orden económico, más que en el nombre y en los instrumentos que manejan, porque en lugar de la sonda y el cuenta hilos, empuñan la pluma ó el lápiz rojo.

Yo, señores, no puedo aquí desarrollar estas indicaciones generales, por el objeto concreto que tienen estas conferencias. Hay además una consideracion poderosa que me lo impide, y es el carácter mismo de la coalicion que hemos formado, porque coalicion, y coalicion verdadera y legitima es la Sociedad para la reforma de los aranceles, promotora de estas conferencias. Esta Asociacion, que se presenta ahora en este sitio, en la más alta y más libre tribuna científica que hoy existe en nuestro país á defender la justicia y la conveniencia de la libertad de comercio, despues de haberla proclamado y defendido con la palabra y con la pluma, que son sus únicas armas, en otros lugares durante los últimos años, se compone (y esto prueba, como dijo muy bien el ilustre orador, que hizo la introduccion de estas conferencias, la evidencia del principio que defendemos), se

compone de hombres venidos de todos los extremos del horizonte político, discordes entre sí en muchísimos puntos de las ciencias sociales, pero conformes todos en la justicia y la conveniencia de la libertad de comercio, y en la necesidad de realizarla. En esta Asociacion hay moderados, progresistas, unionistas, demócratas; hay hombres que, como el que tiene el honor de dirigiros la palabra, no llevan ninguna de estas denominaciones, y sólo nos faltan para completar la coleccion algunos absolutistas; pero de estos, no ha sido posible encontrar uno solo, que fuera partidario siquiera de la libertad comercial.

Componiéndose la Asociacion de hombres de todos los partidos, claro está que en su nombre sólo puede presentarse y exponerse la doctrina que á todos nos es comun, y que es mi deber limitarme á ella, ahora que como individuo de la Asociacion me presento ante vosotros; habiéndome permitido las anteriores indicaciones, sólo para probaros que mi conducta respecto del proteccionismo tiene una razon de ser y una explicacion sencillísima en la doctrina general que yo profeso, y segun la cual no hay realmente más que dos principios distintos en todas las cuestiones sociales: el principio de la personalidad humana, que exige el respeto de esta personalidad en todas sus manifestaciones, y señala al Estado sólo la mision de realizar el derecho, dejando á las leyes naturales del orden social el cuidado de armonizar los intereses, y el principio proteccionista, que sobrepone á la personalidad humana el Estado, y da á este la mision de procurar la proteccion y la armonía de todos los intereses por medio de leyes, más ó menos ingeniosas, en las que se puede mutilar la personalidad y el derecho y la libertad del hombre.

Ni es necesario tampoco, y esto explica perfectamente cómo podemos estar reunidos defendiendo la libertad de comercio hombres de todos los partidos (á excepcion, repito, del absolutista), ni es necesario para probar el absurdo del sistema llamado protector en el orden económico, examinar los efectos que puede y debe producir este sistema aplicado á los demás órdenes sociales. Encerrándose en las consideraciones puramente económicas, estudiando sólo este aspecto de la cuestion, hay razones bastantes, sobran razones para probar que el objeto que nuestra Asociacion se propone es racional y conveniente; para pro-

bar, que urge concluir con las trabas que se oponen á la libertad de los cambios, reformando ahora, suprimiendo más tarde, tan pronto como sea posible por los adelantos de la opinion pública, el baluarte principal del proteccionismo: la aduana. Y para esto basta hacer ver que los principios puramente económicos en que la teoría proteccionista se apoya, son inadmisibles y absurdos.

Tal es el objeto de la presente conferencia, y voy á entrar en materia, condensando cuanto sea posible mis ideas, porque tenemos poco tiempo y se necesitaria muchísimo para decir todo lo que puede decirse contra el sistema llamado protector; tal es la riqueza del arsenal libre-cambista; tal es la abundancia de contradicciones, de absurdos, de disparates, que hay en el proteccionismo, y séame permitido, por una sola vez, emplear la calificación de *disparates*, que aunque exacta, es poco culta, ya que tanto se emplea, con otras infinitamente peores contra nosotros, por algunos proteccionistas biliosos é irascibles, que á falta de razones valederas que presentar en pro de su causa, se figuran que podrán alucinar al público con declamaciones salpimentadas de injurias y denuestos.

¿Qué es el sistema protector en el orden económico? Lo sabéis perfectamente y en otras conferencias se ha dicho ya: es un conjunto de restricciones á la libertad del trabajo y de los cambios, en forma de prohibiciones ó de altos derechos aduaneros, de primas y privilegios concedidos á ciertas industrias, ó por mejor decir, á ciertos industriales. ¿Con qué pretexto ó razon se quieren justificar estas restricciones? Lo sabéis tambien: el aumento de la riqueza y de la prosperidad del país, por medio del desarrollo, del progreso de lo que se llama trabajo nacional. ¿En virtud de qué principios, de qué leyes sociales del orden económico, pueden esas restricciones realizar el fin apetecido? El examen de estos principios, de estas leyes, es precisamente el tema de nuestra conferencia.

Para hacer este examen escogerémos en la inmensa y contradictoria coleccion de aforismos y teorías que componen el proteccionismo, aquellos que siendo fundamentales encierran en sí toda la fuerza del sistema, y deben arrastrar por lo tanto en su caída todo el edificio proteccionista, y clasificaremos las doctrinas de la llamada proteccion en dos escuelas: la del proteccio-

nismo clásico, de raza pura, y la del neo-proteccionismo, ó proteccionismo moderno, por el cual empezaremos y al que daremos mayor importancia, porque es el más generalizado entre los proteccionistas militantes de nuestro país, discípulos casi todos del injustamente célebre economista alemán Federico List, que es el gran maestro de la escuela, y en cuyos libros puede encontrar todos los argumentos, todas las declamaciones, todos los errores históricos, todos los ataques contra el libre-cambio y contra las personas de los libre-cambistas, que forman hoy el fondo único de los escritos de los proteccionistas de España; que por cierto no reparan en surtirse por completo en la tienda de un alemán, cuando nos llaman malos españoles porque tomamos una parte de nuestras doctrinas de libros ingleses y franceses.

Segun Federico List y sus discípulos, al considerar la riqueza de las naciones es preciso tener en cuenta una cosa, que dicen olvidan los economistas, y es la distincion que debe hacerse entre la fuerza productiva y el producto. Lo que importa para que una nacion sea rica, fuerte, independiente, es que tenga muchas y variadas fuerzas productivas, ó de otro modo, muchas clases de industrias. La nacion más poderosa seria aquella que reuniese en su seno todos los diversos medios de produccion.

Ahora bien, la libertad de comercio internacional no tiende á este fin. Con la libertad, por el principio de la division del trabajo, se establece en cada país sólo un cierto número de industrias, aquellas para las que el país tiene condiciones naturales. De aquí que sea preciso limitar la libertad de los cambios, y promover artificialmente la creacion de las industrias, que bajo el régimen de la libertad no se crearían. Para esto es necesario prohibir ó dificultar la entrada de los productos de las industrias que se quieren crear, y facilitar la de las primeras materias que esas mismas industrias emplean.

En la opinion de List, estas medidas artificiales, estas restricciones producen por el pronto una pérdida de riqueza á la nacion, por el mayor precio que los consumidores tienen que pagar por los productos, pero esta pérdida se compensa sobradamente más tarde con la ventaja de tener una fuerza productiva más. En la opinion de List tambien, cuando las fuerzas productivas que faltaban estén creadas y hayan llegado las industrias

á un grado de desarrollo y fuerza tal que puedan ya competir con las similares extranjeras, no hay inconveniente en que se abran de nuevo las fronteras y se permita la entrada de los productos exóticos antes prohibidos. Dice más List; y es que la libertad es el fin á que se debe aspirar en materia de cambios internacionales, siendo sólo la llamada proteccion y las restricciones el medio que debe emplearse para alcanzarla.

Tal es, resumida en bien pocas palabras, la teoría de List, que es como os he dicho, el gran maestro de la escuela neo-proteccionista.

La primera objecion que se puede hacer desde luego á esta teoría consiste en lo estrecho, en lo mezquino de su concepcion, como fundada, no en un principio permanente y eterno, como deben estarlo siempre las teorías científicas, sino en circunstancias secundarias y variables con las localidades y las épocas. Vemos, en efecto, que está basada en el hecho de las nacionalidades, ó más bien en el hecho de la division de la humanidad en grupos por medio de líneas artificiales, y obliga á cada trasformacion, á cada modificacion que en esas líneas se haga, á trastornar el sistema, la organizacion económica de un país. Esto es absurdo, porque la ciencia no puede depender de las fronteras; la ciencia, para ser ciencia, ha de ser humana, ha de ser la misma en Francia, en Inglaterra, en China ó en los Estados-Unidos, que en España, y no se comprende que por el solo hecho de variarse la posicion de la línea de frontera, el cambio justo se convierta en injusto, el cambio útil en perjudicial, y que puedan ser libres las transacciones, por ejemplo, mañana mismo entre Portugal y España, sin inconveniente para su prosperidad y su riqueza, si los dos pueblos se reunieran en uno solo, cuando hoy esa libertad habria de producir la ruina de una de las dos naciones.

Pero no nos elevemos tanto en nuestro exámen, ni entremos en esta cuestion, que nos exigiria más tiempo del que podemos disponer. Admitamos con los proteccionistas la existencia de las diferentes naciones, con todos los errores que hoy todavía en esta materia dominan, con todas las antipatías que aún existen entre los diferentes pueblos; admitamos el estado de guerra y todos los inconvenientes, en fin, de que nos hablan para motivar la li-

mitacion de la libertad de comercio, y vamos á probar, que aún admitiendo todo esto, la teoría de List es absurda, y el proteccionismo da un resultado contrario al que desean sus defensores.

Segun habeis visto, toda esta teoría, considerada bajo el punto de vista económico, está fundada: 1.º En la distincion entre fuerza productiva y producto. 2.º En la importancia que se supone á la variedad de fuerzas productivas. 3.º En el supuesto de que, aumentando por medio de las restricciones la variedad de fuerzas productivas, se aumenta la potencia productiva total de un pueblo. Ahora bien: estas proposiciones son inexactas y se apoyan en errores económicos mil veces juzgados y condenados por la ciencia.

La distincion entre las fuerzas productivas y el producto, no puede hacerse como la hacen los proteccionistas. Tal como ellos la presentan, no es otra cosa que el antiguo sofisma del capital y las primeras materias. No hay producto del trabajo y de la industria humana, que no pueda ser fuerza productiva para su dueño por medio del cambio. La baratura de los productos, fin que, segun los proteccionistas, se proponen exclusivamente los partidarios del libre-cambio; es decir, la facilidad de obtener los productos con poco trabajo, no es, en último resultado, más que la baratura de las fuerzas productivas. Así, aceptando como aceptan List y sus discípulos, que la libertad de comercio da por resultado la baratura de los productos, no pueden lógicamente sostener que la libertad de comercio no favorece y facilita el aumento de las fuerzas productivas.

La productividad, la capacidad de produccion, la fuerza productiva de un pueblo se aprecia y no puede apreciarse de otro modo que por los resultados. Será más rico aquel pueblo que con menor esfuerzo, con menor desarrollo de trabajo satisfaga mayor número de necesidades. Para esto no es preciso, y aquí está el segundo error de la escuela de List, que en ese pueblo haya muchas clases de industria, basta que haya pocas, con tal de que sean las más á propósito, con arreglo á las condiciones naturales del país. Sucede como con los individuos. Es más rico el que tiene una sola profesion, y con sus productos adquiere todo lo que exigen sus necesidades, que el individuo que ejerce tres ó cuatro profesiones que no le dan para vivir.

En esta materia, el sofisma de los proteccionistas consiste en creer que para aumentar la potencia productiva de un pueblo, es preciso diversificar sus industrias. Esto no es exacto. El país que tiene una gran fuerza productiva de vinos, y con estos adquiere por el cambio, hierros y sedas, posee una fuerza productiva de hierros y de sedas. Dividir la fuerza en varios empleos, no es aumentarla; por el contrario, es disminuirla, cuando esa division se hace por los medios artificiales y empíricos que la llamada proteccion emplea, y no procede naturalmente de las necesidades y de los elementos de produccion de un pueblo.

No caerian en estos errores los proteccionistas, si se hubieran elevado á ciertas leyes y principios generales, sin los cuales no puede comprenderse la ciencia económica. Tomando la clasificacion puramente formal y secundaria de las fuerzas productivas: como ellos lo hacen, por base de la ciencia, no es extraño que caigan en el absurdo de suponer que las leyes generales que son verdad para una industria determinada, pueden no serlo para otra, y que todo en la economía de las naciones depende de las circunstancias de tiempo y de localidad. De aquí la confusion de sus ideas; de aquí las contradicciones en que incurren; de aquí un hecho, sobre el cual nunca se llamará bastante la atencion, y es que nunca se han podido ni podrán poner los proteccionistas de acuerdo para fijar la legislacion económica de un país.

Pero penetremos un poco más adelante en la doctrina que examinamos, y concretemos la noción de fuerza productiva, como lo hace List, á lo que los economistas llaman *capital fijo* en todas sus formas, numerario, establecimientos, máquinas, etc., y además todos los agentes naturales de produccion. Estos últimos existen ya en el país; el hombre no puede crearlos, puede sólo modificarlos y aprovecharlos mejor por medio del capital. Es evidente que la cantidad de este, necesaria para el establecimiento de cada industria, y por lo tanto, la cantidad de capital y de trabajo correspondiente á la unidad de riqueza producida en una localidad determinada, será tanto mayor cuanto menos poderosos sean los agentes, las verdaderas fuerzas naturales, cuya cooperacion necesita esa industria. Por ejemplo, el capital y trabajo necesarios para producir una naranja en Inglaterra, habrán de ser mucho mayores que los que se necesitan en Andalucía, y casos

habrá en que por grande que sea el capital que se emplee, por inmenso que sea el esfuerzo que se desarrolle, no se podrá obtener un cierto producto.

A la luz de estos principios, que son axiomáticos, continuemos el exámen de la teoría de List. ¿Cómo puede crear la proteccion esas fuerzas productivas tan deseadas? Evidentemente habrá de ser, ó creando capitales, ó dedicando los existentes á hacer un mejor aprovechamiento de los elementos y agentes naturales. Pero esto no puede hacerlo la proteccion, porque las restricciones que la constituyen, son necesarias y se establecen sólo en favor de las industrias que no pueden sostener la competencia con las similares extranjeras, y estas son aquellas que por falta de la cooperacion de los elementos naturales, no ofrecen á los capitales de que el país dispone, una remuneracion suficiente; aquellas, por lo tanto, en que el empleo de la fuerza productiva capital, no es tan ventajoso como en los otros ramos de produccion, ya explotados en el país.

La medida prohibitiva ó restrictiva, destinada á crear y sostener una industria, no crea capitales, y no puede hacer que los existentes hagan un empleo mejor de las fuerzas naturales; no introduce una mejor division del trabajo, ni la aplicacion de nuevos motores, nada en fin, de lo que hace el trabajo humano más eficaz, y el capital más productivo. No puede asegurar á la industria protegida un beneficio, sin quitarlo á las existentes, que no tienen proteccion, y precisamente las que resultarán más perjudicadas serán aquellas, que antes de adoptarse la medida protectora, producian los artículos, que salian al extranjero en cambio de los que por la adopcion de dicha medida quedan excluidos del mercado interior; es decir, aquellas que en el país tenian mejores y más permanentes elementos de vida, por ser más fácil y mayor la cooperacion prestada al capital por los elementos naturales.

Aún á riesgo de hacerme pesado, voy á insistir todavía en este punto, que es importante, por medio de un ejemplo que no puede ser rechazado por los proteccionistas. Supongamos una nacion que ha tenido abiertas siempre sus puertas al comercio extranjero; admitamos que, como creen los proteccionistas, esta nacion se halla en una situacion lamentable, angustiosísima. Por grande

que sea la decadencia industrial á que esta nacion haya llegado por efecto de la libertad de comercio, si la nacion existe todavía, ha de admitirse que hay en ella alguna riqueza, algunas industrias existentes.

Pues bien, continuemos nuestras suposiciones y entreguemos las riendas del gobierno de esa nacion, con todas las facilidades que da para obrar el absolutismo, á un discípulo de List, á cualquiera de los proteccionistas de nuestro país, provisto de la conviccion más firme en las doctrinas de su maestro, y decidido á regenerar al pueblo que ha tenido la dicha de encontrarle en el camino de su ruina. La primera medida que tomará, será prohibir, sino todos, aquellos cambios con el extranjero, que se opongan á la existencia de las industrias, que en su alta sabiduría, crea necesario implantar en el país. Figurémonos, que una de esas industrias es la de algodones. El país no los produce, pero tiene por ejemplo vinos, con cuya exportacion adquiere los algodones que necesita del extranjero. Para promover la creacion de la industria algodonera, nuestro proteccionista soberano prohíbe la entrada del algodón extranjero, y como los habitantes del país tienen la necesidad imprescindible de vestirse, el precio de los algodones sube por la escasez, y sube hasta tal punto, que los capitales que antes no encontraban un beneficio en esta industria, lo encuentran ya, y se establecen fábricas, y la industria algodonera nace, *et facta est lux*, y el proteccionismo entona un himno de triunfo.

Pero estos capitales con que se ha creado la industria algodonera, no han sido suministrados por el bolsillo particular del proteccionista soberano, ni han salido del centro de la tierra, ni bajado del cielo; son los capitales que existian en el país dedicados á las otras industrias, antes de la prohibicion, principalmente los capitales dedicados á la produccion de los vinos. En efecto, la industria vinícola, por la prohibicion de los algodones extranjeros, se ve privada del mercado extranjero, y como los habitantes del país no pueden beberse todo el vino que antes se exportaba, y probablemente se verán obligados á disminuir el consumo que antes hacian, puesto que los algodones están más caros, los capitales se retirarán de la industria vinicola y se irán á la algodonera. Ahora bien, ¿se ha aumentado con esto

la fuerza productiva del país? No: los mismos capitales habrá que antes. Están repartidos en dos industrias, en vez de estar dedicados á una sola. ¿Se aprovecharán mejor los capitales existentes? No: se aprovecharán peor, porque la industria artificialmente creada, no tiene tan buenas condiciones naturales como la primera. En esto ha habido pérdida. Y la prueba es, que los habitantes del país, antes de la reforma proteccionista, tenían vinos y algodones á un precio menor; los obtenían con un menor empleo de trabajo.

Lo mismo sucederá forzosamente con las otras industrias que se quieran proteger. Habrá una perturbacion en el empleo del capital, y una disminucion de riqueza: más clases, si se quiere, de fuerzas productivas; pero una cantidad total menor de fuerza productiva. Habrá aumentado el número y la variedad de industrias, pero habrá disminuido la productividad absoluta.

Para dar fuerza á su teoría, List hace uso de una comparacion sofística, que bien examinada, prueba lo contrario de lo que él se propone. Citaré esa comparacion, porque tiene la ventaja de hacer conocer perfectamente cómo comprende el sistema que examinamos su mismo autor. Suponed, dice List, dos padres de familia, cada uno de los cuales economiza ó ahorra anualmente una suma de mil duros. Cada uno de esos padres tiene cinco hijos. Uno de los padres coloca sus economías á interés, y hace trabajar á sus hijos por su cuenta. El otro emplea sus economías en hacer á dos de sus hijos agricultores, y en enseñar á los otros tres diversas profesiones, las más propias para sus facultades naturales. El primero, dice List con mucha formalidad, obra con arreglo á la teoria de los economistas; el segundo, con arreglo á la teoría proteccionista de las fuerzas productivas, que List llama *economía política nacional*. Mueren los dos padres; el fondo ó capital del primero, se encontrará aumentado con todos los ahorros; la posteridad del segundo, no heredará nada, pero poseerá los medios de aumentar indefinidamente la fortuna y la posicion social de la familia. Hé aquí (continúo exponiendo la comparacion de List), los resultados de las dos doctrinas: la primera, la de los libre-cambistas, que sólo se cuidan de comprar barato y de aumentar los beneficios anuales, permite que haya un aumento de capital ahorrado, pero no crea fuerzas producti-

vas permanentes. La segunda impone un sacrificio, una privación inmediata, pero deja luego creadas fuerzas productivas que más tarde darán origen á la producción indefinida de riqueza.

No me detendré mucho, aunque mucho pudiera decirse para haceros ver los vicios de esta alegoría. En ella el Estado, como padre de familia, es el dueño del capital. En la realidad, el Estado no dispone de la fortuna de los capitalistas. En la alegoría, la elección del empleo del capital ahorrado, es hecha por el padre, á quien puede suponerse un perfecto conocimiento de los intereses y de las aptitudes de los hijos. En la realidad, el Estado ó el gobierno no puede tener semejante conocimiento.

Pero prescindiendo por un momento de estos vicios, y entrando en el fondo de la alegoría, vemos que List admite que en los dos sistemas, en el de la libertad, como en el de la protección, puede haber y hay un progreso para la familia, un aumento de fuerzas productivas; puesto que si en el segundo caso, quedan las fuerzas que la instrucción ha acumulado en los hijos, en el primero queda el capital ahorrado, que con permiso de List, es una fuerza productiva también. Para que la parábola de List probara algo, sería preciso que demostrase que las fuerzas productivas, acumuladas en el segundo caso, eran mayores que las acumuladas en el primero; cosa que List no demuestra ni puede demostrar, porque según sea la instrucción dada á los hijos del padre proteccionista, según sea el empleo que den al capital ahorrado los hijos del libre-cambista, podrá la potencia productiva ser mayor ó menor en uno y otro caso, sin que haya una regla fija que permita decidir en general.

Así, aún admitiendo que la alegoría fuera exacta, quedaria en pié la cuestión de preferencia entre los dos sistemas. Pero ya hemos visto que no es exacta, y restableciéndola en sus circunstancias verdaderas, es una prueba en contra de lo que List desea.

En la realidad, los hijos son mayores de edad, y viven aparte y no consultan la voluntad de su padre para nada, porque así son los industriales de un país respecto del gobierno, y tienen mejor criterio que este para elegir sus profesiones. Además, en la realidad, los padres no ahorran para dar á sus hijos; porque los gobiernos, lejos de hacer esto, viven á costa de los ciudadanos.

En la teoría, que List llama libre-cambista, el padre ó el gobierno, dice á sus hijos: «escoged la profesion ó carrera que os parezca mejor,» y los hijos se dedican en efecto, consultando sus facultades y recursos y el estado del mercado general, á lo que creen más conveniente, emprendiendo la industria ó profesion, que por unidad de trabajo pueda darles más beneficio. Podrá suceder, que por tener aptitudes semejantes y ofrecer salida para todos la situacion del mercado, se consagren todos á la misma industria; podrá suceder tambien que se repartan en dos ó tres, ó que cada uno adopte una profesion diferente. Tal es la realidad de las cosas en el supuesto libre-cambista.

En el supuesto proteccionista, el padre no deja á sus hijos la libertad de escoger. Apoyándose en una ley del país, que autoriza á los padres á violentar las inclinaciones de sus hijos, aún siendo estos mayores de edad y más conocedores de sus intereses, el padre les dice: «es preciso para la prosperidad de la familia que haya en ella un poco de todo. Tú serás agricultor, »tú militar, tú fabricante, tú clérigo, tú poeta. Lástima que no »seáis más que cinco para que pudiéramos crear en la familia »mayor variedad de *fuerzas productivas permanentes*! Pero podrémos hacer una cosa; tú, poeta, te harás además abogado; »tú, militar, puedes al mismo tiempo dedicarte á la administracion y á la política.» Y así de los demás, que estas y otras más curiosas ideas suele tener el Padre-Estado, cuando interviene en el empleo que sus hijos han de hacer de sus facultades. Con esta sábia decision, los hijos tienen que renunciar á la profesion que libremente habrian escogido, y siguen con gusto ó sin él el camino que para su vida se les traza.

Restablecida así la exactitud de la alegoría, ¿hay quien pueda dudar de la ventaja que el sistema de los libre-cambistas lleva al de la escuela de List? ¿No es evidente, que segun todas las probabilidades, la primera familia progresará, en tanto que la segunda marchará fatalmente á su decadencia y su ruina? Y no se diga que el padre proteccionista podrá dar á cada uno de sus hijos la profesion que más le convenga, porque ese caso, en el cual, por cierto, la intervencion del padre daria el mismo resultado que da la libertad en el sistema libre-cambista, sólo puede ser producto de una rarísima casualidad, porque sólo por

una rarísima casualidad puede acertarse, cuando el criterio para la eleccion de profesiones no lo busca el padre en las aptitudes y en las inclinaciones naturales de sus hijos, sino en el principio de la necesidad de que haya en la familia la mayor variedad posible de profesiones. Así, lo más probable es que el gobierno haga emprender industrias para las que no tenga aptitud el país, y que resulte militar el hijo que hubiera sido un buen sacerdote, y poeta ó pintor, malo por supuesto, el que hubiera podido ser un hábil comerciante ó un médico de primer orden.

Pues bien, además de esta alegoría, sólo se encuentra en el libro de List, otro argumento en favor de la diversidad de las fuerzas productivas que merezca tenerse en cuenta. Partiendo del principio de la division del trabajo, dice List con muchísima razon, aunque sin decir nada nuevo, que esta division sólo puede dar fruto si se combina con la fácil reunion posterior de los resultados del trabajo. Por ejemplo, en una fábrica conviene dividir las operaciones, pero luego es preciso que los diversos productos parciales con que se ha de formar el producto definitivo, puedan reunirse fácilmente, y por lo tanto, conviene que las producciones parciales se lleven á cabo en lugares próximos, y si fuera posible inmediatos. De aquí deduce List, que con la diversificacion de las fuerzas productivas dentro de un mismo país, ganarán mucho todas las industrias, porque necesitándose mutuamente, y estando muy próximas unas á otras, cada industria auxiliará con mayor facilidad á las demás, y se obtendrán las ventajas reunidas de la division y de la cooperacion de los trabajos.

En esto, cae List tambien en una gravísima confusion. La facilidad de cooperacion y mútuo auxilio en las industrias no ha de medirse por la proximidad material. Es de sentido comun que el fabricante de harinas, por ejemplo, que necesita una máquina para su industria, tiene más cerca, realmente, la fábrica francesa ó inglesa, que le pide mil duros por poner la máquina en su casa, que la fábrica española, que está en su mismo pueblo, pero que le exige dos mil duros por el mismo servicio. Y volviendo al ejemplo de los dos padres, y suponiéndome uno de los hijos, es evidente que más cerca y mejor auxilio tengo yo en una enfermedad, llamando á un médico inteligente, que no es pa-

riente mío y á quien no habré visto quizás en mi vida, que haciéndome asistir por uno de mis hermanos que vive conmigo y me quiere mucho, pero que no teniendo aptitud para esta profesión, seguida para dar gusto á mi padre que tuvo el capricho de que hubiese un médico en la familia, me enviará muy probablemente al otro mundo.

La facilidad para una industria consiste en poder obtener á poco precio todo lo que necesita, venga de cerca ó de lejos. Empeñarse en que haya en un país industrias de todos géneros, aunque el país no tenga aptitud para ellas, no es acercar las industrias, es por el contrario, alejarlas, es hacer más difícil el auxilio mútuo, es perjudicarlas á todas. Esto lo saben perfectamente todos los industriales, incluso los proteccionistas, y lo dicen sin hacer caso de las elucubraciones del maestro List, como podeis verlo en las sesiones de la información parlamentaria de 1856, para la reforma de los aranceles aduaneros.

Tal es, señores, la teoría proteccionista de List. Lo que he dicho basta para juzgarla, pero aún puede dirigirse una objecion gravísima. Si la teoría es verdadera entre dos naciones, ¿cómo no lo es para los cambios entre dos provincias ó entre dos pueblos? Si la distincion entre las fuerzas productivas y los productos es exacta, si la riqueza y la prosperidad industrial consisten en la variedad de fuerzas productivas, si con la libertad de los cambios entre dos naciones, resulta perjudicada una de ellas, es evidente que en los cambios entre provincias de una misma nacion la libertad ha de producir los mismos efectos. Una de las dos provincias será perjudicada, y entonces, ¿cómo admite la escuela de List la libertad del comercio interior? Esta objecion es ya vieja; se ha hecho muchas veces, pero nunca ha sido desvanecida por los proteccionistas, y mientras no lo sea, deben considerarse como nulos todos los argumentos que acabo de combatir y que se basan en la naturaleza y condiciones generales propias de la riqueza, é independientes de la division de la humanidad en naciones; quedando sólo en pié, en pro de la llamada proteccion, el argumento único que se funda en la existencia de las diferentes nacionalidades: la posibilidad de una guerra entre dos pueblos.

Dicen los proteccionistas que es preciso que en un país haya

industrias de todas clases, para que ese país no dependa del extranjero. Esta dependencia compromete, según ellos, la existencia de la nacionalidad. En el caso de una guerra, el país se verá privado de todos aquellos productos que adquiría en el extranjero por medio del cambio, y esto puede ser causa de su total ruina. Pero este argumento no tiene más que la apariencia, ni más fuerza que la que le prestan esas frases simpáticas de independencia, en todos los pueblos donde el sentimiento de la nacionalidad está muy arraigado. Una nación no realiza su independencia aislándose de las otras, ni se debe confundir la independencia con el aislamiento. La dependencia, si así puede llamarse á las relaciones que establece el comercio, es recíproca, porque los productos sólo con productos se cambian, como lo reconocen los proteccionistas mismos de la escuela de List. Si España toma hierros, por ejemplo, de Inglaterra, y por este hecho se puede decir que depende de esta nación para el consumo de hierros, Inglaterra dependerá de España para los vinos ó para los cereales ó para el numerario que en cambio de los hierros reciba de nuestro país. Acudir al sentimiento de la nacionalidad para oponerse á los cambios entre naciones, es como tratar de convencer al individuo, fundándose en su autonomía, de que no debe servirse de los otros hombres ni cambiar con ellos. Y así como la autonomía del individuo no sufre detrimento por el cambio y el comercio que hace con los demás individuos, tampoco sufre detrimento la autonomía de la nación.

Pero ¿y en el caso de una guerra? Teniendo industrias de todas clases, podríamos atender á nuestras necesidades con la producción interior, dicen los proteccionistas. Si no tenemos más que algunas industrias, al interrumpirse los cambios internacionales por el estado de guerra, moriríamos de inanición.

Fácil es contestarles. Lo que temen no puede suceder nunca, porque cuando estalla una guerra entre dos países, si bien se suspende el comercio directo, público y manifiesto que entre ellos se hacía, no cesan las transacciones con los demás pueblos, ni aún el comercio secreto entre los que se hallan en guerra. El interés individual no se arredra fácilmente. Así vimos á los ingleses vendiendo fusiles á los cipayos para resistir á sus compatriotas en la India, y en tiempos no lejanos, hemos visto el

gran ejemplo del bloqueo continental de Napoleon, durante el cual, á pesar de su odio á la Inglaterra, todas las naciones hacian el contrabando con ella, y le llevaban, aunque por más alto precio, cuantos productos necesitaba.

Además, para que este argumento tuviera alguna fuerza en boca de List y sus discípulos, era preciso que esta escuela defendiera la prohibicion absoluta de los cambios; era preciso que pretendiera crear dentro de cada país todas, absolutamente todas las industrias; que no admitiera producto alguno extranjero, incluso las llamadas primeras materias. No queriendo esto, no realizando el aislamiento absoluto, nada se consigue para el caso de una guerra, y todo el aparato proteccionista es completamente ilusorio. La escuela de List admite la entrada de las primeras materias, y rechaza sólo los productos de las industrias que quiere aclimatar en el país. Pues bien, si con la guerra muere el comercio, morirá el de las primeras materias lo mismo que el de los productos manufacturados, y de nada habrá servido prepararse por medio de la proteccion, que nociva en tiempo de paz, hará que durante la guerra haya mayor cantidad de máquinas, de capitales, de *fuerzas productivas permanentes* en fin, inactivas, inútiles, sin empleo posible por falta de alimento, de materia sobre qué trabajar.

Yo comprendo que este argumento de la independencia nacional y de la guerra, se haga cuando se defiende el aislamiento absoluto; lo comprenderia en los labios de los antiguos proteccionistas, pero lo repito, no lo comprendo en los proteccionistas de la escuela de List, que en este, como en otros muchos puntos, es mucho más irracional é ilógica que el proteccionismo antiguo. La escuela de List es el proteccionismo que cede, que transige; es el proteccionismo que quiere vestirse á la moderna, que comprende que no puede luchar con las nuevas ideas, conservando los principios absolutos en que antes se fundaba, y que los disfraza, y adula á las tendencias de la época, suponiendo que la proteccion es el medio para llegar á la libertad; absurdo tan grande como seria el de suponer que la Inquisicion es el medio de llegar á la libertad de cultos; el proteccionismo, en fin, vacilante, que siente que se muere, y apela á todos los recursos de la habilidad y del sofisma, para retardar un poco la

muerte, y hacer que duren todavía por algun tiempo los monopolios y privilegios injustos y perjudicialísimos para la riqueza general, que nacieron á la sombra de los antiguos errores económicos.

Pero esa habilidad, esa política de balancin de la escuela de List, de nada sirve ante la lógica de las deducciones, y dadas las premisas, dado el argumento de la variedad de las fuerzas productivas y sobre todo el de la independencia nacional, la escuela neo-proteccionista para ser lógica ha de ir á perderse en el proteccionismo antiguo, ha de aceptar el aislamiento absoluto. ¿Quereis, puede decirse, por ejemplo, á los discípulos de List, que el país tenga en su seno la fuerza productiva de algodones, para que en el caso de una guerra, la nacion se baste á sí misma? Pues no basta que tengamos en el país las fábricas de hilados, tejidos y estampados, es preciso, que tengamos fabricacion nacional de productos químicos, de máquinas; más aún que produzcamos en casa el combustible, el algodón en rama, todo en fin, lo que tiene relacion con el trabajo de esa industria. Lo mismo podemos decir de todas las demás, y la consecuencia es que deben cerrarse las puertas á *todo* lo que se produzca en el extranjero, y que hemos de producirlo *todo* en casa.

Esto pretendia la antigua escuela proteccionista, el proteccionismo de pura raza de los Ferrier y los Saint-Chamans, que forma el otro grupo, de que dije al principio que os hablaria en esta conferencia. Este es el proteccionismo franco, el proteccionismo lógico, que dice en crudo las cosas y no anda vacilando como el de List y sus discípulos. Por lo mismo es más fácil de examinar, y lo haré brevemente, limitándome á presentar el principio en que se apoya, con lo cual basta y sobra para comprender y juzgar todo el sistema.

Segun el proteccionismo puro, la riqueza consiste en el trabajo que se desarrolla, no en el resultado que se obtiene. Cuanto más tenga que trabajar un país para obtener un cierto resultado, más rico será ese país. De aquí se deduce, que cuanto menos favorecido por la naturaleza esté un pueblo, cuanto mayores sean sus necesidades y los obstáculos que hay que vencer para satisfacerlas, mayores serán los elementos de riqueza que ese pueblo posea. Creo que no necesito detenerme á explicaros cómo

esta teoria conduce á la política económica del proteccionismo.

Esta teoría, como veis, está basada en una confusion lamentable, exactamente igual, como observa con mucha razon Molinari, á la que cometia un mendigo de Paris, que por pedir limosna, fué llevado al tribunal correccional. «¿Con qué medios de subsistencia cuenta V.? le preguntó el juez.» Señor, contestó el mendigo, yo tengo un apetito voraz, y un estómago capaz de digerir todo lo que V. S. tenga á bien darme.» Hé aquí el verdadero sotisma base del proteccionismo: la confusion entre la cantidad de trabajo correspondiente á la necesidad, y el producto con que esa necesidad se satisface. Para los proteccionistas, los medios de subsistencia no consisten en que se encuentren fácilmente los productos para las necesidades, sino en que estas sean muy grandes; lo esencial no es tener buenos alimentos que consumir, sino buen estómago y buen apetito.

Quizás tomareis por una exageracion mis palabras. Quizás direis: «Tal vez esa confusion pueda deducirse de la teoria proteccionista con más ó menos esfuerzo por medio de deducciones lógicas, pero es imposible que ningun proteccionista la haya presentado así, tan en crudo.» Para probaros que nada exagero, podria hacer numerosas citas de obras y textos proteccionistas, pero me limitaré á citaros el *Tratado de Economía pública*, de Saint-Chamans, que vió la luz en 1852. Y no creais, señores, que Saint-Chamans es alguna persona de poco más ó menos, no; es un diputado francés, consejero de Estado, vizconde, uno de los venerables, de los sábios, en fin, de la escuela, y su libro, bastante reciente, fué recibido con gran aplauso, se entiende de los proteccionistas.

Abrid el libro de Saint-Chamans por donde querais. En él aprendereis que los obstáculos á la produccion son un beneficio de la Providencia. Sabeis que Bastiat, para poner en ridículo las teorías proteccionistas, escribió aquella famosa reclamacion de los lampistas, dirigida á la Asamblea legislativa de Francia, pidiendo una ley que prohibiese abrir las ventanas de dia, para que fuera preciso encender luces y la industria del alumbrado adquiriera mayor desarrollo, con gran ventaja para la riqueza del país. Pues bien, esto que Bastiat escribia de broma, es una cosa seria para Saint-Chamans; esta burlesca pretension que pro-

dujo una carcajada homérica en todos los pueblos de Europa, es para Saint-Chamans una pretension perfectamente fundada y razonable. Voy á permitirle leerlos en comprobacion algunas líneas de su libro. Dice así:

«La necesidad de alumbrarse y calentarse para los pueblos que no tienen estas ventajas por su situacion en el globo, añade una rama á la riqueza nacional. La Providencia divina ha juzgado á propósito CERRAR LAS VENTANAS de las naciones próximas á los polos durante la mitad del año. Si hubiera colocado á la Francia en la misma posicion ¿no habria un aumento de riqueza en la necesidad de producir mucho mayor número de cera, de gas, de aceite, de lámparas, etc.? La suma de los beneficios se aumentaria con todos los beneficios creados por estas industrias. Lo mismo sucede con el calor. Si nuestro sol tuviera todo el año las cualidades fecundantes del sol de Africa ¡qué disminucion no habria en nuestra riqueza nacional!»

Esto me parece bien claro. Además, en otras partes de su libro sostiene Saint-Chamans que la guerra, destruyendo la riqueza, produce inmensos beneficios, y que el incendio que en 1666 destruyó las dos terceras partes de Londres, contribuyó poderosamente al aumento de la riqueza y prosperidad de la Inglaterra.

Podria, como os he dicho, multiplicar las citas. Pero creo que es inútil, y sólo añadiré á las presentadas una de nuestro país, en que se ve tan claro como en lo que acabo de leerlos el sofisma de que nacen todos los absurdos proteccionistas. Decia en 1857 un periódico, *La España industrial*, redactado por escritores muy conocidos, y uno de ellos considerado entonces y ahora como una lumbrera del proteccionismo, las palabras siguientes:

«¿En qué consiste la verdadera riqueza de las naciones? En la abundancia del trabajo con renta segura y permanente. FELIZ ESPAÑA, cuyos caminos, canales y puertos é industria ofrecen trabajo y recompensa sin límites á sus habitantes y á los extranjeros que en ella se alberguen! DESGRACIADA INGLATERRA que ha explotado ya sus fuerzas productivas naturales, y que para sostener su opulencia y una gran parte de la poblacion, utiliza su industria fabril y manufacturera, explotando con engaño ó por la fuerza el consumo ageno.»

¿Necesitaré, señores, detenerme aquí y haceros perder el

tiempo demostrando lo absurdo del proteccionismo que examinamos? No: seria hacer una ofensa á vuestra ilustracion. Esto no puede tomarse en sério; no merece más que la burla y el ridículo. A esto se contesta, como yo contestaba á *La España industrial*, exclamando: «Cuánto más feliz serías, ¡oh España, si tus cordilleras tuvieran dos ó tres kilómetros más de altura, si tus rios fueran todavía más difíciles de canalizar, si tu atmósfera fuera nociva y exigiera para ser respirable una purificacion previa, si el sol no te alumbrara ni te diera calor! ¡Cuánto más abundante no seria tu trabajo, y por lo tanto (segun los proteccionistas), tu riqueza! Pero no te desconsueles, porque puedes conseguir el sumo bien económico á poca costa. Destruye lo poco que tienes de puertos y caminos; rompe los instrumentos de tus industrias; prohíbe la introduccion de todo producto extranjero; prohíbe trabajar de dia; acumula las inmundicias en los lugares donde habitamos, y verás qué pronto vuelves á conquistar aquella riqueza, aquel bienestar que se disfrutaba cuando tus felices hijos comian bellota, se vestian con pieles de animales y dormian al raso!»

Tal es el proteccionismo, señores. Compuesto monstruoso de contradicciones y sofismas para apoyar el privilegio y sostener la explotacion de unas clases de la sociedad por otras clases! ¿Cómo ha de extrañarse, siendo así, que sus partidarios, no teniendo de su parte razones valederas, acudan á los denuestos con que todos los dias nos insultan, á las insinuaciones con que nos calumnian? No pudiendo contestar á nuestros argumentos, han de seguir forzosamente el sistema del pavo de la fábula. Así, explotando el sentimiento sagrado de la nacionalidad, excitan contra nosotros la animadversion pública, é insinúan hábilmente que estamos vendidos al oro extranjero, para que el pueblo desconfie de nuestra doctrina; y nos llaman revolucionarios, para que desconfien los gobiernos. Así, para que haya una sombra de argumentacion en sus escritos, acumulan los errores históricos; nos llaman *teóricos*, cuando exponemos nuestra doctrina, y cuando presentamos argumentos prácticos, nos acusan de empíricos y enaltecen la necesidad que toda doctrina tiene de elevados principios científicos. Yo reconozco la buena fe con que casi todos ellos proceden, pero como no tienen

razon, han de hacer lo que hace todo el que no tiene razon cuando discute, lo que hace todo el que siente que su causa muere; se contradicen, balbucean, se encolerizan, se ciegan, y apremiados por la necesidad, se apoyan en todo lo que encuentran á mano, lanzando al debate los sofismas más groseros, los más crasos errores. Sólo por esta ceguedad se comprende que un hombre como Thiers se atreva á decir en la Asamblea francesa cosas tan curiosas como las que se leen en su famoso discurso de 1854, en el que aseguraba que la libertad de importar ganado extranjero concedida por la Inglaterra, era una farsa para alucinar á los demás pueblos, y afirmaba muy sériamente «que el ganado no podia embarcarse», en el mismo momento en que de varios puntos del globo salian buques para Inglaterra con muchos miles de bueyes, cerdos y carneros. Sólo por esta ceguedad se concibe que los proteccionistas de este lado del Pirineo, sostengan contra las nociones más elementales de historia, que la decadencia de España proviene de la libertad de comercio, que nunca ha existido en nuestro país, y defiendan otras muchas cosas raras é increíbles, que con asombro vemos todos los días presentadas en los escritos de los adversarios del libre cambio.

Pero entre todas las curiosidades del proteccionismo, ninguna hay de más efecto que el supuesto maquiavelismo de la reforma comercial inglesa. Voy á decir sobre esto algunas palabras, porque es argumento que está de moda, y no hace muchos días que lo he visto repetido en unos peregrinos folletos que han venido de cierta provincia de España, escritos unos por personas bien conocidas, á quienes podria aplicarse el dicho de Molière: *Vous êtes orfevre, monsieur Josse*, y otros anónimos, con versos que hacen formar muy mala idea de la literatura proteccionista, como que los hay hasta de veinte y dos y veinte y cuatro sílabas, de los que os leeria alguna muestra, si en vez de estar en un sitio respetable y dedicado á la enseñanza, nos hallásemos en algun lugar donde pudiéramos celebrar una sesion de puro recreo y entretenimiento.

La historia de la reforma inglesa es, como sabeis todos, una de las principales demostraciones prácticas que pueden presentarse en favor de las reformas liberales del comercio. El aban-

dono del sistema proteccionista en Inglaterra, donde habia dominado tanto tiempo, tiene una significacion altísima y es un hecho que ha venido á dar inmensa fuerza á las doctrinas libre-cambistas. Nuestros adversarios no ignoraban esto, y cuando las reformas inglesas empezaron á ser conocidas en el continente, procuraron desvirtuar su significacion diciendo que no tenian importancia, y que la pérftida Albion sólo se proponia con ellas seducir á las demás naciones para que admitiesen los productos ingleses. Ya antes se habia atribuido la misma dañada intencion al célebre libro de Adam Smith (como se le atribuye en el folleto de que acabo de hablaros), y se habia dicho: «La prueba de que la Inglaterra no cree las doctrinas de ese libro, es que han pasado muchos años y no ha hecho las reformas que en ese libro se aconsejan.» Pero hace Huskisson las primeras reformas, y entonces dicen los proteccionistas: «Eso no tiene importancia. Las industrias cuya legislacion se varía, no pueden temer la competencia. Ya verán Vds. cómo no se toca á la ley de cereales.» Empieza en 1839 la agitacion para destruir la ley de cereales, y durante seis ó siete años los proteccionistas del continente aseguran que esa agitacion es una farsa, que no producirá efecto alguno. Queda la ley de cereales abolida en 1846, y los proteccionistas, algo apurados ya, dicen: «La Inglaterra va más lejos de lo que creíamos en sus reformas; sin embargo, esto tiene una explicacion fácil, porque al fin el país no produce alimentos suficientes, y es preciso dejarlos entrar del extranjero. De todos modos, es una gran falta respecto de la industria agrícola, que va á experimentar inmensos perjuicios.» Pero la agricultura inglesa prospera por el contrario despues de las reformas, y los proteccionistas, más apurados, repiten: «Los ingleses son muy hábiles; ya verán Vds. cómo no tocan al acta de navegacion.» El acta de navegacion es abolida en 1849, y los proteccionistas aseguran entonces que no se tocará al arancel de vinos; y el arancel de vinos se reforma, sin embargo, en sentido liberal en 1859, y el arancel general de importacion queda reducido por Gladstone á un corto número de artículos, con derechos de carácter puramente fiscal.

Parecia natural que despues de haber hecho tantas profecías falsas sobre las reformas inglesas, los proteccionistas estuvieran

algo avergonzados y arrinconasen el viejo argumento de la pérdida Albion. Pues no, señores; continúan empleándolo con el mismo entusiasmo y sosteniendo á voz en cuello que todo lo hecho por Inglaterra es una comedia, y profetizan que los pueblos que imiten á la Inglaterra, marcharán fatalmente á la decadencia y á la ruina. ¿Es esto sério, señores? ¿Se comprende que haya todavía quien crea que la conversion de los ingleses al libre-cambio no es sincera, y que todas las razones que se han presentado contra la proteccion en los muchos libros publicados en aquel país, en los infinitos discursos de la famosa liga, en las discusiones de las Cámaras, se han presentado sin conviccion y con el solo objeto de hacer efecto en el continente? Así, para esos proteccionistas tercos é incorregibles, ese gran poema de la liga es una farsa miserable! ¡Esas grandes figuras de Cobden, de Bright, Fox, Peel, Russell, Gladstone, quedan reducidas al tamaño de histriones sin conciencia! ¡Gastan muchos hombres su salud y su fortuna en una predicacion de seis años, y representan una comedia! Celebranse numerosos *meetings*, en que se juntan centenares, miles de personas para oír palabras elocuentísimas, animadas por el fuego de la buena fe y de la conviccion; se reunen setecientos sacerdotes cristianos para pedir la libertad de comercio; entran en los *meetings* algunos proteccionistas discutidores á puño cerrado, y se sostienen terribles luchas personales; se calumnia á los principales individuos de la liga, suponiéndoles vendidos al oro francés y atribuyéndoles hasta asesinatos; y esto se llama una comedia! Si, en la liga inglesa todo es una comedia para los proteccionistas; hasta aquellas famosas sesiones celebradas en el santuario de las leyes, en que los adversarios del libre-cambio se batian en retirada, presentando enmienda tras enmienda, y en que Cobden se alzó gigante, evocando la gran figura del pueblo, para decir al gobierno y á los legisladores, que todavía vacilaban: «El pueblo inglés quiere la reforma. Ha hecho cuanto podia hacer legalmente para probaroslo. Nada falta para que su voluntad sea conocida, clara, patente. ¿Qué aguardais? ¿Quereis acaso, que para convenceros de que quiere esa reforma que le negais, venga el pueblo aquí, os arranque de vuestros escaños y os arroje al Támesis?»

Ahora bien, si el sistema proteccionista para defenderse necesi-

ta el auxilio de semejantes absurdos, no hay duda que es contrario á la razon, á la utilidad y al derecho. No acriminemos, sin embargo, demasiado á los proteccionistas por lo que dicen. En su posicion han de decir absurdos para decir algo. Recordemos que debe odiarse el delito y compadecer al delincuente. Pero al delito, esto es, al proteccionismo, odiémoslo, combatámoslo con todas nuestras fuerzas; unámonos para desalojarlo de sus últimas posiciones. No nos contentemos con creer la verdad; propaguémosla; entusiasmémonos con un entusiasmo activo é incansable, pensando que trabajamos por la verdad y la justicia, y que el dia de su triunfo, será el dia en que se abrirán realmente las puertas de la prosperidad y del progreso para nuestra patria, por tanto tiempo victima del error y del monopolio. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

EXÁMEN DE LOS PRINCIPIOS

del sistema protector

BAJO EL PUNTO DE VISTA FILOSÓFICO,

POR

Don José Echegaray.

SEÑORES:

Llegóme la vez en esta série de conferencias sobre libertad comercial, y lo respetable del público que hoy me honra con su asistencia á este sitio, el convencimiento de mi escaso valer, los recuerdos que de las pasadas conferencias habreis conservado, lo árduo del asunto, todo, en fin, me abruma en este instante, para mí solemne, y enflaquece mi voz y anubla mi inteligencia y da pavor á mi ánimo para empresas como la de hoy, de suyo sobrado débil y temeroso.

Confío, sin embargo, señores, al levantar mi voz para combatir ese funestísimo sistema, que han dado en llamar *sistema protector*, en que el enemigo es débil, vuestra benignidad grande, grande tambien la razon que me asiste; y que muy torpe debería ser quien, con tal enemigo al frente y tales auxiliares al lado, no saliera victorioso en la demanda.

Debo, señores, examinar los principios en que se funda el proteccionismo: si en algo puede fundarse propiamente, un sistema que más bien que en sólido fundamento parece descansar sobre base, que ha de ser harto movediza, á juzgar por lo que el edificio se bambolea; y debo llevar á cabo tal exámen — segun la obligacion que me impone el programa de estas lecciones, — estudiando el asunto bajo el punto de vista filosófico, lo cual, si es cierto que me compromete en una empresa superior quizá á mis escasas fuerzas, aún pone en más grave compromiso á la escuela proteccionista, que destituida de toda razon de sér, careciendo de verdadera doctrina, sin unidad alguna que dé armonía á sus contradictorios elementos, monstruosa como teoría, y aún más monstruosa como realidad, no ha de poder resistir la prueba á que pretendo en esta noche someterla.

¿Qué es la proteccion como teoría?—No lo sé.

¿Cuál es el principio filosófico en que descansa? — Lo ignoro.

Yo lo busco en las obras de los grandes maestros, y no lo hallo; pregunto á sus más distinguidos defensores, y no me contestan; y por más que discurro y me afano, ni nadie me saca de la duda, ni jamás doy con la misteriosa esencia del proteccionismo, aunque por desgracia, en todas partes veo y toco, y lo que es más, siento sus funestísimos efectos, y por decirlo así, á donde quiera que me dirijo, tropiezo con la proteccion, como há tiempo tropezó con ella el país, y con tan mala fortuna, que aún no ha podido reponerse del tropezon.

Verdad es que allá, de cuando en cuando, suele aparecer algun proteccionista á manera de fugitivo cometa con una doctrina ó teoría de su invencion particular; mas son estas tantas, y sobre todo tales, y tan sin unidad ni concierto se presentan, que es difícil entresacar de semejante confusion una idea comun, un principio único, por el cual sea posible unir estos diferentes trozos de teoría proteccionista, formando de esta suerte un todo uniforme y armónico, que si no tiene la realidad de ciencia, al menos, por respeto al público y decoro propio, lo aparente.

Hé aquí ya un defecto del sistema que combato; pero hé aquí tambien una gran desventaja para mí. El mónstruo no tiene cabeza; sabido es, por otra parte, que nunca el proteccionismo tuvo corazon: ¿cómo, pues, rematarle de un golpe? Quizá esos infini-

tos conatos de una teoría proteccionista son otras tantas cabezas; pero á semejanza de la hidra brotan más, cuanto más se cortan, y es la tarea de tajarlas todas, si no imposible, difícil por lo menos.

Difícil, señores, porque si no existe una teoría proteccionista, mal podré hacerme cargo de principios y argumentos, que con ser muchos, son opuestos y contradictorios; mas cosa extraña, si el mónstruo (y permitidme que continúe con la imagen), no tiene cabeza, tiene en cambio *estómago*, y tan *uno*, y tan completo, y tan admirablemente organizado, y de tan enérgico poder digestivo, que no hay cosa que no anhele tragar, ni traga cosa que bien pronto no convierta en sangre y sustancia propia.

Quiero decir con esto, que si son infinitas las teorías proteccionistas, una es su práctica constante; y no sin razon, como vereis bien pronto, he comparado la práctica proteccionista al ardiente estómago de un mónstruo más hambriento cuanto más devora.

Y pues no hay unidad en la *teoría* proteccionista, y hay en cambio unidad perfecta y perfecta armonía en la *práctica* del sistema, á esta deberé atenerme, por si en ella descubro lo que en aquella no pude hallar; y quién sabe si con ser enemigo de la proteccion, habré de servirla como no la han servido sus mejores amigos, dando al fin con la clave de tan complicado gergolífico.

¿Qué es en el terreno de la práctica la proteccion?

Por desgracia, la respuesta es fácil: tan fácil como difícil era la que para mi anterior pregunta buscaba.

Todos sabeis lo que es la proteccion; mas permitid que una vez más lo repita para desabogo de mi conciencia, para enseñanza tambien de los que sobre esta materia no se han detenido hasta hoy á discurrir; y sobre todo para regocijo y contentamiento de sus amigos y defensores; que si el retrato, como espero, es parecido, podrán extasiarse una vez más ante las incomparables bellezas del caro objeto de su cariño: objeto bien caro en verdad, segun lo caro que á todos nos cuesta.

El productor nacional vende tal ó cual género á 20 reales: el productor extranjero sólo pide 13 reales; el primero no puede bajar su precio á este último límite, porque perderia; y si mucho es su amor á la patria y á la industria del país, etc., etc.,

no llega á tanto que por la patria quiera arruinarse; el segundo, que conocí el mal que nos causa, continúa *firme en sus trece*; y el consumidor, que en lo tocante á sus intereses es cándido   inocento si los hay, muestra claramente que est  á punto de morder el anzuelo, y de comprar por 13 lo que, para su bien en este mundo y salvacion en el otro, le aconsejan proteccionistas   industriales que por 20 adquiera. En este conflicto un carabinero se tercia el arma, que es la manera de terciar en los negocios públicos de ciertas gentes; arroja del país al productor extranjero que tuvo la pretension de inundar nuestros mercados, con lo que nuestros mercados quedan en seco; y dueño de ellos el productor nacional fija el precio, y   su merced ya el consumidor toma lo que le dan, y da encima gracias al cielo porque aún le dejan algo, cuando menos pudieron dejarle.

Este es siempre el mecanismo de la proteccion, y este es siempre el resultado final de tan ingenioso artificio: sólo que   veces lo que he dicho, como dicho queda, quizá os parezca cuestion harto pros ica de precios y mercados, toma un carácter más dramático, porque ataca sagrados sentimientos del corazón, porque ultraja la dignidad humana en una de sus más elevadas manifestaciones.

Imaginad, señores, un hijo del pueblo, un infeliz jornalero que al despuntar el día marcha al trabajo y pasa hora tras hora inclinado sobre la tierra, reg ndola con el sudor de su frente, calentándola con el abrasado aliento que de su jadeante pecho se escapa, comunic ndola, en fin, una parte de su vida: que es la vida del sér inmortal, el fuego sagrado que fecundiza la materia.

Y que al fin termina su faena; endereza su fatigado cuerpo; alza su frente inundada de sudor, y cuyas venas revientan casi al golpe de la sangre, y tiende la mano para recibir el *precio* de su *trabajo*. De su trabajo, que por humilde que sea no puede envilecerle, porque si ha depositado una parte de su vida y de su sér en la materia inerte, es para que por el intermedio de la materia pase   otro hombre, que vivir  por el trabajo de su hermano. Y aquel precio que recibe tampoco le humilla, tampoco le envilece; porque aquellas pobres monedas representan

el pan que va á llevar á sus hijos, que ya tienen hambre, porque es tarde, y que esperan ansiosos que vuelva su padre llevándoles el pan de cada día (1); y es que la sociedad le devuelve en el pan que da la vida, la parte que de la suya dió para otros hombres.

Así es que cuando otra vez extiende su mano para pedir el alimento que ha de llevar á su familia, diríase que el mundo entero piensa en aquel pobre hombre, porque de Rusia y de Egipto y de todas partes donde el sol dora espigas de trigo, gentes vienen, como impulsadas por la mano de la Providencia, á ofrecer pan al que ha ganado el pan con el sudor de su frente; y toma, le dicen, alimento abundante, que para todos hizo Dios fecunda la tierra.

Pero cuando el pobre jornalero cree que aquel día al menos no quedarán con hambre sus hijos, el productor nacional da la voz de alto, y detiene en la frontera los trigos de Odesa y de Egipto, y dice: «yo solo basto para dar pan á ese hombre; pero no le daré tanto como vosotros; me arruinaría si tal hiciera. Pensabas, dirá al pobre jornalero, que hoy se hartarian tus hijos, te equivocaste; hoy como ayer, como siempre, yo les quitaré el pan de la boca».

Y despues de esto, que no es una exageracion como pudiera creerse, sino por el contrario, *la verdad*, visto de cerca, es cierto, y quizá por esta causa os parezca repugnante, pero bien vista; vengan los proteccionistas, inventen sofismas y más sofismas, háblennos de la industria, y de la patria, y de la independendencia; escriban cuanto puedan, peroren cuanto gusten, si al fin á ello se deciden, griten hasta que la voz les falte, procuren oscurecer lo que, por su desgracia, es claro como la luz del día; que la conciencia gritará siempre y rara vez se equivoca: «quitar el pan al que ha ganado el pan con su trabajo, es un despojo inicuo»; y ya comprendéis que empleo esta palabra «despojo» por no emplear otra más dura aunque más propia.

Podrá la proteccion tener una base científica; podrá tener hasta toda una filosofía, pero si la tiene, cuenta que sólo será tal filosofía la filosofía del despojo.

(1) Al escribir estas últimas frases no he podido apartar de mi mente el magnífico cuadro que trazó el Sr. Figuerola al terminar su bellísima lección.

Por desgracia, señores, cuando el diablo tentador atormenta á la débil humanidad; ya procura despojarse de su terrible grandeza; ya se presenta bajo formas seductoras; ya halaga diestramente nuestras pasiones: y como una vez clave la garra en la conciencia, buena parte se llevará entre las uñas, y desgarrado y roto dejará el resto, si algo deja. Y digo esto, porque no es la protección para sus defensores lo que para nosotros los libre-cambistas. Desnuda la vemos y es tal su fealdad, que nos repugna: *vestida y adornada*, aunque no precisamente *del color de la aurora* como dice un poeta, sino de gruesas telas de algodón que ostentan marca nacional, la ven sus adeptos, y encántales su belleza propia, ó la que el adorno de la vestidura le presta.

Mas seamos justos ante todo con los industriales protegidos, y no les hagamos peores de lo que son. Convencido estoy de que no sospechan siquiera lo que sus industrias nos cuestan; de que creen servir á su Dios y á su patria sirviendo á sus intereses; y encantados por lo bien que marcha el mundo, dan gracias al cielo que tan admirables y, sobre todo, tan cómodas armonías esparció por la tierra. Natural y excusable es que así discurren y que obedeciendo al instinto de la propia conservación, luchan por sus intereses, y por el bienestar de sus familias, que equivocadamente juzgan amenazados por la propaganda libre-cambista.

No á ellos, sino á la *idea en sí*, es al punto á que dirijo mis ataques. Quizá alguna vez sospechen los productores nacionales que no todo es azúcar y miel para los pobres consumidores; mas se consolarán pensando, que sobre los derechos individuales hay un derecho social; que sobre los intereses de esta ó de aquella clase están los verdaderos intereses del país; y de buena fe imaginarán que el interés y el derecho social están de su parte, y como ángeles guardianes flotan sobre sus fábricas, á peligro de que el humo de las chimeneas les ennegrezca tanto, que por lo oscuro del color, imaginen las gentes que visten luto por la muerte y ruina de algo que amaban mucho.

Yo no entraré en esta cuestión del derecho social, que ni es de este momento, ni hace á mi propósito; aceptaré, por lo que á mi *opinión particular* se refiere, *hipotéticamente*, la existencia de un derecho social superior á los derechos individuales, y aún

aceptándola, podré repetir sin titubear un punto y en voz bien alta, que bajo el punto de vista de la ciencia, arrancar á un hombre una parte de lo que ha ganado con su trabajo para entregar despues á otro hombre lo malamente arrebatado al primero, es un despojo íncuo y una soberana injusticia.

Respetemos la proteccion como un hecho legal, pues hoy la ley la defiende; mas al amparo de la ley, ya que nuestro pensamiento es libre, combatamos con las armas de la discusion pacifica y razonada la base cientifica, si hay alguna en que el sistema protector se funde.

Yo comprendo, señores (aunque no diré sobre este punto mi opinion completa) que el Estado tenga un ejército para el sostenimiento del orden, y para velar por la seguridad é independencia del país; que establezca tribunales para la administracion de justicia; y en una palabra, que tome á su cargo estos ó aquellos servicios públicos; en cuyo caso forzoso es que, por medio del impuesto, le paguen todos los habitantes del país el precio del servicio que el Estado como productor les presta. Comprendo, pues, que detenga á ese pobre jornalero, de que antes os hablaba, y le diga: «yo te doy seguridad, yo te doy orden; velo por ti y velo por tus hijos, mientras tú acudes á tu faena diaria; dame una parte de lo que has ganado si quieres conservar el resto».

Hé aquí un acto social que no puede compararse en manera alguna, como los proteccionistas suponen, al acto odioso y repugnante de la proteccion. Bajo el punto de vista que hemos elegido, podrá decirse que el impuesto es más ó menos conveniente, pero no que es ni aun parecido, á ese irritante juego de manos, que consiste en quitar á unos para dar á otros; siquiera el mecanismo sea tan ingenioso, que ni los primeros lo noten, hasta que personas imprudentes y entrometidas como nosotros los libre-cambistas, se lo hagamos entender, ni los segundos sospechen el papel que representan: que tanto puede la costumbre y el sofisma, que enturbian las más claras inteligencias y embotan la sensibilidad de rectos y nobles corazones.

Y no se diga, que no siempre el impuesto es el cambio de servicios entre el Estado y los particulares, y que ocasiones hay en que nada reciben los contribuyentes en compensacion de los sacrificios que de ellos exigió el fisco; porque esto es el abuso del

sistema, y nunca los abusos en un ramo de la administracion podrán justificar las injusticias que en otro ramo se cometan.

Mas es inútil que sobre este punto insista, porque no es aquí donde se parapetan los defensores del sistema protector. Conocen que plantear la cuestion en este terreno es resolverla; porque contra el grito de la conciencia que dice: «arrancar á un hombre lo que ha ganado con su trabajo para hacer don á otro hombre del despojo, es una horrible injusticia», nada valen argumentos, ni teorías; porque la verdad, la justicia, la eterna ley del bien y del mal, se presentan á la inteligencia del hombre con luz clarísima y fuerza irresistible; y cuando por la voz de la conciencia y con asentimiento de la razon dicen: «esto es malo, esto es injusto», contra tal afirmacion se estrellan todos los sofismas, todas las argucias, todas las tretas, con que el error—y sólo el error; que en la buena fe de nuestros adversarios creemos—pretenden abrumentarla y confundirla.

Y aunque mi razon no supiera contestar á esos sofismas, aunque en el intrincado laberinto de argumentos proteccionistas se perdiese, siempre ante ella veria brillar un axioma, una verdad primitiva, y al comprenderla como tal, sin titubear la afirmaria.

Suponed que un matemático combinando las más sublimes teorías de la ciencia, os prueba tras complicada y sábia demostracion, que *dos y dos son siete*: confundidos quedareis y asombrados al ver tanta sabiduria y sabiduría tan bien empleada: os inclinareis con respeto ante hombre tan profundo: mirareis con supersticioso terror los extraños signos algebráicos de los que, como de diabólico laboratorio, salió tan estupendo descubrimiento; y por fin de fiesta, á pesar del asombro, y del terror, y del respeto, y de la confusion, y de los signos algebráicos, y del sábio, direis: «bella es sin duda esta ciencia, mas es extraño que llame *siete* á lo que todo el mundo llama *cuatro*».

Ahora bien, de igual suerte que en el ejemplo que acabo de presentaros, hay en el órden moral verdades que se imponen á la *inteligencia*; y no sólo á la inteligencia sino al *sentimiento* tambien: que así como la aguja por misteriosa fuerza impulsada busca el polo magnético, así tambien el alma se inclina con amor hácia la verdad que es el polo eterno del espíritu.

Mas no es en la *cuestion de justicia* donde, por regla general,

insisten nuestros adversarios: conocen, como ya antes indiqué, que es terreno para ellos resbaladizo, y despues de una ligera resistencia, hecha más bien por cubrir honrosamente la retirada, que animados por la esperanza del triunfo, retroceden á posicion, á su entender, más firme, y plantean el problema bajo el punto de vista de la utilidad; agregando á esta palabra, porque no se tome en mal sentido, y aún porque parezca mejor, un adjetivo sonoro y de valia en los tiempos que alcanzamos, convirtiéndola de esta suerte de utilidad á secas en utilidad *general*.

La proteccion dicen es gérmen de riqueza: á su sombra nacen y se desarrollan las industrias, y justa ó injusta, á ella deben al fin las naciones su adelanto material, y la civilizacion no pocos de sus triunfos.

Yo, señores, procuraré demostraros la falsedad de tales asertos; mas permitid que antes someta á vuestra consideracion algunas observaciones que creo oportunas.

Notad como los mismos que nos acusan de empequeñecer las cuestiones; de no ver nunca en los fenómenos del mundo social más que el efecto inmediato; de sacrificarlo todo, es decir el porvenir industrial del país, á la mezquina y pasajera ganancia que proporcionaria el libre-cambio á los consumidores; de ser individualistas y anárquicos y materialistas: observad, repito, como son ellos los que empequeñecen cuestiones, más altas, más trascendentales quizá, de lo que imaginan; como caen en el más grosero materialismo y sacrifican al pasajero interés de una industria ficticia, intereses sagrados, que, no por el criterio, importante pero secundario de la utilidad, sino por el más alto del bien moral, debieran antes medir. Ya admito por el pronto que su afirmacion sea cierta, y que con la proteccion las industrias nacionales, tras un periodo más ó menos largo de aprendizaje, que no bajará sin embargo de noventa á cien años segun lo que vamos viendo, se afirmen y se aclimaten al fin, y liquidadas pérdidas de ayer y ganancias de hoy, salga el país ganancioso y pueda con pié firme emprender una marcha hácia nuevos adelantos. Y esto concedido y aceptado, por vía de argumentacion, voy á deducir que el sistema protector, conveniente (segun la hipótesis) bajo el punto de vista utilitario, es sin embargo grandemente inmoral y soberanamente injusto.

Meditad sino, en lo que supone la doctrina proteccionista que acabo de presentar: reducidla á su esencia: despojadla de sus atavíos y ved á lo que de este modo queda reducida.

El sistema protector dice: «sacrifiquemos al país doscientos ó trescientos años, para que al fin de unos cuantos años ó de unos cuantos siglos sea rico y fuerte».

O de otro modo: «sacrifiquemos la generacion de hoy para que las generaciones venideras al despertar á la vida encuentren los almacenes llenos, y llenas las arcas; que llenar arcas y almacenes es lo que importa».

O más claro aún: «quitemos al jornalero la mitad de su pan y del pan de sus hijos, y si el dolor y el hambre le hacen caer en la desesperacion, y de la desesperacion en la miseria, y de la miseria en el vicio ¿qué importa? es cuando más un hombre sacrificado para conseguir un gran fin; es un átomo de polvo aplastado entre las ruedas de la gran máquina».

«Arrebatemos á aquel otro lo poco que le sobra, despues de cubrir pobremente las primeras necesidades de la vida: verdad es, que si dejáramos en su poder ese sobrante, quizá compraria un libro, y en aquel libro aprenderia lo que hoy ignora, descubriria horizontes infinitos que su imaginacion adormecida no adivina, perfeccionaria la esencia inmortal de su sér, realizaria una parte de su destino, y la humanidad ganaria *un hombre*; pero á bien que si el alma es inmortal, tiempo le queda en la otra vida para perfeccionarse; por lo pronto gane la industria protegida unas cuantas libras de hierro para sus máquinas».

«El invierno es crudo: una pobre mujer camina lentamente sobre la nieve: tiene frio, y procura abrigarse con un manton de lana; pero hay demasiada lana en el manton, y la industria nacional no puede ser tan pródiga de materias primeras: para el próximo invierno ya se ahorrará la mitad de la lana. Y ese ahorro será un pequeño capital, y en ochenta ó cien años á interés compuesto, vale por unos cuantos husos más para una *selfactina*. Verdad es que la pobre mujer tiritita de frio; y el frio hace tanto daño á los pobres: les huela la sangre que es la vida! y se muere de frio; y sus hijas se quedan sin madre; y nadie les enseñará que hay un Dios en el cielo, y honra y virtud en la tierra; y crecerán en el fango; y serán fango despues; y al fin

morirán en el hospital; pero ¿qué importa? unos cuantos husos de hierro girarán á impulsos del vapor, y hebras de algodón más blancas que la nieve que mató á la madre de aquellas pobres, que se arrastraron por el negro fango de la sociedad, se arrollarán sobre los husos de hierro formando gruesos copos que son la alegría y el encanto del fabricante (1).»

Y así la proteccion ahorrando en las lágrimas de unos, en los vicios de otros, en el embrutecimiento de muchos, en las privaciones y en los dolores de todos, forma un capital; y atesora y acumula, y compone intereses, y, al fin, cuando nace la nueva generacion puede mostrarle la industria sus calderas hirvientes de vapor, sus chimeneas humeantes, sus máquinas que rechinan, sus almacenes que rebosan, sus arcas que crujen. ¡Feliz la nueva generacion! para ella la dicha, el placer, la ciencia, la virtud tambien; porque es la riqueza bien empleada elemento de moralidad y de instruccion; mas ya que de industria, y comercio, y balances, y cuentas se trata, vamos á cuentas: ¿á costa de qué se compra la dicha de la nueva generacion?

A costa de la generacion anterior, que ha vivido pobre, miserable, embrutecida, viciosa.

¡Ay que los hijos de tales padres si heredan oro no podrán heredar virtud ni ciencia! Fabrique la proteccion para la nueva industria nuevos hombres, porque los que encuentra ya no lo son: sus máquinas aplastaron, exprimieron, sacaron el jugo y la sangre á la vieja generacion: si algo bueno habia en ella, convertido está en hierros y algodones: lo que queda de la masa social, ya no es un conjunto de hombres, es negra y súcia escoria de las fábricas.

Y como las fábricas no viven por sí, ni para sí: como no puede existir una industria próspera en un pais de mendigos, aquellas industrias tan florecientes al parecer, morirán al fin ahogadas por la miseria general que les rodea, y que ellas mismas crearon.

Y aunque así no fuera, yo pregunto: ¿con qué derecho se sacrifica toda una generacion, por el bien de la generacion que ha de venir? Y no es esto desconocer todo lo que hay de subli-

(1) No se olvide que estamos argumentando en la hipótesis de que la proteccion realiza tales maravillas.

me en el sacrificio: el hombre debe sacrificarse por sus hijos: comprendo y admiro que una generacion dé su dicha, su sangre, su vida por el triunfo de una idea; porque son las ideas la santa herencia de los pueblos. Creo que el sacrificio, virtud sublime, lazo de las almas, entra por mucho en el destino del hombre; pero la virtud no es virtud si no hay libertad de accion, y no es el carabinero símbolo de libertad.

No, el hombre no es sólo, como presumen los proteccionistas, una *materia* primera de la industria nacional. Todo hombre tiene un fin que realizar, y sólo puede realizarlo con su trabajo; y si acudiendo al productor extranjero puede satisfacer las necesidades más apremiantes de su existencia, *con un minuto* menos de trabajo, que si acude á la industria del país, *ese minuto* que le roba la proteccion, es mucho, es más ciertamente de lo que imaginan los proteccionistas. Durante ese minuto de descanso, ese hombre, que ha triunfado de la materia, es libre: y puede levantar la cabeza y mirar al cielo: y cuando se mira al cielo, sin querer se piensa en Dios. En cambio, si tiene que trabajar tambien durante *ese minuto*, su cuerpo está doblado, inclinada su cabeza y la sangre acude á ella y anega al pensamiento, y ya no mira al azulado cielo, mira la negruzca tierra que pisa; y sólo piensa en el grueso terron que á golpes de azada quiere deshacer en polvo; y quizá al ver que resiste á sus esfuerzos, murmure una blasfemia, porque un cráneo que se inclina mucho hácia el suelo discurre mal, y una boca espumante de fatiga jura bien.

Y ved, señores, á qué extremo de repugnante materialismo conduce el sistema protector, cuando antepone el criterio de la utilidad al criterio del bien moral; cuando partiendo de una hipótesis falsa, pero que importaria poco que no lo fuese, sacrifica á los consumidores para fomentar y engrandecer la industria nacional; cuando olvida en fin, que es el hombre un sér inmortal, dueño de su destino, y que por sí debe realizarlo.

Pero ya que los proteccionistas huyen de este terreno, sin duda porque en regiones tan altas hay mucha luz, y la luz les ofende, sigámosles á donde les plazca conducirnos; que como la razon esté de nuestra parte, por malo que sea el terreno á que nos lleven, de pantanos y lodazales habrá de sacarnos al fin.

Estudiemos pues, el sistema protector bajo el punto de vista de

la utilidad, que aún así estaremos dentro del tema, porque también la ciencia de lo útil tiene su filosofía, ó mejor dicho, de la filosofía se derivan los inquebrantables principios en que aquella se funda.

Mas cosa extraña, señores, con ser este el asunto predilecto de los proteccionistas, ó tal es la proteccion, ó tanta es su desgracia, que al fin de tan largos años, no han podido ponerse de acuerdo los grandes maestros de la escuela, para formular un dogma que acepten como bueno, y como santo respeten maestros y discípulos. Y si este desórden y falta de armonía que reina entre nuestros adversarios, prueba ya como al principio os dije, la mezquindad del sistema, en cambio dificulta grandemente toda refutacion que de la doctrina proteccionista pretenda hacerse.

Pruebe en efecto la ciencia económica que tal ó cual argumento de los que en defensa de la proteccion se formulan, es en último resultado un grosero sofisma, y poco ó nada habrá conseguido, porque cuando termine su trabajo y el público aplauda y asienta, los proteccionistas asentirán y aplaudirán también; renegarán de sofisma que tan mal supo defenderse; le condenarán á muerte como reo de alta traicion, le sepultarán, despedirán el duelo, y á la siguiente mañana se agruparán alrededor de otro nuevo sofisma gritando con gran algazara: «á sofisma muerto, sofisma de repuesto» con lo cual ya tienen para ir tirando unos cuantos años más.

Permitid que en demostracion de lo dicho, indique ligeramente la historia de algunos de los más célebres sofismas de la proteccion.

El sistema protector, que siempre se ha distinguido por su falta de criterio, por su ciega confianza en las apariencias, por su apego á todo linaje de vulgaridades, hubo tiempo en que formuló como doctrina económica la tan conocida con el nombre de *teoría del numerario*.

Segun esta teoría, la riqueza consiste en la abundancia de metales preciosos; y la utilidad social y el bienestar, se miden única y exclusivamente por arrobas de oro ó de plata. El método práctico que de aquí se deduce para procurar grandes bienes, y toda clase de ventajas comerciales á una nacion, es tan sencillo como ingenioso. No comprar cosa alguna al extranjero, para que

no salga oro del país; vender á los demás países cuanto quieran comprarnos, y aún si preciso fuere, obligarles á ello para que nos den el suyo.

Tal doctrina, en que se descubre el espíritu estrecho y vulgar del sistema protector; doctrina que es en Economía política lo que el materialismo en filosofía; que juzga de los fenómenos sociales por los sentidos y no por la inteligencia; que no acepta más riqueza que el oro, porque es la única riqueza que ve y toca y comprende: tal doctrina, repito, no merece ni refutación si quiera. Ningun proteccionista ilustrado la defiende ya, todos por el contrario reniegan de ella sin notar que reniegan de su sangre.

Quizá alguno más sensible que sus compañeros, experimente cierto remordimiento al abandonar á la furia libre-cambista este recuerdo de familia, y tímidamente nos insinúe, «que si bien es la moneda *elemento intermedio* de cambio, y en este concepto es errónea la doctrina del numerario, también el oro constituye una verdadera mercancía, y que bajo este segundo punto de vista, acumular metales preciosos, es acumular riquezas reales y efectivas». Mas semejante observación sería poco oportuna, y no muy feliz, porque si el oro es mercancía, cambiarlo por otra que valga más en el país, por ejemplo, hierros ó carbones ó telas de algodón, es realizar un beneficio neto, representado por la diferencia entre los precios de los objetos cambiados; con lo que nuestro proteccionista, al salir á la defensa de la teoría del numerario, truecase de repente y sin sospecharlo, en libre-cambista radical.

Mas continuemos nuestra enumeración.

Los extremos se tocan, se dice comunmente, y aún debiera agregarse que históricamente se suceden; como si toda opinión exagerada en un sentido provocara al fin otra exageración opuesta á la primera. Así vemos en la doctrina proteccionista que tras materializar la idea de riqueza hasta el punto de reducirla á lingotes de oro, caen los defensores de la protección en otro error aún más lamentable: niegan que la riqueza sea el fin inmediato de la industria humana, y proclaman como única fuente de bienestar el *trabajo*; mas no como medio de conseguir determinados fines, en cuyo caso estarían en lo cierto, sino como fin único y único destino de la humanidad. Poco importa, según los partida-

rios de esta doctrina, que las industrias sean estériles, que el país esté sumido en la miseria, que sufra y que padezca, con tal que trabaje y que trabaje mucho. Y de este modo invirtiendo los últimos términos de un gran fenómeno social; confundiendo el *esfuerzo* con la *satisfacción*, olvidando cuál es la naturaleza del hombre y cuál su destino sobre la tierra, erigiendo el dolor y el sufrimiento en fin único de todas nuestras acciones, caen en una especie de *ascetismo proteccionista*, si se nos permite unir estas dos palabras, tanto más repugnante, cuanto menos se presta el asunto á tales extravíos, y menos se prestan los nuevos confesores á ser mártires de su religion.

No en verdad; no es el trabajo el fin de la existencia humana: no nació el hombre para consumirse en impotentes esfuerzos; para agitarse sin término en estériles luchas; para girar siempre alrededor de la nada como alrededor de un centro que le atrae. Trabaja, sí, y santo es el trabajo, pero es *por algo*; lucha, sí, pero es para vencer; marcha, pero tiene un norte en su camino. El trabajo estéril es el esfuerzo de la criatura sobre sí misma para anular su esencia; el trabajo dirigido hácia un objeto noble y puro es el destino del hombre que se cumple.

Mas observo, señores, que me separo bastante de mi asunto, y que es mi hablar, hablar inútilmente, porque es lo cierto que en cosas tales apenas paran mientes nuestros dignísimos adversarios. Por otra parte la gran mayoría de los proteccionistas reniega ya de la doctrina del trabajo nacional, como renegaron de la teoría del numerario, como han renegado de tantas otras cosas: que es en ellos antiquísima costumbre ir echando á un lado sofismas y sofismas á medida que se usan, y á cada nuevo conflicto, fabricar otros nuevos para ir saliendo de los apuros del día. Esto, dicen ellos, que prueba la bondad de su doctrina, la fecundidad de sus principios, el buen temple de sus argumentos, la armonía que reina entre todos los maestros de la escuela. Y en efecto, nada más propio para convencerse de las excelencias del proteccionismo, que ver á sus partidarios negar hoy lo que ayer afirmaron; burlarse del sofisma del numerario, poco despues de haberlo erigido en dogma favorito; tirar á un lado con desprecio la célebre *balanza mercantil* en que antes pesaban con gran desenfado la riqueza de ambos mundos; proclamar hoy como

principio salvador el trabajo nacional, y cuando notan en cuantas y cuán monstruosas contradicciones caen, cuando se les dice que preferir el género nacional cuya fabricacion es costosa, al que de fuera nos traen á menor precio es preferir el trabajo estéril, al trabajo útil, buscan con gran prisa quien *retoque* el averiado principio proteccionista para que vaya tirando por algun tiempo más.

Interminable seria esta conferencia si yo hubiera de enumerar todas las fases y todas oscuras, porque ha ido pasando el sistema protector desde la intransigente y despiadada prohibicion hasta el tímido y vergonzante proteccionismo de List. Pero todo nos prueba que la proteccion está en su último período; ella misma se condena á muerte y sólo fia su existencia en la maña con que sus defensores vayan alargando el plazo. Así vemos que la teoría de List sólo defiende el sistema protector como medio transitorio, como artificio para desarrollar las fuerzas productivas del país, y que por lo tanto supone que cuando á este punto se llegue, la mision del proteccionismo y de los proteccionistas habrá terminado. Sistema mezquino, término medio arbitrario y ridículo que ninguna razon justifica, y que bien á las claras prueba, ó que ha sido fabricado únicamente para salir de un momento de apuro, ó que el semi-proteccionista aleman ignoraba los principios más elementales de la organizacion económica de la sociedad.

¿Acaso llegan los pueblos y las industrias á un punto y de allí no pasan?

¿Acaso en todos los tiempos y en todos los países no habrá fuerzas productivas que desarrollar?

Pues si el objeto de la proteccion es desarrollar las fuerzas productivas, su mision jamás termina, la proteccion es eterna, y declararse proteccionista á medias, ó es culpable debilidad ó insigne torpeza.

A más de esto, señores, semejante teoría cae por su base con un sencillísimo argumento.

¿Por qué las fuerzas productivas necesitan para desarrollarse el amparo de la *proteccion*?

Segun los proteccionistas, porque las industrias, que son la manifestacion, por decirlo así, de estas fuerzas productivas, se

desarrollan gradualmente; y débiles al comenzar no pueden competir con las industrias del exterior.

Y bien, ¿por qué son débiles; por qué no puede competir España con Francia, con Inglaterra, con los Estados-Unidos?

La razón sólo puede ser la falta de capitales: entendiéndolo esta palabra en su acepción más lata.

¿Y qué es el capital?

La suma de esfuerzos que el país economiza y acumula.

Pues bien, si en un momento dado el libre-cambio proporciona la máxima economía de esfuerzos, claro y evidente es que la libertad comercial será el medio único de formar capitales, de proteger las industrias, y de desarrollar las fuerzas productivas del país.

Mucho más pudiera decirse sobre este punto, pero cansados estareis de oírme y fatigado me siento también con tanto hablar de protección; que si hay asuntos que por su grandeza elevan y sostienen el espíritu, hay otros que por su pequeñez y mezquindad le abrumen; y pequeño y mezquino es el sistema protector, siquiera sean trascendentales, inmensos, los males que al país causa. Y no os admire que cosa tan ruin sea origen de tanto daño: que no es nuevo por desgracia, ver sobre la arena de la playa viejos y carcomidos buques que lucharon años y años con los furoreros del cielo y el rabioso empuje de las olas; sólo porque unos cuantos gusanillos, que apenas podría percibir la vista, mordieron con sus microscópicos dientes la soberbia quilla, mientras triunfante partía las aguas del Océano. (*Grandes aplausos.*)

EL SISTEMA PROTECTOR,

PERJUDICA

A LAS INDUSTRIAS QUE TRATA DE PROTEGER.

POR

Don Félix de Bona.

Señores :

Los cuatro oradores que me han precedido en este sitio, con una elocuencia que sin afectar falsa modestia puedo decir que envidio, os han expuesto la teoría de la libertad de los cambios bajo cuatro de sus puntos de vista más principales (1).

El decano, á la par que príncipe, de nuestra oratoria parlamentaria, el Sr. Alcalá Galiano, la trató bajo su aspecto más general, haciendo notar, entre otras cosas, la fuerza del principio científico en que descansa cuando en su virtud nos vemos reunidos y asociados para su defensa hombres que procedemos de tan opuestos campos políticos, y que por nuestras diversas profesiones, por nuestras diferentes aspiraciones y hasta por nuestras distintas edades, parecia natural que nos alejáramos unos de otros.

El Sr. Carballo Wangtemert, con su estilo florido y fácil, en el que se unen la correccion y claridad, la fuerza de la lógica y

(1) Al publicarse los discursos de estas conferencias se ha variado el orden de su colocacion, sustituyendo al cronológico el de eslabonamiento y enlace lógico de sus asuntos ó temas.

la suavidad de la forma, desenvolvió el principio económico fundamental de la teoría de la libertad de comercio, que no es otro que el de la division del trabajo, principio que es á la vez la base de la sociedad misma, puesto que el hombre se asocia á sus semejantes para recibir y prestar auxilio, para cambiar servicios morales y materiales, cambiando sus ideas y los productos de su industria, divide el trabajo para hacerlo más productivo, y cambia los productos para que la division pueda tener lugar.

El Sr. Echegaray, á quien el mismo Alcalá Galiano ha calificado de orador de primer orden, con su frase chispeante, en la cual la gracia resulta de la fuerza de lógica con que presenta desnudos y al descubierto los sofismas proteccionistas, os demostró que la llamada impropriamente escuela de la proteccion, carecia de criterio filosófico, y se apoyaba en principios de todo punto falsos.

Y por último, el Sr. Sanromá, con robusta entonacion, con estilo tan correcto como grandilocuente y levantado, arrancó vuestros aplausos tratando la cuestion con relacion á la política colonial y al derecho de gentes.

Desde el punto de vista mesurado, conservador en el sentido político de la palabra, de Alcalá Galiano, hasta el radical que servia de criterio á Sanromá, median diferencias políticas inmensas, y sin embargo, ved cómo se confirma la proposicion del primero, ved cómo dos ilustres oradores, el uno respetabilísimo por su edad y sus grandes glorias y el otro notable por el empuje de su palabra, por el vigor y radicalismo de su doctrina en la cuestion libre-cambista, confluyen á un mismo punto y pueden marchar unidos.

Queda pues, tratada la cuestion bajo sus puntos de vista más generales, y hoy tócame llevarla á un terreno más concreto, al de su aplicacion, considerándola no ya en sus fundamentos económicos, filosóficos y políticos, sino con relacion á las mismas industrias protegidas.

¿La proteccion, en el sentido economista de la palabra, favorece realmente á las industrias ó intereses que se propone amparar ó fomentar?

Hé aquí mi tema.

No sé si acertaré á desempeñar bien mi tarea, pero puedo afirmaros que el respeto que me infundís es de tal naturaleza, y la cátedra en que me siento tan elevada por los ilustres oradores que me han precedido, que precisado por un deber moral á ocuparla, he procurado prepararme con un detenido estudio, he reunido datos y he tomado apuntes para cumplir todo lo mejor que pudiera mi encargo. Si no quedais satisfechos, culpad á mi insuficiencia; pero nunca á mi descuido ni á mi falta de voluntad.

Dicho esto, entro en materia.

En mi opinion, señores, la cuestion propuesta no ofrece duda, y bien examinados los fundamentos del sistema proteccionista, se descubre pronto que en vez de favorecer, daña á las mismas industrias que se propone fomentar.

La proteccion en una ú otra forma es casi tan antigua como la sociedad, y debe su origen á la organizacion artificial del trabajo colectivo, á una exageracion de las funciones que corresponden al trabajo político, á una verdadera extralimitacion de las atribuciones que competen al Estado.

La proteccion tiene por objeto ostensible equilibrar, artificialmente tambien, las fuerzas productivas de las diversas industrias de un pueblo, asegurar medios de trabajo á todos ó á una parte de sus individuos, regular la distribucion de los productos y consumos, y amparar ciertos intereses que se han considerado ó consideran amenazados por otros.

De modo, que la proteccion encomienda al Estado el trabajo de armonizar artificialmente todos los intereses individuales y sociales, como si tamaña empresa fuera dable á ningun gobierno por muy sábio y poderoso que fuera.

Violentada de esta manera la marcha natural del trabajo, debian resultar injusticias que perjudicando á unos, favorecieran, al menos en apariencia, á otros, y estos, considerando la proteccion como si emanára de principios justos, fundados en la conveniencia nacional, no titubearon en sostener sus pretendidos derechos hasta por los medios más violentos. Así, desde que se descubre en la historia cualquier medida proteccionista, se encuentra defendida de una parte por el egoismo y la avaricia, y de otra por los hombres políticos, por filósofos y gobiernos en

cuya intencion no entraba el deseo de inferir agravio á ningun interés legítimo. De este modo, en las primeras edades de los pueblos se confunde la accion proteccionista con el derecho, la conveniencia nacional con el vandalismo internacional y organizado que promovia las más sangrientas luchas.

Seria larga tarea bosquejar la historia de las guerras y de las injusticias que han debido su origen á la idea proteccionista.

Tampoco puedo exponer un cuadro completo de todas las formas que ha tomado esa idea durante el trascurso de los tiempos y segun el estado de adelanto de los pueblos; pero para nuestro objeto creo oportuno enumeraros los siguientes :

Proteccion á la caza contra los intereses del agricultor, origen quizá de las primeras guerras entre los hombres, y de la que todavía se conservan restos en nuestros códigos rurales.

Proteccion á la ganadería contra la agricultura, que dió origen á las ordenanzas, fueros, privilegios y jurisdiccion especial de nuestro antiguo Concejo de la Mesta.

Proteccion á los propietarios de las tierras contra los derechos del trabajador agrícola, á la cual se debieron las instituciones feudales, la esclavitud y la servidumbre de la gleba.

Proteccion á la agricultura contra los consumidores de sus frutos, prohibiendo la importacion de cereales extranjeros.

Proteccion á la misma agricultura contra la industria del crédito y de los préstamos, creando por cuenta del Estado los pósitos ó bancos agrícolas.

Proteccion á los consumidores contra la agricultura y ganadería prohibiendo el acaparamiento, la exportacion á países extranjeros y el comercio interior de cereales y ganados; estableciendo la tasa del pan, del vino, del aceite, de las carnes y demás artículos de su produccion.

Proteccion al fisco contra productores y consumidores, por medio de los estancos é impuestos sobre los consumos.

Proteccion á los maestros de las artes y oficios, contra los oficiales y aprendices por medio de las corporaciones gremiales.

Proteccion á la minería nacional, contra la competencia de los metales, carbones y demás productos de la minería extranjera.

Proteccion á las fábricas y manufacturas nacionales, prohibiendo la importacion ó recargándola con fuertes derechos de

aduanas, de los productos de las fábricas y manufacturas extranjeras.

Proteccion á los fabricantes contra sus obreros, prohibiendo á estos constituir sociedades de socorros mútuos y concertarse para obtener rebajas en las horas de trabajo, ó aumento en los jornales.

Proteccion al crédito del Estado, contra el de los particulares, por medio del monopolio para la creacion de bancos y la emision de sus billetes.

Proteccion al crédito de los particulares, contra los prestamistas, con leyes sobre la usura.

Proteccion al crédito de unos particulares, contra el de otros, concediendo á los primeros el monopolio de los bancos.

Proteccion á la marina mercante nacional, por medio de los derechos diferenciales de bandera, ó prohibiendo la entrada en los puertos nacionales á buques extranjeros, ó no consintiendo que hagan el comercio de terceros y el de cabotaje.

Proteccion á los constructores nacionales de buques, concediéndoles primas y otros estímulos, prohibiendo la exportacion de maderas y el abanderamiento y nacionalización de los buques extranjeros.

Proteccion á la marina de guerra nacional, prohibiendo el ejercicio de la pesca y el de las demás profesiones relativas á la navegacion, á los que no se obliguen á servir en la armada, inscribiéndose en las matrículas de mar.

Proteccion general á la agricultura, á las manufacturas y al comercio marítimo nacionales, contra el de otras potencias extranjeras, por medio del descubrimiento, conquista, ó colonización de provincias y establecimientos ultramarinos.

Proteccion á los ferro-carriles, contra los canales, ó á estos contra los ferro-carriles, ó á estas vías de comunicacion contra otras de igual índole, prohibiendo su paralelismo y competencia.

Proteccion á los viajeros y al transporte de las mercaderías, fijando *maximums* para las tarifas de los ferro-carriles y canales.

Proteccion á los accionistas contra los fundadores y gerentes de las sociedades anónimas, por medio de extensos reglamentos y de una intervencion directa del Estado en su administracion.

Además, y como medio de indicar otras varias formas de pro-

teccion, debo recordar las leyes que en materias de derecho civil protegian por medio de las hipotecas legales y tácitas, los derechos de la mujer contra su marido y del menor contra su tutor; las que por medio de los fideicomisos y mayorazgos pretendian proteger ciertas familias; las leyes suntuarias; las que en el orden intelectual tienen por objeto proteger al público contra los ignorantes por medio de la reglamentacion de la enseñanza y de la prohibicion de ejercer ciertas profesiones, sin haber obtenido antes un título de exámen ó incorporacion á un colegio ó gremio; la de los pobres contra los ricos, por medio de la beneficencia organizada del Estado, y otras mil y mil tan variadas como infinitas y cuyo principio, en último resultado, y como dejo dicho, no es otro que el de convertir al Estado, en el supremo director, regulador, agente de accion y de represion de todo el movimiento del trabajo, así moral como intelectual, de los pueblos. En una palabra, el más extenso, completo y abrumador de los comunismos.

No necesito esforzarme mucho, ni citar numerosos hechos para recordar que mi tésis aparece probada por la historia en un gran número de las formas de proteccion que dejo indicadas.

¿Quién desconoce, por ejemplo, que la ruina de los antiguos pueblos fenicio, griego y romano, tuvo como una de sus principales causas el principio protector, de monopolio, de exclusivismo, de injusticia y opresion á los demás pueblos en que estaban apoyadas sus instituciones y hasta su existencia social?

¿Quizá ignora que la proteccion dada por medio de los feudos á los propietarios territoriales, destruyendo la agricultura, destruia el valor de esas mismas propiedades? Fué preciso manumitir al siervo de la gleba, destruir la proteccion, para que los intereses de los protegidos se desarrollaran.

Lo mismo sabemos todos de la proteccion otorgada á la ganaderia; la Mesta estenuó primero á la agricultura desapareciendo despues con ella la riqueza y superioridad de los ganados.

La proteccion á los consumidores por medio de la tasa, alejando la concurrencia de vendedores, trajo la carestía é hizo normales y periódicas las calamidades de la escasez y del hambre.

Las leyes contra la usura alejando los capitales de la industria de prestar, disminuyeron la competencia entre prestamistas, en-

vilecieron este medio de produccion, rodeándole de infamia y de peligros, y por consecuencia, el tanto por ciento de interés de los préstamos, se elevó á tipos monstruosos arruinando á los mismos á quienes aquellas leyes querian proteger.

Los pósitos y las leyes contra el comercio y acaparamiento de cereales, impedian la conservacion en los graneros particulares, de los sobrantes de buenas cosechas que debian suplir el déficit de las escasas ó malas; de este modo en los años buenos se estimulaba un consumo excesivo, y en los malos no sólo venia la carestia que se queria evitar, sino que esa carestia casi siempre degeneraba en falta absoluta de trigos, en hambre.

Independientemente de los servicios que los gremios pudieran prestar en concepto de asociaciones políticas destinadas á defender á los artesanos de la tiranía feudal, como instituciones económicas, presentaron todos los inconvenientes de la organizacion artificial del trabajo.

Limitaban el número de productores y la perfeccion de los productos, colocaban en dura servidumbre al aprendiz respecto al oficial y á este respecto al maestro, el cual á su vez no podia disfrutar en toda su extension las ventajas de sus privilegios, porque los mercados del consumo carecian de la demanda que sólo se crea cuando la oferta es grande y el producto barato. Sin extenderme á probar la verdad de este resultado, bien comprobado en los considerandos del famoso edicto de Turgot, cuando quiso abolir en Francia las referidas corporaciones, y en los escritos y discusiones acerca de la materia de los mejores economistas posteriores, basta que recuerde la posicion de los artesanos en el siglo pasado, comparándola con la que hoy disfrutan. Ningun maestro de los antiguos gremios alcanzó dentro de su oficio, la riqueza, bienestar y consideraciones sociales á que hoy llegan millares de obreros.

La proteccion á determinadas familias en forma de fideicomisos y mayorazgos, así como la dispensada á la dote de la mujer y á los bienes de los menores con las hipotecas tácitas y legales, arruinaron las propiedades de los primeros y mataron el crédito hipotecario, destruyendo así, y sin beneficio para nadie, una buena parte del valor de los bienes que se querian proteger. Estas cuestiones se han discutido demasiado para que insista en su de-

mostracion. Me basta apuntarlas para que aparezca el principio protector causando daños inmensos á los mismos intereses que se proponia amparar.

Lo mismo puedo decir de las medidas enderezadas á proteger la existencia de la moneda nacional por medio de leyes que prohibian su exportacion. Sólo se consiguió con ellas que la moneda nacional desapareciera. En cambio hemos llegado al extremo de que la pieza de plata, que sirve de base á nuestros cambios, sea la de cinco francos francesa, que tiene un múltiplo absurdo de la unidad monetaria española.

La proteccion á nuestro comercio con América, por medio de la prohibicion absoluta de admitir en aquellos inmensos continentes á los súbditos y mercaderías extranjeras, aparte de las cruentas guerras á que dió ocasion, de la piratería y filibusterismo á que alimentaba, de la inmoralidad y abusos administrativos que llevó á aquellos pueblos, promoviendo un extenso y descarado contrabando, dió por resultado la nulidad del mismo comercio que se queria proteger, y más tarde la emancipacion de la mayor parte de tan ricas y extensas regiones.

En todas estas formas de la proteccion, la cuestion aparece clara; la experiencia, acompañada de investigaciones profundas y de discusiones muy conocidas, ha hecho abolir en casi toda Europa la servidumbre de la gleba; las instituciones análogas á la de nuestro honrado Concejo de la Mesta; las corporaciones gremiales; la tasa de los artículos de primera necesidad; las leyes contra la usura; el monopolio mercantil de las colonias; el de la moneda; los fideicomisos y mayorazgos, y hasta las hipotecas tácitas. Respecto á todas estas formas de la proteccion, repito, que es ya opinion general que dañaban á los mismos intereses que se proponian proteger; pero en cambio existen todavía otras muchas apoyadas en preocupaciones muy arraigadas, las cuales conviene desterrar demostrando que no hay diferencia esencial entre las diversas aplicaciones del principio, ó más bien de la idea proteccionista, y que esta idea, en virtud de leyes inmutables del orden social, producirá siempre resultados idénticos, consecuencias iguales en todas sus aplicaciones.

De esas formas de la proteccion, todavía existentes, dejo enu-

meradas las más fundamentales, y de algunas me haré despues cargo de un modo especial; pero antes juzgo oportuno buscar la verdadera generacion de la idea proteccionista.

Dejo dicho que la proteccion debe su origen y constituye una extralimitacion de las funciones, á que está llamada la accion del trabajo colectivo, ó hecho en nombre y por delegacion de la colectividad de individuos que componen una sociedad política; y como las leyes naturales del trabajo sólo son familiares á los economistas que han profundizado la materia, me permitiré exponer algunas de las más principales, puesto que son pertinentes á mi objeto, este discurso debe imprimirse, y conviene explicar la cuestion á toda clase de inteligencias, entre las que hay muchas que carecen de los conocimientos preparatorios y de la ilustracion que reunen los individuos que concurren á este Ateneo.

Con el nombre de trabajo, comprende el economista toda clase de acciones humanas enderezadas á satisfacer una necesidad ó un deseo de nuestra existencia ó de la de nuestros semejantes, y hasta la accion de respirar, que tiene por objeto utilizar el oxígeno y otros gases del aire en la conservacion de la propia existencia, es en mi concepto un trabajo, cuyo estudio, bajo el punto de vista de produccion, de utilidad, cae bajo el dominio del economista.

El trabajo considerado de este modo, exige una detenida y lógica clasificacion para investigar todas sus leyes. Así hallaremos un trabajo instintivo, que se hace sin preconcebida voluntad, como el de la respiracion, que acabo de citar, y otro trabajo intencionado, esto es, hijo de una voluntad preconcebida, estimulada por tal ó cual necesidad. En seguida subdividiendo esta clasificacion en otras, hallaremos el trabajo físico, material, que se dirige á convertir en utilidad para el hombre la materia y el trabajo inmaterial, enderezado á producir la utilidad moral y científica

Entre las acciones del trabajo instintivo son pocas las que reclaman nuestro estudio especial como economistas, por más que interesen mucho al físico, al químico, al fisiólogo, al anatómico y al médico. Nos bastará conocer que ese trabajo tiene funciones económicas importantes para no caer en ciertos graves erro-

res, como el de los que niegan el derecho de propiedad, suponiendo la existencia de utilidades gratuitas.

Las leyes generales á que obedece la accion del trabajo intencionado son comunes al trabajo moral ó intelectual y al trabajo físico.

Entre estas leyes, la primera de todas nos enseña que el trabajo es ó no productivo de la utilidad que se propone obtener el trabajador, y en caso de ser productivo lo es en mayor ó en menor grado, segun proceda de una voluntad más ó menos acertada, y se ejecute con mayor ó menor destreza ó inteligencia. De aquí la existencia de leyes naturales que con el dolor de la pérdida ó con el placer del beneficio, estimulan la inteligencia, los adelantos del trabajador y la perfeccion del trabajo.

La segunda ley general es que el trabajo reúne siempre el doble carácter de individual y colectivo, puesto que siempre supone el concurso de un capital, ya sea en primeras materias, ya en máquinas ó herramientas, ya en educacion ó ideas y en ciencia; capital que es el producto de anteriores trabajos y de diversos trabajadores, y que el trabajador utiliza cualquiera que haya sido la forma de su adquisicion, es decir, ya provengan de una compra ó cambio, de herencia, de donacion, de préstamo ó del estudio.

La tercera ley general es que teniendo siempre el trabajo el doble carácter de individual y colectivo, la utilidad que de él resulta, si es productivo, ó la pérdida que ocasiona, si es improductivo, reúnen tambien el doble carácter de utilidad ó pérdida que benefician ó dañan al individuo y afectan hasta cierto punto á la colectividad. No es mi objeto desenvolver ahora esta teoría, que me apartaria de la tésis principal; basta para probar su exactitud, que os recuerde que el hombre ni puede hacer, ni conservar su existencia fuera de una esfera social más ó menos extensa, y que en la sublime armonía que preside á las obras del Sér Supremo no se concibe la ley de sociabilidad impuesta al hombre sin que las leyes generales del trabajo, es decir, de la accion y vitalidad humana, no tengan siempre ese doble resultado de utilidad individual y colectiva.

De esta ley se deduce legitimamente la de que el hombre recibe, en cambio de la utilidad que produce para los demás con

su trabajo, una parte mayor ó menor de la utilidad que los demás producen con el suyo. Y hé aquí aparecer el cambio de servicios, que muchas veces se verifica sin una voluntad preconcebida, sin que los mismos que dan ó reciben la utilidad se aperciban de que dan ó reciben: cambio por medio del cual se extiende la ciencia, se generaliza la moral, se acumula una masa inmensa de trabajo físico ó inmaterial, que trasmitiéndose de generacion en generacion, unifica, y si me es permitido el neologismo francés, hace *solidaria* la humanidad de todos los siglos y de todas las naciones.

Pero desde el momento que hallamos en el trabajo la ley de que es útil para la colectividad, así como para el individuo, necesitamos deslindar con mucho cuidado cuál es la parte de esa utilidad que en el orden natural pertenece por entero al individuo, y cuál la que independientemente de su voluntad resulta en beneficio de la colectividad, no gratuitamente, sino á cambio, como dejo dicho, de otras utilidades que el individuo recibe á su vez del trabajo de los demás.

Este deslinde nos conduce en seguida al descubrimiento de otras leyes del trabajo, y nos demuestra las que sirven de base al derecho de propiedad. Hallamos primero que el individuo, si bien ligado con vínculos indisolubles á la colectividad, tiene una personalidad propia, sujeta á necesidades independientes de las necesidades de los demás, y provista de una fuerza de accion así moral como material y de una voluntad libre para realizar y dirigir su trabajo y satisfacer dichas necesidades.

En virtud de esta personalidad propia, le pertenece por entero todo el resultado de su trabajo, puesto que la utilidad creada con él, es efecto de ese trabajo, nace de su accion personal, y aun cuando una parte resulte en beneficio general por efecto de la ley que antes he indicado, nadie tiene derecho á arrancársela por fuerza, ni á despojarle de ella siempre que tenga medios y voluntad de utilizarla en su propio provecho. En consecuencia, la utilidad que recae en beneficio de la colectividad, nunca puede servir de pretexto para violar el derecho de propiedad que el individuo tiene sobre el resultado de su trabajo. Es una utilidad que se extiende por sí sola en beneficio de la humanidad entera y á cambio de otras utilidades análogas que emanan del tra-

bajo de todos los individuos de esa humanidad. Utilidad que tampoco lo seria para los demás, y esto es necesario tenerlo presente, si cada uno no hiciera á su vez otro trabajo previo para aprovecharla; el trabajo de asimilársela ó de transformarla de modo que venga á satisfacer cualquiera de sus necesidades.

Y de esa ley natural del trabajo en virtud de la cual al individuo le pertenece por entero el producto del suyo, resulta otra muy importante, á saber: que, por el estímulo de esta propiedad adquirida, la accion del trabajador es tanto más enérgica, cuanto es más individual.

En consecuencia, los trabajos hechos colectivamente por una sociedad, nunca producen una suma de riqueza proporcionalmente igual á la que daría la suma de todos los esfuerzos de los individuos sociales si cada uno hubiera podido trabajar aisladamente y con suficientes medios ó elementos, puesto que al trabajar reunidos, cada uno procura economizar su propio esfuerzo contando con que los compañeros suplirán la falta. Y como todos tienen esta misma tendencia á disminuir su propio trabajo á costa de aumentar el de los otros, resulta que el producto general del trabajo hecho de mancomun, es proporcionalmente menor que el que resultaría si cada uno hubiera comprendido que obraba aislado, y que la disminucion de sus esfuerzos le daría por resultado una disminucion de productos.

De aquí la necesidad, en todo trabajo hecho mancomunadamente, de combinar en cuanto sea posible la mayor independencia y responsabilidad de la accion individual dentro, y sin desvirtuar los efectos de la accion comun, lo cual se consigue en las grandes fábricas por medio de la division de ocupaciones y de los destajos, hasta hacer que obre cada individuo como si fuera un trabajador aislado.

De este modo el trabajo humano, á la vez que tiene siempre un carácter colectivo que representa un conjunto de esfuerzos naturalmente combinados, y un conjunto de productos justa y naturalmente distribuidos, conserva tambien siempre el carácter individual, tanto como principal fuerza motriz de su accion, como principal objeto de su resultado.

Y como la asociacion ó trabajo colectivo es á la vez que una necesidad, un efecto de la voluntad y del interés de cada individuo

asociado, resulta que toda organizacion del trabajo colectivo en que se violente la voluntad y se atropelle el interés legítimo ó sea el derecho de uno ó varios de los individuos asociados, es una organizacion anti-económica é inconveniente, porque destruye esa gran fuerza motriz que hace fructífera la accion del trabajo, esa gran fuerza motriz que no es otra cosa que la voluntad individual.

Además, y en virtud de las mismas leyes que acabo de exponer, siempre que por medio de la accion colectiva, se traten de realizar trabajos que puede hacer la accion individual, se desvirtua esta accion, y por tanto el producto resulta menor y menos perfecto.

En consecuencia, y para evitar esta disminucion é imperfeccion de productos, cuanto mayor sea el número de trabajadores necesario para hacer un trabajo en comun, tanto más debe concretarse este trabajo á un solo fin, á obtener un producto único y determinado, tanto más debe tambien dividirse el trabajo para hacerle lo más individual posible: y si de un modo absoluto no pudiese hacerse individual, al menos conviene que cada operacion de las que tienen que hacerse en trabajos colectivos, se practique por colectividades compuestas del número menor posible de individuos.

Por este ligero análisis de las principales leyes naturales del trabajo, venimos paso á paso á descubrir que la *proteccion* como sistema económico y político debe la fuerza con que se ha extendido por el mundo, debe el haber contado entre sus defensores á personas muy buenas é ilustradas, á la confusion de las ideas resultante de no haber comprendido bien que los límites de la accion colectiva del trabajo, están marcados precisamente en el punto á que no alcanza ya la accion del individuo; que ese mismo trabajo colectivo, por lo mismo que tiene límites naturales, tiene tambien una organizacion natural que se perfecciona espontáneamente por sí misma y por un efecto de la conveniencia individual, y que sustituir á esa organizacion natural con otra artificial en que se conceden derechos á la colectividad, ó bien á unos individuos á costa del derecho de otros individuos, equivale á trastornar el orden natural económico del trabajo humano atropellando todas sus leyes, y haciéndole en consecuencia, tan-

to menos productivo, tanto menos útil, cuanto más injusta es la organizacion artificial que se le dé.

En este concepto la proteccion, es una organizacion artificial del trabajo, que trastorna las leyes de la organizacion natural. Respecto á los consumidores de los productos protegidos, es una especie de expropiacion forzosa, un despojo de la propiedad individual, hecho muchas veces con la sana intencion de favorecer los intereses de la colectividad, pero sin preveer que no puede haber nada realmente útil á esa colectividad, que tenga por base la violacion del derecho individual.

Por otra parte, cuando en el referido análisis del trabajo aparece la ley del cambio de servicios, y como su corolario forzoso la ley de division de ese mismo trabajo, encontramos que la asociacion humana necesita trabajadores que se ocupen exclusivamente en defender el derecho de cada uno de los asociados, otros que trabajen en la ejecucion de obras de utilidad comun, como son las que denominamos obras públicas, otros que trabajen en asociar pequeñas partes del producto del trabajo de cada uno para constituir grandes capitales, y otros y otros en los demás trabajos que exigen la accion combinada y de mancomun de varios individuos.

Naturalmente, en su origen, el trabajo individual es imperfecto y lo es asimismo el que hacen varios individuos asociados. Trabajo imperfecto, supone tambien division imperfecta de ocupaciones, y así no es de extrañar que la historia de las primeras edades nos presente confundidas en el padre de familia las ocupaciones á que da lugar el trabajo político, el militar y aun el religioso, que veamos á los antiguos jefes de tribus siendo á la vez legisladores, jefes del Estado, generales de sus ejércitos y hasta pontífices de sus religiones.

Y de esta confusion de poderes, nacida de una imperfecta division del trabajo, tenia que resultar necesariamente, cierta tirania de los representantes de la colectividad ejercida con pretexto del bien comun y alimentada por el interés bastardo de esos mismos representantes. Y así como es tambien ley del trabajo individual que cada trabajador procure vencer el obstáculo que se opone á que realice una utilidad dada, empleando al efecto el menor esfuerzo posible; así como, en virtud de esta ley ó tenden-

cia, el trabajo se subdivide y organiza colocándose bajo la direccion de los más hábiles, más sábios, más fuertes ó más astutos; así como esta organizacion, cuando no tiene los debidos contrapesos, es la que facilita el abuso de los jefes y la explotacion verdadera del hombre por el hombre, así tambien los representantes de las asociaciones ó estados, han abusado de la fuerza que representaban y para producir utilidad con menos esfuerzo, atropellaron el derecho de otras asociaciones, estados ó pueblos, creyendo no obstante cumplir con sus más sagrados deberes políticos. El gobierno de la antigua república de Roma, creia obrar muy bien cuando conquistaba á las demás naciones que llamaba bárbaras, las convertia en provincias, las despojaba de sus cereales, y los llevaban á la capital para hacer los repartos frumentarios gratuitos, con que se alimentaba aquel pueblo de *inocentes bandidos*. Aquella era una *proteccion* monstruosa en grande escala, que debia dar, como dió, por resultado la ruina del pueblo que la practicaba.

Creo con lo expuesto que dejo bien indicada la generacion de la idea proteccionista en el orden económico y social, al paso que bosquejado su verdadero carácter. Y aunque soy poco amigo de definir, porque considero muy difícil hacerlo bien, me parece que podrémos decir que la *proteccion*, en el sentido político-social ó economista de la palabra, nace de la facultad, concedida al poder público, ó que este se toma por sí mismo, de constituirse en tutor y supremo regulador de los intereses del trabajo de sus asociados: y que esa *proteccion* es la organizacion artificial del trabajo hecha por dicho poder público para crear industrias donde naturalmente no se establecerian, para crear mercados donde naturalmente no se crearian, para garantir los intereses de aquellos miembros sociales que se suponen incapaces para defenderse por sí mismos contra la miseria ó los abusos de otros seres más fuertes ó diestros.

Por esto la *proteccion* se confunde á veces con la garantia del derecho que representa el gobierno sin conocer que constituye, segun repetidamente dejo dicho, una verdadera violacion de ese derecho.

Y como la *proteccion* para estar en armonía con el derecho, es decir, para ser justa, deberia ser igual para todos, y no puede

realizarse sino con el objeto de favorecer unos intereses á costa de otros, tiene que ser perjudicial para todos por lo mismo que es injusta.

Y como la proteccion, aun suponiendo que fuera posible concederla á todos, encomendaria al gobierno, ó sea á los representantes del poder público, el más complejo de todos los trabajos, el de la direccion y regulacion de todas las formas de la actividad humana dirigidas á lo útil, la proteccion supone la acumulacion de ocupaciones dificilísimas cada una de por sí en un reducido número de trabajadores, es por tanto contraria al principio economista de la division del trabajo, es en consecuencia anti-económica y anti-social además de contraria á la justicia.

Y así se explica teóricamente que la proteccion perjudique á las mismas industrias que con ella se pretenden fomentar, puesto que por una parte encarece los artículos que sirven de primeras materias á las unas y por otra suprime la demanda de los artículos de produccion nacional, que se darian en cambio de esas primeras materias.

Si el análisis de las principales leyes del trabajo en general, nos da ya esta demostracion, el de las leyes del cambio que es una de las principales formas del trabajo, nos dará todavía otra demostracion más perceptible de que la proteccion es perjudicial á los mismos intereses que pretende proteger.

El cambio, hemos visto que es el medio de asociar el trabajo, de hacer colectivo el trabajo individual; el cambio supone, por consiguiente, conveniencia mútua entre los que cambian sus servicios ó los productos de su trabajo, supone una ecuacion de utilidad fijada y calculada por la voluntad de los contratantes, pero que tambien obedece á ciertas leyes naturales. Siendo el cambio libre, cada contratante trata de obtener la suma mayor de utilidad que pueda, dando sólo por su parte la cantidad menor que le sea posible. A este fin cada contratante mide el esfuerzo que le ha costado el producir ó adquirir lo que da, y el esfuerzo que le costaria obtener lo que va á recibir. De aquí que el coste de produccion sea el primer elemento regulador del valor de cada cosa cuando se trata de cambiar por otra.

Pero además de medir el esfuerzo ó coste de produccion, cada contratante mide la necesidad que tiene de la cosa que trata de

adquirir, mide asimismo la necesidad que la otra parte tiene de la que él se propone dar en cambio, y mide, por último, el número de personas ó trabajadores que le ofrecen productos iguales á los que desea y el número de los que como él los desean tambien y tienen productos equivalentes á los suyos para adquirirlos. De todos estos cálculos resulta, que el precio corriente de cada artículo ó sea la medida de su valor, se determine por la combinacion del coste ó esfuerzo hecho para producirlo, y de la oferta y demanda que de él haya en el mercado.

A su vez estos elementos se subordinan á diferentes leyes. Cuando la demanda no es bastante para facilitar el cambio de las cosas por un precio que cubra el coste de produccion, esta disminuye; y cuando por el contrario, excede de dicho coste en términos de proporcionar ganancias mayores que la generalidad de las demás industrias, la produccion aumenta. No necesito explicar esta teoría, porque es elemental en la ciencia del trabajo.

Pero de esta teoría se deduce otra menos conocida, á saber: que la demanda influye en la oferta y esta en la demanda, y como es precisamente la que demuestra mi tesis, me permitiré algunas explicaciones acerca de ella.

A medida que el hombre progresa, aumentan sus necesidades, ó mejor dicho, las descubre nuevas, puesto que aprende que su existencia puede ser más saludable, más cómoda, más feliz, conservarse mejor y aún prolongarse. De aquí que cuando el hombre desconoce un producto que mejoraría su existencia, la consecucion de ese producto no constituye para él una necesidad, y no constituyendo necesidad, no hay demanda del referido producto. Pero si de repente aparece un inventor que lo presenta en el mercado demostrando su utilidad, ó bien un comerciante que le importa de extrañas regiones dándole á conocer, la oferta crea inmediatamente la demanda.

Siguiendo los corolarios de esta doctrina, encontraremos que así como la oferta de un producto nuevo y útil crea la demanda de ese producto, la baratura relativa de un producto ya conocido facilitando á mayor número los medios de consumirlo, aumenta su demanda como un resultado de su mayor oferta.

De aquí que los grandes centros de consumo no se forman en

muchos casos sino en virtud de una oferta grande de los artículos que son objeto de ese consumo. Así se observa que las grandes poblaciones se han creado cerca de puertos, de caudalosos rios, donde antes de agruparse los hombres, existian abundantemente las aguas que constituyen una de las bases indispensables para la existencia humana y la de su industria.

Por otra parte, el hombre, por lo mismo que tiene la facultad de aumentar, perfeccionando los resultados de su trabajo, puede vivir en condiciones muy diferentes, rico ó pobre, con abundantes ó escasos medios de subsistencia, con muchas ó pocas comodidades: si no tiene para satisfacer todos sus deseos, limita sus necesidades, y aun estas las satisface por muy diversos medios, segun las circunstancias en que se encuentra. Esta facultad de ensanchar ó limitar sus goces, de satisfacer sus necesidades por distintos medios, influye y es influida por la relacion entre la oferta y la demanda de los productos.

A su vez la demanda influye en la oferta, estimulando una mayor ó menor produccion, y por esa misma elasticidad de las necesidades humanas, cuando la oferta de un producto escasea, la sustitucion de este producto por otro más abundante, suele destruir toda la demanda, así como esta aplicada al nuevo producto estimula su produccion y crea al poco tiempo la oferta.

Así se explica cómo una importacion abundante de los productos extranjeros que antes no se conocian ó se importaban poco, crea dentro del mismo pueblo importador la fabricacion de productos similares, á pesar de que en sus principios la fabricacion nacional no los pueda producir ni con tanta perfeccion, ni con tanta baratura, ni con tanta abundancia como la industria extranjera. Así se explica tambien cómo la desaparicion de la oferta extranjera de un producto, por medio de una prohibicion aduanera, suele producir un cambio en los consumos que suprime, con la demanda del artículo extranjero, la del artículo similar nacional.

Y hémos ya en el fondo de la cuestion; hémos ya por medio de la exposicion de las leyes del cambio, con otra demostracion teórica de que la proteccion ocasiona daños á las industrias que se propone proteger, porque destruyendo la oferta abundante de los productos protegidos, aniquila la demanda nacional de esos

productos y aniquilada la demanda, se aniquila la industria.

Esta teoría que los proteccionistas desconocen, la sanciona en todas partes la práctica.

Las ferias no son otra cosa que un llamamiento á los consumidores por medio de la aglomeracion en un punto y dia dados de una gran oferta.

Los comerciantes de unos mismos artículos que instintivamente se agrupan en las grandes poblaciones, tratando de poner sus tiendas en una misma calle y pegadas unas á otras, no hacen más que promover y crear la demanda en fuerza de aumentar la oferta. Por eso vemos en Madrid que en la calle de Postas y sus inmediaciones se ha apiñado el comercio de telas y tejidos de algodón; en la de Esparteros el de mercería y cintas; en la subida de Santa Cruz el de los artículos de hierro; en las calles Mayor y de Atocha, el de ropas hechas y cordoneros; en las de Carretas y Montera, el de bisutería, y en las de Espoz y Mina y del Cármen el de las sederías y encajes. Por eso vemos que además de este apiñamiento por clases de comercio, se observa otro apiñamiento del comercio en general, puesto que todas esas diversas ramas constituyen alrededor de la Puerta del Sol un centro general mercantil. Y si de este centro pasamos á otros más subalternos, encontraremos que tanto en la Plaza de Santo Domingo como en la de Anton Martin, el comercio se presenta siempre agrupado, siempre procurando atraer la demanda por medio de la reconcentraci6n, de la suma, del aumento de la oferta.

Y no obstante, si á un factor principiante y poco conocedor todavía de las leyes generales del comercio se le diera una tienda de la calle de Postas exigiéndole que escogiera entre quedarse dueño exclusivo del mercado, para lo cual se cerrarian todas las demás tiendas existentes en Madrid de los mismos géneros, ó bien por el contrario que se sometiera á la competencia con las existentes y algunas más que se abrieran, es probable que en su ignorancia eligiera el primer extremo, haciéndose cuenta de realizar enormes beneficios con el monopolio del mercado. Este factor es el tipo del proteccionista.

Pero si se hiciera la misma proposici6n á un dependiente y factor instruido, ó al dueño de una tienda, inmediatamente comprendería que la supresi6n de las demás tiendas, seria la supre-

sion del consumo, la supresion de los compradores; que la falta de abundante oferta desviaria á estos de aquel punto mercantil, llevándoles á otros donde con las lanas, el lino, ó la seda, cubrieran las necesidades que antes cubria el algodón y su respuesta seria pedir el ensanche y la libertad del mercado, comprendiendo que sus intereses eran armónicos con los del consumidor. Y este es el tipo del libre-cambista.

Puede suceder á veces que la proteccion cree en un pueblo el establecimiento artificial de industrias que no tengan condiciones de vida propia en aquella localidad. En este caso, la libertad de comercio las destruiria; pero aparte de que esto nunca seria más que un mal pasajero, la verdad es que esas industrias artificiales es muy difícil que se creen aun con el auxilio de las más eficaces restricciones.

El contrabando impide su creacion y desarrollo, y las que á pesar del contrabando se aclimatan, pueden estar seguras de que vivirán también y vivirán mejor con la libertad de los cambios, no sólo porque con el aumento de oferta se crearia una demanda que las alimentaria en su infancia y las permitiria vencer completamente á las industrias similares extranjeras en su virilidad, sino porque, además de asegurarles esa demanda, la libertad de comercio abarataria y facilitaria todos sus medios de produccion.

Hemos visto ya que una de las leyes principales del trabajo humano es que siempre tiene algo de colectivo: de esta ley resulta que no hay primera materia de una industria que no sea producto elaborado de otra ú otras; que existe una relacion y eslabonamiento tal entre todas, que los perfeccionamientos de cualquiera de ellas redundan necesariamente en un beneficio mayor ó menor para los demás. Estudiemos para hallar la demostracion de esta verdad cualquier industria, la que parezca más simple en sus procedimientos, la que parezca menos necesitada de los productos de las demás, y encontraremos que necesita capital, herramientas ó máquinas, ó medios de transporte, primeras materias y trabajadores que consumen un número grande de productos debidos á otras industrias.

Si la proteccion es parcial á una ó varias industrias de la nacion, la proteccion encarecerá los productos de las industrias

protegidas, y cualquiera que tomemos por tipo de nuestro estudio, la encontraremos sobrecargada en los gastos de su produccion, con la carestía, que en sus consumos, represente la carestía de las industrias protegidas. Si la proteccion es general, el recargo será tambien general en todos los artículos de consumo que la industria extranjera pudiera dar más baratos y abundantes. En cualquiera de los diferentes casos, la proteccion de unas industrias aumenta los gastos de produccion de todas las demás, y la proteccion general aumenta tambien esos gastos en general. De esta manera, encareciéndose todos los productos se encarece la vida, se disminuye la demanda, se imposibilita el aumento de la oferta, la proteccion viene á herir, á dañar enormemente á las mismas industrias protegidas.

En pocas palabras, el movimiento de la produccion está subordinado al del consumo, como este al de la produccion. En el órden físico el hombre no crea ni destruye la materia, no hace más que cambiar su forma. Así el consumo es siempre un acto de produccion, porque es un cambio de forma, y la forma nueva es el resultado del consumo que se hace para producirla. Por ésta razon no hay, como queda dicho, primeras materias que no sean á su vez producto elaborado de otras industrias, y no se puede encarecer un producto elaborado sin gravar el coste de produccion de aquellos en los cuales entra como primera materia.

En el órden moral, y esto conviene consignarlo porque comprueba la verdad de la teoría, sucede lo mismo; no hay leyes morales que sean de creacion humana. El hombre no hace más que aprender á descubrir esas leyes, sus enlaces y encadenamiento lógico, las compara, y deduce despues reglas de aplicacion que le sean útiles. En este concepto la intervencion del Estado en las regiones científicas, la proteccion á ciertas doctrinas filosóficas ó morales contra la competencia de otras, no hace más que embarazar el movimiento de produccion de ambas.

Conocido este movimiento rotatorio que consume produciendo y produce consumiendo, se descubre en seguida, que será tanto más útil cuanto sea más fácil, y que una de las principales condiciones para ser fácil es la regularidad producida por la compensacion entre la oferta y la demanda, entre esos elementos cor-

relativos de la industria humana. Esta regularidad, á su vez, requiere un mercado ámplio, á fin de que multiplicando ambos elementos, aleje las probabilidades de desequilibrio entre ellos, puesto que la amplitud del mercado atrae la concurrencia, y con ella una mayor facilidad en dividir el trabajo de los cambios creando las industrias de banqueros, consignatarios, expedidores, corredores, agentes, agiotistas y demás trabajadores, cuya mision principal, en el orden económico, es impedir las oscilaciones bruscas en el movimiento de todos los valores, por más que muchos de ellos ni aún sospechen este alto objeto de su trabajo, al cual se consagran por un móvil puramente utilitario. De esta mayor concurrencia y division de los trabajos enderezados á facilitar y regularizar los cambios, nace una mayor aplicacion de la ley de colectividad á que obedece el trabajo humano, sin que por eso se debilite la fuerza de la accion individual, á la que por el contrario añade nueva fuerza con la subdivision de ocupaciones. De esta mayor aplicacion de las leyes de colectividad y de division del trabajo nace á su vez, por una parte la abundancia y baratura de los servicios, y por otra la regularidad de los precios, en términos que su baja sea proporcional al aumento de medios de produccion, y su alza guarde tambien relacion con la disminucion de estos medios. En la sucesion de acciones y reacciones que sufre el movimiento productivo, como el movimiento vital del hombre y aún de todo el orden fisico y moral del universo, esta regularidad, evitando las oscilaciones fuertes, evita las acciones y reacciones violentas de los precios, ofrece seguridades al consumidor, y permite basar las operaciones industriales en cálculos de probabilidad bastante exactos. En consecuencia, la confianza alienta la produccion, esta atrae el consumo, el movimiento aumenta, el hombre mejora y la sociedad se perfecciona.

La proteccion desequilibra, rompe la grande armonía de este movimiento, produce oscilaciones fuertes, alzas y bajas bruscas en los precios, inseguridad, mayor coste en la produccion, alejamiento de los consumidores, daño inmenso para los productores.

De esta teoría resulta tambien demostrado que la proteccion daña á las mismas industrias protegidas.

1.º Porque produce oscilaciones fuertes en los precios de los artículos de consumo, y de los elaborados por las industrias protegidas.

2.º Porque aleja la demanda alejando la oferta.

3.º Porque no permite á las industrias protegidas que procedan desde un principio á trabajar con economía, único medio de producir barato y resistir la competencia.

4.º Porque impide la coexistencia de las industrias auxiliares.

5.º Porque encarece los consumos del obrero y produce la miseria de este, combinada á veces con una alza en ciertos jornales mayor que la que nace de un efecto natural en la perfeccion del trabajo.

6.º Porque impide la afluencia natural de obreros, creando en su lugar la concurrencia artificial de muchos, de donde suelen provenir grandes crisis industriales.

Y 7.º Porque el encarecimiento de los consumos y la consiguiente miseria de los obreros, reduciendo los salarios de estos á medida que disminuye las industrias, nivela la poblacion con los medios de subsistencia por la emigracion, la peste, la muerte por hambre ó enfermedades, y otras calamidades públicas.

Expuesta ya la cuestion en la esfera teórica y puramente científica, sólo me falta apoyarla con algunos ejemplos prácticos, tomados de las industrias que en España sostienen con más tenacidad el sistema proteccionista.

Empezaré por la industria minera ó extractiva, fijándome en el carbon mineral y en el hierro.

¿Quién de los que me escuchan ignorará que España posee riquísimas y abundantes minas de carbon y de hierro, y que estos dos minerales se encuentran casi reunidos en Espiel y Belmez, de la provincia de Córdoba, en San Juan de las Abadesas, de Cataluña, en Henarejos de la Sierra, de la de Cuenca, en Langreo, de la de Asturias, y en otros muchos puntos de Castilla, Teruel y otras provincias?

¿Por qué no se explotan todas esas minas? ¿Por qué no tenemos el carbon y el hierro tan baratos como en Inglaterra?

Porque faltan mercados consumidores y el auxilio de las industrias similares extranjeras, y prueba de que estas son las

principales causas está en que las minas que algo se explotan son precisamente aquellas que antes de explotarse tenían ya mercados próximos donde se había creado el consumo con carbones extranjeros y hierros extranjeros. En las de Asturias, que se hallan en ese caso, donde al lado de las minas de carbon existen fábricas de hierro fundido en altos hornos, la explotación de carbon y la del mismo hierro ha sido precedida de la importación de centenares de miles de toneladas de ambos artículos para el consumo de las antiguas fábricas de todas clases; para el de la marina de guerra y mercante en los puertos asturianos y de la vecina Galicia, para la construcción y explotación del ferrocarril de Langreo á Gijón, hecho con hierro extranjero para auxiliar la fabricación del hierro nacional; explotado en sus principios con hulla extranjera para auxiliar la extracción de la nacional.

En el mismo caso se hallan las minas de Castilla, y muy especialmente las situadas en la provincia de Santander. El consumo creado por el carbon inglés, el ferrocarril construido con hierro inglés, explotado con locomotoras inglesas y cuyos talleres están todos montados con maquinaria inglesa, son los que han dado valor á las minas, han estimulado la industria nacional, la han hecho practicable y fácil.

Si las de Espiel y Belmez principian á tener consumo, se deberá á la construcción del ferrocarril de Córdoba á Sevilla, al de Extremadura y al de la línea general de Madrid á Andalucía, construidos tambien con hierro inglés, explotados con carbon inglés y que unen las minas con mercados de consumo de ambos artículos, creados y alimentados por los que produce la industria extranjera. Si el proyecto de explotar las minas de San Juan de las Abadesas se realiza, será porque la creación con los carbones extranjeros del consumo catalán ofrece garantías de buen éxito á los especuladores que se arriesguen á invertir los enormes capitales que exige la construcción de un ferrocarril que enlace dichas minas con Barcelona. Aún así, para producir carbon y hierro en San Juan de las Abadesas, será preciso traer miles de toneladas de hierro y carbon extranjero.

Todo el mundo sabe que la producción del hierro y del carbon se ha multiplicado extraordinariamente desde hace seis ú

ocho años, y, sin embargo, y por bajo que hagamos el cálculo, pasará de mil millones de reales el valor del hierro extranjero que legal ó ilegalmente ha entrado sin pagar derechos para la construccion de ferro-carriles y por medio del contrabando. Cada quintal de hierro convertido en ferro-carril crea la demanda de gran número de artículos que consumen ó se fabrican con instrumentos de hierro ó que consumen carbon: en consecuencia sube la demanda de carbon y hierro en una proporcion mayor que la oferta, los precios se mantienen altos á la vez que la maquinaria, los ferro-carriles y el carbon extranjero disminuyen el coste de los productos en los mercados del consumo, y de este modo la industria nacional, que con la proteccion no podia encontrar precios altos por falta de consumo, sin proteccion encuentra esos precios, puede desarrollarse y ponerse en el caso de dominar completamente el mercado.

En la industria agrícola sucede lo mismo, aunque no de un modo tan perceptible al primer golpe de vista.

Las colonias agrícolas que voluntaria y espontáneamente se forman en la América del Norte para explotar terrenos vírgenes, cultivándolos con cereales, emprenden sus trabajos llevando las semillas necesarias para la siembra y su alimento de puntos donde se producen con abundancia y baratura. Desde su nacimiento la nueva industria vive y crece bajo la accion de la competencia de los cereales de los países vecinos, ya adelantados y viejos en el cultivo; pero esta competencia es precisamente la que permite la creacion de las nuevas poblaciones, asegurándolas alimentos á unos precios á que no podrian producirlos los nuevos colonos. En poco tiempo se crea así el mercado consumidor, y con él las industrias auxiliares de la agricultura: esta en consecuencia prospera, crece prodigiosamente, y poniéndose al nivel de la de otros Estados, pasa de importadora á exportadora.

De poco sirve que un pueblo produzca mucho trigo y barato si no tiene medios de extraccion, ni tampoco de importacion. En los años buenos se encuentra ahogado por la misma abundancia de las cosechas que no puede consumir ni exportar, y en los de malas cosechas tampoco puede importar los trigos extranjeros que servirian para aliviar su miseria. En este caso se encuentra

nuestra Extremadura. En los años buenos no sirve para socorrer con su abundancia á otros pueblos, ni estos tienen medios de favorecerla en los de sequedad y carestía.

Aunque no en tanto grado como Extremadura, todas nuestras provincias agricolas se hallan en el mismo caso. En los años abundantes, cuando los labradores españoles ganarian mucho vendiendo sus trigos á menos de 40 reales fanega, la proteccion no les sirve de nada, en razon de que por muy baratos que estén los trigos en el Báltico, en el Mar Negro ó en los Estados Unidos, y aunque pudieran venir libres de derechos, costarian puestos en España de 40 á 48 reales.

En los años de sequedad y carestía la proteccion les daña, obligándoles á comprar el trigo para sus siembras más caro, y disminuyendo la poblacion consumidora ya por medio de la emigracion, ya por el de la mortalidad, ya por la paralizacion del movimiento industrial manufacturero.

Falta la regularidad entre la oferta y la demanda que nace de un equilibrio hábilmente mantenido entre la produccion y el consumo: falta en consecuencia para el agricultor la seguridad de un consumo uniforme, y si es posible en progresivo aumento, que es la principal de las garantías que necesita todo industrial para aventurar sus capitales y trabajo en la produccion: falta para las demás industrias cuyos trabajadores deben constituir el mercado consumidor del trigo; falta, repito, la seguridad de que podrán obtener todos los años á precios normales y en la abundancia conveniente los alimentos de que depende su existencia. Así ningun industrial, sea agrícola ó sea manufacturero ó fabril, puede calcular con la aproximacion necesaria el coste medio, normal y ordinario, un año con otro de su produccion, ni tampoco la demanda y precios medios, normales y ordinarios que darán salida á sus productos. Desaparece la ecuacion entre la accion y la reaccion del movimiento industrial, es decir, entre la produccion y el consumo: se perturba ese movimiento rotatorio que constituye la vida fisica lo mismo que la moral del universo; es la perturbacion que en un enfermo de fiebre se manifiesta por la irregularidad de sus pulsaciones; es la perturbacion del movimiento oscilatorio de un péndulo cuando el reloj está desequilibrado, que le adelanta ó atrasa destru-

yendo su objeto útil, que es medir el tiempo con exactitud.

Por eso Extremadura y otras varias provincias de España, con un suelo feraz, presentan una densidad de poblacion muy inferior á la de otras menos favorecidas por la naturaleza. Y no hay que objetar que la miseria relativa del labrador extremeño procede de falta de vías de comunicacion, porque falta de vías de comunicacion es falta de medios de cambio, es *proteccion*, es tambien falta de concurrencia á sus mercados de los cereales de otras provincias.

Y hé aquí sencillamente explicado como un hecho natural y lógico el fenómeno que nos presenta Inglaterra desde la abolicion de las leyes que prohibian en sus mercados la concurrencia de cereales extranjeros. Los propietarios territoriales, los lores que creian de buena fe en su ruina inmediata, se han quedado sorprendidos cuando han visto que despues de la abolicion de aquellas leyes en 1846, el valor de las tierras ha subido, subiendo á la par el de las rentas. Y es que el movimiento oscilatorio de los precios del trigo se ha limitado regularizándose, y ni hay las enormes subidas ni las bajas repentinas de otras veces. En otras ocasiones he tenido el honor de citar los datos estadísticos que comprueban este hecho, demostrando con cifras tomadas de los precios corrientes oficiales, que desde principios de siglo en Inglaterra los trigos han oscilado entre los precios siguientes:

Años de 1800 á 1810, oscilaron desde 58 á 119 schelines el quarter inglés

De 1810 á 1820, desde 65 á 106

De 1820 á 1830, desde 44 á 68

De 1830 á 1840, desde 39 á 70

De 1840 á 1846, desde 50 á 64

De forma que á medida que la paz y varias reformas preparatorias de la abolicion definitiva en 1846 de las leyes de cereales, fuéron modificando dichas leyes, las oscilaciones disminuyeron, perdiendo en intensidad; los trigos además bajaban gradualmente sin que por esto se lastimaran los intereses de la agricultura que encontraban en la normalidad del precio medio, una compensacion de la baja. Despues desde la reforma de 1846 hasta 1854, á pesar de la carestía que en todo el mundo produjo la guerra contra

Rusia, los precios no han oscilado más que entre 38 y 72 schelines.

A estos datos hay que agregar que en el quinquenio de 1849 á 1854, Inglaterra y el país de Gales, aumentaron su población desde 17 á 18 millones de habitantes, y que no obstante los pobres de todas clases socorridos oficialmente por las parroquias, disminuyeron en veinte y seis décimos por ciento, y los pobres hábiles para el trabajo en cuarenta y cuatro y nueve décimos por ciento. En el mismo período la propiedad territorial aumentó de valor, confirmandose así en el terreno práctico de los hechos, todas las teorías que acabo de exponer (1).

Si de la industria agrícola pasamos á la manufacturera ó fabril, encontraremos siempre reproducidas las mismas leyes económicas.

Nuestra industria algodonera ha tenido sus mayores progresos precisamente desde la reforma de los aranceles en 1849, que permitió la introduccion de algunos artículos manufacturados extranjeros. No cansaré á la reunion repitiendo con aplicacion á esta industria los mismos argumentos hechos con aplicacion á las extractiva y agrícola; pero sí me permitiré reproducir algunos datos expuestos por nuestro digno presidente el excelentísimo señor don Luis Maria Pastor, en la sesion pública de nuestra Asociacion, de 9 de Junio de 1864.

(1) Hé aqui el estado oficial de donde tomé los datos relativos á la pobreza, que unido á otros muchos documentos oficiales, recibí en 1855 de la misma direccion de los pobres en Inglaterra. (*The Poor law Board.*)

CUADRO del número de pobres hábiles é inhábiles para el trabajo, socorridos á un tiempo, durante todo el año, dentro y fuera de las parroquias ó casas de asilo de Inglaterra y del principado de Gales, en el sesenio de 1849 á 1854, comparando este número con la población total de los mismos países y con el precio medio del trigo. El término medio de pobres se ha sacado de los existentes en 1.º de Enero y 1.º de Julio de cada año.

Años concluidos el día de nuestra señora.	Poblacion de Inglaterra y Gales.	Término medio de pobres de todas clases incluyendo los niños.	Tanto por 100 respecto á la población.	Término medio de pobres adultos hábiles para trabajar con exclusion de vagos.	Tanto por 100 respecto á la población.	Precio medio del quarter de trigo, sh. d.
1849	17.354.000	1.088.639	6,2	228.825	21,0	49 1
1850	17.765.000	1.008.700	5,7	191.910	19,0	42 7
1851	17.927.609	941.515	5,3	165.124	17,5	39 11
1852	18.205.090	915.675	5,0	149.160	16,5	39 4
1853	18.402.000	886.562	4,8	159.575	15,7	42 0
1854	18.617.000	864.617	4,6	155.191	15,6	61 7

Segun un estado formado con los datos oficiales de las balanzas ó estadísticas anuales de nuestras aduanas, antes de la reforma relativamente liberal de 1849, la industria algodonera en España consumió el algodón en rama en las siguientes proporciones.

	Libras de algodón en rama.
Término medio anual de la importacion, desde 1834 á 1838, época de guerra civil.	8.490.000
Término medio en los dos primeros años de paz, 1839 y 40.	13.368.000
Término medio en los nueve años de paz y protec- cion absoluta de 1841 á 1849.	18.659.000
Termino medio en el decenio siguiente inmediato á la reforma ó sea de 1850 á 1859.	40.924.000
Estas cifras no exigen comentarios.	

La reforma liberal de 1850 en Rusia, léjos de arruinar la industria algodonera de aquella nacion, produjo un extraordinario aumento en el consumo de la primera materia. Antes de 1853, sumada la importacion por todas las aduanas, no ascendia más que á 75 millones de libras y en 1857, sólo por la de San Petersburgo, se introdujeron 155 millones.

Lo mismo ha sucedido en todas partes. En Suiza, sin proteccion, sin puerto en ningun mar, teniendo que atravesar toda la Francia para importar el algodón en rama por el del Havre, y exportar por el mismo los tejidos; Suiza con tamañas dificultades, tiene una industria algodonera floreciente, que compite con la inglesa en Oriente y Occidente, y hasta en el mismo Gibraltar.

Los fabricantes españoles se dejan, como los de todas partes, dominar fácilmente del pánico que les inspira la perspectiva de una competencia. En la informacion parlamentaria de las Córtes españolas de 1856, calculaban que el coste, término medio, del algodón en rama en Inglaterra era de 21 rs. 78 cénts. las 40 libras, mientras que á ellos les costaba 28. Segun precios corrientes oficiales de Manchester, que tengo á la vista, en estos datos habia un error. El algodón en rama más barato, que es naturalmente el más inferior, el denominado en inglés *upland fair*, tomados los precios medios del quinquenio de 1854 á 1858, resulta

á 6 dineros 42 céntimos libra, que sale á unos 25 rs. 41 cénts. las 40 libras. En Inglaterra, segun la misma cuenta de los fabricantes catalanes, la primera materia representa 65 por 100 del coste de produccion y la fabricacion sólo 35, y en España 46 la primera y 54 la segunda. Me seria fácil demostrar que en este cálculo influyen las exageraciones del miedo; pero aun cuando el dato fuera exacto, seria imposible resistir la competencia hecha por el contrabando, si la misma abundancia de la oferta no mantuviera en mayores proporciones la demanda.

Tambien podria demostrar que á pesar del gran desarrollo que ha tomado la industria algodonera en Cataluña, en Guipúzcoa y en otras provincias de España, el contrabando introduce, procedentes de Inglaterra, de Francia directamente y por conducto de la Argelia, grandes cantidades de artículos de algodón similares á los que producen las referidas fábricas españolas. Este contrabando es precisamente el que sostiene el mercado del consumo, donde á la par que los artículos extranjeros, se venden los nacionales. Excusado es añadir que el seguro del contrabando en muchas ocasiones no llega á un 20 por 100, y que si se consiguiera extinguir, faltando suficiente surtido, encareceria excesivamente los géneros y desviaria á los consumidores obligándoles á sustituir el algodón con el hilo, la lana y las sedas, matando así y á la vez al comerciante fraudulento y al fabricante nacional.

Lo mismo que del algodón, puede decirse de las sederías, de los paños y tegidos de lana y de todas las demás fabricaciones protegidas.

España era una de las naciones de Europa, que no hace aún trescientos años producía más seda en rama. Entre Sevilla, Málaga y Granada se contaban cerca de cien mil telares para tejersela; pero el sistema proteccionista combinado con un sistema de impuestos ruinoso, acabó en menos de cien años con aquella industria floreciente. El conde de Campomanes, calculaba que cuando una vara de terciopelo valia en la Peninsula sólo 46 rs., la seda en rama pagaba unas contribuciones tan enormes, que venian á resultar por término medio en otros 46 rs. por cada morena (1). Agréguese á esto que entonces habia un arancel para cada

(1) Existe una ley recopilada, que creo es de Felipe IV, en que se fija el derecho de alcabala sobre cada libra de seda en rama en 16 rs.

provincia, y el sistema restrictivo no dejaba dar un paso libremente á ningun artículo, fuera ó no manufacturado, y nos explicaremos cómo la proteccion y el fisco se combinaron para arruinar tan floreciente industria.

Las sederías son uno de los pocos artículos que en Francia no han disfrutado proteccion. Por el contrario, la revocacion del edicto de Nantes, las leyes suntuarias de la convencion y los períodos de restricciones mercantiles, marcan igualmente las épocas en que la industria sedera se ha presentado en notable decadencia y aun algunas veces casi á punto de arruinarse. Pero despues de la paz de 1815, sin verdadera proteccion, puesto que la sedería extranjera entraba pagando derechos relativamente bajos, tomó vuelos hasta el punto de que hace ya más de veinticuatro años que exportaba los cuatro quintos de lo que producía. Y sin embargo, importaba al mismo tiempo y continúa importando, sederías inglesas, suizas y alemanas de diversas clases.

Inglaterra debió la creacion de su gran industria sedera á la revocacion del citado edicto de Nantes, que atrajo á sus playas á los más hábiles obreros de la Francia, todos protestantes. Los fabricantes aspiraron, como en todas partes, al monopolio, y consiguieron por fin que el Parlamento les hiciera la primera concesion proteccionista en 1695. Desde entonces no cesaron sus lamentos pidiendo cada vez más proteccion hasta que por fin el célebre ministro inglés M. Huskisson abolió en 1824 y 26 todas las prohibiciones, y estableció derechos de importacion moderados sobre las sederías extranjeras, que desde 25 por 100 descendieron sucesivamente á 20, á 15 y á 10 por 100 del valor, y ahora son ya libres para las de Francia. Segun declaraciones de fabricantes muy acreditados, en la informacion parlamentaria de la comision nombrada por la Cámara de los Comunes de Inglaterra en 5 de Mayo de 1841, estas reformas dieron por resultado inmediato un gran aumento en aquella industria. Así lo afirmó M. Gibson, fabricante de Spitafields, añadiendo que los terciopelos que conservaban una proteccion de 35 y 45 por 100, eran el único ramo de la sedería inglesa que no habia adelantado.

En el mismo sentido se expresó Mr. Enrique Hilton, fabricante de Manchester, con 1.100 tejedores, asegurando al mismo tiempo que los tejidos ingleses lisos podian ya competir con to-

dos los del resto del mundo, que el coste de la fabricacion habia disminuido á pesar de haber aumentado los salarios, los cuales, si bien en un principio sufrieron bajas, despues volvieron á subir por el desarrollo del consumo.

Las estadísticas oficiales confirman estas opiniones.

En 1824, cuando M. Huskisson presentó el proyecto de ley, la industria sedera del reino Unido contaba 24.000 talleres. Cinco años despues en 1829, ya ascendian á 50.000. El consumo de seda en rama que antes de la reforma era de tres millones de libras, en el quinquenio siguiente subió á cuatro, en el segundo á cinco y hoy pasa de doce y medio millones.

Además, debe tenerse muy en cuenta que á pesar de los derechos relativamente bajos, más de la mitad de las sederías francesas exportadas para Inglaterra entraban en esta de contrabando, segun en la citada informacion demostró M. Jorge Richardson Porter, director de la seccion de Estadística de la Junta de comercio, presentando un estado que comprende el decenio de 1827 á 1837. En este cuadro aparece que la total cantidad de libras de artefactos de seda exportadas en Francia para Inglaterra durante el decenio, fuéron 3.589.594, y la total cantidad registrada en las aduanas inglesas, ascendió sólo á 1.875.708, lo que da una importacion legal de 48 por 100 por una ilegal de 52. Siempre resulta que los progresos de la industria indígena coinciden con la competencia en grande escala de la similar extranjera.

Interminable haria este discurso si fuera presentando los datos que prueban resultados semejantes en todas las demás industrias de alguna importancia, así en España como en las demás naciones de Europa. Bien examinados los hechos, siempre encontraremos que allí donde una industria ha progresado, ha coincidido con sus progresos la concurrencia y competencia de los productos de una industria similar extranjera.

Por el contrario, donde la proteccion ha podido hacerse efectiva, donde los productos extranjeros no han ayudado á crear el mercado del consumo estimulando á la vez á los productores indígenas, la industria de estos últimos ha permanecido estacionaria.

Me limitaré, para terminar, á exponer la cuestion bajo el

punto de vista de la marina mercante, principal vehículo del comercio internacional, y en este concepto una de las que más daños ocasionan á la riqueza pública cuando están protegidas. Y aunque sobre este punto ha versado una buena parte del discurso de mi amigo el Sr. Sanromá, en el cual ha expuesto datos y hechos muy interesantes, creo que no estará de más citar otros que en union de aquellos, comprueban de un modo casi concluyente mi opinion.

Durante muchos años, se ha atribuido la gran preponderancia y desarrollo de la marina inglesa á la famosa acta de navegacion promulgada en 9 de Octubre de 1651.

Aquella acta traia su origen de otras anteriores, y tuvo por principal objeto proteger la marina inglesa y destruir la holandesa.

Al efecto, prohibia la importacion en Inglaterra de productos ó mercaderias de Asia, Africa ó América que vinieran en buques extranjeros. Sólo se permitia dicha importacion en buques ingleses, mandados por ingleses y tripulados por marineros que en su mayor parte fueran ingleses. Los productos provenientes de Europa, sólo se admitian en buques ingleses y en los que fueran del país donde se hiciera la exportacion; y como ya desde el tiempo de la Reina Isabel se habia prohibido tambien á los buques extranjeros la pesca y el comercio de cabotaje y despues se completaron estas restricciones con otra acta de Carlos II, promulgada en 1660, resulta que el sistema protector de Inglaterra á su marina comprendia todas las prohibiciones, todas las restricciones que el más caviloso de los proteccionistas pudiera imaginar para favorecer la navegacion nacional.

Los resultados, sin embargo, fuéron muy diversos de los que se proponian los legisladores ingleses, puesto que la prosperidad de la marina inglesa se verificó á pesar de esas protecciones cuyo efecto verdadero fué realmente dañoso á sus progresos, segun han probado escritores ingleses de reconocida autoridad.

A este propósito juzgo oportuno citar aquí las opiniones de algunos de ellos, recopiladas por el distinguido economista inglés Mac-Culloch en su bien conocido *Diccionario de comercio y navegacion*.

«Está tan lejos de ser cierto, dice Mac-Culloch, que el acta de

»navegacion tenga el efecto que se le atribuye de fomentar la
»marina inglesa, que por el contrario, todo demuestra que ha
»influido más bien *para disminuir* que para aumentar nuestra
»marina mercante.»

Roger Coke publicó en 1671 un libro titulado *Treatise on trade*, tratado sobre comercio, en cuya página 36 afirma que el acta, *aminorando* el concurso de extranjeros á los puertos ingleses, producía el más pernicioso efecto sobre el comercio de la Gran Bretaña. (*Ad a most injurious effect on our commerce.*) Y en la página 48 demuestra que á los dos años de promulgada el acta de 1650, Inglaterra habia perdido la mayor parte del comercio del Báltico y de la Groenlandia. (*The greater part of the baltic and Greenland trades.*)

Pocos años despues, en 1691, sir Josiah Child publicó otro tratado con el mismo título en la ciudad de Glasgow, en el que, á pesar de emitir opiniones proteccionistas, confesaba que la marina mercante inglesa empleada en el comercio del Báltico y de las tierras orientales (*Eastland*), habia disminuido á lo menos dos tercios, al paso que la extranjera habia aumentado proporcionalmente.

Lo mismo afirmó el escritor y comerciante Richardson en su *Ensayo sobre las causas de la decadencia del comercio extranjero* (*Essay on the causes of the decline of foreing trade*), publicado en 1736, y en el cual despues de impugnar en su totalidad la doctrina y principio fundamental del Acta de navegacion, dice que en vez de aumentar los buques y marineros mercantes de Inglaterra, disminuyó unos y otros; y que por haber enca-recido los fletes, vinculó una carga pesada sobre el público y fué una de las principales causas que impidieron que el porte de la pesca tuviera un éxito tan próspero como el de Holanda.

Por no extenderme demasiado omitiré otras opiniones y argumentos enderezados asimismo á demostrar los malos resultados de la proteccion aplicada á la marina, y cuyos datos publiqué en el periódico *La América*, números 23 y 24 del año 1839. Citaré sin embargo como noticia de mucha fuerza en favor de las ventajas de la libertad de comercio, los extraordinarios progresos de la marina mercante inglesa desde que el Acta de navegacion fué abolida en 1849, comparándolos con los que aquella marina ob-

tuvo en los veinticuatro años anteriores, es decir, desde el año 1825. En este año el número total de buques pertenecientes al imperio Británico media 2.553.682 toneladas, y en 1848 ascendía á 4.052,160 toneladas. El aumento durante veinticuatro años en que el sistema protector habia sufrido ya muchas modificaciones y grandes reformas en sentido liberal; en que los caminos de hierro, facilitando las comunicaciones interiores, daban mayor alimento al comercio marítimo; en que la navegacion de vapor tuvo sus principales progresos, el aumento fué de 1.498,478 toneladas; pero se decreta en 1846 la libertad de comercio de cereales, se realiza la reforma completa de los aranceles ingleses, y por último en 1849 se derogan todos los monopolios de la marina inglesa, y en 1857 las toneladas de dicha marina ascendian á 5.531,887; en sólo nueve años un aumento casi igual al que tuvo antes en veinticuatro, un aumento de 1.479,727 toneladas.

Los fenómenos económicos son complejos, proceden de muy diferentes causas á la vez, y no es fácil al economista apreciarlas todas; pero de cualquier modo que sea y hasta donde los datos estadísticos sirven de comprobante al raciocinio, es innegable que resulta completamente demostrado que la proteccion hizo daño á la marina inglesa, y que sin ella los progresos de la navegacion son extraordinarios, rayan en lo fabuloso (1).

Respecto á los efectos de la proteccion concedida en España á la marina mercante, en la sesion pública de nuestra *Asociacion para la reforma de los Aranceles de Aduanas*, mi amigo y compañero el ilustrado escritor D. Antonio María Segovia demostró hasta la evidencia que los derechos diferenciales de bandera entorpecian el progreso de nuestra marina. Segun los datos oficiales que en su discurso expuso, las toneladas de arqueo de los buques empleados en el comercio exterior de España, han aumentado desde el año 1849 al de 1859 en la forma siguiente:

(1) Los datos recibidos de Inglaterra despues de pronunciado este discurso, demuestran que la marina inglesa registrada no presenta aumento. En fin de 1860, el número total de toneladas era 5.494.825. Aparte de que esta cifra es enorme comparada con la poblacion del imperio británico, hay que atender á que la insurreccion de la India debió contener mucho los progresos é impulso dado á las construcciones.

	Años.	Toneladas de arqueo.
En bandera nacional. . . }	Año.. . . 1849	589.834
	— . . . 1859	888.586
Aumento.		298.752
En bandera extranjera. }	Año.. . . 1849	811.414
	— . . . 1859	1.677.495
Aumento.		865.781

Es decir que, á pesar del aumento del comercio general de España por efecto de la reforma de Aranceles de 1849, de la construccion de ferro-carriles, carreteras y otras vías de comunicacion, y tambien de las franquicias y reformas realizadas en Inglaterra, las toneladas de la marina nacional empleadas en nuestro comercio no han aumentado en diez años más que un cincuenta y pico por ciento, mientras las de la marina extranjera dedicadas al mismo comercio han crecido en razon de ciento y pico por ciento.

Pero como toneladas de arqueo no supone toneladas de carga, las que de esta última clase midió en 1849 nuestra marina fueron 534.982, y en 1859 sólo 417.494: disminuyeron en lugar de aumentar, á la par que las de los buques extranjeros que en 1849 fueron 571.352, en 1859 habian alcanzado la cifra de 1.417.095. Casi un duplo.

Aparte de la demostracion directa que estos datos presentan contra la proteccion á la marina nacional, prueban indirectamente que una buena parte de nuestra marina ha debido alimentarse haciendo en otras naciones el comercio de terceros, aprovechándose de las franquicias que aquellas han otorgado á la navegacion de todo el mundo.

Y aquí llego al fin de la tarea que me habia propuesto; pero antes de levantarme, permitaseme que á fuer de catalan y atendiendo á que se considera á Cataluña como el baluarte más poderoso de la proteccion, defienda á mi pais y ante mis mismos amigos y correligionarios de las inculpaciones que algunos le hacen con este motivo.

En Cataluña lo mismo que en todo pueblo activo y trabajador

donde predomina la industria manufacturera, abundan más los hombres especiales que conocen los ramos de produccion en concreto, que los economistas que se ocupan de la misma produccion en conjunto, elevándose á investigar sus leyes generales. Pero Cataluña, por lo mismo que ve en la libertad de comercio una cuestion de vida ó muerte, se fija en ella, y creo firmemente que cuando empiece á comprenderla en toda su generalidad, producirá un partido libre-cambista más sólido que el de cualquier otra provincia menos industriosa, donde así como fácilmente se acoge y admite sin controversia la idea de libertad de comercio á su simple enunciacion, así tambien se abandona á la menor oposicion.

A la vez debo tambien dirigirme á aquellos de mis paisanos que á todo catalan libre-cambista le acusan de poco amante de su patria.

La doctrina fraternal cosmopolita que nos hace considerar iguales á todos los hombres y á todos los pueblos dentro de la amplia esfera del derecho, no se opone á que tengamos amor á nuestra patria, y muy en particular á la provincia, y más que á la provincia al pueblo en que vimos por primera vez la luz del sol. En este concepto, se engañan completamente los que deducen de nuestro cosmopolitismo que somos enemigos de la industria de Cataluña. Ningun partidario de la libertad de comercio, absolutamente ninguno, desea otra cosa que prosperidades á la industria nacional, y por lo que á mí toca, he dicho á mis compañeros que queria explicar los daños que la proteccion ocasiona á las mismas industrias protegidas, precisamente porque soy catalan, porque amo á mi país, y porque tengo entera, completa fe, en la vitalidad de la industria manufacturera del antiguo Principado.

Bien sabia que el tema es difícil, porque abarca un punto de vista enteramente nuevo de la cuestion del libre-cambio, ó que por lo menos yo no he visto tratado en ninguno de los libros de Economía politica que conozco; pero hace ya más de diez y ocho años que no pudiendo conformarme con el antagonismo en que se presentaban mis opiniones económicas y mi amor, no sólo á Cataluña, sino tambien á su industria y á sus laboriosos fabricantes, principié á meditar sobre el asunto, y encontré la série

de leyes armónicas que demuestran la falsedad de ese pretendido antagonismo que os acabo de exponer.

Después, á fines de 1853, fui á Barcelona por primera vez desde que salí niño de su cariñoso recinto. Llegué por la noche, pero antes de llegar, desde las ventanas de la diligencia, paseaba mi mirada con avidez buscando recuerdos de la infancia, y queriendo contar las altas chimeneas de sus numerosas y espléndidas fábricas. Mi corazón latía con fuerza al distinguir desde lejos las numerosas luces de sus inmensos talleres, y sin poderlo remediar sentía cierta vanidad provincial; me halagaba la idea de ser catalán, de pertenecer por mi nacimiento á aquella raza tan laboriosa, tan activa, tan enérgica y tan honrada.

«No, me decía á mí mismo, esa aglomeración sorprendente de máquinas y trabajadores, esa vida, ese movimiento fabril son demasiado grandes para que puedan ser el vil engendro de una idea ínfima y egoísta. No, el proteccionismo nunca será capaz de producir tales maravillas: el proteccionismo agosta y mata, y aquí hay lozanía, juventud, vida. Aquí hay una industria que se considera hija de tan bastardo principio, cuando la verdad es que ha nacido y se ha desarrollado á despecho de él. La industria catalana algodonera pudo quizás ser, como referían á mis padres, pantalla en un principio del contrabando; pero hoy sería estúpida semejante suposición. Aquel contrabando, que indudablemente existió, fuera ó no favorecido por ciertas fábricas fronterizas, ha contribuido forzosamente á darle vida: las trabas de que se ha libertado el comercio interior de la Península, abriéndola mercados, ha permitido su aumento: cada nueva carretera, cada nueva facilidad para el transporte y para los cambios la ha proporcionado nuevos elementos de producción aumentando la demanda. Es decir, que esa magnífica industria debe su existencia y sus progresos á los que relativamente ha hecho la libertad del comercio en el interior y aún en el exterior; es decir, que en lugar de hija bastarda del proteccionismo es hija legítima del libre-cambio.»

Y pocos días después, de pie y al lado del maquinista, sobre la plataforma de la primera locomotora construida en España, locomotora salida de los talleres del ferro-carril, también primero entre nosotros; del ferro-carril de Barcelona á Mataró,

recorria rápidamente aquella hermosísima costa. A mi derecha veía el mar cubierto de buques mercantes, que revelaban el inmenso movimiento mercantil de la gran capital de Cataluña: á mi izquierda se descubrían las alturas de una pintoresca cadena de montañas, interrumpida por deliciosos valles, laboriosamente cultivados y cubiertos algunos, como el de Alella, de miles de naranjos y limoneros. Bajo mis piés desaparecían rápidamente los rails, y las poblaciones se sucedían unas á otras, y sus casas casi se tocaban, y en algunas, como en el Masnou, tuvimos que hacer dos paradas, porque su extension es tal, que ha sido forzoso poner en ella dos estaciones.

El espectáculo no podia ser más magnífico. Una agricultura más adelantada que la del resto de España; una industria manufacturera poderosa, pero tambien un movimiento mercantil inmenso; porque sin la multiplicacion de los cambios, ni aquella agricultura, ni aquellas fábricas hubieran podido existir.

Al dia siguiente recorria á pié las obras del ferro-carril de Sabadell y Tarrasa, donde radican las grandes fábricas de paños, la industria lanera, que ha transformado aquellos pueblos. El obrero catalan aparecía en todas partes bien vestido, hasta elegante, con el despejo y la inteligencia marcados en su fisonomía: aquel obrero desconoce la embriaguez; en vez de la taberna frecuenta los teatros y los cafés, tiene su oído acostumbrado á las melodías de Rossini y Bellini, y su trato es tan afable y hospitalario como cortés.

Y sin embargo, en Castilla, ¡cuántas preocupaciones existían entonces acerca del obrero catalan; cuán poco se le conocía! Por el lado opuesto Barcelona toca con Sanz, con la Bordeta, con Sarriá y con Gracia, pueblos que á su vez se enlazan entre sí y se prolongan, y ya casi se unen á otros más lejanos. Por todas partes el caserío revela el bienestar, y en el aspecto de los habitantes se descubre una ilustracion sorprendente. Por todas partes el alumbrado es de gas, hasta los más pequeños pueblos presentan el aspecto de cultura y comodidad de las grandes capitales.

Y al ver tales progresos, tan adelantada civilizacion, no podia menos de repetir: «Esto no es, ni puede ser, la obra del proyeccionismo; es, por el contrario, la obra de una libertad mer-

cantil relativa. Establezcase la libertad de comercio, y bien pronto se acabarán de unir Barcelona á Badalona y Badalona á Mongat, y así de pueblo en pueblo se extenderá la capital de Cataluña por un lado hasta Mataró, por otro hasta más allá de Gracia, y por otro hasta Martorell. Diez años sólo de libertad completa de comercio, y la industria fabril, agrícola y mercantil de Cataluña será una de las primeras de Europa, y su hermosa capital, Barcelona, será una de las más grandes ciudades del continente; rivalizará en grandeza y poderío con el mismo Londres.»—He dicho.

PERJUICIOS QUE CAUSA EL PROTECCIONISMO

Á LAS CLASES OBRERAS,

POR

D. Segismundo Moret y Prendergast.

Señores :

Al ocupar hoy por vez primera este sitio, verdadera cátedra de la ciencia, embargaría mi voz el temor y el respeto, si no me diese confianza y fuerza el deseo de defender la causa que sostengo. Y á la verdad que bajo ningun aspecto pudiéramos estudiar con mayor interés la libertad de comercio, que bajo el de sus relaciones con las clases obreras. Estas clases á quienes se suele llamar desheredadas de las ventajas de la civilizacion, son la constante preocupacion de cuantos consagran su atencion al estudio de los problemas sociales : en ellas piensa el político cuando prepara los actos de gobierno, que han de acreditar el nombre de los partidos y la gloria de las instituciones : ellas figuran siempre que se trata de las reformas sociales ; en sus miserias y desgracias piensa la caridad, que busca con incesante afan su alivio y su consuelo ; su recuerdo cruza como constante remordimiento por la mente del historiador, y en fin, en política, en Economía, en todo estudio, las clases obreras son constantemente motivo de preocupacion, y como la piedra de toque don-

de se ensayan todas las soluciones y se contrastan todas las teorías. Justo es, pues, que nosotros, los defensores de un sistema que parece nuevo á los que no ven más que la superficie de las cosas, pero que es tan antiguo como la verdad, acudamos á ese terreno, y retando á él á los proteccionistas, veamos si han cumplido alguna de sus promesas y examinemos las esperanzas que á esas clases ofrecen: ideas ambas que se reunen en el tema de esta conferencia, ó sea en los perjuicios que produce á la clase obrera el sistema llamado protector.

Y no os extrañe, señores, el que tan delicada cuestion haya sido fiada á quien tan débiles fuerzas cuenta, porque si sus palabras carecen de autoridad, en cambio será más espontánea y sincera la conviccion que logre llevar á vuestro ánimo.

Entrando ya en el terreno de la cuestion, empezaré por disipar una preocupacion que reina en esta materia y que embarazaria la marcha de nuestro raciocinio, preocupacion cuyo influjo todos hemos sentido alguna vez. Me refiero á la manera de considerar las clases obreras, que han generalizado las escuelas socialistas, pues deseando sin duda atraer la atencion pública hácia sus doctrinas, han mostrado sin igual empeño en ennegrecer el cuadro que de la sociedad trazaban, y en presentar á las clases inferiores como víctimas de supuestos monopolios, como parias en medio de nuestra brillante sociedad, cual si la civilizacion, á manera de las bárbaras deidades de la India, se dirigiera hácia su templo por encima de víctimas humanas. Semejante modo de discurrir, á más de su inexactitud, es profundamente injusto para con los adelantos de la época, y envuelve como una duda y desconfianza de la gran ley del progreso. Debemos pues destruirlo, arrancar ese gérmen de escepticismo que embarazaria nuestro camino; y á la verdad que para hacerlo basta dirigir la mirada hácia pasados siglos y comparar el estado que entonces alcanzaban las clases obreras con el que hoy tienen.

Antes su casa era una pobre mezquina vivienda, falta de luz y de aire, donde sus individuos, hacinados, pasaban sus tristes días, peor que el animal en el establo; su inteligencia, falta de instruccion, no podia abrirse nunca al sol de la ciencia, y su corazon no podia exhalar una queja, porque no habia quien le escuchara ni le oyese; apenas disponia de unos cuantos harapos

para cubrir su desnudez, de un poco de negro pan de maíz para acallar su hambre; á cada instante alzábase ante su vista el castillo del opulento señor, ó la lujosa comitiva que, cubierta de recamadas telas ó brillantes armas, desfilaba delante de su morada, cubriendo de polvo su cuerpo y de desprecio su alma; apegado en su aldea, apenas sabia lo que era de sus hijos que partieran para la guerra, ó vivían en el país vecino, y todavía por si le fuese agradable aquella vida de disgustos y de miseria, se veía á cada momento amenazado por la epidemia, ó por la guerra, sin que encontrase ni un auxilio contra la muerte, ni un amparo contra la tiranía.

Hoy la casa del obrero es semejante á la del rico; el papel adorna sus paredes y la luz penetra á través de transparente cristal, que sorprendería á un príncipe de otras épocas; la industria ha puesto á su disposición multitud de productos de todo género, y con ellos viste su cuerpo de un traje que en el exterior en nada se diferencia del que poseen las otras clases, y en el interior le ofrece garantía contra la enfermedad y facilidad de aseo; su pobre mezquina aldea se ha convertido en magnífica ciudad, donde el gas reemplaza á la luz del sol, donde hay siempre quien cuide de que la planta de su pié no se lastime; si quiere trasladarse de un punto á otro, la locomotora le espera para realizar su deseo con pasmosa prontitud; si sus hijos marchan de su lado, un mensajero misterioso le traerá todos los días su recuerdo y su cariño encerrado en un pequeño pedazo de papel; la civilización le ofrece escuelas donde aprender, libros baratos que leer, y hace brillar ante sus ojos la luz de la ciencia que ilumina su razón; si sufre, mil pensadores se ocupan de remediar sus males; si se olvidan sus derechos, hay quien combate por ellos, y hasta si una queja se exhala de su alma, la humanidad se encuentra dispuesta á escucharla y á compartir con él su pena; que hoy nadie es extraño ya al dolor de sus hermanos, ni hay un solo hombre que no esté enlazado con toda la humanidad. (*Estrepitosos aplausos.*)

Ved pues, con cuánta justicia rechazaba á nombre de nuestra época tan supuesta acusación, y con cuánto derecho os decía que la ley del progreso, como el manto de los cielos, protege á todos los hombres y no olvida á ninguna clase.

Rectificado, pues, aquel equivocado concepto, nos encontramos ya frente á frente del problema planteado, y viendo el estado de las clases obreras, examinando su marcha y desarrollo progresivo que las lleva á participar del bienestar que cada día se aumenta en la sociedad, podemos preguntarnos qué obstáculos se oponen todavía á esta marcha y estudiar si la protección debe figurar entre ellos. Que para proceder con acuerdo, olvidemos por un momento que hablamos del proteccionismo y libertad, y estudiando en sí mismo el problema que el tema encierra, podremos preguntarnos después de qué manera lo resuelven los dos sistemas que aquí luchan.

Si dirigimos una mirada á todos aquellos que viven con el sudor de su frente y el esfuerzo de sus facultades, pronto nos convenceremos de que el único elemento de que disponen, el que á un tiempo constituye su presente y su porvenir, es el trabajo; ellos no manejan otras armas que las del trabajo, y en lucha siempre con la inerte materia, ostentan con orgullo las señales de su incesante esfuerzo, como el guerrero las nobles huellas que trazó en su cuerpo el paso de la guerra. (*Aplausos.*) Sólo, pues, de su trabajo viven, y en este estado, sus aspiraciones se dirigen hácia consolidarlo y garantizarlo. Trabajo constante, seguridad en el empleo de sus esfuerzos y aumento de la retribución que por ellos perciben, hé aquí el cuadro de las aspiraciones de las clases obreras que en su modesta esfera realizan sin embargo las grandes maravillas de la industria moderna.

Ahora bien, ¿qué ley dirige estos pormenores? Paremos la atención un momento en cada uno de ellos.—El trabajo, redención del hombre, esfuerzo con el cual vive y domina á la ingrata materia, transformando la árida vertiente en ameno vergel, el caudaloso y turbulento río en tranquilo canal, el desierto en populosa ciudad, el mal en bien, ese coloso dado por Dios á la humanidad como medio de verdadero rescate y de futuro engrandecimiento, no puede sin embargo vivir solo; su enérgico poder, si fuese aislado, quedaría reducido á la impotencia. El trabajo necesita del capital; sin ese auxilio nada puede: sin máquinas para aumentar su esfuerzo, sin provisiones para resistir la adversidad, sin primeras materias que se presenten á su actividad como constante ocasión de nuevos esfuerzos, sin inte-

ligencia, en fin, para llevar la mejor parte en la lucha, el hombre seria semejante al africano, que ahonda con las uñas un canal por donde nunca correrán las aguas. (*Aprobacion.*) Hay por tanto una ley suprema de armonía que une estos dos agentes de la produccion, el capital y el trabajo, y es que ambos son tan necesarios, que la industria sin capital es la estatua caída de su pedestal, y el capital sin trabajo que le fecunde, es el pedestal que aguarda la estatua que explique su existencia. (*Aplausos.*) Por eso la época del trabajo solo y aislado es siempre la época primitiva de los pueblos, en que la caza y la pesca ocupan toda su vida, y la época de la formacion de los capitales se señala con el desarrollo del comercio y de la industria. Y de aquí se deduce que la primera necesidad, la más esencial para las clases que del trabajo viven, es la multiplicacion de los capitales; por eso, cuando una causa cualquiera disminuye ó hace perecer los capitales, las clases trabajadoras sufren y perecen; la pérdida de una cosecha trae la carestía y aumenta la mortalidad; la guerra produce las crisis industriales, y las revoluciones lanzan al ocioso obrero desde el taller á la plaza pública. (*Aprobacion.*) Por tanto, si un sistema cualquiera pretende granjearse el afecto de las clases obreras, si quiere á un tiempo cumplir con la mision de la ciencia y con las exigencias de la opinion, es preciso que pruebe lo que hace por el trabajo, y que demuestre cómo sabe fomentar los capitales.

Pronto verémos si el proteccionismo satisface á estas condiciones.

Mas no es el trabajo la única aspiracion de estas clases, ni por sí solo bastaria á satisfacer las necesidades del obrero, si este trabajo no fuese constante y cierto, si no fuese en fin seguro. De poco sirven las pingües ganancias si sólo duran un día; y si la hora de la prosperidad precede á la de la desgracia; cuando esto sucede, la fortuna sólo sirve para hacer más sombría la adversidad. Por eso en todas las clases de la sociedad, podemos observar con cuánta precision, con cuánto celo procuran estar preparados para resistir los azares de la suerte, de esa ciega deidad que viene á destruir los planes mejor fundados y las ilusiones más bellas. El azar, la casualidad, hé ahí el gran enemigo de los hombres; una enfermedad que detiene con ma-

no de hierro nuestra actividad; un incendio que destruye entre sus rojas llamas los productos por largo tiempo atesorados con incansable constancia; una quiebra, llevándose los ahorros de una familia; una crisis, exponiendo á perecer toda una clase; todo eso, en fin, que llamamos desgracia, es el verdadero elemento del mal, con el cual lucha constantemente el hombre. (*Aprobacion.*) Y para la clase obrera, para toda esa inmensa masa de familias que sólo cuentan con un salario que apenas alcanza á las necesidades del día; para esa clase que no puede mirar al porvenir porque no puede casi separar la vista del presente, para esas familias, la falta de seguridad los hiere en el corazón, y los hace alejarse de un mundo del cual sólo conocieron el dolor y las lágrimas. Las tablas de mortalidad prueban con mucha y espantosa elocuencia la triste verdad de este aserto. Y todos además hemos podido comprobarlo alguna vez, observando que las profesiones que ofrecen trabajo constante y seguro se retribuyen con más modestia que aquellas operaciones de carácter extraordinario y anormal.

Finalmente, el trabajo sería inútil, y los esfuerzos del obrero se estrellarían en la impotencia, como los convulsivos movimientos de Prometeo, si la remuneración que obtiene, si el salario no respondiera á aquellos. Para él serían mentira todos los adelantos modernos, para él estaría cerrado el templo de la civilización, que todos lentamente construimos, sin que él sea el que menos ayude, si su salario no le permitiese participar de esas ventajas. Elevación constante y progresiva de las clases obreras, aumento del bienestar moral y material para las clases necesitadas, este es el lema de toda doctrina, de toda teoría que aspire al nombre de tal. (*Aplausos.*)

Hé aquí, pues, los tres elementos, las tres bases, por decirlo así, que nuestro estudio debe abrazar, y aunque no entran en este cuadro los grandes problemas sociales y políticos que entraña el estado actual de las clases obreras, nos limitaremos á él por más que al hacerlo abandonemos con sentimiento aquellos vastos horizontes. Nuestro objeto es estudiar el proteccionismo en su relación con las clases obreras, y aunque el adversario es de por sí pequeño y poco digno de tanto esfuerzo, preciso es atacarle de frente para concluir con él cuanto antes.

El sistema protector se defiende en esta cuestion como en tantas otras, por medio del sofisma, única arma concedida al error; y á los tres puntos que hemos presentado contesta diciendo: que él proporciona abundante trabajo á la clase obrera, asegura su suerte, y en fin eleva el nivel de su salario. Yo os ofrezco demostraros que estos asertos son completamente gratuitos; porque el conseguir estas conquistas, el realizar estos adelantos, no le es permitido á un sistema que viola la libertad y la dignidad del hombre.

¿De qué modo, en efecto, puede el sistema protector aumentar el trabajo del obrero? Sus defensores no lo dicen, ni aunque lo digieran les seria fácil probarlo. Sin embargo, toda su teoria consiste en presentar el célebre argumento de las fuerzas productoras, y en suponer que con el solo auxilio de la aduana se crean grandes capitales que desarrollan la industria y que ofrecen constante trabajo á multitud de obreros. Las clases industriales deben pues estar reconocidas al fabricante que les vende un género un poco más malo y bastante más caro del que podian adquirir en otra parte, pero que en cambio les devuelve en forma de salario la misma cantidad que antes les exigia. Y no paran aquí las consecuencias de este pequeño esfuerzo, porque el pais percibe inmensas ventajas de esa creacion de capitales que difunden por todas partes la luz y la prosperidad.

No se necesita en verdad grande esfuerzo para destruir este castillo de naipes: las mismas palabras de los proteccionistas están de mostrando el vicio del raciocinio que emplean. Ellos en efecto, exigen la mediacion de la aduana para obligar á los consumidores á comprar un producto nacional, que de otro modo no pospondrian al extranjero, y por consiguiente la fuerza productora que crean, es á costa de los esfuerzos que han hecho y los sacrificios que se han impuesto todos los individuos de la nacion protegida: la fuerza productora tan decantada no es pues, más que la suma de una porcion de fuerzas individuales, arrancadas violentamente: sus capitales son aglomeraciones de otros pequeños capitales, pero la nacion no es más rica porque su fortuna esté repartida entre pocas ó muchas manos. Ese fenómeno de distribución forzosa no representa por sí solo un aumento de capital. Pero en cambio representa una pérdida real y efectiva, en lo

cual convienen los mismos proteccionistas cuando acuden á hablarnos de las ventajas futuras de la proteccion, sin duda para consolarnos de las desgracias presentes. Y esta pérdida consiste en la diferencia que hay entre los precios de los objetos extranjeros y el del producto nacional, toda vez que si no se obligase á los consumidores á hacer este sacrificio, podrán comprar con su importe otros objetos y aumentar su bienestar. En el mero hecho de no poder hacerlo así, pierden una parte de la fortuna, y es como si se quedasen pobres con una cantidad igual á aquella diferencia. Léjos pues de existir una ganancia, hay sólo una disminucion, una pérdida de capital social, y por consiguiente un verdadero perjuicio á las clases obreras que viven de ese capital y que á su sombra se mantienen. (*Aprobacion.*)

Y todavía, siguiendo hasta el último atrincheramiento á nuestros adversarios, podríamos preguntarles ¿qué ventajas son esas que para el porvenir predican? ¿Qué beneficios son esos que tocarémos un día, despues de tantos años de esfuerzos y sacrificios? Y tendrémos además el derecho de exigirles la demostracion de ese vaticinio; y á la verdad que debe ser muy curiosa, porque ha de ofrecer novedad demostrar que la disminucion anual de los capitales conduce á su engrandecimiento, y que la pérdida de la fortuna lleva como por la mano á la riqueza y al bienestar; proposiciones tan absurdas y tan imposibles de probar, como decir que la debilidad conduce á la robustez y el crimen á la virtud. (*Aplausos.*) No, el proteccionismo no conduce á otra cosa que al estancamiento y á la muerte de la industria, porque á manera de excesivo peso que se arroja sobre el viajero, dificulta su marcha si lo soporta, ó sucumbe bajo él si no resiste.

Y si estas pruebas no bastan, nosotros podríamos volver la vista á la historia de nuestra España, y comparando su floreciente industria del siglo xv con la de épocas posteriores, preguntar al sistema y decirle: ¿qué has hecho de nuestra agricultura? ¿qué de nuestra lozana industria de la ganadería? ¿qué fué de las fábricas de lanas y de paños? ¡Ah! todas perecieron entre sus manos, y hoy, en nuestro siglo, gracias al desarrollo de la vida nacional y al pálido reflejo de libertad que ha venido á iluminar el oscuro sendero que seguíamos, se empiezan á levantar

esas industrias, aunque con lánguida vida: el proteccionismo, como la sombra de ciertos bosques del Africa central, adormece y mata cuanto cobija su sombra. (*Estrepitosos aplausos.*)

Las clases obreras son, por tanto, víctimas de su influencia; y su trabajo, es decir, su vida, se debilita y extingue entre los halagos de este engañoso sistema: la disminucion del capital es la muerte del salario.

No es más feliz el sistema protector cuando enfrente de la segunda dificultad intenta con un supremo esfuerzo demostrar que él sabe, que él consigue dar seguridad á la clase trabajadora. Para ello invoca el gastado argumento de los males de la concurrencia, y declamando sobre las ventajas de la vida tranquila y pacífica, echa en cara á los economistas los perjuicios que las crisis industriales producen á las clases obreras. Pero el efecto de sus palabras desaparece tan pronto como se piensa en que la paz y el sosiego que predica no es otra cosa que la inmovilidad de la muerte. No, el remedio de las crisis industriales, la disminucion de los peligros que entraña la concurrencia no se encuentra en esas medidas raquíticas, pequeñas, que sin atreverse á luchar de frente con el peligro, se limitan á proponer remedios y paliativos que sin aliviar el mal retardan la felicidad que se busca. La concurrencia industrial y todas sus consecuencias, es ley necesaria y condicion indispensable de progreso: su desaparicion, si fuera posible, produciria el mismo efecto que la falta de los vientos en las aguas: la corrupcion, la inmovilidad. Y si este aserto es evidente, y no se atreverán los proteccionistas á negarlo, entonces es consecuencia necesaria que léjos de oponernos á su desarrollo, debemos aceptarlo y procurarlo por todos los medios posibles, seguros de obtener un triunfo indisputable. Las medidas que tiendan á disminuirla obrarán como otras tantas rémoras y obstáculos, viniendo así á producir un efecto contrario. Y si esta marcha está sembrada de obstáculos, si como todos los progresos humanos exige de nuestra parte algun esfuerzo, en vez de renegar de esa creencia y dudar de una ley impuesta por Dios al hombre, debemos buscar de otro modo la manera de mitigar aquellos males. Y una vez hecho este raciocinio, no es difícil hallar la solucion que buscamos. En efecto, basta analizar un momento el fenómeno que

ahora estudiamos, para encontrar un consuelo y un motivo de esperanza donde los proteccionistas no aseguraban otra cosa que desesperacion y desgracias. Es verdad que la clase obrera está más expuesta que ninguna á los rigores de la suerte; cierto es que siente de un modo cruel los efectos de las crisis, pero contra esta desgracia tiene en sí una defensa, y es la ley de solidaridad. Sí, señores, esa ley, que es la gran manifestacion de las ventajas de la sociedad, está siempre obrando de una manera silenciosa y oculta, pero con poderosa energía, para mitigar las desgracias á que está sujeta nuestra pobre condicion. Ella es la que hace que todas las naciones se interesen en el bien y en el progreso de cualquiera de sus hermanas; ella es la que pone al servicio de cada uno de los hombres todos los adelantos que la humanidad ha hecho, así las conquistas morales como los adelantos materiales, desde el producto del obrero hasta la idea del sábio; ella la que establece una comunicacion directa entre las clases más necesitadas y los poderosos de la tierra, haciendo que la felicidad de los unos no pueda realizarse sin el bienestar de los otros; y ella, en fin, reflejo de la ley de fraternidad que une á los hombres, hace que cuando un pueblo ó una clase sufre y padece, toda la humanidad participe de sus dolores. (*Aplausos.*) Y viniendo las crisis industriales, ella es la única que puede mitigarlas, haciendo que todas las fuerzas industriales del mundo acudan en auxilio de los necesitados, los capitales solicitados por la ganancia, los productos por su alto precio, los obreros por el porvenir que esperan; en una palabra, cuanto existe capaz de conjurar la crisis. Por eso, si la inclemencia del tiempo agosta en flor las esperanzas del labrador inglés, los campos de Castilla, de Rusia y del Egipto se apresuran á enviarle el dorado producto de sus campos; si la guerra de los Estados-Unidos cierra aquellos mercados al comercio europeo, el atezado indio se apresura á cultivar el blanco capullo del algodón; y si el trabajo abarata multitud de industrias, se apresuran á aprovechar las buenas condiciones á que se le ofrece la mano de obra.

Y el proteccionismo ciego á la luz de estas verdades que no quiere ver, levanta una barrera entre las naciones, las aísla, rompe la ley de solidaridad y niega á los pueblos el único re-

medio, contemplando con estúpida indiferencia el hambre nacional al lado de la abundancia extranjera, la carestía enfrente de la baratura, y al pobre obrero, que tiende los desocupados brazos hácia los productos y primeras materias que el extranjero le ofrece. (*Estrepitosos aplausos.*)

Ved, pues, señores, cómo el proteccionismo lejos de remediar las crisis, es una de sus causas más activas, y la única muchas veces. Por eso la combatimos proclamando la ley de solidaridad, ley cuyo recuerdo parecerá inoportuno y ridículo á los proteccionistas, que siempre se moteja lo que no se entiende; pero que es tan grande, tan verdadera, que hasta la misma naturaleza la refleja, pues cual si no quisiera que el trabajo se interrumpiese, y que la humanidad permaneciese ociosa un momento en su lucha con la materia, hace que mientras la noche llama al descanso á los habitantes de un hemisferio, el sol se alce en los horizontes del otro, llamando á sus habitantes al trabajo y á la vida. (*Estrepitosos aplausos.*)

Pero la gran defensa, el arma fuerte de nuestros adversarios, es el argumento que hacen cuando se trata del nivel de los salarios. Suponen, y no dejan de citar algunos datos, porque sabeis que esta es su manía (*Risas*), que el proteccionismo aumenta la retribucion del obrero, aun cuando no hubiera para ello otras razones que el mismo monopolio que les echamos en cara, puesto que es sabido que una industria que realiza excesivas ganancias proporciona á sus operarios crecidos salarios. Pero al afirmar estos hechos, que yo les concedo de buen grado, olvidan que el problema no consiste en probar que el salario de algunos obreros crece, sino en demostrar, que el salario en general, es decir, la retribucion de todos los obreros, debe aumentar forzosamente bajo la influencia de su sistema. Y esta demostracion no la intentan, ni aunque lo hicieran conseguirian su objeto, porque en efecto, ¿qué ventajas hay para el obrero en encontrar siempre caro el precio de todos sus productos? Seguramente que si imitando á un economista francés, calculáramos aquí el presupuesto de un obrero, no podria menos de sorprendernos la excesiva cantidad de su pequeña fortuna, que lentamente se va llevando el sistema protector. El se sienta á su mesa, y se lleva una parte de sus alimentos por el precio excesivo

á que le obliga á comprarlos ; él le quita un pedazo de su pobre abrigo, algunos dias de su jornal ; y especie de vampiro que se alimenta de sangre humana, le quita algunos dias de vida y se lleva algunos de sus hijos, faltos de desarrollo y de nutrición. (*Sensacion.*)

Por eso es inútil que se empeñen en demostrarnos que pueden elevar algunos salarios, pues con la carestía que es la base de su sistema, dificultan la vida de todas las clases, y si acaso alguna vez por descuido, dejan caer algun óbolo más en el jornal del obrero, mientras lo dan con una mano, se apresuran á recogerlo con la otra en el mercado y en la tienda á donde el obrero acude. (*Aplausos.*)

La libertad posee en cambio un medio muy sencillo de aumentar el salario de las clases obreras, y consiste en abaratar todos los artículos que consumen, de manera que dentro de su mismo jornal, encuentran doble número de satisfacciones que vengan así á duplicar su riqueza.

Ved pues, señores, cómo el proteccionismo es impotente para aumentar el jornal del obrero, y cómo el libre-cambio, sin ofrecer una subida en el precio *nominal* del salario, da su aumento *real*. Y si á estas consideraciones unís la que antes tuve el honor de exponeros, cuando del aumento de trabajo hablamos, comprendereis que el libre-cambio puede á más producir la subida del salario, porque con el aumento de capitales tiende á inclinar la balanza de la oferta y la demanda del lado del trabajador. Pero es preciso no ser injustos y no negar al proteccionismo los méritos que realmente ha contraído, porque si bien es verdad que ni aumenta el trabajo, ni la seguridad, ni el bienestar, produce todos los dias víctimas y criminales. (*Sensacion y aplausos.*)

Hé aquí pues, señores, la consecuencia á que hemos llegado ; he procurado presentaros los dos sistemas, y vosotros podeis juzgar de las soluciones que ambos ofrecen. Por mi parte, yo me abandono confiado á vuestro juicio, que no es dudosa la eleccion entre el absurdo y la justicia, entre el sofisma y la verdad.

Voy pues á concluir, pero no lo haré sin contestar á las acusaciones que todos los dias nos dirigen nuestros adversarios, presentándonos como movidos por algun secreto designio. Y con gran sorpresa suya habré de decirles que por esta vez han acer-

tado, y que los que hemos emprendido esta cruzada contra el absurdo sistema que defienden, lo hemos hecho llevados de un deseo, aunque no del que ellos aseguran. No nos ha movido el oro, porque este puede comprar lo que se vende, pero no la convicción y el entusiasmo (*Bravo, bien.*); no la vana esperanza de un porvenir material, que no es este el camino que siguen los que le alcanzan (*Sensacion*); nuestros deseos, nuestras esperanzas son más modestas, aunque quizás más ambiciosas. Nosotros aspiramos á poder decir como Sir Roberto Peel, el gran ministro que realizó los proyectos de la liga inglesa, decia al retirarse de la agitada vida de los negocios al tranquilo silencio de su hogar: «Yo dejo un nombre que será odiado por todos los monopolistas, pero que quizás alguna vez se pronunciará con cariñoso acento en las modestas viviendas donde residen los hombres cuya fortuna es el trabajo y que ganan el pan todos los dias con el sudor de su frente. Quizá lo repetirán con amor cuando descansen de sus fatigas; y al encontrar en su modesto hogar una familia feliz y un alimento abundante, y tanto más dulce cuanto que no les recordará la iniquidad de la legislacion, elevarán desde el fondo de su alma una oracion al Señor sus conmovidos acentos, pedirán quizás una bendicion al cielo y se vendrán en silencio á inundar de alegría mi alma.» -- HE DICHO. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

EXÁMEN DE LA PROTECCION

BAJO EL PUNTO DE VISTA FISCAL,

POR EL

Excmo Sr. D. Luis María Pastor.

SEÑORES :

Al verme por la primera vez sentado en esta silla, ocupada poco há por distinguidísimos oradores, no puedo menos de apresurarme á dar una explicacion para desvanecer esperanzas que se verian terriblemente defraudadas. No es una ciega confianza la que me ha traído aquí; sino el cumplimiento de un irresistible deber. Porque colocado inmerecidamente al frente de una Asociacion que ha tomado sobre sí la árdua, delicada, pero noble, patriótica, y sobre todo desinteresada mision de propagar una gran verdad, ó más bien combatir un funesto error y lamentable preocupacion, que desalojados ya de las naciones adelantadas en la civilizacion, han quedado como incrustados en la nuestra, impidiendo el desarrollo de la riqueza pública; y habiendo esta Asociacion elegido el Ateneo como el punto más á propósito para la propagacion de sus doctrinas, atendido lo numeroso, lo escogido y lo ilustrado de la concurrencia que á él asiste, no he po-

dido negarme á desempeñar la tarea que me ha cabido en suerte. Sirva pues de excusa al atrevimiento, lo noble, patriótico y desinteresado del fin que nos proponemos, y los que despues de esta explicacion insistan en permanecer aquí, sírvanse prestarme su benevolencia, y sobre todo prepararse con una buena dosis de resignacion.

Señores: el tema de que debemos ocuparnos en esta conferencia es *Exámen de la proteccion bajo el punto de vista fiscal*, y la proteccion considerada bajo el punto de vista fiscal, no es más que la aduana en sí misma. Habrémos pues de recorrer, siquiera sea con gran rapidez, la historia de esta funesta institucion, dividiendo aquella en sus tres fases capitales. 1.^a Desde su origen hasta la época del Renacimiento. 2.^a La propiamente fiscal en los siglos XVII y XVIII. Y 3.^a, la novísima y contemporánea. El primer periodo tiene el carácter puramente fiscal; el segundo es el riguroso y hasta bárbaramente protector; y el tercero ó actual es el de la reforma.

Primera fase. Señores, si queremos encontrar el origen de la aduana, tenemos que remontarnos á aquellos primitivos periodos históricos, en que al través de nebulosas cronologías, pueden apenas distinguirse confusamente los hechos, porque parece que la humanidad, al dar los primeros pasos en el tiempo, no quiso dejar señalada su torpe huella en el espacio. El pueblo fenicio fué quien primero estableció ciertos derechos á la entrada y salida de las mercancías en los puertos de sus numerosas colonias. De los fenicios tomaron sin duda esta práctica los griegos; de los griegos hubieron de copiarla los romanos, y estos la esparcieron por todos los pueblos del mundo conocido y sujeto á su dominacion. Y cuando del fondo de las selvas septentrionales salieron aquellas hordas salvajes, que precipitándose como devastador torrente sobre el ya caduco y corrompido imperio romano, le derrocaron, haciéndole caer roto en mil pedazos, en cada uno de estos apareció la aduana, á la manera que una imagen, por grande que sea, reflejada en un espejo, roto este, se ve repetida, íntegra y completa en cada uno de los infinitos fragmentos á que quedó reducido.

Con efecto, cada señor feudal estableció su aduana en el límite del territorio del castillo que constituia su dominacion, y

mezclando con el carácter de portazgo el de aduana, multiplicó aquel funesto establecimiento, hasta que emprendida la reconquista y el establecimiento de la monarquía, á esfuerzos de los reyes, auxiliados por los concejos ó comunes, fuéron rechazadas las aduanas á los limites de las restablecidas nacionalidades, no sin dejar en los caminos los rastros de portazgos y pontazgos, que se segregaron de aquellas.

Tenemos pues que la aduana ha venido trasmitiéndose por el espacio de veinticinco siglos de unos á otros pueblos, de unas á otras generaciones, habiendo llegado desde los fenicios hasta el tiempo de la monarquía pura. Pero ¿aquella aduana era tal como la conocemos nosotros? Ciertamente que no. El carácter esencial de tal establecimiento en este primer período de su historia es el de pura y exclusivamente fiscal. Dedúcese esto claramente: 1.º de que recaía igual é indistintamente sobre la importacion, como sobre la exportacion; y 2.º de que los derechos estaban impuestos sobre el número, el peso, la cantidad de las mercancías; de ningún modo sobre su calidad. No hay rastro ni señal alguna de proteccion de determinadas mercaderías; el objeto de la imposicion era sencillamente allegar medios para satisfacer las necesidades públicas. Y al considerar bajo este punto de vista la cuestion, ocurre desde luego una observacion digna de ser notada.

Es evidente, señores, que desde el primer origen de la sociedad, desde el momento en que una reunion de familias fijó su domicilio en un punto dado, para vivir como pueblo, hubo de constituirse un Estado, mayor ó menor, con tales ó cuales condiciones de organizacion conformes al clima, al grado de cultura, y á las demás circunstancias y antecedentes de aquel. Dada esta organizacion, hubo de surgir inmediatamente la necesidad de reunir fondos satisfechos por todos, para cubrir las necesidades comunes y propias del Estado en general, que no podian obtenerse sino de los mismos que constituian aquel. Parecia, pues, natural, que siendo esta necesidad tan apremiante, tan irrecusable y tan generalmente sentida, hubiéranse los hombres dedicado desde el principio á discurrir, á encontrar un principio, una base cualquiera de proporcionalidad para conseguir que repartida de la manera más justa y cómodamente posible, la can-

tividad á que los gastos del Estado ascendieran, entre todos los individuos que formaran parte de él, y satisfecha esta obligacion, hubiera quedado cada cual libre y desembarazado para emplear su actividad del modo que más le conviniese; sin que á pretexto de satisfacer la obligacion del impuesto, se le interrumpiera y perjudicara de mil maneras en el ejercicio de sus facultades. Pues bien: ¿cómo se explica, siendo este deseo y justa aspiracion tan natural y obvia, que el hombre, que en todos los objetos que interesan á su vida y al desarrollo de sus facultades ha hecho tantos y tan prodigiosos adelantamientos; que desde el accidente más sensible hasta el problema más complicado, no ha cesado de inventar, de discurrir, de adelantar; este hombre, que para proporcionarse luz en medio de las tinieblas de la noche, comenzó por la llama de la humosa tea, siguió por la luz escasa de la lámpara, continuó por la bujía y luego por la esmeralda, y no se detuvo hasta encontrar el secreto de la brillante claridad del gas y de la electricidad; que en la comunicacion de sus ideas, habiendo dado principio con el geroglífico, siguió con el alfabeto, continuó con el manuscrito, y no descansó hasta descubrir el medio de reproducir instantáneamente su pensamiento en millares de ejemplares, por medio de la imprenta; que en los medios de traslacion y locomocion, habiendo principiado por colocarse en las espaldas del bruto, y luego sobre un vehículo tardo é imperfecto, arrastrado por aquel, siguió despues por otro más perfeccionado y cómodo, y luego por la periódica diligencia, y no descansó hasta descubrir la regalada poltrona del cómodo wagon, arrastrado con la rapidez del viento por la imponente locomotiva; que en matemáticas desde los primeros cálculos de Pitágoras, no ha parado hasta las últimas concepciones de Newton y de Leibnitz, y en ciencias desde los cuatro elementos de los griegos, no ha cesado hasta alcanzar los admirables descubrimientos de la química y de la geología moderna: ¿cómo se concibe, digo, que este hombre que en todo cuanto le interesa y afecta su bienestar y el vuelo de su espíritu ha adelantado tanto; en un asunto que tanto le importa, que le afecta y le ha afectado, en todos los siglos, en todos los pueblos, en vez de adelantar haya llegado hasta el siglo xix, con los diezmos de los hebreos, con las aduanas de los fenicios, con el bárbaro

derecho de consumos de los romanos, con los portazgos de los señores feudales, y con las loterías, el papel sellado, y tantas y tantas extravagancias como inventaron los empiricos arbitristas de los siglos xvi y xvii? ¿Cómo concebir tanto progreso en todo, y tanto retroceso en el impuesto? Porque retroceso es la co-existencia de medios imperfectos y viciosos, que vienen á producir un progreso en el error. (*Grandes aplausos.*)

Semejante contradiccion sólo puede ser explicada por los principios filosóficos de la Economía política. ¿Sabeis por qué se ha verificado tan extraño fenómeno? Pues esto consiste en que el progreso procede siempre de la accion individual, del impulso de la personalidad humana libre, espontánea, ó impelida por su interés ó por su convencimiento, mientras que en el Estado, que representa la justicia que es eterna, y el sostenimiento del derecho que es inalterable, hay algo de permanente, inmutable, refractario á toda innovacion; y como el impuesto ha sido una de las atribuciones del Estado, y en el Estado no ha tenido parte el individuo hasta nuestros dias, por eso el impuesto no ha podido progresar y ha permanecido estacionario á pesar de su imperfeccion y de los gravísimos perjuicios que á la humanidad ha producido. Y no se diga que en la edad media ó en tiempos posteriores ha tenido el individuo participacion en las Córtes, y por consiguiente en la fijacion del impuesto, porque esta es una evidente equivocacion. El individuo como tal, no ha tenido influencia ni representacion propia en el Estado hasta la época novísima. En las antiguas Córtes estaban representados el clero, la nobleza, el estado llano; pero el estado llano no era el individuo particular, sino el delegado del pueblo, del concejo, del ayuntamiento. Hasta el presente siglo no ha sido reconocido el derecho de la personalidad humana como tal; por esto en este siglo se ha tratado y se trata del impuesto; por eso han aparecido y se están discutiendo teorías que propenden á la unidad y á la separacion absoluta del impuesto de toda otra consideracion, á fin de dejar libre y desembarazado al individuo de las trabas, de los perjuicios, de las vejaciones y de las injusticias de que le hacen víctima la actual multiplicidad y organizacion viciosa de la contribucion.

Hecha esta observacion, importante por lo que confirma los

principios filosófico-económicos que constituyen nuestra escuela, vengamos al exámen de la segunda época, es decir, la de los siglos xvii y xviii.

Señores : cuando despues de aquella terrible noche de nueve siglos que separa la historia antigua de la moderna, despertó la humanidad del profundo letargo en que el estruendo de las armas y el dominio de la fuerza habian tenido sometido al espíritu, lo primero que hizo este fué estudiar las causas y los fines de las cosas, y luego que hubo sentado las bases fundamentales de la filosofía, quiso investigar y conocer los diferentes fenómenos que constituyen la vida de los pueblos. ¿Qué es la riqueza? ¿Cómo se forma? ¿Cómo se aumenta? ¿Cómo se pierde...? Y como observara que la riqueza consiste en la facilidad de obtener medios con que satisfacer la mayor suma posible de necesidades, de comodidades y de goces de la vida; como se fijara únicamente en que todos estos objetos de satisfaccion de la necesidad y la comodidad y el goce, se obtenian con cambio de dinero, sin detenerse á mayor investigacion dijo : «luego si el que más dinero tiene más goces y comodidades puede satisfacer, y sin tener dinero no pueden ser obtenidos, la verdadera riqueza es el dinero» y luego elevando la cuestion y llevándola á la esfera del Estado, entonces que se creia (error de que no estamos por cierto muy curados todavia al cabo de tres siglos), que á los gobiernos incumbia el deber de cuidar por sí y ejercer una minuciosa intervencion en la manera de hacer la prosperidad y la riqueza de los particulares, dedujo la segunda consecuencia, á saber : «luego si el dinero constituye la riqueza y el gobierno tiene el deber de procurar la del país, el gobierno debe adoptar las disposiciones necesarias para que el dinero existente no pueda salir de su territorio; y que por el contrario, el que existe en los territorios ajenos venga á aumentar el nuestro.» ;Funnesto sofisma que ha inundado de lágrimas y sangre la humanidad !

Con efecto, señores, partiendo de tan erróneos principios, cuya falsedad no puedo detenerme á demostrar, pero que ha sido ya puesta en evidencia por alguno de mis dignos compañeros, se adoptó la aduana como el instrumento de realizacion de tan extraño y perjudicial proyecto. El mecanismo era el siguiente: pro-

hibicion ó altos derechos á la introduccion de mercancías extranjeras, con el fin de que no se extrajera en cambio de ellas el dinero; abolicion de todo derecho á la exportacion, con el objeto de que yendo nuestros productos fácilmente al extranjero, pudiéramos traernos en cambio el dinero que representaba su valor. Pero como esto era repugnante al derecho que todo hombre tiene de comprar y vender dónde y cómo más le convenga, se hizo más. Se abusó de la facultad que el Estado tiene de fijar los delitos y las penas; se declaró delito, y delito altamente punible, aquella accion inocente y meritoria de ir á proporcionar la compra donde los objetos que se desean sean mejores y más baratos, y de llevar á la venta las mercaderías allá donde con más facilidad y á más alto precio se vendan. Y no contentos los gobiernos con semejante absurdo é injusticia, hicieron todavía más, y fué crear un ejército numeroso y especial y colocarlo en la frontera, no para defender la independendencia del país, sino para rechazar á tiros las mercaderías que quisieran introducir los extranjeros buenas y baratas; puesto que las caras y malas no eran temibles, porque no podian hacer competencia á las propias. Y siguiendo por esta senda de la arbitrariedad y del ridículo, no se detuvieron ante ningun obstáculo, por grande que fuera: inventaron un instrumento que se llama cuentahilos, y dijeron que era delito, no ya introducir una tela de determinada clase, sino la que de una misma calidad tuviera tantos ó cuantos hilos; de manera que presentándose dos hombres en la frontera con unas cuantas piezas de tejidos, se aplicaba el cuentahilos, y si daba 28 por ejemplo, aquel hombre era un ciudadano digno, honrado, recomendable, que debia ir á su domicilio á ejercer su honrosa profesion mercantil, y obtener tal vez la vara de alcalde de su pueblo; pero, si por el contrario, el terrible instrumento acusaba menos de 20 hilos, aquel hombre era un criminal, era justiciable, la mercadería debia ser confiscada, y él sufrir terribles penas, que en alguna época llegaron hasta ser la capital.

¡Así la cuestion inmensa de la moralidad de las acciones humanas, vino á fijarse por los empíricos aduaneros en la exactitud de un cuentahilos! Y esto que os admirará, sin duda, esta anomalía, este absurdo, esta arbitrariedad, existe todavía entre nosotros!!!!

Pero como Dios ha impreso en el corazon del hombre con caracteres indelebles el sentimiento de la justicia, todas estas penas, todos los ejércitos, todos los códigos y todos los tribunales especiales que al efecto se crearon y que todavía existen y vienen á agravar el presupuesto, no pudieron hacer que la humanidad admitiese como delito lo que miraba como accion inocente, y ¿sabeis cuál fué el resultado de esta contradiccion? Pues no fué otro que la creacion de un mónstruo terrible, mónstruo con dos cabezas, una que aparentaba el crimen, otra que representaba la virtud; y este mónstruo, fantasma impalpable, invencible, incontrastable, que traspasaba sin dificultad las fronteras en medio del ejército de carabineros, se paseaba orgulloso por todo el país y penetraba en todas partes, desde la choza del mendigo hasta el palacio del magnate. Este mónstruo se llama el *contrabando*: y era tal su poder y su audacia, que cuando los legisladores en el augusto santuario de las leyes discutan una de esas tiránicas y draconianas en su contra, el contrabando estaba allí, y los legisladores no se desdennaban de tomarle á bajo precio objetos con que adornar su traje; y cuando aquellos iban al palacio del monarca á presentar aquella ley, el contrabando estaba allí y habia tal vez vestido el rico sillón en que se sentaba la augusta persona; ó habia hecho primores en la delicada pluma con que estampaba la firma de la sancion....; y es más: cuando el juez despues de una sesion larga y fatigosa, acababa de oir la relacion de la causa de un infeliz acusado de haber introducido fardos de tabaco, y despues de imponerle inexorable la pena señalada por la ley, pasaba á la estancia inmediata á reponerse un momento de tanta laboriosidad y repugnante tarea, y sin quitarse la toga, trataba de solazarse unos cortos instantes, el contrabando estaba allí y le ofrecia un cigarro, con cuyo delicioso perfume no tenia inconveniente de regalarle, sin reparar en que aquel cigarro era tal vez parte del cuerpo del delito de aquel desgraciado á quien acababa de condenar!!! (*Estrepitosos aplausos.*) Y esto sucede todavía, señores: esto está pasando todos los dias; esto es lo que se llama *proteccion*. Yo tengo para mí, señores, que cuando nuestros descendientes lean que han existido carabineros y cuentahilos y tribunales especiales y contrabando, han de dudar de la verdad del hecho, y tal

vez algun biznieto de nuestro respetable amigo el Sr. Alcalá Galiano, se vea citado ante un tribunal, como lo ha sido este señor por el Sr. Orense (D. Casimiro), porque dudó de la existencia del Cid; pues sin duda semejantes absurdos serán mirados por nuestros sucesores como el tributo de las cien doncellas, como los llamados juicios de Dios...!

Pero me direis sin duda: ¿cómo es posible que una cosa tan absurda, tan tiránica y sobre todo tan ineficaz, haya existido durante siglos, en todas las naciones de Europa, y siga aún por desgracia entre nosotros? Para contestar á esta observacion, que es muy natural y lógica, permitidme echar una ojeada á las tres grandes naciones que ejercieron la preponderancia al tiempo de establecerse el sistema protector ó de la balanza de comercio, para encontrar en este exámen la contestacion á vuestra duda. Estas naciones eran España, Francia é Inglaterra.

En Inglaterra estaba apoderado del gobierno del país el célebre Cromwell, que habia llegado al apogeo de la supremacía gubernamental. Aquel hombre osado y fanático que habia tenido poder bastante para que los Comunes hicieran rodar en el caldoso la cabeza de Carlos I, y que luego no le faltó audacia para echarlos del Parlamento, cerrar con llave y poner allí un cartel diciendo *esta casa se alquila*; este hombre creo yo que pudo elevarse á tanta autoridad, porque á falta de otras condiciones tenia un instinto especial para conocer, para penetrar y asimilar lo que formaba el sentimiento más íntimo y más poderoso del pueblo inglés. Inspirado por tal instinto, conoció que el pueblo inglés, con su condicion insular, aspiraba con ánsia al predominio de los mares, y que se sentia como humillado y rebajado de que, en vez de tan deseada superioridad, no sólo existieran otras naciones, que le eran superiores, sino de que un pueblo cuya inferioridad á él era notoria, pueblo pequeño, de escasa importancia y de pocas condiciones marítimas por su situacion, se hubiese convertido á fuerza de perseverancia y actividad en el traginero mercante de todos los pueblos de Europa, inclusa la Inglaterra misma. En vano el Parlamento habia dictado alguna medida encaminada á destruir esta preponderancia, porque aquella habia sido ineficaz, y Cromwell, en el apogeo de su poder, propuso y obtuvo la famosa Acta de navegacion, por

la cual se prohibía expresamente todo comercio con Inglaterra á cualquier buque que no fuera inglés, y cuya tripulacion no se compusiera de dos terceras partes de ingleses.

Esta disposicion, que en rigor no hacia otra cosa que restringir el número de los porteadores de géneros á Inglaterra, establecer un monopolio, y por consiguiente encarecer el flete de las mercaderías, aumentar artificialmente su precio y perjudicar á la industria y al comercio en general, por favorecer á la clase naviera, fué recibida con entusiasmo por los ingleses, cuyo amor propio halagaba, con la esperanza de que la Holanda perdiese la supremacía á que ellos aspiraban. Sobrevinieron en seguida guerras marítimas, por resultado de las cuales la marina de Holanda disminuyó y la inglesa alcanzó aumento, y sin reparar en los perjuicios reales y efectivos que el Acta producía al comercio y á la industria, todo el mundo se contentó con atender al progreso marítimo de la Gran Bretaña, y todos creyeron que al Acta de navegacion era debida aquella ventaja, y se apresuraron á remedar el Acta estableciendo derechos diferenciales de bandera, aislándose unas naciones de otras, restringiendo por este medio sus comunicaciones, y aumentando con general perjuicio el flete de las mercancías. Otro tanto sucedió con las leyes restrictivas y derechos protectores.

Lo que en Inglaterra habia hecho Cromwell, hizo Colbert en Francia; pero para formar un juicio exacto de la administracion de este célebre hacendista, es necesario echar sobre ella una mirada investigadora.

Acababa la Francia de salir del turbulento reinado de Luis XIII y de la guerra civil y religiosa de la Liga, cuando María Ana de Austria, regente en la minoría de Luis XIV, habia depositado toda su confianza en el primer ministro y favorito el cardenal de Mazzarini ó Mazarino, contra quien fué provocada la nueva guerra civil llamada de la *Fronde*, que sumió á aquella nacion en la más espantosa anarquía; hallándose el erario exhausto, improductivas las contribuciones, y con espantoso déficit en el Tesoro. Para allegar recursos se vendian los cargos públicos, muchas veces aquellos mismos que estaban encargados de la recaudacion hacian contratos onerosísimos cediendo por cierto tiempo en arrendamiento determinados impuestos; se tomaban

préstamos con descuentos é intereses enormes, y todo esto aumentaba más y más los apuros y dificultades. Mazarino se hacia pagar 23 millones de libras al año, y además disponia con el título de *lettres de cachet* de todas las cantidades que le convenia invertir en gastos secretos, de que no tenia que dar cuenta. En uno de los grandes conflictos habia nombrado ministro de Hacienda al famoso Fouquet, hombre de crédito entre los banqueros, el cual así que sacó al cardenal del apuro en que se hallaba, sea porque no tuviese capacidad suficiente, ó sea porque no pudiese vencer las dificultades que la dispacion del jefe del gobierno y la corte oponian al planteamiento de un sistema de orden y regularidad; ello es que siguió el ejemplo del cardenal, continuó con las ruinosas prácticas establecidas, se dedicó á disfrutar de toda clase de goces y ostentacion, compró una famosa quinta que le costó 18 millones de libras, en la cual puso guarnicion y hasta artilleria, y dió y convidó al rey á un concierto, en el cual deslumbró con un lujo oriental hasta la fastuosa corte de Luis XIV.

Llegó en esto la última enfermedad del cardenal, el cual escrupulizó al ver la enorme fortuna que habia allegado en pocos años, pues llegaba á 400 ó 450 millones de libras, es decir, vez y media el total importe del presupuesto de la nacion en un año. Era Colbert su secretario particular y merecia toda su confianza, y le aconsejó el medio de desvanecer los escrúpulos y remordimientos. Fué este á hacer cesion al rey de su gran fortuna, lo cual verificó por medio de una exposicion ingeniosamente redactada, en la cual manifestaba á S. M. que conociendo que aquel gran caudal era debido más que á sus escasos merecimientos á la excesiva é inagotable munificencia de S. M., creia que ningun uso mejor podia hacer de él que devolverlo como muestra de profundo agradecimiento á la augusta persona á quien lo debia. Colbert entregó esta exposicion, el rey contestó, segun se habia previsto, rehusando la cesion, y declarando que aquella cantidad era premio merecido de los grandes servicios prestados por el cardenal, quien debia disponer de ella en favor de sus herederos. Con esto Mazarino se tranquilizó; recomendó al rey los grandes talentos y la probidad de Colbert, y murió tranquilamente. (*Risas.*)

Tal era la situacion de la Francia, cuando, muerto el omnipotente cardenal, y viéndose ya Luis XIV de 23 años, empuñó las riendas del gobierno, declaró que ninguna libranza mayor de 4.000 libras pudiese satisfacerse sin estar firmada por S. M., puso en un calabozo al ministro Fouquet, y nombró para reemplazarle á Colbert.

Era este activo, celoso, inteligente, probo, de gran práctica en los negocios, laborioso, severo y entendido en el estado de los asuntos financieros, como que en su cualidad de secretario particular del cardenal, habia tenido ocasion de seguirlos muy de cerca, mereció grán confianza de Luis XIV, y se dedicó con decision y perseverancia á la reforma.

Comenzó por crear una comision ó tribunal, que formase una liquidacion de todos los créditos que aparecian contra el Tesoro. Esta liquidacion dió por resultado, que de 500 millones que se reclamaban aparecian 384 de documentos falsos, lo cual no debe sorprenderos, recordando lo que aconteció en nuestra España en tiempo de la guerra civil, con gran parte de las famosas libranzas protestadas. Los reclamantes hubieron de apelar á un indulto, que les fué concedido, obligándose á pagar 25 millones de multa, que el tribunal les imponia. En seguida reincorporó Colbert á la corona los oficios de ella enajenados; centralizó la administracion; anuló y reincorporó tambien algunas posesiones de América que se habian enajenado, como la Martinica y otras por 60.000.000 de libras. Estableció la contabilidad, que antes no existia: exigió fianzas á los recaudadores, y el pago mensual de lo recaudado: abolió una multitud de concesiones, que se habian arrancado al favoritismo de la córte, para recaudar impuestos, y por último, restauró la especie de presupuestos, que habia establecido Sully, y consistian en una relacion formada á principios de año, de todos los gastos que habian de satisfacerse y los recursos con que para ello se contaba. Despues de restablecer así el órden administrativo que habia desaparecido por completo, planteó el sistema protector en toda su pureza, formando un arancel, por el cual se abolian los derechos de salida, y en los de entrada se prohibian ó establecian gravosísimos, para impedir la introduccion de toda mercadería que pudiera hacer competencia á la produccion nacional; pero aún en esto procedió con

inteligencia, puesto que al crear estos derechos, abolió otros que existían con desigualdad y para objetos especiales; destruyó aduanas interiores, y simplificó este mismo ramo, de manera que la reforma, defectuosa como era, había de producir mejores resultados que el desórden que antes existía.

Con tales medidas, que sólo fueron neutralizadas por algunas otras odiosas respecto al crédito, cuyas bases desconocía completamente, y por algunas preocupaciones vulgares de que adolecía, pudo restablecer el órden y la regularidad en los ingresos del Tesoro. Añadiase además la severidad con que puso coto á muchos despilfarros de la corte, cuyos gastos de ostentacion no pudo evitar; pero que al menos logró sujetar á límite y medida y aún á cierta economía en lo posible, pues fué tan grande el prestigio que consiguió para con el orgulloso monarca, que le hizo observaciones tales que no se atreverían á presentarlas hoy á los reyes constitucionales los más atrevidos Parlamentos, segun puede verse en las Memorias que aún se conservan.

Obtenida la regularizacion en los ingresos y gastos del Tesoro, se dedicó al fomento de la marina, á que dió un impulso considerable, de manera que la Francia salió por el momento de la postracion en que se hallaba en tiempo de la regencia, y adquirió gran preponderancia en Europa, apropiándose la supremacia que poco antes correspondía á nuestra España.

El brillo deslumbrador de la fastuosa corte de Luis XIV, sus triunfos que influían en los destinos de la Europa, ocultaron el cáncer que devoraba á la Francia, y la miseria y ruina que le fomentaba; y así como el Acta de navegacion, medida nueva y producto de la teoría, que entonces estaba en boga, había sido el objeto á que se dirigían todas las miradas y el motivo á que principalmente se atribuyó el fomento de Inglaterra, debido principalmente á las acertadísimas disposiciones que sobre crédito y Bancos adoptó Guillermo III; así ahora no se quiso mirar en Europa en la gran reforma de Colbert, sino el sistema restrictivo de las aduanas, y atribuyéndole exclusivamente aquel relámpago de aparente prosperidad que hacía brillar Luis XIV, y que sólo existía en sus magníficos palacios, todos los gobiernos se apresuraron á porfía á adoptar el sistema aduanero de Colbert, que les parecía universal; que había de producir

la riqueza y engrandecimiento de las naciones. Pero ¿habia algo de verdad en aquella supuesta bienandanza? ¿Habia la Francia realmente mejorado de condicion, ó era sólo el Tesoro público el que habia sido regularizado? Hé aquí una pregunta cuya contestacion se encargó de dar un hombre sumamente respetable y veraz, el Mariscal de Vauban. Sabido es que el sistema aduanero, planteado por Colbert, no sólo le sobrevivió, sino que se ha continuado con perseverancia hasta nuestros dias. Pues bien: á los diez ó doce años de la muerte de aquel célebre ministro, es decir, en 1698, decia aquel celoso patricio á Luis XIV, en una exposicion: «Señor, despues de repetidos viajes, de profundos estudios, de numerosos informes, despues de haber reunido multitud de datos, he venido á convencerme, de que dividida la Francia en diez grupos, el uno de ellos está dedicado á la mendicidad, porque carece absolutamente de todo recurso con que atender á su subsistencia; de los nueve restantes, los cinco no pueden dar limosna á los pordioseros, porque no tienen sino lo puramente preciso para sostenerse; de los cuatro restantes, los tres se encuentran en situacion muy embarazosa, abrumados de deudas y de pleitos, y sólo el último grupo compuesto de unas 100.000 familias, en las cuales se cuenta toda la gente de espada y toga, los grandes propietarios y banqueros, y los que hacen negocios con el Tesoro y reciben los beneficios de V. M., son los en que están concentrados la holgura, el lujo y la magnificencia, y aún de estos mismos, si se exceptuasen los hombres llamados de negocios y los que son objeto de la munificencia real directa ó indirectamente, aquel número habia de quedar muy reducido.» Hé aquí un testimonio contemporáneo é indestructible, porque ningun escritor ni hombre de Estado le ha contradicho entonces ni despues, y que prueba hasta la evidencia, cuáles habian sido los resultados del famoso proteccionismo á los doce años de su planteamiento, es decir, cuando debian haberse tocado ya maduros y sazoados los frutos que produjera. (*Aplausos.*)

Pero donde con más claridad se demuestran los efectos del sistema protector, es seguramente en nuestra España.

Consistia el mecanismo de aquel, ya os lo he recordado antes, en adoptar las más eficaces medidas con el fin de impedir la entrada en cada país de toda mercancía extranjera, y de fa-

cilitar por todos los medios imaginables la exportacion de las propias. Pero como esta doctrina estaba generalizada por todas partes, resultaba que la importacion encontraba por donde quiera ejércitos y barreras que la combatiesen, mientras la exportacion era favorecida y garantizada por el contrabando, de forma que la realizacion del apetecido aislamiento era sumamente difícil. Pero España parece que habia sido elegida por la Providencia para ofrecer un ejemplo práctico y una demostracion evidente de lo absurdo del sistema protector. Con efecto, precisamente al tiempo que este comenzó á plantearse como tal sistema, acababamos de adquirir, no ya una nacion, sino un hemisferio entero, que fué organizado y dispuesto absoluta y exclusivamente por el otro sistema llamado colonial, hijo legítimo del proteccionismo para el desarrollo de aquel. En todo el continente americano que nos pertenecia se prohibió el establecimiento de extranjeros, el cultivo de cereales, el planteamiento de industrias, se adoptaron, en fin, las más absurdas disposiciones por tiránicas y violentas que fueran, para que aquel vasto territorio no pudiera ser otra cosa que un inmenso mercado adonde hubieran de consumirse nuestros productos, y que en cambio, sus habitantes no se pudieran dedicar á otra cosa que á cultivar los preciosos frutos indígenas, como azúcar, cacao, café, tabaco, etc., y á extraer de las ricas entrañas de aquella tierra privilegiada las fabulosas cantidades de metales preciosos que encerraban. La España se reservó la exclusiva del comercio y quiso acaparar toda la plata y el oro, prohibiendo con durísimas penas su extraccion del Reino. Hizose más, y fué copiar un rasgo de crueldad de otros países, y así como antes una accion inocente y aún meritoria en sí misma, se habia convertido en un crimen duramente penado; así, ahora, el acto inhumano, el atentado más repugnante que se conoce, fué estimulado, premiado y sostenido por el gobierno que hizo marchar á la costa de Africa buques, para que arrancando al hijo de los brazos de la madre, al jóven de los brazos del anciano, los hacinasen á bordo y los vendiesen en nuestras playas como vil mercadería, para que con un miserable alimento, y obligados por el látigo de un cómitre sin corazon, arrancasen á la tierra aquellos preciados tesoros con que saciar la sórdida codicia de

nuestros bárbaros progenitores. ¡De manera, que aún cuando el proteccionismo no tuviera otras faltas que la de ser responsable ante la humanidad de los dos grandes escándalos de nuestra época, el contrabando y la trata de negros, merecería por este sólo la execración de las generaciones! ¿Y cuál fué el resultado de tanta tiranía, de tanta inhumanidad, de tales violencias y absurdos? ¿Adelantamos en riqueza y prosperidad? ¡Ah! señores, qué triste desengaño! sucedió precisamente todo lo contrario, á saber: que despues de haber traído de América tan considerables cantidades de plata y oro, que un célebre escritor decia que podian haberse empedrado las calles de la gran Sevilla con ladrillos de oro y plata; siendo, cuando el descubrimiento de las Américas, la España la primera nacion del mundo por su extension, por su riqueza, por su poder, por su influencia, por su industria y su comercio, descendimos en dos siglos de sistema protector al último grado de miseria, de decaimiento, de abyeccion y nulidad, hasta el punto de que á la muerte del fanático Cárlos II se disputaran la herencia alrededor de su lecho los embajadores extranjeros, como pudieran hacer los grajos con los restos de un cadáver insepulto!.... (*Aplausos.*)

Y todavía nos falta considerar lo que puede calificarse de epopeya de la proteccion: el célebre bloqueo continental.

Queriendo llevar Napoleon I el sistema protector á sus últimas consecuencias, proponiéndose arruinar á la Inglaterra, dejando aislados y sin salida los productos de su industria; y proporcionando á la Francia con la destruccion de su rival, un triunfo completo, y el consumo necesario y exclusivo de sus productos industriales, aprovechó la circunstancia de una medida adoptada por la Inglaterra, exagerando tambien el Acta de navegacion y el derecho de visita, para dar el célebre decreto que produjo en 1806 tal consternacion en Europa. Por él se estableció la prohibicion de toda mercadería inglesa, cualquiera que fuese su clase; se declaró en estado de bloqueo á las islas británicas, se prohibió el comercio y correspondencia con ellas, se declaró prisionero de guerra á *todo súbdito inglés* encontrado por las tropas francesas ó las de sus aliados; confiscados, todo almacén, toda mercadería, toda propiedad de cualquier género que fuera perteneciente á un súbdito de Inglaterra, y prohibida

la entrada en ningun puerto á todo buque que viniera de Inglaterra ó sus colonias, y la confiscacion de buque y carga en caso de falsedad en la declaracion. A consecuencia de órdenes dadas al efecto, fuéron quemadas en la plaza pública en Francia, en Bélgica y en Holanda, todas las mercaderías de fabricacion inglesa, por un valor inmenso. Este acto inaudito de vandalismo, que no tiene ejemplo desde la época de la irrupcion de los hunos, dejó consternada á la Europa. En Holanda se pusieron en liquidacion muchas casas, otras quebraron. Otro tanto sucedió en Bélgica, donde se hizo una pesquisa para averiguar las casas que habian introducido géneros ingleses, y los derechos que habian satisfecho por ellos; y descubierto el fraude de muchos años se les obligó á aprontar enormes sumas, por los derechos que habian dejado de pagar y las multas en que habian incurrido. No produjo la medida menores perjuicios en Francia, donde fuéron reducidos á cenizas géneros cuyo precio habian desembolsado, ya en efectivo, ya en letras aceptadas, aquellos en cuyo poder estaban.

De manera, que el golpe asestado á Inglaterra, dañó tanto ó más que á esta á las que con él se intentaba favorecer; y ¿cuál fué el resultado de tamañas atrocidades, atropellamientos, actos de inaudita barbarie? ¿Ganó algo la Francia? ¿Se logró siquiera conseguir el inhumano deseo de arruinar la fabricacion inglesa? Todo lo contrario se verificó, como sucede siempre con las absurdas concepciones proteccionistas. Con efecto, difundido el terror por todas partes, se paralizó por completo la navegacion. Los buques quedaron estacionados en los puertos, y la Inglaterra quedó única y absoluta dominadora de los mares. Ella sola hacia el comercio de las colonias y todo el marítimo, y esta exclusion que de hecho vino á conseguir, produjo la escasez de todos los artículos de general consumo, ya de su fabricacion, ya de produccion ultramarina: esta grandísima escasez originó, como era consiguiente, una extraordinaria carestía. Y la Inglaterra, única abastecedora por medio del contrabando, tanto más general, cuanto mayor y más atendida era por todas partes la necesidad de los objetos, que sólo él proporcionaba; y tanto más productivo, cuanto mayores eran las trabas que se le oponian, consiguió obtener beneficios fabulosos, y reparar en parte los

perjuicios que de los primeros efectos del bloqueo continental se le habian originado, concluyendo al cabo de algunos años por encontrar en aquel ventajas, hasta el punto de que hecha la paz, hubieron de adoptarse disposiciones para neutralizar los funestos resultados que no podia menos de originar la repentina y general competencia, que la revocacion de aquella absurda medida y la consiguiente apertura de los puertos y de la navegacion en general habia producido.

Hé aqui las consecuencias del famoso bloqueo, que tuvo por algunos años aterrorizada la Europa.

Apartemos la vista de tanto error y tanto vandalismo para entrar en el último estado de la cuestion.

Tercer período. Afortunadamente el error fundamental teórico del sistema de balanza de comercio fué reconocido muy pronto. La Inglaterra que habia sido la primera en aceptarle, dándole aplicacion práctica, vió nacer en sus dominios al famoso filósofo escocés SMITH que tuvo la gloria de derrocarlo. Antes que este, la escuela fisiocrática francesa habia dado de una manera concluyente la misma demostracion; pero habiendo incurrido en otro error no menos trascendental que aquel, demostrado este á su vez, fué muy en breve abandonado. No así el célebre trabajo del inmortal SMITH, que con una profundidad asombrosa, con una exactitud admirable, asentó las bases de la ciencia económica, que al cabo de cerca de un siglo, aceptadas donde quiera, han sido ampliadas y desenvueltas; pero no alteradas en su esencial concepcion. Y no lo serán mientras exista la actual organizacion social, porque tal es el privilegio de la verdad, que siendo única y absoluta en la ciencia, conocida una vez, no puede ser modificada ni alterada en su fundamental asiento.

La teoría del famoso escocés habia hecho por todas partes numerosos prosélitos; pero el estado de trastorno producido en todo el mundo á consecuencia de la revolucion de 89, hizo imposible su generalizacion, y mucho más su planteamiento. Las atrocidades del sistema continental, los funestos resultados que habia producido en todas las naciones á quienes con él se habia intentado favorecer, y los beneficios que habia proporcionado á la Inglaterra, á quien por su medio se habia procurado arruinar, hicieron volver los ojos con cariño á una teoría humanitaria, que

condenaba el aislamiento entre las naciones, y ponía de manifiesto los trastornadores efectos del contrabando, hijo primogénito del sistema protector.

Por otra parte la Prusia tenía para abandonar este, otras consideraciones no menos poderosas. En los últimos tratados de la paz de 1815 se le habían adjudicado territorios dentro de los cuales existían iucrustados otros que no le pertenecían. La Alemania, compuesta de multitud de pequeños Estados con límites reducidos, experimentaba más que otro país alguno las destructoras consecuencias del sistema protector: á cada paso era preciso detener las mercancías y las primeras materias para su reconocimiento y pago de derechos, lo cual aumentaba su coste de una manera extraordinaria. La Prusia, pues, concibió el proyecto de la formación del famoso Zollverein, ó asociación aduanera, y para dar el ejemplo, comenzó en 1818 por promulgar una ley, aboliendo las prohibiciones y señalando en 10 por 100 el máximo de los derechos protectores. Pero si bien en el fondo estaban conformes todos los Estados, había gran divergencia en cuanto á la forma del planteamiento de la asociación. Los del Norte aceptaban los principios liberales de la Prusia; pero los del Sur, donde más dominaba la industria, exigían altos derechos y prohibiciones. Así es, que al principio se formaron asociaciones parciales é independientes, y quedaron muchos Estados sin pertenecer á ninguna. En tal situación fué cuando el inolvidable List, que había sido libre-cambista radical y hasta político de opiniones extremadas, recibió de sus conciudadanos el encargo de redactar una exposición para la Dieta de Francfort, y procurar la conciliación de las opuestas aspiraciones con el fin de que se consiguiera llevar á cumplido efecto la realización del Zollverein unitario, pues sólo de este modo podían obtenerse en toda su extensión los beneficios que de ella se esperaban. Puso el activo alemán en tortura su ingenio, y por consecuencia de ello hubo de discurrir ese engendro monstruoso que más tarde publicó con el título de *Sistema nacional de Economía política*, en el cual admitiendo la libertad como fin, y la protección como medio, se acepta un eclecticismo indefinible, contradictorio y sofístico, que sin embargo ha servido para reemplazar durante los últimos años, la única teoría fundamental, aunque falsa, é insoste-

nible ya, puesto que ha sido por los mismos proteccionistas abandonada, del sistema mercantil y la balanza de comercio. Ello es que al fin, despues de muchos años de vacilaciones y divergencias, el gran Zollverein se llevó á cabo, y si bien el primitivo pensamiento de la Prusia no se planteó completamente, los principios fuéron aceptados; los derechos muy reducidos, y las prohibiciones abolidas.

La Suiza siguió el ejemplo de la Alemania. Tambien allí los Cantones percibian derechos aduaneros, con gran perjuicio, gastos y entorpecimientos á la industria y al comercio, y la representacion central acordó indemnizar á los Cantones de la cantidad que por este concepto percibian y les era necesaria para el sostenimiento de los gastos cantonales (dos millones y medio de francos), y fuéron abolidas todas las aduanas particulares, estableciéndose una federal con un arancel tal vez el más módico del mundo.

Pero donde el libre-cambio ganó terreno palmo á palmo para llegar al mayor grado de perfeccionamiento fué en Inglaterra. Allí, despues de la guerra napoleónica, se reconoció por todos los hombres competentes la necesidad del principio de la reforma, y á pesar de que contra ella se levantaron, como por donde quiera, los favorecidos por el monopolio, el famoso HUSKISSON, abolió prohibiciones, rebajó derechos, modificó el Acta de navegacion, y sentó las bases que más tarde habian de desarrollar sus sucesores elevando á la Gran Bretaña al apogeo de la prosperidad industrial y mercantil. A las reformas de 1825 siguió la grande y radical, á consecuencia de la célebre cruzada de la inolvidable liga de Manchester, en que un famoso ministro salido de las filas proteccionistas, viendo el triunfo evidente alcanzado en la opinion pública y la justicia de las reclamaciones, tuvo el patriotismo y la abnegacion de abjurar públicamente su error y declararse partidario de la nueva doctrina, proponiendo y obteniendo del Parlamento la revocacion de la ley de cereales. Vencido este colosal obstáculo, todo lo demás era fácil y sencillo, y así fué expedito para Gladstone el complemento de la reforma, habiendo quedado reducido el arancel inglés á sólo 12 artículos, con derechos puramente fiscales, siendo por consiguiente libre y expedito y franco el comercio de todos los demás. Y ¡cosa nota-

ble, señores! los 12 artículos han producido cerca del doble que los 4.000 de que constaba el arancel en tiempo de Huskisson y reducido á 500 en tiempo de Roberto Peel!...

Los resultados obtenidos por Alemania, Suiza é Inglaterra, no pudieron menos de influir en las demás naciones que reformaron sucesivamente sus aranceles; pero hay en este periodo una excepcion, que conviene, aunque muy rápidamente examinar, porque es una prueba irrefragable de la exactitud de las doctrinas que profesamos.

Mientras que en Inglaterra, Alemania y Suiza se comenzaba á realizar el planteamiento de la reforma, la Rusia, nacion jóven é inesperta, que se habia quedado y está todavía rezagada en la marcha de la civilizacion europea, ilusionada y desvanecida con las falsas teorías del sistema protector, creyó que podria avanzar en poco tiempo por el planteamiento y desarrollo de la industria todo el que habia perdido y habian aprovechado las demás. Montó, pues, á muy poco despues de la paz de 1815 la máquina proteccionista; estableció prohibiciones, rebajó derechos á las primeras materias, aumentó los de las producciones extranjeras, y se propuso estimular por todos los medios el planteamiento de la industria. Y efectivamente, á consecuencia de estas disposiciones, se establecieron fábricas de géneros, especialmente de algodón; empleáronse en ellas grandes capitales, y proporcionaron no escasos beneficios á los nuevos y protegidos fabricantes. Pero llegaron á un cierto grado de perfeccionamiento y produccion; aquel que era preciso para obtener las ventajas del monopolio en el consumo interior, y allí se estancó la industria. En vano pasaban ocho, diez, quince, veinte años, plazo mucho mayor del calculado para que la fabricacion pudiera crecer, soltar los andadores y soportar la competencia extranjera; porque la fabricacion no adelantaba un paso más del punto á donde habia llegado, y era el indispensable para conseguir la ganancia apetecida y exagerada: entonces el gobierno abrió los ojos, y conoció, no sólo lo vano de las esperanzas concebidas de que la industria favorecida, mientras lo estuviere, hiciera esfuerzos para competir con el extranjero, sino lo que era mucho peor aún, que mientras la nueva se habia quedado en aquel grado estacionario, las antiguas de lonería, peletería, maderamen, line-

ría y grasas, experimentaban decadencia é iban sucesivamente languideciendo, lo cual era una consecuencia natural é indeclinable del favor concedido á la algodонера que se atraía por esta razon los capitales. En vista de todo lo cual, la Rusia, en 1850 hizo la primera reforma arancelaria, suprimiendo prohibiciones y rebajando derechos; otra en el mismo sentido repitió en 1853, y por último, el arancel ruso ha quedado reducido á 360 artículos divididos en tres secciones: 1.^a de géneros exentos de derechos: 2.^a géneros de un impuesto uniforme de 4'83 francos los 100 kilómetros: 3.^a géneros sometidos á diversos derechos, y los prohibidos, que son sólo cierta clase de aguardiente y licores, y la sal, como recursos fiscales, armas, pólvora, salitre, como medida político militar, y alguna más insignificante.

BÉLGICA siguió el ejemplo de las demás, y despues de una gloriosa campaña seguida por una asociacion semejante á la de la liga inglesa, se logró desengañar á la opinion, aceptar la doctrina del libre-cambio, corregir en este sentido el arancel; y no sólo se consiguió esto, sino que viendo los prodigiosos resultados de la reforma, el aumento de la industria y del comercio, de nueve cámaras de comercio que existen en la nacion, las cinco han solicitado ya la abolicion completa de las aduanas, despues de haber obtenido y planteado la de los derechos de puertas y consumos.

HOLANDA ha entrado tambien en la misma vía, y su arancel consta sólo de 323 artículos con derechos fiscales módicos y sin prohibicion alguna.

CERDEÑA reformó tambien su arancel, dividiéndole en 20 categorías, con derechos módicos, y sin otras prohibiciones que las procedentes de monopolios fiscales.

PORTUGAL mismo, esa rama desgajada del árbol de la Península ibérica, se aprovechó de nuestra dejadez y torpeza, corrigió su arancel y últimamente ha vuelto á practicar otra revision más liberal aún que la anterior, dejando los artículos ordenados por clases con derechos módicos. Y para que se conozca hasta donde llega nuestro abandono, no puedo resistir á la tentacion de citar un hecho que le pone de manifiesto.

Nuestro arancel tiene gravado de antiguo el artículo *canela*

con un derecho de 8 y 9 rs. libra segun bandera, que permanece, á pesar de las reclamaciones dirigidas por el comercio, reclamaciones fundadas en la gran baja que este artículo ha tenido en su precio desde la época en que el derecho se estableció, y que hoy le grava de una manera desproporcionada. Pues bien, el arancel portugués aprovechó nuestra apatía, y habiendo rebajado esta partida, ha conseguido que se introduzca por sus puertos la canela que consumimos, lo cual se demuestra con el hecho siguiente :

AÑOS.	Bilbao.		O'porto.		Derechos de Aduana en reis.
	Libras.	Dros. Ad pag.	Libras.	Valor en reis.	
1855	255,321	2.042,572	13,179	3.621,000	570,455
1856	140,163	1.121,304	24,778	5.897,000	1.116,410
1857	108,452	867,616	53,295	13.621,000	2.228,420
1858	145,082	1.160,656	39,997	13.775,000	1.596,880
1859	100,458	803,504	98,064	30.855,000	3.922,560
1860	98,632	789,376			

AUSTRIA misma hubo de desengañarse al fin y su arancel ha quedado sumamente perfeccionado, constando sólo de 80 artículos divididos en 49 categorías, y sin prohibiciones, si bien ha publicado otro especial para la Dalmacia.

DINAMARCA ha hecho tambien su reforma señalando derechos fiscales y aboliendo las prohibiciones. SUECIA ha llevado su arancel á una gran perfeccion en 1860, y aún posteriormente se han introducido por disposiciones especiales mejoras en sentido liberal.

En América han seguido las huellas del viejo continente, y han liberalizado sus aranceles. Vosotros habreis oido lamentar el retroceso propuesto últimamente en los Estados-Unidos del Norte en odio á los del Sur; pues bien, debeis considerar que aquel retroceso podria ser aceptado en España como un paso muy avanzado en el camino de la reforma. El arancel vigente de los Estados-Unidos está dividido en siete categorías, seis con derechos fijos, ad valorem de 4 hasta 30 por 100, y la sétima, de objetos libres, estando sujetos á pago todos los artículos, y

debiendo satisfacer los no comprendidos por la cuarta categoría que es de 15 por 100. Pues bien, la reforma pedida se reduce á cambiar en algunos artículos el derecho ad valorem por un derecho fijo y ascender á otros artículos de una categoría más baja á otra más alta. Esto, sin embargo, ha escandalizado al mundo financiero, considerándolo, como lo es en efecto, un gran retroceso. ¡Qué se dirá de nuestro arancel el más recargado, el más defectuoso que se conoce en el globo! Sí, señores, no hay uno siquiera que pueda compararse por lo difuso, por lo complicado, por lo exagerado, y hasta por lo ridículo, como muy en breve os lo demostrará uno de nuestros más distinguidos amigos, que me seguirá en esta tarea. Por último, la Francia, ese último baluarte del proteccionismo, ha tremolado también el pendón del libre-cambio, y hénos aquí solos en el mundo con nuestro arancel prohibicionista, cargado con sus 4.300 artículos, todos sueltos y colocados por orden alfabético, sin orden ni concierto, con sus derechos diferenciales de bandera, y con todas las antiguallas del siglo xvii, desterradas ya del mundo civilizado!!!

Todas las naciones, menos España, han hecho varias reformas: las más una al menos en los últimos diez años. Sólo nosotros nos hemos quedado rezagados en este importante ramo de la civilización. Tal es el estado novísimo actual de la cuestión arancelaria. ¿Y cuáles son los resultados que han producido las reformas y las que nos proporciona nuestro estancamiento?

No temais que haga esta comparación con Inglaterra ni con ninguna nación de grande importancia europea; los proteccionistas no creen á España en aptitud para aspirar á esa elevación; suponen que hay en aquellos países circunstancias especiales de adelantamiento y no sé qué otros motivos, para sostener que no podemos compararnos con ellos. He de ser más modesto de lo que desearia; voy á tomar por punto comparable las naciones más diminutas y menos importantes de Europa, á fin de colocarme en terreno firme, de modo que no pueda ser rechazada la comparación. No creo que se me tachará de ambicioso si pongo en cotejo á mi patria con HOLANDA, BÉLGICA, SUIZA y PORTUGAL. Pues bien: HOLANDA tiene tres millones quinientos mil habitantes, su comercio importa 4.500 millones de francos, es de-

cir, más de 6.000 millones de reales : BÉLGICA tiene cuatro millones seiscientos mil habitantes, y su comercio llega á 4800 millones de francos, ó sea seis mil ochocientos cuarenta millones de reales : SUIZA tiene dos millones trescientos mil habitantes, y su comercio pasa de 660 mil francos ó sean 2.500.000 rs. PORTUGAL con tres millones ochocientos mil habitantes, tiene un comercio de cerca de mil millones de reales; por manera, que á cada holandés corresponden 4.700 rs. por este concepto, á cada belga 4,460 reales, á cada suizo más de 4.000 rs., á cada portugués 250 reales. Entre todas estas naciones juntas no componen tanto como la poblacion de España, pues pasan poco de 14 millones, mientras nuestro último censo nos aproxima á 16 millones. Pues bien, ¿sabeis á cuánto asciende nuestro comercio? A 2.500 millones. ¿A cuánto corresponde por habitante? ¡¡á 460 rs.!!! ¡¡El término medio de las cuatro naciones citadas, resulta á 4.400 reales, es decir más de siete tantos lo que corresponde á nuestra España!!!!

¿En qué puede consistir tan enorme diferencia? ¿Consistirá tal vez en que aquellos países se hallan favorecidos por la naturaleza con condiciones especiales y superiores á las del nuestro? ¿Tendrán por ventura más y mejores puertos? No ciertamente. Y ahora sí que tomo yo por comparacion á la Inglaterra misma, que cuenta menor número de ellos que nuestra España, y situados en mares borrascosos y en playas ásperas é inhospitalarias de peligrosísimo acceso en lo general. ¡¡HOLANDA, BÉLGICA Y PORTUGAL, tienen cada una dos puertos, y SUIZA no tiene ninguno! Mientras que nuestra España cuenta más de 60 en el Mediterráneo, y 50 en el Océano, con la circunstancia única en Europa, de que terminadas, como lo serán antes de pocos años las cintas de ferro-carriles, que partiendo de Cádiz, lleguen una á Constantino-pla, otra á San Petesburgo, será aquel puerto el muelle, y nuestra Península el tránsito más seguro y expedito de las mercaderías ricas del continente americano, pues ciertamente que si nuestros bárbaros aranceles y restricciones no siguen aislándonos del mundo, todos preferirán esta cómoda y segura vía, á correr, especialmente en determinadas extensiones, las contingencias y peligros del azaroso mar del Norte, y veleidades del paso del Estrecho. En cuanto á puertos, pues, y situacion

para el comercio marítimo, no tiene España rival en el mundo.

¿Será que aquellas naciones tengan más abundancia y variedad de productos que nuestro país, para proporcionar retornos á los buques que lleguen á nuestros puertos? ¿Habrá quien se atreva á comparar siquiera el pantanoso y escaso suelo de Holanda, el reducido de Bélgica, el desierto y atrasado de Portugal, y las montañas cubiertas de nieve de Suiza, con el rico suelo y variados climas de nuestra España, donde se cria desde el lino de Rusia hasta la caña de azúcar y el algodón de las regiones tropicales? Aquí poseemos en abundancia los más ricos cereales, los mejores aceites, vinos de universal reputación, ágrios exquisitos, deliciosa y abundante pasa, higo y almendra, corchos, minerales de plata, plomo y cobre; es decir, todos los productos naturales que por su precio y volumen son más propios para alimentar una gran navegación.

Pues si con tan ventajosas condiciones contamos, ¿cómo puede explicarse que la Suiza con sus dos millones y trescientos mil habitantes, sin puerto en mar alguno, teniendo que llevar al través de otras naciones y transportar á gran coste por sus escarpadas montañas las primeras materias para su fabricación de toda clase, y especialmente la de géneros de algodón, vaya á competir con el coloso británico en los mercados de la India, y haga un comercio de 2.500 millones, que es lo más á que hemos podido llegar nosotros, con 16 millones de habitantes, cien puertos en ambos mares, con ricas colonias en todas las regiones del globo, y con una producción riquísima y abundante de todos los frutos de los más opuestos climas? No os canséis en buscar en otra parte que en nuestro sistema económico la razón de nuestro atraso. Reflexionad un momento en su estructura, y allí encontrareis radicada la causa de nuestros males. Y ¿podremos, por otra parte, continuar mucho tiempo rezagados del mundo en aquel ramo de producción que constituye la primera base de la riqueza de las naciones? No: por fortuna esto es imposible. Lo que no pueda conseguir la ilustración, lo arrancará la necesidad. Con efecto, señores, si corremos un poco el velo deslumbrador que cubre nuestra situación económica, veremos que bajo las apariencias de un progreso, real y efectivo en unos ramos, absolutamente falso en lo que á la pública administración ata-

ñe, caminamos á pasos agigantados á una crisis necesaria. Nuestro presupuesto ha subido en pocos años á una suma desproporcionada á nuestros adelantamientos verdaderos: la deuda pública va creciendo de una manera extraordinaria y excesiva, y dentro de pocos años se aproximará mucho al 40 por 100 de todos nuestros gastos; y en medio de tan poco halagüeña perspectiva, descubrimos la llaga profunda, terrible, de un déficit entre los ingresos y los gastos ordinarios, que es constante desde más de un siglo há, y que especialmente en los sesenta y dos años que del presente llevamos, no ha dejado de aparecer ni uno solo, en cantidad más ó menos considerable; pero que en el día puede calcularse en 400 millones de reales. Pues bien, señores, de semejante anómala situacion es necesario salir: continuar acumulando estos descubiertos cuando llegan ya despues de tantas conversiones y amortizaciones, despues de haber invertido en la rebaja de nuestra deuda un patrimonio nacional que pasa ya de 20.000 millones, á la enorme suma de 4.000 millones de reales, no es tolerable; ¿qué hacer el día que hayamos consumido lo poco que nos queda que enajenar del patrimonio comun, para saldar aquella no pequeña diferencia? Crear nuevos impuestos no es posible. España es tambien la única nacion del mundo que tiene vigentes á la vez cuantas extravagancias han discurrido los hombres en esta parte. Y no se diga que hay en esto exageracion, porque yo reto desde aquí á todas las personas conocedoras y aficionadas á la gravísima cuestion del impuesto, á que me citen una sola nacion donde semejante fenómeno se observe.

Verdad es que todas las formas de imposicion vigentes en España, existen en otros países; pero reunidas y funcionando á la vez, las directas sobre la riqueza territorial, y sobre la industrial y mercantil, y otras sobre las puertas y consumos, sobre el papel sellado, sobre el derecho de hipotecas, sobre loterías, sobre timbre, y al mismo tiempo los monopolios sobre tabacos, sobre sal, azufre y pólvora, y un arancel prohibicionista y protector, eso en ninguna. En unos países existen los consumos, pero no los monopolios ni loterías, como en Inglaterra: en otros, en el papel sellado y el timbre está embebido el derecho de hipotecas, y en todos, los tipos son por lo comun más bajos que entre nos-

otros. Pero hay más: los consumos, donde se encuentran aún establecidos, recaen sobre pocos artículos, y estos no de primera necesidad. Generalmente radican en los licores espirituosos. Pero en España, por el contrario, siendo nuestra contribucion de consumos una continuacion modernizada de las antiguas y bárbaras rentas provinciales, recaen precisamente sobre aquellos objetos que son indispensables para el sostenimiento de la vida; es decir, sobre la carne, el vino, el aceite, el jabon, las velas; y los derechos de puertas sobre otra multitud de objetos, todos de esta clase, ó como se decia en el lenguaje arbitrista de donde tuvieron origen, en *artículos de comer, beber y arder*. De forma que este durísimo é irracional impuesto pesa directamente sobre aquello que constituye la alimentacion, y por consiguiente sobre la clase jornalera, sobre la clase más pobre, é influye de una manera desastrosa en el precio de los jornales. Y además de tanta monstruosidad, todavía se ha ido recargando de manera que en algunas, con los aumentos por imposiciones municipales y provinciales, importan el 50, el 60 y el 100 por 100 de su valor: y por coronamiento de tan anticuado edificio descubrimos las prohibiciones y los derechos protectores; ¿sobre qué? ¡Precisamente sobre lo que constituye los primeros elementos de la vida, de la industria y de la inteligencia! (*Muy bien.*)

Sí, señores: la primera de todas las prohibiciones es la de los cereales; y está llevada á efecto de la manera más cruel que pueda imaginarse. Una voz más elocuente que la mia os demostrará esta verdad y os hará ver hasta dónde se ha faltado en este punto á todas las consideraciones, de modo que unido esto á los llamados derechos de puertas, teneis entrabados de una manera horrible los elementos de la vida. Otro tanto sucede con los de la industria. En todos los aranceles del mundo lo que constituye el pan de la industria moderna, el hierro, el carbon y el algodón, ó están exentos de derechos ó cargados con cuotas insignificantes. En España el hierro, el carbon y el algodón están gravados con enormes derechos. La primera materia para las industrias que nacen del ejercicio de la inteligencia, el papel, á consecuencia del enorme gravámen que sobre él pesa, escasea en España de una manera extraordinaria. Ya lo recordareis; se ha dado el escándalo de no haber-

se podido imprimir por falta de papel las sesiones de nuestro Parlamento. Presente está en este sitio un individuo de alguno de los ilustres cuerpos literarios más respetables de España, encargado por él de dirigir publicaciones para honra de nuestras letras; publicaciones que han de tener de coste muchos miles de duros que la corporacion tiene dispuestos para este uso, y que sin embargo no pueden realizarse por falta del papel necesario segun la calidad y circunstancias requeridas! ¡Quién le hubiera dicho al inmortal Guttemberg que su colosal descubrimiento vendria á estrellarse más tarde contra un artículo del arancel!

¿Qué extraño es, pues, el atraso de nuestra industria y nuestro comercio, cuando hay una abominable combinacion económica para encarecer y dificultar de ese modo el pan de la vida, el pan de la industria, el pan de la inteligencia? Y si es imposible que permanezcamos mucho tiempo en semejante atraso respecto al mundo civilizado: y si los impuestos ni pueden aumentarse en número, ni elevarse en sus tipos, ¿cómo verificar la necesaria reforma? No hay que alucinarse: el remedio está y no puede estar en otra parte que en la modificacion del arancel. El día en que esta modificacion se verifique de una manera conforme al estado de las exigencias de la ciencia, ¿qué razon hay para que la España no tenga un comercio análogo al que tienen las demás naciones del mundo, aunque sean las inferiores á ella en poblacion, en territorio y en productos naturales? Suponed pues que este cambio se verifica: elevad la cifra de nuestro comercio de 2.500 á 8 ó 10.000 millones, que es lo menos que le corresponde guardada aquella proporcion, y la renta de aduanas, que hoy llega apenas á 200 millones, de los cuales hay que rebajar la enorme suma de 60 que de coste tiene ese ejército de mar y tierra destinado á repeler á balazos los géneros que intenten traer para nuestro consumo los extranjeros, y aquella suma llegará á duplicarse y triplicarse en pocos años, como ha sucedido en todas partes donde la reforma se ha llevado á cabo: los gastos, léjos de aumentar en la proporcion de los ingresos, podrán disminuir todavía, porque un arancel racional mata el contrabando infinitamente mejor que la pólvora, las balas y los empleados. Dado este aumento, desaparecerá el déficit del pre-

supuesto y todavía quedará lo necesario para suplir el que puedan presentar la supresion sucesiva y ordenada de muchos de nuestros perjudiciales é inmorales impuestos, y sólo así podrá nuestro país elevarse á la altura que le corresponde en el congreso de las naciones, mucho mejor que con la anticuada y ridícula aspiracion á la categoria de lo que se llama gran potencia. Nacion rica, nacion ilustrada, nacion independiente, nacion libre, hé aquí lo que nos conviene que sea la nuestra; no potencia de este ó aquel orden. La importancia de las naciones modernas se mide con la altura del barómetro bursátil, como antes por el número de sus soldados. Ved ahora si son fundadas nuestras aspiraciones, si es patriótico nuestro deseo, razonable nuestra predicacion.

Os he presentado, con la rapidez que puede hacerse en una conferencia, la historia del sistema protector considerado bajo su punto de vista fiscal: os he pintado sus gravísimos defectos, sus inconvenientes, los enormes perjuicios que está originando á nuestra patria; os he patentizado que la España se ha quedado SOLA y ÚNICA en el mundo con semejante antigualla, y he hecho ver que siendo nuestro sistema económico insostenible á la luz de las buenas doctrinas, no hay posibilidad de corregirle sino es fundándose en la reforma aduanera; ¿qué me resta? Todavía una última indicacion: y es demostraros que el proteccionismo está juzgado y condenado de una manera definitiva por el tribunal competente.

Con efecto, señores, en 1860 se reunió un Congreso internacional en Lausana, capital del canton de Vaud en Suiza, con el objeto de tratar allí la gravísima cuestion del impuesto. Fuéron invitados y concurrieron á este científico certámen, todos los hombres competentes de Europa. Allí asistieron alemanes, franceses, suizos, polacos, rusos, italianos; faltaron sólo los ingleses, porque tenian al mismo tiempo otro Congreso análogo en su país. El nombre del respetable conde de SKARBERG, antor de un *Tratado de Economía política* en 1848, y ministro de Justicia en Polonia, figuraba al lado de los del eminente economista Garnier, el no menos distinguido Girardin, autor de una obra sobre impuesto único, con los condes de Zamoiski y de Pepoli, y de tantos y tantos, que no es posible citar. Tambien los espa-

ñoles fuimos invitados, y me cupo la honra de concurrir con los Sres. FIGUEROLA, CARBALLO y ALONSO PESQUERA, y por cierto que guardo en el corazón un recuerdo muy grato y conservaré mientras viva un sentimiento de gratitud por la benévola acogida que merecimos, puesto que la España figuró allí de una manera que puede lisonjearnos. Pues bien: en este respetabilísimo Congreso, fueron tratadas con gran detenimiento y copia de luces todas las cuestiones relativas á la contribucion. Allí el impuesto único rompió lanzas con el impuesto múltiple, y fué tan reñida la pelea, que en la votacion quedó equiparada la fuerza; lo cual me da un indicio seguro de que el triunfo en el porvenir está reservado á la unidad. El impuesto sobre el capital luchó con brios con el impuesto sobre la renta; las contribuciones sobre los consumos fueron reprobadas despues de reñida batalla, y los monopolios consentidos sólo en determinadas circunstancias y con especiales condiciones. Llegó por fin su vez á la cuestion de aduanas. La Comision formuló un dictámen conciso, terminante, decisivo; *las aduanas mientras subsistan* (decia la Comision) *no deben tener sino un carácter puramente fiscal*. Pues este fallo tan rotundo y tan preciso no halló en toda la Europa científica allí representada, una sola voz, que se levantara á combatirle, y el dictámen fué aprobado en medio del más profundo silencio por *unanimidad!!!* ¿Qué más? ¿Podrémos empeñarnos en estar luchando contra el ejemplo de todas las naciones, contra el dictámen de toda la Europa científica? Yo creo que no. El dia en que el país se detenga á considerar este importante asunto, tal como es en sí; el dia en que la opinion se ilustre, el triunfo de la verdad sobre el error, de la ciencia contra la preocupacion, del interés mal entendido de pocos contra el interés verdadero y permanente de todos, no puede ser dudoso. Hé aquí explicado el método de nuestra propaganda. Ningun otro móvil nos guia; una conviccion profunda de que en la reforma arancelaria está el germen de la prosperidad en nuestra patria, es lo que nos excita á estas conferencias, á esas reuniones públicas, á esas discusiones solemnes para difundir entre las gentes imparciales la luz de la verdad.

No creais á los que intentan desprestigiarnos calumniando nuestras intenciones, y si no nuestras intenciones, nuestro pro-

pósito, y propalando que somos enemigos de la industria, reformadores, utopistas, que queremos trastornar en un día todo el orden existente, y atropellar inconsideradamente respetables derechos. No, y mil veces no: nosotros no atacamos ningún derecho, sino que por el contrario combatimos el monopolio y el despojo: nosotros no intentamos introducir en nuestra patria ninguna innovacion peligrosa; sino llevarla por el camino, que siguen todas, absolutamente todas las naciones civilizadas de Europa. No queremos llegar de repente y en un año al perfeccionamiento de Inglaterra, pero ¿es mucho pedir que nos igualemos con Holanda ó con Portugal? Escoged cualquiera de los aranceles vigentes de Europa. Sea el de Rusia, sea el de Austria, no se dirá que estas naciones van arrebatadamente por el camino de las innovaciones peligrosas; pues bien, con ese nos contentamos. Como punto de partida póngase nuestro arancel al nivel de los de Rusia ó los de Austria, ¿qué digo de Austria y Rusia? el de Grecia ó Turquía es muy preferible al nuestro. No es esta ya como veis cuestion de adelantamiento y de conveniencia, es cuestion hasta de decoro.

Ayudadnos, pues, con vuestra cooperacion. Si nuestras razones os convencen, propalad y difundid nuestras razones. Si creéis que merecen contradiccion, contradecidnos concienzudamente, y nosotros insistiremos hasta llevar la conviccion á vuestros ánimos, porque la verdad no podrá menos de aparecer y brillar al fin por resultado de una razonable, desinteresada y sincera discusion.

Ayudadnos, y estoy seguro de que antes de poco la opinion se rectifica y generaliza, y la opinion es la reina de nuestra época; y el día en que por resultado de la fuerza irresistible de la opinion, logremos alejar de nuestro país esa horrible plaga que lo consume; el día en que rompiendo esa muralla de aislamiento, que nos tiene separados de Europa, abramos nuestros puertos al comercio universal, abaratarémos por este medio todos los elementos necesarios para la vida, para la industria, y para la inteligencia; vereis prosperar á España con la rapidez con que lo han hecho las demás naciones; desarrollarse industrias nuevas y progresar las antiguas; y cuando logremos sentar así las bases de una completa y sucesiva reforma en nuestro sistema financiero,

podrémos emprender esta con seguridad de benéfico resultado. Grande, colosal es la empresa: ya sabemos que no es obra para improvisada y de poco tiempo; años y no pocos años se requieren para llevarla á término feliz; más de treinta y cinco ha invertido la Inglaterra, y más de veinte la Bélgica, para llegar al punto donde se encuentran; pero por lo mismo que es de mucho tiempo la reforma, hay grande urgencia de emprenderla cuanto antes, para poder coger los primeros frutos.

Gran confianza tenemos en vuestra cooperacion, y si por efecto de ella conseguimos salir de esa letárgica apatía en que nos consumimos, habrémos obtenido la recompensa más dulce que puede gozar un hombre honrado, que es la satisfaccion de haber contribuido de una manera leal, espontánea y completamente desinteresada, á labrar la prosperidad de la patria.—HE DICHO. (*Aplausos generales y prolongados.*)

LA CUESTION DE CEREALES,

POR

D. Laureano Figuerola.

SEÑORES :

Permitidme que empiece la conferencia de esta noche con una comparacion que casi puede tener el carácter de una parábola. En la antigua legislacion del pueblo hebreo, la ley agraria daba la propiedad de las tierras no al individuo, sino á la tribu; y era tal la exageracion de esa propiedad que volvía á la tribu pasados cincuenta años ó lo que allí se llamaba el jubileo. Como temperamento de ese extremado rigorismo permitíase, y en la sucesion de los siglos se ha imitado, que recogida la cosecha pudieran ir pobres mujeres á espigar el campo que habia sido segado. Los libros sagrados nos presentan á Ruth espigadera símbolo de otra mujer fuerte, que debia significar en tiempos venideros la redencion del género humano.

Pues bien; consideradme hoy cual otra Ruth que viene á un campo donde otros ya han cosechado grandes mieses, y que sólo tiene que ofreceros algunas pobres espigas que serán granadas cuando vosotros las desarrolleis, y cuando arrojadas en el campo de la idea fructifiquen en nuestra patria. (*Bien, bien.*)

Y el ejemplo no es traído por los cabellos; vamos á hablar de cereales.

¿Qué podré decir sobre esta materia que no esté agotado por la historia, por la legislación de varios pueblos y por los hombres científicos que la han tratado? No puedo pues, aspirar á la novedad; me daré por satisfecho si consigo fijar por breve espacio la atención del inmenso auditorio que aquí se reúne, y harto haré si no se impresiona el espíritu apocado al considerar que hace pocos años éramos escaso número los apóstoles de las ideas libre-cambistas, que apenas éramos escuchados y que ya hoy son tantos los seguidores de ese principio cual ese concurso numeroso me prueba, que acoge la doctrina con fervor y vais á cultivarla y á desarrollarla provechosamente.

Bajo tres aspectos, y sólo apuntando ideas, voy á mirar la cuestión de cereales. ¿Es acaso esa base de las subsistencias de naturaleza tal, que obedezca á leyes especiales en su producción y en su cambio? De ninguna manera. Vosotros conocéis bien una idea fundamental en la ciencia económica, y sabida de todos es, aún de aquellos más extraños á tal clase de estudios, la idea de la oferta y del pedido. En condiciones naturales, cuando no hay legislación que impida las relaciones que deben establecerse entre el que demanda un producto y aquel que le ofrece, hay una relación de servicios que se determina por el sacrificio que cada uno está dispuesto á hacer, en virtud de cuyo hecho se produce el cambio: de tal suerte, que nadie cambia cuando la cantidad de sacrificios que tendría que hacer para ello, es mayor de la que por sí mismo le costaría para alcanzar el producto que desea. La ley de la oferta y del pedido, se regula así, tan naturalmente, que no obedece á condiciones de latitud, ni de legislación, sino que es igual para todos los pueblos, y en todos los tiempos. Si, pues, no se interpone ningún artificio, ninguna disposición especial, que impida que cada uno estime la cantidad de los esfuerzos que ha verificado para obtener un producto, con el cual satisfaga sus necesidades, y le quede un sobrante para obtener otras satisfacciones en distinta forma, el cambio se verifica. La ley de la oferta y del pedido, en ninguna especie de cambios se ha visto más inmediatamente realizada para la humanidad, desde la forma más salvaje hasta la forma más civilizada,

que en la provision de alimentos; y en Europa, en esta region donde el hombre ha determinado su manera de vivir, tomando por base los cereales, estas cuestiones debieran ofrecerse bajo el sencillo aspecto de la oferta y de la demanda, si en las antiguas organizaciones humanas no se hubiese interpuesto entre el hombre que pide y el hombre que ofrece una entidad llamada Estado, que considerando á los hombres en continuada tutela, ha creído deber mediar entre ellos para procurarles lo que por sí mismos podrian verificar con más acierto. (*Bien, bien.*) Pero esa manera de ser que los pueblos han tenido, cuidando la institucion llamada Estado de procurar bienes al individuo, ha concluido en los tiempos modernos, dando al individuo mayor responsabilidad, y evitándose el Estado la inmensa pesadumbre de ocupaciones que nunca debió desempeñar. Cuanto más ha crecido la responsabilidad del individuo, otro tanto ha disminuido la tarea del Estado, pero ha crecido la necesidad de los esfuerzos individuales, subiendo en proporcion las satisfacciones para el individuo. Mientras la tutela del Estado buscaba afanosa los medios de cuidar de la vida de sus súbditos, porque la vida es antes que todo, nos encontramos en la manifestacion de antiguas edades y de tiempos inmediatos á nosotros: con el ejemplo del Egipto, en donde un Faraon busca llenar los graneros, para los años que amenazan ser de carestía; con la vida romana en que el pueblo envilecido pedia á los Césares *panem et circenses*, que en tiempos más modernos se ha traducido para nuestra España por *pan y toros*; con la organizacion pontificia que sucedió á la vida imperial, y que con la caja *annonaria* ó de abastos, acudia á dar pan barato al pueblo, lo mismo que los Césares le habian procurado con el *panem et circenses*. Las legislaciones inglesa y francesa, así como tambien la española, desde los tiempos históricos, hasta los más modernos, os demostrarán abriendo los libros de sus leyes, los trances, el desasosiego, la incertidumbre que los gobiernos pasaban para que no faltase el alimento á los pobladores de su territorio. Si abrimos nuestras leyes recopiladas, esa coleccion de hechos históricos, fuente de estudio, en que los datos administrativos se presentan en cuerpos legales, veremos contrapuestas todas las contradicciones imaginables que pueden presentarse á nuestro espíritu para sa-

tisfacer esta necesidad económica, violentamente elevada á tarea administrativa. Ya se impone la prohibicion de la exportacion, ya se busca con ánsia la importacion, ya se rechaza esta, ya se dan reglas para que los logreros ó acaparadores no perjudiquen con ganancias, que los gobiernos creen siempre exageradas, al abastecimiento de los pueblos; ya se impone la tasa, se quita luego, y la más grande libertad, así como la más grande restriccion, se suceden en formas contrapuestas y continuadas, de manera que si la historia es maestra de la vida, por la historia podreis encontrar que los gobiernos no han hallado el medio de satisfacer á la misma necesidad que procuraban proveer. Esos ejemplos que son numerosos, y que estadísticamente pueden presentarse, porque ya en la vida moderna, los datos abundan coleccionados, nos conducen á buscar una generalizacion mayor para encontrar solucion á esta importantísima cuestion de vida, que los gobiernos han procurado resolver, yendo siempre de Scila á Caribdis, por no buscar la solucion por medio de la actividad individual. Y tan notable es esta solucion, que se presenta volviendo á las leyes naturales de la oferta y del pedido, que yo voy á presentaros el ejemplo de la evolucion que en los tiempos modernos se ha efectuado ya, en nuestra patria para llegar á la situacion en que nos encontramos ahora.

Primeramente el cuidado y el afan del abastecimiento, es municipal, y presentánse los ayuntamientos encargados de los abastos, dictando reglas para que entren en el mercado público los cereales indispensables para la manutencion del vecindario, y al mismo tiempo, mandando que no se exporten de la villa ó ciudad, las cantidades cosechadas, á fin, de que en lo sucesivo, no falte tampoco el sustento á la poblacion. Esas disposiciones, son tantas y tan continuadas, que causan un daño extraordinario al mismo objeto que se proponian realizar. Y para que no creais que hablo de tiempos antiguos que no pudieran presentarse como ejemplos vivientes, voy á citar uno, cuya fecha alcanza á la vida que muchos de vosotros contaís. Este ejemplo es español, de la época de 1824, lo contiene una real orden dictada por un ministro célebre en nuestra patria, llamado D. Tadeo Calomarde. Es menester, decia, con ocasion de prohibirse en la provincia de Córdoba, la extraccion de granos de los pueblos, por la carestía que se ha-

bia presentado en el año fatal de 1824, «que no se pongan dificultades en la venta.... pues si en cada pueblo se dificulta la libre salida y venta, por razon de carestía, se hará esta mayor, »y habrá una miseria imaginaria, difícil de remediar, sin que »haya verdadero motivo para ella;» y dictaba las órdenes más terminantes para que se exportasen y vendiesen libremente los cereales que hubiese en las poblaciones de aquella provincia. La razon fundamental que tenia para que esto se verificase, es ajustada á los sanos principios, y ya veis que la autoridad no es sospechosa. La he buscado en una época que nada tiene que ver con la presente, y en donde la idea que se tenia de cuidar el Estado de la manutencion del individuo, es constante y radicalmente opuesta á lo que sucede en los tiempos presentes. Entonces se reconocia, que si dentro de los muros de una ciudad, se verificaba esa operacion administrativa que separaba el cambio de las leyes naturales de la oferta y del pedido, ibase á crear una carestía artificial, una escasez *imaginaria*, harto real por desgracia, en los resultados, sin haber motivo para ello. Pues esta real orden española que podeis ver en la Coleccion de Decretos, tomo 9, pág. 116, cierra en el orden de los tiempos en nuestra patria la facultad de que los pueblos puedan amurallarse, para guardar sus cereales y encerrarse en una vida egoista que les haga rechazar la libre contratacion con las poblaciones vecinas.

De la vida del pueblo á la vida de la provincia hay poca distancia, y sin embargo tambien en nuestra España las mismas disposiciones que regian para el aprovisionamiento ó abastecimiento de los pueblos, existian para el abastecimiento de las provincias. Aragon no podia exportar cereales á Cataluña sin que antes estuviese estudiado y comprobado por los intendentes que habia cantidad suficiente para la vida y sustento de los aragoneses; en el interin los catalanes, los navarros, y los de las demás provincias eran mirados como enemigos. Pero llegaba el caso de declararse por esos intendentes que estaba asegurado el sustento de los habitantes de la provincia, y entonces, desde aquel instante el sobrante de los cereales se desparramaba por las demás provincias, para que en cambio fuesen á Aragon otros productos. Este mismo principio que he pre-



sentado localizado en un punto, lo podeis ver tambien en Andalucía, Leon, etc., pues aun cuando la idea de diversidad de reinos en España se hubiese empezado á borrar desde los Reyes Católicos, la verdad es que existian separaciones marcadas entre Andalucía, Castilla, Reino de Granada, etc.; y la vida seguia segun las formas legislativas de esta suerte, hasta que un hecho providencial, la guerra de la Independencia, látigo con que la Providencia despertó á este pueblo español, produjo una reunion de hombres notables en las Córtes de Cádiz, que dijeron que la superficie peninsular era patria comun y que no debia haber barreras entre unos y otros pueblos, sino que debian borrarse los limites que separaban á los antiguos reinos, y decretaron la libre venta, exportacion é importacion de los cereales en todo el territorio de la Península. Pero los años eran desgraciados para que la experiencia pudiera traerse traducida en datos estadísticos que produjeran la conviccion; una reaccion terrible, en 1823, impidió la realizacion de este ensayo. Sin embargo, un ministro compañero del que acabo de citar, D. Luis Lopez Ballesteros, al prohibir la exportacion al extranjero como tambien la importacion, dijo que en el interior podria verificarse libremente la contratacion de cereales del uno al otro ámbito de la Península (1); y aquí tenemos adelantado un paso de gran significacion, porque empezaron á decrecer las amarguras que la falta de esa base de subsistencias causa siempre á los pueblos. Llegó el año 34, verificóse el primer cambio político que ha traído la situacion actual de nuestra nacion, y el Sr. Burgos refrendó un decreto en 29 Enero de aquel año, que es una etapa histórico-administrativa del progreso de las ideas económicas. No sólo se fortaleció la facultad del libre tráfico y contratacion en los pueblos sin sujecion á tasa, ni á otras leyes que las comunes; no sólo se mantuvo la libre contratacion en todo el reino, sino que se permitió la exportacion de la Península de los granos y semillas libres de todo derecho, arbitrio ó gabela que gravite sobre este comercio. La prohibicion absoluta dictada en 1824 para la importacion en España quedó subsistente, pero se previó ya el caso de necesidad y se autorizó, cuando el precio

(1) Real orden de 17 de Febrero de 1824, regla 2.ª

del trigo llegase al límite de 70 rs. por fanega y 110 el quintal de harina, es decir, se fijó un precio de hambre, pero aún en la fijación de tales precios límites, se reconoció la necesidad de tasarlos inferiores á los que las Cortes de Cádiz habian fijado puesto que allí se establecieron los de 80 rs. la fanega de trigo y 120 el quintal de harina. Datos son estos elocuentes para el observador atento á la marcha de los fenómenos morales. La serie no interrumpida de hechos constantes y con la misma tendencia nos demuestra, que la administracion va despojándose de cuidados que no le atañen; que fia más en el individuo y caen no sólo las barreras de los pueblos sino las de las provincias, y abrese luego un inmenso portillo para que la exportacion sea libre. Ahora en qué situacion nos encontramos? Ahora en 1862 nos encontramos en la region de las ideas con convicciones más adelantadas, formadas con el estudio de nuestros propios hechos, pero en la region administrativa vivimos bajo la legislacion de 1834. Ha habido sin embargo despues dos periodos notables, el de 1847 y 1848 y el de 1857 y 1858. La disposicion tal como habia sido dictada en 1834 debió modificarse temporalmente, permitiéndose la introduccion de granos extranjeros, pero al permitirse esto, no pudo cumplirse con lo que por aquella disposicion estaba acordado, á saber, que cuando el precio que tuviese el trigo en una provincia en tres mercados consecutivos fuese el de 70 rs. la fanega, el gobernador de esa provincia pudiese por sí decretar la introduccion. Nunca se ha verificado esto; ha tenido que ser una providencia tomada por el gobierno central, que ha debido decretarla al pasar de un extremo á otro, es decir, de la prohibicion absoluta á la libertad absoluta. ¡Singular fenómeno digno de notarse siempre y llamar sobre él la atencion: cuando llega un gran peligro económico, en un Estado donde impera el proteccionismo, el único remedio que se encuentra para conjurar el mal es el de decretar la libertad!

Colocados en este terreno, conocida la situacion legal de nuestro país en materia de cereales, no haré más que apuntar algunas razones, porque otra cosa seria ofender vuestra ilustracion. ¿Por qué cuando se trata del comercio de granos con naciones extranjeras nos hemos quedado á la mitad de la carrera en una semi-medida, siendo así que hemos recorrido la escala económica

para la importación y exportación en las poblaciones y en las provincias, y la hemos recorrido con los más satisfactorios resultados? ¿Acaso esa ley constante que no obedece á tiempos, ni á latitudes, ni á nacionalidades, producirá distintos resultados cuando versa sobre una reunión de pueblos y provincias, constituyendo una nación? ¿Acaso esa verdad quedará falseada por la influencia ó el contacto con la idea del Estado? La contestación en cuanto á la exportación es ya elocuente, la nacionalidad para nada influye. ¿Tendrá para la importación una influencia subversiva de la lógica? Pues esto es lo que voy á examinar en breves razones para que se comprenda el error en que estamos, y con esto entro de lleno en la segunda parte de esta conferencia.

Si hay un mercado nacional, así como hay un mercado local, todos convendréis conmigo en que hay un mercado universal de todas las naciones, y también debereis convenir conmigo que las leyes nacionales no alcanzan más que á los individuos de las nacionalidades respectivas.

Esto, permitidme lo vulgar de la frase, es una perogrullada. ¿Qué acontecería si el gobierno español ú otro hubiese impuesto un derecho á la exportación de los cereales? ¿Quién pagaría este derecho, los extranjeros ó los españoles? La contestación para mí es evidente. Como los extranjeros al buscar el trigo irán á buscarle allí donde le encuentren más barato, de seguro que no vendrán á comprarlo á España, sino lo encuentran al precio medio del mercado universal; de manera que si salen trigos de España y son comprados por individuos extranjeros, es que el trigo español al salir de nuestros puertos está al precio medio de ese mercado universal. Pues supongamos que al salir de los puertos españoles el trigo hubiese sido recargado con un 2, un 3 ó un 4 por 100, ¿sobre quién pesaría este recargo? No sería sobre los extranjeros, porque si sobre el precio medio que el trigo tuviere al llegar á los puertos, cargándole un 2 ó un 4 por 100, resultaba un precio más caro que el que tuviese en el mercado universal, los trigos españoles no saldrían de España. Luego es evidente que quien pagaría ese sobreprecio, especie de contribución de consumos impuesta sobre el trigo español, serían los españoles. Y pagándole los españoles ¿podeis negar

que esa contribucion disminuirá la posibilidad de la oferta por parte de los productores españoles, que han pedido egoistamente, por un interés exclusivo, pero que no censuro, un mercado más universal para que hubiese más personas que les pidiesen trigo? Luego el derecho pesaria sobre los productores españoles; seria esta una contribucion más que tendrian que pagar al Estado, y que recaeria sobre su propia produccion, pues impediria su venta y concurrencia con todos los demás del mundo, por la suma que el tipo del derecho encareciese su valor en los puertos.

Veamos la idea inversa. Supongamos en el mercado del mundo un precio medio que haga accesible el trigo extranjero á los puertos españoles. No hablemos ya bajo el supuesto de que exista prohibicion absoluta, sino de que sea el trigo extranjero accesible al consumidor español. Si se impone un derecho á su introduccion ¿quién le pagará? Yo creo que todos habreis mentalmente contestado acordes, por la paridad con el ejemplo anterior. Si con el derecho que se impusiese al trigo extranjero, este no pudiese venderse en España al precio medio que estuviese fijado en el mercado universal, el trigo extranjero se alejaria de nuestras costas. Luego si el vendedor extranjero no queria sufrir el recargo que se le impusiera á la introduccion de sus cereales, y sin embargo se necesitase el trigo, ¿sobre quién recaeria este recargo? Sobre los consumidores españoles; seria un derecho de consumo impuesto al consumidor español.

De aquí vamos á otra deduccion. Si los trigos extranjeros están prohibidos para su entrada en España, España cosechará una cantidad dada de trigos, pero todos los españoles comprarán los cereales que España produzca con un sobreprecio que se expresará por la diferencia entre el precio verdadero que tengan en el mercado universal y el precio que motive la prohibicion. De modo que si el trigo debia valer 20 en el mercado universal, y por haberse levantado en nuestra nacion una muralla como la de la China para que no penetren los cereales extranjeros, pagamos el trigo en España á 24, estos 4 de diferencia pagados por el consumidor español, representan una contribucion de consumos que recarga sus gastos, para que no pueda comer el pan al precio que le hubiera costado en el mercado universal. Creo que esta es una demostracion sencilla, y si me esforzara en que-

rer llevarla á mayor cálculo, ofenderia la ilustracion de mis oyentes, al propio tiempo que haria pesada una conferencia en que sólo se puede ir desflorando las cuestiones.

Pero desde luego ocurre esta idea: ¿por qué se prohíbe la entrada á los trigos extranjeros? ¿Para dispensar proteccion á la agricultura? Y en verdad, señores, que presumo que aquí, en tierra de Castilla, habrá personas que me estén escuchando, cuyo origen de renta, sea simplemente la agricultura; por tanto, es una especie de reto, el venir á decir aquí, á los que viven de la renta de la tierra, á los que fundan sus medios de existencia en la agricultura, que no se debe cerrar la entrada á los trigos extranjeros, porque creerán que trato de mermarles una parte de la renta que ellos consideran aumentada con la proteccion. ¡Condicion singular es la mia! Allá, en Cataluña, he tenido que abogar por la entrada libre de los algodones, en interés de los mismos fabricantes; y aquí en Castilla, me veo en la precision de pedir la entrada libre de los trigos extranjeros en interés de los mismos propietarios. Yo espero demostrar en la cuestion de cereales, que es la idea más equivocada que los labradores pueden tener, la de la proteccion.

En primer lugar, nuestra patria no es tan á propósito para la produccion de cereales, como generalmente se cree; tenemos tierras mucho más adecuadas para la viña, para los olivos y para una infinidad de caldos, que para el trigo. De modo, que proteger la agricultura en materia de cereales, realmente, no es protegerla, es proteger tan sólo al fabricante de trigo, mas no á la agricultura en general, porque los que tengan por ejemplo, olivares ó viñedos, no se verán protegidos con la especie de amparo que se quiera dispensar á los cosecheros de cereales. Acontecerá, acaso y sin acaso, con esa proteccion para los cereales, lo que todos vosotros sabeis que funestamente, por desgracia, ha acontecido con la proteccion que se dispensó á la ganadería. Los privilegios de la Mesta, fuéron tales, que mataron la labranza, y todos los ramos de la agricultura sólo han empezado á levantar figura desde el momento que se ha reducido á sus justos límites la proteccion acordada á la ganadería. Pero veamos de frente esa cuestion, que realmente no lo es, porque no es más que una de las muchas facetas del diamante de la libertad de los

cambios; veamos tambien ese problema, bajo el aspecto de los cereales, como puede presentarse bajo el aspecto de las máquinas, de los hierros, y de otra infinidad de objetos.

La proteccion tiene por *objeto* reconocido y confesado, levantar los precios, tiene por *pretexto* proteger la agricultura, y por resultado, beneficiar en una época inmediata al propietario, y perjudicarle en una época mediata. La libertad, por el contrario, tiene por objeto bajar los precios, no tiene pretexto alguno con que encubrirse, y tiene por resultado favorecer al propietario y al consumidor. (*Aplausos.*) Los propietarios que buscan un gran mercado, han realizado el fenómeno económico de la mejor manera que les ha sido posible, porque han dicho, nosotros somos vendedores ¿qué necesitamos pues? el mayor número de compradores; de aquí que no se hayan contentado con el mercado de su pueblo, ni de su provincia, ni de su nacion, sino que han llevado sus trigos al extranjero. Pero luego egoisticamente, permitaseme esa frase, han dicho: como vendedores, necesitamos tambien que haya el menor número de entre nosotros, levantemos una muralla que nos aisle de las demás naciones. Este es el cálculo más desgraciado que podian imaginarse. El precio, es verdad que puede tener un alza con la limitacion de los vendedores, impidiendo la entrada de otros extranjeros, no permitiéndoles hacer concurrencia con los vendedores nacionales, así como antes se prohibia hacer concurrencia á los vendedores locales ó provinciales. El precio puede subir nominalmente, en numerario de una manera marcada en la produccion, pero bajar en sentido real, y la significacion de estas voces tambien la conoceis. Sabeis los elementos que entran en toda produccion. ¿Qué hay en toda produccion? Primeramente, la accion fecundante de la naturaleza; las fuerzas que ella tiene en su seno, y que esperan un hombre que las observe, que las estudie y que las avasalle, de tal suerte, que como dice un proverbio, la tierra vale lo que vale el hombre que la cultiva. Supongamos una nacion donde los consumos estén limitados, y encontraremos, que providencialmente se ha de distribuir el trabajo de la produccion en dos partes; en eso que un economista francés, bastante familiar entre nosotros, Bastiat, ha llamado la parte gratuita y la parte onerosa de la produccion. Quanto mayor es la parte gratuita ó de la natu-

raleza, menor es la onerosa. Siempre hay una parte gratuita, por pequeña que sea; la parte onerosa es la que se paga, y no la gratuita, porque la naturaleza no tiene representante que demande el precio de su parte de esfuerzos. En ese gran laboratorio de la naturaleza, el hombre debe trabajar el campo, remover la tierra, sembrarla y hacer una porcion de esfuerzos, sirviéndose de instrumentos de labranza y máquinas de agricultura, que indican una cantidad anterior de trabajo y de experiencia acumulados en el trascurso de los siglos. Pero en ese laboratorio químico, se necesita sol, aire y agua, y unas veces el sol es el que abunda, otras el aire y otras el agua; y siendo una misma la accion del hombre en la produccion, nos encontramos á veces que la accion de la naturaleza, ó la parte gratuita, se desvanece ante un huracan, un pedrisco ó una tempestad. La Providencia ha querido que esto sucediese, para que todos los hombres estuviesen en comunicacion, porque la tempestad, el huracan, el incendio de las mieses no devastan á la vez todas las regiones; mientras que en los países occidentales la cosecha es escasa, abunda en los orientales, y viceversa. Y esos fenómenos introducen alteracion en las existencias de cereales, alteraciones en el pedido de cada mercado, y por consecuencia alteran los precios y determinan el valor de las cosechas. Se ha reducido ya á términos numéricos, el efecto que una cosecha mala produce, así como con una vara métrica sencilla, puede determinarse lo que significa una cosecha mediana y una cosecha abundante. Los datos estadísticos, reunidos por el célebre Tooke, en esa obra de los precios que se han observado en el mercado del mundo, hace siglo y medio, permiten calificar de cosecha mediana, aquella en que falta un 4 por 100 de lo necesario para la subsistencia total, cosecha mala aquella en que falta un 6 por 100, y cosecha malísima, aquella en que falta el 10 ó más por 100, y viceversa, se llama cosecha buena abundante ó abundantísima, segun que haya 4, 6 ó 10 por 100 de exceso.

Esto se determina tambien por los dias en que puede faltar ó sobrar la manutencion de un pueblo, y por la totalidad de alimentos de los habitantes, porque en la cosecha regular sobran alimentos para más de 15 dias sobre el consumo anual de la poblacion; abundante, si sobran de 20 á 22 dias y muy abun-

dante si sobra para más de 36 dias, y viceversa en la cosecha mediana, mala, ó muy mala.

Para daros un ejemplo al paso, que luego aprovecharé, puedo recordaros uno muy reciente en vuestra memoria, cuál fué la deficiencia de cosechas en 1847 y 1848 en España, que representó una falta de alimento para la poblacion española de 29 dias, y de 34 en 1857. Pues bien; ¿qué ley siguen los precios cuando hay esa deficiencia ó abundancia de cosechas? Tambien está determinada, tambien apelando á vuestra memoria encontrareis los datos. Cuando falta un décimo de subsistencia, el precio no sube un décimo, sino tres décimos del tipo en que anteriormente giraba y cuando faltan cinco décimos, que es el mayor grado que los pueblos han presentado, los precios suben hasta cinco veces su tipo anterior. Para referirme á ejemplos nuestros recordaré los años de 1857 y 1858 cuando la fanega que se compra en esos graneros de Castilla á 20 y 24 rs. llegó á valer 100, 130 y 138 en Extremadura. No faltaban más que 34 dias de alimentacion en España ó sea próximamente la décima parte del consumo anual, y sin embargo los precios no significaban el déficit proporcional entre los 331 dias en que habia alimentacion para el país, sino que se habian elevado hasta el punto de ser unos precios de alarma, convulsivos, epilécticos, subiendo cinco veces más de su estado normal. Y es que la cuestion de subsistencias altera los ánimos, enardece las imaginaciones, se ven las privaciones, las escaseces, los sufrimientos y las hambres terribles consiguientes á una falta de alimentos, y cada uno trata de precaverse segun la alarma que tiene y que es mayor de lo que real y positivamente pudiera acontecer al país, y por esto suben los precios de los cereales hasta llegar á conmover los Estados y á obligar á los gobiernos á tomar providencias diametralmente opuestas á las que antes regian administrativamente, puesto que de la prohibicion se acude á la libertad como remedio fecundo, como remedio soberano, como remedio divino para venir en auxilio de las necesidades públicas.

Ved ahora el daño grave que causa á todos los pobladores el aumento de los precios, para que llegueis á conocer el daño tambien grave que causa á los propietarios. He hecho un cálculo

lo muy sencillo para que podais comprender al momento lo que altera en las relaciones de las cosas, el subir un cuarto en libra el pan, y todavía menos que un cuarto, porque este representa poco más de 12 céntimos de real, y yo para buscar un número fácil de retener y propio para el cálculo he fijado el aumento de diez céntimos en libra de pan, que es lo que supondrémos consume un individuo por día. Diez céntimos multiplicados por 365 días son 36 reales y medio de aumento en el precio del pan, que por consiguiente no se destinan á otras cosas. Y multiplicados esos 36 $\frac{1}{2}$ reales que debe destinar el individuo sólo para pagar el mayor precio de 10 céntimos que ha tomado el pan, separándolos de otros goces, por el número de 15 millones de individuos españoles sube al año aquella cantidad á 537 millones. Calculad esa masa enorme de que es difícil formarse idea, porque aunque barajamos los millones con facilidad, las cantidades pasando de cierto limite no caben en nuestra cabeza. Pues 537 millones son distraídos de la compra de primeras materias, de la compra de carne, vino, lana, seda, trajes y son separados también de la masa destinada al ahorro y á la formación de capital y todo eso sólo con subir menos de un cuarto el precio del pan. Pues bien, esa cantidad que parece va de una manera maravillosa á convertirse en montañas de oro á voluntad y beneficio de los propietarios, inmediatamente les alcanza: sí, es verdad, va á parar á los cosecheros de trigo. Este es el resultado inmediato; pero desde el momento que toda esa cantidad tiene que dedicarse á la compra de pan, ya no puede destinarse como antes á otras cosas, y en su consecuencia se paralizan los talleres, las transacciones son en menor número, y el propietario ve que no van á comprarle á aquel precio de hambre, que le hacia tener encerrado su trigo en el granero esperando que tomara más precio, desafiando las amenazas del pueblo contra los acaparadores. De aquí que aquel precio de hambre repentinamente baje; porque como son menos los que hacen el pedido, y se buscan medios de subsistencia no tan fecundantes para la vida, la llave del granero se enmohece, el propietario no obtiene los precios que esperaba, y aún más que todo, la muerte se encarga de arrebatár á los individuos acosados por el hambre. Y desde el momento que la muerte ha intervenido, ¿qué es lo que sucede?

Baja el número de los consumidores, bajan tambien los precios, y al mismo tiempo como que no hay brazos vigorosos y los braceros disminuyen, los salarios han de subir, y las cosechas se pudren en los campos, ó son devoradas por los ganados; de modo que donde el propietario esperaba tener una ganancia, resulta que la obtiene realmente por un efecto inmediato, pero que tambien por un efecto mediato se encuentra en la miseria. Hé aquí una demostracion sencilla del defecto capital de querer aumentar nominalmente los precios.

En esa Inglaterra, donde se ha hecho el ensayo de todos los sistemas de legislacion sobre cereales hasta venir á la gran disposicion de 1847, estaba probado por los datos estadísticos, allí abundantemente recogidos hace siglo y medio, que el aumento de un shiling por cuartera de trigo que equivale á unas cinco fanegas de Castilla ó sea el aumento de un real en fanega española calculando el shiling á cinco reales, producía en Lóndres un aumento proporcional en la mortalidad de los habitantes. Un real en fanega (grábese esta cifra en vuestra memoria) aumentaba allí la mortalidad; este aumento viene en comprobacion de la demostracion que acabo de haceros.

Debo sin embargo manifestar un hecho excepcional que podría traerse aquí como contradiccion de mi doctrina. Tengo en mi poder un documento, por el que se acredita que cuando era permitida la introduccion de trigos extranjeros en España, en una provincia necesitada de cereales, Barcelona, se demuestra que los trigos costaban más caros que desde el momento en que se decretó la prohibicion. El trigo español se obtenía 42 reales más barato por efecto de lo que llamaban prohibicion, en vez del precio que tenía regularmente con la libre importacion de cereales extranjeros. Pero no discutiría con lealtad si me atuviese á ese ejemplo, porque en esa Memoria dirigida á la diputacion provincial de aquella provincia para que aconseje ante el gobierno la prohibicion de los trigos extranjeros, se acude á los medios artificiosos que da la estadística cuando las séries de números no son crecidas; allí se habla de períodos de 2 y 3 años, siendo así que deben ser de más para que los promedios sean aceptables. Pero puedo presentaros ejemplos en nuestro país; tengo los precios medios de los mercados de Castilla en el siglo pasado has-

ta 1765, en que se decretó el libre comercio interior. Los precios medios de Castilla habian llegado al minimum de 20 rs., y en algunos pueblos á 14 y hasta 7 rs. fanega; decretóse el libre comercio interior en dicho año de 1765 por una real cédula que encontrareis en la *Novísima Recopilacion*, y el precio medio subió á 26, y eso despues de abolida la tasa. De modo que, discutiendo con la mitad de la verdad, podria deciros que el propietario obtenia más renta con la libertad que con la prohibicion; pero cuando las experiencias no van acompañadas de suficiente cúmulo de datos, son armas que se vuelven contra aquel que las esgrime, porque se le puede argüir de que procede con mala fe ó con ignorancia. Para que los argumentos puedan ser apreciados con verdad, deben traerse todos los datos. El beneficio de la libertad de comercio en el periodo de 1765 á 1789, no es, repito, más que la mitad de un argumento; era el resultado de compensar las carestías que existian en un punto con la abundancia que habia en otros, y se habia establecido un término medio que era mayor, porque cobraban valor los cereales cuyo precio estaba envilecido con el estancamiento y prohibicion local.

La grande demostracion de las ventajas de la libertad de cereales, está en el hecho que os he presentado perjudicial á los mismos propietarios; pero me falta completar la idea. Yo he hablado del precio que puede crecer, y no del efecto de menores precios que dan mayores beneficios á los propietarios y á los consumidores. El precio venal de las cosas en dinero, no significa lo que con el dinero se puede obtener. Todos vosotros habeis oido decir, dinero barato, y dinero caro. Pues bien, ¿qué importa á los propietarios el que tengan sus cereales un precio nominal más alto, si el dinero vale menos? Si con un precio más bajo compensando unas cosechas con otras en diversas comarcas de la tierra resulta un término medio que permite tener braceros más baratos, instrumentos más baratos, y dar mayor energía á la produccion ¿qué importa entonces, que los precios en numerario sean inferiores? El propietario en este caso ha ganado, aunque los precios nominalmente hayan bajado. ¿Y he de decir algo de los consumidores, cuando por la demostración que antes hicimos, podemos contar por millones lo que ahorrarán y dedicarán á otros gastos con sólo una rebaja de 10 céntimos en el precio

del pan? Pero la hora ha terminado y voy á concluir en breves frases.

Habeis oido á todos los proteccionistas (que ahora se cubren con este nombre los prohibicionistas, porque en la esencia son lo mismo, discrepando solamente en la gradacion de la cosa), habeis oido, repito, á los proteccionistas, decir indudablemente de buena fe, que las primeras materias deben ser libres, porque de esta manera se fecunda el trabajo nacional. ¿Pues qué primera materia hay que sea más importante que el alimento del hombre? ¿Hay acaso produccion más preciosa que el hombre? ¿Quereis impedir la introduccion libre de los cereales para que no nazcan y no se conserven los hombres, ó quereis que los hombres perezcan por mantener la prohibicion en los cereales?

Si se buscan los argumentos de autoridad, bien podemos admitir el de la Europa aleccionada por esas experiencias administrativas, coleccionadas en códigos de todos los pueblos, y que demuestran los sinsabores que los gobiernos han tenido, por ocuparse de cuestiones que no eran de su incumbencia. Bien sabeis, cómo despojados nuestros ayuntamientos del cuidado de los abastos, se verifica en Madrid el fenómeno maravilloso de estar mucho mejor abastecido que cuando los concejales se ocupaban de semejante tarea. Pues elevad los concejales á la categoría de gobernantes nacionales, que no son otra cosa sino concejales de la nacion, y vereis de la misma manera, que abandonando la preocupacion arancelaria, estarian mejor surtidos los mercados nacionales.

Voy á leeros los datos arancelarios que he examinado de pueblos europeos que admiten la introduccion de trigos extranjeros. Es libre de todo derecho su importacion en Francia, Italia y Grecia, y pagan cantidades muy reducidas, en las siguientes naciones :

NACIONES.	MEDIDA DECIMAL.		MEDIDA ESPAÑOLA.	
	Hectólitros	Franco.	Fanega.	Rs. vn.
Alemania (Zollverein).	1	0,46	1	1
Inglaterra.	1	0,43	1	0,90
Suecia.	1	1,37	1	2,90
Noruega.	1	2,41	1	5,05
Holanda.	1	0,56	1	1,28
Rusia.				
Imperio y } por mar.	1	1,72	1	3,90
Polonia. . } por tierra.	1	0,57	1	1,28
Provincias transcaucásicas.	1	0,57	1	1,28
Bélgica.	100 kils.	0,60	1 qq.	1,06
Suiza.	100	0,30	1	0,50
Austria.	100	1,74	1	3,04
Dinamarca.	100	5,36	1	9,34
Turquía 3 p.º ad valorem.				

No disputo sobre ese derecho decero á nueve reales; ya sabeis el efecto que produce el aumento de uno solo en la mortalidad; pero ved cuán inmensa distancia separa á esas naciones de la prohibicion española.

Si argumentos de autoridad, os persuaden más que mis raciocinios, ahí los teneis: toda la Europa civilizada, declara haber depuesto el error de antiguas rutinas, sola la España, no avanza en el camino emprendido en 1824 y seguido en 1834.

¿Son acaso idénticas las condiciones de esos pueblos? En verdad que no puede sostenerse semejante aserto. Se nos habla de Odesa, de ese mercado que ha espantado al mundo en algunos tiempos, y que no se espanta de que vayan allí trigos extranjeros, como no debemos espantarnos, nosotros los españoles, de que en años escasos nos envíen cereales. ¿Y cuándo sucede esto? Cuando la conduccion del trigo desde nuestro litoral hácia el interior, debe hacerse á lomo, ¿temeis la inundacion del trigo? ¡tened en cuenta que es una inundacion en acémilas!

No esperemos que el trigo venga á nosotros, sino es al precio que tenga en el mercado universal. Permitidme que concluya como he empezado. Más de una vez, al llegar la época de la recoleccion, habreis visto sentado en el dintel de la puerta de su casa, al propietario, haciendo cálculos sobre el producto de la

cosecha ó sobre la posibilidad de una carestía, y pensando el precio á que podrá vender el trigo, si la carestía se realiza, cálculos siempre egoistas. Pues suponed que en aquel momento de descanso, al asomar la noche, llega entre otros á formar la tertulia el alcalde ó el fiel de fechos, quien participa á los asistentes, que el gobierno, vista la carestía que amenaza, ha tomado la providencia de decretar la libre introduccion de cereales, esa providencia terrible que entonces se mira como bienhechora, y allí de las imprecaciones del propietario, que en un momento ve destruida la ganancia con que soñaba, allí de las maldiciones al extranjero, á quien se le mira como enemigo, allí de las acusaciones al gobierno porque no se ocupa del interés de los propietarios y sí del de los braceros; y tiene lugar una escena que podríamos decir, calenturienta, que pintarian admirablemente los pinceles de Zurbarán ó del Greco. Penetrad sin embargo, en esa misma casa, y hallareis una madre que va á acostar á sus pequeñuelos, y que les va recitando una oracion que nada tiene de egoista, como inspirada por divinos labios; oracion que con amorosa sonrisa y dulce palabra, repiten en coro aquellos infantitos, pidiendo *el pan nuestro de cada dia*. Allí hay una escena de amor, de desinterés, de humanidad; en el dintel de la puerta una escena infernal, de imprecaciones, de egoismo individual. Elegid de las dos la que más os guste. (*Aplausos generales y prolongados.*)

LAS CRISIS INDUSTRIALES,

POR

D. Joaquín María Sanromá.

Señores :

Si yo fuera partidario de las ideas proteccionistas, entraria con muchísimo recelo á hablar de las crisis industriales: que este es el tema señalado para la conferencia con cuyo desempeño se ha servido honrarme la Sociedad libre-cambista. Entraria digo, con gran recelo y hasta con rubor á tratar aquella cuestion; porque si de ciertas crisis descontamos las muchas culpas del proteccionismo; si de ellas separamos la parte que tiene este sistema en provocarlas, en mantenerlas y en poner obstáculos á su pronto y eficaz remedio: ese problema magno de las crisis industriales será tan llano y expedito como grave y dificultoso es en las actuales circunstancias. Mas, por fortuna, tengo la honra de pertenecer á otra escuela; á una escuela liberal, señores, que cree que Dios ha hecho *bien* las cosas y que el hombre las hace *mal*, siempre *muy mal*, cuando se propone enmendarlas; á una escuela para la cual el crédito, la agricultura, la fabricacion, el tráfico, la marina, la poblacion, todo está regido constantemente por leyes naturales y todo ordenado ó, como ahora se dice, organizado, no por la fuerza *externa* de la voluntad de un gobernante ó

por la presion que ejercen los intereses egoistas de clases determinadas, sino por la fuerza *intima* de la libertad y el general concierto de *todos* los intereses. Pertenezco á una escuela para la cual el tocar á aquellas leyes naturales es crear obstáculos; para la cual estos obstáculos son la causa de las crisis que á menudo nos afligen: y ved ahí por qué los libre-cambistas, no sólo no tememos entrar en el exámen de estas crisis, sino que por el contrario, deseamos ardientemente analizarlas y juzgarlas; porque sabemos que, en ninguna crisis, grande ó pequeña, cabe á nuestros principios responsabilidad de ningun género, y podemos por esto mirar y tocar las crisis industriales segura la conciencia, el corazon tranquilo, limpias las manos y con la frente levantada.

Por mi parte, señores, aunque lamentando que asunto tan principal no haya sido confiado á manos más diestras y experimentadas, tengo un vivísimo placer en que este de las crisis se haya incluido en el programa de las Conferencias libre-cambistas. Nunca mejor ni más oportuna ocasion que la presente para hablar de crisis industriales; porque en estos momentos y todavía á consecuencia de la guerra civil norte-americana, el mercado universal está profundamente perturbado: se han paralizado, por falta de seguridad, de capitales y brazos, las plantaciones de algodon; los depósitos originarios de este artículo en Mobile, en Nueva Orleans, en Charleston ó se han cerrado ó han disminuido sus existencias: las exportaciones de algodon en rama que, durante el decenio que terminó en 1860, representaron un valor de 132 millones de pesos, han sido detenidas por un bárbaro bloqueo. Faltan en Europa las primeras materias, é Inglaterra ha sido la primera en sufrir por ello graves quebrantos; porque Inglaterra sólo para filaturas y telares mecánicos tiene destinados á la industria del algodon más de 2.000 establecimientos con una masa de medio millon de obreros, entre los cuales reparte, en forma de salarios, cerca de 900 millones. Al par de Inglaterra han sufrido y están sufriendo todas las naciones y comarcas donde, con violencia ó sin ella, se ha querido aclimatar la produccion algodonera: Bélgica, Suiza, Francia, Cataluña. Y estos sufrimientos y estos dolores han ido á turbar los ocios de los publicistas y hombres de gobierno, y la crisis industrial ha rivalizado en importancia con las grandes cuestiones políticas del

dia : la cuestion de Méjico, el levantamiento de Grecia, la resurreccion de Italia, las inmensas desventuras de Polonia.

¡ Singular privilegio de nuestros tiempos, señores ! Pese á ciertas escuelas, ello es que las cuestiones económicas ejercen ya en todas partes una influencia decisiva. En otras edades se lloraba mucho sobre ciertas amarguras sociales; mas en cuanto á recursos para aliviarlas, cuando una turba famélica asediaba las puertas de los palacios, gracias si el príncipe, el magnate, ó el prelado le arrojaban un pedazo de pan por la ventana: cuando asediaba las puertas de los conventos, gracias si el fraile la socorria con la sopa sobrante de los refectorios. Habia sí institutos benéficos donde el pobre se guarecia y bajo el manto de la religion encontraba algun alivio á sus dolencias; pero el principio de la limosna ciega prevalecia hasta tal punto sobre la caridad bien ordenada y distribuida, que más brillaba en aquellos asilos la pureza de la intencion que la excelencia de los resultados. Tambien se llora hoy, pero se piensa muy seriamente en las curaciones radicales. La religion, la filosofia, las ciencias exactas y de aplicacion, hasta las bellas artes, todo se pone á contribucion para aliviar la miseria, aminorar la intensidad de sus males y quién sabe si para conseguir su extincion en un porvenir más ó menos lejano. Y ¿seria posible que la ciencia económica permaneciese extraña á este nobilísimo concurso de tantas fuerzas y voluntades? La Economía política para quien es un axioma que el trabajo libre y ordenado es el cimiento firmísimo de las sociedades mejor constituidas; la Economía política que da tan prudentes máximas y tan saludables consejos á los pueblos cuando gozan de salud, no puede abandonarlos á sí mismos cuando se sienten enfermos y menos cuando sus dolencias reconocen por causa alteraciones profundas en el régimen natural del trabajo. El tiempo de los Jeremías ha pasado tambien para la ciencia económica; y á aquella Economía política estéril, sentimental y planífera de otros tiempos, ha sucedido otra Economía política fecunda, serena y reflexiva que abraza de una mirada toda la profundidad de la miseria, la analiza, la clasifica, sabe adivinarla, consolarla y reprimirla : otra Economía política tenaz, paciente, infatigable que cuenta uno por uno los dolores, enjuga las lágrimas una por una y recoge uno por uno los harapos. (*Bien, bien*).

Pero ¿qué es una crisis industrial, señores? No voy á definirla; mejor será hacernos cargo de los fenómenos que presenta. Varios son los que ofrece una crisis industrial y tales que afectan á la vez á las empresas, á la mano de obra, al consumo general del país y á los intereses del Tesoro público.

En las empresas, la crisis se manifiesta por cierta dificultad en allegar los capitales fijos y circulantes que son menester para hacer marchar los establecimientos; por la escasez de la primera materia, que es una parte del capital circulante; y á veces tambien por la imposibilidad de dar salida á todo el producto elaborado, el cual, ó tiene que disminuirse, ó se va hacinando estérilmente en los almacenes, dando lugar al fenómeno que los ingleses llaman *glut* y es como si dijéramos plétora industrial.

Respecto del obrero, la crisis se presenta con una disminucion notable en el pedido de la mano de obra, por efecto de cuya disminucion hay que despedir de las fábricas algunos operarios ó un gran número de ellos, ó por lo menos estos tienen que resignarse á un cambio brusco de salario que, estando antes á un tipo superior y elevadísimo, baja repentinamente á otro muy humilde y acaso insuficiente para cubrir las necesidades más perentorias.

Para el consumidor, la crisis significa un encarecimiento general en los precios de todos los artículos, hasta el punto de que clases enteras tienen que renunciar á ciertos goces delicados, aunque justos y legítimos, para destinar los rendimientos de su capital y trabajo, ó acaso una parte del mismo capital, á las primeras necesidades de la vida.

Finalmente, toda crisis industrial es, para el Tesoro público, una merma grande en la masa imponible de la Nación; porque ya recaiga el impuesto sobre la produccion, ya sobre el consumo, ora sea directo, ora indirecto, es evidente que, disminuyendo la produccion y el consumo, tambien se disminuyen en proporcion las rentas del Erario. De manera que las crisis industriales son á manera de una vastísima red que envuelve, dentro de uno ó varios países, los elementos todos de la vida pública y privada: atacando, lo mismo el bolsillo de los particulares, que ese otro, no bolsillo, sino bolson que maneja y administra el Estado por cuenta de los asociados.

Mas, no paran aquí las cosas. En sus condiciones modernas, la

industria necesita para moverse la gran palanca del crédito. Es el crédito quien le comunica su mayor potencia circulatoria; pero el crédito exige seguridad, y si la seguridad falta, el papel, los instrumentos de crédito circulan con dificultad; los efectos de comercio se envilecen en el mercado, ora representen existencias á pié de fábrica, ora valores en circulacion. Y ahí teneis cómo, detrás de la crisis industrial, viene en seguida la crisis mercantil. Con su acompañamiento obligado de subidas de descuento, suspensiones de pagos, liquidaciones apremiantes y disoluciones de compañías respetables. El golpe sufrido por el papel privado se deja sentir en los valores públicos, y tras la crisis mercantil teneis inmediatamente los desastres de la Bolsa. Envilecido el papel, corren sus tenedores á realizarlo; el pánico se hace general; afluyen los billetes á las cajas de los Bancos; el numerario parece adquirir las propiedades del azogue; huye, se esconde, se escapa por todos lados; emigra de la capital á las provincias, de las provincias á la capital, de las provincias ó de la capital al extranjero; y avanza entonces la crisis monetaria cuando aquella corriente de oro y plata que, en épocas normales, mansa y sosegadamente iba fertilizando los campos de la produccion, detiene repentinamente su curso, se encharca en unos mercados y deja á otros completamente en seco. Y aún es posible, muy posible que el último paso de este calvario sea la crisis política; que esta crisis sea provocada por aquellos para quienes la crisis industrial se traduce inmediatamente en hambre, es decir, por los obreros. Es posible, muy posible que estos, impacientes por no poder esperar el día de mañana (pues bien sabeis, señores, que si alguien parece tener derecho á la impaciencia es el hambre), es posible repito que salgan á la calle y conviertan sus clamores en teas, puñales y barricadas: no por instintos sanguinarios y pasiones aviesas: semejante calumnia no debe consentirse: no y mil veces no; sino por estar acostumbrados á ver que el gobierno garantiza un beneficio á las empresas, ya por medio de las subvenciones, ya indirectamente por la proteccion aduanera, y creer que tambien á ellos debe garantizárseles el pan, que tambien á ellos debe asegurárseles *un derecho al trabajo* como al fabricante se le ha asegurado *un derecho á las utilidades*.

No quiero decir que las cosas pasen siempre de esta manera:

sé muy bien que, en el orden histórico, no siempre una crisis industrial va en último término á parar á una crisis política; que toda crisis económica no empieza necesariamente en el despacho del fabricante para ir á concluir en la plaza pública. Sé que muchas veces sucede todo lo contrario y que la crisis política engendra la industrial, como sin ir más lejos, nos lo podría probar el actual conflicto de los Estados Unidos. Pero he querido decir y probar que casi nunca una crisis viene sola, que todas las crisis se enlazan y mutuamente se corresponden; porque en este siglo en que el mundo material ha reclamado para sí la electricidad, tiene tambien el mundo moral sus hilos invisibles y sus corrientes misteriosas que hacen sentir en todas partes y á todas las clases, á la vez y de un solo golpe, los grandes sacudimientos.

Necesariamente, señores, una perturbacion tan honda en todas las partes de la vida social debe reconocer una causa superior. Cumple á mi propósito averiguar esta causa; pero antes séame licito llamar vuestra atencion sobre el diferente método adoptado en este punto por proteccionistas y libre-cambistas. Abrid los libros del proteccionismo; consultad sus oradores; cuando se trata de una crisis industrial, sea presente ó pasada, siempre les vereis limitarse al fenómeno material, al caso concreto. ¿Se trata de los Estados Unidos? No espereis de ellos consideraciones elevadas sobre las profundas escisiones causadas, en el seno de la Confederacion, por la esclavitud del Sur y el proteccionismo del Norte: el motivo de la crisis anglo-americana es para los proteccionistas una simple consecuencia de haber absorbido la guerra civil los capitales y brazos que eran necesarios para las plantaciones. ¿Se trata de Inglaterra? Los desastres del Lancashire y otros distritos manufactureros no proceden, segun el proteccionismo, de otra causa que de haberse puesto los ingleses bajo la dependencia de los Estados Unidos para la adquisicion de los algodones en rama. Hubieran sido más cautos y previsores, hubieran, con tiempo, con la debida anticipacion, provocado, en su India y en otras comarcas favorables, el cultivo de aquella planta, y no se verian ahora en los gravísimos aprietos que cuestan tantas lágrimas á la Gran Bretaña. ¿Se trata de Francia? Aquí el recurso proteccionista es todavía más peregrino é ingenioso: segun los proteccionistas, la crisis de las fáabri-

cas francesas es un resultado natural del *calamitoso* tratado de comercio celebrado en 1860 entre Francia é Inglaterra. Y es evidente, señores: porque si Palmerston y Napoleon, si Cobden y Chevalier no se hubiesen puesto de acuerdo para impedir que ingleses y franceses se estuvieran odiando por más tiempo, si el tratado de comercio no se hubiera verificado; por este hecho, por este solo hecho, hubieran brotado, como por encanto, no los algodones, sino pacas enteras de algodón en los campos de la Virginia, de la Georgia y de entrambas Carolinas. (*Risas y aplausos.*)

¿Por qué no generalizarán estos hombres? ¿Sabeis por qué? Porque el proteccionismo es esclavo del hecho, y el mundo de las ideas no le pertenece. Las ideas, sin embargo, explican los hechos, los regularizan, los corrigen y, en último resultado, los dominan. Los hombres que no aman la generalizacion, las ideas generales, no pueden ver la luz, porque por muy desinteresados que seap, y yo no niego que algunos lo son, están siempre al servicio de intereses cerrados: teocracias, militarismo, ambiciones dinásticas, feudalismos industriales. Los que aman la generalizacion esos pueden ver la luz, para esos resplandece el divino sol de la justicia, y pueden mirarle cara á cara y con los ojos fijos como el águila contempla con los suyos ese otro sol que brilla en los espacios. (*Grandes aplausos.*)

Generalizemos, pues, señores: y generalizando, veamos si existe algun principio dominante en las crisis industriales, por el cual vengamos en conocimiento de la causa generadora de semejantes trastornos. Examinando las crisis en conjunto, yo creo que pueden distribuirse en dos grupos perfectamente distintos.

Pertenecen al primer grupo aquellas crisis que suponen un cambio *radical* en las condiciones *ordinarias é históricas* del trabajo por la aparicion de un nuevo agente, de un nuevo instrumento, de una fuerza nueva: una máquina, un invento, un procedimiento antes desconocido, un medio expeditivo cualquiera. Llamemos á estas crisis *necesarias y permanentes*: necesarias, porque nos vienen impuestas por la ley natural del progreso, que es tan propio de la industria como de las demás esferas de la vida: permanentes, porque como el progreso es continuo y no le deja á la humanidad tregua ni punto de reposo, siempre vivimos en una crisis de esta especie, ó cuando menos estamos amenazados de sufrirlas.

Pertenecen al segundo grupo aquellas otras crisis que no cambian, sino que *alteran* las condiciones ordinarias del trabajo; y no porque aparezcan nuevas fuerzas ó nuevos instrumentos, sino por una circunstancia *extraordinaria* que lleva la perturbacion á los mercados. A estas otras crisis podríamos llamarlas *accidentales* y *transitorias*: accidentales, porque no están en la esencia misma del progreso, sino que por el contrario apartan de sus vías: transitorias, porque, por fortuna de la humanidad, sólo aparecen de vez en cuando como un castigo, expiacion ó advertencia providencial, á la manera que sucede para la poblacion con las epidemias y sucedia en otro tiempo con las hambres.

Ahora bien, señores: yo digo, y creo que desde luego me dareis la razon, que las crisis permanentes no tienen remedio, no deben tenerlo, ni cabe prevenirlas, reprimirlas ó sofocarlas. Son etapas de la civilizacion que debemos ir recorriendo sucesivamente, caiga quien caiga y pese á quien pesare; so pena de ponernos en ridículo como Sismondi, cuando casi llegó á proponer la abolicion de las máquinas, ó so pena de merecer la execracion universal como aquellos hombres desalmados que, en dias de general agitacion, han quemado en las plazas públicas las mulgenis y selfactinas. Y sin embargo, ¿quién puede negar que estas crisis, que están en la esencia misma del progreso, producen los mismos desastrosos males que he descrito hace un momento?

¿Quereis verlo en el mundo material? ¿Es la imprenta? Pérdidas irreparables para copistas é iluminadores. ¿Es la hilandera de Arckwright? Hambre y miseria para los hiladores á mano. ¿Es la locomotora? Ruina de arrieros, carreteros, ordinarios y diligencias.

¿Quereis verlo en el mundo moral? ¿Es la abolicion de la esclavitud? Grandes descabros para los cosecheros de algodon, de azúcar y tabaco. ¿Es el Banco de emision y la Caja de ahorros? Descabros no menores para los logreros y pequeños prestamistas.

Porque hay, señores, dos partos igualmente difíciles y laboriosos: el parto de la hembra y el parto de los siglos: sólo que la hembra puede morir y con ella el fruto que ha llevado en su seno, y los siglos no mueren nunca cuando dan á luz sus portentos y maravillas. Al contrario: si un siglo vive, si echa

raíces en la historia, es por las pobreza que ha retirado y las grandezas que ha regalado á las generaciones futuras: si el recuerdo del siglo xv está profundamente grabado en nuestras almas, es por haber renunciado al manuscrito y haber dado la vida á Guttemberg, es por haber matado el poder mediterráneo de los italianos y haber dado á todos los pueblos el cetro de los Océanos: si vivirán eternamente los siglos xviii y xix es por haber abandonado la rueca y el huso, por haber postergado las fuerzas animales y arrojado al mundo los nombres de Watt y de Fulton, el vapor y los telégrafos. (*Grandes aplausos.*)

No le es dable al hombre, repito, poner obstáculos á las crisis permanentes; pretender que lo haga es una blasfemia: hacerlo es un crimen. Pero la Providencia que provoca y mantiene aquellas crisis, sabe á su manera prevenirlas y neutralizarlas. Las previene, haciendo en un principio muy difícil y costosa, para la mayoría de las fortunas, la adquisicion y aplicacion de los nuevos agentes descubiertos, ó bien oponiendo al espíritu de novedad la fuerza de inercia y el espíritu de rutina profundamente arraigados en los humanos instintos. Neutraliza sus malos efectos, abriendo alrededor de cada *tierra* recién conquistada numerosas é inagotables fuentes de nueva produccion donde vayan á beber los que quedaron desheredados. En una palabra: Dios no permite las transiciones bruscas, no hace nada *per saltum*: deja que los niños tiren piedras á Colon, que los yankees llamen loco á Fulton, que la grave Academia de ciencias de Paris moteje y satirize los primeros ensayos de navegacion al vapor, á fin de que los pueblos se vayan preparando para la gran trasformacion, para la grande obra; y entre tanto, convoca á los cesantes del antiguo régimen industrial y les abre en el nuevo un ancho presupuesto donde puedan tener cabida holgadamente ellos, sus familias y todos sus conocidos y allegados.

Pero ¿no hay más crisis *permanentes* que las que la misma Providencia provoca y sostiene en beneficio del progreso industrial? ¡Ah, señores! otras crisis permanentes hay que son obra exclusiva del hombre, y que en manos del hombre está prevenirlas, remediarlas y hasta abolirlas. Varias veces se ha comparado la aplicacion de la libertad de comercio á la introduccion de una máquina nueva; y la comparacion es tan exacta, que bas-

ta, para conocerla, examinar los resultados que ambas cosas producen. Mejora del producto, abundancia, baratura, son los efectos inmediatos de la maquinaria: baratura, abundancia y mejora son la consecuencia natural de la libertad de comercio. Esto ni lo han negado ni han pretendido nunca negarlo los proteccionistas.

El proteccionismo, con tal de crear en el país un ramo de trabajo, *cualesquiera que sean sus condiciones*, prescinde completamente de si el producto es malo, escaso y caro. Pero hay dos géneros de necesidades que conspiran abiertamente contra un olvido tan lamentable. La primera es la necesidad de los pueblos que instintivamente buscan, no lo que es producto del trabajo nacional, sino lo que les cuesta menos dinero. La segunda es la necesidad de los gobiernos que, preocupados con la idea de aumentar los ingresos del Tesoro, buscan á su vez, no lo que aleja los productos extranjeros de la aduana, sino lo que los atrae á ella, haciéndoles dejar, por vía de tributo, cantidades que se convierten en pingües rendimientos para el Erario. Agregad á todo esto la presión que la libertad mercantil, aplicada ya en otros pueblos, ejerce sobre aquellos que todavía no la reconocen, ni la admiten: agregad la propaganda con que algunos ó muchos hombres de verdadero corazón tratan de ir preparando la opinión para que se convierta á las buenas doctrinas económicas; y tendreis que, en un país gobernado por el proteccionismo, hay siempre pendientes sobre su cabeza cuatro espadas de Damocles; hay siempre cuatro protestas vivas que esperan el momento favorable para traducirse en hechos generales. La protesta de los pueblos se llama contrabando: la protesta de los gobiernos se llama anuncios, proyectos, leyes de reforma arancelaria: la protesta de las naciones extranjeras se llama tratado de comercio: la protesta de la opinión se llama liga de Manchester, ó, si quereis, en España, *meetings* de la Bolsa de Madrid, ó conferencias libre-cambistas del Atenêo. ¿Os parece poca crisis esta y poco permanente? Pues en vuestra mano está el evitarla. Dejad que los pueblos compren lo que les salga más á cuenta: dejad, ya que deban conservarse las aduanas, que los gobiernos saquen de ellas todo el producto posible: dad una satisfaccion á los extranjeros que os piden libertad mercantil en cambio de la que os ofrecen; dádsela á la opinión que incesantemente pide y suplica; y habreis concluido

de una vez con esa perenne inseguridad : habéis suprimido un género de crisis industriales que son acaso las más abrumadoras y desastrosas. (*Bien, bien.*)

Y todo esto, ¿quereis hacerlo de un golpe? se me dirá. Entonces no imitais á Dios, de quien acabais de decir que prepara con tiempo las transformaciones industriales y compensa con usura sus desventajas. ¿Dónde está la preparacion que conceden los libre-cambistas radicales á las industrias protegidas? ¿Dónde está la masa de trabajo de que disponen para llenar los claros que la reforma deje en la produccion general del país? ¿Dónde está? Acordaos, proteccionistas, de que siempre, aún los más radicales de entre nosotros, os han hablado de plazos y vosotros no los habeis admitido cuando ha llegado la ocasion de señalarlos: acordaos de que se os ha dicho, «ahí teneis la tela, cortad por dónde querais y cómo querais, pero cortad;» y no habeis cortado ni una sola pulgada: acordaos de que son preparacion suficiente el contrabando que os hostiga, las reclamaciones del Tesoro que os apuran, el ejemplo de las naciones extranjeras que os avergüenza, la prensa de todos matices que os acusa y os manda renunciar á vuestros fueros. Y en cuanto á abrir nuevas fuentes de produccion, acordaos de que vosotros mismos habeis dicho mil veces que España es un país privilegiado por su clima, por su suelo, por sus agentes naturales: acordaos de que la proteccion es un mal, el libre-cambio un bien, y que el bien se hace cuando el mal se quita (*aplausos*): acordaos sobre todo de que, si despues de tanto anuncio, de tanta advertencia, de tanta amenaza como habeis tenido, alguna de vuestras industrias perece cuando suene la hora de la libertad de comercio, es señal de que aquella industria era un cáncer en el estómago del país, y la sociedad española la arrojará de su seno como esos malos humores ó esos cuerpos extraños que algunos enfermos tienen que arrojar de su cuerpo para devolverle la salud y la vida. (*Ruidosos aplausos.*)

Vengamos ya, señores, á las crisis accidentales y transitorias. No son un paso del progreso, sino una especie de espasmo del progreso; ya lo he dicho: dependen de circunstancias extraordinarias; lo he dicho tambien. Estas circunstancias son infinitas, y escapan á toda clasificacion. Desde el capricho de una moda que lo

cambia todo sin mejorar nada, hasta una guerra que pone en conflagración á uno ó á varios Estados, ya veis que la escala es inmensa. No es esta ocasión de averiguar si todas aquellas circunstancias son imprevistas, ó si hay algunas que pueden prevenirse y evitarse. Si las hay que puedan prevenirse y evitarse, el cómo y el cuándo lo dirán la política, la moral, la religion, la filosofía, la Economía política, si quereis: y demostrado que las haya, colocadlas entre las causas *permanentes* de crisis á cuyo punto me refiero. Aquí tratamos de las que el libro de la Providencia tiene apuntadas en el capítulo de imprevistos; y yo entiendo que el problema que hay que resolver en este punto es el siguiente:

Dada la existencia de las crisis imprevistas ¿cuál de los sistemas económicos tiene mejor preparadas á las poblaciones y cuál les da mayor copia de recursos *propios* para hacerlas frente?

Valiéndome de una imagen, podria decir: dada la posibilidad de que un hombre reciba algun golpe de mano ¿qué clase de peto ó de cota de malla, como armas defensivas, qué clase de espada, como arma ofensiva, son más á propósito para preparar el golpe, ó desviarlo, ó hacer menos peligrosos el balazo ó la estocada?

Ya veis, señores, que esta es la gran piedra de toque de los sistemas económicos; porque si yo os demuestro que la libertad de comercio pone á los pueblos en las condiciones más ventajosas para resistir una crisis eventual y que el proteccionismo los coloca en las más desventajosas, ambos sistemas quedarán juzgados, y los que todavía duden ó vacilen sabrán perfectamente á qué atenerse.

Pues veamos cuáles son los resultados inmediatos y tangibles de la libertad de comercio. Los formularé primero sencillamente y luego los explicaré de la manera más compendiosa que me sea posible, para no abusar de la atención con que me estais favoreciendo.

Los resultados de la libertad de comercio son los siguientes:

- 1.º Tener baratas las subsistencias.
- 2.º No consentir en un país más industrias que las que le sean naturales y tengan un porvenir fijo.
- 3.º Distribuir y proporcionar convenientemente los capitales en los varios puntos del territorio y entre sus varias industrias.
- 4.º No levantar ni bajar el salario de una manera brusca y violenta.

5.º Desarrollar el espíritu de asociación industrial.

6.º Dar á esta asociación el doble carácter de *fuertza* para auxiliar á la producción cuando esté en marcha y en progreso, y de *recurso* para socorrerla cuando esté en decadencia ó se vea amenazada de algun grave daño.

Yo quisiera que, en este momento, se sentara aquí, en esta misma silla, algun proteccionista, porque estoy seguro de que, despues de las alharacas de costumbre sobre independencia nacional é inundaciones extranjeras, no podria menos de decir lo siguiente :

Convengo en que la libertad de comercio quiere y proporciona la baratura de las subsistencias.

Convengo en que la libertad de comercio no quiere más industrias que las naturales y de recursos propios.

Creedme: con estas dos solas declaraciones me contentaria yo: porque ¿os parece poco que, en un momento de crisis industrial, tengamos barato el pan, barato el hierro, baratos los artículos de vestir? Dígalo Francia. Francia abolió la escala móvil momentos antes de que estallara, quiero decir, se generalizara la crisis industrial que está atravesando; y en tan buen hora la abolió, que los trigos de Dantzick, llegados á los puertos franceses del Norte, y los trigos de Odessa, llegados á Marsella, han producido allí tan buen efecto, que además de reducir la crisis á algunos departamentos del interior, si comparamos los estragos que ha causado la crisis actual con los que causó, entre nuestros vecinos, la análoga de 1848, verémos que los presentes pueden reducirse á la mitad.

¿Y os parece poco que, cuando una crisis se nos venga encima, ó cuando ya nos esté agobiando con su peso, tengamos en el país todas aquellas industrias que puedan echar en él profundas raíces, y cuenten con condiciones, con recursos propios que, si bien alterará la crisis momentáneamente, quedarán siempre entre nosotros y, pasada la tormenta, volverán á adquirir su antigua fuerza y, si cabe, mayor lozania?

¿Os parece poco que, en aquellos tristes momentos, los capitales nacionales no estén artificialmente condensados en algunos puntos del territorio, sino que por el contrario se hallen convenientemente repartidos en *todos* los ángulos de la población, fecundicen los *varios* ramos de nuestra riqueza *verdadera*, pa-

guen en todas partes intereses y repartan salarios en todas partes?

¿Os parece poco que, entonces, estos salarios no se encuentren artificialmente elevados, sino por el contrario perfectamente nivelados por las oscilaciones naturales de la oferta y pedido de brazos, de manera que, cuando el salario baje por efecto de la crisis, no haya una desproporcion tan grande entre el tipo del salario anterior á la crisis y el tipo posterior?

Pues ¿qué me decís del principio de asociacion industrial y de su doble efecto como fuerza y como recurso? Donde el industrial empresario no espera del gobierno proteccion *especial*, sino simples garantías *generales*; donde garantías y no proteccion *directa* espera el industrial obrero, empresarios y obreros se conciertan, se convienen, se asocian, juntos ó separados: el incentivo del interés privado hace imaginar los expedientes más ingeniosos para consolidar su accion; nace la asociacion de los empresarios, la asociacion de capitalistas comanditarios de la industria, la asociacion de los obreros. Robustecido así el interés privado, siente, conoce por sí mismo los riesgos que pueden sobrevenir, clasifica estos riesgos y organiza para cada uno de ellos un sistema de seguros.

Quiero que se me diga si el sistema proteccionista es ó no el reverso de esta medalla.

Viene una crisis industrial y lo encuentra todo caro: el alimento, el vestido, la vivienda, los utensilios; la crisis aumenta las dificultades y teneis carestía sobre carestía, lluvia sobre mojado.

Viene una crisis y encuentra industrias raquíticas, enfermas, que no pueden vivir sino á costa de gravar el consumo, precisamente cuando el consumo necesita algunas anchuras y comodidades.

Viene la crisis y encuentra el capital concentrado en un punto, donde, como las pestes, forma focos de infeccion que hacen más intensos y sensibles los desastres.

Viene la crisis y encuentra en ciertas industrias privilegiadas unos salarios altísimos, sin proporcion ninguna con el tipo medio de la retribucion general del trabajo en el país: unos salarios, señores, que si encantan á primera vista por la situacion cómoda y halagüeña en que colocan al operario, asustan al hombre previsor cuando piensa en los horrores de la miseria que viene

repentina é inmediatamente detrás de una prosperidad relativa.

Viene la crisis y encuentra al industrial flojo y desanimado, confiado siempre en que el Estado le sacará de apuros, precisamente cuando tambien los siente, y no pequeños, el Estado.

Viene por fin la crisis, señores; y ¿dónde están las asociaciones operarias? El proteccionismo las ha perseguido de muerte; porque ¡cosa singular y que se ha observado de la misma manera en todos los pueblos regidos por el sistema protector! Como en estos pueblos los industriales protegidos forman una verdadera potencia, ejercen mucha influencia en los colegios electorales, tienen en el Parlamento sus hombres y sus metrallazos de votos dispuestos para el caso, intrigan en las oficinas y están siempre colgados del oído de los altos agentes de la Administracion: han conseguido constantemente impedir el establecimiento de asociaciones de operarios, los cuales por lo general ni son electores, ni elegibles, ni pueden dejarse oír en los Congresos, ni probablemente podrian forzar la línea de porteros de un ministerio. So pretexto de que los obreros pueden asociarse para imponer condiciones al capital, como si el derecho de la mano de obra á asociarse no fuera tan legitimo como el derecho de los capitalistas, (*bien, bien*), han impedido siempre que los obreros se concierten para organizar en su seno sociedades de prevision que tan provechosos resultados podrian producir en el momento de una crisis. No se ha vacilado, no, para asustar á los gobiernos y decidirles á no consentir asociaciones operarias ó á cerrar las existentes, en arrojar sobre la frente de los beneméritos obreros la nota de turbulentos y revolucionarios; como si las verdaderas turbulencias y revoluciones no nacieran justamente de esa constante tirantez, de esa opresion constante en que el sistema protector mantiene á los consumidores.

Está visto pues: cuando viene una crisis eventual, el libre-cambio tiene al país preparado para la defensa y armado de todas armas; el proteccionismo le tiene completamente desarmado. Entonces es cuando vienen las prisas y los apuros: cuando se alza la prohibicion de importar cereales extranjeros: cuando se permite introducir los algodones en rama sin derecho diferencial de bandera ó de procedencia. Para nosotros, siempre esto es satisfactorio, porque es un tributo pagado á nuestras

doctrinas: pero ¡ay de la libertad que llega tarde! Acordaos de aquellas constituciones que ciertos príncipes han prometido á sus pueblos cuando ya tenian aquellos un pié en el estribo de la diligencia que debia conducirles para siempre á extrañas tierras. Aquellas constituciones no han quedado en el país: se han ido siempre debajo del brazo de los príncipes desterrados. Pues de la misma manera, esas libertades económicas concedidas á los pueblos á última hora, y en momentos de grave aprieto, son ineficaces por lo flojas, y por lo tardías demasiado débiles para hacer frente á los intereses privilegiados. Hay una carestía de subsistencias: decretáis por algunos meses la libre entrada de los granos extranjeros; mas ¿no veis la actitud y no oís la gritería de los propietarios territoriales atacados en su monopolio precisamente cuando ellos lo creen más necesario para librarse de los males de la crisis? Hay una perturbacion en el mercado de algodones: ¿decretáis por una temporada ó para siempre la entrada franca de los en rama, sin distincion de procedencia? Ved la actitud en que se coloca la marina mercante privilegiada. No hace mucho tiempo que pudimos estudiarla en Madrid cuando vino una comision de navieros á reclamar contra la extorsion que se les hacia al declarar el gobierno que los algodones venidos del depósito *intermediario* de Liverpool pagasen el mismo derecho que los procedentes de los depósitos *originarios* de América. Quejábanse los navieros de que la abolicion del derecho diferencial de procedencia atacaba en su raíz el principio de la proteccion á la navegacion de curso largo. Y decidme: aquellos señores, colocándose en el terreno de las ideas proteccionistas, ¿no tenian tanta razon como creen tenerla los hiladores y tejedores al pedir que se conserve la prohibicion en ciertos números y sobre ciertos hilos? Los hiladores y tejedores alegan la necesidad de fomentar la fabricacion: los navieros alegarán la necesidad de fomentar la navegacion. Cuando venga una crisis ¿qué razon ni qué derecho hay para hacer á uno de estos intereses victima del otro?

He dicho que, además de encontrar resistencias á veces inencontrables, esas concesiones tardías del proteccionismo son ineficaces. Si cuando estamos en plena crisis, se levanta por algun tiempo, como sucede, la prohibicion de importar granos del extranjero,

la medida da siempre tan pocos resultados que sus beneficios apenas se dejan sentir en la masa de la población. La causa no puede ser más evidente. El comercio, por muy rápido que sea en sus operaciones, no las improvisa: necesita tiempo para calcularlas, espacio para hacer las compras y los transportes, noticias para organizar las comisiones y sobre todo seguridad de que la especulación ó especulaciones que prepara no serán detenidas, en mitad de su camino, por alguna contraórden emanada de autoridades superiores. Todas estas condiciones son difíciles de realizar cuando el gobierno, á última hora y sólo para tiempo determinado, concede el paso franco á algun artículo antes prohibido; pero, como la necesidad apremia, lo que el comercio no se siente con fuerzas para improvisar tiene que hacerlo el mismo gobierno y por consiguiente lo hace mal: que no han nacido los gobiernos para entender en asuntos de tráfico, sino para dispensar verdaderas, sólidas y generales garantías á todos los intereses. ¿Se hace el gobierno comprador de granos? Resultan podridos ó muy averiados. Me parece que lo que sucedió hace pocos años con los de Trebizonda no puede estar tan lejos de vuestra memoria.

Mas, si tan estériles y tan completamente inútiles son las medidas preventivas que aconseja el proteccionismo para las crisis industriales ¿son más fecundas y eficaces las represivas? Estas pueden reducirse á una sola palabra: la limosna. Obras públicas continuadas ó empezadas para dar trabajo á los obreros despedidos de las fábricas, limosna: larguezas de las autoridades y personas principales con idéntico objeto, limosna: sopas públicas, recursos pecuniarios de todas clases para remediar la miseria de un día, limosna y siempre limosna. ¿Qué quereis, señores? Justo es que la limosna sea la última palabra del sistema proteccionista, puesto que ha sido la primera. En épocas normales, ¿viven de otra cosa que de limosna las industrias privilegiadas? ¿Es otra cosa que limosna el precio *artificial* que tiene que pagar el consumidor por los artículos de aquellas industrias? Verdad es que semejante limosna se nos exige un poco á la fuerza, por el estilo de la que tuvo que soltar Gil Blas momentos después de salir de su aldea; como que se llama carabinero el agente á cuya benéfica sombra la pagamos. Y ¿no os parece tristísimo

un sistema que no tiene otro recurso á que apelar para la salud y para la enfermedad, para vivir y para curarse de los males más terribles?

Oyendo estoy un argumento que querrán oponerme los proteccionistas: Inglaterra. «Ahí teneis, me dirán, un pueblo enteramente cortado sobre vuestro patron: libre-cambista como ninguno, como ninguno antigubernamentalista, provisto como ninguno de todos los recursos que pueden esperarse de la asociacion más completa, más libre y espontánea. Inglaterra es vuestro tipo: ¿qué ha hecho Inglaterra con la crisis actual? ¿Ha sabido evitarla? ¿Ha podido aliviarla de otra manera que echando mano de esos mismos recursos por vosotros tan combatidos?»

Señores: una palabra antes de entrar en el fondo de este argumento, si es que de tal merece el nombre. Porque la escuela economista suele aplaudir ciertas prácticas ó tendencias inglesas conformes con los buenos principios económicos, se nos cree anglomanos y defensores *quand même* de todo el sistema político, administrativo y económico de la Gran Bretaña. Es un error. Inglaterra tiene todavía que andar mucho camino para completar sus reformas económicas: no hablo de las políticas y administrativas, porque son ajenas á mi objeto. Ha hecho la reforma de las leyes sobre cereales; ha abolido las prohibiciones; ha reducido á fiscales los derechos protectores; ha echado abajo el acta de navegacion; pero ¿no ha dejado todavía en pié muchos obstáculos que entorpecen el comercio? Su conducta en la India ¿está acaso de acuerdo con los sanos principios económicos en materia de colonizacion? Su empeño en conservar las Jónicas, Malta, Gibraltar, Aden, Ormuz y otras tituladas llaves del comercio universal, ¿no contrasta singularmente con el espíritu moderno, enemigo irreconciliable de todo aquello que trascienda á monopolio marítimo? Hay, señores, dos Inglaterras en el momento presente: la Inglaterra vieja, aferrada á sus tradiciones de egoismo nacional y de supremacia mercantil y diplomática, y la Inglaterra nueva que quiere desprenderse de estos vicios para merecer un nombre digno y respetado entre las naciones contemporáneas. Palmers-ton representa la primera: Cobden y los peelistas la segunda: Russell es una especie de lazo que une ambas tendencias. Pero ved lo que son actualmente en Inglaterra Cobden, Bright y los

economistas; una influencia, no una situacion de gobierno. Donde veais los armamentos, las amenazas de guerra, la resistencia á desprenderse de ciertos protectorados, las grandes cuestiones sobre los buques coraceros ó sobre la fuerza y alcance de los cañones Armstrong y Withworth, las revistas de los rillemen y los *meetings* tumultuosos contra los *french dogs*, allí está la vieja escuela inglesa, allí están Palmerston y su gente llevando en el corazon los sentimientos que heredaron de los Pitt y los Canning. Donde veais, por el contrario, las protestas generosas en favor de los miserios indios; condenado el pié de guerra, bajo cualquiera de sus pretextos; provocados los convenios mercantiles ampliamente liberales con Francia y Bélgica; propuesta y sostenida la cesion de Gibraltar; entablada la reforma del derecho marítimo; iniciadas y llevadas á cabo un sin fin de medidas económicas y políticas, cuya trascendencia para la prosperidad y el buen nombre del pueblo inglés es de todos conocida, allí está indudablemente la Inglaterra nueva, la Inglaterra del porvenir, la que los hombres de la escuela de Manchester cuidan de ir vistiendo y adornando con todas las galas de la moderna cultura. Y la misma cuestion de la crisis industrial es una prueba fehaciente de que aquellos hombres no dejan pasar una sola ocasion favorable de manifestar á propios y extraños cuán léjos están sus doctrinas de parecerse á las de los prohombres de la vieja escuela. Pues qué ¿se ha olvidado acaso que Cobden y lord Stanley se opusieron el año pasado en el Parlamento á que se aprobara un bill extensivo de la ley de pobres, probando que estos recursos del Estado eran absurdos y anti-económicos para remediar la miseria de 500.000 familias?

Mas ya he dicho que se nos plantee bien el problema si se quiere discutir de buena fe. Pruébesenos que Inglaterra ha provocado su presente crisis económica, y descargaremos sobre ella el peso de una justa indignacion propia de las almas nobles. Pudieron los ingleses prevenir el mal con alguna anticipacion; no lo negamos: pudieron, por ejemplo, en la India, en la América del Sur, en algunas comarcas de la misma Europa ensayar desde hace algun tiempo el cultivo de los algodones; tampoco lo desconocemos. Pero ¿no pueden perder y no es probable que

pierdan algun dia la India, como perdieron en otro tiempo sus colonias del Mississipi y del San Lorenzo? ¿No hubiera de todos modos podido venir una guerra en la misma América, en Oriente ó en Europa, que hubiese privado á las fábricas de Inglaterra de los algodones por ella fomentados, como la de ahora les está privando de los anglo-americanos? Desengañémonos; la crisis industrial que aflige en estos momentos á la Gran Bretaña no la sufren los ingleses por su culpa, sino *á pesar* de todos sus cálculos y previsiones. Es una de esas crisis que hemos llamado eventuales, accidentales y por fortuna transitorias. ¡Ay de los pueblos que no hayan hecho gran caudal de buenas prácticas económicas para que fueran menos sensibles sus estragos! Pero ¡felices aquellos que tengan el terreno bien preparado para que,alzada la causa *puramente externa* de la crisis, renazcan las fuerzas industriales con mayores bríos!

¿Será necesario, señores, demostraros que Inglaterra se encuentra en este caso? En los primeros momentos la crisis se ha presentado allí con un carácter aterrador: el desequilibrio económico ha sido profundo, la miseria espantosa. Era por desgracia de esperar, segun todos los cálculos naturales. Si una crisis significa la perturbacion en el crédito, en los capitales, en la mano de obra, en la circulacion monetaria: alli donde el crédito es más activo y poderoso, los capitales más fuertes, la mano de obra más extensa, más ancho el mercado de numerario, allí tambien la crisis debe ser más cruel y más intensa. Empero, pasadas aquellas primeras, inevitables y tristísimas impresiones que causa naturalmente la invasion de una terrible plaga, ¿dónde habeis visto mayores ánimos, más constancia; y actividad más infatigable para salir pronto del apuro? ¿Dónde habeis visto suscripciones tan colosales como en Inglaterra para auxiliar á la fabricacion; dónde mayor masa de socorros privados, ya individuales, ya colectivos; dónde tantas empresas casi improvisadas para obtener buenos algodones en todas las comarcas favorables á este cultivo; dónde trabajos más serios para conseguir la paz entre los gobiernos de Washington y Richmond; dónde empréstitos tan cuantiosos como los que se han suscrito en la City de Lóndres para conseguir un gran golpe decisivo que, haciendo inclinar la balanza del lado de cualquiera de los combatientes, ponga feliz,

pronto y deseado término á las sangrientas luchas de los norteamericanos?

Comparad estos ejemplos de actividad inglesa con lo que está sucediendo en Francia. Despues de muchos meses, apenas ha llegado á cubrirse allí la mitad de los recursos oficiales presupuestados para aliviar la miseria de los obreros del Sena inferior y de algunos otros departamentos que han sido víctimas de la crisis; y una compañía proyectada para cultivar el algodón en la Argelia apenas ha empezado á dar señales de vida. Y ¿qué diremos de nuestro país? Los fabricantes que viven tranquilamente á la sombra de sus monopolios, ¿han tenido muchas reuniones para tentar ensayos de plantaciones algodoneras en grande escala en Cuba, en Puerto Rico ó en nuestra misma Península? Ahora que tenemos una escuadra que está recorriendo el Pacífico para recoger, entre otras cosas, y segun se asegura, ricas colecciones de plantas y animales raros, ¿han pensado los verdaderos interesados, en trabajar para que nuestros representantes en aquellas aguas procuren directa ó indirectamente beneficios á nuestra fabricacion, consiguiendo en las repúblicas de la América del Sur promesas, ensayos ó realidades de plantaciones algodoneras? No lo han hecho ni probablemente pensarán en hacerlo: demasiado saben ellos que el gobierno, bajo cuyo amparo vive la industria que quieren hacernos pasar por nacional y espontánea, se encargará de sacarlos de apuros, remediando por supuesto la crisis de unas industrias con males y vejámenes impuestos á otras industrias y á los consumidores.

Señores: médicos hay que cuando tienen á su cuidado un enfermo de cierta gravedad y ya desahuciado, ó poco menos, acuden á un amigo suyo ó acaso á un adversario, y le dicen: «ahí teneis este enfermo que yo no he sabido ó no he podido curar; curadle.» Eso mismo hacen con nosotros los proteccionistas. Cuando viene una crisis económica, de cualquier linaje que sea, acuden presurosos á nuestras puertas y nos dicen: «ahí teneis un pueblo que está sufriendo; aplicadle vuestros remedios.» Y nosotros, como somos hombres y tenemos un corazon que se aflige ante el espectáculo de la desgracia, si vemos una boca hambrienta, si viene á tocar nuestras ropas una macilenta mano, no vacilamos en poner un pedazo de pan en aquella boca y una moneda en aque-

la mano; pero una vez satisfechos los deberes de la compasion, la fuerza de nuestra idea nos obliga á preguntar al proteccionismo: tú que has estado por tanto tiempo y estás todavía en posesion de la autoridad, ¿has empleado algun medio eficaz para prevenir estos dolores? Si proceden de una causa permanente, ¿recuerdas si has puesto algun obstáculo que haya venido á neutralizar los sublimes cálculos de la Proydencia? Si proceden de una causa eventual é inevitable, ¿has dejado que esos pueblos confiados á tu gobierno preparasen *por sí mismos* los medios de conjurar sus adversidades? No lo has hecho, luego la responsabilidad es tuya, de tus actos y doctrinas. No lo has hecho, luego nada tenemos nosotros que decirte sobre estos negocios que te has reservado. Nosotros seguiremos aconsejando á los pueblos que huyan de tus erradas máximas y funestísimos consejos: les enseñaremos á no aumentar con dificultades y restricciones *artificiales*, las penas y molestias *naturales* que á Dios plugo imponernos como condicion necesaria del progreso: les enseñaremos á hacer uso de su responsabilidad y á encontrar, en el tesoro de sus libertades, recursos inagotables para hacer frente á sus adversidades. Tendremos buen cuidado de enseñarles que la libertad representa en nuestro siglo la accion, y la reaccion la resistencia; y ya sabeis cómo se bate la accion, avanzando; como se baten las resistencias, en retirada. (*Aplausos generales y prolongados.*)

DEL MONOPOLIO

DE LA

INDUSTRIA PAPELERA Y SUS EFECTOS,

POR

D. Ricardo Alzugaray.

Señores:

Vamos á ocuparnos en esta conferencia de los efectos que causa el sistema protector en la industria del papel: me ha tocado en suerte esta materia, y quiero pedirlos anticipadamente vuestra benevolencia, porque sin ella me seria imposible dirigiros la palabra. Habeis asistido á las conferencias de todos mis compañeros, aplaudido su elocuencia y admirado su talento; habeis visto las poderosas razones con que una y otra noche han acusado de injusta y perjudicial la proteccion; dispensadme si ahora yo llego á cansaros y sufridme un momento con paciencia, porque es natural que entre tantos que os deleitan, se encuentre uno que os mortifique, y acaso ese será un buen medio de daros á conocer el verdadero mérito de los discursos que habeis oido.

A primera vista, señores, ¡qué objeto tan pequeño es el papel! ¡Qué insignificante para fundar sobre tan frágil base un cargo poderoso contra la proteccion! ¡Qué ridículo y mezquino el sistema del libre-cambio, que se detiene en estas cuestiones de tan escaso interés cuando la Europa está agitada, el nuevo

mundo en guerra, la humanidad inquieta, vacilante el progreso, dudoso el corazon del hombre, y buscando su inteligencia en el libro del porvenir la fórmula que ha de descifrar los misterios que la rodean! ¡Cómo perdemos el tiempo todos nosotros viniendo á este recinto á escuchar los diversos efectos que producen dos encontrados sistemas de comercio, cuando tan altas y graves cuestiones morales y políticas nos agitan y conturban! Pues, sin embargo, prestadme oídos por un breve rato y procuraré probaros que acaso tiene el papel más importancia para resolver esos misteriosos y trascendentales problemas, que el bárbaro empuje de la fuerza, que la ronca voz de los cañones. (*Bien, bien.*)

La cuestion del papel tiene dos aspectos diferentes, uno material y otro moral. El papel da vida y nacimiento á multitud de industrias que son fuentes de trabajo y origen de riqueza: suprimidlas ó impedidlas, y vereis millares de familias pereciendo, oireis los lamentos y gemidos de muchas infelices mujeres y de numerosos niños inocentes, y os expondreis al furor de millares de brazos robustos mal aconsejados por la necesidad, por la desgracia y el hambre. Este es el aspecto material.

Suprimid, destruid el papel y el hombre de ciencia vivirá sólo con su pensamiento sin que pueda transmitirlo; el artista sentirá latir la idea de belleza en su corazon y en su inteligencia, y la dejará morir árida é infecunda; el poeta exhalará sus tristes ayes en una soledad desesperante; el político no procurará reformar la sociedad desde el rincón oscuro y poderoso de un periódico; el crítico clamará en vano pidiendo la extincion de los vicios y de los errores; y hasta la madre tierna, el esposo amante, el hijo cariñoso y la virgen apasionada á solas con su cariño, no podrán comunicar sus fugaces alegrías y sus frecuentes penas, con aquellos pedazos de su corazon de quienes les aleja la distancia y les aparta la separacion. Este es el aspecto moral.

Ya no es posible ignorarlo, señores; hoy si la sociedad se agita y se reforma, es impulsada por la prensa, por esa institucion llamada con propiedad *el cuarto poder del Estado*, por esa institucion que desde el brillante círculo de la vida social y política, hasta el misterioso templo del hogar de la familia, todo lo abraza é invade, todo lo somete á su poderoso influjo.

¿Y comprendéis vosotros la prensa, su influjo y su existencia, sin que la ayude y desarrolle la industria del papel? ¿Comprendéis que viva ese alto poder, esa institucion, esa palanca social irresistible, sin que busque una sustancia cualquiera en la cual pueda tomar cuerpo, revestir forma y convertirse en un sér real, palpable y determinado? Pues bien, esa sustancia es el papel, y si no quereis darle ese nombre, llamadlo como mejor os plazca, decid que es el *papirus*, sustituidle con la tela, emplead la corteza de los árboles, las tablas enceradas, el bronce, el mármol, el carton. Siempre resultará que el pensamiento del hombre al formularse necesitará un medio de trasmision, y una vez hallado cualquiera que sea, su poder será inmenso, su influencia universal, su desarrollo irresistible. Y si examinadas las diferentes sustancias empleadas en las diversas edades de la civilizacion para transmitir el pensamiento, encontrais que el papel es la más cómoda, sencilla, barata y conocida, no vacilareis en proclamarle como de una importancia y utilidad incuestionable, y tendreis razon, señores, porque hoy es el papel réflejo de la vida social, porque es y será por largo espacio la inmensa plancha sobre la cual ese admirable fotógrafo que se llama el tiempo, retrata con exacto parecido las facciones de la humanidad. (*Aplausos*.)

¡La imprenta, señores! Permitidme que me detenga un momento á contemplarla, porque ¿cómo pasar á su lado sin saludarla con amor y con respeto? ¿Cómo vosotros que todos sois hombres de ciencia, filósofos, políticos y artistas, que formais parte como yo de este Ateneo, la primera corporacion científica y literaria de nuestra patria, *el refugio de la enseñanza libre*, como ha dicho muy bien un periódico francés, no habeis de amar á la imprenta, por la cual aprendisteis cuanto sabeis, y á la que debeis todos, vuestros nombres ilustres y admirados? Sin esa pobre y desgraciada imprenta á quien tanto quieren algunos perseguir y maltratar, la ciencia seria un géroglífico indescifrable, la política una tiranía insufrible, el arte un goce aislado y egoista.

El hombre sin conciencia de sus derechos, y sin idea de sus obligaciones, viviria á merced del primer ambicioso que tuviera astucia para engañarle y poder para someterle; volveriamos á aquellos terribles tiempos de la edad media en que la fuerza era

la ley decisiva entre los hombres y la *suprema ratio* entre los pueblos.

Merced á la imprenta no atormentarán á la humanidad aquellas sangrientas fiebres que tan á menudo padecía; los Nerones y Calígulas no mancharán de nuevo las páginas de la historia, ni nos avergonzaremos nunca de conceder los más altos honores al caballo de guerra de un déspota sin entrañas. La familia y sus afectos más sagrados no estarán á merced de un señor de horca y cuchillo, ni moriremos de desesperacion viendo que nuestras esposas, hijas y hermanas pueden servir para saciar los lúbricos deseos de un opulento magnate, que se revuelca á impulsos de una embriaguez repugnante en el dorado lecho señorial.

Hoy, gracias á la imprenta, las opiniones más avanzadas y radicales, los sentimientos del corazon y las creencias de la conciencia, pueden expresarse libremente sin que se reproduzcan las bárbaras matanzas de los Albigenses, la lúgubre noche de Saint Barthelemy ó los infucos horrores de la Inquisicion. El hombre es libre, y esa libertad puede aplicarse á todas las esferas de la vida. Hay para sostenerlo así una razon que lo piensa, una revolucion que lo sanciona, y una prensa elocuente que lo defiende.

Perdonadme, señores, si acaso el entusiasmo que la imprenta me inspira, hace que os presente como verdades adquiridas y realizadas ya, lo que por desgracia en algunos países es sólo una ilusion, un deseo, una esperanza. No, no es cierto que la imprenta sea libre en todas partes: ¿cómo ha de ser libre el instrumento, si aún vive la idea entre cadenas? ¿Cómo decir que la imprenta es libre, si es todavía esclavo el pensamiento? Allá en el terreno de las ideas, en el campo de la razon y de la filosofía, todos unánimes y conformes aseguran que el hombre es libre y que libres deben de ser tambien las manifestaciones de su inteligencia, de su sentimiento y de su voluntad. Pero si descendemos del elevado templo de la ciencia al mundo real donde vivimos, ¡qué desengaño nos espera, qué decepcion nos aguarda!

Acaso me voy alejando del objeto de esta conferencia, pero hay varias causas que me han obligado á hablaros de este modo: es la primera, que es imposible ocuparse del monopolio

del papel sin relacionar este asunto con la imprenta; es la segunda, que aquí puedo hablaros con entera confianza; es por fin, la última y más fuerte, aunque me cueste rubor el confesarla, que no sé nada de lo que al papel y á su industria se refiere.

Vosotros calificareis mi franqueza, pero sabedlo de una vez, ni yo he sido jamás fabricante de papel, ni comisionista, ni lo he vendido nunca, y cuando me ha sido forzoso adquirirlo he cometido un delito imperdonable á los ojos de los proteccionistas, pues á riesgo de arruinar la industria nacional, he preferido el papel extranjero. Cuando por casualidad he visitado una fábrica, curioso y admirado por la novedad del espectáculo, no he podido detenerme en el exámen de los detalles. Al llegar á este punto observo en los semblantes de algunos proteccionistas furibundos, que con gran contento mio me están escuchando, un signo de asombro y una sonrisa de compasivo desden. ¡Cómo, parece que me dicen, no sabes cómo se fabrica el papel, ignoras sus clases y sus nombres, no conoces el precio de fabricacion y el de venta, eres ageno á los más insignificantes detalles de tan complicada fabricacion; ni siquiera has sido traperero, y te atreves á hablarnos del monopolio de la industria del papel y de sus efectos! ¡Qué osadía, qué audacia, qué cinismo! ¡Vaya un papel que estás haciendo!

Tendrán razon los que así piensen, pero no olvideis, señores, que para suplir mi ignorancia he contado desde un principio con vuestra benevolencia, y sé que sois tan bondadosos que me la habeis concedido. En todo caso, si los proteccionistas me acusan de hablar del papel sin conocerle, yo les devolveré este argumento diciéndoles que cuando con enfática entonacion y singular prosopopeya, nos hablan de derecho, de industria nacional, de trabajo español, de intereses creados, de libertad dañosa y de privilegio justo, no saben lo que se dicen y confunden y trastornan los más triviales rudimentos de la ciencia, esos principios que hoy ya no es necesario estudiar, porque se aprenden en la cuna y se respiran en la atmósfera.

Pero aún puedo presentar en mi defensa un argumento afirmativo. Os estoy hablando de una industria, de un trabajo en el cual se ejercita la actividad del hombre; todo trabajo representa dos actos, ó el esfuerzo necesario para vencer un obstáculo, ó la

satisfaccion de haberlo vencido; toda industria supone dos personas, ó la que produce ó la que consume. Pues bien, en nombre de esta segunda clase más numerosa y dilatada que la primera voy á hablaros; en una palabra *soy consumidor*. Ved ahora si tengo derecho á que se me escuche, porque si es verdad que sin la produccion no habria consumo, tampoco sin el consumo tendria alimento la produccion. Soy por lo tanto una de las partes integrantes que intervienen en la industria del papel y en el concepto de consumidor puedo atreverme á tratar de potencia á potencia con el productor.

Si observais, señores, que las facultades del hombre sólo con el ejercicio se desarrollan, comprendereis cómo el trabajo es condicion esencial del perfeccionamiento humano; si notais que por el trabajo se hace el hombre creador, lo proclamareis signo visible que demuestra la semejanza del espíritu humano con el espíritu divino. Si merced al trabajo la naturaleza nos revela sus leyes, el mundo moral nos ofrece el bien y la justicia, el mundo intelectual nos regala la ciencia, y el mundo fisico pone á nuestros piés sus admirables fuerzas y sus inmensas riquezas: si no es el trabajo una pena como han querido suponer espíritus pesimistas, sino un goce, una causa de progreso, un elemento de civilizacion; si por su medio se armonizan todas las contrariedades, se vencen todos los obstáculos y se obtienen todas las ventajas que los siglos celebran con admiracion, no podreis menos de convenir conmigo, en que el trabajo es ley de la sociedad y condicion de la naturaleza humana, y como lo mismo la sociedad que el hombre no pueden existir sin la libertad, también el trabajo necesitará ser libre en su origen y en sus aplicaciones. Reconocido este principio y recordando lo que antes hemos dicho al hablar de las dos partes de todo trabajo, y de las dos personas de toda industria, necesario será admitir la libertad para ellas, y entonces por lógica deduccion reconocereis tambien la libertad del productor y la libertad del consumidor.

Libertades igualmente sagradas y respetables, porque á cualquiera de ella que atenteis, destruireis el trabajo, os opondreis al desarrollo de la vida social, tiranizareis la naturaleza humana, y blasfemareis de la Providencia aniquilando esa facultad creadora del espíritu que nos asemeja á la divinidad.

Es pues indudable que la industria es libre en el terreno filosófico del derecho, y si la producción y el consumo del papel constituyen una industria, también será libre y conspirarán contra su existencia los que intenten ponerla trabas, crearla obstáculos. Hé ahí precisamente lo que hacen de buena fe los proteccionistas.

De buena fe, señores, me complazco en reconocerlo, y no es otro el móvil que puedo atribuir á su conducta, porque me repugna siempre el atribuir interesadas intenciones á mis adversarios, porque supongo que sólo defenderán como yo, lo que crean útil para la humanidad y justo para el hombre. Pero los proteccionistas pueden equivocarse, y en la presente cuestion van de un error á otro error, porque estudiando el fenómeno del trabajo bajo una de sus fases que es la *produccion*, olvidan otra no menos esencial y necesaria que es el *consumo*. Por eso mientras piden privilegios, reclaman ayuda y solicitan proteccion para los productores que son los menos, desdeñan las quejas y lamentos de los consumidores que son los más: pero cuando ellos con animo sereno é imparcial consideren el problema del trabajo con relacion á sus dos términos, cesarán las diferencias que nos separan, y serémos todos *libre-cambistas*, es decir amigos de la libertad del trabajo y de la libertad de la contratacion. Por fortuna ese dia no ha de hacerse esperar por mucho tiempo, y los que ahora combatimos noble y cortésmente en opuestos campos, formaremos unidos alrededor de una bandera que nos cubrirá á todos con sus majestuosos pliegues.

Examinad, señores, el carácter principal de nuestra época, y vereis cuán enemiga es de privilegios y, sin embargo, á la sombra de rancias preocupaciones, de inveterados errores y de egoistas intereses, aún los privilegios se conservan. Uno de ellos lo explotan á su favor los fabricantes de la ley, y cada vez que el consumidor se queja, levantan su voz gritando, «respeto á los intereses creados, proteccion al trabajo nacional.» Al decir esto están los fabricantes dentro de la ley, pero también lo están los desgraciados que piden remedio de sus desgracias. No es cierto por otra parte que los fabricantes de papel representen el trabajo nacional, sino una parte insignificante de él, y si están orgullosos al ostentar en medio de los campos sus fábricas moviéndose ince-

santes, no deben olvidar que los que las alimentan y dan vida, son precisamente esos á quienes tan desdeñosamente tratan, los consumidores, que hombres de ciencia, artistas, literatos y simples obreros tienen tambien otras fábricas no menos útiles y respetables en su corazon y en su inteligencia.

El trabajo nacional está representado por diez y seis millones de habitantes, y sin grave ofensa y sin notoria injusticia, no puede decirse que con relacion al papel sólo unos pocos españoles trabajan, mientras los demás huelgan cómoda y descansadamente. Y si todos trabajamos, todos tambien debemos ser igualmente protegidos, pero no busquemos la proteccion fuera de la misma libertad que á todos iguala y á ninguno humilla.

Pero acaso estareis deseosos de preguntarme ¿cual es, en qué consiste ese privilegio que tan perjudicial me parece, y con el cual se lucran y benefician los fabricantes de papel? Señores es muy sencillo: algunos fabricantes en escaso número porque son pocos y mal avenidos, se presentan al gobierno afanoso por reglamentar y reformar, y le dicen lo siguiente: «nosotros fabricamos papel, empleamos en esta industria millares de brazos que de otro modo perecerian, creamos hábitos de orden y de trabajo, damos vida y desarrollo á una industria nacional que nos libra en un ramo importante de la tutela del extranjero; hacemos un beneficio al consumidor porque le proporcionamos en su propia casa lo que necesita y somos acreedores á sus favores y beneficios. Verdad es que en un principio nuestro papel será más caro y peor que el extranjero y que abandonados á nuestro propio esfuerzo no podriamos competir con él; pero si nos otorgas por algunos años tu proteccion, muy pronto será nuestro papel tan bueno que las demás naciones se declararán vencidas y estarán á nuestra merced y arbitrio. Para eso sólo se necesita que prohibas por el pronto la entrada del papel extranjero, y que despues le impongas tales derechos de entrada que sea imposible su adquisicion para los que no sean ó muy ricos ó muy locos. El interés de España, el de muchas familias que por nuestra industria viven, el orgullo nacional y la compensacion de nuestro trabajo exigen esa medida, y esperamos que un gobierno tan celoso del bien público no se negará á adoptarla».

El gobierno reflexiona un momento porque sus muchas ocupaciones no le permiten mayor exámen y detencion, duda y vacila, pero, entonces los mismos fabricantes que espian sus movimientos pronuncian á su oído las palabras *aduanas*, *renta*, *patriotismo*, *grandes destinos* y otras varias que no recordamos pero que suelen ir siempre unidas, y el gobierno se decide al fin á publicar una ley en la que consultando los hábitos tradicionales de España, su entusiasmo por la unidad religiosa, y su respeto y veneracion por la monarquía, para premiar los esfuerzos de los generosos fabricantes de papel que tanto contribuyen al desarrollo de la riqueza pública, se prohíbe á los españoles comprar el papel extranjero aunque sea bueno y barato, y se les manda comprar el nacional aunque sea malo y caro. En el preámbulo de esta ley se cita el recuerdo de Numancia, se hace una alusion á la guerra de la Independencia, y se truena contra la avaricia de la pérfida Albion: de este modo la ley queda adoptada por una inmensa mayoria. Españoles antes que todo, no queremos estar á merced de la Francia, de esa nacion que nos hizo firmar el pacto de familia, que fué patria de Voltaire, que proclamó la república, que guillotiné á Luis XVI, y adoró á la diosa Razon: y no queriendo estar á merced de la Francia, mucho menos al arbitrio de las fabricas de Angulema, que nos recuerdan la famosa visita que nos hizo un duque de ese nombre acompañado de cien mil soldados, cuyos gastos de representacion tenemos que pagar hoy con más los intereses. De todo esto resulta que la ley por sus patrióticas tendencias es bien acogida del público, que los fabricantes sonrien, que los consumidores sufren, y que la prohibicion se establece; pero como esta obliga al gobierno á tener gran vigilancia, para mayor comodidad la lleva á la frontera, forma allí un cordon sanitario, y recarga de tal modo el papel extranjero que hace casi imposible su entrada. Hé aquí, señores, en qué consiste el privilegio.

Pero ese mismo privilegio que como preciso reclaman los fabricantes de papel, les perjudica demostrando su debilidad. Cuando una industria tiene elementos de vida no necesita proteccion: los árboles crecen en los bosques sin que la mano del hombre los ayude, y las industrias nacen espontáneamente en el seno de los pueblos, sin que el gobierno las proteja. Cuando al cabo de cier-

to número de años no prospera una industria, no se levanta brillante y poderosa, ni se siente capaz de competir con sus similares, inútil es tratar de darla vida; esa industria está muerta y cuanto trabajo y capitales se empleen en ella no conseguirán más que galvanizarla por breves días. El trabajo y las inclinaciones de los hombres obedecen á ciertas influencias naturales hijas de las condiciones del carácter, del clima y de las costumbres, y en la diversa índole de los productos que constituyen la riqueza de cada pueblo se encuentra muchas veces la razón de su destino. No nos empeñemos en aclimatar en nuestra patria industrias facticias, no demos torcida dirección al trabajo nacional, porque después de mucho tiempo perdido, al contemplar el valor de los sacrificios y la vanidad de los resultados, deploraremos la ciega ignorancia de nuestro proceder.

No quiero decir por eso que la industria del papel sea extraña é impropia de nuestro suelo, lo que sí sostengo y aseguro es que si tiene raíces que la alimenten y condiciones de existencia, no necesitará el sacrificio del consumidor, y que si no las tiene ese sacrificio, sobre ser doloroso, será estéril.

¿Y quién pide protección para la industria del papel? Vosotros lo sabéis perfectamente: unos cuantos fabricantes que han tenido influjo suficiente para poner á contribución en su favor los esfuerzos y sudores, el trabajo y la actividad de todos los españoles. Esos fabricantes han conseguido todo lo que querían y aún no están satisfechos: proclamaron el trapo como primera materia indispensable para su fabricación, y obtuvieron el privilegio de importarlo libremente del extranjero; pero al mismo tiempo quisieron que hubiera gran abundancia de trapo para adquirirlo á bajo precio, y consiguieron que se prohibiera la exportación sin atender á las justas quejas de los traperos que industriales también, pedían protección para el desarrollo de su industria. Los traperos eran unos desgraciados sin influencia alguna, los fabricantes de papel entraban por sus riquezas en los círculos más altos y elevados, y entre unos y otros la lucha no podía ser igual, ni dudoso el resultado: los fabricantes triunfaron y los traperos fueron sacrificados. ¡Oh justicia! ¡Oh igualdad! Pero no se detuvieron en este punto los fabricantes de papel, sino que mirando con recelo á los fabricantes extranjeros y te-

miendo la competencia que podían hacerles, consiguieron que se gravara la introducción del papel extranjero con un enorme derecho. Este se elevó primero á 80 rs. por arroba, pero los principios de equidad fueron abriéndose paso poco á poco, y ese derecho se redujo sucesivamente á 60, 30 y 21 rs. por arroba hasta fijarse por real orden de 12 de Agosto de 1860, en 14 reales 50 cénts. si la introducción se verificaba con bandera extranjera, y en 12 rs. si se hacía con bandera nacional.

Pero advertimos, señores, de paso que aún así salían muy favorecidos los fabricantes más aún de lo que esperaban, y eso que sus esperanzas son siempre muy grandes, porque este derecho era un retroceso en el camino de la libertad en vez de ser un adelanto. En efecto, ya el gobierno propuso en 1855 á las Cortes Constituyentes fijar el derecho de introducción en 10 reales por arroba, y si eso se consideraba bastante para proteger la industria papelera en 1853, ¿cómo en 1860 al cabo de cinco años en los cuales esa industria había podido progresar en alto grado, se fijaba ese derecho en 12 rs.? Hé ahí una cosa que no es fácil explicarse, que nosotros no comprendemos sino es diciendo que la industria del papel que tan próspera y floreciente se presenta por los fabricantes cuando así conviene á sus intereses, se encuentra en realidad en lastimoso estado, y ni ahora ni nunca podrá competir por efecto de la misma protección como veremos luego, con la francesa ó con la inglesa. Todos hemos visto estos pasados años que las pocas fábricas nacionales de papel que existen, apenas podían producir las trescientas ó cuatrocientas mil resmas que según los datos de la Dirección de correos se necesitan sólo para las necesidades de la correspondencia pública, y otras importantes atenciones del servicio particular y del Estado tienen forzosamente que llenarse empleando papel extranjero adquirido á un precio exorbitante.

Porque además los fabricantes de papel no tienen en cuenta el interés nacional que tan amenudo invocan, sino el provecho propio, y aunque se oponen á la introducción del papel extranjero, no reparan en aumentar la carestía del mercado exportando fuera de España muchos millares de resmas que encuentran en otros países lucrativa colocación. Muy dueños son los fabricantes de vender á quien les parezca, y no haya miedo de que á

tan justa venta nos opongamos, pero reconozcan tambien que debemos de ser libres los consumidores para comprar donde mejor nos plazca, donde encontremos mayor ventaja y más grande economía.

Por desgracia no quieren reconocerlo así, y careciendo el comprador del papel necesario, y siendo caro y malo el que la mayor parte de las veces halla, tiene que someterse al duro trance de adquirir el papel extranjero á pesar de los onerosos derechos que le gravan, y por eso el comercio de exportacion ha crecido con tan extraordinaria rapidez, que si en el año 1849 no entraron más que 34 arrobas de papel por la frontera, en 1847 su número se aproximaba á 46.000 y hoy seguramente doblará esta cifra.

Ahí están, señores, compendiados los efectos que produce la proteccion en la industria del papel: en beneficio de los fabricantes se recarga con exceso la introduccion extranjera, y sin embargo á pesar del escaso número de fabricantes nacionales, á pesar de los muchos años que vienen disfrutando de proteccion, á pesar de contar con inmensas ventajas, sin tener ningun inconveniente, la industria nacional no sólo no adelanta sino que retrocede si hemos de dar crédito á las continuas quejas de los periodistas, impresores y libreros; si hemos de prestar fe á los datos estadísticos que ni los mismos fabricantes pueden rechazar. Natural es que así suceda; mientras los fabricantes vivan tranquilos á la sombra del privilegio sin temor á la competencia ¿qué interés tienen en mejorar la fabricacion? Si por malo que su papel sea, es el único que hay, y ellos los árbitros de señalar su precio ¿cómo es posible que lo abaraten? La competencia es el alma de las industrias, el origen de su desarrollo, y cuando no existe, las industrias mueren, porque sólo aquello que para nada sirve no atrae las miradas y el esfuerzo de los hombres.

Veamos otros efectos que la proteccion produce. Mañana necesitais imprimir una obra interesante: su éxito depende de la rapidez de la publicacion, y aunque esteis dispuestos á un no pequeño sacrificio, el fruto de vuestro ingenio queda infecundo por que al acercaros á las fábricas nacionales en busca del papel que necesitais, os ofrecen otro enteramente distinto, pero que estan-

do ya fabricado es forzoso darle salida. No creais que exagero: todos vosotros sabeis que uno de nuestros cuerpos Colegisladores no pudo imprimir como queria una sesion importantísima para la patria por falta de papel, y cansados estais de oir continuamente los clamores de la prensa que pone en vuestro conocimiento hechos de idéntica naturaleza. Si preguntais á los fabricantes dirán, *es que no pagan* y saldrán fácilmente del paso cubriendo con una injuria inmerecida, su incalificable proceder. Si alguna vez quereis hacer de las obras de un respetable ingenio una edicion esmerada y elegante, en vano acudiréis á los fabricantes españoles con raras excepciones, porque será preciso que encargueis el papel necesario á Rouen ó Angulema, si no quereis exponeros á emplear 500 resmas de un papel diferente en su color, en su densidad y hasta en su tamaño. Si por casualidad veis una edicion buena y lujosa hecha con papel nacional, preguntad en seguida lo que cuesta y retrocedereis asustados, y cuando el verano llegue descansad de los calores y no penseis en escribir, porque la falta de agua paraliza los trabajos de las fábricas. Y todos estos males, ¿sabeis, señores quién los causa? la proteccion, sólo la proteccion; porque ninguna razon existe para que el papel español no pueda competir en calidad, en abundancia y en baratura con el papel extranjero. En efecto: observad que en España son más baratos los jornales, en especial los que á las obreras se pagan: ved que el trapo es tambien más barato: notad que tenemos abundantes la mayor parte de las sustancias que como primeras materias se emplean, que el agua abunda, que las construcciones de los edificios empleados como fábricas son menos costosas, que el valor de la maquinaria que viene del extranjero no puede aumentar de un modo notable el precio del papel, porque se reparte en una proporcion infinitesimal en cada resma elaborada; atended á la escasez de fábricas que aumentando la demanda, disminuyen la oferta en un vasto mercado, y no podreis menos de extrañar que á pesar de todas estas favorables condiciones sea sin embargo más caro y de peor clase el papel nacional que el extranjero. No quiero detenerme en minuciosos detalles, porque hablando con vosotros no los necesito, pero si os diré que la única razon de ese fenómeno extraño está en que la fabricacion del papel

es en España uno de los negocios más lucrativos, mientras que en Francia, por ejemplo, sólo produce mezquinos beneficios. Y qué señores, ¿continuará el Estado contribuyendo á la riqueza de unos pocos á costa de los sudores de los más? ¿Cometerá la enorme injusticia de sacrificar al trabajo de los fabricantes de papel, el trabajo de los impresores, libreros, tipógrafos y periodistas? ¿Dejará á merced y tutela de una grosera fábrica de papel las concepciones del genio, las creaciones del arte y los productos de la ciencia? No es posible suponerlo; los derechos que gravaban al papel extranjero han sido reducidos ya, pero aún lo serán más y desaparecerán también si en vista de la información parlamentaria que ha tenido lugar ante las Cortes, estas examinan con detención tan interesante asunto y lo resuelven con justicia.

Cuando eso suceda, cuando por la libertad de la introducción logre el consumidor una rebaja al adquirir el papel, la diferencia entre lo que hoy le cuesta y lo que entonces pagará, será un alimento para las demás industrias, porque si puede comprar por cinco lo que hoy adquiere por diez, conseguirá un ahorro de cinco que dedicará á mejorar su condición, y por consiguiente al desarrollo y fomento de las demás industrias que le proporcionen esa mejora.

Entonces ganará hasta el mismo fabricante de papel, aunque esta aserción os parezca extraña, y para probároslo sólo os preguntaré una cosa. ¿Por qué es tan malo el trapo que en España se recoge? ¿Por qué los fabricantes con mayores gastos van á buscarlo á los mercados de Francia, Italia é Inglaterra? ¡Ah señores! forzoso es decirlo, porque gracias á la protección y á los absurdos privilegios que tiene la industria en nuestro país, el pueblo bajo de España es el más haraposo y miserable de la Europa. Dirigid la vista por los pueblos de Castilla y de la Mancha, y aún por los feraces campos de Andalucía; reparad con cuidado los trajes que viste la gente pobre, y si entre aquellos súcios y amontonados remiendos podeis distinguir el color primitivo ó la tela original, habreis demostrado excelentes cualidades para el cultivo de la ciencia arqueológica. Id en cambio á otras naciones, y vereis que la gente pobre es más aseada, que tiene mejor vestido, que no lo usa hasta que caen por el

suelo sus pedazos, y que cuando se ve obligada á desecharlo para sustituirlo con otro, aún el trapo está en buen uso y puede producir un buen papel. Esa diferencia entre el nuestro y otros pueblos está en la proteccion, porque ella impide el desarrollo de la industria, hace que el consumidor se sacrifique, pagando más caros los objetos que necesita; si gana cinco y los necesita para pan, no puede comprar vestido, ni papel, y si los gasta en cubrir sus desnudas carnes, aquel día y muchos más tendrá que contentarse con un mezquino, pobre y nocivo alimento.

Ved la fabricacion de Cataluña que tantos sacrificios nos impone; vedla cuán protegida está, y notad que á pesar de sus decantados progresos, aún no puede proporcionar al desgraciado trabajador un traje completo por cuatro ó seis francos, que es lo que en Francia ó en Inglaterra cuesta.

Si quereis remediar tan graves males, dejad que la industria extranjera nos *invada* como dicen los proteccionistas, dejad que se entable una noble y provechosa competencia entre los productores extranjeros y nacionales; morirán las industrias que no tienen elementos de vida y se sostienen á costa del sacrificio del consumidor, y vencerán las que siendo propias de nuestro suelo, de nuestro carácter é inclinaciones, estén destinadas á próspera y larga vida. Entonces adquiriremos más barato el alimento, el vestido, el papel, la educacion y las distracciones; nos haremos más ilustrados, y perfeccionaremos al par que las fuerzas de nuestro cuerpo, las cualidades de nuestro espíritu. (*Bien, bien.*)

Hoy no podemos hacerlo sino con grande esfuerzo, y hay una clase social para quien todo eso es imposible, porque si detenidamente lo observais, comprendereis que los males de la proteccion y las privaciones que impone, sólo en el pobre recaen. El rico, sean cualesquiera los derechos que impongais á los productos extranjeros, los adquirirá si son mejores, sin pensar por un momento en alentar la industria nacional, pero el miserable proletario, el desgraciado jornalero, ó carecerá de los objetos más necesarios ó tendrá que pagar por ellos el ahorro de todo su sudor, el fruto de todo su trabajo.

Y hé aquí una razon para vindicar á la ciencia económica del dictado de cruel, que los que no la comprenden quieren arrojarla: no, señores, no; la Economía protesta contra el error y

la injusticia, quiere que luzca la verdad, y á nadie daña ni perjudica más el error y la injusticia, que á esa clase del pueblo desheredada de toda riqueza, doblada eternamente bajo el yugo del dolor y del trabajo. El rico se emancipará siempre de toda traba, de todo obstáculo, por medio del capital; emancipemos al pobre por medio de la libertad, y entonces habrémos conseguido que la igualdad sea un hecho real y positivo. Proclamemos la libertad del papel como todas las demás libertades; si de un golpe no podemos obtenerlas vayamos poco á poco, pero no olvidemos que el fin de la humanidad es el perfeccionamiento, y que este no puede obtenerse sin la libertad. Hemos procurado bastante tiempo por los intereses del productor, concediéndole la protección: protejamos ahora al consumidor con la libertad, y tengamos presente que siendo todos consumidores, esa protección á todos se extiende y nos iguala. Hagamos hoy lo que tuvieron que hacer nuestros padres con aquellas funestas asociaciones que se llamaban *gremios*: todas ellas fuéron poco á poco consiguiendo privilegios, pero de tal manera abusaron de ellos, tan tiránica fué su opresión, tan duramente encerraron en un círculo de hierro el trabajo humano, tan encarnizada y ruda fué la lucha que estalló entre unos y otros gremios, que un día puesta la sociedad al borde de un abismo, no encontró salvación sino en una mágica palabra que cicatrizó todas las heridas y curó todos los males: pronunciamos también ahora esa palabra, y al nombre de libertad emancipemos el comercio como entonces emancipamos el trabajo. La experiencia es excelente consejera: demos pues oídos á sus provechosos consejos.

Por desgracia, si por una parte tenemos confianza, por otra sentimos un profundo desaliento: no sé si nuestra voz se levantará vanamente un día y otro día pidiendo libertad. Los temores que me asaltan, las dudas que abrigo, también vosotros las abrigáis, porque en España, en esta tierra clásica de la noble independencia y de la generosa altivez, hemos llegado á tan extraño punto, que parece la libertad idea proscrita, siempre al martirio condenada.

Reflexionad en los sucesos que ocurren todos los días, y viendo arder todavía aquella hoguera que se llamó de la fe, debiéndose llamar de la ignorancia, decidme si teneis gran con-

fianza en alcanzar por ahora la libertad. Pero ¿qué importa? Esas hogueras podrán quemar el libro pero no destruirán la idea, y si los errores y las preocupaciones persiguen al pensamiento, encadenan á la prensa y mutilan la personalidad del hombre, confiemos en que ha de sonar una hora en que el progreso humano empezará de nuevo su triunfal carrera.

Desengañémonos, señores, las ideas sólo con las ideas se combaten, y las hogueras, las persecuciones y los suplicios no serán en último resultado más que la inútil y cruel ofrenda que en todos los tiempos de la civilizacion ha depositado la ignorancia en el templo del saber. El día del triunfo llegará para nuestras ideas: estemos apercebidos para entonces, pero sobre todo estemos unidos, porque la union es nuestra esperanza. Unámonos todos para conseguir la libertad, combatamos sin tregua ni descanso á los que á ella se opongan, pero no empleemos otras armas que las de la razon y el convencimiento. En hacerlo así, no sólo está interesado nuestro bienestar, sino nuestro amor propio, la consideracion que debemos de obtener entre las demás naciones. Arrojemos con la discusion fuera del templo de la ciencia á los mercaderes de todas clases que hoy nos cierran el paso, sigamos el movimiento intelectual de la Europa, y emancipémonos gradualmente de tanto ignorante tutor como quiere dirigir nuestro destino. No es la opaca hoguera de la Inquisicion la luz que ha de guiar á un pueblo noble y grande, sino el resplandor de la razon, de la justicia y de la libertad. (*Grandes aplausos.*)

SI CONVIENE MANTENER

LA PROTECCION

A LOS DIFERENTES RAMOS

DE LA INDUSTRIA MINERA,

POR

D. José de Monasterio.

Señores :

Al aceptar el honroso cargo de comentaros un capítulo del libro sobre *libertad de comercio*, cuyo prólogo abrió con su notoria elocuencia nuestro dignísimo presidente el Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, y cuyas páginas han ido llenando con no menos gloria y fehacientes datos mis compañeros de Asociación, contaba más que con mis fuerzas, que son bien escasas, con la indole del auditorio que nos favorece y se presta gustoso, á juzgar por su asidua asistencia, á escuchar la voz de la verdad, en el que corren parejas en armónico consorcio la ilustracion y la benevolencia.

Animábame además otra confianza. En la variedad de objetos que nos hemos repartido, digámoslo así, para pintar el cuadro que mis dignos amigos han bosquejado ya con tanta maestría, me ha tocado á mí pintar el suelo, ó más bien el *subsuelo*: y decia yo, bien podrá dispensarse una pincelada desaliñada y, permitidme la frase, de brocha gorda, al que pinta el suelo de un

cuadro de tan variada composicion, con tal que en el fondo resalten gigantescas y esbeltas figuras como vienen resaltando las que mis compañeros han bosquejado ya y se destacarán, no hay duda, las que trazarán despues los que me han de seguir.

El epígrafe del capítulo que me toca comentaros esta noche, dice: *¿conviene la proteccion á los diferentes ramos de la industria minera?*

Esta sola enunciacion hace ver que vamos á tratar de una industria que está desde luego *protegida*; y digo *protegida* en el sentido en que entienden esta palabra nuestros adversarios, que la han adoptado sin duda por uno de esos *quid pro quo* tan comunes en nuestro país.

Pero es muy posible que no sepais, ó por lo menos no os hayais parado á pensar hasta qué punto esta industria está protegida y cuán difícil es que extienda sus copiosos frutos de la manera con que hoy viene favoreciéndola el Estado si ha de llegar á ser un día lo que verdaderamente debe ser en los pueblos civilizados. Si teneis la paciencia de escucharme hasta el fin, creo que podré convenceros de que la industria minera de nuestro país es mucho más importante de lo que se cree generalmente, y además de que á pesar de los obstáculos con que viene luchando, es ciertamente fabuloso que haya llegado á la altura á que hoy la encontramos. No me seria tampoco difícil probaros, si lo permitiera el escaso tiempo de que dispongo, que los notables adelantos que esta industria ha ido adquiriendo paso á paso en lo que llevamos de siglo, son debidos exclusivamente á la libertad que se la ha ido concediendo; de tal manera que puede asegurarse que cada átomo de libertad que se la ha dado, ha ido marcando un periodo de su desarrollo, ha ido ensanchando la esfera de su actividad, ha ido haciéndola más general y más productora de goces y satisfacciones para las diferentes clases de la sociedad.

Figuraos á la industria como un gas que estuviera encerrado en una esfera de cristal, y que este gas estuviera sumamente comprimido y la esfera envuelta por otras cada vez mayores, entre cada dos de las cuales quedase un espacio ó anillo libre en el que se hiciera previamente el vacío. Suponed por un momento que una causa externa cualquiera rompe la esfera interior: el

gas tiende á salir inmediatamente, porque como se halla comprimido busca mayor espacio donde extenderse apenas halla salida, nuevo campo donde dilatarse; y su tendencia no para allí, sino que trata de romper la nueva capa que le impide el paso y una vez libre este, continúa empujando y rompiendo la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta esfera. Todas estas irán participando sucesivamente de este gas, que bañará sus transparentes paredes, y luchando poco á poco la gran tension de que está dotado con la resistencia que va encontrando en las nuevas vallas, llega un momento en que rompe la última capa, la última de las esferas, se difunde en la atmósfera y se hace del dominio general. No otra cosa sucede á la industria. Mientras que está comprimida y monopolizada por el Estado, mientras el fisco la ahoga con su pesada mano, no puede desarrollarse, no puede tomar la lozanía que la libertad la brinda. Romped las esferas que la tienen aprisionada, y la industria pasará instantáneamente del dominio de unos pocos al dominio general. (*Bien.*)

Antes de entrar en materia dispensad á mi quizá excesivo amor á una industria á que he consagrado toda mi vida, que la defienda en este sitio de una inculpacion que el vulgo la hace. Generalmente no se tiene idea de lo que es la industria minera en España. ¿Y sabeis por qué? Porque se cree que la minería es sólo patrimonio de unos cuantos, más bien *industriosos* que industriales, egoistas y embaucadores de oficio, que en una época no lejana inundaron la plaza de Madrid con una gran masa de papel de minas que pudiera llamarse *mojado*, papel que ha dado, como no podía menos, solemnes chascos, porque como por desgracia es en el hombre innato el deseo de hacerse rico con poco trabajo, hemos creído que cuando se nos ha presentado una muestra con puntos brillantes y una certificacion de la Escuela de Minas que acreditaba resultados muy halagüeños, no hemos dudado de la buena fe del vendedor, y creyendo que íbamos á ser unos nuevos Midas, y soñando con los tesoros de Montecristo, sin pararnos á pensar en la procedencia de aquellas muestras, ni en si serian ó no abundantes, ni aún si podria ser problemática la existencia de las minas de que se decia proceder, hemos abierto presurosos nuestras arcas á todos estos mercaderes de esperanzas: ¿Cuál ha sido el resultado? El que todos he-

mos visto, aunque tarde : ni aquellas minas existían en su mayor parte, ni tampoco su riqueza ; y las certificaciones que se presentaban como garantía, eran dadas por muestras que tenían en efecto una riqueza conocida, pero que de ninguna manera procedían de las minas que el vendedor ofreciera al incauto comprador que con tanta facilidad le había entregado sus tesoros, el fruto quizá de muchos años de desvelos. ¡ Cosa singular, señores ! La persona de negocios que trata de comprar una finca, no se contenta con pedir al vendedor el título de la finca, le pide el título de su quinto abuelo, quizá el de los poseedores de tres siglos ; en una palabra, y es muy justo, antes de soltar un cuarto, tiene buen cuidado de ver si el que vende puede vender, porque no quiere encontrarse con el chasco de poseer un día lo que no pudo adquirir legítimamente. Pues á pesar de eso, señores, hemos visto que gentes acomodadas y entendidas, habituadas á negocios, han dado presurosas sus capitales á cualquiera de esos *industriosos* que con una piedra en la mano han venido á referirles un cuento de las *Mil y una noches*.

Consecuencia también de estos descalabros, que no tienen más origen que la imprevisión, hábilmente explotada, ha sido el descrédito, en Madrid principalmente, de la industria minera, y para atajarles ha venido la ley de *sociedades mineras*, eminentemente *protectora*, que entre otros vicios de que adolece, tiene el de haber venido tarde, cuando el desengaño ha llegado á penetrar en los ánimos.

¿ Y podrán ser jamás motivo justo las ligerezas de unos cuantos para desacreditar una industria en que están cifrados el porvenir y el bienestar de todos los pueblos ? Nó : léjos de considerarlo así, sería injustísimo por demás. No, señores : esa no es la minería de nuestro país : esa es una minería artificial, una minería de *papel*, es la pseudo-minería.

Dispensadme, os suplico de nuevo esta digresión, y permitidme que defienda á la industria minera desde este sitio, donde á lo que entiendo se habla de ella por primera vez, si bien estoy seguro de que no participáis de la falsa creencia, por desgracia bastante extendida, de que es un juego de lotería que no exige ni capital ni inteligencia. No, señores, esto está muy léjos de ser cierto : la minería es una industria que como todas exige capi-

tal, inteligencia y constancia; y es menester que tengan en cuenta todas las personas que se dedican á este ramo, que no pudiendo vivir sin todas las condiciones que acabo de indicar, no deben esperarse cuantiosos y fabulosos productos mientras se empleen los capitales al azar.

Hecha esta manifestacion que creia de todo punto precisa y con lo cual he querido haceros ver que juzgar de la minería del país por lo que ha sucedido en Madrid, seria juzgar del movimiento de Londres por el que se observa en Getafe ó Carabanchel, entremos en materia.

Bajo cuatro aspectos diferentes, si bien uno sólo en su esencia, podrémos considerar la proteccion que el Estado presta á la industria minera.

1.º Haciéndose dueño de todas las sustancias combustibles, metalíferas, salinas y piedras preciosas que se prestan á una explotacion, ya se encuentren en la superficie, ya en el interior de la tierra. Este es precisamente el artículo 1.º de la ley de minas vigente.

2.º Reservándose para sí algunas minas, para ejercer cierto monopolio y que explota de su cuenta con el dinero del presupuesto, como hoy se dice; es decir, asociándose á los particulares cuyos fondos se le prestan, y á quienes va á hacer competencia con sus mismos productos.

3.º Haciendo concesiones especiales mediante condiciones más ó menos onerosas, como por ejemplo, la de exigir un cánón fijo y otro móvil; esto es, un tanto por ocupacion de un terreno que no es suyo, y que se llama *derecho de superficie*, y otro tanto por 100 por derecho de señorío, de los productos que obtenga el concesionario; además de variadas obligaciones que el minero se ve obligado á aceptar.

4.º Señalando qué clase de productos es objeto del comercio exterior, qué derechos deberán pagar estos á su salida del reino y cuáles pagarán otros que vienen de fuera, como indispensables para dar desarrollo á los elementos productores del país.

Estas son las cuatro fases por medio de las cuales la proteccion extiende su manto sobre la industria minera; fases que, como he dicho antes, pueden resumirse en una sola. Puesto que el Estado se hace dueño de todo lo que existe descubierto y pue-

de descubrirse, en lo cual hay algo de lo del pecado original, de que nos hablaba hace pocas noches el Sr. Segovia al ocuparse de los vicios de nuestro sistema arancelario, no es extraño que despues imponga todas las condiciones que la ley establece.

Aquí veo yo, señores, algo de aquella fábula que todos hemos aprendido de muchachos, del leon, el carnero y la oveja, cuando el primero quiso repartir el ciervo que encontraron en los bosques.

Decia el leon : *Primam tollo, nominor quia leo.*

Yo podia traducir: ¡en primer lugar, me hago dueño de todo porque me llamo Estado!! Decia despues, *secundam quia sum fortis tribuetis mihi*, lo que equivale á decir: ¡puesto que yo me llamo Estado y soy más fuerte que vosotros, yo me reservaré para explotarlas aquellas minas que me parezca, pero me habeis de dar vuestro dinero para con él poderos hacer competencia en la industria que emprendais. Continuaba el rey de los bosques : *Tum, quia plus valeo me sequetur tertia.* Ya que valgo más que vosotros y que puedo más, habeis de trabajar cuando yo quiera y como yo quiera, y me habreis de pagar los impuestos que os imponga. Decia por último el leon : *Malo adfligetur si quis quartam tetigerit*; lo cual podria traducirse: mal lo pasará aquel que intente pasar la frontera sin patente limpia, esto es, sin haber pagado los derechos que como á señor me corresponden, ó quiera introducir productos extraños sin rendir párias á la diosa *Proteccion*. De esta manera, si yo no puedo concluir con el poeta diciendo : *Sic tutam prædam sola improbitas abstulit*, podria exclamar: *sic industriam totam absorbet Protectio.*

Bien comprendereis que para desarrollar toda la doctrina que envuelven las cuatro fases con que he considerado que el Estado dispensa su proteccion á la industria minera, no basta ni con mucho el corto espacio de una hora de que disponemos; tenemos pues que renunciar á entrar en el fondo de la cuestion, aplazándola para otra ocasion, y acatando el derecho constituido, hagamos sólo ciertas reflexiones generales, poniendo en parangon á la minería con otras industrias.

Señores: ¿hay motivo razonable para sujetar á la industria minera á ciertas condiciones ridiculas? Pues qué ¿se dispensa una *proteccion* análoga á las demás industrias? ¿Se exige, por

ejemplo, al industrial agrícola, que precisamente haya de labrar todos los años tantas fanegas de tierra, que siembre tal cantidad, que tenga tantos ó cuantos operarios ó yuntas, que abra tantos ó cuantos surcos con el arado, como se exige al minero que ha de trabajar precisamente ciento ochenta y tres días durante cada año, y con cuatro operarios por cada pertenencia, so pena de caducidad de todos sus derechos, tenga ó no gana, le tenga ó no cuenta, halle ó no salida pronta para sus productos, esté ó no el mercado en disposición de ofrecerle ventajas? ¿No pueden experimentar sus minas vicisitudes que, sin ánimo de abandonarlas, le obliguen á suspender por un año quizá las labores? ¿Es justo que esté siempre pendiente de la codicia de los denunciadores de oficio? Y por otra parte, al arriero que conduce trigo, lana ú otra mercancía, se le exige una guía que así lo acredite, como se exige al que lleva plomos ú otro cualquier producto de la industria minera, si no quiere pasar por contrabandista, ¿Pues qué, al que tiene una fábrica de paños ó harinas, ó de cualquiera otra manufactura, se le exigen ciertos requisitos, se le reglamenta el modo de trabajar como se reglamenta al minero? ¿Para qué tanta protección para la industria minera? Cada uno sabe mejor que nadie lo que le tiene cuenta; cada uno sabe cuándo ha de trabajar y cuándo ha de presentar sus productos en el mercado, para obtener mayores ventajas. Tratándose de una compañía que ha gastado inmensos capitales para establecer sus trabajos, ¿por qué cuando viene una de esas crisis que es imposible contrarestar, y que hacen bajar el precio de los productos, se la ha de obligar á sostener las mismas labores ó exponerla á perder en un solo día el fruto de muchos años?

No conviene, pues, de ninguna manera protección tan decidida, y me parece de más el que yo continúe esforzándome en dar razones para haceros ver que la protección que se concede á la industria minera es inconveniente, y que es fabuloso que con ella haya llegado al grado de prosperidad en que hoy se encuentra. Pero por si no fuere suficiente lo dicho, me bastará recordar que la ley de 1825, debida al inolvidable D. Fausto Elhugar, que rompió muchas de las trabas con que hasta entonces venia luchando la minería, ha sido la que abrió las puertas de

esta industria y la empezó á franquear camino para el desarrollo en que hoy la encontramos. Mucho se ha adelantado desde entonces en esta senda del progreso, lo reconocemos con placer, pero mucho nos queda aún que hacer para completar la obra.

Harémos despues una ligera excursion por la costa, si esto no os fatiga demasiado, y vereis, recordando la historia, que en cada uno de los puntos en que la minería florece, su acrecentamiento está siempre identificado con la libertad.

Tal vez me direis, pues qué ¿es de tanta importancia la minería, que sea preciso ocuparnos de ella con tanta asiduidad? A esto podré yo contestaros, pues qué ¿á los esfuerzos aunados de mineros y metalurgistas no debemos ese raudal de goces de que disfruta la civilizacion moderna, de que carecia la primitiva y que sólo se han ido conociendo, á medida que la industria ha ido adelantándose, dándonos mayor cantidad de productos y por consiguiente á mayor baratura? Pues qué ¿desde que abrimos los ojos, no empezamos á tocar resultados de esos esfuerzos aunados de unos y otros? ¿Con qué prepara nuestra madre la primera envoltura que nos cubre? ¿no se ejercita ante todo en manejar la aguja, el dedal y las tijeras, esos tres florones esplendentes de la corona de la mujer laboriosa y que ya de hierro, ya de plata, ya de oro se encuentra en todas partes, desde la choza del proletario hasta el palacio del monarca? ¿quién presta al labriego el arado con que abre los surcos para sembrar en ellos el pan que ha de mitigar nuestro hambre? ¿quién da al leñador el hacha con que desgaja los árboles que han de servir en invierno para calentar nuestros ateridos miembros? ¿quién al general la espada que le conduce á la victoria y á sus huestes las armas con que conquistan ciudades populosas, robando unas veces la libertad á unos pueblos y concediéndosela á otros? ¿de dónde salen esos armoniosos instrumentos que apagan el silbido de la bala homicida, que excita el entusiasmo militar del soldado en el momento del combate, hasta el punto de hacerle olvidar que juega con su vida? ¿de dónde salen esas inmensas bocas de fuego que hoy podemos llamar la *última ratio regum*, de que están provistos nuestros parques, nuestros arsenales, nuestros buques, nuestras plazas, y de los cuales tambien nos servimos para romper los muros más fuertes que se oponen á la conquista?

Acudid tambien á los templos y acudid á la historia y vereis cómo los metales preciosos se escogieron desde los primitivos tiempos para adornar los altares, como para realzar más el brillo de la Divinidad.

En una palabra y para no cansaros más ¿quién de vosotros no ve á todas horas en su casa, en su escritorio, á su lado varios objetos metálicos? Es más: ¿quién no lleva encima una moneda, un anillo, un reloj, un alfiler, una cadena? Todos, absolutamente todos; tended la vista por do quiera y por todas partes vereis algun objeto que, brillante hoy, ha sido un dia una masa informe, una mezcla terrosa oculta en las entrañas de la tierra.

La aduana señores, tambien se aprovecha de los metales para cerrar el cristal que constituye su célebre *cuenta-hilos*, ese aparato que yo comparo con el jurado inglés, que declara *guilty* ó *no guilty*, culpable ó no culpable, á aquel que tiene el poco patriotismo de ir á buscar á tierra extraña lienzo bueno y barato para sus camisas. Y no es este el solo aprovechamiento que hace la aduana de los metales: tambien utiliza el hierro en la aguja con que el carabinero ensarta, al entrar por las puertas, las cargas de paja, sin duda para ver si la saca tinta en la sangre de aquel célebre gigante, enemigo de la princesa Micomicona, á quien el Ingenioso Hidalgo acuchilló en la venta. (*Risas.*)

Por todas partes, pues, encontramos objetos de industria minera y por tanto parece justificado el que esta industria merezca una predileccion especial. Nosotros nos aprovechamos de los objetos de esta industria, los vemos á cada paso, en todas partes, sin pensar en el sin-número de trasformaciones que han tenido que sufrir antes de ser aplicados al uso y consumo general. Es imposible formarse una idea de los trabajos que para esto se necesitan. Yo no tengo tiempo ni tampoco las dotes necesarias para pintarlos, ni aún con pálidos colores, el número de trasformaciones porque vienen pasando esos objetos antes de presentarse en el mercado: pero no quiero sin embargo renunciar á presentaros una idea ligera de las fatigas que tiene que emplear el minero antes de poder ofrecer á sus hermanos el fruto de sus desvelos.

Remontaos un poco á los tiempos primitivos, y comparando los medios con que contaban aquellas generaciones con los que hoy

tenemos, vereis qué clase de sinsabores, qué clase de penalidades no habrán tenido que sufrir los primeros mineros para conquistar los tesoros que la tierra les ocultaba, y poder llegar al grado de perfeccion en que hoy encontramos muchas de sus labores, al grado de ensanche en que hoy las vemos, contando como contaban, con tan pocos elementos. Hoy ya es más fácil el laboreo de las minas. Los adelantos modernos nos prestan grandes palancas que entonces no se conocían, y por consiguiente es mucho más hacedero llegar á muchos cientos de metros de profundidad. No hace mucho tiempo que una academia francesa ofrecia un premio al que presentara el mejor aparato para extraer á un kilómetro de profundidad las sustancias enterradas en las entrañas de la tierra. Esto os probará que hoy se cuenta con grandes recursos antes desconocidos.

Pensad que cuando el hombre empieza á escavar el suelo, no tropieza con grandes dificultades, se halla con una ligera capa de tierra vegetal, que puede separar con una azada; pero á pocos piés que se interne en el interior, ya no le basta la azada; para sacar la tierra necesita una vasija donde colocarla y poderla llevar al exterior. Despues su persona ya no le basta, necesita de otro hombre que le ayude en la parte exterior, y dentro de poco ya no le bastará uno, sino que le serán necesarios dos ó más, y luego una polea, y más tarde un torno, y andando el tiempo una máquina, de manera que á medida que avance en profundidad, ya no le son suficientes sus propios esfuerzos, y tiene que apelar á la mecánica aplicada, que centuplica sus fuerzas.

No es esta la sola dificultad con que tropieza: á través de esa tierra vegetal y desmoronadiza, se halla con una roca durisima, en la cual no penetra el acero más templado, y entonces tiene que llamar en su auxilio á la pólvora; la pólvora que ha dado un inmenso desarrollo á la industria minera, y que nos hace pensar en el sinnúmero de esfuerzos que tendrían que emplear los primeros pueblos para construir esas espaciosas cuevas que se ven todavía, esos templos majestuosos que se admiran en la India. Verdaderamente no se comprende cómo se compondrían aquellos obreros para cortar y labrar esos grandes sillares, que constituyen las construcciones ciclopeas, que hoy se admiran todavía en el Egipto. La imaginacion se asusta, tanto más, cuanto que pe-

netrando en esas profundas excavaciones y en esos majestuosos templos, se conoce que han debido pasar muchos años antes de poderlos concluir, pues sin conocer la pólvora, el cincel y el pico no podían dar grandes resultados en un día, y por fuerza debió emplearse en ellos largo tiempo.

Ya tenemos al hombre dueño de la pólvora, y esto le facilita un gran campo y le abre un vasto horizonte. No es extraño pues, que no se contente con seguir en la vertical el pozo que ha abierto, y que quiera internarse más y penetrar en el interior de la tierra en sentido horizontal. Al marchar por galerías tortuosas en todas direcciones, á poco que ha avanzado, no sabe en qué dirección marcha, y tiene por tanto que abrir nuevos pozos al exterior, que no sólo le den aire y luz, sino que le manifiesten el camino por dónde va, le hagan comprender por dónde sale el sol. Todas estas dificultades las ha tocado el hombre, hasta que la brújula ha penetrado en las minas. La brújula, ese instrumento de inestimables ventajas, que ya conocían y empleaban los chinos, según el P. Duchalde, mil cuarenta años antes de Jesucristo, para dirigirse á los continentes, y que así como condujo á los portugueses primero, y á los españoles después, al través de los mares en busca de un nuevo mundo, ha abierto las puertas de un mundo nuevo también en las minas, y cumpliendo el precepto del Génesis, *fiat lux*, ha servido al minero de antorcha en aquellos intrincados laberintos, y por medio de ella el hombre ha podido penetrar por sus torcidas calles, porque en todas artes y en todas latitudes sabe el minero por medio de la brújula, por dónde sale el sol y por dónde marcha á su ocaso; de modo que puede decirse que está rodeado de una atmósfera luminosa, sirviéndole la flecha de la aguja como de faro seguro para dirigirse al puerto que busca.

Ya veis cómo poco á poco va venciendo el minero todas las dificultades que se le presentan, y cómo va marchando por un campo lleno de flores. Pero á medida que avanza, nuevos obstáculos vienen á oponerse á su paso. Las aguas, que buscan siempre el nivel más bajo, empiezan por obstruirle primero, y concluyen por cerrarle completamente el camino: ya no le bastan para superar esta dificultad los medios que ordinariamente ha empleado. Se sirve antes de varias vasijas, y entre ellas de zacas de

cuero (que todavía se ven hoy en algunos establecimientos del Estado), y despues las máquinas movidas por fuerza de sangre, de agua ó de vapor, vienen á libertarle de este nuevo enemigo. El inmortal Watt, á quien siempre se recordará con entusiasmo, abre al minero un nuevo campo, y le quita ese cúmulo de aguas por medio de sus potentes máquinas, facilitándole el paso y abriéndole un camino, libre al parecer de inconvenientes.

La mecánica, pues, no sólo nos ha proporcionado el desagüe de las minas, sino la extraccion en pocas horas de inmensas cantidades de materias, que el hombre por sí solo no podría elevar á la superficie en toda su vida.

Pero, señores. ¿es esto bastante?

¿Puede ya el hombre, ayudado de la pólvora, ayudado de potentes máquinas, seguir sus pesquisas en la corteza terrestre sin que nadie le pare en su camino? Nada de eso; este hombre encuentra en el interior un aire escaso y denso, y la luz que lleva para guiar sus pasos, le roba aún una gran parte del oxígeno que necesita para respirar.

También ha procurado buscar remedio á esto abriendo nuevos pozos á distintos niveles, para que en virtud del desequilibrio de la atmósfera, ocasionado por la diferente densidad del aire, se produzcan ciertas corrientes de aire fresco, que hagan respirable en los subterráneos una atmósfera que antes no lo era. Y cuando estos medios naturales no han bastado, ha acudido á la ventilacion artificial: la mecánica ha venido también en su auxilio con grandes y poderosos ventiladores.

Mas por desgracia en algunas minas se desprenden gases metálicos, inflamables, que matan instantáneamente la vida del obrero, ó producen explosiones terribles al contacto de la llama, y como el minero no puede marchar sin luz, de aquí el llevar en la mano el arma suicida, si el inolvidable Davy no hubiera combatido tan victoriosamente con su *lámpara de seguridad* este formidable enemigo, que diezmaba la poblacion obrera en las minas de carbon de piedra.

Véase, pues, con cuántas dificultades ha tenido que luchar el hombre, y cuántos obstáculos se ha visto precisado á superar. No obstante de que algunos de ellos son verdaderamente gigantes, los ha ido venciendo: nada se ha opuesto á su paso, que

no haya conseguido dominar. De tal manera ha triunfado de casi todas las contrariedades, que á pesar de ser una muy principal el transporte, hoy puede ofrecer á gran distancia del punto de produccion los variados frutos de sus esfuerzos, de sus afanes, de su trabajo.

Ahora bien, señores. Si teneis en cuenta como os decia no ha mucho, que esos triunfos son de ayer, son de nuestros dias, se han ido obteniendo paso á paso y lentamente, debereis naturalmente inferir qué clase de esfuerzos tuvieron que hacer los primeros pueblos para alcanzar el grado de civilizacion, en que la historia nos les presenta.

Dueño el hombre de los depósitos minerales que en su afan ha descubierto, su primera idea ha sido ofrecer los productos por él obtenidos á sus hermanos, los demás hombres; y como es natural, buscar en mercados extraños aquellos productos de que él carece y necesita. Esta es la ley general del cambio: esto es lo que todo el mundo hace; buscar el producto que no se tiene y dar aquel que se tiene.

Para realizarlo más fácilmente fué preciso inventar medios que facilitaran tambien el trasporte de productos; fué preciso, andando el tiempo, sustituir el antiguo sistema de conduccion á lomo de las caballerías y despues en carros, con otro sistema de locomocion más expedito y que permitiera trasladar los productos á largas distancias con prontitud y seguridad.

Cabe la gloria á los mineros de haber sido los que engendraron la idea de los ferro-carriles, porque fuéron los primeros que ensayaron el sistema de conduccion sobre unos listones de madera. Data semejante sistema del año 1676, y se comenzó á practicar en Newcastle con el objeto de evitar el rozamiento de los carros contra el suelo: por medio de los listones de madera se hacia más expedito el trasporte de mayor cantidad de productos mineros y en menos tiempo. Más adelante, en 1738, esto es, sesenta años despues poco más ó menos, se comprendió que el sistema de los listones de madera era susceptible de mejora y que podia cubrirse ventajosamente con planchas de hierro que aumentasen su duracion. Este es verdaderamente el primer ensayo de los ferro-carriles, que tal pueden llamarse los listones forrados con planchas de hierro.

No es mi propósito, señores, trazar la historia de los ferrocarriles; y por tanto, no debo detenerme en este punto. Sólo os diré que en 1804 se ensayó verdaderamente con grande éxito la primera locomotora; ó mejor dicho, entonces se empleó por primera vez el vapor como fuerza motriz para arrastrar los carruajes de transporte. Me basta indicaros que en 1829, el inmortal Roberto Stephenson, hijo de un minero llamado Jorge, realizó el gran adelanto en este ramo. Era Jorge minero de profesión y echaba de menos en sus operaciones de mecánica la instrucción teórica, que comprendió valía muchísimo. Así es que dedicaba las noches á componer relojes con el objeto de aumentar su salario y adquirirse los medios necesarios para dar á su hijo la educación científica de que él carecía. Pues bien; Roberto, en 1829, en un concurso en que debían ensayarse los medios de aumentar la celeridad de las comunicaciones entre Liverpool y Manchester consiguió con sus célebres calderas tubulares y con la forma especial que dió á su locomotora *El Cohete*, aumentar la velocidad hasta treinta millas por hora, siendo así que hasta entonces nunca habia pasado de cuatro. De modo que á Roberto Stephenson, que despues ha sido uno de los primeros ingenieros de Inglaterra y que recordaba siempre con orgullo ser hijo de un simple minero, se debe el gran desarrollo que tienen los ferrocarriles, porque desde su famoso invento poco se ha adelantado en esta materia: se han hecho algunas innovaciones y mejoras, pero la verdad es que las calderas tubulares siguen siendo la base de la locomoción en todos los ferrocarriles del mundo. El minero, aprovechando ese prodigioso adelanto y los demás elementos de los tiempos modernos, tan diversos por todos conceptos de los elementos de los tiempos antiguos, puede ofrecer hoy sus productos á mayor distancia, llevándolos á los mercados más remotos del globo.

Parecia, señores, que ya no quedaba al hombre nada que hacer, supuesto que progresivamente habia ido superando tan grandes obstáculos. Despues de haber vencido los inmensos entorpecimientos que os he referido, parece imposible que se pare ante las consideraciones del egoismo mal entendido de unos cuantos y no prosiga su marcha. Sin embargo, este fenómeno se verifica segun vais á ver palpablemente.

Ese mismo minero, que ha conseguido extraer sus productos del seno de la tierra, sacarlos á la superficie, ofrecerlos en todas partes á sus hermanos, carga sus wagones con ellos y trata de llevarlos á los pueblos distantes, fuera de su país. Guía su locomotora entusiasmado, porque esta locomotora empieza por recorrer vastas campiñas, y el vapor que despidе la máquina parece que va sembrando de fecundante gérmen todo el campo que atraviesa. Salta en seguida, como por ensalmo, caudalosos rios, por encima de una série de arcos de triunfo, como al génio levantados y cuando parece que va á estrellarse contra una elevadísima montaña que le cierra la vía, desaparece internándose en su corazon y volviendo á aparecer de nuevo, casi instantáneamente, á algunos kilómetros de distancia, como si sólo hubiera roto una hoja de papel, para continuar despues por una frondosa vega, donde escucha los plácemes de cien pueblos.

Pero cuando más satisfecho se halla, cuando su corazon está más henchido de placer y de orgullo, porque ve con estos triunfos acercarse el momento en que el mundo constituya una sola familia, la de la humanidad entera; cuando goza de esta hermosa ilusion, el silbido de la locomotora le anuncia que el guardafreno debe echar mano del freno para detener su triunfante marcha. Y entonces, no puede menos de preguntar: ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? ¿Qué obstáculos se nos presentan? ¿Es, por ventura, que falta la continuacion de la cinta férrea? ¿Es que hay algun abismo á nuestros piés? ¿Quién detiene mi impetuosa carrera? ¿Quién se atreve á luchar con estos caballos, que son el Pegaso de la civilizacion moderna? (*Bien, bien.*) ¿Quién? Señores... ¡La *Proteccion*, disfrazada de carabinero! (*Risas y aplausos.*)

¡Qué contraste tan singular! exclama entonces. Yo, que he salvado tantos contratiempos; yo, que he hecho firmes los terrenos más pantanosos; yo, que he perforado montañas de durísimo porfido; yo, que he atravesado los rios más caudalosos, con la misma facilidad con que salta un ciervo un pequeño arroyo: ¿me he de detener forzosamente ante esa frágil valla, que llamis frontera? ¿No podré ofrecer al otro lado de ella el pan á mis hermanos que le demandan con afán?—¡Atrás! exclama la proteccion; antes que todo es el trabajo nacional.—Es que os traigo aquí el alimento de ese trabajo nacional.—No: lo que nos

traes es un pan negro extranjero; y antes que comerlo, preferimos morirnos de hambre *nacional*. (Bien.)

Peró, señores, el tiempo pasa, y no quisiera dejaros, sin que me acompañáseis á hacer una rápida excursion por nuestras costas. Quisiera proponeros, para que lo hiciérais con comodidad, un buen medio de locomocion porque va á ser algo largo el viaje y os presentaria de buena gana un *yach* de recreo, como tienen los ingleses, si no os fuera sospechoso por su procedencia. De todos modos, sea el que quiera el buque que nos conduzca, procurad seguirme en mi excursion, porque recorriendo los puertos hallareis la verdadera minería, que va á refluir en ellos á la manera que los grandes rios desaguan en el mar.

Empezarémos el viaje por las costas del Norte y nos detendrémos breves instantes en Santander. Nuestras paradas serán cortas, porque el tiempo es sumamente escaso y no tendremos el suficiente para ver despacio todos los puntos que vamos á recorrer. En Santander se ha creado, de pocos años á esta parte, la industria del zinc: en aquel animado puerto y en algunos inmediatos, como por ejemplo en Suances y San Vicente, se ven con frecuencia buques cargados que llevan calaminas á Amberes y Swansea en cambio de los frutos de aquellos países. Tambien se embarca cobre y hierro, procedentes de Vizcaya; pero el producto más importante de todos, el que ha tomado allí ya carta de naturaleza, es el zinc. Llamo la atencion sobre esto, porque no hace muchos años que los belgas, que tienen la llave de esta industria en Europa, tenian en muy poco la de nuestro país y la consideraban de escasa vida é importancia. Despues se han visto chasqueados, porque no pasaron muchos años sin que se presentaran en Amberes numerosos buques con calamina; y entonces reconocieron que se habian equivocado y que valia algo la calamina de Santander. Tambien se lleva esta sustancia á Astúrias, donde es beneficiada y vendida, arrojando un producto de 500.000 quintales al año. Bien merece la pena, pues, el llamar la atencion sobre esta industria. Es de advertir que los industriales del zinc han venido solicitando por mucho tiempo el privilegio de no pagar el 3 por 100 que pagan los demás metales, á excepcion del hierro y la última ley de minas les ha

otorgado esta gracia por 20 años. Esto es natural: cada santo pide para su ermita, como vulgarmente se dice.

Pasemos á Bilbao. Allí encontraremos, en aquella bonita ria, muchos buques cargados con hierro de las célebres minas de Somorrostro: este hierro se explota y beneficia en nuestro país, y es buscado, no sólo para las costas de España, sino también para las Landas de Francia; por cierto que los fabricantes españoles se empeñaron en que el hierro pagara un derecho protector de exportacion, que empezara por ser más de 100 por 100 de su valor, porque no querian que los pícaros franceses se llevaran este elemento tan necesario para la industria, sino que se quedase todo el hierro en España.

Sigamos nuestra excursion por la costa asturiana y detengámonos en Gijón. En aquel puerto hallaremos los productos más importantes de Asturias, entre ellos, los que proceden de la riquísima cuenca de hulla, que se trasportan por el ferro-carril de Langreo hasta el mismo puerto. La exportacion de ese producto asciende á unos 1.300.000 quintales, consumiéndose además dentro del país una cantidad próximamente igual. De suerte, que no es ni con mucho suficiente para satisfacer las necesidades de la industria, que exige una cantidad de seis millones de quintales de este combustible y que exigirá más á medida que reciba mayor desarrollo. Sin embargo, es un elemento de riqueza muy considerable, y por de pronto permite prosperar los varios altos hornos que allí se han montado; alimenta entre ellos los de la fábrica de fundicion de Trubia, que el entendido brigadier de artillería Sr. Elorza ha montado á la altura y con los adelantos alcanzados en otros establecimientos de Europa.

Continuemos nuestra marcha y hagamos alto en Avilés para visitar la fábrica de zinc que allí funciona, alimentada por las calaminas de Santander, propia de la compañía *Real Asturiana*, la primera que tomó la iniciativa de la gran riqueza hullera y que explota las minas de Arnao, que presentan la particularidad de trabajar sobre una capa que se interna en una galería más de 250 metros por bajo del mar á una distancia vertical de más de 100 de su nivel: en esta galería es donde, desafiando todos los peligros y corriéndola hasta el fin, trazaron nuestros reyes en Agosto de 1889, con el humo de una vela, sobre el carbon,

las iniciales de sus augustos nombres, una *Y* y una *F*, como recuerdo de su régia visita á un punto en que hasta entonces no habia penetrado mujer alguna.

Notable hecho, señores, que viene á colocar á nuestra Reina en una posicion excepcional, porque si bien es frecuente que otros soberanos de Europa visiten las profundas excavaciones de las minas, y se esculpan en la roca sus nombres, principalmente en Sajonia, en que el Rey y los Principes hacen á menudo estas visitas y en que el traje de minero figura entre las galas de la corte, que se exponen al extranjero como cosa notable, ninguno puede decir como Isabel II, que ha tenido un momento por dosel las embravecidas olas del Océano.

No tenemos tiempo de detenernos en las costas de Galicia; y por consiguiente, habrémos de renunciar á ir á ver las minas de estaño de Monterey, donde los fenicios establecieron una de sus colonias, ni las orillas del rio Sil, no obstante de que excita la curiosidad saber que sus arenas arrastran oro. Pasemos, pues, las costas de Galicia: no nos detengamos tampoco en las de Portugal, porque mientras los portugueses no sean nuestros hermanos, mientras no se realice la union aduanera tan suspirada, no queremos en manera alguna que se nos tache de posar nuestra planta en un país enemigo, extraño al menos.

Crucemos de paso esas costas y dando un vistazo al puerto que tuvo la gloria de ver partir las famosas carabelas que fuéron á descubrir el Nuevo Mundo, demos fondo en Huelva, á donde vienen á embarcarse para Swansea y Liverpool cantidades considerables de mineral cobrizo, que constituye hoy uno de los ramos de riqueza de la provincia.

De buen grado os internaria á visitar las célebres minas de Riotinto; pero no podemos pënetrar en ellas, porque á pesar de haber estado trabajándolas un señor, muy rico, llamado *Estado*, aunque con el dinero de los demás, desde 1783; á pesar de haber sacado de ellas pingües productos, tanto que en el decenio de 1849 á 1859 suben á 525.000 arrobas de cobre, que representan un valor de 53 millones de reales; á pesar de todo esto, no ha habido ni tiempo ni dinero para hacer un camino. Y no me atrevo á conduciros en mulo á esas minas porque tendriais que ir oyendo el cencerro; y francamente, no me sabe bien que

demos una cencerrada al propietario. (*Risas y aplausos.*) La provincia de Huelva, pues, cuenta con este grande elemento de riqueza, que explota tambien en grande escala una sociedad que ha querido resucitar con su nombre de *Tharsis* recuerdos gloriosos de los tiempos en que los fenicios buscaban en Tharsis la gran fuente de riqueza que explotaban en nuestro suelo.

Dejándola ya á un lado, porque vamos muy de prisa, penetremos por el Guadalquivir y hagamos un pequeño alto en la antigua corte de D. Pedro I de Castilla. Allí verémos llegar buques cargados de carbon para el interior, hierro en lingotes para el beneficio del mineral de Riotinto y otras compañías, al cual se hace pagar un bárbaro derecho *de proteccion* que ahoga á aquella industria; á la vez que se embarcan plomos de Linares y otros artículos de minería; y si recorremos, de paso siquiera, la ciudad, no renunciemos á visitar un momento las Atarazanas. Ese es el punto donde viene á reunirse todo el mercurio de Almadén, á donde no os llevo porque seria largo y fatigoso conducirlos en carreta; pues precisamente el azogue es trasportado en este pesado vehículo, ofreciéndose así combinadas en diabólico consorcio dos cosas enteramente opuestas, á saber: la calma del conductor y la volatilidad de la cosa conducida. ¿Quién habia de decir á los alquimistas, que dedicaron el azogue al dios Mercurio, porque la Mitología nos le pinta doblemente alado, en los piés y en el sombrero, quién les habia de decir, repito, que aquella sustancia habia de conducirse en carretas de bueyes, precisamente en el siglo del vapor y de la electricidad?

Tampoco os quiero llevar á visitar el establecimiento de Linares, que tambien trabaja el Estado de su cuenta, porque huyo de que me pregunteis en qué consiste que al lado de las minas de este señor, donde se hace el desague con zacas de cuero, y donde acaba de estrenarse un malacate de caballerías, se ven otras de particulares servidas por elegantes máquinas de vapor del sistema de Cornwailles. Toda comparacion es odiosa y no es ocasion de hacer comentarios.

Salgamos de Sevilla y prosigamos nuestra excursion dirigiendo sólo una mirada hácia la antigua Gades, esa perla de Andalucía, la poética gabiota que mece sus blanquissimas alas sobre las olas del mar, porque no tenemos tiempo de entresacar los

productos de la industria minera entre los numerosos y variados artículos que vienen de la India y de la América. Crucemos también de corrida el Estrecho, teniendo cuidado de no dirigir la vista hacia la izquierda, para no ver los uniformes colorados de los intrusos ingleses, y demos fondo brevisimos instantes en Marbella; llamada así sin duda por la bella mar que desde su costa se descubre. Véanse allí altos hornos, montados para el beneficio del hierro magnético que tanto abunda en aquella comarca; y pena me da, pero es preciso cubrir con una losa sepulcral las antiguas minas de lapiz-plomo, que también se reservó el Estado y en las cuales nada hacemos, sin duda por falta de fondos, y dando lugar á que los ingleses no acudan hoy á buscar una mercancía que tanto estimaban antes.

Sigamos á Málaga, y aunque tenemos poco tiempo, vamos á ver la grandiosa fábrica de hierro que el genio industrial de don Manuel Agustín de Heredia levantaba en aquel alegre y concurrido puerto: fábrica cuyo desarrollo verdaderamente está á la altura de las más adelantadas, pero que, por desgracia, es insuficiente para satisfacer las necesidades de la industria española. Otras hay en competencia con ella, que luchan con el inconveniente de no tener carbon barato. Como es natural, piden protección para sus hierros, pero al mismo tiempo desean que se niegue al carbon, levantando los derechos que devenga; porque sin este combustible no pueden vivir, según expresión suya. Excusado es decir que los industriales de Asturias hacen iguales instancias respecto del hierro que les hace falta.

Viene después el pequeño puerto de Motril, donde aunque en corta escala, se ven también algunas fábricas de fundición y desplatación de plomos, y poco más allá divisanse majestuosas columnas de humo, que por tortuosos giros salen de grandes establecimientos de fundición de mineral plomizo. El punto en que están enclavadas se llama Adra, pequeña villa que en otro tiempo se llamó *Abüera*, donde se batía moneda, y que es el gran almacén de las inmensas riquezas que han salido y continúan saliendo de las entrañas de la Alpujarra, último rincón de los árabes: 600.000 quintales de plomo producen hoy aquellos elevados riscos, de que son centinelas infatigables los picos de *Mulhacen* y de *Veleta*.

Apenas hay tiempo de recorrer las varias fábricas que arden á orillas del mar, pero podré mostraros como la primera en su género la titulada *San Andrés*, propia de los Sres. Heredia, donde se obtienen todos los productos del plomo: el plomo en barras, planchas, tubos, municiones, el albayalde, el litargirio, el minio, pintura; en una palabra, casi todas las combinaciones de que es susceptible ese metal.

Sentiria molestaros, siendo la hora bastante avanzada (*No, no*); pero creo que me permitireis cuatro palabras acerca de la industria del plomo. A principios de este siglo este artículo se hallaba estancado, como lo están hoy el tabaco, la sal y la pólvora; lo cual no impedía que se hiciese un gran contrabando de él, como era natural que sucediera, y como acontece hoy con los géneros estancados. Pues bien: los datos oficiales nos dicen, aunque imperfectamente, la produccion de aquel tiempo. Segun ellos, desde 1800 á 1817 se habian extraido de la Sierra de Gador unos 22.000 quintales, esto es, 1.300 por año; del 18 al 20 se produgeron ya más de 20.000, quiere decir, tanto como en los diez y siete años primeros; y en 1827, ó sea diez años despues del desestanco, la cifra se elevaba á 806.000!!!

¿Quereis más pruebas de que la libertad es un gérmen del desarrollo de la industria? ¿No sabeis que con la franquicia concedida al plomo, se verificó en este ramo una revolucion completa en el mercado de Europa? ¡Cuánto mayor hubiera sido si disfrutara de una completa libertad!

Insensiblemente nos encontramos en Almería, en cuyo punto tambien se refleja la industria metalúrgica, alimentada con minerales de las sierras vecinas, y un espacioso taller de calderas de desplatacion de plomos por el sistema de Pattinson, en cuyo manejo no cedemos la palma á los ingleses, inventores del procedimiento.

Y más allá nos encontramos frente á frente con la antigua Urci, hoy Villaricos, pueblo situado en la proximidad de Sierra Almagrera, y que comparte el beneficio de sus ricos minerales con otro puerto del otro lado, Aguilas. En uno y en otro punto se hallan las fábricas en que los alemanes hicieron sus primeros ensayos, para tratar los minerales del filon *Jaroso*, dejándonos las trazas de su ingenio, aunque no en el mejor estado de pros-

peridad; estado que ha subsistido hasta que la constancia de aquellos industriales, ha sabido sacar de ellos el mayor partido que era posible. No os quiero hablar de las fabulosas riquezas que se han obtenido del filon *Jaroso*, aunque seria un dato sumamente precioso para probaros que no es tan despreciable la minería, como á algunos parece. Sólo os diré que los accionistas de algunas de aquellas minas han cobrado algun tiempo hasta 90.000 duros por accion en un año, y ésto parece indicar que aquella minería no es de farsa.

Continuemos nuestro derrotero á Levante; detengámonos un poco enfrente del Castillo de Anibal, la antigua *Cartago nova*, hoy Cartagena. Si tendemos la vista por aquel hermoso puerto, nos encontraremos barcos con bandera inglesa fletados con carbon y en demanda del plomo, que producen 64 fábricas, que en constante actividad trabajan sobre los restos de la gigantesca explotacion Cartagenera y Romana. ¿Pues que, se ocurre á cualquiera preguntar, no acabamos de ver en Astúrias, carbon de excelente calidad y *protegido*, con el cual se podrian surtir las fábricas de Cartagena? Es verdad; pero aunque todo el carbon asturiano, que hoy se produce en cantidad de dos millones de quintales, se hiciera cok y se condujera á Cartagena, no habria el suficiente para alimentar sus 64 fábricas. ¿Entonces, de qué sirve la proteccion? ¿Para qué es si no hemos de conducir carbon de Astúrias á las costas del Mediterráneo? A esto no puedo yo contestar otra cosa, sino que no lo sé ni lo entiendo.

Las minas de Cartagena arrancan en un año seis millones de quintales de minerales, de que se extraen proximamente 400.000 de plomo. De aquí podrá inferirse que esos minerales son sumamente pobres, y por tanto que los industriales tienen que hacer esfuerzos considerables para obtener semejante producción. Pero si se les preguntara si la aumentarían cuando el carbon dejase de estar protegido, indudablemente, contestarian: «los restos que nos dejaron los cartigeneses, sobre los cuales se han fundado los nuevos establecimientos, todavía permiten aprovechar una inmensa porcion de minerales:» «todos esos restos seria nuestro patrimonio y el porvenir de nuestras familias; añadirían, si tuviéramos el carbon barato». Es, pues, un error lamentable la creencia de que es necesario continuar protegiendo la industria de

la hulla, cuando es imposible que sea suficiente para abastecer los mercados del Mediterráneo, ni aun siquiera para satisfacer las necesidades de la industria del plomo.

Es ya bastante tarde y os creo fatigados: no haremos más que pasar por delante de Barcelona, en cuyo puerto también hallaremos varios productos de la industria minera. En esa provincia notaremos que los industriales piden proteccion para los algodones y franquicias para las primeras materias, principalmente para el carbon que importan hasta en cantidad de 100.000 toneladas, á pesar de tener tan cerca las minas de San Juan de las Abadesas.

En resumen, ¿qué hemos sacado en limpio de este largo viaje? dos cosas principales:

1.^a Ver que la minería de España es una verdad, un ramo de grande importancia para el porvenir.

2.^a Convencernos de que la *proteccion*, tal como hoy se dispensa, no armoniza los intereses de todos; de tal modo, que si hubiéramos reunido á todos los industriales, con el objeto de satisfacer sus deseos, nos habríamos convencido de que era absolutamente imposible contentarles; porque el que pide libertad para el carbon solicita proteccion para el hierro; el que pide libertad para el hierro no la quiere para el carbon y así sucesivamente por el mismo orden.

Para concluir, diré que esa industria, mirada generalmente con desden, esa industria, de cuya importancia se juzga por lo que ha ocurrido en la plaza de Madrid, en lo cual se comete un grave error, representa en España una riqueza ó un valor de 400 millones; y acudiendo á datos oficiales y á las balanzas de comercio, á que tan aficionados son los proteccionistas, puedo presentarles el dato siguiente: en el comercio universal de exportacion de 1860, figuran los productos de la industria minera, los que impropriamente se llaman *primeras materias*, por 168 millones. De estos, 103 son de plomo, 19 de azogue, 18 de cobre, etc. Me parece, señores, que una industria que da á la exportacion tan considerable alimento, tiene alguna importancia y merece alguna consideracion; pero no por eso se entienda que necesita la proteccion en el sentido que esta palabra tiene para los proteccionistas. Esa industria figura en el comercio de importacion por 60 millones, de consiguiente, segun los proteccionistas balancis-

tas, toda vez que compramos 60 millones y vendemos 168, tenemos una ganancia de más de 100. Pero hay que advertir, que de esos 60 millones, que representan el 4 por 100 del comercio general de importación, el 55 por 100 corresponde á la hulla y el 25 por 100 al hierro. Ahora bien; si con 60 que compramos podemos vender 169; ¿por qué no compramos 100 ó 200 para vender en proporción?

Bastan estos datos, ligeramente indicados, para comprender que nuestro país necesita importar algunos productos, de los cuales la hulla entra por 55 por 100 y el hierro por 25, prueba evidente que la industria reclama ante todo hierro y hulla. Por consiguiente, el Estado que debe mirar esto para proteger verdaderamente la industria cual es debido, dé libertad á los productos que el país demanda y especialmente al hierro y al carbon, que son los elementos más poderosos del desarrollo de la industria. Si no oye nuestras voces, le sucederá lo que á un padre con varios hijos de los cuales uno tuviera excelentes zapatos y careciera de camisa, otro tuviera una finisima camisa y careciera de sombrero, el tercero vestido y no alimento, etc. : era imposible que ninguno de ellos estuviera contento y saliese satisfecho á la calle. Medio de contentar á todos : dar á todos un modesto traje.

¿Qué medio habrá más justo, más equitativo para satisfacer cumplidamente los clamores de los industriales? No hay más que una solución. *La libertad para todos.*—He dicho. (*Aplausos prolongados.*)

EL DERECHO DIFERENCIAL DE BANDERA

LAS ORDENANZAS DE ADUANAS,

POR

D. José Luis Retortillo.

Señores:

Si en algun momento he sentido que el sistema protector no sea una verdad práctica, cuya influencia nos alcance á todos, sin duda es el presente; porque, así como los fabricantes protegidos, libres de toda competencia, obtienen que sus productos se admitan como buenos por el consumidor, yo desearia no tener que sufrir en este instante la comparacion que necesariamente habreis de hacer entre mi discurso y los excelentes y notabilísimos que aquí han pronunciado, no ya los doctos maestros que siempre ocupan esta silla, entre quienes figuran los varones más inteligentes de nuestra patria, sino los que en las semanas anteriores me han precedido en las conferencias sobre el libre cambio, y quienes, sin yo merecerlo, me honran con el título de compañero. No ignoro que carezco de derecho para pedirlos que no me sometais á una comparacion de la que tengo la certidumbre de salir muy mal parado; y, por otra parte, semejante pretension revelaria un grande egoismo, incompatible con mi

ardiente deseo de que las lecciones de mis ilustrados compañeros queden grabadas en vuestra memoria, como seguramente quedarán, en beneficio no sólo de su reputacion, sino tambien del triunfo de las ideas que nos hemos propuesto extender por cuantos medios estén á nuestro alcance.

Y en obsequio de ellas, es como solamente he podido yo aceptar un encargo, para mí erizado de dificultades, y de cuyo desempeño, sinceramente lo digo, no creo que nuestras ideas puedan obtener fruto alguno, siendo su órgano el que, por breves instantes, ocupará esta noche vuestra atencion. Si logro, pues, demostrar cuán perjudiciales son para el desarrollo de la riqueza pública el derecho diferencial de bandera, y las ordenanzas generales de aduanas hoy vigentes, atribuidlo, que será con justicia, á la bondad de la causa que he de sostener, y no en manera alguna al que carece de las dotes necesarias para tratar con lucidez materia tan interesante, prácticamente considerada, pero cuya notoria aridez exige ser expuesta por personas cuya brillante imaginacion la hiciera agradable aún á los menos ilustrados.

Dos son, como acabo de decir, los puntos que abraza la conferencia que me ha sido encomendada; uno es el exámen del derecho diferencial de bandera; otro, el de las ordenanzas generales de aduanas; y fácil es de comprender que, para tratar ambos con alguna extension, no bastan los límites de una conferencia. Habré, pues, de concretarme á dar á entender cuáles son en ambas materias los principios de la escuela libre-cambista, por el exámen de las mismas.

Entro en materia.

Entiéndese por derecho diferencial de bandera, como bien sabeis, el recargo que los aranceles imponen á las mercancías, á su importacion en un país, cuando son conducidas bajo bandera extranjera, con relacion al derecho que están obligadas á abonar si lo son bajo el pabellon patrio; y así como el derecho arancelario puramente fiscal tiene por objeto atender al sostenimiento de las cargas públicas, y el protector favorecer la industria nacional, haciendo superior á las fuerzas del consumidor la introduccion de géneros extranjeros, así el diferencial tiene por fin particular la proteccion de la marina mercante; pues pa-

gando las mercancías que vienen bajo bandera nacional á su introduccion de otros países, derechos arancelarios *menores* que si se importasen bajo pabellon extranjero, permite á aquella elevar sus fletes á precios más altos que los establecidos por buques extraños, recibiendo así un beneficio que hace imposible, ó muy difícil, la competencia que los buques extranjeros hubiesen de crearle. Bien se comprende que, dominando en los legisladores los principios del proteccionismo, el derecho diferencial de bandera debe existir: porque si proteccion pide la industria y se le concede, lógicamente obrando, no hay razon para negarla á otro ramo de la riqueza pública, cual es la marina mercante.

Y sin embargo, como el sistema protector en sus aplicaciones particulares, ofrece la singular é inapreciable ventaja de *perjudicar* á todos aquellos á quienes no se propone favorecer con una disposicion determinada, sucede, que si bien el derecho diferencial de bandera beneficia los intereses de los navieros, sin ventaja para la nacion, perjudica á los que, como industriales, desde otro punto de vista están tambien *protegidos*, y al comercio que tiene la desgracia, no ya de carecer de la *proteccion* que el sistema de este mal aplicado nombre otorga á la clase industrial y á la naviera, sino la de tener que luchar con los resultados de la concedida á otros brazos de la pública riqueza. Y la razon de lo que acabo de exponer es bien sencilla; pues necesitando la industria, para su sostenimiento, de mercancías importadas de otros países, si las conduce un pabellon extranjero, paga un derecho mucho más elevado que el que el legislador ha estimado *justo*, ó sea si las importara en bandera nacional; pero si las importa en bandera nacional, lo que no va en lágrimas ya en suspiros, como dice el adagio; y si bien satisfará derechos arancelarios más reducidos, el naviero, compatriota suyo, tendrá cuidado de exigirle flete *más caro* que el dueño de buque extranjero, *en compensacion* de lo que á su introduccion por la aduana ha de pagar de menos la mercancía, viniendo cubierta con la bandera de su nave.

Y que igualmente perjudica al comercio, no necesita demostracion; porque claro es que si las transacciones son las que le dan vida y contribuyen á su engrandecimiento, todo lo que las

dificulte, entorpece su desarrollo, é indudablemente las empeece el privilegio otorgado á la marina mercante nacional, que, en ocasiones determinadas, le hace imposible aprovecharse de los medios de transporte que le presta la marina mercante extranjera, porque no cabe la competencia entre ambas. Cuán justo es, pues, el principio en que descansa el derecho diferencial de bandera, ó sea la proteccion particular á la marina nacional mercante, queda demostrado con la sencilla reflexion que acabo de hacer; con la pugna que hemos visto que crea entre los intereses de la nacion por una parte, y por otra, los del comercio y los de esa misma industria, en cuyo auxilio, con todas sus fuerzas, acude el sistema protector, que con sus mismas armas profundamente la hiere, como los hechos demuestran.

Larga y enfadosa tarea seria para este momento entrar en averiguaciones acerca del origen del derecho diferencial de bandera, cuando ni es punto que interesa al fin que nos proponemos, ni tampoco por otra parte es tan claro, como algunos han creido. Bástenos saber que anteriormente al acta del Parlamento Largo, existieron ya *Les tarifs de Marseille*, promulgados en 1228, con cuyas disposiciones tratóse de alejar de aquel puerto á la marina extranjera, imponiendo una *surtaxe* á las mercancías por ella conducidas, prescripcion cuyo objeto no podia ser, ni era otro, que otorgar una ventaja á los cargadores en buques nacionales; y que aun algo antes, en 1227, ya en Cataluña se hizo uso de este medio protector; pues Jaime I expidió una Real cédula, prohibiendo que las naves extranjeras tomasen fletes en Barcelona para Egipto, Siria y Berberia, mientras que en el puerto hubiese buques nacionales, prestos á cargar para estos puertos. Hacia aquella época, la mayor parte de las naciones basaba su legislacion marítima en principios semejantes; así es que las Ciudades Anseáticas, Holanda é Italia, cuya marina mercante habia llegado á adquirir grande importancia, merced sin duda á la libertad, dictaron tambien leyes restrictivas, lo cual no es de extrañar, porque claro es que cedian á la influencia de errores muy generalizados por entonces. ¿Qué extraño es que en materias económicas estuvieran los pueblos en aquella época sometidos al influjo de ideas que despues la ciencia ha demostrado ser absurdas, cuando en filosofia y en historia, en fisica y química,

y en todos los ramos del saber, abrigaban errores que las generaciones que les han sucedido se encargaron de poner de manifiesto? Si aún hoy mismo, todos presenciarnos la lucha entre el error y la verdad, entre el sistema, en mal hora apellidado protector y el sistema liberal, cuyo triunfo todavía perseguimos, ¿qué extraño es que en los siglos medios los legisladores rindiesen culto á principios inadmisibles en la buena gobernacion de los Estados?

Trascurrió una no breve série de años, y en 1651, el célebre Parlamento Largo, cediendo tambien á errores contra los que despues, con grande energia, Inglaterra ha protestado en el presente siglo, promulgó el Acta de navegacion, confirmada por Carlos II en 1660. Conocido de todos el espíritu en ella dominante, altamente restrictivo: creo que no debo detenerme en su exámen, cuando del estudio de sus disposiciones no podemos conseguir otro resultado, pues nadie ha pretendido con formalidad sostener que estuviera basada en los principios de la escuela del libre-cambio, principios cuya influencia en el país clásico de la libertad, habia de nacer en época muy posterior, si bien por la saludable reaccion que el espíritu restrictivo de aquella despertara en hombres de entendimiento y de enérgica acción, como el célebre Huskisson, y los nobles miembros de la Liga.

Las consecuencias de esas leyes extraordinariamente restrictivas, fáciles son de comprender. Una nacion creia no poder favorecer su marina mercante, sino á costa de alejar los buques extranjeros de sus puertos; las medidas con este fin acordadas cedian en grave perjuicio de las demás naciones; y estas, no sólo por estar bajo el influjo de los errores que he denunciado, sino por huir de conceder favor alguno á la potencia que perjudicaba su bandera, adoptaban prescripciones semejantes; de aquí el sistema de represalias tan en boga por aquella época, y tan fatal para la industria, y sobre todo para el comercio, que por do quiera que trataba de extender sus operaciones, chocaba con dificultades y embarazos que atajaban todo espíritu loable de especulacion.

A poco de establecerse el sistema de represalias, fué conocida su ineficacia, ya que no palpables sus perniciosos resultados; y

entonces nacieron las declaraciones de nacion favorecida que reciprocamente se otorgaban unas á otras, como medio de abrir á su comercio marítimo los puertos extranjeros.

Desde cualquier punto de vista que se considere el derecho diferencial de bandera, es hoy insostenible. Dicese por sus defensores, que tiene dos objetos, uno político y otro económico, que son favorecer la marina militar por medio de la mercante, y favorecer la navegacion marítima en pabellon nacional; pero los resultados prueban plenamente que ninguno de estos dos fines se alcanzan por semejante medio.

Quiere suponerse que la marina mercante fomenta la militar, y de aquí el prurito de algunos gobiernos en favorecer aquella por medio de la proteccion directa. Es necesario cerrar los ojos á la luz para no ver que el marino más bien nace que se hace, como se dice del poeta, y que nunca bastará la idea del lucro para alentar á los pueblos á convertirse en marinos. Generalmente se ve esta noble profesion, vinculada, por decirlo así, en un número determinado de familias, hijas de puertos de mar, en los que desde sus primeros años se aficianan á los riesgos de la navegacion, ya por los ejercicios marítimos á que se consagran, ya por las ideas que en su alma despiertan las interesantes narraciones que escuchan de los labios de sus mayores. El marino, al abrazar esta profesion, más bien cede á sentimientos elevados que á la idea del lucro; y en vano por este último medio pretenderán los gobiernos fomentar la marina. Esta existirá y se desarrollará en toda nacion cuyas costas sean extensas, y cuyas orillas estén pobladas, porque de sus moradores saldrán los que se lancen á surcarlas.

Así es que una nacion no puede hacerse marítima simplemente por su voluntad; es necesario que la naturaleza con sus dones sea la primera á consentir el desarrollo de la marina mercante y de la militar; y cuando se halle en estas circunstancias, el deber de un gobierno es dejar libre tan noble profesion, seguro de que á la sombra de la libertad adquirirá todo el desarrollo de que es susceptible. Por otra parte, se incurre en grave error al asegurar que la marina militar vive y se alimenta de la mercante; pues segun datos publicados en países como Francia é Inglaterra, en los que la primera ha recibido tan grande incre-

mento, la segunda sólo le proporciona un 40 por 100 del contingente de sus hombres.

Desde el punto de vista económico, tampoco puede sostenerse el derecho diferencial de bandera, aún dejando aparte el error en que se basa, hijo como es del sistema mal llamado protector. Lejos de fomentar la riqueza, dificulta y empeece su desarrollo. Por querer favorecer á los navieros, perjudica á la industria y al comercio, gravando enormemente al consumidor. Es imposible, absolutamente imposible, que todo el comercio de una nacion con las demás se haga bajo el solo pabellon patrio, y de ello nos ofrecen prueba aún los países que tienen más numerosa marina mercante; y obligados, por lo tanto, la industria y el comercio á valerse de buques extranjeros para hacer sus importaciones, tienen que sufrir el enorme recargo del derecho diferencial, que en último término, como bien se comprende, pesa sobre el consumidor. El absurdo empeño, pues, de la administracion pública de favorecer á los navieros con un derecho protector, coloca á estos en abierta pugna con el industrial, con el comerciante y con el consumidor; y este, que es el *anima vilis* de los proteccionistas, tiene que comprar los objetos á un precio excesivamente más alto de lo que debiera, porque para proteger á la industria se la condena á pagar al Estado hasta un 50 por 100 sobre el valor de la mercancía, y á más de esto para proteger especialmente la marina mercante se le exige por la administracion hasta un 20 por 100, si conduce la mercancía en buque extranjero, acaso por la única y sencilla razon de no encontrar nave alguna nacional. Esto no es sólo absurdo, sino irritante; y hay momentos en que llega á producir, no sólo pena, sino hasta el deseo de renunciar á la nacionalidad que tan cara cuesta, y que priva al individuo de una libertad tan inofensiva y tan exenta de peligros, como es la de adquirir los objetos necesarios á la vida, en el mercado que mejores y más baratos los proporciona.

Algunos de los sostenedores del derecho diferencial de bandera pretenden defenderlo, afirmando que es un recurso para el Estado, y que los hombres de Gobierno no pueden privarse de los ingresos que ofrece; con lo cual quieren acaso dar tambien á entender que los libre-cambistas somos unos pobres hombres

teóricos, que ignoramos lo que es gobernar, y que con la aplicación de nuestros principios, quizás colocáramos al Tesoro al borde de un abismo. ¡Pobres proteccionistas! A los partidarios del libre-cambio jamás se les ha ocurrido que se puede gobernar sin recursos; pero sí se les ha ocurrido afortunadamente, y digo afortunadamente, porque algún día venceremos, que para cubrir los gastos del Estado, puede acudirse á buscar recursos por medios distintos de los que los proteccionistas emplean. Pero aún hay más: y es que la objecion cae por su base con el solo estudio de los hechos y de los datos que la experiencia proporciona. En 1849 desapareció por completo en Inglaterra el derecho diferencial de bandera, y desde esa época tal desarrollo ha tenido el comercio, que el incremento que ha recibido y los derechos que por este concepto ha cobrado la nacion, han superado con mucho el déficit momentáneo que, con la supresion de aquel derecho pudo experimentar el Tesoro; fenómeno observado en todas las naciones y en todos los siglos, cuando quiera que, echando abajo disposiciones hijas del absurdo sistema protector, los gobiernos han rendido culto á los principios de la escuela liberal económica. Pero ya se ve, á los libre-cambistas no puede atacárseles frente á frente, porque todos los dardos contra su sistema son inútiles; y hasta se acude á suponer, que llevados sus principios á la esfera del gobierno, causarian la ruina del Tesoro. ¡Vano y ridículo vaticinio! ¿Pues que, contra suposiciones tan gratuitas no responde por nosotros el floreciente estado de Inglaterra, el visible adelantamiento de Bélgica y la situacion de Suiza, que si no fuera por la libertad apenas seria conocida en el mapa de Europa?

Si el derecho diferencial de bandera es insostenible desde el punto de vista de los buenos principios, aún lo es más en España, á causa de la torpe manera con que nuestra legislacion lo aplica. Su objeto, como sabéis, es proteger la marina mercante nacional: proporcionarle mercancías para trasportar, por medio de un beneficio concedido á estas á su importacion; darle fletes, en una palabra; y por lo tanto, natural parece que la base para su aplicacion debia ser el peso de la mercancía ó el lugar que ocupase: de ninguna manera su valor, toda vez que hay muchas de crecido precio, pero de poco volúmen, que no pueden con-

tribuir eficazmente al sostenimiento y desarrollo de la marina nacional. Y sin embargo, el valor de la mercancía es en España la base del derecho diferencial, con lo que resulta que el propósito del legislador queda frecuentemente ineficaz, y aún incurre muchas veces en el ridículo.

Con arreglo á la ley arancelaria de 1849, el derecho diferencial debe ser de 20 por 100, y mayor para aquellos artículos que eficazmente contribuyan á fomentar nuestra navegacion. Pues bien: del estudio detenido de esta materia resulta que, exceptuando 101 artículos de los comprendidos en el arancel, respecto á todos los demás, el derecho diferencial excede del 100 por 100 del flete que pudiera corresponder, y en los que se refieren á frutos coloniales, pasa del 600 y 700 por 100. Así es, por ejemplo, y tomo estos datos de un trabajo hecho por un ilustre profesor, que entre una tonelada de adornos y aderezos conducida por buque nacional ó extranjero, hay la enorme diferencia de *once mil quinientos reales* por la partida 33 del arancel, y *diez y nueve mil ciento* por la partida 34. Indudablemente que una diferencia tan extraordinaria bien merece ser calificada de verdadera proteccion; pero ¿es eficaz? ¿Cuántas toneladas de adornos y aderezos pueden introducirse anualmente en España?

Hay una partida del arancel en la cual se demuestra perfectamente la absurda aplicacion que se hace en España del derecho diferencial de bandera, como medio de proteger la marina mercante, y es la relativa al alambre. Segun sea de oro, ó de cobre, ó plateado, paga distintos derechos diferenciales, cuando estas circunstancias, como bien se comprende, nada importan al naviero desde el punto de vista del flete. Si es de hierro y de menos de 8 milímetros, adeuda en bandera extranjera 360 céntimos más que en bandera nacional por cada tonelada; si es de laton, 440 rs. más; de zinc 560; dorado ó plateado, 1,100; y si es de cobre, 1,480 rs.; de manera, que en esta sola partida el derecho diferencial, ó sea la proteccion á la marina mercante, fluctúa desde 130 por 100, hasta 740 por 100, lo cual confirma lo antes manifestado sobre la absurda aplicacion del sistema proteccionista, toda vez que al alcance de todos está, nada importa al naviero que el alambre sea de este ó de aquel metal; y la marina mercante no se desarrollará más porque al alambre de co-

bre se imponga un derecho diferencial de bandera más alto que al que lo sea de zinc, dorado ó plateado.

El derecho diferencial tiene que pesar sobre artículos de grande ó de escaso consumo. En el primer caso, si es módico, de nada aprovechará á la marina nacional, la que, á causa de un activo comercio sobre el género, será vencida por la extranjera; y si es alto, perjudicará notablemente al consumidor, en obsequio sólo de la clase naviera. Si por lo contrario, pesa sobre artículos de escaso consumo, ningun beneficio proporcionará á la marina mercante, ni en nada tampoco aumentará los ingresos del Tesoro; y hé ahí cómo bajo este concepto el derecho diferencial de bandera no es defendible.

Pero si los proteccionistas sostienen la necesidad del derecho diferencial de bandera, natural es que despues de tantos años de estar vigente en España, preguntemos cuáles son los resultados que ha ofrecido, porque las ventajas que el Estado haya obtenido con la aplicacion del sistema protector, deben ser la piedra de toque para juzgar de su bondad. Si no fuera por temor de molestar vuestra atencion, la lectura de los estados oficiales el comercio marítimo responderia cumplidamente á esta pregunta; pero para libraros de tan enfadosa tarea, os diré, y espero que lo creais bajo mi palabra, que si bien el comercio en bandera nacional ha aumentado en los diez últimos años, el comercio en bandera extranjera ha aumentado en proporcion mucho mayor que aquel; cuyo hecho, como fácilmente comprendereis, lo que demuestra no es que la marina mercante se haya desarrollado bajo la influencia del sistema protector, sino que aumentando nuestra poblacion, creciendo nuestro consumo, desenvolviéndose nuestro comercio, naturalmente el marítimo ha recibido incremento: de modo que el aumento de la marina no es debido á la proteccion que el Estado le dispensa con el derecho diferencial de bandera, sino al fomento de nuestra riqueza y de nuestro comercio, siendo prueba de este aserto la proporcion en que ha crecido el comercio marítimo bajo pabellon extranjero. Para probar lo que á los proteccionistas interesa, para que pudieran convencer á todos de los eficaces resultados de la proteccion á la marina mercante, era necesario que, sin haber aumentado nuestro comercio, hubiera

disminuido el número de importaciones en bandera extranjera, y crecido el de las realizadas en bandera nacional: pero, siendo los hechos tales como los he expuesto, sirven para que no retrocedamos en la guerra que, en nombre de los buenos principios, hacemos á esa proteccion directa que tantos perjuicios causa á cuanto con ella se relaciona.

Y no son todos, los que, siquiera de un modo breve, he manifestado ya en el curso de esta conferencia, pues á ellos debe añadirse el de retraer á nuestros marinos de la navegacion llamada á largo curso. Este hecho he podido observarlo por mí mismo en el tiempo que tuve la honra de ser cónsul de S. M. en el extranjero, viendo que los capitanes de buques rechazaban ventajosos fletes para puertos lejanos, y que preferian aguardar meses y meses hasta encontrar carga de retorno para España, confiando en que el beneficio de bandera les permitia pedir fletes altos, sin calcular que, por muy crecidos que estos fueran, la larga permanencia en puerto extranjero les consumia la mayor parte de los beneficios por aquel medio realizables. Esta, y no otra es una de las causas principales de que nuestra bandera apenas sea conocida en remotos países, á donde con provecho propio acuden las demás naciones.

Tambien debe agregarse á los perjudiciales efectos del sistema proteccionista el atraso de nuestra marina comparada con otras. Nadie se atreverá á negar el valor de nuestros marinos, entre los que tanto descuellan los hijos de las Baleares y de la costa de Cantabria; y sin embargo, es un hecho que los datos oficiales atestiguan, que los buques españoles emplean, con relacion á su tonelaje, mayor número de tripulantes que los de otras naciones. Los números que voy á leer lo dicen claramente. En 1859 entraron y salieron de la Península 7.410 buques españoles con 812.000 toneladas de arqueo y 86.200 tripulantes: y 6.700 extranjeros con 1.213.000 toneladas de arqueo y 66.200 tripulantes; esto es, los buques españoles necesitan un hombre de tripulacion por cada diez toneladas de arqueo, mientras los buques extranjeros uno por cada veinte próximamente, ó lo que es lo mismo, los buques españoles necesitan casi doble tripulacion que los extranjeros. ¿Ha de influir poco este hecho en el alto precio de los fletes de nuestras naves?

Pero, finalmente, para que pueda calcularse hasta dónde llegan los perjuicios que causa el derecho diferencial, bastará pasar la vista por los estados de importación del extranjero. En 1859 entraron en España, en bandera nacional, mercancías por valor de novecientos millones, que adeudaron ciento setenta y ocho millones de reales: y en bandera extranjera, trescientos doce millones, que adeudaron ciento un millones de reales, hablando en números redondos. Estas últimas, con respecto á las primeras, adeudaron con un recargo de 20 por 100 más; luego los consumidores, por sólo el concepto del derecho diferencial, sufrieron un perjuicio de veinte millones de reales, á más del importe inmenso á que ascendió el derecho arancelario, que, bajo el título de protector, pesó sobre dichas mercancías.

Y en compensación de tanto gravámen, impuesto al consumidor para favorecer la marina mercante, ¿cuál fué el incremento que esta recibió? Bien sabeis que además del derecho diferencial de bandera, nuestro arancel, con objeto de proteger las construcciones navales en nuestros astilleros, no sólo ha prohibido la importación de buques extranjeros menores de 400 toneladas, sino que á los que los construyan en España mayores de esta cabida ofrecen una prima de *ciento veinte reales* por tonelada; de manera, que bien puede decirse que la marina mercante está lo más favorecida que puede estar por el sistema llamado protector. Siendo así, natural parece que en la historia de su fomento y desarrollo se encuentren las pruebas más palpables de los excelentes resultados de aquel sistema: y no obstante, los hechos demuestran lo contrario. En 1852, solamente se construyeron en los astilleros nacionales, mayores de 400 toneladas, 3 buques; en 1855, otros 3; en 1856, 5. Y mientras, en 1852 se nacionalizaron, á pesar de los excesivos derechos de abanderamiento, 10 buques mayores de 400 toneladas; en 1853, 14; en 1855, 11; y en 1856, 17, que pagaron por derechos arancelarios la crecida suma de 853.000 reales, y aumentaron la riqueza nacional en 8.532.490 reales, que era su valor.

¿Cuáles son, pues, los resultados ventajosos que ofrece el derecho diferencial? Anualmente impone al consumidor un recargo de muchos millones; y sin embargo, el aumento de nuestra marina mercante es tan exíguo como habeis visto por los núme-

ros que acabo de leer. De manera, que el derecho diferencial no sólo perjudica á la industria y al comercio, no sólo no favorece el desarrollo de la marina militar, sino que proporciona la inmensa ventaja de recargar al consumidor con una contribucion anual de muchos millones para que nuestra marina mercante se aumente con cinco buques mayores de 400 toneladas. ¡Brillante resultado el de la proteccion! ¡Situacion brillante la del consumidor! ¿Y aún habrá quien se atreva á defender el derecho diferencial de bandera? Imposible parece que los proteccionistas cerrando los ojos á la luz, firmes en su propósito de defender un sistema absurdo, y por todas partes hoy condenado, contribuyan á que la gran masa de consumidores sufra tamaños perjuicios.

Mucho más pudiera decir contra la proteccion que se trata de conceder á la marina mercante por este medio; pero si no diese término á este punto con las observaciones que he presentado, me faltaria tiempo para hacer un exámen, siquiera sea breve, de las Ordenanzas generales de aduanas, que es el segundo tema acerca del cual me corresponde hablar en esta conferencia.

Durante un largo período, que concluyó no há muchos años, la mayor confusion y anarquía dominaron en nuestra legislacion aduanera, pues que sin estar subordinada á principios fijos, sus disposiciones andaban esparcidas, ya en la coleccion de decretos, ya en las *Gacetas*, ya en los números del *Boletin oficial del Ministerio de Hacienda*, á consecuencia de que, en su mayor parte, solian ser hijas de resoluciones adoptadas en expedientes promovidos por casos particulares. Sin aceptar un principio fijo, difícil es redactar un cuerpo de derecho; y así es, que sólo cuando oficialmente se admitió el sistema protector, pudieron llegar á formarse las Ordenanzas generales, cuyo mérito, aún en concepto de los que las escribieron, consiste en mucha parte no en otra cosa que en haber logrado coleccionar y armonizar algun tanto sus innumerables preceptos. Las Ordenanzas, pues, no son un trabajo que honre al legislador, que ha adoptado el sistema eminentemente casuístico; mayor mérito que en él hay que reconocer en los que, con una laboriosidad y una paciencia á toda prueba, han conseguido formarlas, reuniendo en coleccion disposiciones tan difíciles de armonizar por completo.

La base de las Ordenanzas de aduanas es la más absoluta desconfianza de la administracion en el comercio, y en sí misma, ó sea en los funcionarios que la constituyen. Bien fácilmente se comprenderia que, siendo muy elevados los derechos de importacion con arreglo á nuestro arancel, y por lo tanto, ofreciendo este tanto pábulo al contrabando, la administracion desconfiara del comerciante, cuyos intereses tan notablemente perjudica el sistema protector; pero que tambien desconfie de sus mismos empleados, prueba de un modo palpable que el principio adoptado en el ramo de aduanas, no solamente es injusto, sino que está en desacuerdo hasta con las ideas de las mismas personas á quienes la administracion llama en su servicio. Consecuencia de esto es la intervencion ó fiscalizacion de los empleados para con el comercio y de los empleados entre sí: fiscalizacion á que la ley pone un término á su antojo, no fundada en principio alguno aceptable, pues que la desconfianza no reconoce límite cuando se la adopta como base, y no hay razon para que la fiscalizacion termine en la direccion general del ramo, y no, por ejemplo, en los administradores de las aduanas, sobre quienes en todos tiempos recaeria la responsabilidad administrativa, civil y criminal, única garantía que hoy ofrece aquel centro directivo.

En una de las anteriores conferencias, habeis tenido el placer de escuchar de labios muy autorizados en toda suerte de critica, la de los aranceles de España; y recordando lo que el Sr. Segovia dijo de estos, creo que para que comprendais bien la opinion que á los libre-cambistas nos merecen las Ordenanzas de aduanas, bastará que os diga que son el digno complemento de nuestros famosos aranceles. Si en estos reina una censurable confusion, aquellas ciertamente no se distinguen por su claridad; si aquellos no hacen honor á la lengua española, creo que tampoco la Academia reclamará para sí el de haber intervenido en la redaccion de estas; si los unos matan al comercio en su origen, las otras, con un interminable catálogo de trabas y de obstáculos, cuidan de sofocar al que asaz osado no se ha detenido ante la barrera de los aranceles.

Si estos constan de *mil doscientos veinte y dos artículos* (sin contar los que con frecuencia la direccion añade); más *veintisiete* relativos á artículos prohibidos á la importacion; más *cincuen-*

ta y seis referentes á manufacturas extranjeras de algodón ; más *seis* del arancel de exportacion ; más *cinco* correspondientes á artículos cuya exportacion se prohíbe ; más *ciento trece* notas destinadas á aclaraciones de sus preceptos ; más *treinta y seis* reglas que deben observarse en la aplicacion de los mismos ; las Ordenanzas de aduanas constan de *setecientos catorce* artículos, á los que hay que añadir los del Real decreto sobre jurisdiccion de Hacienda en los delitos de contrabando y defraudacion; los de los reglamentos del resguardo terrestre y del resguardo marítimo, y los apéndices de ella, en los que la *Gaceta* se muestra más pródiga que lo que de apetecer seria. Ved, pues, cómo nos asiste razon para calificar á las últimas de digno complemento de nuestros inapreciables aranceles.

Entre las Ordenanzas de aduanas y el derecho diferencial de bandera, sobre cuya triste influencia acabo de hablar, hay alguna analogía, porque, segun ya habreis podido comprender, tanto las unas como el otro, cada cual desde su punto de vista, ambos matan ó reducen infinitamente el comercio que, bien sabido es, no puede vivir y mucho menos adquirir fomento y desarrollarse, sin que las leyes que á él se refieran descansen en el principio de la más absoluta confianza, y sin que le concedan toda la libertad que le es indispensable para moverse en el ancho campo que las necesidades humanas entregan á su explotacion.

Y sin embargo, ¡ cuántas no son las trabas que le imponen las Ordenanzas de aduanas! Baste decir que el comerciante tropieza con ellas, antes de embarcar la mercancía para España, y que está bajo su influencia aún despues de llegar esta á su destino. Desde que la recibe en el mercado productor en el extranjero, hasta que la entrega al consumo, la fiscalizacion aduanera pesa sobre él, sin dejarle un momento libre en sus múltiples operaciones y sometiéndolo al par, á su introduccion en España, al benéfico influjo del sistema protector. ¡Cuándo se verá libre de esa fiscalizacion que comienza ante el cónsul en el extranjero, que continúa durante la navegacion, que sigue á la arribada á puerto español, al desembarco, á la entrada en almacenes, al reconocimiento pericial, y que solamente concluye á su salida de almacenes para los del dueño de la mercancía! ¡Cuándo nuestro comercio se verá libre de que la fiscalizacion aduane-

ra lo persiga con igual insistencia que la sombra al cuerpo!

Si se tienen en cuenta los beneficios que el país reporta del desarrollo del comercio, y no se olvida que directamente aumenta los ingresos del Tesoro, cualquiera creeria que nuestra legislacion aduanera habria reducido á sus más simples fórmulas todo lo que con aquel se relacionara; y todos creereis, y con razon, que el despacho de una mercancía debe ser cosa sencilla y breve. Pero, como vosotros pensais con buen criterio, que es lo que suele faltar á los partidarios del sistema protector, héme aquí en la necesidad de deciros que padeceis un grave error; el despacho de una mercancía cualquiera exige, por lo contrario, tiempo bastante, y sobre todo, la formacion de un expediente, con honores de volúmen en fólío, muchas de cuyas páginas (en beneficio del consumidor que en último término paga todos los gastos) habrán de escribirse de hoy en adelante en papel sellado, ventaja notabilísima, siquiera sea por el uso de un papel de tan sano color, y de tan fina calidad, y que á estas circunstancias reúne la inapreciable de no ser importado del extranjero, sino por lo contrario, fabricado en España, con elementos esencialmente nacionales, como es del especial agrado de los señores proteccionistas.

Y para que nadie crea exagerado lo que acabo de decir, os presentaré, en resúmen, los requisitos á que nuestro actual sistema de aduanas somete la importacion extranjera.

El comerciante que desee importar en España una mercancía, por escaso que sea su valor, debe comenzar su delicado propósito presentando al cónsul notas *duplicadas*, por supuesto *sin enmienda y en idioma castellano* (quizás á peticion de la Academia de la lengua, á quien por tan amargos ratos le hace pasar la administracion), cuyas notas habrán de contener: 1.º El nombre del buque, el de su capitán ó patron, su bandera y puerto de su destino. 2.º La clase de envases, las marcas y número de estos, y su peso bruto, con arreglo á los tipos castellanos. 3.º El país productor, clase, cantidad y calidad de las mercancías que contenga cada bulto, fardo, barril ó caja. 4.º La persona ó personas á cuyo nombre vienen dirigidas (1). Tan esencial es el requisito de la presentacion de notas duplicadas al cónsul, y la formacion por este, en virtud de las mismas, del documento llamado *re-*

(2) Art. 1.º de las Ordenanzas de Aduanas.

gistro, que es la copia oficial de las mismas, acompañada de una de ellas, que el capitán del buque procedente del puerto en que haya cónsul, vice-cónsul ó agente consular español, ó á treinta kilómetros de distancia, y no haya cumplido con esta formalidad, incurre en una multa, siquiera demuestre con actos posteriores que su intencion al olvidarla no fué defraudar á la Hacienda (1). Esta, que por lo general se hace retribuir sus actos, exige al cargador la suma de algunos reales por cada nota duplicada que presenta, y treinta y ocho reales al capitán, por la formación del registro, cuyos gastos, más tarde, vienen á pesar todos sobre el consumidor, única persona olvidada de los señores proteccionistas.

Con su registro cerrado y sellado con los de lacre y tinta del consulado, el capitán puede darse á la vela con rumbo á España; pero grande celo ha de desplegar en la custodia de tan interesante documento, porque si al llegar al puerto no lo presentar, el art. 443 de las Ordenanzas le impone una multa por su extravío; pena injusta y que carece de razon de sér, puesto que de este extravío ni resulta perjuicio á la Hacienda, ni debe presumirse la intencion de defraudarla, toda vez que, con arreglo al art. 3.º de aquellas, en el mismo día que el cónsul entregue el registro al capitán del buque, está obligado á dar parte á la Direccion de Aduanas, remitiendo á esta una factura igual á la contenida en el registro (2), con arreglo á cuya factura podria sin dificultad verificarse el despacho, si en vez de entorpecer las operaciones mercantiles, nuestro sistema aduanero las facilitara hasta donde le es permitido sin perjuicio de las rentas públicas.

(1) Art. 3.º de las Ordenanzas de Aduanas.

(2) El objeto de esta disposicion no puede ser otro que el de dar á la Direccion de Aduanas una intervencion eficaz sobre el desfalco hecho por los administradores y vistas de cada una de ellas; pero para que se juzgue á lo que esta intervencion queda reducida en la práctica, el autor de esta Conferencia debe hacer constar que, siendo cónsul en el extranjero, se le presentaron por un cargador notas duplicadas de una mercancia, las que á pesar de las noticias extra-oficiales que tenia sobre su inexactitud, las admitió, por carecer de facultades para rechazarlas. Mas inmediatamente, con carácter reservado, puso aquellas y los fundamentos de sus sospechas en noticia de la Direccion; y á estas fechas, despues de ocho años transcurridos, aún ignora que su comunicacion sirviera para algo útil, pues nada se le dijo nunca sobre ella. ¿A qué uso la destinaron? No se sabe.

Mas, sigamos narrando nuestra historia, y suponiendo que el capitán ha arribado á puerto español, provisto de su correspondiente registro, dirémos que el art. 12 de las Ordenanzas le obliga á entregarlo á la administracion de la aduana, en el momento de ser admitido á plática, ó sea de ser autorizado á permanecer en el puerto, so pena de ser condenado al pago de la multa que establece el art. 413 de dichas Ordenanzas; y si el administrador notare que tiene señales de haber sido abierto, le impondrá una multa de dos mil reales, por solo este hecho, pues si los observare de enmiendas ó falsificaciones en las notas de los cargadores, queda, conforme á lo prevenido en el art. 414, sujeto á responder ante los tribunales del delito de falsificacion en que haya incurrido.

Todas estas disposiciones, harémos notar al paso, confirman lo que antes hemos dicho sobre el principio de absoluta desconfianza en que está basado nuestro sistema aduanero; pues claro y evidente es que si la administracion tuviera en sus empleados la confianza que debe inspirar todo funcionario público, como quiera que las mercancías para su aforo y adeudo han de venir al reconocimiento de los vistas y del administrador, nada importaría que en las notas se hubiera hecho enmienda, ni que el registro se hubiese abierto, siendo su contenido, como lo es, conocido del capitán, toda vez que para hacer aquellos no basta la declaracion del cargador, sino que la que se tiene en cuenta para clasificar la mercancía y señalar la partida del arancel á que corresponda es la que los vistas formulan al practicar su reconocimiento. ¿En qué principio, pues, ni de justicia, ni de administracion puede apoyarse tan excesivo lujo de penas? En ninguno ciertamente; sólo la desconfianza en los empleados, el temor de que puedan ser sobornados por el comerciante, que, aún gratificándolos, obtiene mayor beneficio que satisfaciendo los elevadísimos derechos arancelarios hijos del sistema llamado protector, son los que han podido llevar al legislador á ser, no ya nuevo, sino cruel, inventando delitos que el derecho penal jamás reconoció.

Admitido el buque á plática, la primera operacion á que se le somete es á la conocida con el nombre de visita de fondeo, (1)

(1) Artículo 16.

que practica el jefe del resguardo, y en cuyo acto el capitán exhibirá el diario de navegacion á este funcionario, quien lo examinará por sí mismo, (1) debiendo anotar en él, si las hojas de que se compone se hallan en buen estado; si alguna ó algunas están intercaladas; y si, por los refrendos, resulta que haya tocado el buque en algun otro puerto, despues de salir del de su procedencia, devolviéndolo al capitán á condicion de exhibirlo, siempre que lo pida el administrador de la aduana. Tambien está obligado á presentar á este el rol de su buque, y el sobordo de su carga; y si se niega á hacerlo, el art. 415 prescribe que se le exijan mil reales de multa con destino al Tesoro, y que no se le permita la salida del puerto con direccion á otro punto. Lo injusto de estas disposiciones se conoce fácilmente, teniendo en cuenta la índole de los documentos, cuya exhibicion se hace obligatoria. El diario de navegacion, bien sabeis que es el en que se anota todo lo que á la misma se refiere, y que se lleva con arreglo á lo prescrito por reglamentos marítimos, y cuyo objeto es averiguar la conducta del jefe de la nave, ya para juzgar su aptitud en la profesion, ya para quilatar la responsabilidad civil y criminal que pueda caberle en sucesos relacionados con los intereses del naviero, de los cargadores y aseguradores de la nave ó de la mercancía. Es un libro de dominio privado, cuyo conocimiento, por su índole especial, sólo corresponde al naviero, á las autoridades de marina, ó á los tribunales, en ciertos casos, como en determinadas ocasiones les pertenece el exámen de los libros de la contabilidad de los comerciantes. El rol es el certificado expedido por la autoridad de marina, en el que se hace constar el nombre del buque, su matrícula, su cabida, su capitán y los individuos que la tripulan, y en el cual se anotan las altas y bajas que en estos ocurren. Por último, el sobordo de la carga es el resumen especificado, hecho por el naviero, por el consignatario ó por el mismo capitán, de toda la carga que la nave conduce. Y aunque reconozcamos que este último pueda servir algun tanto para comprobacion de la exactitud ó inexactitud del registro, ¿no nos será permitido preguntar con qué derecho se exige la presentacion de documentos particulares, con qué utilidad, cuando la administracion, por medio de sus funcionarios, siendo

(1) Artículo 18.

probos é inteligentes, *como deben ser*, tiene medios sobrados para evitar todo fraude, cumpliendo con su obligacion en el reconocimiento y despacho de las mercancías? Y ciertamente no podrán fundar nuestros legisladores en materia de aduana el rigor que ostentan, en la circunstancia de disponer de un corto personal; pues que debiendo permanecer á bordo de cada buque durante su descargo, uno, dos ó tres dependientes del resguardo, bien fácil de comprender es el inmenso personal que necesita y tiene á sus órdenes, si se fija la atencion en el movimiento marítimo de nuestros puertos. ¡Qué cifra tan elevada en el presupuesto para satisfacer los sueldos de aquellos mismos de quienes la administracion tanto desconfía! Esta es otra de las infinitas ventajas del sistema protector; no sólo sacrifica al consumidor con el pago de elevados derechos arancelarios, perjudicándolo al par con las infinitas trabas que impone al comercio, sino que le aumenta la cuota de contribucion para poder cubrir la cifra que se destina en el presupuesto al pago de tanto empleado de todas categorías. Y ¿aún pretenderán sostener nuestros adversarios que todo esto redunda en bien del país, en bien de la riqueza nacional, muro con el cual se parapetan para la defensa de sus envejecidas y desechadas doctrinas? ¡Ay del sistema protector el día en que este mal, que todos sienten, llegue á ser conocido en su verdadera causa por la generalidad, y se convierta en idea! Hé aquí por qué al libre-cambio le basta y le sobra con la predicacion de sus sencillísimas ideas, que sólo necesitan su enunciaci6n para ser entendidas y aceptadas.

Mas dejando á un lado estas reflexiones, continuaremos nuestra pesada narracion.

Al propio tiempo que se hace la visita de fondeo, el capitán tiene que ocuparse ya en otro trabajo, que con toda precipitacion debe redactar y entregar, para satisfacer esa fiscalizaci6n aduanera, á la que nada basta. Aludo al *manifiesto*, que es, como sabeis, el resumen especificado de toda la carga que conduce la nave, el cual debe ser presentado dentro de las 24 horas siguientes á la visita de fondeo, y al que han de acompañar dos copias exactas, extendidas en idioma español, bajo la pena que, en caso contrario, establece y determina el art. 416 de nuestras escrupulosas Ordenanzas. Y para que podais comprender la enojosa

tarea que es la formacion del manifiesto, os bastará saber que debe expresar : 1.º La clase, nacion, nombre, número de toneladas, y el de los tripulantes del buque : 2.º El nombre del capitán ó patron : 3.º El puerto ó puertos de donde proceda : 4.º Los nombres de los cargadores y los de los dueños ó consignatarios á quienes vaya dirigido el cargamento : 5.º Los fardos, pacas, toneles, barriles, cajas y demás cabos ó bultos de cualquiera especie, con sus marcas y números correspondientes, expresándose en guarismo y en letra la cantidad de cada clase de aquellos. 6.º La clase genérica de las mercancías ó del contenido de los bultos. 7.º El número y clase de los que contengan mercancías prohibidas. 8.º El número y clase de los que vayan de tránsito para el extranjero, ó provincias españolas ultramarinas. 9.º La clase, calidad y cantidad en peso, cuento ó medida castellana de las mercancías que contenga cada cabo, en el caso de que sean prohibidas. Y 10. Las permitidas que se conduzcan para otros puertos del reino.

Pero aún no considera la administracion que esta multitud de datos y noticias es bastante para el fin que se propone ; y así es, que el artículo 28 de las Ordenanzas, prescribe que á continuacion del manifiesto habrá de ponerse una nota circunstanciada: 1.º De las mercancías que la tripulacion traiga fuera de registro hasta mil reales de valor por individuo. 2.º De los artículos sobrantes de las provisiones de abordó. Y 3.º De las provisiones de guerra.

Abrazando el manifiesto noticias tan circunstanciadas y de índole tan diversa, bien se comprende que es fácil cometer una equivocacion al redactarlo ; pero las Ordenanzas de aduanas, como quiera que segun hemos dicho están basadas en la desconfianza de todo el que cae bajo su jurisdiccion, no admite la posibilidad de que el error sea involuntario, y pena al que lo comete, con arreglo á lo que establece en su artículo 417; y si aunque hubiere conformidad entre el registro consular y el manifiesto, al verificar la descarga del buque apareciesen menos bultos de los comprendidos en ambos, tambien el capitán incurrir en responsabilidad y sufre la multa que en las mismas Ordenanzas se determina, las cuales, consecuentes siempre con el lamentable espíritu á que todas sus disposiciones obedecen, pro-

hiben al capitán del buque la más leve rectificación del manifiesto, una vez presentado de oficio.

Habiendo visto que se exigen *tres* ejemplares del manifiesto, natural parecía creer que *alguno de ellos* tendría por objeto evitar á las oficinas la tarea de copiarlo, y que el destino de alguno de ellos sería ocupar un sitio en el archivo de la administración; pero léjos de ser así, por lo contrario, los administradores y alcaides de las aduanas llevan libros especiales *para copiar* los manifiestos; libros que son conocidos por este nombre, y en los cuales, á pesar de las noticias y datos especificados que aquellos contienen, habrán de expresarse los siguientes: 1.º Partida del manifiesto. 2.º Número de cabos. 3.º Su clase. 4.º Sus marcas. 5.º Su numeración. 6.º Clase de mercancías. 7.º Destino que se les da. 8.º Remitentes. 9.º Consignatarios. 10. Fecha en que se presentan las declaraciones. 11. Fecha de la entrada de los bultos en almacenes, y de la en que quedan en los muelles. 12. Día en que se despachan los efectos. 13. Fecha en que se satisfacen los derechos. 14. Fecha de la salida de los cabos de la aduana. De manera que, al ver reproducidas tantas veces las noticias sobre la carga de un buque, primero en las notas duplicadas de los cargadores, luego en el registro consular, más tarde en los tres ejemplares del manifiesto, y posteriormente en los libros de los administradores y alcaides de las aduanas, no puede dejar de ocurrir la idea de si el Gobierno, también por este medio, habrá querido proteger indirectamente la industria papelera nacional.

De otro modo, ¿qué explicación satisfactoria puede darse á ese infinito número de repeticiones enojosas que la administración exige al comerciante, á quien con ellas roba un tiempo precioso para sus operaciones mercantiles? Léjos, pues, de desembarazar estas de toda tramitación inútil, las Ordenanzas de aduanas parece que se complacen en acumular sobre el comercio aún las más innecesarias.

Y dichoso podría considerarse, si con las formalidades ya expuestas, la administración se diese por satisfecha. Cualquiera creerá que con las que hemos referido, ya podría la administración proceder al despacho y aforo de los géneros; pero esto sería racional, y esto basta para que lo contrario suceda; pues

sometidas á la crítica las disposiciones todas de las Ordenanzas, bien pronto se ve que muy pocas son las que descansan en principios ó hechos conformes con el sentido comun.

Si la administracion, cumplidos los requisitos que he enumerado, abandona al capitan del buque, no es para dejar de intervenir en lo referente al cargamento, sino para emprenderla á renglon seguido con los consignatarios de las mercancías y continuar de este modo su agradable tarea. Asi vemos que ya rezan con ellos las disposiciones contenidas en el artículo 49 de las Ordenanzas, por el cual hasta se llega á enumerar las personas que tienen derecho á pedir las declaraciones impresas en blanco bajo reglas impropias de ocupar la atencion de una administracion bien organizada, y se les impone el deber de formalizarlas con arreglo á ciertas bases, so pena de incurrir en falta, oportunamente penada. Si no fuera por el deseo de no molestar demasiado vuestra atencion, leeria el artículo 49, cuyas disposiciones rayan en el ridiculo; pero me tomo la libertad de recomendaros su lectura, convencido como lo estoy, de que os producirá el efecto que á mi me ha producido.

El artículo 50 es el que determina los datos y noticias que el consignatario ha de facilitar á la administracion por medio de las declaraciones; y para que por vosotros mismos juzgueis, lo referiré literalmente. Dice así: «Las declaraciones de los dueños ó consignatarios de las mercancías expresarán: 1.º El nombre del buque, el del capitan y el de la nacion á que pertenezca. 2.º El puerto de procedencia. 3.º Las marcas del cabo ó cabos, y en su defecto la señal que lo distinga ó bien la advertencia de no tener ninguna, todo puesto al márgen. 4.º El número de la partida del manifiesto. 5.º La clase de cabo ó cabos. 6.º El nombre, clase, calidad ó cantidad de las mercancías, en peso, cuento ó medida castellana: cuando sean tejidos con mezcla, se expresará la materia que domine *y las circunstancias por las cuales debe considerarse como tal*, y (os ruego que fijeis el oído) si entrare en ella el algodón, se determinará la cantidad de este; debiendo omitirse el peso limpio, si se trata de artículos que tienen fijado en el arancel el tanto por ciento que debe descontarse como tara, ó de efectos para cuyo adeudo, con arreglo al mismo documento, se incluye el peso del envase. Pero si á pesar

de dicha prescripcion se declarase el peso limpio, no servirá este de base para el pago de derechos, ni tampoco habrá lugar á la imposicion de pena alguna, resulte ó no conformidad en el acto del reconocimiento, con tal que no exista diferencia en el peso bruto. 7.º La peticion para que el administrador mande que se desembarquen las mercancías si se destinan para el consumo ó para el depósito. 8.º La fecha. 9.º La firma del interesado.»

Ya veis que la administracion, siquiera tenga en su poder el registro consular y el manifiesto, no por eso deja de exigir á los consignatarios las mismas circunstanciadas noticias de que está en conocimiento anticipado; no os explicareis tanto lujo de repeticiones; pero, acaso lo comprendais, teniendo en cuenta lo que ya os he dicho, sobre la pugna que existe entre las Ordenanzas de aduanas y el sentido comun. Y la prueba de que es exacta esta observacion, se encuentra en el texto explicito del art. 51, en el que se dispone que, en el caso extraordinario en que los consignatarios no pudieren expresar todas las circunstancias indicadas, el administrador les facilitará los registros consulares que obren en su poder, para que con presencia de ellos puedan redactar las declaraciones. ¿Cuál es entonces el objeto de estas? ¿No es por ventura el de asegurarse la administracion de que ni por el cargador ni por el consignatario, se trata de cometer fraude, dejando á ellos la redaccion, con presencia de datos que, como interesados deben conocer? ¿Cómo entonces se explica la disposicion del art. 51, cuyo texto está en abierta pugna con el espíritu que domina en esas abrumadoras Ordenanzas?

Despues de tantos trámites exigidos al cargador y al consignatario; despues de tantos documentos y copias como la administracion les reclama; fatigados ya aún con su sola relacion, es probable que ansiosos de ver descansar al asendereado comerciante, os hayais hecho la ilusion de que sus géneros están á punto de ser puestos al despacho. Mas por desgracia, tenéis que sufrir un desengaño. Ciertó es que existen notas consulares duplicadas; que existe el registro consular, y tambien el manifiesto por triplicado, y tambien las declaraciones suscritas por el consignatario; pero ¿cómo habia de tener la aduana confianza en todas sus operaciones, si en libros *ad hoc* no hiciera constar lo mismo que ya consta en todos aquellos documentos

que tiene en sus manos, y que puede conservar en sus archivos? ¡Ah! ¡Semejante omision, quién sabe los inmensos perjuicios que podria acarrear! Por lo pronto, quedarian sin empleo los subalternos hoy dedicados á trabajo tan interesante, digno de pasar á la posteridad; y como el presupuesto de gastos, segun un notable estadista, es el presupuesto de la beneficencia pública, necesario es que haya empleados para que siquiera con brevedad hagan constar todo sobre otro papel; y á este fin las Ordenanzas prescriben que los administradores llevarán un libro, denominado de *declaraciones*, en el que se expresarán las circunstancias siguientes: 1.^a Número de la declaracion. 2.^a Su fecha. 3.^a Número y partida del manifiesto. 4.^a Número de cabos. 5.^a Dueños ó consignatarios. 6.^a Clase de mercancías. 7.^a Dia del pago en tesorería.

Pero como la desconfianza de nuestro sistema aduanero con nada se satisface, no se contenta con este libro, llevado por los administradores de las aduanas, y exige que los alcaides de estas lleven otro foliado y rubricado por el administrador y el contador, en el cual han de estamparse, como podreis oir, las mismas noticias poco más ó menos, que en el que acabo de mencionar. Hélas aquí, aunque tengais por enfadoso su relato. 1.^a Número de las declaraciones. 2.^a Sus fechas. 3.^a Número y partida del manifiesto. 4.^a Nombres de los consignatarios. 5.^a Clase de mercancías. 6.^a Número de cabos. 7.^a Sus clases. 8.^a Sus marcas. 9.^a Su numeracion. 10. Estado en que se han desembarcado. 11. Dia de entrada en almacenes. 12. Peso bruto. 13. Fecha del despacho. 14. Dia de la salida de los cabos de la aduana.

Y aún no concluye aquí ese lujo de repeticiones referente á los géneros que se importan en España; despues que los géneros están al despacho, las Ordenanzas obligan á los vistas á llevar un libro con *quince* casillas ó divisiones para anotar noticias idénticas á las que ya constan en los de que hemos hablado, y entre las cuales figura una con el epítgrafe de *Incidencias*, en la que fácil os será comprender cuántas historias curiosas hallariamos los amigos de la libertad de cambios para hacer un retrato perfecto del sistema protector.

Ciertamente no bastarian dos, ni tres, ni muchas conferencias

para hacer el exámen crítico de ese cúmulo de disposiciones compiladas con el nombre de *Ordenanzas de aduanas*, y así es que tendré que pasar por alto los capítulos que dedican á los *certificados*, á las *averías*, á la *importacion por tierra*, al *despacho de los efectos dirigidos á S. M. y real familia*, á las *franquicias del cuerpo diplomático*, á las *arribadas y naufragios*, *depósitos*, etc., para decir algunas palabras sobre el destinado á las *disposiciones penales*; porque habeis de saber que, como los delitos de aduanas no son infracciones morales, sino delitos convencionales, esto es, en cuanto la ley los crea, ó mejor dicho el sistema protector, no pueden regirse por el Código penal, sino que necesitan una legislacion *sui generis* que los clasifique y los castigue.

La base de la penalidad en materia de aduanas, la constituyen las multas; porque como el legislador supone que toda infraccion tiene por objeto eludir el pago de derechos, ha buscado el castigo donde el autor del delito creia poder alcanzar beneficio. Pero las penas son excesivamente duras; y aún lo peor del caso no es sino que como castiga omisiones de ese sin número de trámites de que os acabo de hablar, omisiones en que por esta misma causa es fácil incurrir, resulta que ya el cargador, ya el capitán de la nave, ya el consignatario, frecuentemente corren el riesgo de ser multados, riesgo que el comerciante hace figurar en sus cálculos sobre el costo de la mercancía, y que por lo tanto, en último término viene á satisfacer el consumidor, que es el *anima vilis* de toda esta legislacion que con sobrado fundamento combatimos hoy, y debemos combatir uno y otro dia.

Para que no solamente no dudeis de mis palabras, sino que persuadidos con la fe que da el convencimiento, ayudeis con vuestras fuerzas á los que hemos tomado sobre nosotros la enojosa tarea de combatir lo existente, os presentaré algunas disposiciones penales de nuestra legislacion aduanera.

Si el capitán de un buque procedente del extranjero, no hubiese formado registro consular, será condenado no solamente al pago de la crecida multa de 8.000 rs., sino al de 2.000 rs. por cada una de las toneladas que falten para el completo de la carga. Dejo á vuestra consideracion la equidad de esta pena.

Si al recibir el administrador el registro consular se viere que dicho documento tiene señales de haber sido abierto, por este

solo hecho se le exigirá la multa de 2.000 rs. ¿Es justificable esta disposiciou? No, en manera alguna. El registro consular lo componen las notas presentadas por los cargadores y la factura de ellas, formada por el cónsul; y si un ejemplar idéntico de ambas existe en la direccion general del ramo; si el capitan sabe lo que el pliego contiene; y si en este nada falta, ¿qué significacion criminal puede tener el hecho de abrir dicho pliego, cuando un duplicado obra ya en poder de la administracion pública? No se explica el fin que esta se ha propuesto al dar el carácter de reserva al registro consular, y por lo tanto, mal puede justificar el delito que las Ordenanzas crean con la disposicion que acabo de examinar.

Recordareis que antes hemos visto que se concede á la administracion el derecho de reclamar de los capitanes de buques el rol y el sobordo de la carga; pues bien, cuando no lo presentare incurrirá en una multa de cincuenta duros, y quedará inhabilitado para salir con destino á otro puerto, interin no lo exhiba.

Cuando el capitan no presente el manifiesto dentro del término de veinticuatro horas, será multado en la cantidad de 4.000 reales, que percibirá la Hacienda pública, como todas las que se imponen por las Ordenanzas.

Si el capitan se hiciere á la vela, sin recoger las mercancías prohibidas, declaradas de tránsito, nuestra legislacion aduanera no lo juzga bastante penado con los perjuicios que por ello se le irrogarán, y lo multa con la cantidad de 1.000 rs., por cada uno de los fardos que hubiere olvidado.

Cuando los consignatarios no presentaren las declaraciones dentro del término prescrito, incurren en multa de 500 rs. Conociendo que el comerciante es el principal interesado en el despacho de las mercancías, difícil de comprender es el motivo que el legislador se ha propuesto al castigar su aparente inercia.

El exceso ó defecto en la carga, al ser reconocida y comparada con las notas consulares, sobordo, manifiesto y declaraciones; las faltas más inocentes, aunque carezcan de intencion de defraudar en lo más mínimo los públicos intereses; hasta los errores de pluma y suma, todo, en una palabra se castiga por nuestras Ordenanzas de aduanas; y cuando tantos son los trámites que hay que cumplir, y con exactitud indeclinable, ¿no es

fácil, muy fácil, que diariamente el comercio sufra multas que vienen más tarde á pesar sobre el consumidor? ¿No es fácil que las multas asciendan á una cantidad tan exorbitante que llegue á producir la ruina de los que intervienen en tan múltiples y enfadadas operaciones? Tan cierto es lo que decimos, que no há mucho que en la Direccion general de aduanas se siguió un expediente, en que las multas que debian imponerse al capitán ascendian á una suma mucho mayor que el valor justipreciado de la nave; llegando á tal extremo que movieron al capitán á hacer presente que abandonaria el buque antes que prestarse á satisfacerlas.

Y ¿es esta la proteccion que nuestros gobiernos otorgan á la industria nacional? Si la proteccion solicitada por nuestros fabricantes produjera á los intereses comunes algunos bienes, que no los produce, ¿podrian tenerse estos en cuenta conociéndose los inmensos perjuicios que causa al comercio y á los consumidores? Creemos que nadie que juzgue imparcialmente la cuestion, quiera resolverla en justicia, se inclinará del lado de los que pretenden vivir á la sombra de derechos protectores; situacion cómoda, en verdad, pero no aceptable para los que desapaionadamente estudian la conveniencia de la generalidad.

Trabas al comercio y al consumidor; tramitacion enfadosa; minuciosidades inoportunas; pérdida de tiempo; rigorismo injustificable; delitos creados por la ley, no por la moralidad intrínseca de la accion; penas injustificadas; hé aquí lo que arroja de sí el exámen de las Ordenanzas de aduanas, y que todo puede compendiarse en más breves frases: «Desconfianza de todo el mundo en el cumplimiento de sus deberes para con la administracion pública en el ramo de aduanas.»

Y si esto no puede negarse, si tampoco puede aceptar nadie la desconfianza como base absoluta y exclusiva de un sistema en una nacion civilizada, ¿qué probará el exámen que hemos hecho? La necesidad urgente, apremiante de la reforma de los aranceles: porque ¿sabeis por qué las Ordenanzas son lo que acabais de ver? Porque los derechos arancelarios son excesivamente altos; porque á consecuencia de esta circunstancia, los gobiernos son los primeros que creen que el deseo de eludirlos excita á la generalidad á valerse de todos los medios posibles

para librarse de una carga tan pesada, y evitar contribuir tan duramente, no ya á sostener las cargas públicas, sino el privilegio de unos pocos fabricantes, á quienes el gobierno favorece contra la competencia de otros que dan más baratos sus productos. Y cuando los gobiernos demuestran abrigar esta convicción, pues no otra cosa significa esa absoluta desconfianza que hácia todo el mundo revelan las Ordenanzas de aduanas, ¿cómo se explica que subsistan esos aranceles, excesivamente protectores de industrias, que ó morirán á pesar de la protección, ó podrán vivir sin ella?

Caigan abajo esos aranceles que nos tienen incomunicados con otros países; que nos impiden disfrutar de los adelantos de otras naciones; redúzcanse sus derechos al carácter de simplemente fiscales, y estad seguros de que las Ordenanzas serán desde ese día sólo un testimonio de los errores económicos de España, á mediados del siglo XIX. Pero, interin aquellos subsistan, no abrigueis la menor esperanza de ver reformadas estas; si el legislador, con una mano, escribe leyes que fomentan el contrabando, con la otra redactará las que, en vano, tengan por objeto el impedirlo. Los aranceles y las Ordenanzas de aduanas no consiguen el fin que se proponen, de proteger la industria nacional; crean el delito de contrabando, lo fomentan y perjudican los intereses del Estado, haciendo que se importen, sin entrar por nuestras aduanas, géneros que con derechos módicos, vendrían á ellas á satisfacer crecidas sumas que aumentarían los ingresos del Tesoro.

Y á los que tantos temores manifiestan sobre la prosperidad nacional el día en que nuestros principios se asienten en la esfera del Gobierno, habré de recomendarles el estudio de los resultados que ha obtenido Inglaterra desde el año 1846 en que se inauguró la era de la libertad de comercio, alguno de los cuales ponen de manifiesto los datos siguientes:

El valor oficial de las mercancías importadas en 1842, fué de 65.200.000 libras esterlinas: ascendió al doble en 1853.

La exportación de mercancías aumentó durante igual período, desde 47.300.000 libras esterlinas á 98.700.000, ó sea más del doble.

El número de toneladas de los buques ingleses entrados y sa-

lidos con carga, fué 3.445.821 en 1842, y en 1853, 9.064.705. El de las naves extranjeras, aumentó en dicho período, desde 1.930.983 á 6.316.456 toneladas.

La deuda nacional que en 1832 importaba 791.250.440 libras esterlinas, en 1854 había disminuido á 771.335.805.

Los gastos públicos en 1842, excedieron á los ingresos en la suma de 3.979.539 libras esterlinas; y en 1853 por lo contrario, los ingresos excedieron á los gastos en 3.255.505 libras. Los ingresos de este último año ascendieron á 7.464.714 libras más que en 1842.

En 1842 se construyeron buques, cuya cabida era de 129.909 toneladas, de las que 13.716 pertenecían á barcos de vapor; en 1852, los buques construidos midieran 207.171 toneladas, de las que 18.215 pertenecían á buques de vapor.

Los depósitos en el Banco de Inglaterra que en la primera fecha ascendían á 9.063.000 libras, llegaron al doble en 1853, pues importaban 18.232.000.

Las cajas de ahorros que en 1842 poseían una suma de libras 25.319.336, en la última fecha llegaron á tener 33.362.360.

El trigo indígena que en 1842 se vendió á 57 chelines y 3 peniques por *quarter*, en 1853, año de carestía, se vendió á 53 chelines y 3 peniques.

Por último, la condicion social mejoró hasta el punto de que, habiendo sido de 31.300 el número de delincuentes en 1842, en 1853, no obstante un aumento de poblacion de 2.500.000 almas, sólo fué de 27 ó 57.

Y no pudiendo olvidar estos datos, ¿se extraña que un día y otro prediquemos aquí, y donde quiera que podamos, las doctrinas del libre-cambio? No: los que estamos convencidos de su excelencia, faltáramos á un deber si no tratáramos de que nuestras ideas se lleven cuanto antes al terreno de la práctica; seríamos poco patriotas si no tuviéramos el valor suficiente para arrostrar los ataques de todo género que con tanta frecuencia nos dirigen. Sobre todo, entre ellos y nosotros, siempre existirá una notabilísima diferencia; ellos en su mayor parte defienden intereses propios, que viven cómodamente á la sombra de la proteccion, aunque perjudicando á la inmensa masa de consumidores: nosotros abogamos, no por intereses particulares, sino por el

interés comun, apoyado en la justicia y en el derecho.

He concluido, señores, y con esta conferencia terminan las que los individuos de la Asociacion para la reforma arancelaria habian adquirido la obligacion de tener en este sitio. Me es sensible que los que tuvieron el encargo de ordenarlas, hayan dejado para disparar el último cartucho contra los proteccionistas á un soldado tan bisoño en estas lides como yo lo soy. En batalla campal, los más débiles ocupan el centro, y yo habria deseado, que obedeciendo á este principio de táctica militar, un orador notable hubiera sido el que esta noche ocupara este sitio. Sin embargo, me resta la grata esperanza de que mi amigo el señor Castelar, encargado de hacer el resúmen de todas las conferencias, sabrá recobrar el terreno que en la lucha yo haya podido perder, no por voluntad ni por falta de fe en mis ideas, sí por mi escasa suficiencia. —He dicho. (*Aplausos generales*).

EXAMEN DE LOS RESULTADOS PRODUCIDOS

POR LAS

PRINCIPALES REFORMAS ARANCELARIAS

hechas en Europa desde el Zollverein hasta nuestros días.

POR

D. Mariano Carreras y González.

Señores :

Si es un deber para el hombre modesto, al dirigirse por primera vez al público, impetrar ante todo su indulgencia, para aquel que no ha recibido del cielo el don sublime de la elocuencia, ese deber se convierte en una necesidad imperiosa.

Bien la siento yo en estos momentos, señores, soldado de la libertad, arrastrado por el entusiasmo á ocupar en las pacíficas lides de la oratoria un puesto muy superior á mis fuerzas. Y cuando contemplo tantas personas ilustradas que me escuchan; cuando mido la inmensa distancia que me separa de los oradores eminentes que me han precedido; cuando pienso, sobre todo, en la grandeza de la misión que se me confía, conozco que mi espíritu desfallece, y que necesito de toda esa indulgencia, de todo ese apoyo, para no caer exánime y sin aliento al dar los primeros pasos en mi camino.

¡ Oh ! y qué camino tan largo ! Y qué trayecto tan áspero y tan

difícil! Es nada menos que la senda recorrida desde 1818 por la libertad de comercio, cuyas huellas luminosas podemos observar todavía en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en España mismo. Senda erizada de escollos, cubierta de espinas y de maleza, que sin embargo salva triunfante la idea, derramando por todas partes la paz, el bienestar y la abundancia, sin detenerse nunca en esa peregrinación sin término á que la condena la indeclinable ley del progreso. Su primera jornada es la reforma aduanera de Prusia.

La Alemania, apenas libre de las guerras sangrientas del primer imperio francés, con el fraccionamiento semi-feudal de su territorio, con su conjunto abigarrado de monarquías y de repúblicas, acababa de darse un principio de organización en el *Acta federal* de 1815. Por el artículo 19 de esta Acta se reservaban los diversos Estados confederados deliberar en la primera reunión de sus plenipotenciarios sobre un proyecto común de comercio, de navegación y aduanas, fundado en las bases adoptadas en el Congreso de Viena; pero esto no era más que una declaración vaga, por la cual se indicaba únicamente el fin á que debía tenderse. Fácilmente se convino en algunas cuestiones secundarias; suprimiéronse de común acuerdo algunos impuestos odiosos, tales como los de *aubana* y *detracción*, restos de aquellos castillos señoriales de la edad media, que había reducido á polvo la revolución francesa; pero, cuando se llegó á la discusión del régimen aduanero, estalló la lucha de tantos intereses divergentes y los miembros de la Dieta no pudieron entenderse.

Entonces fué cuando la Prusia tomó á su cargo resueltamente la empresa. Interesábale en gran manera rehacer su territorio, desgarrado en pedazos esparcidos aquí y allá por toda la superficie de la Alemania, asimilándose por una fusión aduanera los Estados que interceptan sus libres comunicaciones con sus propias provincias y le cierran el acceso á los grandes ríos y al Mar del Norte. Pero, antes de proponer la reforma á sus vecinos, quiso dar el ejemplo en su casa, y empezó por suprimir sus aduanas interiores, anunciando además por una declaración dirigida á todos los Estados alemanes, que su intención era: 1.º Proteger la industria indígena, imponiendo á lo sumo un derecho de 10 por 100 *ad valorem* á los productos extranjeros; 2.º Suprimir todas

las prohibiciones á la importacion y la exportacion; 3.º Tomar estos principios como base de todo tratado internacional; 4.º Usar de reciprocidad con los demás Estados.

No tardó en recoger la Prusia los frutos de esta sabia política. Su comercio prosperaba; los ingresos de sus aduanas iban en aumento, y su industria, contenida hasta entonces en su desarrollo por las mismas restricciones que le habian dado origen, empezaba á florecer, no obstante ó, por mejor decir, á causa de la competencia relativa que le oponian ya las manufacturas extranjeras. Entre tanto los demás Estados alemanes languidecian, viendo sus relaciones mercantiles interrumpidas en el exterior por prohibiciones y derechos altísimos, y como si esto no fuera bastante, dificultadas en el interior por treinta y ocho líneas de aduanas. ¿Qué hacer en medio de esta situacion insostenible? Un gran número de comerciantes se reúnen en 1819 en la feria de Francfort, y firman una exposicion, redactada por el célebre Listz, pidiendo á la Dieta: 1.º La supresion de las aduanas interiores; 2.º La adopcion respecto de las naciones extranjeras de un sistema comun de aranceles, fundado en el principio de retorsion, hasta que aquellas naciones adoptáran la libertad de comercio europeo.

Esta peticion no tuvo acogida en la Dieta, pero las proposiciones que contenia habian hecho una impresion harto profunda para permanecer mucho tiempo en la esfera de proyecto. Bien pronto se entablaron negociaciones parciales, que dieron por resultado la formacion sucesiva de cuatro uniones aduaneras: la del Wurtemberg y varios principados de Hohenzollern en 1824; la más importante del Wurtemberg y la Baviera en 1828; la de Hannover, Brunswick y Oldemburgo, conocida con el nombre de *Steuerverein*, y la de la Prusia y los dos Hesse que despues habia de servir de base al *Zollverein*. Por fin, los gobiernos, bajo la impresion de la revolucion de Julio, se mostraron dispuestos á una union más íntima, y en 1833 se adhirieron á la última de las asociaciones citadas la Baviera, el Wurtemberg, la Sajonia Real, los ducados y principados de Turingia, de modo que el 1.º de Enero de 1834 entraba ya en ejercicio el *Zollverein* con los aranceles adoptados en 1818 por la Prusia. Agregáronse de 1834 á 1836 el ducado de Nassau y la ciudad libre de Francfort, y así

llegó á comprender en aquella época las dos terceras partes del territorio de la Confederacion germánica y una poblacion de 25 millones de almas.

El primer periodo del *Zollverein*, á pesar de las aprensiones de algunos fabricantes de la Prusia y la Sajonia que temian su mútua competencia, no pudo ser más ventajoso. En menos de cinco años, la industria prusiana, lo mismo que la sajona, producian más, fabricaban mejor y hasta vendian más caro, dando así lugar á una alza general en los salarios al par que á un aumento en los beneficios; las fabricas, que hasta entonces proveian al consumo limitado de un solo Estado, poseian ahora el mercado de todo el *Zollverein*, es decir un mercado de 25 millones de almas; estableciéndose la competencia en el interior de la asociacion, competencia activa, estimulada por la perspectiva de una gran salida, la industria alemana cobró fuerzas para luchar con la extranjera y pudo rivalizar con ella en ciertos productos que antes se importaban de Inglaterra ó de Francia; en las ferias de la Confederacion eran cada vez más buscadas las mercancías indígenas; finalmente, el desarrollo de los cambios proporcionó á los gobiernos asociados, sin contar la Prusia, ingresos cada vez mayores, pues de 12 millones de francos, que eran en 1834, ascendieron en 1841 á cerca de 20 millones, lo cual permitió á los diversos Estados, ya emprender grandes obras de utilidad pública, ya tambien disminuir los impuestos indirectos (1).

Tales fuéron los resultados económicos obtenidos durante el primer periodo del *Zollverein*. Ellos excedian á todas las esperanzas, excitaban la envidia de la Alemania y llenaban de asombro á la Europa, que veia levantarse de pronto, al otro lado del Rhin, una potencia industrial y comercial de primer orden.

El *Zollverein* se renovó en 1841 por doce años, y tal era ya su fuerza de atraccion que el ducado de Brunswick, separándose del *Steuerverein*, se le unió al poco tiempo, siguiendo despues su ejemplo varios principados secundarios y entrando la asociacion en su segundo periodo con un territorio de 8.000 millas cuadradas y una poblacion de 27 millones de almas.

Este periodo no fué tan feliz como el primero. La Francia, para

(1) *El Zollverein y el Austria*, por M. Lavollée.—*Revista de Ambos Mundos* del 15 de Octubre de 1859.

defender su industria linera de la competencia que le hacia la de la Gran Bretaña, habia elevado los derechos á la importacion de los hilos y tejidos de lino y de cáñamo, y aunque esto no podia afectar sensiblemente á la importacion alemana en aquel país, los proteccionistas de Ultra-Rhin tomaron de aquí pretexto para pedir represalias, que fué preciso concederles. Eleváronse en su consecuencia los derechos sobre los hilos y los lienzos, sobre los hierros, los papeles de lujo y otros articulos secundarios; pero esto, unido á la agitacion europea producida por la revolucion francesa de 1848 y sobre todo á la inseguridad de la legislacion aduanera, arrastrada alternativamente en contrarios sentidos, bastó para detener el vuelo de la industria alemana, y por otra parte la industria francesa no logró más que cerrarse por sí misma las puertas de un mercado considerable. Tan cierto es, señores, que el proteccionismo sacrifica á un interés parcial é inmediato un interés general y permanente; ¡semejante en esto al personaje de la fábula que mató la gallina de los huevos de oro, para extraerle de una vez los que ella iba poniendo poco á poco! (*Bien, bien.*)

No obstante, el *Steuerverein* entró por doce años en el *Zollverein* el 1.º de Enero de 1854, y desde esta fecha cuenta ya la *Asociacion aduanera alemana* con un territorio de más de 9.000 millas cuadradas y una poblacion de 32 $\frac{1}{2}$ millones de habitantes. No seria tan negra su fortuna, durante el segundo periodo, cuando encontraba amigos con quienes partirla.

Y en efecto, señores, ya en 1853 habia celebrado con el Austria un tratado de comercio, que le daba el acceso al Mar Negro por el Danubio y al Mediterráneo por Trieste, y le abria un vasto mercado de 36 millones de consumidores.

Además, los gastos de percepcion de los derechos de aduanas, en los diversos Estados del *Zollverein*, se habian reducido en una proporcion considerable, siendo de notar que, según resulta de los documentos oficiales, no crecieron, como parecia regular, á medida que crecian los ingresos, pues de 14 por 100 que eran en 1835 bajaron en 1851 á 10 por 100.

Por último, el aumento de las rentas de la asociacion habia sido rápido, elevándose de 61 $\frac{1}{2}$ millones de francos en 1835 á 103 millones en 1845. Ciertó que este fué el punto culmi-

nante de su prosperidad durante el segundo período, porque la carestía de 1846 y la crisis industrial que siguió á la crisis política de 1848 detuvieron el vuelo de su comercio, é hicieron bajar los ingresos á 102 millones en 1847 y aún á 79 en 1852; pero desde esta época el progreso del *Zollverein* recobra su actividad anterior y se ve florecer de día en día su industria y su comercio. La ferretería, sobre todo, las manufacturas de tejidos de lana y de algodón, han adquirido desde 1842, y más aún desde 1844, una extension considerable (4).

Y sin embargo, aún tiene que dar el *Zollverein* algunos pasos para que sus miembros gocen de una completa libertad comercial. Aún está en parte cohibido por la diversidad de los sistemas financieros de los Estados asociados, que los obliga á mantener aduanas interiores para el tabaco, el vino, la cerveza y la sal. Por otra parte, un gran número de derechos son todavía prohibitivos y los aranceles de la union están muy léjos de haber realizado el programa prusiano de 1818.

Sí, pues, el presente del *Zollverein* es satisfactorio, su porvenir se presenta todavía con colores más halagüenos. Llamada esta gran asociacion á absorber más ó menos pronto las últimas individualidades aduaneras de la Alemania — el Mecklemburgo y las ciudades libres de Hamburgo y Lubeck, — puede un día, gracias al plantel de marineros que le darian sus grandes líneas de navegacion, realizar tal vez su secreto deseo de ser una de las primeras potencias marítimas del mundo, rivalizando en importancia mercantil con la Inglaterra.

Mas para ello es preciso que siga las mismas vías que la nacion inglesa. ¿Cómo se ha elevado este país al grado de prosperidad que es hoy objeto de todas las envidias? Los proteccionistas recordarán sin duda, con tan plausible motivo, la antigua *Acta de navegacion* y los aranceles restrictivos que por tanto tiempo han formado la base de la política comercial de la Inglaterra: ahora bien, ¿qué dirian aquellos señores si se les demostrase que semejante sistema, léjos de haber favorecido, no ha hecho, por el contrario, más que comprimir la industria y el comercio británicos? Nada más cierto, sin embargo.

(1) *Diccionario de la Economía política.*—Art. *Zollverein*.

La célebre *Acta de navegacion*, votada por el Parlamento en 1651 bajo el protectorado de Cromwell y reformada en 1660 bajo el reinado de Carlos II, sin duda para *apretarle algunos tornillos que habian quedado flojos* (1), tendia en sus diversas disposiciones: 1.º A reservar al pabellon nacional el cabotaje, así como la navegacion con las colonias y los países de Asia, Africa y América: 2.º A no admitir para el transporte de los principales productos de Europa — los más pesados, para que proporcionasen más fletes — otra competencia que la del pabellon de los países de procedencia y de destino. ¿Y qué sucedió? Sin duda se logró por de pronto el principal objeto de esta ley, que no era otro sino destruir la floreciente marina mercante de la Holanda, entonces en guerra con la Inglaterra; sin duda la marina mercante inglesa adquirió despues un desarrollo extraordinario: pero ¿á qué costa, señores? Dejemos á un lado la triste satisfaccion de causar la ruina de un pueblo pacífico y laborioso: semejante hazaña sólo puede ser dignamente apreciada por los proteccionistas, para quienes no hay mejor medio de enriquecer á un país que sumir á los demás en la miseria, y cuya moral pública parece encerrarse toda en esta sabia máxima de Hobbes, *homo homini lupus*, el hombre es el lobo del hombre. Sin apelar á este argumento humanitario, que haria encoger de hombros á nuestros patrióticos *antropófobos*, el *Acta de navegacion* de 1660, arma de dos filos como toda medida proteccionista, hirió gravemente á la Inglaterra hiriendo al mismo tiempo á la Holanda. Ella prolongó, en efecto, entre estas dos naciones la lucha que llena la mitad del siglo xvii; ella provocó por todas partes represalias que obligaron á la marina inglesa á lanzarse en las peligrosas aventuras de los descubrimientos marítimos y las conquistas lejanas, buscando, por medio de la fuerza, en Asia, en América, en todas las partes del mundo, fletes que alimentasen sus naves; ella, en fin, contribuyó más tarde, segun confesion del ilustre Huskisson, al levantamiento de los Estados-Unidos. ¡Cuánta sangre derramada, señores! ¡Cuánta riqueza perdida! ¡Cuánto lujo y despilfarro! Y todo ¿para qué? Para ocultar bajo el manto brillante de una grandeza ficti-

(1) Frase del Sr. Nocedal, á propósito de la ley de imprenta de 1857.

cia en el exterior las asquerosas llagas del pauperismo, que devoraba las entrañas de la Inglaterra! ¿Quereis esto para nuestra patria, vosotros los proteccionistas, los defensores del trabajo nacional, los patriotas por excelencia? Pues si no lo quereis, léjos de volver los ojos con amor á la Inglaterra del pasado, contemplad por un momento la Inglaterra del presente y tratad de seguir su ejemplo.

El *Acta de navegacion* de 1660 no ha podido permanecer intacta más de un siglo, á pesar de las ventajas excepcionales que concedia á la industria de los transportes marítimos, á expensas de todas las demás industrias. Bien pronto se vió que las restricciones impuestas á la navegacion colonial no hacian más que fomentar el contrabando entre las Antillas inglesas y españolas, y fué preciso apelar en 1766 al expediente de los *freeports* declarando libres ciertos puertos de las colonias. Algunos años despues, los Estados-Unidos, ya emancipados, pidieron que su pabellon fuese admitido en los puertos de la Gran Bretaña, las Antillas inglesas, el Canadá y Nueva Brunswick, á condicion de reciprocidad para el pabellon británico en los puertos de la Union anglo-americana, y despues de una obstinada resistencia que costó muy cara á la Inglaterra y dió origen á una guerra entre ambas naciones, no hubo más remedio que acceder á tan justa demanda. Esta fué la señal de una lucha diplomática contra el *Acta de navegacion*, que concluyó por su abolicion y la libertad de los transportes marítimos. La Prusia rompió el fuego, exigiendo la reciprocidad como los Estados-Unidos; siguieronla otras naciones con exigencias iguales, y la Inglaterra, amenazada de ver cerrados á sus naves uno tras otro todos los puertos de Europa, consintió por fin: primero en admitir sus mercancías, no sólo en bandera inglesa ó en bandera de origen sino tambien en navíos terceros, para ser depositadas en los puertos ingleses y reexportadas á otros países; despues en reducir los derechos de tonelaje y los impuestos sobre las mercancías respecto de aquellas naciones que bajasen los derechos sobre las mercancías inglesas; por último, en abrir las posesiones inglesas á las naciones que, teniendo colonias, las abriesen tambien al pabellon británico, ó que, no teniéndolas, admitieran este pabellon en sus puertos bajo el pié de la nacion más favorecida.

Así, en virtud de una larga série de disposiciones legislativas, el *Acta* de 1660, se habia transformado en sus elementos más esenciales, y el principio relativamente liberal de la reciprocidad habia sustituido al del monopolio. Al malogrado Huskisson es á quien pertenece la gloria de tan sábias reformas, que fuéron definitivamente sancionadas por el *Acta* de 25 de Julio de 1825. Los proteccionistas, considerando la antigua legislacion como el arca santa, anunciaban que, una vez profanada, vendria la ruina de la marina británica. ¿Se ha cumplido tan fatídico agüero? Responda por nosotros la Estadística.

A principios del siglo xvii el efectivo de los buques mercantes apenas pasaba de 200.000 toneladas; en 1827, dos años despues de la reforma, llegaba ya á 2 1/2 millones próximamente, y en 1848 á 4 millones. Y en cuanto á las construcciones navales, los astilleros del Reino Unido y de las colonias, que habian botado al agua en 1821 cerca de 75.000 toneladas, en 1830 botaron 110.000 y en 1848, 227.000 (1).

Estos guarismos no eran los más á propósito para hacer desistir a gobierno inglés de la senda que habia emprendido, y asi es que continuó en ella hasta anular completamente la legislacion de 1660, reemplazándola con la del 26 de Junio de 1849, cuyas principales disposiciones pueden reasumirse en los términos siguientes:

1.^a Los buques extranjeros pueden importar en el Reino Unido, no sólo como depósito, sino tambien para el consumo interior, toda especie de productos.

2.^a Se admite el pabellon extranjero para los transportes entre las colonias y la metrópoli.

3.^a La marina inglesa no posee otro privilegio que el del cabotaje, y aún las colonias pueden obtener de la corona un permiso especial para admitir los navios extranjeros á la navegacion de sus costas.

En suma, libertad completa para la marina extranjera como para la inglesa, en sus relaciones con todos los países y hasta en la navegacion colonial.

¡Libertad señores! ¡Libertad del transporte marítimo! *Horresco*

(1) *El libre-cambio en las leyes de navegacion*, por M. Lavollée.—*Revista de Ambos Mundos*, Noviembre de 1851.



referens. ¿Qué va á ser ahora de esa desdichada marina? Si con la reforma de Huskisson, tan distante todavía de la libertad, pronosticaban los proteccionistas tantas calamidades para ella, ¿no será de temer, una vez adoptado en la legislación aquel funesto principio, que no quede en todos los mares un solo giron del pabellon británico? Así lo anunciaron al menos, poniendo el grito en el cielo, los armadores y constructores ingleses: ellos á fuer de patriotas, no querian que se tocase á la antigua *Acta de navegacion, palladium* del honor nacional, y gritaban con toda la fuerza de sus pulmones: *Honni soit qui mal y pense*,

Nadie las mueva
que estar no pueda con Roldan á prueba.

Pero el alma empedernida de John Bull no hizo caso de tan ridículos apóstrofes, y los mismos interesados se conformaron bien pronto con su suerte. No era para menos, señores: votada la nueva *Acta de navegacion*, las construcciones navales, léjos de disminuir, aumentaron extraordinariamente, pues, no habiendo pasado en 1848 de 227.000 toneladas en el Reino Unido y las colonias (1), ascendieron ya en 1856 á 258.000 en todo el imperio británico (2).

Verdad es que á este aumento habia contribuido no poco otra reforma más vasta, más trascendental, más importante; la reforma de la legislación de aduanas. En Inglaterra, señores, como en Francia, como en casi todos los Estados, el comercio de cereales se hallaba á principios de este siglo regido por el sistema prohibitivo, cuyo objeto inmediato en aquel país era favorecer á la aristocracia territorial, elevando artificialmente la renta de las tierras, monopolizadas por un corto número de familias. Este sistema se habia llevado á la mayor perfeccion en 1814, prohibiendo la introduccion de los trigos extranjeros mientras no llegasen los indigenas al precio enormísimo de 80 shellines por *quarter*, ó sea de unos 131 reales por hectólitro; y aunque en 1828 se dulcificó algun tanto, adoptando una escala móvil de derechos, destinada á asegurar al productor un precio

(1) *El libre-cambio en las leyes de navegacion*, por Lavollée.

(2) *Anuario de Estadística y Economia política*, por Guillaumin.—1858.—Artículo.—*Gran Bretaña*.

de 120 rs., siempre venia á ser en último resultado una máquina de chupar la sangre del pueblo hasta hacerle perecer de anemia. Los economistas se indignaron de tanta iniquidad, y á sus lecciones en general y á los escritos del coronel Thompson en particular, se debió la formacion de varias asociaciones contra las leyes de cereales en Lóndres, Liverpool, Manchester y otras ciudades; pero estas tentativas no tuvieron por entonces éxito.

Era preciso que el mal llegase á su colmo para que se pensase seriamente en buscar el remedio, y en efecto de 1836 á 1838 el pueblo inglés se vió ya reducido al último extremo. Dos cosechas perdidas y una crisis industrial en los Estados-Unidos, que alcanzó de rechazo á la Inglaterra, pusieron á esta nacion al borde del abismo. Carestía de las subsistencias, falta de trabajo, insuficiencia de los salarios, miseria y hambre por todas partes, motines, incendios, bandas de malhechores errantes por los caminos, crímenes, enfermedades, muertes violentas: hé aqui el cuadro espantoso que presentaba la poderosa Albion en su propio seno. No era posible esperar por más tiempo: los hombres más inteligentes señalaban la ley de cereales como la causa principal de tanta desgracia; armóse una cruzada contra ella, y nació la famosa *liga de Manchester*, que despues habia de reclamar y obtener la adopcion completa y absoluta del libre-cambio. No os hablaré, señores, de esta gran asociacion: sus esfuerzos, sus sacrificios, sus campañas tan gloriosas como pacíficas, los tesoros de elocuencia, de actividad, de patriotismo, de filantropía que prodigaron sus jefes, merecerian, no digo ya un discurso apologético, sino un poema especial, una epopeya, una *Iliada*, como ha dicho con razon un ilustre economista. Todavía viven para honor de la ciencia, para consuelo del pueblo inglés y de todos los pueblos, el profundo Cobden, el severo Bright, el reflexivo Gibson, y si la Historia ha de cumplir algun dia su mision, inscribirá en letras de oro los nombres de estos héroes del pensamiento, al lado de los de Paulton, Thompson, Bowring, Wilson, Fox y tantos otros como reclaman un lugar en sus páginas con harto más derecho que los tiranos ilustres y los grandes bandidos que, manchándolas, las ocupan. (*Bien, muy bien.*) Baste decir que despues de grandes vicisitudes y peligros; despues de haber gastado cerca de 700.000 libras esterlinas (más de 56

millones de reales) después de ocho años de una lucha sin ejemplo, en que tuvo que combatir con dos enemigos igualmente poderosos, el proteccionismo y el cartismo, es decir el socialismo disfrazado y el socialismo sin máscara, la *liga de Manchester* obtuvo el triunfo más brillante que registran quizá los anales de la razón humana. Un día, señores, Sir Roberto Peel, el primer ministro de Inglaterra, subió á la tribuna de la Cámara de los Comunes y anunció á sus amigos estupefactos que abjuraba las doctrinas del proteccionismo, que hasta entonces habia profesado, y se hacia partidario del libre-cambio. Desde aquel día, señores, nada faltó ya al gran principio que defendemos para ser una religion: habia tenido sus apóstoles y sus profetas, sus sacerdotes y sus mártires; ahora contaba además en su comunión un converso, un catecúmeno ilustre, un San Agustín ó un San Pablo. (*Aplausos.*)

¿Pero cómo se verificó en Inglaterra una revolucion tan radical? Roberto Peel habia subido al poder en 1841, en las circunstancias más desfavorables. Una crisis espantosa pesaba desde 1838 sobre la industria y el comercio de la Gran Bretaña: el déficit del Tesoro, que en 1839 era de 36 millones de francos, habia ido creciendo sucesivamente hasta subir á 44 millones en 1840, y todavia amenazaba llegar á 102 en el año inmediato. Aquel ilustre hombre de Estado comprendió que la causa de tanta penuria estaba en las restricciones mercantiles, y resolvió descargar sin piedad el hacha de la reforma sobre la vieja ó informe legislación aduanera del Reino Unido. En su consecuencia, empezó por modificar 44 artículos del arancel, remplazando con derechos moderados la prohibición á la entrada de algunos de ellos, permitiendo la libre exportación de otros y haciendo en los demás rebajas notables. Después, continuando el plan que habia adoptado, levantó en 1842 y 1844 todas las prohibiciones y rebajó los derechos de importación á un máximo de 5 por 100 para las primeras materias y de 12 por 100 para la mayor parte de los artículos manufacturados. Por último, en 1845 suprimió los derechos sobre las primeras materias empleadas en las manufacturas, sobre las materias tintoreales y los aceites; rebajó los que pagaba el azúcar y declaró completamente libre la importación de los algodones y las lanas, así como otros 430 artículos de me-

nor importancia. Pero el gran golpe dado al proteccionismo fué la abolicion de las leyes de cereales, propuesta por el mismo Peel y adoptada por el Parlamento en 1846. Esta medida ha abierto una nueva era en la política comercial de la Inglaterra, que desde entonces no se ha detenido un solo momento en el camino del libre-cambio, fecundando la obra comenzada en 1841 con nuevas y radicales reformas, como la de las leyes de navegacion, de que he hablado anteriormente, y las rebajas progresivas hechas en los aranceles por M. Gladstone, hasta dejarlos reducidos á 48 artículos gravados con derechos meramente fiscales, y aún de estos artículos 15 sólo son esenciales —el azúcar, el thé, el tabaco, el café, el vino, las maderas de construccion, etc. — los demás sólo figuran en el arancel para compensar imposiciones anteriores.

Ahora bien : ¿la Gran Bretaña ha ganado ó perdido con el total abandono del sistema proteccionista? Dejemos hablar otra vez á la Estadística, porque nada hay tan elocuente como los hechos cuando se sabe interpretar su mudo lenguaje.

Las importaciones inglesas figuraban en 1842 por 65 millones de libras esterlinas : en 1844 ascendieron ya á 152 y en 1854 á cerca de 164 millones (1).

El movimiento de la exportacion es como sigue (2) :

En 1844 figuraba en los cuadros del comercio exterior por la suma de 58 $\frac{1}{2}$ millones de libras.

De 1844 á 1848 permanece estacionario y aún descende á 52 millones en este último año de conmocion europea.

Pero desde 1849, fecha de las grandes franquicias, va aumentando rápidamente, hasta subir en 1850 á 71 millones, en 1852 á 78, en 1853 á 98.

El rompimiento con la Rusia y la interdiccion de sus mercados no le disminuyen : léjos de eso, se mantiene á la misma altura hasta 1856 y 57 en que llega á 116 y 122 millones de libras, no bajando en 1858, en plena crisis comercial, de 116 $\frac{1}{2}$.

En suma, en el espacio de ocho años un incremento en la ex-

(1) *Economistas contemporáneos*. Ricardo Cobden y la escuela de Manchester, por M. Reybaud.—*Revista de Ambos Mundos* del 15 de Mayo de 1862.

(2) *Economistas contemporáneos*, por Reybaud.

portacion de $45\frac{1}{2}$ millones de libras; más de 3.670 millones de reales.

La industria de los transportes marítimos camina al mismo paso. El tránsito, que era de un valor de 2 millones de libras en 1851, se eleva á $4\frac{1}{2}$ millones en 1858. El tonelaje, que en 1844 importaba 10 millones de toneladas, sube á 23 en 1857 y 22 en 1858 (1). El movimiento de entrada y salida de los buques en los puertos del Reino Unido, que comprendia en 1848 poco más de 13 millones de toneladas, asciende en 1856 á $21\frac{1}{2}$ millones (2).

¡Pero, al menos, los ingresos de las aduanas inglesas se habrán resentido notablemente con la adopción del libre-cambio! Nada menos que eso. El importe de la reducción y supresión de derechos, verificada desde 1842 á 1850, no bajó de 40 millones de libras esterlinas, y sin embargo ¿quereis saber la pérdida que en definitiva causó al Tesoro tan radical reforma? ¡Poco más de 700 millones de libras! (3)

Y por otra parte ¡cuán ámpliamente compensada ha sido esta pérdida! Comparemos, señores, el estado moral y económico del pueblo británico, en nuestros días, con el que tenia antes de la reforma, y veremos cuánto ha mejorado en tan poco tiempo, cuánto ha ganado en fuerza numérica, en salubridad pública, en bienestar, en prevision, en moralidad, en todo lo que constituye la fortuna y la felicidad de los pueblos.

La población ha ido constantemente en aumento. En 1844 era de $16\frac{1}{2}$ millones de habitantes en Inglaterra y 3.004.000 en Escocia. En 1858 ascendia ya á $19\frac{1}{2}$ millones en el primer país, y 3.093.000 en el segundo.

A pesar de esto, el número de pobres ha disminuido notablemente. En Inglaterra era en 1844 de 934.000; en 1858 habia bajado á 858.000. Escocia contaba en 1844 unos 82.000; en 1858 no más que 79.000.

La emigración no presenta ya proporciones tan alarmantes: en 1852 subia á 368.000 almas; en 1858 no llegó á 114.000.

(1) *Economistas contemporáneos*, por M. Reybaud.

(2) *Anuario de Estadística y Economía política*, por Guillaumin.—1858.—Artículo *Gran Bretaña*.

(3) *Diccionario de la Economía política*.—Art. *Peel*.

El número de los crímenes y delitos ha disminuido tambien muchísimo. Eran en 1844 cerca de 19.000 en Inglaterra y el País de Gales; en 1858 apenas pasaron de 13.000.

Por último, las cajas de ahorros siguen una progresion lenta pero no interrumpida. No tenian en 1844 más que 29 $\frac{1}{2}$ millones de libras; en 1858 contaban ya con más de 36 millones (1).

¿Qué tienen que oponer los proteccionistas á la elocuencia de estos guarismos? ¡Dirán que las manufacturas inglesas, fortificadas durante un siglo con la proteccion, han podido arrostrar sin peligro la competencia extranjera! ¿Pero y la agricultura, señores, la agricultura que en Inglaterra, á pesar de la proteccion, era tan débil al advenimiento del libre-cambio ¿cómo ha podido resistir la ruda prueba á que se ha visto sometida con la importacion de los trigos de Marruecos, de Sicilia y de Odessa?

Dirán que la Gran Bretaña es un país excepcional, como si dijéramos, la isla *Utopia* de su antiguo canceller Tomás Morus, y que lo que allí pasa no es aplicable al resto del mundo! Ya hemos visto que la rebaja de los derechos arancelarios, aunque en mucho menor escala, ha producido frutos análogos en Prusia y la mayor parte de Alemania. Francia ha entrado tambien en las vías del libre-cambio, por los tratados de comercio que ha celebrado últimamente con la Inglaterra y la Bélgica, y aunque por parte del imperio no se han puesto en vigor desde luego todas las cláusulas de estos convenios, los resultados obtenidos hasta ahora no pueden ser más satisfactorios. Gracias, en efecto, á la abolicion de la escala móvil, consecuencia natural de su nuevo sistema arancelario, nuestros vecinos han soportado fácilmente, sin grandes apuros, sin conmociones populares, una crisis alimenticia que de otro modo hubiera desencadenado las pasiones de sus clases jornaleras, arrastrándolas quizá á una de esas revoluciones sociales á que se sienten tan inclinadas, y que hace hoy más que nunca temibles la organizacion política de la Francia. Verdad es que esto le ha costado un desembolso de 450 á 500 millones de francos en dinero, demostrado por un exceso de la importacion sobre la exportacion; que la falta, siquiera sea momentánea, de tan enorme cantidad de numerario, ha oca-

(1) *Economistas contemporáneos*, por M. Reybaud.

sionado, como es natural, una disminucion correspondiente en el consumo y la produccion francesa, y que todo ello, unido á la guerra civil de los Estados-Unidos, que ha venido á privar casi completamente á la Europa de la materia primera más necesaria á sus manufacturas, ha dado lugar á una crisis industrial de que la Francia se resiente, lo mismo que la Inglaterra, la Alemania y España misma. Pero ¿qué hubiera sido del imperio sin los tratados de comercio, á que los proteccionistas atribuyen, como era de esperar, el malestar pasajero de algunos ramos de la industria francesa? Ya lo hemos dicho: una miseria espantosa, una rebelion popular, un sacudimiento terrible, que hubiera hecho vacilar acaso los deleznables cimientos en que se apoya el trono de Napoleon III. Y por otra parte, ese malestar tan lloriqueado por los proteccionistas de allende los Pirineos, ¿á qué viene á reducirse? M. Baroche lo ha demostrado con datos irrecusables (1). Y cuidado, señores, que yo me coloco aquí bajo el punto de vista proteccionista: quiero combatir al proteccionismo en su propio terreno.

La proporcion de las importaciones de productos ingleses en Francia, relativamente á la produccion y exportacion nacional, vendrá á ser en definitiva durante un año, contando desde primero de Octubre de 1861, de 3 por 100 para los hilos de algodón, 5 $\frac{1}{4}$ por 100 para los hilos y tejidos de la misma materia, y 6 por 100 para los tejidos de lana.

El excedente de importacion de los hilados de algodón extranjeros, desde 1.º de Octubre de 1861 á 1.º de Febrero de este año, representa un 1 por 100 del producto de las fábricas francesas.

En los cuatro meses que comprende el mismo período, han entrado en Francia tejidos de algodón por valor de 12 millones de francos, lo cual hace suponer que entrarán por valor de 36 en todo el presente año, es decir, un 4 $\frac{1}{2}$ por 100 de la produccion francesa, que asciende á 800 millones anuales.

¿Puede influir nada de esto, de una manera sensible, en la situacion de la industria? ¿Puede decirse con razon, como no han dejado de decir, segun su añeja costumbre, los proteccionis-

(1) Discurso pronunciado en el Cuerpo legislativo francés, el 19 de Marzo de 1862.

tas, que ha habido en los mercados de Francia, una verdadera invasion de mercancías inglesas y belgas?

En cambio, señores, la agricultura francesa, se halla en un estado más floreciente que nunca, y no encuentra bastantes brazos para sus labores, á pesar de haber aumentado los jornales en un 40 por 100.

En cambio, se han exportado á Inglaterra en 1860 sobre 62.000, y en 1861, sobre 42.000 hectólitos de vinos franceses más que en 1859.

En cambio, la industria del hierro, por lo cual se temia tanto la competencia británica, no sólo no ha decaído en Francia, sino que ha prosperado visiblemente, en términos que el precio del hierro fundido, ha ido creciendo de día en día, no habiendo sido nunca tan grande la demanda de este producto.

Y sobre todo, señores, ¿no hablan bien alto, en favor de los tratados de comercio franco-belga y anglo-francés, las últimas exportaciones de Francia para Inglaterra y Bélgica, consideradas en conjunto? Ya he dicho anteriormente la extension que han adquirido respecto de los vinos. Por lo que hace á los demás productos franceses, han excedido en 1861, en 44 millones de francos á las de 1860, y en 25 millones á las de 1859.

Por último, los tratados de comercio á que me refiero han aumentado notablemente los ingresos en las aduanas francesas. En 1861, esta renta ha producido 25 millones de francos más que en 1860, y en los dos primeros meses de 1862 presenta ya un excedente de 21 millones sobre 1861, y de más de 44 millones sobre lo presupuestado.

Paréceme que todos estos hechos son bastante significativos; pero todavía tengo que presentar otros á vuestra consideracion. Aún me resta hablaros de España, esta tierra clásica de la proteccion industrial, y que, sin embargo, nos ofrece una prueba más de las excelencias del libre-cambio.

Teníamos, señores, en 1849 un arancel, que podia considerarse como el bello ideal del proteccionismo. Los derechos que imponia á las mercancías extranjeras eran enormes; las prohibiciones menudeaban en todas sus páginas, y como si esto no fuese bastante, una Instruccion de Aduanas, fundada en la más cavi-

losa desconfianza, venia á poner el comercio exterior, atado de piés y manos, á merced de unos cuantos productores, y sobre todo, de una legion de contrabandistas. El interés del gobierno, de acuerdo esta vez con el de la nacion, condujo en 1849 á una reforma de la legislacion aduanera, y en su consecuencia, se levantaron varias prohibiciones, se redujo el número de los artículos impondibles y se rebajaron algun tanto los derechos de los restantes. Como se ve, el nuevo arancel estaba muy léjos de satisfacer las condiciones de la ciencia: concebido, por el contrario, en un sentido restrictivo, y considerando la aduana, no sólo como máquina de obtener tributos, sino tambien como medio de proteger á ciertos industriales, no podia considerarse más que como un ensayo, como una tendencia débil y apenas perceptible hácia el fin que se propone el libre-cambio. ¿Qué sucedió, sin embargo?

En 1846, que fué en el sistema arancelario de 1844 el año más notable, y tambien el más libre de los accidentes de todo género que pueden perturbar las transacciones mercantiles, el movimiento de nuestro comercio exterior apenas pasaba de 1.078 millones de reales, y eso que los valores oficiales eran muy elevados y que las Canarias no habian obtenido aún las franquicias que despues se les concedieron (1).

Pues bien, la suma de las importaciones y exportaciones reunidas subió ya (2)

En 1850	á	4.160
1851	á	4.185
1852	á	4.315
1853	á	1.570
1854	á	4.807
1855	á	2.283

Siendo de notar una cosa, que, para los proteccionistas, suspendidos todavía del fiel, nada *fiel* por cierto, de la balanza mercantil, debe tener gran importancia, y es que, si bien en los

(1) Discurso pronunciado por D. Laureano Figuerola en el Congreso internacional para las reformas aduaneras, celebrado en Setiembre de 1856 en Bruselas.—*El Economista* de 20 de Noviembre de 1856.

(2) Observaciones sobre los efectos de la reforma arancelaria de 1849.—*El Economista* del 20 de Enero de 1857.

cuatro primeros años de la aplicación de la reforma, las importaciones excedieron á las exportaciones (1), y se empobreció el país á los ojos de aquellos celosísimos defensores de sus intereses, en los tres siguientes sucedió precisamente todo lo contrario, pues exportamos en cada uno de ellos por valor de 400 á 200 millones más de lo importado (2) y, según la misma doctrina, debió enriquecerse la nación otro tanto. Para hablar formalmente, señores: en todos esos años la industria española halló medio de crear productos en mayor cantidad, y sobre todo más baratos que otros similares del extranjero. Por lo visto, la menor protección que ahora se le dispensaba, no había sido bastante á impedir su desarrollo, como temían ó afectaban temer los industriales privilegiados.

Al contrario, los más asustadizos, los más declamadores (hablo de los fabricantes de tejidos de algodón) fueron quizá los más favorecidos por la reforma. Según un estadito presentado por el gobierno á las Cortes en 1856, la importación del algodón en rama había ido creciendo hasta ser en aquel año doble que en 1849 (3), y esto prueba que la fabricación se había también aumentado, á no ser que el exceso de algodón introducido se emplease todo directamente en entretelar gabanes.

De todos modos, es preciso convenir en que los fabricantes nada perdían porque los españoles se arropasen, al mismo tiempo que estos ganaban mucho en evitar constipados, y el Tesoro, por su parte, veía llenarse sus arcas con los rendimientos cada vez mayores de las aduanas, los cuales en 1855 excedían ya en un 20 por 400 á los del año común del quinquenio de 1850 á 1854 (4).

Pero detengámonos aquí, señores. En el rápido exámen que hemos hecho de las principales reformas arancelarias, verificadas en Europa de cuarenta años á esta parte, hemos visto al libre-cambio ir conquistando palmo á palmo el terreno ocupado antes

(1) Observaciones sobre los efectos de la reforma arancelaria de 1849.

(2) Observaciones sobre los efectos de la reforma arancelaria de 1849.

(3) Lamentable estado de la industria algodonera en nuestro país, según los proteccionistas.—*El Economista* del 10 de Junio de 1857.

(4) Cuadro general del comercio exterior de España en 1855, publicado por la dirección de Aduanas.

estérilmente por el proteccionismo y animándole con su espíritu creador y fecundo. ¿Qué enseñanza se desprende de aquí para nuestra patria? España, como Prusia, siquiera sea en menor escala, tiene interceptado el curso de sus grandes ríos y el acceso de una parte de sus mares por la interposicion de un Estado vecino; España, como la Inglaterra de ayer, ve comprimida su producción y su riqueza por las inextricables redes del sistema restrictivo: es preciso que acuda al remedio de estos males por el mismo método que han empleado la Prusia y la Inglaterra. Una reforma liberal, prudente, si se quiere, pero progresiva en nuestra legislación hasta hacer del arancel una forma especial del impuesto y no un instrumento de opresión para el comercio; una union aduanera con Portugal, íntima, completa, inmediata, que haga participar á ambos países de las ventajas con que la Naturaleza ha dotado á la Península: hé aquí el fin á que deben dirigirse los esfuerzos de todos los hombres pensadores, de todos los sinceros amantes de la justicia y del bien público.

¿A qué esperamos, señores? Una extensa linea de aduanas interiores separa dos pueblos hermanos, nacidos para amarse; el contrabando ensangrienta todos los días nuestras costas y nuestras fronteras; despues de noventa años de una proteccion decidida y constante, representada las más veces por prohibiciones absolutas, las manufacturas catalanas han llegado hasta la época actual *cada vez más ávidas de privilegios y restricciones mercantiles* (1); un derecho de 100 por 100 no ha bastado en seis años para desarrollar entre nosotros la producción del azufre (2); los derechos impuestos al carbon mineral extranjero por el arancel de 1849 son altísimos, y sin embargo, apenas ha aumentado en diez y siete años la explotacion de aquel combustible en Asturias (3); la producción del hierro indígena, á pesar de los derechos exorbitantes que la protegen, no ha podido aumentarse en veinte y cinco años más que en quinientos mil quintales (4)... Qué más

(1) La industria algodonera y los operarios de Cataluña, por D. Ramon de la Sagra.—*Journal des économistes*, 1842.

(2) Proyecto de reforma del arancel de Aduanas de 1849, presentado al gobierno por la Junta consultiva del ramo en 1855.—Art. *azufre*.

(3) *Ibid.*—Art. *carbon mineral*.

(4) Sobre la proteccion á la industria del hierro, por D. R. Rua Figueroa.—*El Economista* de 5 de Noviembre de 1856.

os diré, señores? Nuestra agricultura se arrastra lánguida y miserable por la senda de la rutina; nuestro comercio avanza á duras penas con el paso lento y perezoso de la tortuga; nuestra industria se muere de asfixia, sofocada por las caricias del proteccionismo..... Ya es tiempo de salir de tan triste estado!.... ¿Qué nos falta? ¿La union? Pues bien, señores, unámonos todos para lograrlo.

¡*E pluribus unum!* Juntemos nuestros esfuerzos; alistémonos en las banderas del gran ejército libre-cambista que ha empezado á formarse; constituyamos una liga tan fuerte, tan poderosa como la de Manchester; agitemos la opinion pública; apoderémonos de la imprenta periódica; levantemos una tribuna en cada plaza; hagamos tronar desde esta trinchera del saber la *artillería pacífica del pensamiento humano* (1), la elocuencia de nuestros grandes maestros, y juremos solemnemente no deponer nuestras armas, la palabra y la pluma, hasta clavar el pendon de la libertad sobre el ruinoso alcázar del proteccionismo. He dicho. (*Aplausos prolongados.*)

(1) Lamartine.—Discurso pronunciado en Macon en 1848.

UTILIDAD

DE

LA PROPAGANDA LIBRE-CAMBISTA

EN ESPAÑA,

POR

D. Emillo Castelar.

Señores:

Hablo esta noche entre amigos y usaré el tono y el lenguaje que cumple á una sociedad de amigos. Lo confieso sin ningún género de hábil y afectada modestia: no tengo las noticias, los datos necesarios, indispensables para tratar estas cuestiones de Economía política en la esfera de la experiencia. Yo no he estudiado la cuestion, yo no estoy á la altura de la ciencia, y no me es dado terciar con esperanzas de triunfo en el duelo á muerte empeñado entre la escuela proteccionista y la escuela libre-cambista, duelo en que de una y otra parte veo tan valerosos como esclarecidos combatientes. La consideracion de los grandes problemas religiosos y filosóficos, que son como el eterno alimento del espíritu, ha embargado mi mente todo el año. Cuando habia terminado esta empresa y creí tener espacio para consagrarme al estudio de los problemas económicos, la causa de la libertad de pensamiento que defiendo, y el reclamo de la amistad, que no es posible desoir nunca á los que se precian de no tener en vano el corazon en el pecho, me llamaron á Zaragoza, y héme aqui esta noche, turbado, confuso, inseguro de mí mismo, segu-

ro sólo de la benevolencia del público. Siempre que he hablado he intentado, aunque no lo haya conseguido, conocer la cuestión de que hablaba. Es sentir mio que no basta una palabra fácil para tratar todas las cuestiones, porque una palabra fácil es vulgar y corriente en estos países meridionales, donde la fantasía suplente muchas veces á la inteligencia y la inspiración al raciocinio, y que se necesita conocer las cuestiones de que se habla en todos sus aspectos, porque sólo así obedece el labio á la mente, y la palabra á la idea.

¿Qué he de decir yo, pues, que sea digno de mi auditorio, y digno también de la alteza del asunto? Nada. Voy á cerrar unas conferencias en que han tomado parte muchos de los oradores con que se honra nuestra patria, desde aquel que despertó la idea de libertad en el ánimo de nuestros padres, con su palabra, verdadero milagro de la naturaleza, con su palabra, que no ha tenido precedente en lo pasado, que no tendrá reflejos en lo porvenir, que no tiene rival en lo presente; desde aquel egregio orador sin par hasta los jóvenes elocuentísimos y sapientísimos en que pone la patria sus más fundadas esperanzas. ¿Qué he de decir yo, cuando unos han inaugurado estas lecciones con tan asombrosa elocuencia, y otros han hablado de los fundamentos filosóficos del libre-cambio, de su historia, de sus relaciones con la sociedad, de los grandes problemas que resuelve, y todos, absolutamente todos, han lucido asombrosa erudición económica, tratando el agotado tema ora en la esfera de la filosofía, ora en la menos elevada pero más positiva de la estadística? Yo sólo sé decir una cosa: sólo sé decir que cuando oigo hablar á la escuela proteccionista de privilegios económicos y á la escuela libre-cambista de derechos y de igualdad económica, creo que la escuela proteccionista es una de las sombras de la noche que á más andar se va, y la escuela libre-cambista uno de los albores del nuevo día que asoma por el Oriente. (*Aplausos.*)

Y hé aquí explicada mi posición. He oído en esta contienda un rumor en que sólo distinguía claramente la palabra libertad, y como donde quiera que se defiende la libertad allí estoy yo, no he dudado un punto en aceptar el puesto honrosísimo, inmerecido, que la escuela libre-cambista me ha designado, pues la

causa de la libertad es mi propia causa. (*Bien, bien.*) No me he parado á considerar si algunos la desconocen por desgracia en sus fundamentos, si otros la niegan en sus lógicas consecuencias, si hay quien la haya abandonado en la hora suprema en que más necesitaba de su auxilio; me basta saber que defienden la libertad en una esfera para que esté en esa esfera con ellos, aunque yo la quiero íntegra, completa, y yo creo que las diversas libertades son como los rayos del sol, como los matices de la luz. (*Bien, bien.*) Pero á nosotros, juventud destinada á realizar la libertad en toda su plenitud, sólo nos toca felicitarnos al ver que hombres venidos de tan diversos puntos, con tan distintos precedentes, se reúnen, se congregan todos con igual entusiasmo para rendir acatamiento á esta causa de la libertad, ilustrada por todos los grandes pensadores; defendida por todos los grandes héroes, santificada por todos los grandes mártires, eterno anhelo del espíritu humano en su camino al través de la naturaleza y de la sociedad, eterna aspiración que revelan todas las páginas de la historia.

Señores: ¡qué gran principio el principio de libertad! El hombre que por su organización se confunde con la naturaleza, y por su inteligencia con lo infinito, por su libertad es un sér en sí, por su libertad se distingue de todos los séres, por su libertad se levanta del mundo de los efectos, y es causa á semejanza de Dios; y así puede decirse que sin libertad no hay sentimiento, sin libertad el trabajo es menos que el instinto del bruto ó el movimiento de la máquina, sin libertad no hay ciencia, sin libertad los pueblos se envilecen, sin libertad ni las leyes, ni los códigos, ni los tribunales, ni las religiones tienen razón alguna de existir: que la libertad es la ley primera de nuestro espíritu, la esencia misteriosa de nuestra vida. (*Aplausos.*) Decía un escritor que los liberales al oír la palabra libertad nos enfurecemos como el toro al ver una capa roja; yo de mí sé decir que cuando veo el estado á que ha venido la libertad en nuestros días, siento gran tristeza en el alma, sí, en el alma, que ansía volar por más dilatados espacios como el ave prisionera, al ver la luz, el aire y el cielo, extiende sus alas y las ensangrienta y las troncha en los hierros de su cárcel.

En medio de la divergencia de opiniones hay puntos en que

todos estamos acordes, todos, sin excepcion de escuelas ni partidos. Los puntos en que todos estamos acordes son: primero, que no puede haber religion verdadera si no nace del espíritu de la conciencia, pues lo contrario es hipocresía; segundo, que no puede haber verdadera ciencia si no la dicta la propia conviccion, el propio criterio; tercero, que no puede haber pueblos si no se pertenecen á sí mismos; cuarto, que no puede haber trabajo productivo si no es libre el trabajo. Veo una sonrisa en vuestros labios que me acusa de cándido y confiado, si no de iluso, cuando soy osado á creer que todos quieren la libertad, teniendo la libertad tantos enemigos. ¿Lo dudais? Vamos á la prueba. Preguntad al más intolerante neo-católico, si mañana subiera un Enrique VIII al trono de España y cambiara la religion católica, que es la religion del Estado, por la religion protestante, preguntadle si obedecería á Enrique VIII. No, diría al momento: el César podría mandar en mi cuerpo, podría atenecear mis carnes; pero no podría mandar en mi espíritu, no podría atenecear mi conciencia. Luego la conciencia es libre. Preguntadle si mañana, su gran pesadilla, la sombra de su conciencia, la escuela de Krause, por ejemplo, fundara una inquisicion para quemar á todos los que de grado ó fuerza no creyeran en sus armonías filosóficas, preguntadle si por eso desobedecería su propio criterio. No, os dirá: achicharrarian mis carnes, calcinarían mis huesos, consumirían mi sangre; pero de mis propias cenizas se alzaría para perseguirlos y atormentarlos el reflejo inextinguible de mi pensamiento. Luego el pensamiento es libre. Preguntadle si querría que unos nuevos tratados de 1815 redujeran nuestra patria á la condicion de Polonia ó de Venecia. Y os diría que no, y os hablaría de Sagunto y de Numancia y de los sagrados muros de Zaragoza y de Gerona. (*Bien, bien.*) Luego los pueblos son libres. Preguntadle si quiere la esclavitud para sí, que no otra cosa es el trabajo forzado, y os dirá que quiere la inviolable propiedad de su trabajo. Luego el trabajo es libre. Los que combaten las persecuciones religiosas cuando el perseguidor se llama Isabel de Inglaterra; los que condenan las hogueras cuando las atiza Calvino; los que maldicen las conquistas cuando el conquistador es Napoleon; los que abominan del verdugo cuando el verdugo es Marat; los que condenan la

servidumbre cuando les cae sobre los hombros la cadena, quieren por interés y por egoismo lo que nosotros queremos por conviccion y por conciencia: la libertad de todos, que es la justicia para todos. (*Bien, bien.*)

Creo que no me tendreis ahora por tan iluso y cándido si repito que, ya movidos de interés, ya de convencimiento, amamos todos la libertad. ¿Por qué sucede así? Sucede así porque la idea del derecho se impone fatal, necesariamente á la conciencia humana. Uno de los más combatidos filósofos modernos respondia en cierta ocasion á los que le motejaban de ateo: ¿cómo he de negar á Dios, cuando la idea de Dios se impone como una categoría necesaria á mi inteligencia? Eso mismo digo yo á los enemigos del derecho. Inútilmente huireis de la nocion del derecho, porque cuando sacudais las preocupaciones que á manera de gruesas nubes se amontonan en vuestra mente, la encontrareis allí como el sol de la conciencia y de la vida. Si no es dable creer que la naturaleza deje de tener una ley, no es dable creer que deje de tener una ley el espíritu. Esta ley es el derecho. Y el derecho es como la mecánica, como la dinámica del alma. En verdad la idea del derecho no ha sido siempre igualmente clara en la conciencia humana. Pero á la evolucion de esa idea en la conciencia ha seguido una evolucion igual de todas las leyes sociales. Atended, señores, un momento, y vereis cómo se espiritualiza la idea del derecho á medida que progresa la sociedad. Viene la gran catástrofe de Roma, y sobre sus ruinas se asientan los bárbaros. El espíritu de la sociedad antigua adolece y muere. La sociedad ha vuelto á su infancia. La primer facultad que en el niño se despierta es el sentimiento. Y lo mismo sucede en los pueblos niños, porque el pueblo es como un hombre mayor sujeto á las mismas leyes que el hombre. Una de las formas de la sensibilidad es el espacio. Pues bien, los pueblos bárbaros pondrán el derecho en el espacio. De aquí el feudalismo, de aquí la organizacion social de la Edad media. El que posee mucha tierra posee muchos derechos. La misma forma municipal obedece á esta ley. En el espacio en que se levantan ciertas ciudades, hay derechos casi democráticos; fuera de aquellos limites comienza á extenderse la sombra del privilegio. La primer ley de la sensibilidad, el espacio, es la fuente del de-

recho feudal. Mas de aquí provenia la division de las fuerzas, la division de las clases, en una palabra, la guerra continua y el fraccionamiento de aquella sociedad. Precisaba dar á la sociedad de esta suerte dislocada, la unidad. Para esto los juriscónsultos, los revolucionarios de la Edad media, crearon con los ojos puestos en los códigos romanos, en los códigos de la unidad, la teoría del derecho divino. ¿En qué se fundaba principalmente el derecho divino? En la tradicion, en el tiempo, en una ley más espiritual, más subjetiva de la sensibilidad. Pero los pueblos inmóviles se corrompian y degradaban en esta unidad puesta sobre la muerte de su voluntad y de su conciencia. Entonces amaneció una nueva idea del derecho, entonces se dijo que el derecho estaba en la voluntad. Esta idea creó el dogma de la soberanía popular. Mas la soberanía popular era un dogma incompleto, puesto que no abrazaba toda la vida, todo el espíritu: que el hombre no es sólo voluntad. Y vino la última revelacion posible de la idea del derecho, porque en las ciencias morales como en las ciencias matemáticas hay principios que una vez adquiridos, son definitivos y absolutos. Esta revelacion se fundaba en un axioma sencillo como toda verdad. Precisa que la naturaleza social del hombre se conforme con su naturaleza moral. En su conformidad está el derecho. Semejante principio en sí tan claro, fué para la sociedad como el descubrimiento de la brújula para la navegacion, y el descubrimiento de la imprenta para las ideas, y el entimema de Descartes para la filosofía, y las leyes de la gravitacion para la ciencia del universo. El derecho consagrará la naturaleza del hombre. El hombre tiene vida. El derecho la declarará inviolable. Sentimiento, amor. El derecho santificará el hogar de la familia, libertándolo del espía y del esbirro. Imaginacion. El derecho dará libertad á la creacion de la fantasia, al arte. Voluntad. El derecho le dará todas las libertades políticas. Juicio. El derecho le asegurará que no podrá ser juzgado sino por sus iguales. Conciencia. El derecho respetará la religion de esa conciencia. Pensamiento. El derecho asegurará la libertad de la razon. Actividad, trabajo. El derecho romperá todas las cadenas del trabajo, aniquilará todas las maneras de esclavitud. Pero el hombre no está solo, no puede vivir solo, es eminentemente social, y

necesita cambiar sus ideas, sus obras, los productos de su actividad y de su trabajo. El derecho garantizará la libertad del cambio. ¿Qué es el derecho, pues, sino la ley del alma? El alma es una. El derecho es uno. La libertad es una. Las diversas libertades son modos de un mismo sér, manifestaciones de una misma esencia. En cada una de nuestras facultades se halla toda el alma. En cada uno de los derechos se encuentra todo el derecho. En cada una de las libertades toda la libertad. Así es que una libertad encierra otra libertad, y todas las libertades son la libertad una, íntegra, esencial á nuestra naturaleza. Yo comprendo, señores, que haya quien desconozca la libertad. Desde que nací estoy viendo, por desgracia, ciegos en el mundo. Pero lo que no comprendo, lo que no alcanzo, es que haya quien desee las libertades políticas y no desee las libertades económicas, y á su vez no comprendo que haya quien desee las libertades económicas y no desee las libertades políticas; porque me importa poco que me pongais la argolla en el pié, en el brazo, ó en la garganta, si la argolla me impide el movimiento. Señores, libertad científica, libertad política, libertad económica, hé ahí la libertad única, la libertad fundada en nuestra naturaleza, la libertad que abraza toda nuestra vida. La idea de libertad es una, la idea de derecho es universal.

Y estas ideas han de trascender precisamente á la vida. Nada más impalpable, nada más etéreo que la idea. Pero nada tiene tanta vida ni tanta fuerza como la idea. La idea es impalpable como la luz, pero como la luz alumbra el universo. La idea es imponderable; pero la idea como la electricidad, mata. La idea es vaga, aérea, como el vapor que se levanta del agua; pero como el vapor, la idea arrastra con soberano é incontrastable impulso á las naciones. La idea no se queda nunca allá en la soledad de la conciencia, sino que renueva el mundo social, es la palanca incontrastable que derriba las más altas instituciones, las que en su soberbia creían que todos los siglos irían á estrellarse como mansas olas á sus plantas. Así es que dada una idea en la conciencia, esa idea se encarna en el espacio. La filosofía moderna considera la humanidad como un sér, como una gran personalidad en que todos los seres humanos se hallan virtualmente contenidos. Algunos niegan esta

idea; pero no es posible desconocerla si se examina atentamente. Hay tres individualidades que nadie puede desconocer. El hombre, la primer personalidad de la creacion, puesto que el hombre solamente tiene conciencia de sí, conciencia de su sér. La segunda personalidad es la nacion. Entre las diversas razas y el suelo que han de ocupar, ha puesto Dios eternas armonías, que no desconcertará ninguna fuerza. ¿Lo dudais? Hace un siglo que los tres reyes del Norte se repartieron como tres hambrientos chacales ¡oh iniquidad! los despojos de Polonia. Y poniendo el oído en el rumor de tempestad que suena por el Norte, ¿os atreveréis á negar que el corazón de Polonia palpita todavía? Pues bien; hay otra personalidad más alta, la humanidad. Señores, en la idea de humanidad concluyen los odios de raza, los privilegios de clases; en la idea de humanidad, todos los hombres se juntan y se igualan; en la idea de humanidad, se animan de un mismo espíritu; con la idea de humanidad, la vida toma esa perennidad que nace del convencimiento de que ha sido una con todas las generaciones pasadas, y será una con todas las generaciones venideras, dilatándose hasta donde se dilate toda vida humana. Y si el hombre no es sólo individuo, sino humanidad también, necesita cambiar con el hombre sus ideas y sus obras, y estar en comunicacion con toda la tierra por donde la vida humana se extiende. ¿Y sabeis cuál es uno de los medios más conducentes á realizar esta union interior de pueblos con pueblos, de razas con razas, que la idea de humanidad nos promete? Pues el medio más oportuno es la libertad de comercio, porque junta el espíritu y el trabajo de todos los pueblos. El hombre ha nacido para toda la tierra; mas cada uno de los puntos de la tierra tiene por su posicion geográfica, por su clima, por su índole, aptitudes diferentes, y para unir las todas como en una sola aptitud ha nacido el comercio, que en esos barcos, que ora como grandes aves marinas despliegan al viento sus velas, ora ceñidos de su corona de negro humo desafían los contrarios vientos y rompen las corrientes contrarias; en esos barcos lleva de region en region, de gente en gente, los productos de la tierra, las obras del trabajo, las pieles que el ruso arranca á los animales ocultos en sus desiertos de hielo y el tabaco que crece al fuego del ardiente clima de los

trópicos, el hierro forjado en Siberia y los polvos de oro por el negro de Africa recogidos en el lecho de sus rios, el trigo fecundado por las inundaciones del Nilo y el algodón tejido en las fábricas de Inglaterra, el tafilete que ha curtido el africano en los últimos límites occidentales del viejo mundo y el ropon de seda teñido por el indio con todos los colores del Iris, las plantas medicinales que cria el Norte y las manzanas de oro que nacen con tanta abundancia en el jardín de las Hespérides, en nuestras costas meridionales, los dátiles de que se alimentaban los patriarcas bíblicos en la vieja Asia y los metales y las piedras preciosas que guarda el suelo de la joven América, el ágrío pero agradable zumo que dan las viñas del Rhin y el áureo vino de Jerez por el cual corren partículas del sol de Andalucía que van á animar y á calentar las ateridas venas de los hijos del Norte escondidos como aves nocturnas en sus hogares cubiertos casi siempre de nieve (*Bien, bien*); y de esta suerte maravillosísima junta el comercio unas regiones con otras regiones, unas razas con otras razas, Europa con Asia, el antiguo mundo con el nuevo, une los hombres en la fraternidad del trabajo, logra que todos comprendan que necesitan de todos, lleva de gente en gente la copa en que rebosan todas las sustancias necesarias á la vida, y esparce por do quier las semillas de las ideas, y alcanza lo que seria imposible sin sus hercúleas empresas, sin sus audaces navegaciones, alcanza que el hombre cumpla su ministerio divino, que reine verdaderamente sobre todos los ámbitos de su hermosísimo planeta. (*Aplausos.*)

Y, señores, á medida que se han modificado las ideas, tambien se ha modificado el comercio. Conforme ha ido cambiando el ideal de los pueblos, han ido cambiando tambien las relaciones mercantiles. Y esto se explica, porque á una idea en la esfera metafísica, corresponde otra idea análoga en la esfera política; y á una idea en la esfera política, corresponde otra idea análoga en la esfera económica. Puede asegurarse que la idea metafísica, que os parece más sencilla, encierra una série de ideas todas encadenadas por rigorosísimo orden lógico. A la idea de humanidad, corresponde la idea de derecho; y á la idea de derecho, corresponde en la esfera económica la idea de libertad de comercio. No puede existir un sér como la humanidad sin que tenga

una ley, y no puede tener una ley sin que abrace toda la vida. Por consiguiente, el comercio, que es una de las fases del trabajo, y el trabajo, que es la actividad misma del hombre, entra en la ley misteriosa del derecho. Si, las ideas metafísicas se enlazan con las ideas políticas, y las ideas políticas con las ideas económicas. Leed la historia, y lo encontrareis así demostrado en todos los hechos. Mientras el Oriente estuvo dominado por el panteísmo materialista, las generaciones se consumían en una misma idea, al pié de sus dioses, á la puerta de sus templos, y la vida era como lago inmóvil, expuesto á la corrupcion, porque el soplo del aura no agita la superficie, ni el movimiento de las olas renueva y purifica las entrañas. Al dualismo en la esfera religiosa, siguieron los pueblos guerreros en la esfera política. Pero así que los dioses individuales fuéron surgiendo del seno de la materia para encaminarse al Olimpo griego, nació cerca de Grecia aquel pueblo fenicio que, arrojando el hueco tronco al mar, y tendiendo la leve lona al viento, se dió al comercio, y logró reunir en su mercado de Tiro el incienso de Egipto, el nardo de la India, el oro tartesiano, el ébano y el marfil de Ofir, las copas de Serapta, la pedería de la Arabia, la canela de las tierras de Baco, la plata que creían los antiguos rayos de la luna, cuajados en el fecundo suelo de la hermosa Iberia; los dátiles cogidos en Dedan, el vino de Caliban con que se embriagaba Sardanápalo en sus orgías; dones á cuyo cambio llamaba á todos los pueblos, revelándoles al mismo tiempo en su alfabeto una maravillosa manera de cambiar las ideas, y leyéndoles los geroglíficos escritos en los templos antiguos, verdadera revelacion de los profundos misterios que guardaba el silencioso espíritu del Asia. (*Aplausos.*) En todas las relaciones de la vida encontrareis esta misteriosa armonía. ¿Cree la conciencia de los antiguos en la desigualdad humana? Pues la política engendrará la esclavitud, y la esclavitud, que es un gran error social, engendrará el menosprecio del trabajo, un gran error económico. El particularismo de la vida griega se extiende á sus colonias y al comercio de las colonias con la metrópoli. Roma domina políticamente al mundo, y económicamente hace á todas las naciones tributarias del pueblo rey. Al caos social que reina en la edad media, corresponde el caos económico. El castillo feudal se aísla en sus riscos, el mu-

nicipio en sus muros, el rey en su trono siempre vacilante, el gremio en sus privilegios, el siervo en el terruño que empa-
pa con el sudor de su frente; y como no hay en aquel mundo
ley general de vida política, no hay tampoco ley general de
vida económica, y rige la exceción de pechar en los pode-
rosos, el diezmo en los humildes, y junto á aquella aristocra-
cia, que cuando no tiene lo necesario, roba al viandante ó al la-
brador, aquellas ciudades mercantiles, como Venecia, Génova,
Barcelona, que en los mares arrojaban á los cuatro vientos del
horizonte las semillas de la libertad, al mismo tiempo que ex-
tendian por do quier los sabores del comercio. Este fracciona-
miento político y económico provenia de los elementos feudales,
que á su vez provenian de los elementos germánicos. Pero habia
un principio en la edad media, que representaba la unidad de
la vida, la unidad de la civilizacion cristiana, heredero natural
del antiguo imperio romano, y este principio era el pontificado.
Así como el feudalismo representaba el individualista elemento
germánico, el pontificado representaba el humanitario elemento
latino. Y obedeciendo á esta ley de unidad constitutiva de su vi-
da, levantó la bandera de las Cruzadas, que unieron á todos los
pueblos en un solo pensamiento, y trasformaron las condiciones
del comercio y del trabajo, abriéndoles más dilatados espacios.
Y véase cómo la lucha entre el elemento germánico y el elemen-
to latino, que es ley social de toda la edad media, trasciende á
la industria y al comercio. Viene más tarde el Renacimiento. Yo
tengo por el Renacimiento grande y profunda admiración. Tres
épocas hay en la historia moderna, que serán eternamente sa-
gradas; el movimiento religioso, el movimiento filosófico, el mo-
vimiento político. En el Renacimiento, el mundo pierde la tris-
teza que le sobrecogiera durante la edad media; las estatuas que
exhalaban el *dies irae* en las iglesias bizantinas se convierten ba-
jo el cincel de Buonarroi, de Berruguete, de Cellini, en estatuas
clásicas, resplandecientes de hermosura; la naturaleza macerada
por el genio austero de los pasados siglos, se despierta en las
obras de Leonardo de Vinci y de Rafael de Urbino: Colon des-
cubre la América, y renueva la naturaleza al paso que Erasmo
y Luis Vives, y Bacon y Hutten, renuevan el espíritu; las naves
portuguesas y españolas se enseñorean de los mares entre los

cánticos de Camoens, el Homero de la Iliada del trabajo, que debe suceder á la eterna Iliada de la guerra; cae la caballería á los piés de Cervantes; caen los castillos feudales volados por la pólvora, que rompe los ejércitos de los señores; la humanidad pierde el temor á una próxima muerte, y siente la tierra oscilar bajo sus plantas, como si buscara nuevos rumbos en su carrera triunfal por el espacio; el telescopio nos acerca al cielo y dilata los horizontes del universo, así como la libertad dilata los horizontes de la conciencia; renace el mundo helénico por la emigración de los griegos de Constantinopla, el mundo helénico que la civilización encuentra como una de esas mómias conservadas entre los aromas del Oriente en las piedras de las pirámides de Egipto; y el sentimiento del progreso oscurecido tanto tiempo, penetrando en el corazón de la humanidad, la trasfigura y le anuncia el día feliz del triunfo de todos sus sacrosantos derechos. (*Aplausos.*)

Pero, señores, al lado de estos grandes bienes, ¿cuántos males! La civilización necesitaba salir de la edad media. Para salir de la edad media, necesitaba un principio opuesto al principio de la edad media, un principio opuesto á la división de clases, al fraccionamiento de fuerzas; necesitaba la unidad del poder. Los jurisconsultos crearon esta idea, inspirada á su conciencia por la lectura del derecho romano del imperio, dictado por la unidad del despotismo. La reacción política, contra la edad media llegó tan lejos que ahogó toda vida, toda ley de variedad. Cuatro grandes trasformaciones, ha tenido el absolutismo: ha sido caballeresco con Carlos V, teocrático con Felipe II, cortesano con Luis XIV, puramente militar con Napoleón el Grande. Pues bien, señores, el absolutismo levantado sobre grandes errores políticos, tiene por consecuencia precisa é indeclinable grandes errores económicos. Carlos V oprime á la propiedad con sus impuestos, como oprimía al hombre con su autoridad, y aumenta los privilegios económicos que han de traer tan graves perturbaciones, y vende los oficios, con lo cual perturba el movimiento económico. Felipe II prohíbe que ningún pueblo extraño comercie con nuestras colonias. A este error económico se unen el menosprecio del trabajo en nuestros hidalgos, y la sed hidrópica de oro en nuestros indios, y la

guerra á muerte á los industriales y agricultores que no profesan nuestra religion, lo cual deja yermo el suelo, aniquilada la industria, y convierte esta gran nacion de reyes en misera nacion de mendigos. Luis XIV cede á los consejos de Colbert, el gran protector. ¿Y cuáles fuéron los resultados de sus ideas económicas? Leed, leed á aquel escritor que me parece más grande, mucho más grande que Bossuet, y Montesquieu, y Racine, y Colbert, porque conoció y quiso remediar los males de su siglo; leed á Vauban. ¿Qué os dice el primer mártir, tal vez el único de la ciencia económica? Que el mundo industrial, con tanto esfuerzo levantado por Colbert, se ha venido al poco tiempo á tierra estrepitosamente; que el hambre reina en Francia, mientras la nobleza y el rey en Versailles se mueren de hartazgo; que grandes campiñas son desiertos; que los pobres hijos del pueblo, agoviados por el peso del impuesto, y por la tiranía y la violencia de los exactores, corren á los bosques á pedir alimento á las raíces de los árboles á manera de los salvajes de América. Y como todo apóstol tiene siempre compañeros, Boisguilbert le sigue. Abrid las puertas cerradas de Francia, dejad libre al menos el tráfico interior, decia este á los ministros del gran rey, viendo su país como un barco desmantelado que hacia agua por todas partes. Pero Desmarests, que es la rutina en el poder, impide con nuevos impuestos el libre movimiento hasta del comercio interior, y en los últimos dias de la mentida grandeza de Luis XIV sólo se oye el rumor del ejército de exactores que destruye á la Francia desnuda, desangrada y hambrienta. Tales son los resultados de un error económico, aunque lo sostenga un genio como Colbert, el rey de la industria. ¿Y cuál es la última trasformacion del absolutismo? La autocracia militar, Napoleon. ¿Y cuál es su idea? El bloqueo continental para matar de hambre á Inglaterra. ¿Y qué sucedió con esta idea? Sucedió que aquel batallador que con el humo de sus cañones borró la marca del derecho divino en la frente de los reyes; aquel hombre singular que parece el sueño de la humanidad en una hora de delirio; aquel soldado que llevaba por cetro el rayo de la guerra, vencedor en las Pirámides, vencedor en Marengo, vencedor en Gena y Austerlitz, vencedor de todos los reyes, herido sólo en España el dia que quiso medir sus armas con un pueblo; aquel hijo de la for-

tuna, cuyas hondas huellas no se borrarán nunca en la tierra, porque son los profundísimos surcos abiertos para la gran siembra de las ideas; aquel hijo de la fortuna, en cuyo cerebro se habían condensado todas las tempestades revolucionarias, fué á caer á los piés de Inglaterra en el funesto día de Waterlóo, en que para siempre se extinguió en sangre su espíritu que había brillado en Europa como sangriento y aterrador cometa. El genio fué á estrellarse en el cálculo. El águila sufrió que la zorra subiese á su nido y le devorara el cerebro. Así se pagan siempre los grandes errores políticos, los grandes errores económicos. Quiso aquella águila ocultar con sus alas la luz de su siglo, y el fuego de esa luz la consumió arrojando sus despojos á solitaria isla en mitad del Océano. El error económico siguió al error político, de la misma misteriosa suerte que sigue la sombra al cuerpo. Así es que siempre que se ha movido la humanidad hácia su derecho, se ha movido hácia la libertad económica. No se me oculta que algunos rígidos economistas no perdonan á la revolución francesa, la tasa, los asignados y otros errores económicos, que son desgracias de la impura realidad, cuyas sombras ocultan muchas veces las ideas como las nubes ocultan el sol. Pero la noche del 4 de Agosto de 1789 es la última noche de la amortización, del mayorazgo, del feudo, de los grandes errores económicos, y el nuevo día que asoma por el Oriente es el primer día en que el siervo, el eterno pária, siente la conciencia y el derecho de hombre. (*Aplausos.*)

Señores: he sido osado á hacer esta larga demostración de las relaciones entre la ciencia económica y la idea política, para mostrar el error gravísimo en que viven, los que en uno ó en otro sentido quieren separarlas. Yo, que he dicho siempre la verdad, lo que he creído verdad á los que están á mi lado en política, diré la verdad, lo que crea verdad á los que están á mi lado en la ciencia económica. No he solicitado este sitio ni esta honra; y sabido es mi retraimiento, casi invencible, de la liga de los economistas.

Ocupado en poner los cimientos de la libertad, no he creído que debía trabajar en la cúpula mientras los cimientos no estuviesen firmes. Y he oído siempre con dolor, con verdadero dolor, á muchos economistas, que se puede predicar sola y aislada

la libertad económica. ¡Triste ilusión cuyo resultado ha de ser un gran desengaño! Se quiere persuadir al pueblo de que la libertad que más le conviene es la libertad económica, y el pueblo, esencialmente espiritualista, se interesa poco por la libertad económica, mientras vive soñando siempre por la libertad política, por la cual ha dado tantas veces su sangre, y la sangre de sus hijos. El error de muchos economistas en el fondo es el mismo error de los socialistas, cuya mayor falta es, á mis ojos la preferencia que dan á los intereses económicos sobre los intereses políticos de los pueblos. Por más que me esfuerce en ello, no puedo separar la idea económica de la idea política. La costumbre de estudiar la historia al resplandor de la filosofía, engendra esta adhesión incontrastable á la série en que se desarrollan todas las ideas. Yo veo que el feudalismo no puede existir sin el siervo del terruño, ni el siervo del terruño sin la esclavitud del trabajo. Yo veo que el municipio no puede existir sin los propios, y que sobre la tierra sagrada de los propios se quiebran las cadenas de la servidumbre. Mientras los caballeros feudales del litoral, por ejemplo, sólo viven allí en su aislamiento y en su ociosidad, pasan por el pié de sus riscos las velas de Génova, de Venecia, de Pisa, henchidas, más que por el soplo del viento, por el soplo de la libertad. Comparad Holanda con nuestra España en el siglo xvi. España tenía el espacio que se dilata desde el Pirineo al mar de Cádiz, el espacio más hermoso de Europa; tenía los Países Bajos, tenía el Milanesado, Nápoles, Sicilia; teníamos el Asia, ciudades en la costa de Africa; la inmensa é inexplorada América; encerraba en sus brazos el Atlántico, el Pacífico, un imperio como nunca lo soñara Alejandro, como nunca lo viera Roma; y por sus errores políticos, seguidos de sus errores económicos, se moría de hambre. Comparadla con Holanda. El holandés no tenía tierra que pisar. Para extenderse necesitaba retirar el Océano con sus hercúleos brazos. Pero en medio de las guerras religiosas, fundó allí como una isla afortunada, donde era posible la libertad de pensar, y recogió los frutos de esta idea con su colosal comercio. Viene otro gran acontecimiento político, la independencia de los Estados-Unidos. La libertad aristocrática inglesa ha dado sus naturales consecuencias, una república democrática. Nace una sociedad sin monarquía,

sin aristocracia, con la igualdad de derechos. Inglaterra lucha primero; pero despues reconoce que de su comercio con sus antiguas colonias puede alcanzar más provecho que de su antigua dominacion, y un nuevo hecho político trae nuevos hechos económicos. Romped, señores, si es posible la relacion de la ley política con las leyes económicas. Mas ¿á qué cansarme? ¿Dónde está la epopeya del libre-cambio? En la liga de Manchester. ¿Qué es la liga en su esencia? Una gran revolucion, un gran movimiento contra la aristocracia inglesa, contra el feudalismo normando, que tenia sus venenosas raíces en las entrañas mismas de la agricultura. La liga de Manchester es un gran movimiento político, uno de los movimientos políticos más profundos que ha visto nuestro siglo. ¿Qué son Cobden, Brinht, Fóx y tantos otros héroes de la libertad económica? Permitidme que reivindique sus gloriosos nombres para mi causa. Son radicales, son demócratas que quieren impedir que la aristocracia tenga el monopolio agrícola, para impedirle al mismo tiempo que tenga el monopolio legislativo.

Aquella lucha tan porfiada y tan gloriosa, para la cual debe conservar siempre la memoria humana un recuerdo de verdadero agradecimiento, es el asalto que en nombre de las clases desheredadas grandes oradores, grandes repúblicos dan al ruinoso castillo del feudalismo normando. La aristocracia inglesa, tan adulada de unos, tan envidiada de otros, tan por extremo encarrecida de todos, fundaba su riqueza, su poder, ¡qué horror! señores, sobre la miseria del pueblo. No querian que entrasen por los puertos ingleses cargas de trigo. Para que el noble lord se muriese de hastío era necesario que el pobre pueblo se muriese de hambre. Todavía recuerdo que en uno de los discursos más elocuentes de Cobden nos describe al pobre hijo del pueblo inglés pálido, demacrado, que acaba de apartarse de los brazos de su madre, que lleva todavía en sus mejillas frescas las lágrimas de sus hijuelos, y que desde el puente del navío donde va en pös de un pedazo de pan, se retuerce en la desesperacion al ver que se pierden sus verdes costas, que se oculta entre la niebla su hogar, mientras los porteros de la aristocracia guardan bajo cuatro llaves los almacenes llenos de trigo que va á buscar ¡el infeliz! léjos de la patria. Aún recuerdo que Fos, despues de insul-

tar á los aristócratas, despues de llamarles ladrones, despues de ponerlos hasta fuera de la nacion, porque la nacion se compone de los trabajadores y no de los ociosos, se dirige á ellos, á pesar del rayo del poder con que le amenazan, y conminándolos con una elocuencia digna de la que el Prometheo de Esquilo usara para maldecir á Júpiter, les obliga á que vean la yerba que crece en el cementerio de los ingleses pobres, donde hay muchos muertos en la flor de su edad, en el vigor de la vida, porque la tasa del pan los ha asesinado, los ha arrancado á la patria y al trabajo, víctimas del hambre, entregadas al hambre de la muerte por el privilegio de sus crueles señores. Aún recuerdo que un dia en aquellas grandes asambleas se despertó tempestuoso entusiasmo. Presentábase en ellas O'Connell que iba á llevarles el don de aquella palabra cuyos ecos resonaban como el trueno en los campos de Irlanda. ¿Quién es O'Connell? El enemigo más elocuente que tenia la aristocracia inglesa. Pues bien, cuatro hombres habia allí que representaban en su manera especial de hablar cuatro revoluciones: O'Connell la guerra á los privilegios religiosos; Fox la guerra á los privilegios políticos; Bright la guerra á los privilegios administrativos; Cobden la guerra á los privilegios económicos. Un gran repúblico los oyó y llevó sus ideas al poder. ¿Qué fué el triunfo de la libertad mercantil? ¿Qué fué la abolicion de la ley de cereales? Fué la herida abierta en el corazon de la aristocracia inglesa, herida que la derribó, que aún destila sangre, y por la cual tarde ó temprano, pero fatal y necesariamente, se ha de escapar su existencia. (*Bien, bien.*) Pero esta misma liga que tanto y tan justamente es admirada, nada alcanzára si no hubiera libertad de pensamiento, libertad de palabra, libertad de imprenta, libertad de asociacion. Comparad la liga de Manchester con nuestra liga de la plazuela de la Leña. Así vereis la diferencia que hay entre la libertad natural y la libertad otorgada, entre la santa libertad, que es un derecho del hombre, y la mezquina libertad, que es un favor del gobierno. Nuestra liga tiene oradores dignos de ponerse al lado de los primeros oradores de la liga inglesa. Pero los nuestros combaten los fabricantes que, entre paréntesis, hacen muy bien gozando de los privilegios que les conceden, y dejan en paz al gobierno, porque saben que si

dijeran lo más mínimo contra él, cualquier agente del gobierno civil sería bastante para disolver la reunion y dispersar por ensalmo á nuestros elocuentísimos oradores, que no volverian á reunirse. (*Risas, aplausos.*) ¡Qué progresos hareis en una asociacion cuya vida pende indudablemente de la voluntad de un gobernador de provincia! ¡Grande agitacion la que está medida y regulada por la voluntad de los mismos privilegiados á quienes la agitacion daña! (*Bien, bien.*)

Por eso os digo con toda la sinceridad de mi corazón, con toda la franqueza de mi carácter, que si quereis predicar en una todas las libertades económicas, prediqueis principalmente la libertad. Aunque un gobierno absoluto quisiera la libertad mercantil encontraria esta libertad su límite en las condiciones del absolutismo. Dejaria entrar los frutos de la tierra, los frutos de la industria; pero prohibiria los frutos de la inteligencia, al menos aquellos dañosos á sus doctrinas y á su vida. Y lo mismo digo de las demás libertades. Nada me importaria la libertad de pensar si me ganaseis la seguridad individual. El trono del pensamiento libre sería un calabozo. El enlace de las libertades, señores, en mi sentir es tan íntimo y tan profundo como el enlace misterioso de las facultades del alma. Pero así como quitando del alma la conciencia, y aunque todas las facultades se ejercitaran no conoceriamos su ejercicio, quitando de las libertades la libertad política aunque vivieran todas, vivirian vida mezquina muy semejante á la muerte. Esta es la razon que me ha movido á recordaros la armonia entre la libertad política y la libertad económica. Hay un hombre en esa ciencia económica en que vosotros sois maestros, que os merece, no sólo respeto, no sólo asentimiento, sino también cariño. Este hombre tuvo el singular mérito de propagar las ideas económicas en la fortaleza de la proteccion y del socialismo, en Francia. Todos habeis pronunciado ya el nombre de Bastiat. Pues bien, Bastiat ha dicho que á medida que en esta reaccion que agita á Europa y apena á los corazones liberales, ha ido creciendo el censo en las elecciones, ha ido creciendo la tarifa en los aranceles. En 1795 todo francés era elector, el sufragio era universal. Mirad los aranceles. El trigo, la harina, los bueyes, nada pagaban al entrar en Francia. El aceite pagaba noventa céntimos por cada cien kilogramos. En 1791 todo

contribuyente era elector. La tarifa era mayor. El aceite pagaba nueve francos por cada cien kilogramos. En 1817 el censo era de cuatrocientos francos. La tarifa era mayor. Los bueyes pagaban tres francos, el aceite veintisiete. En 1822 sólo la gran propiedad tenia derecho electoral; el censo habia llegado al extremo último que puede medir la reaccion. Lo mismo sucedió en los aranceles. El trigo pagó veinticinco francos por hectólitro, el aceite pagó treinta y ocho francos por kilogramo. A medida que el derecho electoral se extendia, bajaban los aranceles, y á medida que se limitaba, los aranceles subian. Ahí teneis una demostracion matemática de las relaciones entre la economía y la politica. Y no puede ser de otra suerte. La vida es una y uno el espíritu. Por consiguiente, una es la ley de la vida, uno el derecho del espíritu. ¿Cuál es el pueblo de Europa donde hay menos trabas políticas?—Suiza.—Pues Suiza es tambien el pueblo de Europa donde hay menos trabas económicas.

Sé muy bien, señores, que algunos piensan ahora en los Estados-Unidos. Yo contestaré á eso con algunas palabras de Schiller. Si esta mujer tan hermosa, decia el poeta, tuviera todas las perfecciones, no viviria en la tierra, porque ya Dios la habria escogido para habitar entre los ángeles del cielo. Pero prescindiendo de las mil causas que explican la excepcion anormalísima de los Estados-Unidos, yo os digo que por ser la nacion más libre del mundo es la nacion que en más aprecia el trabajo. ¡Felices los pueblos que tienen la libertad de pensar, la libertad política, la libertad económica; saludémoslos con entusiasmo, porque de ellos verdaderamente es el reino de la justicia! Mas volviendo á tratar de América, permitidme que estudie por algunos instantes la América del Sur, nuestra América. Hay un hecho que no podemos desconocer, su independendencia. Ha salido de nuestro hogar: trabajemos todos de consuno para que si recuerda con dolor que España fué su reina, recuerde con agradecimiento que España fué su madre. En el movimiento de la independendencia, movimiento espontáneo, uniforme, universal, hubo dos tendencias. La de aquellos á cuyo frente pondré á Bolívar, que con generoso ardimiento querian separar la América de Europa á fin de que no peligrase nunca su reciente autonomia. La de aquellos á cuyo frente pondré á Rivadavia, que, más pre-

visores y no menos patriotas, creían que América volvería á la barbarie si encerraba sus nacientes repúblicas en el sagrado de sus bosques, en la soledad de sus pampas. El pensamiento de Bolívar de unir una gran Asamblea en el Panamá, era grande y mezquino á un mismo tiempo. Era grande porque trataba de unir en una confederacion toda la América española; era mezquino porque trataba de separarla de Europa y especialmente de España. El pensamiento del gran Rivadavia era más sublime y más humano, como todos los pensamientos que levantándose de las condiciones de lo presente, se identifican con todos los tiempos y se dilatan en la humanidad. Pues bien: las repúblicas que se fundaron en la desconfianza del extranjero, á un tiempo mismo proscribían la libertad religiosa, por ejemplo, y la libertad económica. Chileno quería la libertad de pensamiento ni la libertad de conciencia. A esta negacion en la esfera política correspondia la siguiente negacion en la esfera económica: « Los industriales chinos sin navegacion viven quietos y servidos de todo el mundo. » Habian levantado la muralla de la China para el pensamiento, y no era mucho que la alzasen tambien para el comercio. Mirad en la República Argentina un pueblo fundado en la libertad política, en la libertad religiosa, en las grandes ideas de Rivadavia, desarrolladas y maduras por el ilustre mártir de la libertad, por Varela, y tendreis un pueblo que abre sus brazos al extranjero, que combate su gran enemigo, el desierto, y que admite como consecuencia de su libertad política la libertad económica. Buenos Aires hoy, despues de haber sufrido bajo Rosas una tiranía peor que la de Calígula, es por su libertad la ciudad más ilustrada y la ciudad más rica de toda la América del Sur. Saludémosla en sus recientes victorias. Al revés, señores, el Paraguay. Allí reina la sombra del comunismo teocrático. Toda libertad política está proscrita, y con ella toda libertad económica. Y como no reinan ni la libertad política ni la libertad económica, bajo aquel cielo purísimo, á orillas de aquellos rios que recuerdan los rios del Eden, entre aquellos bosques donde ofrece sus dones eterna primavera, en medio de la naturaleza más varia y más rica del Universo, yace un pueblo estúpido que se asemeja en su embrutecimiento á los primeros pobladores de la tierra cuando salian del Paraíso encorvados bajo los hierros de la

esclavitud, con las sombras del pecado en la conciencia y las señales del castigo de Dios sobre la frente. El Paraguay, que es lo más hermoso de América, ¿por qué es lo más bárbaro? Porque vive en el aislamiento mercantil y económico. ¿Y por qué vive en ese aislamiento? Porque no tiene libertad política. ¿Quereis otra prueba más de las relaciones misteriosas entre todas las libertades?

No quiero aglomerar pruebas porque no quiero cansaros. Me habeis designado para decir qué efecto producirá la predicacion económica, y os digo que mientras duren las actuales condiciones políticas no producirá ninguno. Señores, la proteccion no es más que una de las formas que toma el privilegio. Hablando anoche con un amigo de esta nuestra Sociedad, muy inteligente en materias económicas, me decia : Una mujer del pueblo de Inglaterra se viste de piés á cabeza con el algodón inglés por doce reales. Una mujer española necesita treinta reales. Admitid la libertad de comercio, digo yo, y se vestirá por quince reales mañana, la pobre mujer que hoy se viste por treinta. De suerte que por la proteccion, gran número de millones que representan muchas gotas de sudor, muchos dias de hambre, muchas boras de insomnio, muchas fuerzas consumidas en manejar el azadon, ó en estar en el tormento de una máquina, van á parar de las callosas manos del pobre pueblo que no tiene hora de reposo, al bolsillo de los señores feudales de la industria. (*Aplausos.*) Pues bien, el pobre pueblo no puede defenderse de esta gran iniquidad. Mientras el señor feudal de la industria es elector y elegible y tiene periódicos y ejerce grande influjo en su distrito, y no menos en el gobierno, el pobre no tiene periódicos que le defiendan, ni diputados que le representen, y alejado de los comicios, de los congresos, de todas partes, sin ningun derecho, sin ninguna instruccion, los mismos que lo explotan le enseñan que es muy justo, que conviene mucho al decoro nacional que compre caro el pan con que se alimenta, caro el vestido que apenas sirve para cubrir sus carnes. (*Aplausos.*) Esto es tan cierto, que los mismos grandes señores del comercio que detestan la libre concurrencia de los productos de la industria, desean la libre concurrencia de los trabajadores y toman un cocinero francés, un lacayo inglés, un jardinero italiano, un maquinista belga, cuidándose poco

del mal que esto puede traer al trabajo nacional, como si fueran extranjeros los trabajadores, porque para ellos solamente las piezas de algodón tienen patria. ¿Por qué sucede esto? Porque el pueblo no puede cuidar de sus intereses. Mientras el voto electoral sea un privilegio, servirá para conservar los privilegios, y como la protección no es más que una de las formas del privilegio, servirá para conservar la protección. ¿No ha sucedido así con el papel? Teníamos derecho á que se permitiese la libre introducción. En ello estaba interesado el porvenir del país; sí, el porvenir de su ilustración y de su ciencia. Era esta una de las cuestiones más graves, más trascendentales que podían presentarse, y especialmente para España, que comienza á romper las ligaduras opresoras de su inteligencia. ¿Y qué sucedió, señores? Por un momento tuvimos la loca esperanza de imaginar que el papel iba á entrar libremente en nuestra patria. La Asociación para la reforma de Aranceles mandó á la discusión algunos de sus atletas. Habló el Sr. Pastor, la ciencia y la experiencia de la Sociedad; habló el Sr. Segovia, la oratoria académica, la salática, el ingenio culto, la gracia delicada y urbana de la Sociedad; habló el Sr. Moret, la poesía, la inspiración de la Sociedad. Los fabricantes de papel, que saben cobrar un precio excesivo por su industria, no saben hablar. Cuando habló el Sr. Pastor, no acertaron á contestar; cuando habló el Sr. Segovia, estuvieron á punto de meterse debajo de los bancos huyendo de los dardos de su fina sátira; cuando habló el Sr. Moret, lloraron, pero enjugáronse las lágrimas al instante, y digeron: «votos son triunfos,» seguros de que en el Congreso no había de pasar la abolición de sus privilegios, propia manera de curarse pronto del espanto que les causaran tan elocuentes discursos. (*Risas y aplausos.*) No queremos fabricantes privilegiados, dicen muchos de nuestros libre-cambistas en Economía y doctrinarios en política. Pues si admitís electores privilegiados, escritores privilegiados, ¿por qué no habeis de querer fabricantes privilegiados? La lógica es real, la serie es inevitable, las consecuencias son fatales. El fabricante querrá que se abran todos los mercados del mundo á sus productos, pero que se cierren á todos los productos del mundo iguales á los suyos los mercados de su patria. Todo error engendra el mal. El privilegio engendra el egoísmo. Sólo un ami-

go nuestro que ha medido las armas de su elocuencia en este sitio con gran brillo, y que piensa fundar una sociedad muy agradable, y que fío en Dios será muy positiva, cree que podrá renunciar á todos los privilegios que pueda tener la industria objeto de sus cálculos, la industria más útil á nuestras extremidades, la industria de los calcetines y de los gorros de dormir; pero tales proyectos lo arruinarían porque son utopías de filósofo, ilusiones de poeta. (*Risas.*) Pero, señores, el privilegio se defenderá hasta el último trance, y cada una de nuestras leyes le sirve como de fortaleza para defenderse. ¿Qué terror puede causar á los privilegiados la predicación económica, cuando saben que si fueran llamados al poder los primeros economistas no podrían realizar ninguna de las reformas que predicán en las condiciones de nuestra política? Diré siempre á los economistas; si persistís en vuestro egoísmo, temed un gran desprecio hoy, y mañana en el día de la renovación de esta sociedad una grande impotencia.

Y cuenta, señores, que si bien no soy por profesión economista, es imposible que la libertad mercantil tenga un partidario más entusiasta, más ardiente que yo. Creo que la libertad de comercio no sólo es justa sino útil. Creo que en el estado de la civilización su triunfo es inevitable. Creo que acabará con los odios de raza, con la funesta enemiga de los pueblos. Creo que llevará las rivalidades de las naciones de la esfera sangrienta de la guerra á la esfera pacífica de la industria. Creo que abaratando los productos dulcificará la suerte del pobre, la suerte del jornalero. Por eso, señores, la anhelo con todo mi deseo, y trabajaré por ella con todas mis fuerzas. Si algo muestra la naturaleza social del hombre es el cambio. La primera necesidad humana es la sociedad. El hombre en la soledad sería el más débil de todos los animales. El hombre en sociedad es el más fuerte de todos. Conozco que hay algunos grandes escritores que han detestado la sociedad como Montaigne, como Rousseau. El mismo Cervantes describe el siglo de oro en que andaba el hombre por los campos exento de las penosas leyes del trabajo, y en santa y no interrumpida comunicación con la naturaleza. Pero, señores, tan grandes hombres vivían en una sociedad que era como oscuro calabozo y deseaban refrescar sus almas sedientas de libertad en la vida libre de los campos, y recoger en sus ojos secos la pura

luz que baja de los cielos, sin que pudiera negársela nunca las duras rejas de tiranos y abominables poderes. Así explico yo algunos rasgos contra la sociedad que encuentro en grandes escritores de grandes siglos de tiranía. Pero la naturaleza del hombre es eminentemente social. La primera ley de la sociedad es el cambio. El hombre no trabajaria si no pudiese cambiar los productos de su trabajo. El labrador planta el árbol que no ha de ver crecido, y cuyos frutos no ha de gustar, porque un secreto instinto le dice que vivirá con las generaciones venideras. El artista crea para que el mundo se goce en sus obras. El orador habla porque su pensamiento ha de prender en la conciencia ó en el corazon de los que le escuchan. El cambio de las ideas no puede ser contrastado por ninguna fuerza. El pensamiento va en alas del espíritu á fecundar otros espíritus, como la semilla que ciertas plantas confian á las alas del viento. Nadie pudo evitar el cambio de las ideas en el espacio, ni la monarquía absoluta, ni la Inquisicion. Nadie podrá evitar el cambio de los productos del trabajo. La libertad de comercio es como todas las libertades, eminentemente social, eminentemente humana. Así el derecho regulará con su ley inquebrantable las relaciones económicas de los pueblos. Y prácticamente no serán menores las ventajas del libre-cambio. Equilibrará las fuerzas de todas las naciones, desarrollará la aptitud especial de cada raza, y formará con la variedad de inclinaciones de esos grandes individuos que se llaman pueblos la unidad armónica de la vida humana. Al mismo tiempo hará difíciles, si no imposibles, las crisis mercantiles y las crisis alimenticias, que son hoy el azote de los pueblos. Yo sé muy bien que la clase de grandes comerciantes quiere aún regular por sus privilegios el comercio como los grandes propietarios quisieron regular por sus privilegios la sociedad. Y de tal suerte proceden, que engañan al trabajador diciéndole que bajarían los salarios con el libre-cambio, cosa que aunque fuera cierta estaria compensada con la baratura de los productos. El gran productor dice : yo soy parte integrante de la patria, y debes comprar caro, á lo cual debemos contestar los consumidores : pues yo tambien lo soy, y debes vender barato. Lo cierto es que la libertad de comercio es la ley natural del trabajo, es la esencia de su vida.

La predicacion del libre cambio cuando no se aparta de las de-

más libertades, sin duda alguna es utilísima. En primer lugar, quita á los pueblos ese afán de volver los ojos en todo al Estado, como esperando que del Estado descienda el rayo de luz que ilumine su conciencia, y el pedazo de pan que harte el hambre de sus hijos. ¿No os acordais del gran escollo de 1848? Todavía guardo viva la impresion que en mí produjo aquella gran revelacion de la idea democrática de Francia. Aunque no tenia edad para que se fijasen vivamente en mí las ideas primeras que aquella revolucion despertó, las guardo en mi conciencia como guarda una imágen el cristal fotográfico. Todos los corazones se abrieron á la esperanza, todos los pueblos oprimidos se incorporaron en sus sepulcros; una corriente eléctrica atravesó la Europa, y creimos que era aquel por fin el día anhelado de la libertad, que se eclipsó porque el pueblo tuvo más confianza en el Estado que en su derecho; error expiado hoy con ese cesarismo que mata á la Francia, pues necesita tener un ejército de obreros en Paris, para que le procure popularidad, y un ejército de audaces soldados en el exterior, para que le procure glorias por imposibles que sean, ora peleando contra la monarquía, ora erigiendo monarquías, porque su único fin es sustituir al calor de la vida la fiebre devoradora de la guerra, y convencer al obrero de que le da el pan que come, cuando no hace más que quitárselo para desenvolvérselo disminuido y empapado en la hiel de su ignominia. (Aplausos.)

Y al mismo tiempo que combate la Economía política las tendencias comunistas, prepara grandes verdades para el gran día de la emancipacion del cuarto estado del pueblo. Ese día se acerca. El que no lo vea venir, padece una ceguera incurable. La ciencia descende al taller; las antiguas aristocracias han muerto; la igualdad de derechos civiles engendra la igualdad de derechos políticos; el feudalismo está en el suelo y hasta se arruinan sus ruinas; la monarquía absoluta ha perdido en el gran combate de principios del siglo la corona del derecho divino; la revolucion ha removido hasta las entrañas de la sociedad; la prensa periódica es como un libro que todos los días lleva una idea á la mente del pueblo; la clase media ha mostrado el camino de la emancipacion; el vapor, la electricidad son nuevas fuerzas adquiridas por el pueblo, como la imprenta fué el pedestal

de su libertad, de su inteligencia; y todo anuncia que el eterno esclavo, el maldecido por las aristocracias teocráticas, el azotado por las aristocracias guerreras, el vendido por las aristocracias mercantiles, se acerca al logro pacífico y definitivo de sus derechos. (*Aplausos.*) Pues bien, el único timbre, el único escudo de armas, la única nobleza que puede presentar el pueblo para merecer ese derecho, es su trabajo. ¿Y os parecería poco? El trabajador continúa la creacion. Ora triture con su piqueta las piedras y abra con su hacha los bosques, y tienda sobre los abismos los puentes; ora desafíe las tempestades, y las olas y los abismos del mar, y recorra las costas de la tierra librando su vida á deleznables tablas; ora arranque á una cuerda una armonía, convierta una tosca piedra en animada estatua, vivifique las tablas y los lienzos con sus pinceles y sus colores; ora abra con el duro arado la tierra y la llene de flores y de frutos, y haga brotar así la vida en la naturaleza, siempre resultará que el trabajo ha borrado las distancias, ha unido las razas, y ha hermosado la tierra continuando la obra de Dios, por lo cual tiene en sí, á pesar de ser un dolor, algo de esa fuerza creadora que llenó de mundos los espacios. (*Aplausos.*)

El trabajo fué tenido por vil en los antiguos tiempos. Nuestros padres lo estimaban infame. El ocioso tan sólo se infama hoy, porque el trabajo es la ley de la civilizacion. Pues la Economía política enseña la naturaleza del trabajo y le señala sus verdaderos límites, y le da toda su nobleza, toda su importancia social. Ahora bien, si el trabajo ha perdido los obstáculos morales que le oponía la preocupacion, ¿no superará los obstáculos materiales que le oponen los restos de la antigua servidumbre?

Sí, señores, sí; yo lo espero, yo lo espero. El mundo ha pasado de la edad de la critica, de la edad de la demolicion, y va á levantar una nueva sociedad. Dios preside este gran movimiento. La filosofía une y reconcilia el espíritu con la naturaleza, y anuncia que será eterna la alianza cristiana de Dios con el hombre. El arte cada día entona un nuevo cántico para celebrar el vencimiento de alguna resistencia por la palanca de la industria. El individuo y la sociedad se armonizan cada día más en el mútuo respeto de sus respectivos derechos. La idea de humanidad brilla sobre la frente de las generaciones que llaman á las puertas de

la vida. La Economía política promete la union de las razas en la libertad de comercio, y anuncia la paz perpétua. Las nacionalidades oprimidas se levantan. La esclavitud se acaba. Los pueblos se envían unos á otros sus pensamientos en alas de la electricidad. La negra nube que el vapor deja en el aire al cruzar los campos y los mares, lleva en su seno una lluvia de ideas. Retrocede la barbarie. Los tiranos huyen. La personalidad humana se alza coronada con la aureola que le ciñó Dios al crearla, con la aureola del derecho. Generaciones presentes, vuestros deberes son más grandes que los deberes de las generaciones pasadas. Vuestros deberes son realizar la libertad en su misteriosa trilogía. Jóven generacion, si despues que se ha extinguido la Inquisicion, que se ha acabado la servidumbre, que tienes más expedito el camino para cumplir tu fin, camino regado con sangre de tus padres, te consumes en el escepticismo y en el vicio, y dejas pasar este gran momento que te ha tocado en suerte, y no concluyes tu obra providencial, merecerás el castigo de la justicia divina, y la eterna maldicion de la historia. Las nuevas generaciones están destinadas á renovar la vida, y la vida no se renueva sino con el soplo de grandes y progresivas ideas.—He dicho. (*Prolongados aplausos.*)

LA LIBERTAD DE COMERCIO

EN

SUS RELACIONES CON LA PAZ UNIVERSAL,

POR

D. Santiago Diego Madrazo.

SEÑORES :

Al hablaros por primera vez siento un embarazo natural y justo, porque nadie conoce mejor que yo la debilidad de mis fuerzas y la necesidad que tengo de vuestra indulgencia. Confiado en ella, subo á esta cátedra para asociarme á los elocuentes oradores que con tanto talento, ardor y perseverancia, han demostrado el influjo que la libertad de comercio puede ejercer en el bienestar general y en el progreso humano. Yo soy el más pobre de inteligencia entre todos ellos; tengo, sin embargo, la misma sinceridad en mis convicciones, la misma fe en mis principios, el mismo deseo de contribuir á la propagacion de la verdad. Por densas que sean las nubes que la salgan al paso, la verdad es la luz y sus rayos penetrarán por todas partes. La verdad ha gemido en los calabozos con Galileo, ha bebido la cicuta con Sócrates, y ha sido crucificada con Jesucristo; pero la verdad, que es la realidad, que es el cuerpo y el espíritu, que es la naturaleza y el hombre, que es la criatura y el criador, triunfará de los calabozos, de la cicuta y de los suplicios, y le-

vantando su trono sobre la humanidad entera, alumbrará todas las inteligencias (*Bien, bien*).

La verdad que nosotros defendemos ha sufrido durísimas pruebas, y tiene que sufrirlas todavía antes de su triunfo definitivo; pero ya no es perseguida, se discute; ha encontrado numerosos defensores entre los hombres de todos los partidos políticos, ha luchado en la oposicion y ha sido poder, y cada dia alcanza nuevas victorias y conquista nuevos entendimientos. Hubo un tiempo en que sábios é ignorantes creian que en el dinero consistia únicamente la riqueza y que debian cerrarse herméticamente las puertas del país para impedir su salida; la ciencia hizo el proceso de este error, y el error ha sido relegado al olvido. Las prohibiciones y las restricciones se fundaron luego en la necesidad de proteger la industria nacional, cualesquiera que fuesen sus condiciones y sus esperanzas, porque toda nacion debia bastarse á sí misma; la ciencia hizo tambien justicia á esta aberracion, y los proteccionistas hoy sólo se atreven á invocar la necesidad de proteger las producciones que, en un tiempo más ó menos lejano, pueden tener vida propia, segura y duradera. Tambien la ciencia disipará este último error, y la libertad será la ley universal del comercio. Los legisladores han bajado humildes sus ojos ante el esplendor refulgente de la verdad; la aristocracia inglesa ha sentido ceder, pero ha cedido vencida por la Liga; Napoleon III, olvidando que el fundador de su dinastía habia mandado quemar los artículos de contrabando en las plazas públicas, sigue las huellas de Inglaterra, y entre nosotros, aunque el progreso sea más lento y no satisfaga nuestras aspiraciones, el Arancel de 1841 fué más liberal que los anteriores; el de 1849 más que el de 1841, y cualquiera reforma que se intente, lo será más que la de 1849.

Los señores que me han precedido en este sitio, han examinado la cuestión que nos ocupa en su origen y en su desenvolvimiento histórico, en la region de la teoria y en la de los hechos, en su generalidad científica y en sus aplicaciones prácticas. Siguiendo yo el ejemplo de mis dignos compañeros y eligiendo uno de los puntos de vista de la cuestion del libre-cambio, voy á hablaros de su influjo en la conservacion de la paz entre los pueblos.

Podrá haber intereses rivales entre las localidades, entre las provincias y entre los Estados; ha habido antagonismos en sus ideas, en sus sentimientos y en sus actos; mares de sangre se han interpuesto, no sólo entre los hombres de razas diferentes, sino también entre los de una misma nación y de un mismo pueblo; tan varios como son el clima y las condiciones topográficas de cada tierra, son las costumbres de sus habitantes, su religión, su lengua, su literatura y sus artes; pero á pesar de esa contradicción y confusión aparentes, la humanidad es armónica y una.

Ninguna nación puede bastarse á sí misma, así como ningún individuo puede satisfacer por sí solo sus numerosas necesidades. Separad al pueblo más rico, más inteligente y más grande del consorcio de los demás, y vereis su riqueza amenguarse y desaparecer, la luz de su inteligencia anublarse y extinguirse y su grandeza fraccionarse y disolverse. Así como las partes de nuestro organismo serían incomprensibles, si no existiera el todo orgánico que componen y constituyen; así, tampoco podría comprenderse un pueblo desprendido de la humanidad. Todo organismo ha de ser completo para que la vida tenga razón de ser y pueda desenvolverse con arreglo á las leyes de su naturaleza. No existen caprichosamente las diferencias de razas, de afectos y de caracteres; por más divergentes y antitéticos que parezcan, están comprendidos y armonizados en la gran síntesis de la humanidad. Todas esas fuerzas que en el mundo material y en el de las inteligencias luchan, desaparecen, se renuevan incesantemente, y á los ojos del observador superficial no presentan más que la imagen confusa del caos, son, sin embargo, convergentes, son eslabones de una inmensa cadena, y juntas constituyen el orden general del universo.

Los hombres de todos tiempos han sido arrastrados por un impulso irresistible, sino racional, por lo menos instintivo en busca de lo desconocido. Sentían estrecho el lugar en que habían visto la luz primera, necesitaban más aire para respirar con holgura y libertad, y encontraban generalmente más hella lo que estaba fuera del círculo de su vida ordinaria. Pero la naturaleza en la infancia del género humano los rodeaba por todas partes, bosques interminables y ríos caudalosos les cerraban el paso; las fieras les salían al encuentro en cuanto se separaban de su mi-

sero albergue; inmundos reptiles serpeaban debajo de sus plantas, y una atmósfera envenenada pesaba sobre su pecho. El hombre, sin embargo, no podía permanecer aislado en medio de la naturaleza, porque la naturaleza le hubiera ahogado entre sus brazos. Luchó con las fieras, con los bosques y con los torrentes; y aunque muchas veces quedó vencido y sin aliento, sintió renacer la esperanza en su alma, y armado con el instrumento de la razón, que aunque débil entonces, era más poderosa que los vientos y los rayos, venció á la naturaleza, se aprovechó de sus inmensos recursos, se abrió camino, y encontró nuevas cosas y nuevos hombres.

Pero estos hombres tenían otras costumbres, hablaban otra lengua, adoraban á otro Dios, y miraron primero con desconfianza y después con odio á los que querían participar de los dones de una naturaleza que reputaban suya. Oscura en aquellas inteligencias la idea del derecho, deificado el poder de la naturaleza, acatada la supremacía del más fuerte, desconocidos los hábitos industriales, y sin tener qué cambiar ni instrumentos de cambio, ¿qué había de suceder cuando se encontrasen frente á frente aquellas naturalezas rudas, incultas y cada cual con la conciencia de su valor? La fuerza tenía que ser necesaria y fatalmente la que decidiera la contienda: aquellos hombres lucharon con la violencia de la desesperación, y cuando se cansaron de matar, los vencedores declararon en propiedad legítima los hijos que no eran suyos, las mujeres cuyo corazón latía por otros y los robustos mancebos que tuvieron la desgracia de ser vencidos. De esta manera laboriosa y horrible comenzó la vida social de la humanidad, y así ha continuado muchos siglos. ¡Qué extraño es que el progreso humano haya sido tan lento, y que esté todavía tan lejos de los pueblos más civilizados el imperio de la caridad y de la justicia! Sin embargo, el progreso ha existido siempre, y esas mismas luchas en que los hombres se trataron tan injusta y cruelmente, fueron un verdadero adelanto para el género humano, que agrandando el teatro de su acción, encontró nuevos productos y nuevos medios de producción. Este hecho es evidéntisima prueba de la solidaridad humana, puesto que nuestro linaje ha adelantado, sólo con acercarse unas inteligencias á otras, aunque para lograrlo haya sido

preciso derramar la sangre á torrentes, y fundar las relaciones sociales en medio de la destruccion y de la muerte.

Dichoso el mundo si la guerra no hubiera hecho más que arrancarle del sueño de la infancia. Pero el hombre no ha dado apenas un paso en la larga corriente de los siglos, sin que haya tenido que luchar, no sólo con las fuerzas del espíritu, sino tambien con las del rencor y de las malas pasiones. Es verdad que la guerra le ha abierto las puertas de las naciones, y que los tratos entre vencedores y vencidos les han hecho descubrir nuevos horizontes. Bajemos la frente ante la ley inflexible de la historia; pero deploramos los estragos causados por esta fatalidad terrible.

La guerra ha sido con frecuencia precursora de la civilizacion; pero la guerra destruye, no edifica; derriba las murallas que separan á los pueblos, pero no es capaz de fundar nada sólido y duradero: establece relaciones entre el sacrificador y la víctima, pero no puede sostenerlas sino con la arbitrariedad y la injusticia. Los hombres no han nacido para aborrecerse, sino para vivir unidos por los lazos del amor y del interés. El comercio ha venido á demostrarles que la existencia de unos es condicion esencial del mejoramiento de los otros, y que auxiliándose recíprocamente contribuyen al desarrollo propio y al progreso de la humanidad. Pero para que el comercio en el mundo antiguo hubiera podido cumplir su importante mision, era preciso que no se hubiesen negado sistemáticamente al trabajo las consideraciones honoríficas reservadas para los abusos de la fuerza; que el martillo y el arado hubiesen pesado por lo menos tanto como la espada en la balanza social, y que la aficion modesta á los placeres tranquilos del hogar y de la familia hubiera prevalecido sobre la sed de sangre y de conquistas. El trabajo entre los antiguos era una necesidad impuesta por la violencia; el trabajador llevaba impreso en su frente el sello de la esclavitud; el comercio era una profesion vil y deshonrosa, y los honores del triunfo sólo se concedian á los que podian subir al Capitolio formando la escalinata con cráneos de seres humanos. Para aquellos hombres todos los pueblos eran enemigos, y el bien de uno no se lograba sino destruyendo á los demás, ó reduciéndolos á una esclavitud incua. No sólo era de esta opinion el vulgo:

participaban de ella los sábios más ilustres que han legado á la historia la inmortalidad de su nombre. La mayor parte se hizo eco de las prevenciones aristocráticas contra el trabajo pacífico, y los poetas y los artistas reservaron sus himnos, sus lienzos y sus mármoles para los que más terriblemente habían hecho uso de la fuerza. No encontraron poesía en el trabajo, que todo lo renueva y trasforma, y la hicieron brotar de la muerte que todo lo nivela é inmoviliza. El mismo Ciceron decia: «El comercio es sórdido, cuando es de poca importancia, porque los comerciantes en pequeño no pueden ganar sin mentir; á lo más es tolerable cuando se ejerce en grande y para abastecer al país.» Si los sábios hablaban de esa manera ¿qué extraño es que Roma dijera en sus edictos: «Los pueblos comerciantes trabajan para nosotros, nuestro oficio consiste en vencerlos y exigir los impuestos?» Si se quita á estas palabras la máscara hipócrita que las cubre, equivalen á estas otras: «Los pueblos comerciantes deben trabajar, nosotros robar lo que ellos hayan producido.»

Con esta perversion de ideas y arrancando de esa manera del corazon el sentimiento de la justicia, nada tiene de sorprendente que la administración provincial romana fuera sólo la organizacion del robo y del pillaje para alimentar á aquella turba de bandidos, que hospedada magníficamente á orillas del Tiber, se nos presenta como modelo de grandeza. Roma ha contribuido al progreso humano fundiendo en el imperio una gran parte de los pueblos antiguos; pero apartemos la vista con horror de los medios empleados para conseguirlo, porque creeríamos hallarnos dentro de un círculo de fuego y sangre, y que la Europa volvía á caer bajo el yugo de aquel mónstruo que no tenía entrañas más que para amar el oro de sus víctimas. Formuló mejor que ningun otro pueblo la idea del derecho; pero en sus relaciones exteriores el derecho no estuvo ni en sus sentimientos ni aún en sus concepciones.

Era sin embargo imposible, aunque los extranjeros se consideraban como enemigos, y aunque el débil fuera sólo un objeto de explotacion para el fuerte, que el comercio no produjese en la antigüedad inmensos beneficios. El cambio, como ha dicho un eminente escritor, es la sociedad. Podeis despojarla de una gran parte de los elementos de su vida presente, y lograreis enflaque-

cerla y aún hacer que se estacione ó retroceda, pero no la matareis; mas suprimid el cambio, y entonces en vano preguntareis por la sociedad, porque la sociedad habrá desaparecido. El cambio podrá ser más ó menos extenso, más ó menos libre, más espontáneo ó más artificial; pero siempre será una condicion esencial de la vida de los individuos y de las sociedades. Por eso el comercio antiguo, tan degradado, tan envilecido y tan sujeto á las vicisitudes de la guerra, alimentaba á aquella sociedad ingrata que le maldecia, y hasta proporcionaba placeres á la insolente aristocracia romana que pedía con ánsia perlas y perfumes, y escupía en el rostro á los que atravesaban los mares para servirla y complacerla.

Sobresalieron algunos pueblos de la antigüedad por su espíritu mercantil, que los llevó á los puntos más distantes del mundo entonces conocido. Sus costumbres son una demostracion del influjo que el comercio ejerce en la conservacion de la paz. Los fenicios, que tanto se distinguieron en la industria mercantil, fuéron tambien notables por sus inclinaciones pacificas y por su amor á las ciencias y á las artes. Con la audacia propia de los navegantes, extendieron sus relaciones por el Oriente, comerciaron con los habitantes de las costas del Mediterráneo en Asia, Africa y Europa, pasaron el estrecho de Gibraltar, visitaron las islas Británicas y penetraron en el Báltico. Cuenta el más famoso historiador griego, si bien la noticia no merece crédito, que dieron vuelta en derredor de Africa á instancia de Nechos, rey de Egipto, y algunos envidiosos de la gloria de Colon encuentran grandisimas semejanzas entre los monumentos antiguos de algunos pueblos de la América del Sur y los fenicios.

Cartago, colonia fenicia, que se elevó á mayor altura que la metrópoli, conservó sus tradiciones y una parte de sus hábitos mercantiles y aventureros; pero Estado más poderoso y de mayores aspiraciones, sintió más fuertemente la influencia del espíritu dominante en la antigüedad, y se dejó arrastrar por el huracán de las pasiones guerreras. Luchó con Roma; pero cayó bajo el hacha de su implacable enemiga, y al espirar se realizó el deseo de Caton: *delenda est Carthago*. Se ha preguntado muchas veces cuál hubiera sido la suerte del mundo, si Roma hubiese sufrido la ley de los vencidos. Dificil es la solucion del problema;

pero sí podemos afirmar, que si hubiera sido posible infundir el espíritu mercantil en aquella sociedad descreída de señores sibaritas y de esclavos envilecidos, el comercio no hubiese grabado por todas partes, como la guerra, huellas de devastacion y de sangre, no hubiera dejado los campos yermos como los dejó la licencia del soldado; habria levantado fábricas donde no quedaron más que ruinas, y hubiese unido á los pueblos, no con la cadena del esclavo, sino con el lazo de la amistad y de la necesidad mútua.

Los enemigos del comercio dicen que fenicios y cartagineses fuéron notables por su degradacion moral y por la falta de cumplimiento de las promesas más solemnes. La fe púnica tiene, es cierto, una triste celebridad histórica. Pero ¿fuéron mejores sus enemigos? ¿Fué mejor el resto del mundo? Plutarco afirma que los más famosos héroes de la antigua Grecia se honraron con el título de ladrones. Solon autorizó asociaciones para la piratería, y Platon y Aristóteles consideran ciertos latrocinios como una especie de caza. Si los fenicios cometieron acciones indignas, no fué por ser comerciantes, sino porque esa era la manera de obrar de los pueblos antiguos en sus relaciones exteriores. A los que buscan el siglo de oro en la historia de lo pasado, y echan en rostro al siglo en que vivimos, su espíritu industrial que llaman egoísta, mezquino é incapaz de producir nada grande y verdaderamente artístico, roguemosles que fijen la vista, no en aquellas inmundas cavernas en que centenares de esclavos yacian en revuelta confusion, sin descanso para su cuerpo ni paz para su espíritu, no en aquellas turbas famélicas que esperaban en la plaza pública compradores de su voto y de su conciencia, no en el circo ensangrentado en que caian las víctimas humanas aturdidas por el estrépito de las carcajadas de los espectadores, sino en los repúblicos más ilustres, en los más esclarecidos sábios y en los más opulentos magnates, y encontrarán en los misterios de su vida íntima, tantas torpezas y tanta accion indigna, que harian subir los colores al rostro á la mayor parte de los hombres de la generacion presente. (*Aplausos.*)

La dureza, la ferocidad y el hábito de verter sangre humana, podrán decorarse por historiadores ignorantes ó corrompidos con los nombres de fortaleza de ánimo, de severidad de carácter ó de

elevacion de sentimientos; pero siempre serán contrarios á la caridad ó á lo más una exageracion de la justicia.

Desgraciadamente la violencia ha regido los destinos de la humanidad, no sólo en los imperios despóticos del antiguo Oriente, en las repúblicas griegas y en el reinado de los Césares, sino también con los bárbaros que se arrojaron sobre la Europa romana como sobre una presa largo tiempo codiciada, con el feudalismo que hizo girones el mapa de Occidente, con las cruzadas que abrieron á la vida europea nuevos horizontes, con las municipalidades activas, laboriosas, emprendedoras, pero siempre armadas como en un día de batalla, y con los monarcas absolutos que convirtieron en cuestiones de familia los problemas más áridos de la política de las naciones.

Pero desde la edad media el comercio ha representado un papel cada vez más importante en las relaciones exteriores de los pueblos. El señor feudal que durante las cruzadas respiró la atmósfera embalsamada del Asia, saboreó el deleite de placeres antes ignorados, y vió un mundo poético de delicias que contrastaba con la rudeza del Occidente. Al volver á su país con la cabeza llena de encantadores recuerdos y el corazón embriagado y herido por el sentimiento de la belleza esplendente de las formas, trocó la cota de malla por trajes de oro y seda, se apartó con frecuencia de su castillo, amó más la corte que los bosques y sintió fruiciones más dulces que las de la caza. Crecieron sus necesidades, y buscó quien las satisficiera; las ciudades animaron su fabricacion y se llenaron de talleres; los más osados fueron á remotas regiones en busca de artículos de lujo; el crédito comenzó á dar muestras de su poderosa influencia, y el comercio entró en una era nueva, llena de actividad y de esperanzas. Desde entonces, marchando esta industria de progreso en progreso y formando círculos cada vez más extensos, ha ido levantándose de siglo en siglo hasta llegar á ser colosal gigante que abarca entre sus inmensos brazos las islas, los continentes y los mares. Mas si ha podido vencer los obstáculos opuestos por la naturaleza, no ha sido tan feliz en sus luchas con la maldad y la ignorancia. En su gloriosa carrera de triunfos, la guerra ha detenido violentamente sus pasos; los pueblos, para hacer daño á sus enemigos, han comenzado por hacérselo á sí mismos, y los gobiernos han

dicho á sus propios súbditos : ¡ay de vosotros si llevais vuestros productos al extranjero ! La muerte que es la pena de los traidores, será expiacion insuficiente del crimen sin nombre de buscar consumidores para vuestras mercaderías y productos para vuestras necesidades. Antes que serviros mutuamente, arrojad vuestros artículos á los mares, ó dejad que se averien en los almacenes ; si no hay consumo, cerrad vuestras fábricas ó quemad vuestros talleres, y si aún os queda algun resto de amor al trabajo, haced imposibles, y dedicaos á la produccion de objetos extraños, aunque no tengais aptitud, ni capital, ni primeras materias, y aunque el cielo y la tierra sean hostiles á vuestro pensamiento. No es este el lenguaje de la hipocresía, pero si es el lenguaje de los hechos.

La guerra ha causado males sin cuento á la agricultura, á las artes y á las riquezas de las naciones ; ha debilitado el amor al trabajo y á la economía, y ha entibiado la caridad y encendido el odio en los corazones. Y si algunas veces, sin saberlo los mismos que la hacian, ha sido un instrumento de la Providencia para acelerar la union de hombres, y otras ha sido precisa para sostener la dignidad ó la independencia de la patria, ¿podrá compararse el número de las guerras justificables ó excusables con el de las declaradas por motivos frívolos ó inicuos ? ¡Cuántas naciones han visto quemadas sus mieses, destruidos sus hogares, deshechas sus fortunas, sacrificados sus mejores hijos y hasta degolladas las mujeres y los niños en guerras vandálicas provocadas por la codicia, la ambicion, la sed de oro y de conquistas, el orgullo ofendido de un solo hombre, el mal humor, el capricho de un favorito ó de una cortesana, ó la susceptibilidad vidriosa de los que sienten la punzada de una leve ofensa y no la venganza del vicio y del crimen ! El corazon se estremece al leer lo que Luis XIV escribia al mariscal Villars : « engrandecerse es la ocupacion más digna y agradable de un soberano, » y al ver á un ministro iracundo como Louvois escribir folletos contra su rey y suponer que venian de Holanda para irritarle contra este pueblo industrioso y activo. El corazon se estremece al contemplar los rios de sangre que ha vertido la demencia de los gobiernos, esterilizando el trabajo de los siglos y desmoralizando los pueblos con el pillaje, la licencia y el desenfreno.

La guerra no desaparecerá completamente, porque la purificación progresiva del género humano no puede llegar á la perfección moral absoluta. El hombre será más ó menos esclavo de los movimientos de su corazón y de la presión de los hechos exteriores; pero su sensibilidad no enmudecerá á la voz de la razón, y con más ó menos tempestades, el viento de la ira, de la envidia, de la codicia y del orgullo levantarán siempre nubes en la atmósfera del espíritu. La guerra no ha llegado, no ha podido llegar á la última página de su historia sangrienta, por más que los filántropos hagan esfuerzos laudables por cerrar para siempre las puertas del templo de Jano. Todavía las madres están condenadas á verter perpétuo llanto por las prendas queridas de sus entrañas, segadas en flor por la mano de la muerte, dirigida acaso por algún infeliz que pocos momentos después será también víctima de la locura ó de los intereses ilegítimos de los que le conducen al combate. Todavía millares de inocentes caerán sobre los cadáveres de sus hermanos, invocarán el nombre de su madre en su última hora, y les contestará la insolente carcajada del enemigo sediento de botín y de sangre. Todavía la tea del incendiario alumbrará esas horribles escenas de devastación en que el pillaje y el homicidio turnan en sacrilega alternativa ó obran en consorcio nefando para convertirse y personificarse luego en héroes altivos coronados de laureles, cantados por los poetas, reproducidos en bronce y mármoles y llenando con su colosal figura casi todas las páginas, casi todas las líneas en que se escribe la historia de la humanidad.

Pero si la guerra será aún una necesidad de la violencia de las pasiones, tengámos fe en el progreso humano y confiemos en el porvenir. Nubes de lágrimas pasarán siempre delante de nuestros ojos; pero la atmósfera que respiremos, será cada vez más diáfana y pura. (*Aplausos.*)

El amor y el interés son los dos grandes móviles que dirigen nuestro corazón y los perpetuos reguladores de la conducta humana. Estos móviles no son divergentes ni contradictorios: ambos aspiran á la realización del bien, de la armonía, de la unidad y del orden, y si alguna vez hay entre ellos rozamientos que producen perturbaciones, es sólo por excepción y fuera de las condiciones normales de su naturaleza. Los antagonismos naturales

son aparentes y no contradicen la ley de armonia que rige el universo ; pero los establecidos artificialmente por las leyes, son reales y verdaderos y causa poderosa que interrumpe la paz entre los pueblos. El amor obra en un círculo reducido, y el progreso moral consiste en la prolongacion de sus rádios. Promover la extension progresiva del amor humano, es dificultar la guerra y dar garantías de paz á los hombres. El progreso de la razon, de la imaginacion y de la sensibilidad representado por el progreso de la ciencia y del arte, promoverá tambien el del amor en intensidad y en extension.

Pero cuando el amor no puede universalizarse, el interés tiene que suplirle al establecer y garantizar las relaciones sociales. Los hombres y los Estados han nacido para vivir en comunicacion continua, cuya expresion más general es el cambio. Los pueblos no pueden prestarse mútuos servicios sino poniéndose en accion las facultades de sus individuos, ó lo que es lo mismo, sin el trabajo de cada uno y de todos. Si fuera posible suprimir el comercio, habria servicios recíprocos debidos al principio simpático, pero en escasísimo número. Para satisfacer las necesidades humanas en vasta escala, es preciso que el comercio realice el consorcio de las voluntades de todos, que arrastrados cada cual por el deseo del bien de la propia personalidad, buscarán á través de los mares, y sin temer los riesgos de la tierra, quien produzca lo que necesitan y quien consuma el producto de su trabajo. Mas para que este hecho sea universal, para que no haya ningun país en la tierra que no se halle en frecuente relacion con los demás, para que los productores no vean limitadas sus esperanzas dentro de los estrechos confines del mercado nacional, y para que la grande obra de la humanidad pueda llevarse á cabo con el concurso de todos, es absolutamente indispensable que el comercio sea libre. ¿Qué importa que el genio sorprendiendo los secretos de la naturaleza desafie el furor de las olas, navegue luchando contra el viento, se abra paso al través de las montañas más elevadas, y hable tan pronto, como cruza el rayo, con las extremidades de la tierra? ¿Qué importa, si las leyes arancelarias no quieren que sean hermanos más que los que viven sujetos al mismo poder público, que hoy son cinco millones, mañana veinte y pasado diez, porque des-

graciadamente no son las fronteras naturales, ni la identidad de origen, de historia, de creencias, de lengua y de literatura lo que constituye las nacionalidades, sino la fortuna y el capricho de los vencedores? La falsa proteccion concedida á las industrias del país, que es como la madre que para librar á sus hijos de la influencia del sol y del aire, los cria débiles y enfermizos, y como la madrastra que enriquece á unos hermanos á expensas de los otros, no sólo perjudica al pueblo que quiere proteger reteniéndole en prision solitaria, sino tambien á la humanidad entera. Pero dirán los proteccionistas: el Gobierno dirige los destinos de la nacion, no los de la humanidad. ¿Hasta cuándo, señores, habrá dos justicias, una para el interior y otra para el exterior, una para los individuos y otra para las naciones? ¿Por qué si condenamos el egoismo indiferente de aquellos no hemos de condenar el egoismo hostil de estas? ¿Por qué hemos de enmascarar con el nombre de patriotismo el criminal deseo de levantar al país propio sobre las ruinas de los demás? Contribuyamos al engrandecimiento y á la prosperidad de la patria, y hagamos en sus aras el sacrificio de nuestra persona y de nuestra fortuna; pero ni por la patria seamos injustos ni criminales (*Grandes aplausos*).

El egoismo de las naciones es además irracional y absurdo: el interés de una no consiste en que las demás se desgaren, ó caigan estenuadas por la fatiga ó la miseria. Todas se necesitan reciprocamente, y desear una el empobrecimiento de las otras, es desear el empobrecimiento propio. ¿Qué nos dará en cambio el que nada tiene? ¿Ha perdido acaso Inglaterra con la emancipacion de los Estados-Unidos, que convirtió un puñado de hombres en un pueblo poderoso y rico con quien ha sostenido vastísimas relaciones? ¿Ha perdido convirtiendo aquella antigua explotacion en comercio? El deseo del mal ageno es no sólo intencional, sino tambien estúpido. Ayudando á los demás nos ayudamos á nosotros mismos. Oponiendo una nacion obstáculos á la prosperidad de la industria agena, paraliza los progresos de la propia, crea antagonismos donde debia haber armonías, y á los combates industriales, expresion de una emulacion digna y noble, sustituye las guerras sangrientas, expresion del rencor y de la envidia.

Con el sistema prohibitivo y proteccionista, cada nacion ve, en las demás, enemigos siempre en acecho esperando ocasion de inundarla de artículos de contrabando, aunque tenga que hacer uso de la fuerza. De esa manera, repeliéndose siempre y haciendo constantes esfuerzos para burlar la vigilancia del adversario, se alimentan esos odios internacionales tan fecundos en consecuencias funestas. La paz vendrá despues de guerras encarnizadas; pero el odio permanecerá más ó menos escondido, mientras la ley continúe contraponiendo á los que ha unido la naturaleza. El proteccionismo, causa de ese aborrecimiento profundo, dará lugar á colisiones sangrientas, porque la guerra existirá siempre que haya interés en provocarla. Haced que las industrias de un país mueran abrumadas bajo el peso de sus productos, que encontrarian fácil y extenso consumo si las puertas de los otros no estuvieran cerradas, y el interés de los que sufren se convertirá en interés del Estado, y cuando el contrabando no pueda abrirse paso, no faltarán pretextos para que los cañones del más fuerte lleven los artículos prohibidos envueltos entre las nubes del humo de la pólvora.

¡Qué cuadro tan sombrío nos presenta la Europa en aquellas guerras de represalias que suscitó la envidia á la gran prosperidad que alcanzó la Holanda en el siglo xvii! Inglaterra y Francia no podian soportar el maravilloso espectáculo de un pueblo pequeño, que con sólo su trabajo y libertad habia sabido elevarse á tanta grandeza, y queriendo encerrarle dentro de sus diques, se encerraron ellas en un sistema deplorable de egoismo y de exterminio. La Europa entera siguió sus huellas, y parecia que las naciones existian sólo para destrozarse y destruirse. En tiempos menos distantes de nosotros, nuestros padres han visto los estragos causados por el bloqueo continental, ese bárbaro estado de sitio que Napoleon I hizo sufrir al comercio, y en el que no se sabe qué deba sorprendernos más, si la fiera y estúpida arrogancia de su autor, ó la venalidad y corrupcion de sus agentes. Mr. Hauterive ha podido decir con justicia que la teoría de las leyes prohibitivas está escrita con sangre en la historia de las guerras de los últimos siglos, guerras de avaricia que han hecho salir de la caja de Pandora errores, odios, miserias y crímenes.

El comercio libre interesa á todos en la conservacion de las relaciones pacíficas , porque les une con el vínculo de la necesidad y del agradecimiento , porque los asimila y confunde , porque hace desaparecer las antipatías producidas por la separacion, y porque, aunque los gobiernos deseen la guerra, las industrias se alarman , el comercio se agita, y se forma en derredor una atmósfera irresistible de paz que quebranta las espadas, oxida los cañones , y enerva los ejércitos. Si una nacion recibe de otras el alimento de sus habitantes, el vestido con que se cubre y el carbon y el hierro que son la vida de su industria, ¿ cómo no ha de estar dispuesta á perdonar los motivos de ofensa , si hay alguno , y por causas livianas obligará á los padres á que digan á sus hijos : no lloreis, aunque no tenemos un pedazo de pan que daros, ni un harapo para cubrir vuestros ateridos miembros, porque antes que vuestro llanto está la venganza de la patria? Las naciones dan tanto como reciben, hay remuneracion de servicio por servicio , son productoras y consumidoras , y si la trompeta de la guerra hace oír sus terribles acentos, bandera negra se levanta por el trabajador en los campos y talleres; pero no como signo de aborrecimiento á sus hermanos , sino como paño mortuario que cubre su riqueza y sus esperanzas. ¿Cómo han de querer destruirse los que viven el uno por el otro? Es verdad que las naciones se hacen dependientes; pero lo son todas, y no hay ninguna que lo sea más que las demás. ¡ Dichosa dependencia, que sin amenguar la libertad, es expresion de servicios mútuos y garantía pacífica de propiedad! La independenciamiento es la esclavitud de la miseria ó la libertad del salvaje errante entre las fieras.

Cuanto más viva sea la competencin producida por el libre-cambio , tanto más activo es el trabajo humano, y más odiada la guerra, porque en esta , á la fatiga febril y abrumadora de un dia de batalla , sucede el ocio de los campamentos, y con aquella y con este, se armoniza mal la actividad continua, regular y ordenada de la industria. La guerra y el comercio se contradicen y excluyen: el hombre en los combates ve en sus semejantes un obstáculo para la realizacion de sus sueños , el comerciante ve en ellos el complemento de sí mismo; el primero goza en la soledad de los osarios formados por la pujanza de sus

armas, el segundo en medio del bullicio, de la alegría y de la concurrencia de los mercados; la guerra crea hábitos de destrucción y de disipación, el comercio de renovación y de economía; aquella acostumbra á la ferocidad y á la intolerancia, y este al trato universal y á la mansedumbre. No es, por consiguiente, extraño que César dijera que los galos por el influjo del comercio de Marsella habían perdido la aptitud para la guerra, y que habiendo sido antes casi siempre vencedores de los germanos, eran después casi siempre vencidos por ellos.

El trabajo acumula solicito los productos de cien generaciones, y una sola hora de guerra los hace desaparecer y obliga al hombre á comenzar de nuevo el edificio tan laboriosamente levantado por la humanidad. Al contemplar las pirámides colosales de Egipto, los grandes monumentos de Grecia y Roma, las bellísimas construcciones de la edad media y tantas otras que han dado forma al pensamiento de los siglos, exclamarán algunos: «¡cuánta riqueza está enterrada debajo de esas piedras!» Sin embargo, esas piedras son la huella de la idea, del sentimiento y de la vida del género humano, y pueden contestar á los que fijan en ellas desdeñosamente su mirada: «la riqueza que enterramos y que brota multiplicada en el espíritu y en la materia, es sólo un grano apenas visible de arena, comparada con la que se ha destruido en fortalezas, espadas y cañones para hacer la apoteosis de la muerte.» La inteligencia se enreda en confuso laberinto, cuando quiere reducir á números los valores sacrificados en el altar del genio de la guerra.

Cuando los pueblos estén ligados por los vínculos del libre-cambio, no sólo tendrán interés en la conservación de la paz los que se hallaban preparados para destruirse, sino también todos los de la tierra. La libertad de comercio establece entre ellos relaciones tan numerosas, tan variadas y tan indefinidas como las necesidades humanas, y llega á concertarse un acuerdo tan armónico entre los intereses de los pueblos, que no puede ser lastimado uno de ellos, sin que sufran los demás. Si á uno solo perjudica inmediatamente la guerra disminuyendo sus productos, sufren también los que los necesitan y reciben en cambio de los suyos; sufren después los relacionados con estos, y de esa manera el sufrimiento, atravesando una y otra frontera, se extiende

por toda la tierra, á la manera que el movimiento impreso al centro de una masa de aguas se comunica por círculos concéntricos y sucesivos á todas ellas. Multiplicad los cambios por medio de la libertad y del trabajo, y el gemido de una sola víctima industrial se extenderá por millones de conductos acústicos á todos los puntos del globo que habitamos. La bala lanzada del cañon no solo dará en el blanco que viene á tierra: derribará las fábricas, romperá los arados, echará á pique los buques, y arrancará gritos de dolor en todas las lenguas. Una declaracion de guerra no sólo hará palpar el corazon de las madres en los pueblos que se van á arrojar unos sobre otros, como si Dios no hubiera dado entrañas á sus criaturas, sino tambien el de todas las madres de la tierra, porque todas verán, en aquel torrente de sangre, arrastrada la vida de sus hijos. Verán cerradas las puertas de las naciones, por donde entran los productos de la tierra que son el pan del cuerpo, y la verdad que viene de todas partes, y que es el pan del espíritu. El imperio del libre-cambio no consentirá el sacrificio de victimas inocentes en las aras del orgullo; porque no necesita de sangre para sostenerse, sino de actividad, de inteligencia, de perseverancia y de amor.

El amor que se mece en el blando sosiego de la paz, que se nutre con el ambiente de los placeres legítimos y tranquilos, y que se asusta con el ruido de la guerra, se funda en el conocimiento del objeto amado, en la mutualidad de los servicios y en la gratitud. Poned barreras entre los hombres, prohibid que contraten entre sí, aislados en medio del mundo, y el amor que germinaba en su alma desaparecerá arrebatado por el viento de injustas é inmotivadas prevenciones. Mas si el comercio es libre, si el hombre del Norte y el del Mediodía, el del Oriente y el del Occidente, se ven, se hablan, se necesitan y se sirven, las antipatías cesarán, los productores y consumidores verán en el mundo la patria comun, y sólo reputarán enemigos á los que pretendan alterar la paz de los pueblos. La caridad extenderá indefinidamente el círculo de su accion, y sostenida por la libre comunicacion del trabajo se interpondrá entre las espadas, unirá las manos de los combatientes, y derramará sobre su corazon el bálsamo del consuelo, de la tolerancia y del perdon de las injurias.

El comercio libre no sólo impedirá las guerras internacionales,

sino tambien esa guerra civil incesante y sin tregua que la patria sostiene con sus propios hijos, que tantos brazos ha arrebatado á la industria y que ha llenado los establecimientos penales de rohombres bustos y enérgicos, que considerando rotos los vínculos que los unian á la sociedad y llevando impreso en su frente el sello de la infamia y de la esclavitud de la pena, ponen el pié en el primer peldaño de la escala del crimen, y arrastrados por su propia gravedad, descienden hasta el último. ¡Cuántos hombres que cuando niños revelaban en su sonrisa infantil el porvenir de una vida cándida é inocente, cuya mirada dulce y tranquila era el encanto delicioso de sus madres, cuyo corazon latia al impulso de generosos sentimientos, y cuyos instintos repugnaban las acciones indignas, han sido arrebatados á la virtud por el contrabando que no consideraban como delito, y una existencia que debió deslizarse pura en la corriente del tiempo, que nació para saborear las dulzuras de la familia y que era proba en su origen, en su tendencia y aspiraciones, concluye maldita de Dios y de los hombres, desgarrada por la desesperacion ó deshecha por la mano del verdugo! Esa guerra del carabinero y del contrabandista que convierte á los virtuosos en malvados, que repele al extranjero, que opone obstáculos al ejercicio de la caridad universal y que enciende y alimenta odios profundos contra la autoridad y la sociedad, produce, señores, el gran resultado de que no podamos adquirir artículos acaso necesarios para la vida, que las industrias espontáneas y fecundas sucumban ahogadas por la abundancia de sus productos, y que las privilegiadas arrastren una vida lánguida, enfermiza y miserable. Pero ¡qué extraño es, si la sangre que hacen verter las ahoga, y eso que no es suficiente para impedir que los géneros ilícitos penetren en las casas de los mismos fabricantes y merezcan la preferencia de sus propias mujeres!

Lo que las leyes de la naturaleza quieran que sea, será. El hombre tan poderoso para ayudarla, es impotente para combatirla. Segun las leyes de la creacion, la humanidad es una, y no puede menos de serlo. Segun ellas, los hombres de razas más opuestas, el blanco y el negro, el que siente sobre su cabeza el fuego abrasador del sol africano y el que envuelto en pieles se desliza por los rios helados del Norte, los monoteistas y los po-

liteistas, todos han nacido para amarse, para servirse y para ser hermanos; pues bien, se amarán, se servirán y serán hermanos.

Para serlo, es preciso que todos y cada uno trabajen para cada uno y para todos, y que cada cual produzca lo que pueda y sepa producir mejor; es necesario, en una palabra, que el cambio sea libre; pues bien, libre será. Cuantos esfuerzos se hagan para cambiar el curso de la naturaleza, serán ineficaces para impedir el triunfo definitivo de la verdad. La fuerza y el error retardarán por más ó menos tiempo sus progresos; pero por último, lo que debe ser es, y la verdad sentada en sólio refulgente, recibirá las adoraciones de sus mismos enemigos. Sigamos con noble orgullo la bandera del libre-cambio, porque simboliza la paz, y la paz es el triunfo de la razón sobre la fuerza, del derecho sobre la injusticia y de la caridad sobre el egoismo. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

DEL FUERO PRIVILEGIADO

DE LA HACIENDA PUBLICA,

por

D. Manuel Malo de Molina.

Señores :

Vengo á ocupar en esta noche el sillón que otros dignísimos miembros de la Sociedad de reforma de los aranceles de Aduanas han ocupado con gran ventaja para el libre-cambio, y con gran complacencia vuestra, porque con su erudicion y la brillantez de su palabra os han instruido y deleitado; pero yo que no puedo asemejarme á ellos, porque ni mi palabra ni mis conocimientos son comparables con los de tan ilustres profesores, sólo voy á abusar por una hora de la indulgencia que el Ateneo me ha concedido siempre que he tenido la honra de ocupar este sitio. Por ello sólo os pido la continuacion de lo que otras veces tan li-songeramente me habeis acordado.

Y no vengo, señores, forzado ni precisado por la Junta de la Asociacion á que me honro de pertenecer; vengo á cumplir un empeño voluntario, aceptado y secundado por la Junta, y este empeño lo he contraido, no por envanecimiento, no por presuncion, sino porque, considerándome simple soldado del gran ejército libre-cambista, creo tener la obligacion, como todos los demás, de defender personalmente la idea, en la forma que se adapte mejor

á mis fuerzas. Circunstancias particulares me han hecho conocer algo el *Fuero de Hacienda*, y como del estudio que constantemente he hecho de él, he obtenido una profunda conviccion de su inconveniencia é ilegalidad, de aquí el que haya escogido este terreno para atacar en él á los partidarios de la mal llamada proteccion, porque una de las consecuencias del principio que reconocen es la ley penal para los delitos de contrabando y defraudacion, y por lo tanto el fuero privilegiado de Hacienda.

Si recordais que hace pocas noches un distinguido y simpático orador os habló, con más elocuencia de la que yo poseo, de aquellos delitos, al considerar á la proteccion con relacion á su parte penal, y os demostró concluyentemente la absurdidad de la ley que á ellos se refiere, conoceréis cuán difícil es mi posicion, dado que, para hablar del fuero que es la ley, he de rozarme precisamente con la materia del fuero que es el delito, y este campo lo encuentro yo agotado por mi antecesor. Sin embargo, procuraré sacar el mejor partido que pueda de esta situacion, confiando siempre en vuestra benevolencia.

El fuero especial de Hacienda, señores, no tiene su origen en la historia hasta finalizar el siglo xvii, pues no se conoció como tal la jurisdiccion del fisco, sino hasta que el Sr. D. Carlos II en 3 de Enero de 1687 nombró por primer Superintendente general de Real Hacienda, al célebre marqués de los Velez, y con la creacion de la Superintendencia erigió la jurisdiccion especial, desempeñada en su mayor gerarquía por el superintendente, y en primera instancia por los subdelegados de rentas, que como sabéis eran los intendentes en las provincias; y abogados nombrados con aquel titulo, en los partidos administrativos.

Antes de esta época, los asuntos que interesaban al fisco se libraban por la autoridad judicial de los alcaldes en representacion del monarca, con la intervencion de los administradores ó recaudadores de los pechos y tributos reales; pero en aquel tiempo de tanta impericia y confusion de ideas económicas, se reconoció paladinamente el principio de justicia de que en ningun pleito ni causa puede el que la sentencia ser juez y parte; y en las Cortes de Alcalá de Henares celebradas en 1548, se decretó que *el oficial que hoviere parte en la renta non fuere juzgador de ella*. Desde entonces se limitó la intervencion de los adminis-

tradores á la impulsion de los procesos, sin tomar parte en su decision, confiada sólo á la justicia ordinaria; pero como los arbitristas del tiempo de la monarquía austriaca desquiciaron la Hacienda hasta tal punto, que hubieran podido causar la ruina del Estado, segun nos lo dice la historia; los hombres que aconsejaron á los reyes que sucedieron á aquellos desnaturalizados extranjeros, procuraron traer á mejor camino la Hacienda, arreglaron algo los impuestos, y convirtieron la Contaduría mayor, que entonces se llamaba así al centro general de la administracion económica, en Real y Supremo Consejo de Hacienda, creado en 1602, y cuya organizacion se encuentra en la Novísima Recopilacion (1). Sin embargo, señores, á pesar de que en el Consejo se reunia todo lo que con la Hacienda hacia relacion, y habia salas de justicia, para fallar los pleitos y causas, se conservó el fuero comun ó sea la justicia ordinaria, y cuando llegaban al Consejo en apelacion, pasaban á él los Consejeros de Castilla y conocian y sentenciaban las apelaciones. Así se practicó hasta la creacion de la Superintendencia general, motivada segun se dijo por los muchos fraudes que se cometian y por la necesidad de un ejemplar castigo; y desde entonces los negocios de Hacienda, así civiles como criminales, se sujetaron á la jurisdiccion especial de los subdelegados y del superintendente como jefe superior: y se llevó tan adelante la especialidad de esta jurisdiccion privativa, que se declaró como atractiva de cualquier otro fuero privilegiado, y en materia de defraudacion y contrabando iban al juzgado de rentas el eclesiástico, el militar, el marino, el noble y el plebeyo, y hasta los extranjeros podian ser vejados por la Hacienda sin conocimiento de su cónsul (2). Los hombres que en aquella época se llamaban hacendistas, fueron los que dieron más personalidad al Estado de la que hasta entonces se le habia concedido, y elevándolo, equivocadamente segun nuestros principios económicos, á personalidad efectiva, le dieron intervencion directa en los asuntos que á la sociedad interesaban, como si fueran de su sola y exclusiva pertenencia; así es que en materia de jurisdiccion de Hacienda, no consideraron el interés general, sino que sólo miraron la conveniencia particular de la personalidad

(1) Todo el título X, libro VI trata del Supremo Consejo de Hacienda.

(2) Ley VII, libro VI, título XI de la Novísima Recopilacion.

física, y la rodearon de todas las garantías imaginables, colocando en sus manos la imposición de los pechos y tributos, la distribución de los caudales públicos, y la administración de la justicia que con ellos tenía roce; olvidando que, reconocida la personalidad del fisco, había de tener un interés directo y bastardo en sostener sus caprichos, como ordinariamente los tienen los hombres; y que poniendo en sus manos la administración de la justicia se faltaba al principio proclamado en las Cortes de Alcalá de Henares, antes referido. Se hizo pues la Superintendencia general de la Real Hacienda, juez y parte en todos los negocios así civiles como criminales que caían bajo su jurisdicción, y para mayor escándalo de la justicia, se introdujo desde entonces el principio, que hoy rige todavía desgraciadamente, de interesar á los jueces en una parte de las penas pecuniarias que impusieran, y en el valor de los comisos que declararan; porque, como es sabido, la legislación penal de Hacienda, desde su creación, lleva consigo el absurdo principio de la confiscación del género objeto de la defraudación ó cuerpo del delito, además de la imposición de otras penas, que como elocuentemente la otra noche se os dijo por el Sr. Silvela, llegaban hasta la de muerte, pronunciada por sorteo y con relación al daño causado en los carabineros ó defensores de la Hacienda.

Con esta terrible organización especial parecía que el interés del fisco había de estar siempre á cubierto de desfalcos y defraudaciones; pero lejos de eso el fraude se aumentaba, el contrabando crecía, y crecía de tal punto que las leyes de la Novísima Recopilación nos revelan las medidas que se tomaban para aislar á los contrabandistas y defraudadores que se encontraban en todas las clases del Estado, así entre los eclesiásticos, como entre los oficiales generales de mar y tierra, y entre los municipios y corporaciones legales, y una ley se hizo expresamente en 1780 para prohibir que pudiesen tener oficios de república los que se ocupaban en el contrabando (1). Pero este resultado, señores, era y es muy natural, porque como dijo muy oportunamente el Sr. Silvela, las leyes económicas que no son otra cosa que la realización de los principios naturales del cambio, no

(1) Ley XIII, tit. V, lib. VII de la Nov. Recop.

pueden dejar de cumplirse en la sociedad, por más que otras leyes inventadas por los hombres para contrariarlas, formen círculos estrechos y reducidos, anzuelos de multas y de sanciones penales, que vienen á estrellarse contra el interés particular que naturalmente aquellas despiertan. Ya en otras noches, oradores más elocuentes y entendidos han probado hasta la evidencia la absurdidad del principio restrictivo en las operaciones económicas del cambio por medio del comercio; y yo abusaría de vosotros si repitiera aquellas razones; pero dándolas aquí por reproducidas, permitidme que os demuestre, como consecuencia inmediata, la absurdidad y contradicción en la calificación de delitos á los actos que constituyen la defraudación y el contrabando.

Todos vosotros sabéis que, según los más afamados autores de derecho criminal, siguiendo al célebre Montesquieu, se conocen como únicas fuentes de los delitos cuatro porque vienen á herir á la sociedad en sus cuatro principios fundamentales; y son los delitos contra la religion: contra las buenas costumbres: contra la tranquilidad pública; y contra la seguridad de los ciudadanos; y como la transgresion ú ofensa á cualquiera de estos principios debe conmover á la sociedad, de aquí la necesidad de establecer penas á cuyo recuerdo el transgresor se retire de su acción criminal, ó bien le sirvan de correctivo por el daño causado; derivándose de aquella necesidad el derecho de castigar. Toda pena establecida sin esta necesidad se convierte en tiranía según los principios asentados por el autor del libro de los delitos y de las penas; y por lo tanto necesario es ver si los delitos de defraudación y contrabando pueden material y moralmente ser comprendidos en cualquiera de aquellos cuatro principios filosóficos, para que entren en la categoría de penas legales, ya que para ellos se han establecido, ó para demostrar que sólo son sanciones tiránicas de los gobiernos.

Creo que todos convendréis en que los delitos contra la Hacienda no pueden comprenderse ni en la categoría de religiosos, ni en la de las buenas costumbres, ni en la de seguridad individual, y que sólo quedará como problemática la de la tranquilidad pública. Para mí tampoco pueden comprenderse en esta categoría ó base fundamental, porque de que el fisco se vea pri-

vado de una parte de sus derechos, ó que no venda bastante tabaco ó sal porque el contrabandista introduzca estos efectos y le distraiga el consumo, ó porque una industria se perjudique no pudiendo vender sus malos productos por la introduccion de los similares fabricados en el extranjero, no puede deducirse que la tranquilidad pública se vea ofendida, ni que nadie se sienta alarmado. Pues bien: no pudiéndose comprender tampoco en este principio, los hallo fuera de toda razon legal y filosófica para ser llamados delitos. Yo conozco que hay una razon justísima para castigar al que perturba la sociedad, al que con su mal proceder pone en alarma y conmocion á los ciudadanos, y que la pena debe estar en relacion exacta con el *daño que haya hecho á la sociedad* (1); pero cuando del hecho ejecutado no se descubre este daño, no alcanzo que haya razon y derecho para convertirlo en delito y acordarle una pena. Y que este daño á la sociedad no resulta del contrabando ni de la defraudacion, se prueba con sólo examinar estos actos. Puede cometerse el delito de contrabando, como antes he apuntado, bien introduciendo en el país géneros que se tienen por estancados y cuya fabricacion y venta se ha reservado el Estado, ó bien trayendo géneros extranjeros prohibidos á su introduccion para proteger la produccion similar que se fabrica en el Reino. La experiencia nos enseña que los géneros estancados, y los protegidos con prohibiciones, siempre son caros y malos, y hay un interés natural en los asociados para proporcionárselos mejores y más baratos. Este interés no sólo es natural sino general en todas las sociedades, pues no sabemos que haya leyes ni preceptos naturales y filosóficos que obliguen al hombre á no proporcionarse el mayor bien posible, con el menor esfuerzo; y cuando el contrabando le ofrece la realizacion de este bien, porque le proporciona mejores productos y á más bajo precio, en vez de atacar al interés general social, y de causar daño á la sociedad, le presta un favor y le hace un bien; y si esto es así, mal puede llamarse delito el acto que ni causa daño ni trae perturbacion á la sociedad.

No desconozco, señores, que con este acto se comete una ofensa á la moral pública que consiste en el respeto y acata-

(1) Beccaria, *De los delitos y de las penas*.

miento á la ley, y que mientras haya una que defina el contrabando, la moral exige su cumplimiento; pero, señores, cuando en la ley se ha faltado al principio filosófico en que debe fundarse toda pena y calificación de delito, lleva consigo la inmoralidad, y se convierte en tiranía: de aquí es que las sociedades, con el buen sentido que les sirve de guía, prescinden de la moralidad para calificar al delito y al delincuente, y cubren con su indiferencia, sino algunas veces con su aplauso, al transgresor de la ley que no se apoya en el principio moral y filosófico de la delincuencia de las acciones humanas. La conciencia se rebela contra los delitos llamados políticos, que van si se quiere directamente guiados á atacar la tranquilidad pública; y por más sanciones penales que las leyes les han impuesto, la sociedad no considera nunca como delincuente, sino como mártir, al que tiene la desgracia de sufrir el rigor de sus penas; porque falta el principio moral, el daño hecho á la sociedad; y lo mismo casi sucede con los delitos de contrabando. Nadie se oculta para decir que es ó ha sido contrabandista, por el contrario se vanagloria de haberlo sido y la sociedad aplaude muchas veces la astucia que ha puesto en juego para burlar la vigilancia del fisco: y nadie rechaza de la sociedad al que ha sido penado por contrabandista, como se hace en general con el hombre que ha merecido castigo por un delito comun, comprendido en aquellos cuatro principios ó fuentes que antes enumeré.

Si esto sucede con el contrabando, que puede originar perjuicio á algun ciudadano, ó á alguna clase entera de ciudadanos, mucho mejor puede hablarse de la defraudacion, que sólo causa ofensa al fisco en cuanto le priva de la percepcion de ciertos derechos. Bien sabeis, señores, cuán propensos y aficionados somos todos á la defraudacion, cuánto gozamos cuando hemos podido realizarla; y si esto sentimos todos, y nuestras conciencias se hallan muy tranquilas, y no se rebelan, como lo harian si hubiesemos causado daño á nuestros semejantes; podrémos decir muy alto que no hay sancion penal filosófica para semejante accion; que la ley que la establece es tiránica, porque no reconoce por base la necesidad en que se funda el derecho de castigar, y que no puede ser de fácil cumplimiento, por cuanto va contra el órden natural. Con sola esta demostracion, señores, podria dar por

probada la calificación de absurda que antes hice á la legislación penal de Hacienda; pero me resta juzgarla bajo el aspecto económico, para lo cual creo que me bastarán pocas palabras.

Considerando el cambio económicamente, no es otra cosa que la libertad, ó sea la aptitud en todo hombre para adquirir todo aquello que crea conveniente, ofreciendo á su vez lo que legítimamente posee: el ejercicio de esta libertad constituye el derecho; y la práctica de la libertad y del derecho nos ofrece la verdad en economía. Por eso el dignísimo presidente de nuestra Asociación dijo en la primera noche de estas conferencias, y luego lo repitió otro ilustre orador, que el libre-cambio era la verdad; que la verdad era el derecho, y el derecho la libertad; y yo acogiendo esta demostración, sostengo que lo que se opone á la verdad es el absurdo, al derecho y á la libertad es la tiranía, y como la legislación penal de Hacienda se opone á la verdad, al derecho y á la libertad, concluyo diciendo que es absurda y es tiránica.

A pesar de esta tiranía y de esta falta del modo de ser racional de la materia del fuero de Hacienda, es un hecho que se organizó la jurisdicción especial de una manera formidable, porque amagaba continuamente á todas las demás jurisdicciones, y se organizó no sólo para la represión de los delitos en cuyo castigo tenía interés el fisco, sino que también llamó á sí todas las cuestiones civiles en que el fisco podía estar interesado, aunque por su naturaleza especial se siguieran ante otros tribunales; y de aquí el que haya sido muy frecuente la competencia promovida por las subdelegaciones de rentas, en testamentarias, concursos de acreedores y quiebras mercantiles, sólo porque los testadores ó los deudores, ó habían sido arrendadores de derechos del Tesoro, ó fiadores de ellos, ó se hallaban debiendo contribuciones.

En la época del Consejo Supremo de Hacienda, podríamos decir con alguna seguridad que se trataban con más detenimiento los asuntos judiciales en que se rozaba el interés del fisco, si bien no había leyes ni disposiciones terminantes que formaran un cuerpo general de doctrina: la base principal de la competencia y de la justicia en los fallos y procedimientos, era la creencia que dominaba en todos los hombres de Estado, de que los intereses del fisco eran sagrados, y sobrepujaban á los de todas las demás

clases, debiéndosele conceder por lo tanto el especialísimo privilegio de la restitucion *in integrum*, como se habia concedido á los menores; privilegio, señores, que á pesar de ser contrario á los principios filosóficos que lo fundaron, se ha conservado hasta hace muy poco tiempo en la práctica, y se sostiene todavía como teoría por algunos de los que pertenecen á la escuela anti-económica, que desgraciadamente desconoce el caso práctico y el hecho innegable de que el Estado ó el fisco, no se halle desamparado como el menor, que falto de curador ó por negligencia ó poca inteligencia de este puede verse perjudicado. Por el contrario aquel tiene continuamente tutores y guardadores entendidos y escogidos entre los hombres de ciencia y conciencia (al menos así debe juzgarse filosóficamente de los ministros y altos empleados), y cuando á ellos está encomendada la gestion de sus negocios, no puede admitirse la duda en la legitimidad y en las consecuencias legales de esta gestion con respecto á terceros interesados; sino sólo reservar al fisco la accion ordinaria para exigir de sus administradores la responsabilidad de los perjuicios que por su culpa puedan habersele irrogado.

Cuando el fuero de Hacienda tuvo por tribunales especiales á las subdelegaciones de Rentas, y á la Superintendencia general como tribunal supremo, tambien podrémos asegurar que se rompió en algun tanto aquella consideracion que se guardaba con el Supremo Consejo de Hacienda. Dueña del terreno la nueva jurisdiccion especial, con facultad de conocer de los juicios civiles y de las causas criminales que hasta entonces habian fallado los alcaldes y justicias del reino, se presentó invasora y á la sombra de la legislacion mal definida que existia, formó sus procedimientos y su jurisprudencia de una manera tan informe, que los Consejos de Castilla y de Estado, acudieron más de una vez á la Corona pidiéndole que refrenara los desmanes de la jurisdiccion privilegiada, que ni respetaba á extranjeros, ni á eclesiásticos constituidos en dignidad, ni á militares de elevada clase, en el momento en que se les suponía conniventes en un delito de contrabando ó defraudacion; y así continuó desde 1687 hasta 1830 en que el ministro de Hacienda D. Luis Lopez Ballesteros dió la ley de 3 de Mayo dirigida á cortar los abusos que se habian introducido, y á organizar las disposiciones penales, al mismo tiempo que el procedimiento.

Dividió esta ley los delitos contra el fisco en dos clases: contrabando y defraudacion, subdividiendo aquel en contrabando de primero y de segundo orden. Correspondian al contrabando de primer orden las introducciones fraudulentas de géneros estancados, como lo eran el tabaco, sal, azufre, pólvora, y azogue, y la elaboracion, siembra y tráfico de estos artículos; y al de segundo orden la introduccion de géneros prohibidos, que se llamaban de ilícito comercio; su tráfico y detentacion; y la exportacion del Reino de aquellos que se comprendian en las mismas prohibiciones de exportacion, y su circulacion en la zona de cuatro leguas de las costas y fronteras. Para toda esta clase de delitos, la pena comun y más principal era el comiso del género aprehendido ó su valor si podia averiguarse cuando no se habia logrado la aprehension real, con los bagajes, carruajes y buques en que se conducia, el de las herramientas, útiles y demás efectos necesarios para su elaboracion; las yuntas y aperos que sirvieran para la labranza de los terrenos en que se sembraba tabaco; el mismo suelo en que se sembraba si era del delincuente ó lo habia arrendado con tal propósito: y lo que es más la pérdida de todos los géneros permitidos al comercio que vinieran mezclados en baul, maleta ú otro transporte con los de contrabando ó de ilícito comercio; y además de esta pena comun se aplicaba la de presidio desde uno á diez años, por el contrabando de primer grado; y por el de segundo las multas del duplo, quintuplo y décuplo del valor del género aprehendido, y en caso de reincidencia la de presidio correccional ó como antes se decia de *Obras públicas*.

Sin grande esfuerzo por mi parte, conoceréis que semejante legislacion tan tirante y cruel llevaba en sí misma el germen de su imposibilidad. Se habia llevado tan adelante la fiscalizacion y el castigo en materia de contrabando de tabaco, que se condenaba la aprehension hasta de una onza de este artículo; y bastaba encontrar media libra de cigarros en el baul de un viajero, que venia destinada para su propio uso, para que perdiera todo lo que en el baul conducia, y se le condenara á seis meses de prision, aumentándose otros seis meses por cada libra, hasta el punto de que por un cuarto de arroba se elevaba á cuatro años de presidio; reputándose desde luego á la persona, trafi-

cante en contrabando, por sólo la aprehension real del género estancado.

Si el que llevaba sobre sí una onza de tabaco era persona con domicilio fijo y de buena moralidad, la ley sólo le condenaba al comiso del género y á una multa del quintuplo de su valor, pero si no tenia domicilio fijo, ó aun cuando lo tuviera, su ocupacion no se reputaba *por honesta* ó habia sospechas de ser vago, la onza de tabaco lo conducia á un año de presidio correccional que podia ser de cuatro si de una onza se llegaba á una libra. Todas estas penas, así en los delitos de primero como de segundo orden, eran independientes de las que se debian imponer por los delitos que hoy se dicen conexos, como son: resistencia á la autoridad ó fuerza armada, usar de armas prohibidas, y demás que pudieran cometerse con ocasion del contrabando, y por esta razon habia muchos casos en que se imponia la pena de muerte, como ya antes he dicho.

Con semejante legislacion, en los años de 1830 al 36 las cárceles se llenaron de contrabandistas, y fué tal el número de causas promovidas por las subdelegaciones, y tantas y de tan gran tamaño las vejaciones que se causaron á embajadores, ministros, capitanes generales y hombres importantes, al registrar sus equipajes en las aduanas y fronteras, que asustada la Superintendencia general de Hacienda, nombró una comision de visita que fuera modificando los fallos pronunciados por las Subdelegaciones de Rentas, y se dió una circular á estos tribunales para que las disposiciones de la comision de visita se tuvieran como modificaciones de la ley, y que se procurara guardar toda la lenidad posible al aplicar sus disposiciones. Como deja conocerse, esto fué desvirtuar la ley y dejar en mano de los intendentes de las provincias no sólo la suerte de la Hacienda, hablando en sentido puramente fiscal, y en lenguaje proteccionista, sino lo que es más, la suerte de los que cometian el delito de contrabando, porque aquellos podian aumentar ó rebajar la pena á su antojo dado que ya no habia regla fija que aplicar. Aquella disposicion del gobierno vino á confirmar el principio antes asentado de que no pueden contrariarse las leyes naturales del cambio, por mucha que sea la tirantez de la legislacion prohibicionista y proteccionista; y la conducta del gobierno por enton-

ces que se apresuraba á indultar á los cabecillas contrabandistas, por la promesa de convertirse en delatores de sus propios compañeros, vino completamente á relajar los principios de la ley, que fué verdaderamente letra muerta desde 1836 hasta 1852 en que se reformó. Vosotros todos recordareis que era tal el hábito del contrabando en España en aquellos años, que habiéndose extendido bastante el uso del tabaco, casi nadie lo consumía del estanco; y nadie se guardaba de decir que lo fumaba de contrabando: también recordareis que los géneros de algodón y de lana que estaban enteramente prohibidos se habían generalizado tanto, que había pueblos, como sucedía en todos los de las inmediaciones de las costas y fronteras, cuyos habitantes no ostentaban otras ropas que las de géneros prohibidos, y hasta los mismos ministros y legisladores no se podían ver libres de llevar ellos y sus familias, ó paños de contrabando, ó camisas y otras prendas de algodón prohibido. La ineficacia pues de la ley era tal que en todas partes se encontraba el contrabando, por mucho que se aumentaba el resguardo que debía perseguirlo; y la consecuencia de aquella ineficacia, ocasionada por la necesidad del consumo, era la inmoralidad del cohecho llevada á todas las esferas de los empleados de Hacienda y aun también á los del ramo de guerra, declarados auxiliares para la persecución del contrabando. Y demostrada de un modo tan eficaz la impotencia de las leyes restrictivas, el gobierno desde 1844, se decidió á entrar en la única vía posible y racional de extinguir el contrabando, que es abaratando y mejorando la mercancía, y ofreciéndola en buenas condiciones de cambio al mercado público.

Considerándose el Estado como fabricante y comerciante único de los efectos estancados, se decidió á destruir la competencia del contrabando, mejorando las clases que expendía y abaratando su precio, y en efecto logró su deseo al poco tiempo en mucha parte; demostrándose con esto la inflexible verdad de la ley económica de la oferta y la demanda. Se introdujeron á bajo precio los tabacos picados en 1842 y 43, y á poco el consumo de tabaco ordinario que buscaba el precio de diez y doce reales libra, se trasladó de las casas y almacenes de los contrabandistas á los estancos del gobierno; y á los pocos años era tan difícil encontrar cigarros de á cuarto llamados de palanca en el contrabando, co-

mo era fácil hallarlos de los más subidos precios ó dígase de regalía. Con la introduccion de los picados disminuyó en gran manera el contrabando de tabaco elaborado, y los productos de esta renta subieron considerablemente, y creo que subirian mucho más y que el contrabando se extinguiría de todo punto si el gobierno mejorase las clases superiores y abaratase los precios, hoy que tan comun es ver fumando un cigarro puro á jóvenes que en otro tiempo se hubieran avergonzado de fumarlo de papelillo.

El mismo sistema dominó en la ley de aranceles de 1849, que como sabeis, modificó extraordinariamente el sistema anterior y admitió por primera vez á comercio los algodones. Derechos muy altos se fijaron á estos, pero como representaban algo menos que el valor de la prima del contrabando y la ganancia del contrabandista, desapareció el interés del tráfico ilícito, porque sabido es que, aunque tales medios se empleen, han de realizarse en la operacion las condiciones económicas del cambio. En cuanto hay posibilidad de presentar al mercado, con completa seguridad, el género en condiciones ventajosas, desaparece el interés del contrabando ó de la defraudacion; y por esta causa la legislacion de 1849 atacó el tráfico ilícito en gran parte, y se disminuyó considerablemente el contrabando que antes se hacia.

Con el mismo rigor que se juzgaba por las subdelegaciones á los contrabandistas de tabaco y de algodones, se castigaba á los que hacian el tráfico llamado ilícito de la sal; y si yo estuviera llamado en esta noche á hablar contra las rentas estancadas, podría probar con datos bastante curiosos, lo absurdo del estanco de esta renta, y los infinitos males que ha causado y está causando á los pueblos; y os referiria cosas chistosas acerca de los acopios de sal que se repartian á los pueblos para que *velis nolis* la consumieran los vecinos y hacendados; pero hago caso omiso de todo ello, y sólo os diré que por centenares se contaban y se cuentan las causas de contrabando de sal, que se promovian en las subdelegaciones de la raya de Portugal, por cantidades de libras ordinariamente, y pocas arrobas por alguna que otra vez.

El ilustrado ministro de Hacienda D. Juan Bravo Murillo, que conocia el mal que se originaba de un estado tan precario en la legislacion penal del fisco, se determinó á plantear, por Real decreto de 20 de Junio de 1852, el proyecto de ley que sobre ju-

jurisdiccion de Hacienda se habia discutido ya en el Senado y pendia de exámen en el Congreso de diputados, con lo cual se cortó en gran parte el mal que se tocaba. En este Real decreto se confió el conocimiento de los delitos fiscales á jueces independientes de la autoridad administrativa, y se les señaló como base del procedimiento la legislacion ordinaria, sujetándolos á la inspeccion y superioridad de los regentes de las audiencias. Se definieron los delitos de contrabando y defraudacion de distinto modo que hasta entonces lo habian sido, entendiéndose por el primero toda transgresion á las leyes que rigen las rentas estancadas y las prohibiciones arancelarias; y por defraudacion toda disminucion ó conato de disminucion en los derechos fiscales y en las contribuciones y rentas del Estado; y hay entre este decreto y la ley de 3 de Mayo de 1830, la notabilísima diferencia de que por ninguno de estos delitos se incurre en pena personal, sino en una pena pecuniaria además del comiso de los géneros, y sólo se hace acreedor á pena personal el contrabandista ó defraudador que lleve armas aunque sean de las permitidas, ó que cometa otro delito, con ocasion del contrabando, así sea de cohecho ó falsificacion como de resistencia á la fuerza armada, muerte ó heridas á los carabineros y dependientes de la Hacienda, ú otros análogos. Y sin duda por esta igualacion de penas pecuniarias, aunque en distinta escala en ambos delitos, encontramos que, entre los de contrabando, se califica la ocultacion de géneros á la falta de hacer manifiesto en los buques que hacen arribada forzosa á puerto no habilitado, bahía, cala ó ensenada; el trasbordo de las mercancías hecho sin permiso de las autoridades; y otras omisiones aduaneras que estaban calificadas en la ley anterior como defraudaciones solamente.

Estableció este decreto una gran variacion en el procedimiento declarándolo gubernativo y judicial, y ordenando que no pudiera tener lugar el segundo sin haberse terminado el primero. El procedimiento administrativo empieza en el momento de haberse hecho la aprehension de los géneros, y consiste en someter el acta de la aprehension á una junta compuesta del administrador del ramo á que pertenezca el género aprehendido, de otros dos empleados, de un comerciante nombrado por los interesados ó de oficio, y del promotor fiscal de Hacienda, cuyo jurado reunido

ha de decidir si hay lugar al comiso del género, conforme á las prescripciones del mismo Real decreto, y si los reos contrabandistas ó defraudadores deben someterse al juzgado de Hacienda, por haber incurrido en pena personal. El acuerdo de esta junta es definitivo, si dé él no se apela, ni por los interesados ni por la parte fiscal, y en caso de que sea contrario á los reos, entonces comienzan los procedimientos judiciales que sólo tienen por objeto la imposicion de las penas á que aquellos se hayan hecho acreedores. Pero de todos estos procedimientos se exceptuaron las aprehensiones hechas en las aduanas al despachar los géneros, y las defraudaciones cometidas en el mismo acto, las cuales quedaban sujetas á lo especialmente dispuesto en las *Ordenanzas*, nombre con que se distingue la legislacion del procedimiento arancelario.

Resta para mi propósito diseñar tan ligeramente como lo he hecho, el decreto que hoy constituye la ley del fuero de Hacienda, y voy á permitirme algunas consideraciones que creo son de gran importancia, porque á mi ver constituye esta legislacion un gran anacronismo en la época presente.

En el vuelo que han tomado los conocimientos científicos acerca de la legislacion penal, en los últimos años entre nosotros, no puedo yo comprender, cómo los reformadores de la ley de 1830 y los que han introducido la jurisdiccion contencioso administrativa en nuestra patria, han podido convenir en la calificacion de delitos, á el contrabando y la defraudacion, y han podido conservarla en la ley discutida en 1851. Para mí, señores, consultando los principios filosóficos del derecho penal, que al principio he enumerado, el contrabando y la defraudacion no son delitos, porque no ofenden, ni á la seguridad individual, ni al orden material, ni hacen más que atacar á los derechos del fisco que, así como hoy existen, mañana pueden desaparecer; lo cual no sucede con los eternos principios que constituyen la sociedad, y que por lo tanto los delitos que la conmueven son y serán siempre delitos. El contrabando y defraudacion no los encuentro yo en la categoria de los delitos, los hallo en la categoría de las faltas ó transgresiones de la ley que no causan gran daño á la sociedad; pero que no por ser faltas están exentos de pena; lo merecen sí, porque son transgresiones de la ley, pero en la esfera

que se les aplica en las contribuciones directas, que son recursos fiscales, como los productos estancados y los derechos arancelarios. En las contribuciones de inmuebles y subsidio, las defraudaciones y las ocultaciones se castigan por medio de un procedimiento gubernativo, que puede elevarse á contencioso-administrativo, con multas solamente, y sin que en ellas entienda la jurisdiccion de Hacienda, y no por eso dejan de ser menos eficaces. Si para llegar á la defraudacion se ha cometido un delito, bien de falsificacion, de cohecho ó de otra naturaleza, estos delitos se persiguen independientemente de la defraudacion, y yo creo que este mismo sistema era el que lógicamente debia aplicarse á los que hoy se llaman delitos de contrabando y defraudacion. Es más, señores, este mismo sistema se sigue en la contribucion de consumos, en cuya instruccion de 1856 se reducen las penas de la defraudacion á el comiso del género aprehendido y á una multa, exigido todo por los medios administrativos. ¿Qué diferencia hallaremos, señores, entre una defraudacion de una cuota de contribuciones directas de 2.000 rs. al año, realizada por cinco años seguidos, que componen 10.000 rs.; una ocultacion de una bodega de vino para el pago de derechos de consumo que puede valer hasta 5.000 duros; una introduccion fraudulenta por las puertas de Madrid de un carro de aguardiente, y una introduccion, por la frontera ó por la costa, de quince cargas de géneros prohibidos que valen 60.000 rs.? Yo, señores, no encuentro ninguna diferencia; veo que en todos estos casos, al fisco se le ha privado de una cantidad en sus derechos fiscales, que casi vendrá á ser igual en todos ellos; veo que el objeto que se ha propuesto el hombre en estas cuatro clases de defraudacion es uno mismo, y advierto que la ley que siempre debe apoyarse en un solo principio, y castigar la accion criminal, por la intencion in-moral que en ella se lleva, y por el daño que causa á la sociedad, en el caso que me ocupa no guarda esta unidad ni atiende al fin moral y social, puesto que sólo califica como delitos la defraudacion cometida por el contrabando, de géneros estancados y por la introduccion ó extraccion de los prohibidos á comercio. Y aqui, señores, resalta la parte directa que el proteccionismo toma en la legislacion penal hasta en nuestros dias. Indudablemente, se dice, el contrabandista de géneros prohibidos perjudi-

ca al fisco, que es la sociedad, y perjudica al trabajo y á la industria nacional, y como ya hay una clase perjudicada, de aquí la necesidad de diferente y de mayor castigo. Ya habeis oido, señores, en otras noches, cuán vacías de sentido son las voces de trabajo é industria nacional; ya os han probado otros oradores más entendidos que yo, que semejante perjuicio no existe, y por lo tanto yo sólo os diré cuatro palabras. ¿Y no se perjudica con la defraudacion de las contribuciones directas y de la de consumos, á el fisco que es la sociedad, segun vosotros, y á los particulares que se ocupan en las mismas industrias; puesto que el ahorro de la contribucion pone al defraudador en el caso de poder dar más baratos sus productos, y causar daño á sus compañeros? Indudablemente sí, me tendreis que responder. Pues entonces hay paridad de razon; con la defraudacion de las contribuciones hay tambien clase perjudicada, y desaparece la razon de la diferencia en el castigo. No hay pues motivo racional para esta diferencia, y como no lo alcanzo, deduzco que la calificacion de delitos no es armónica hoy, y que por el contrario es muy propia del sistema que se desterró en 1852, dejando un anacronismo que nos haga notar siempre la injusticia de la proteccion en todas sus fases.

Pero, señores, hay otro fundamento en la legislacion penal, que á mi ver ataca á lo más sagrado de la sociedad, al derecho de propiedad, y que es ilegal y abiertamente contrario á la Constitucion política que nos rige; hablo, señores, de la pena del comiso del género aprehendido. Es esta pena la confiscacion temporal que se ordenaba en nuestras antiguas leyes, y que todos vosotros sabeis que fué abolida solemnemente por los legisladores de 1812 y por los de las Constituciones que le han seguido. Cuando ya empezó á sonar mal la palabra confiscacion, se inventó su sinónima de *comiso* y se conservó el efecto variando la denominacion. El comiso es la pérdida del género objeto de la defraudacion ó del contrabando en favor sólo de los intereses fiscales, y no otra cosa era la confiscacion temporal. Pues bien, señores, á pesar de la terminante abolicion de esta pena, que como he dicho antes y vosotros conoceis sin necesidad de explicacion, va dirigida á atacar el sagrado derecho de propiedad que todo el mundo tiene en las cosas que adquiere por medio de su trabajo, ve-

mos con desconsuelo que los legisladores modernos, ocupados en cuestiones políticas, menos interesantes por cierto, no han parado mientes en esta infraccion constante del precepto constitucional, y han conservado y conservan la pena del comiso, ó lo que es lo mismo, la apropiacion por el fisco de la propiedad agena, adquirida en el extranjero por los medios lícitos y legales del cambio. Y no se diga para justificar esta expoliacion, como en otros tiempos se ha dicho, que la propiedad del género de contrabando es propiedad adquirida por medios dolosos equiparándola á la tenencia de las cosas robadas, porque la adquisicion es anterior á la defraudacion, y para obtenerla no se ha puesto en juego ningun medio ilícito. Se me dirá, señores, que el comiso es consecuencia de las prohibiciones establecidas en la ley arancelaria, pero yo tengo esto por una paradoja. Yo concibo que se hubiera decretado el comiso por consecuencia de las prohibiciones, destruyendo completamente el género prohibido para que no pudiera aprovecharse, y de este modo proteger la fabricacion nacional, que es el objeto de la prohibicion; pero declarar el comiso de un género porque perjudica á la produccion nacional, y venderlo en pública subasta á los particulares, que por este medio están facultados para llevar y ostentar el género prohibido, es perjudicar al trabajo nacional en vez de protegerlo; y establecer el privilegio del fisco para utilizarse del perjuicio que sufre la produccion nacional. Todos sabemos, señores, que á la sombra de estas ventas de comisos que se hacen en las aduanas, hasta fabricantes nacionales de telas de algodón han tenido surtidos sus almacenes de géneros de contrabando, sin que pudiera perseguirseles porque conservaban facturas de repetidas compras á la Hacienda, que nunca se agotaban, y siempre servian de pantalla para legitimar la posesion de géneros introducidos por medios ilícitos. Esto es lo que da por verdadero resultado la pena del comiso: un perjuicio notable, hablando en lenguaje proteccionista, á la industria nacional protegida y un ataque directo al derecho de propiedad que no consiente nuestra Constitucion ni nuestras leyes. Es pues necesario, señores, hacer cundir estas ideas para que nuestros legisladores las aprecien algun dia y veamos desaparecer tan monstruosa disposicion, sustituyéndola con la reexportacion del género, ó con su destruccion, si por desgracia se conservan de hoy en adelante las prohibiciones.

Esta legislacion penal de 1852, que constituye hoy el fuero de Hacienda, se ha reconocido al fin por el mismo gobierno que es heterogénea é imperfecta, y aunque no se ha querido abordar de frente la cuestion del fuero privilegiado, en el año último se ha presentado al Congreso un proyecto de ley en el que se mejora algo, no sólo la parte penal, sino que tambien el procedimiento; á pesar de que se conservan en él grandes errores, y entre otros el de la pena del comiso. El ministro de Hacienda conoció ya la insuficiencia de los tribunales privativos, y confesó paladinamente que estos no tienen razon de sér en la época presente, y que por lo mismo, la Hacienda que es como un particular, en el ejercicio de sus derechos y prerogativas, debe acudir á los tribunales ordinarios del fuero comun para ventilar las cuestiones civiles que se le ocurran, para pedir el castigo de los delitos que le causen daño. Pídesese por lo tanto la supresion de los juzgados de Hacienda; y respecto al procedimiento criminal se introduce una gran novedad, considerándolo como gubernativo simplemente cuando el valor del género y la multa que deba imponerse no excedan de 4.000 rs., cuyo procedimiento se encomienda á las juntas gubernativas, con apelacion á los gobernadores y á las direcciones generales en su caso; pero cuando la materia objeto del procedimiento pasa de 1.000 rs., si bien se estima en primer término por las juntas administrativas, ha de originar indispensablemente proceso, que se debe entablar y sentenciar por el juez de primera instancia del partido á que corresponda. Esta reforma, que á primera vista, y segun dice el ministro en su exposicion, ha de ser ventajosa y ha de cortar de raíz ese sin número de causas que se siguen hoy por pequeñísimos delitos de contrabando y defraudacion es, bien examinada, reaccionaria y perjudicial, porque adelantado ya por el decreto de 1852, que los reos de aquellos delitos no vayan al juzgado, si la junta administrativa no los juzga acreedores á pena personal, ahora se establece fatalmente que toda defraudacion que exceda de 4.000 reales ha de originar necesariamente la formacion de un proceso, sin distinguir si la defraudacion se ha cometido dentro ó fuera de las aduanas, con violencia ó por equivocacion. Esta grandísima diferencia, este gravísimo error destruye por completo la buena intencion que el ministro de Hacienda se propusiera al pre-

sentar la reforma; y el espíritu que en ella domina, y las doctrinas que en ella se sientan para establecer el procedimiento administrativo, vienen á reconocer la razon de las observaciones que yo me he permitido presentaros en esta noche, para deducir el principio de que los delitos llamados de contrabando y defraudacion, no son más que transgresiones de la ley administrativa que deben castigarse y penarse por los solos medios de que dispone la administracion activa. No se quiere confesar rotunda y paladinamente esta doctrina, porque no conviene todavía atacar de frente en las esferas del gobierno á las consecuencias del sistema proteccionista; pero si un día y otro día, y por unos y por otros medios se propagan estas ideas, estemos seguros de que no tardarán en alcanzar el triunfo, como sucede siempre á la verdad y á la justicia, que concluye por dominar á pesar del error y de la intolerancia. Dichoso, señores, el economista que llegue á ser ministro, y que pueda con sus acertadas disposiciones desarraigar tan ajenas preocupaciones como son las que acerca del fuero de Hacienda existen entre nosotros.

Voy á concluir, señores, porque ya os canso demasiado; pero antes, permitidme que os diga cuatro palabras, sobre uno de los ramos que constituyen la jurisdiccion penal de la Hacienda, y que por cierto no deja de ser bastante curioso, sobre las *Ordenanzas de aduanas*. A propósito nada he dicho de ellas, dejándolas para lo último, ya porque de ellas habló extensa y elocuentemente el Sr. Retortillo, y ya porque son el más firme baluarte de las operaciones prácticas de la proteccion. No basta á esta el arancel, no le basta el exigir formalidades que deben llenarse en el extranjero, desde el momento en que se piensa en hacer el comercio exterior; necesita estar siempre pesando sobre el introductor para que si se descuida en un ápice, caiga sobre él el rigor de la ley penal, que por cierto no guarda analogía con lo que se conoce como tal en los demás ramos que tienen establecidos derechos en favor del fisco. En esta legislacion se pena la introduccion fraudulenta, la ocultacion ó violencia que se hace al fisco para percibir sus derechos; pero en las Ordenanzas de aduanas al contrario se pena la mansedumbre y la tranquilidad con que el introductor se pone en manos de su contrario la aduana. Un comerciante trae géneros por la via legal, los

somete al exámen de la aduana con buena fe siempre, porque si esta no la tuviera no los presentaria; y si al reconocerlos se encuentran diferencias de más ó de menos, ó se han mudado los nombres de los efectos por equivocacion del cónsul ó del consignatario, ó no vienen bien expresados, se le castiga con recargos del doble y del triple derecho, y aún se le puede imponer una multa; ó aún llega el caso de declararse el comiso. Yo concibo que cuando resultan diferencias de más pueda imponerse una pena pecuniaria, por el conato de defraudacion que aparentemente resulta; pero cuando la diferencia es de menos, francamente no puedo concebir la razon del castigo. Se me dirá que es porque la falta supone una introduccion fraudulenta, pero como ordinariamente esta no puede hacerse porque los generos se presentan embalados y empaquetados de manera que su extraccion es imposible, desaparece á mi ver la razon, y sólo queda triunfante el sofisma.

Las Ordenanzas, señores, no admiten el procedimiento *administrativo-judicial*, que así es como lo califican, sino en el caso de aprehension de contrabando fuera de las aduanas, y todas las demás defraudaciones y faltas cometidas en aquellas oficinas, se penan y resuelven por medio de un expediente gubernativo que se sigue ante el administrador de la aduana con audiencia del defraudador; y de cuya decision puede apelarse gubernativamente á la Direccion general y luego al ministro en la misma forma. Todos sabeis lo que son las apelaciones gubernativas; unos procedimientos reservados dirigidos por la parcialidad y á veces por el nepotismo de los empleados de la Hacienda, siempre interesados en la declaracion del comiso para llevar y disfrutar la parte que en él les concede la ley; y por lo tanto forzoso es reconocer que la justicia y el acierto no son las que campean muchas veces en las decisiones de estas apelaciones. Contra ellas no se concede audiencia en justicia, por mucha que sea la cuantía de la pena impuesta, y que deja conocerse la injusticia que de esto resulta, y los males que por ello se originan al comercio.

He procurado presentaros, con la dificultad y rudeza propia de mi escasa palabra y de mis cortos conocimientos, el estado actual del fuero de Hacienda, fuero que no guarda unidad, y

que funda sus disposiciones penales en principios condenados ya por la ciencia, por la moralidad, y por el derecho político moderno. Tiempo es ya, señores, de que aspiremos á desarraigar la inmoral costumbre de interesar á los empleados que deben juzgar las causas de comiso en una parte de este, restableciendo el principio que asentaron las Córtes de Alcalá, y que al comenzar esta conferencia referí: tiempo es ya de que exijamos á los legisladores que se paren y detengan á examinar la verdadera índole de los que hoy se llaman delitos contra la Hacienda; los cuales yo creo que desaparecerán, porque confío en la justicia, el día para mí no muy lejano en que el libre-cambio sea un hecho consumado y legal, y se sustituya al mal llamado principio proteccionista.—He dicho. (*Aplausos.*)

LA PROTECCION

BAJO EL PUNTO DE VISTA PENAL,

POR

D. Luis Silvela.

SEÑORES:

Jamás la cátedra del Ateneo, puedo decirlo sin falsa modestia, habrá estado ocupada por persona que reúna menos títulos que yo para dirigiros desde este sitio la palabra. En otras enseñanzas habeis oído la voz de tan ilustres oradores, y en esta misma, en días parecidos al presente, habeis escuchado y esperais escuchar todavía, muchos tan elocuentes, que ciertamente yo aunque individuo de la junta directiva de la Asocia-cion para la reforma de los Aranceles de Aduanas, debiera haber declinado la tan honrosa como difícil carga, de precederlos y seguirlos, seguro de mi escaso valer. La decliné en efecto; hice presente á mis amigos mis escasas dotes, mi ninguna importancia, y á pesar de esto no quisieron oirme. Apelé de su fallo, pero haciéndome una honra insigne y para desgracia de los que me escuchan, no se me admitió la apelacion; ó mejor dicho, se me admitió para ante el ilustrado público del Ateneo, y sin duda ninguna los que me pusieron y elevaron al sitio en que hoy me encuentro, no pudiendo contar con mis conocimientos, tu-



vieron que confiar enteramente en vuestra benevolencia, que espero no me negareis, siquiera para no dejar desairadas á las personas que tanto esperaron de ella.

Pero al encontrarme en esta posicion, en parte por insistencia de mis amigos, en parte por mi propia voluntad, porque tengo fe en las ideas que sustento, revolviendo en mi cabeza lo que he de deciros, sin parecerme suficientemente digno de la ilustracion de las personas que han de escucharlo, al apreciar en esta ocasion todo el atrevimiento que revela el verme en este sitio, no hallo para excusarlo sino parodiar unas palabras pronunciadas en una ocasion solemne.

Eran los primeros albores del gran prólogo de la época contemporánea, la Asamblea nacional francesa se había reunido; era la célebre noche del 4 de Agosto de 1789; la nobleza, el clero, el tercer estado estaban formando una constitucion para la Francia; todos los dias y especialmente en aquella noche, llegaban noticias alarmantes; los pueblos de los campos se levantaban y se armaban contra los viejos castillos feudales, no para destruirlos y saquearlos, sino para quemar los antiguos archivos donde se custodiaban los títulos de los odiosos privilegios, que condenaban á los vasallos á ciertas prestaciones, baldon muchas veces de la humanidad y de la moral. Entonces todas las personas allí reunidas, los nobles y los prelados, movidos como por una chispa eléctrica, como si la generosidad hubiera tocado en un instante todos los corazones, se levantaron á abandonar en favor del pueblo, todos sus privilegios y exenciones, la *Taillabilité*, la *Main-morte*, la *Corvée*, los derechos feudales que pesaban sobre extensos territorios. En medio de esta explosion de entusiasmo un noble llegado sin duda del fondo de alguna provincia, cuyo nombre apenas registra la historia, alzó su voz débil y como avergonzada, y dijo con modesto acento: Yo no poseo ricos y pingües derechos, inmensos dominios, y grandes privilegios, yo no poseo más que el *droit de Colombier*, el derecho de que mis palomas libres en toda época se arrojen sobre el monton de grano que el labrador reunió con el sudor de su frente; ante el altar del bien público, donde tan ricas ofrendas se han presentado, no puedo sacrificar más que como el poeta latino un pajarillo. El que en este momento tiene la honra de dirigirse al ilus-

trado público del Ateneo, tiene que repetir también palabras parecidas. El apenas puede ayudar á la santa causa de la libertad de comercio con sus conocimientos, que bien escasos son, con la experiencia que sus pocos años no han podido traer; no puede sino ofrecer su convicción, su fe, su entusiasmo, su deseo de haber intentado algo en pró de las ideas que aquí se defienden. Acepten, pues, este modesto tributo todas las personas que me escuchan, acéptenlo mis amigos por cuya amabilidad ocupo hoy tan elevado sitio, porque es lo único que yo puedo ofrecerles, lo único que me es dado presentarles, porque es *mon droit de Colombier*.

Y ya que ha cruzado por mi mente y ha venido naturalmente á mi memoria, el recuerdo de la célebre noche en que no sólo en Francia, sino en la Europa entera, sufrieron el rudo golpe, de que no se levantarán jamás, todos los privilegios y exenciones, cumple recordar, porque desde esa época parece que comienza la historia moderna, que en aquella ocasión en que se echaron las fases de la libertad, en que se abolieron absurdas diferencias, que se hizo el impuesto igual para todas las clases, en que se conoció que el beneficio concedido especialmente á uno, no puede menos de redundar en daño de los demás que carecen de él, en aquella noche en que al hundirse el sol en el Ocaso dejaba que las tinieblas se fuesen apoderando de un pueblo de siervos y señores, de oprimidos y opresores, y en que al levantarse al día siguiente, alumbraba ya á un pueblo de hombres libres y de ciudadanos, de aquella inmensa catástrofe de lo antiguo se salvó un privilegio, una desigualdad, una exención, una injusticia, una jurisdicción especial, el privilegio de industriales, la desigualdad entre consumidores y productores, la injusticia del sistema proteccionista, y la jurisdicción especial en los delitos de Hacienda, que favorece mucho menos al Estado y á la general conveniencia que al particular interés de algunos protegidos. Y si bien la Asamblea constituyente de 1791, abolió muchas distinciones, según la procedencia de los géneros, rebajó algun tanto los derechos excesivamente altos, igualó todas las provincias suprimiendo las Aduanas interiores, y borró de las leyes y procuró desterrar de la práctica algunos medios de averiguación y prevención de los delitos de contrabando, contrarios á la civi-

lizacion y á la cultura, todavía, sin embargo, el principio proteccionista existia y era la base, en medio de la atmósfera de libertad que se respiraba, y todavía se castigaban como delitos ciertos actos inocentes en sí mismos, en nombre del bien público y de la conveniencia de unos pocos. Pero esta bien escasa mejora, si tal nombre merece, duró bien poco; las circunstancias y los tiempos, las ideas dominantes un tanto socialistas, se inclinaban por opuesto camino. Con un fin político más que económico, sacrificando la libertad de comercio y el general interés bien entendido, á la pasión y al deseo de un momento, se decretó la ley de 9 de Octubre de 1793, en la que los interesados en la proteccion colocaron en el preámbulo unas palabras sobre la necesidad de proteger la industria nacional contra la invasion de los productos extranjeros; extraña contradiccion del pensamiento revolucionario, que habia empezado por destruir la hermosa fábrica nacional de Reveillon, porque representaba la idea de un privilegio. Por esa ley, en la que se *prohibia* en Francia, la entrada de ningun género manufacturado en Inglaterra, Escocia é Irlanda, y todos los demás países sometidos al Gobierno británico, se imponia la horrible pena de veinte años de cadena al contrabandista, al que cooperase, al que encubriese el fraude, y aún hasta á aquel que anunciase artículos con cifras ó marcas inglesas. Y como si aún esto no fuese bastante, queriendo llevar la prohibicion hasta el ridículo, se mandó que cualquiera persona que usase alguna tela ó mercancía fabricada en la vecina isla, fuese tenida por sospechosa; y en aquella época empezaba á ser un tanto grave y molesto el ser motejado en Francia con la nota de sospechoso. Sin embargo, á pesar de prohibiciones tan absurdas, de penas tan atroces, de rigor tan excesivo como incomprensible, mientras esa disposicion subsistió, el contrabando fué espantoso y las defraudaciones incalculables. Algun tanto se modificaron tan rigurosas medidas en 1796, pero los géneros ingleses continuaron prohibidos, los altos derechos subsistieron; si las penas quedaron reducidas á multas del triplo al sextuplo de su valor y á las corporales de privacion de libertad de tres á cinco meses, eran todavía muy grandes y excesivas, para lo que no puede considerarse sino como la falta de pago de una contribucion.

No es preciso detenerse mucho para formarse idea de la suerte que á la libertad de comercio cupo durante el imperio, basta recordar las frases de Napoleon: *las aduanas no deben ser un recurso para el fisco, sino una proteccion para la industria nacional*, y en aquella época en que despues de tantos siglos podia aplicarse otra vez el dicho de los romanos *cujus principi placuit legis habet vigorem*, y el principe que mandaba tenia una voluntad de hierro, la teoría ó el pensamiento no tardaba en transformarse en práctica, é inútil es que diga yo, porque varias veces lo habeis oido, hasta qué grado se exageró entonces la idea proteccionista.

Napoleon I es, sin embargo, el único proteccionista verdaderamente grande. Llevado de una idea de egoismo, pero gigantesca, quiso sustituir al algodón el lino, la remolacha al azúcar, el producto nacional en toda ocasion y circunstancia, en cualquier caso al extranjero, y encerrar la Francia dentro de sí misma á lo que al comercio se referia, cuando las puntas de las bayonetas de sus hijos despertaban á la vida moderna las naciones dormidas y hacer dependiente al mundo entero sin depender de nadie.

Ni la Restauracion, á quien no repugnaba la idea del privilegio y de la prohibicion, ni la época financiera de miras estrechas y egoistas del tiempo de Luis Felipe, hicieron nada por la libertad de cambios; antes bien, el castigo que se imponia á la defraudacion se hizo en sí mismo más odioso y repugnante, porque se reconoció como principio y base de la proteccion, entonces más que nunca, no el interés más ó menos transitorio de la nacion, no el del fisco más ó menos permanente, sino el de los fabricantes y el de los industriales. Hoy el segundo imperio reanudando tradiciones antiguas, restaurando los principios de 1789, va poco á poco entrando por el camino de las reformas liberales como si la Francia quisiese borrar la misma errata que cometió en las primeras páginas de la historia moderna.

Esta reseña bien breve y sucinta que demuestra cuán poco debe á la idea política la de la libertad de comercio, con cortas diferencias, es preciso repetirla al hablar de España. Cuando en los albores del presente siglo los vientos que soplan del Norte que traian entre sus alas los sonidos de la Marsellesa, y las

nuevas ideas despertaron á nuestra pobre patria dormida envuelta en el manto de la indiferencia y velando su sueño el paternal cuidado del absolutismo, se abolieron tambien los derechos señoriales, se dió libertad á la propiedad, al pensamiento, se igualaron las clases ante la ley, y sólo se conservó desigualdad y la restriccion para el comercio y las creencias. Hízose un arancel prohibitivo en 1827, y sobre todo para lo que á nuestro objeto importa, la instruccion sobre penas de contrabando y defraudacion de 1805, no vino á ser derogada hasta la ley penal sobre delitos en fraude contra la real Hacienda de 3 de Mayo de 1830. Y preciso es detenerse algun tanto á explicar esta ley, porque aunque hoy derogada, ha ejercido no obstante, influencia conocida en la que al presente rige en estas materias y porque de su estudio puede sacarse alguna provechosa enseñanza. Los delitos en fraude de la real Hacienda se dividian en delitos de contrabando y de defraudacion; los primeros se subdividian en contrabando en primer grado, que consistia en la elaboracion, reventa, extraccion, seguro de los objetos monopolizados por el Estado, y en segundo por la extraccion, introduccion ó tráfico, ó seguro de géneros prohibidos por leyes y reglamentos. El delito de defraudacion consistia en la importacion, tráfico, venta, sin el pago de derechos de los géneros sujetos á las trabas del arancel. Como se ve, pues, si del contrabando de primer grado no debemos ocuparnos aquí por reconocer por única base, no la proteccion supuesta á la industria indígena, sino un viciosísimo sistema rentístico, los demás delitos caen por completo dentro de nuestra esfera y nuestro exámen, porque son faltas ó delitos que no nos atrevemos á denominar faltas ó delitos de contrabando proteccionista. La Hacienda no ganaba, el Estado no reportaba ni ha reportado nunca beneficio por los altos derechos protectores, y mucho menos por las prohibiciones; ha visto, por el contrario, disminuir siempre sus ingresos, y sólo el industrial indígena ha obtenido lucro real ó aparente de semejantes leyes. La de 1830 complementaba, por consiguiente ese sistema llamado protector. Al lado del precepto, como era natural y preciso, se encontraba el castigo para la infraccion y en este terreno no fué ciertamente escasa ni templada la legislacion de 1830, porque desde la pena

de confiscacion y comiso de los géneros recorría toda la escala hasta la pena de muerte en garrote, si bien preciso es convenir que esta última condena, lo mismo que la deportacion á Africa y posesiones de las Antillas y algunas otras tan duras, no se aplicaban sino en los casos en que se hubieran mezclado con el contrabando delitos conexos de gravedad reconocida. Pero limitándose, sin embargo, al contrabando de segundo grado y á defraudacion ó sea contrabando proteccionista, cuando concurrieran las circunstancias agravantes de reincidencia, de verificarse el hecho en cuadrilla y con armas aunque no se usasen, siempre que el género aprehendido y los derechos defraudados fuesen considerables, se podía imponer la pena atroz reservada en otros tiempos y en otras circunstancias para los mayores crímenes, de ocho años de trabajos en obras públicas. En fin, para concluir dando una prueba del rigor incalificable de la ley penal de 1830, terminaremos exponiendo lo que se observaba en los casos que resultase muerte ó herida mortal de algunos de los que persiguiesen legítimamente á los defraudadores, porque entonces todos los que hubiesen hecho uso de las armas aunque no hubiesen ocasionado herida alguna, sino pasasen de tres sufrían pena de muerte; si excediesen se condenaba en primer lugar al jefe de la cuadrilla y á los más que hubiesen causado las heridas, y si se ignorase quiénes fuesen, la suerte se encargaba de designar las dos víctimas expiatorias, ampliándose este número, cuando pasasen de tres los perseguidores muertos ó heridos mortalmente. Sacrilego holocausto ofrecido á ciegas, sin mirar la malignidad intrínseca de la accion, el delito en sí mismo y cuya sangre había de manchar el impuesto que aseguraba y las ganancias de la industria que protegía; sistema de terror que atendía sólo á la utilidad no á la justicia, y que fué tan injusto como inútil. En efecto, como toda pena que excede en mucho al hecho que castiga, como toda ley prohibitiva en contra de la ley natural, en unas ocasiones no se cumplió, en otras su mismo exceso horrorizó á los encargados de aplicarla, las cárceles se llenaron de presos, el reino de géneros extranjeros, las mesas del ministerio de Hacienda de quejas, de peticiones, el régio alcázar de solicitudes de indulto, y al poco tiempo de publicada fué preciso suspender la ley que cayó bajo

el peso de la opinion pública que aún daba señales de vida y motejada por el mismo ministerio de Hacienda de arbitraria y atroz, con grave desprestigio, no sólo de las personas que la habian formado, sino del Gobierno que se habia atrevido á sancionarla y á intentar su aplicacion, á lo que no contribuyó poco un indulto que fué indispensable conceder.

Desde esta época esta materia quedó sometida á los reales decretos, reales órdenes que se sucedian y se contradecian, como acontece siempre á las disposiciones tomadas con precipitacion y atendiendo á casos concretos, hasta la publicacion del real decreto de 20 de Junio de 1852, cuyas principales reformas habian sido discutidas aunque no por completo en los Cuerpos colegisladores. Dividiéronse los delitos en directos, que eran el contrabando y la defraudacion y delitos conexos, como falsificacion, robo, seduccion, etc., con objeto de perpetrar los anteriores. El contrabando es la introduccion de géneros estancados y absolutamente prohibidos y la defraudacion la importacion ó exportacion sin pago de derechos de los géneros sujetos al arancel. Como se ve, pues, ya la diferencia indicada al principio de delitos de contrabando fiscal y de contrabando proteccionista, no puede hacerse con toda claridad, porque en las prohibiciones existen muchas como las de ciertos tejidos de algodón, en beneficio de los industriales españoles, y la prohibicion de introduccion de géneros estancados redundaba sólo en provecho del fisco. Una modificacion se introdujo en el real decreto de 1852 de alguna importancia, cual fué la de considerar terminantemente como delito de contrabando la introduccion de géneros sin pago de derechos de puertas y consumos, y hacemos de ella especial mencion porque habrá de ser más tarde apreciable dato para deducir fecundas consecuencias. Mitigóse en la moderna legislacion extraordinariamente la penalidad que en la anterior se imponia; todavia, sin embargo, se conservaron las penas comunes de confiscacion de géneros aprehendidos, de los medios de transporte y conduccion y las especiales de multa del triplo al séxtuplo del valor del comiso para el contrabando, y del duplo al cuádruplo del importe del derecho defraudado para la defraudacion, y establecióse, sobre todo, y en este punto se manifestó demasiada dureza en el legislador, además de la prision subsidiaria por vía de susti-

tucion y apremio en el caso que la multa no pueda ser pagada la pena de siete meses á tres años de presidio correccional en el caso de concurrir en el hecho circunstancias agravantes ó ser el reo reincidente en el delito.

Tal es, señores, en brevisimo bosquejo el estado actual de las leyes penales sobre delitos contra la Hacienda y con el monopolio de los industriales, y las modificaciones porque ha pasado. Mas al llegar á este punto en que puede decirse se está en el corazon de la cuestion, en que con algun conocimiento de causa se puede juzgar, la primera pregunta que naturalmente se ocurre para aplicar la critica á las leyes existentes es si acaso el contrabando, y lo mismo la defraudacion son verdaderamente delitos, si por ventura no son una creacion del Estado, que ha castigado por mero interés de algunos ó de muchos acciones inocentes en sí mismas. Yo distingo en el contrabando dos especies muy distintas de actos; la defraudacion á la Hacienda y el perjuicio á los protegidos por el arancel. Yo repruebo el impuesto de aduanas como inmoral, vejatorio, tiránico é inconveniente, y le considero destinado á desaparecer en breve bajo la forma de derechos de puertas y consumos, no mucho más tarde bajo el de proteccion exterior, pero considerado como necesario, como indispensable al Tesoro público, como una contribucion cualquiera, no peor que el estanco y la lotería, aparte la injusta base de reparticion que todos encierran, para mí, señores, comete un fraude en mayor ó en menor escala quien introduce un género sin pagar el derecho correspondiente. Pero entiéndase bien que en mi pobre juicio comete un fraude idéntico el que deja de pagar la contribucion industrial, la territorial ó cualquiera otra, pero no mayor ni más grave, y á cuyos actos deben asignarse las mismas penas, nunca corporales, reducidas siempre á multas proporcionales al daño causado é intentado. Si á nombre de lo que se llama bien público, que en este caso es provecho propio de unos cuantos, se encarcela hasta por tres años al que no ha hecho sino dejar de satisfacer una contribucion vejatoria, el poder social ha abusado de la fuerza que le estaba asignada sólo para impedir el mal. La falta de pago de una contribucion legalmente impuesta es un fraude, porque el poder central, que reune el producto de todos los impuestos, le devuelve á los contri-

buyentes bajo la forma de seguridad, de proteccion, de amparo completo del uso legítimo de todos los derechos, y quien goza de las ventajas eximiéndose con engaño de la justa retribucion, defrauda á todos los conciudadanos. Pero aparte de algunas prohibiciones escasas como la de la sal y el tabaco, monopolios del Estado, las prohibiciones, los altos derechos de importacion, perjudican notablemente al fisco y aprovechan sólo á los industriales, á nadie más. El supuesto interés de la industria y de la Hacienda, varias veces se ha demostrado, y es verdad corriente en la ciencia, son opuestos y antagónicos, y uno de los mayores laureos que á la proteccion puede concederse, es haber sabido poner á servicio de sus intereses las oficinas del Estado, las autoridades todas judiciales y administrativas, las inmensas cuadrillas de aduaneros, hasta el mismo ejército, que quizá ignora cuando se ocupa en la persecucion del contrabando, como á menudo acontece, que es dócil instrumento de un monopolio. Al cometer, pues, el delito de contrabando proteccionista, no se perjudica sino al interés de algunos fabricantes, de algunos agricultores, defendidos por una proteccion injusta, y á quienes se concede una prima por medio de la aduana, más ó menos ostensiblemente. ¿Y qué devuelve al bien comun y al provecho de cada uno el favorecido por la ley, dado caso que semejantes distinciones fuesen admisibles, que semejantes privilegios puedan vivir en la atmósfera del presente siglo? Ciertamente que la respuesta no seria difícil para un proteccionista, y su contestacion no seria muy breve. Bien pronto conducido en alas de su fantástica imaginacion, mirad, dirá, qué magníficas fábricas de tejidos *tiene* la nacion; mirad qué magníficas fundiciones de hierro, de cuyas elevadas chimeneas se escapa un humo nacional producto de un carbon nacional, que arde á impulsos de su fuelle nacional movido por brazos, por caballos ó por máquinas nacionales; mirad las fábricas de salazones que *tiene* la nacion; la agricultura que *tiene* la Península; el aceite que *tiene* Andalucía y Valencia; los *granos* que *tienen* las Castillas; el ganado que *tiene* la Mancha, el comercio que *tienen* los puertos, sobre la *industria* que merced al sistema protector *tiene* nuestro pais. Y es verdad que cuando semejantes cosas se escuchan y se oyen siempre que habla algun proteccionista de los que España *tiene*, no puedo menos de acor-

darme de aquel epigrama de uno de nuestros más conocidos poetas que voy á permitirle recordar.

Todos dicen, todos dicen
que tienes grande nariz
pero si bien se examina
ella es quien te tiene á ti.

Y en efecto, señores, no es la nacion quien tiene las industrias, las fábricas y los campos y el monopolio, son los industriales los que tienen una nacion que consiente su privilegio, sus ganancias superiores á las naturales, su abandono y su descuido. ¿Pues no existirá industria más floreciente sin aranceles, agricultura más adelantada sin aduanas, prosperidad mayor sin proteccion? ¿Pues que las fábricas llamadas nacionales producen al consumidor otra ventaja que el comprar más caro y de peor calidad é ingresar los productos en otra parte que en las cajas de los fabricantes? ¿Pues que el provecho de algunos justifica el que se castiguen como delitos el uso legítimo de un derecho y acciones inocentes en sí mismas?

Bajo todos los aspectos ha sido examinada la proteccion en la cátedra del Ateneo, bajo todos los puntos de vista criticada, en todos los terrenos se la ha encontrado opuesta á la justicia, á la conveniencia y á las leyes naturales á que la humanidad se halla sujeta, pero bajo ningun aspecto puede presentarse tan deforme y horrible como bajo el punto de vista penal. Aumenta la miseria del pobre y la riqueza del fabricante, disminuye el pan de quien tiene hambre para aumentar el lujo de quien tiene tierras, merma el vestido de quien tiene frio para acrecentar los rendimientos de quien tiene el paño, aumenta la necesidad y disminuye el goce que es el retrato exacto de la proteccion, para nadie halagüeno cuando se le presenta desnudo de los patrióticos atavíos con que se le viste; pero si al lado de semejante pintura se colocan los medios para llevarla á cabo, si se tiene en cuenta que de las leyes prohibitivas nace la ley penal inmediatamente, que tras la proteccion tiene que seguir el castigo, se hallan los medios bien en armonía con los fines. Nadie ignora que hay pueblos, que hay comarcas enteras dedicadas al único oficio del contrabando; familias en que los hijos suceden á los padres, cuando la ley se encarga de corregirles ó cuando fallecen, y las

hay en que es proverbial y hereditario el odio, el profundo odio hacia el representante de la sociedad, de la ley y al mismo tiempo que de la injusticia. En esos países desgraciados, en esas comarcas infelices, nace como natural consecuencia del desprecio de una ley el desvío de todas las otras, de la infracción diaria de un precepto, la infracción lejana de casi todos, porque sabido es que pocas veces el contrabando deja de ser el primer escalón que la desgracia pisa para llegar á la cumbre del crimen, y pocas veces puede detenerse el alma en esa pendiente tan fácil de recorrer. Una existencia errante é insegura, sobresaltada siempre, llena de inquietudes y zozobras, una conciencia no enteramente limpia, que raras veces deja de mezclarse en las defraudaciones á la Hacienda y á los protegidos delitos de otra especie, sobre los que habla muy alto y á veces muy imperiosamente la conciencia, la ganancia obtenida á veces superior, muchas veces superior á la alcanzada por un trabajo no prohibido, tales son los efectos en la clase del pueblo, en la clase más inferior donde si la inmoralidad penetra, penetra más hondo que producen las leyes restrictivas, que llevan de un modo fatal al contrabando. ¡Y cuántas veces la defraudación que empezó con un fin noble y para dedicar su producto, quizá laudable, quizá santo, se convierte en un hecho sangriento! Desgraciado del contrabandista que tal vez por cuenta ajena ó propia introduzca su género de ilícito comercio sin pagar los derechos que la rapacidad de los protegidos impone, porque quizá tenga que expiar este horrible delito con varios días de cárcel si carece de medios para pagar la multa; desgraciado si lleva armas, si ha delinquido otras veces, pasando á comprar al extranjero, lo que le quieran vender más barato de mejor clase, si ha acercado la satisfacción á la necesidad haciéndose intermedio, pero saltando por cima de la ordenanza, porque su pena podrá llegar á ser la de tres años de prisión correccional: desgraciado de él si hace uso de las armas para rechazar un ataque quizá brutal é injusto, porque la pena podrá ser mayor; desgraciado si en su defensa ó dejándose llevar de un arrebató tan comprensible como excusable ocasiona la muerte, porque la última pena será el castigo de su delito.

Pero no es á menudo la violencia el medio para verificar la defraudación; con frecuencia, con demasiada frecuencia, el cohe-

cho, la complacencia comprada de los encargados de la vigilancia, proporcionan facilidades para que la defraudacion se verifique. Y si estos hechos se repiten y tienen que repetirse por fuerza, la inmoralidad va poco á poco cundiendo entre los que compran y son comprados, y vase torciendo el verdadero sentido moral; la ley de la naturaleza que existe en la conciencia. La ley y el Estado deben evitar con cuidado sumo las fortunas hechas á costa de la inmoralidad, no tanto castigando la infraccion como haciéndole imposible el contrabando que no se extirpa sino bajando en alto grado los derechos arancelarios; bien es verdad que es el único medio legítimo que existe para desterrarlo.

Existen además fortunas, no dirémos ilícitas, pero sí tenemos que llamarlas ilegales, formadas por los pingües rendimientos del contrabando y la defraudacion. Halláanse constituidas casi públicamente las Compañías de seguros de contrabando que se encargan de poner cualquiera género al otro lado de la zona fiscal, en la ciudad, en la casa que se les designe; compañías que toman sobre sí los riesgos, no marítimos, no terrestres, no de enfermedades en los ganados y en los campos, sino los riesgos que les proporciona la Hacienda pública, que aseguran los siniestros fiscales y proteccionistas. ¿Y estas sociedades cuyo objeto es censurable tan sólo por la disposicion de la ley, pueden producir algun pernicioso resultado en el orden moral? Ciertamente si toda cuestion moral fuese agena de la Economía política, y si por no ser de Economía política no pudiese tratarse aquí, no podria menos de confesar el que en este momento os dirige la palabra, que las Compañías de seguros de contrabando, más que cualquier Compañía de seguros, produce saludables efectos, favoreciendo la ley natural del cambio libre en contra de la ley artificial destinada á impedirlo. Pero la cuestion es más alta y de mayor importancia, bajo el punto de vista de las costumbres; y á verdad, nada puede dar un ejemplo más deplorable que una ley que no se cumple, que es violada á todas horas con provecho é impunidad de los que la desprecian; y nada más pernicioso para un estado social cualquiera, que tener que aplicar la máxima exacta en el fondo perniciosa en aplicacion, de que cuando la ley humana es injusta, la verdadera justicia natural está en su violacion.

Pero al llegar á este punto, comprendemos que pueda fácilmente ocurrirse á cualquiera naturalmente una observacion, al encontrar que reconocemos como causa de todos los delitos contra la Hacienda el sistema protector, y que nos olvidamos de la parte en que la prohibicion y la aduana favorecen exclusivamente al fisco. Pues qué pudiera decirsenos, ¿acaso quien admite que se cometa fraude contra el Estado y delito, por consiguiente, al introducir géneros sin el pago de un derecho fiscal, puede manifestarse tan duro contra las aduanas? Tan duro puede, en efecto, manifestarse; porque dejando aparte el que, mientras existan aduanas fiscales, no habrá un sistema rentístico, científico y definitivo, cuando los aranceles sean moderados, y cuando la aduana sea un recurso, el contrabando será escasísimo, las infracciones serán contadas y quedarán reducidas á la defraudacion en el pago de otra contribucion cualquiera. Pero para desgracia del proteccionismo, aun en el estado presente y con las leyes que rigen todavía, se demuestra de un modo indudable que la cifra á que asciende el número de penados por delitos contra la Hacienda pública, debe pesar casi todo sobre la conciencia de los protegidos. En efecto, pensando yo en este asunto y haciéndome á mi mismo esta reflexion, arriba indicada, hojeaba la Estadística criminal oficial de 1860. Estando comprendidos, decia yo, entre los delitos contra la Hacienda pública y entre los de defraudacion y contrabando, ciertos hechos que notienen que ver directamente con la proteccion y el libre-cambio, como acontece con el fraude en el pago de los derechos de puertas y consumos, seguramente en Madrid, en otros puntos de gran poblacion que figuran siempre á la cabeza de la criminalidad, se cometerán ciertamente pocos hechos contra las leyes arancelarias, se introducirán pocos géneros prohibidos, como en los pueblos fronterizos acontecerá, pero en cambio, ¡cuántos delitos conexos, cuántos fraudes en las puertas y consumos no vendrán á aumentar la cifra! Grande fué mi admiracion al tender la vista por los cuadros estadísticos, y al encontrar que de 1.014 hechos perseguidos, el juzgado de Madrid figuraba sólo por una cifra insignificante, 37, cuando tantos delitos, y en especial el de hurto se habian en él cometido. Continué luego mi exámen, que me confirmó en mis sospechas; los pueblos comerciantes limítrofes á

países extranjeros; los puertos de mar, por lo comun frecuentados, eran los juzgados donde más delitos se habian cometido; prueba palpable, que ni los derechos de puertas ó aduanas interiores, ni los demás actos comprendidos en la ley de 1832, influa gran cosa en el aumento de los delincuentes; Orense figuraba por 460 hechos, Algeciras 326, Gerona 260, San Sebastian 205, Pontevedra 199, Pamplona 168, y no se encontraban entre los últimos juzgados en la lista Barcelona y las demás provincias catalanas tan apegadas al libre-cambio, segun parece, cuando se trata de hacer el contrabando. Los altos derechos protectores, las prohibiciones de introducir algodón hilado superior al núm. 59, pañuelos estampados, muselinas, percalinas, ú otra docena de objetos, era, á no dudarlo, la causa impulsiva del contrabando y la defraudacion porque acerca de estos objetos sólo podia verificarse por la frontera. Pero lo que terminantemente prueba, que la prohibicion es más que nada, la causa de los hechos que se llaman delitos contra la Hacienda, es la comparacion entre los delitos de contrabando ó de introduccion ó extraccion de artículos absolutamente prohibidos y los de defraudacion, ó sea falta de pago de derechos; pues al paso que los primeros llegaron á la cifra de 1963, los segundos no pasaron de 412, y aquellos en que hubo defraudacion y contrabando, de 499. Comprendo que en efecto, que los artículos monopolizados por el Estado, tendrán gran parte en la cifra que acabo de presentar, pero por mucho que sea el contrabando de tabaco, el de la sal, que en muchos puntos de España es completamente nulo, la responsabilidad casi completa de la cifra, debe pesar sobre la llamada proteccion concedida á la industria nacional. Bien puede estar seguro el manufacturero, cuando cada noche, retirado en su escritorio, examine su libro de entrada y salida, haga el balance del debe y el haber, y sume, aunque no sea más que en su imaginacion las ganancias, y antes de entregarse al sueño se frote las manos con satisfaccion, y exclame como Tilo, que no ha perdido el dia; bien puede estar seguro, digo, que la proteccion que le permite hacer esas ganancias y obtener tan pingüe lucro con escaso trabajo, ha ocasionado en aquel dia la desgracia de seis ú ocho infelices que gimen unos bajo el peso de una causa criminal, otros en una cárcel para satisfacer á la sociedad y á la

proteccion con su cuerpo la multa que no puede pagar su bolsillo, y otros en una casa correccional, léjos de sus afecciones y de su familia.

Pero entre las cifras curiosas, la mayor de todas quizá que la estadística no puede recoger, es sin duda la de las operaciones felices del contrabando, y de que sólo el precio del seguro pudiera darnos aproximada idea. Cuando esta cifra se considera aún envuelta entre la duda, cuando se piensa en ciertas expediciones felices que es preciso hacer para que los aduaneros sepan apercibirse de ello, no puede menos de mirarse con desprecio y desdeñan las cohortes de verdes carabineros, los artículos del arancel, las aduanas y las prohibiciones, los registros, las zonas y contraregistros. En efecto, no hay ley alguna más á menudo y con más facilidad violada, que las de delitos contra la Hacienda pública. Y es, que las leyes económicas, se cumplen casi fatalmente á despecho del Gobierno, á despecho de la prohibicion y del castigo, que son como las leyes de la gravedad y del equilibrio, de la sociedad humana, que en todos tiempos se ejecutan. Puede ponerse la mordaza á la prensa, privar de su autoridad por largos años á una nacion altiva y generosa, embrutecerla más tarde para que no conozca la tiranía que sufre, puede vivir el privilegio de castas, de razas de hombres, largos años, pero nada bastará á impedir el cumplimiento más ó menos completo de una ley económica. La iglesia, el Estado durante siglos enteros, quisieron fijar la tasa del interés del dinero, las armas temporales y las espirituales vinieron á romperse ante el principio económico, que enseñaba que el interés del dinero era el precio del préstamo de un capital cedido durante un tiempo determinado ó indeterminado, y sin comprender quizá, sin darse cuenta de ese precepto, la tasa del interés fué siempre inútil, la ley ridícula, peor que ridícula perjudicial para el que tenía que pedir prestado. Unas notables Cortes derogaron en España semejante legislación, un elogio debemos concederlas por haber hecho desaparecer de las leyes una de las muchas ridiculeces legales que existen en nuestros viejos códigos, pero sólo las debemos elogio por esa causa; las leyes tasan-do la usura, habia muchos años que no existian en la práctica. Una falsa apreciacion y un conocimiento errado, las leyes eco-

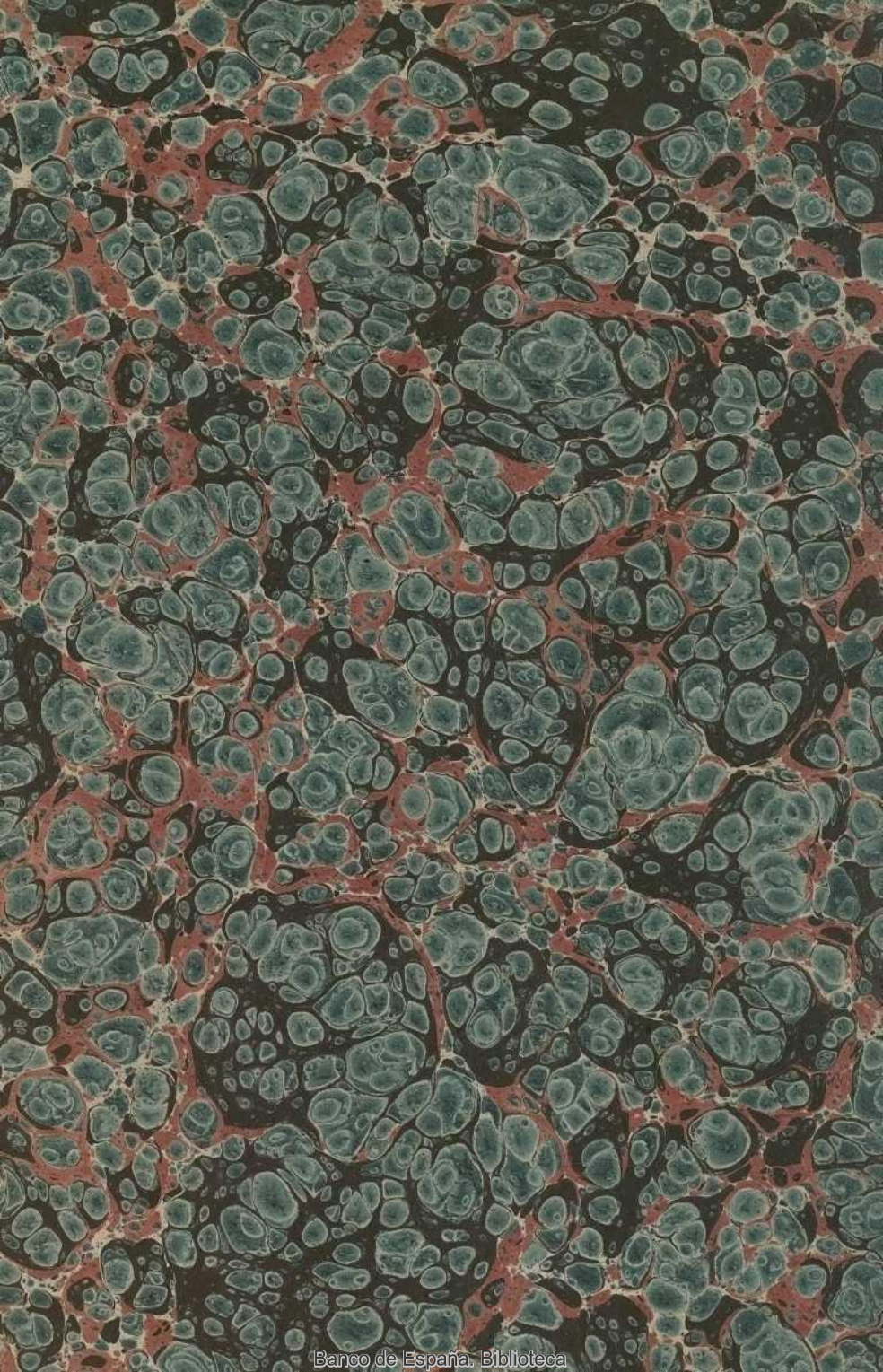
nómicas dieron nacimiento al absurdo sistema de tasar los objetos, y en especial las sustancias alimenticias. En vano se publicaban disposiciones sobre disposiciones, se conminaba con penas; el precio de los objetos subia, se alejaba del mercado á los consumidores en favor de quienes la ley acababa de promulgarse, reclamábanse nuevas medidas represivas; el precio de los objetos en último caso se fijaba por el productor y el consumidor, con arreglo á la ley económica del valor natural, y para que fuese más patente la verdad que acabo de presentaros, entre el aumento de precio se colocaba como obstáculo y como cantidad apreciable y apreciada, la dificultad de vender por cima de cierto precio, y el riesgo que se corría. Las leyes suntuarias se escribieron en muchos países, en ninguno se cumplieron; los gremios y aprendizajes, aunque no fueron la infraccion sólo de una ley económica, sino de otras muchas naturales, jamás sirvieron para cortar el vuelo del genio, ni aún fueron serio obstáculo en muchos puntos. Las leyes sobre contrabando y defraudacion, mientras los derechos sean elevados y las prohibiciones subsistan, correrán la misma suerte que las leyes sobre las tasas, las leyes suntuarias y los gremios, su infraccion será diaria, de cada instante pasará desapercibida en unos puntos, altiva y orgullosa en otros, no favorece la luz del día, los almacenes nacionales se abastecerán de objetos extranjeros debidos á la introduccion fraudulenta, las compañías de seguros continuarán y se aumentarán, las industrias del país seguirán sin embargo protegidas por la Aduana, porque siempre por descuidada y floja que sea la vigilancia, es un obstáculo, una causa de carestía, un motivo de escasez y por tanto una proteccion. Entre tanto la frontera que nos une con Portugal será considerada como una amenaza constante, como la puerta falsa de Inglaterra, le dará una importancia que en sí no tiene al árido Peñon de Gibraltar, giron arrancado al rico manto de nuestra patria, que pudiéramos conquistar por una concesion arancelaria, cuya extranjera bandera mantiene erguida y levantada como en aspecto amenazador, preocupaciones proteccionistas, y que una espina clavada no en el pié, como decia uno de nuestros más ilustres reyes, sino en el corazon de nuestra patria. (*Aplausos generales.*)

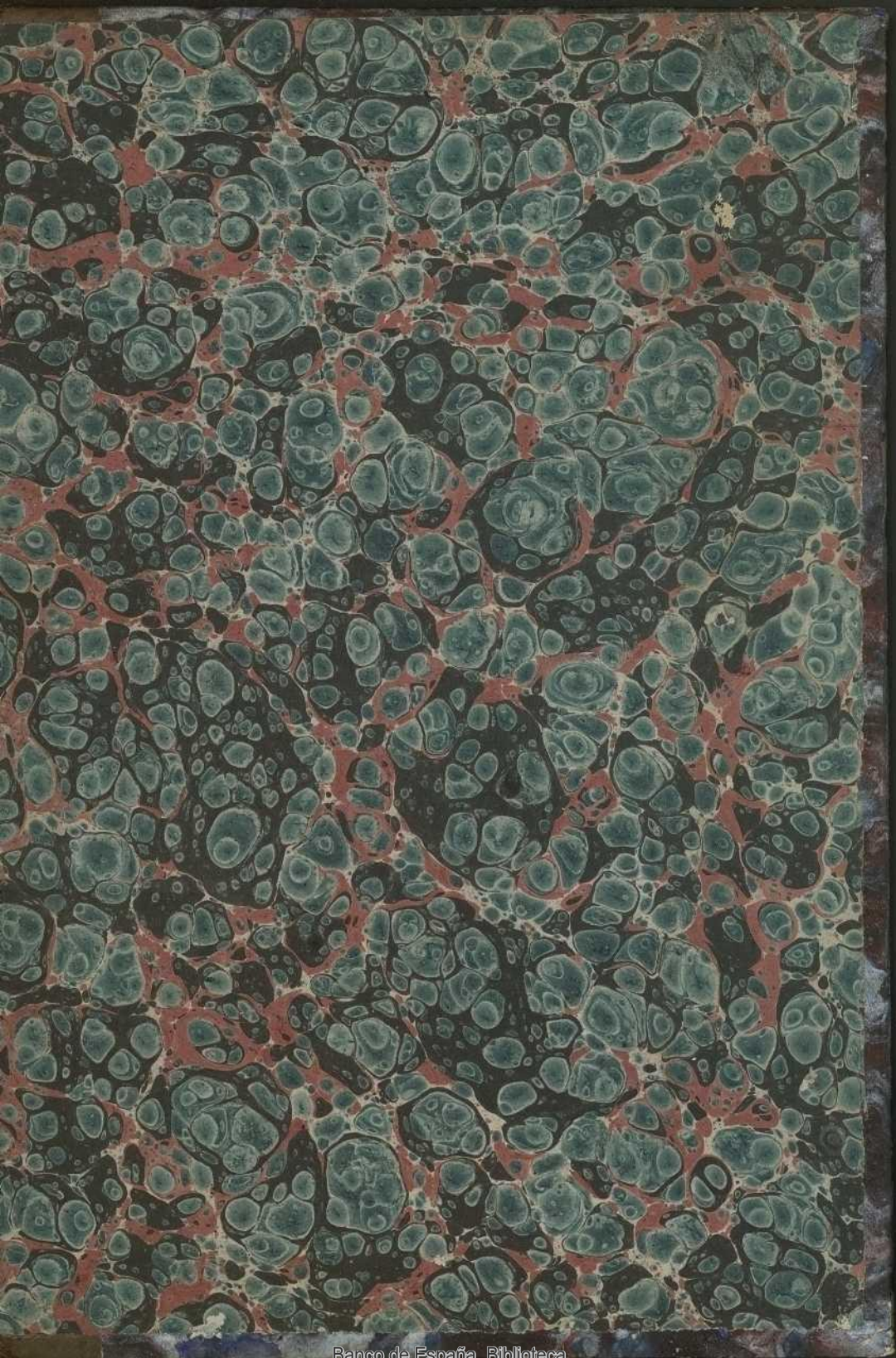
nombrados dicen nacimiento ni absoluto sistema de lasar los obje-
tos, y en especial las sustancias elementales. En vano se pre-
caban disposiciones sobre disposiciones, se combatían con ba-
ras; el precio de los bienes subía, se alagaba del mercado a
los consumidores en favor de los dueños de las haciendas de primer
categoría, recibían hasta una gran cantidad de dinero, el precio de los
objetos en otros casos se elevaba por el producto, y el consu-
dor, con respecto a la ley económica del valor natural, y para
que fuese más patente la verdad que se dio de presenciar, en-
tre el aumento de precio se consideraba como obsequio y como
cantidad apreciable y aceptada, la dificultad de vender por ri-
tas de cierto precio, y el riesgo que se corría. Las leyes san-
itarias se escribieron en muchos países, en muchos congresos,
con los recursos y abundancia, aunque no fueron la influencia
sola de una ley económica, sino de otras muchas causas, in-
diferentes para cortar el virus del veneno, al cual fueron sólo
obstáculos en muchos puntos. Las leyes sobre contrabando y de
frustración, mientras los derechos eran elevados y las produ-
cciones subían, corrían la misma suerte que las leyes sobre
las leyes, las leyes sobre las leyes, se levantaban sobre
dicha de cada instante para desaparecer en unos puntos,
algunos y otros en otros, no faltaba la ley del día, los alim-
entos necesarios se abastecían de otros distribuidores, de otros
a la distribución abundante, las compañías de seguros conti-
nuaban y se aumentaban, las industrias del país se daban sin em-
bargo muchas por la Abadía, por los señores por las nobles-
das y hasta que sea la victoria, es un obsequio, una causa de
caridad, un motivo de caridad, por tanto una victoria. En-
tre tanto la victoria que nos dio con Portugal sea considerada
como una victoria, como la guerra de la independencia
falta, se dice, una victoria que no se ha de tener al lado de la
de Gibraltar, esto viene a ser el modo de nuestra patria,
que nuestros soldados por una comisión se abastecían, cuya
extinguida bandera muchos señores y señoras como en es-
te momento, de los señores, de los señores, y que una
causa traidora de él, como decía, uno de los señores más
nobles señores, uno en el collar de nuestra patria, y que una
causa traidora de él, como decía, uno de los señores más
nobles señores, uno en el collar de nuestra patria, y que una

ÍNDICE.

	Págs.
Prólogo, por <i>D. Luis María Pastor</i>	v
Consideraciones generales sobre la libertad de comercio y necesidad de su planteamiento en España, por <i>D. Antonio Alcalá Galiano</i>	4
Principios filosóficos en que se funda el sistema de la libertad de comercio, por <i>D. Francisco de Paula Canalejas</i>	19
Principios económico-políticos en que se funda el sistema de la libertad de comercio, por <i>D. Benigno Carballo Wangüemert</i>	39
Exámen del sistema llamado protector, bajo el punto de vista económico, por <i>D. Gabriel Rodríguez</i>	55
Exámen de los principios del sistema protector bajo el punto de vista filosófico, por <i>D. José Echegaray</i>	83
El sistema protector perjudica á las industrias que trata de proteger, por <i>D. Félix de Bona</i>	101
Perjuicios que causa el proteccionismo á las clases obreras, por <i>D. Segismundo Moret y Prendergast</i>	141
Exámen de la proteccion bajo el punto de vista fiscal, por el <i>Excellentísimo Sr. D. Luis María Pastor</i>	155
La cuestion de cereales, por <i>D. Laureano Figuerola</i>	189
Las crisis industriales, por <i>D. Joaquín María Sanromá</i>	209
Del monopolio de la industria papelera y sus efectos, por <i>D. Ricardo Alzugaray</i>	231
Si conviene mantener la proteccion á los diferentes ramos de la industria minera, por <i>D. José de Monasterio</i>	249
El derecho diferencial de bandera y las Ordenanzas de aduanas, por <i>D. José Luis Retortillo</i>	273

Exámen de los resultados producidos por las principales reformas arancelarias hechas en Europa desde el Zollverein hasta nuestros días, por <i>D. Mariano Carreras y Gonzalez</i>	305
Utilidad de la propaganda libre-cambista en España, por <i>D. Emilio Castelar</i>	327
La libertad de comercio en sus relaciones con la paz universal, por <i>D. Santiago Diego Madrazo</i>	355
Del fuero privilegiado de la Hacienda pública, por <i>D. Manuel Malo de Molina</i>	375
La proteccion bajo el punto de vista penal, por <i>D. Luis Silvela</i>	397







LIBRE

GAMBISTAS